Deporte y ocio en el proceso de la civilización

NORBERT ELIAS
ERIC DUNNING



fce

SOCIOLOGÍA

Norbert Elias (Breslavia, 1897-Ámsterdam, 1990), padre de la sociología figurativa y uno de los pensadores más influyentes del siglo XX. Estudió medicina, filosofía y psicología y fue profesor en diversas universidades de Europa, incluida la de Leicester, donde impartió la cátedra de sociología. Se interesó en estudiar la relación entre las sociedades humanas y fenómenos cotidianos como el trabajo, el arte o el deporte. De su autoría, el FCE también ha publicado *El proceso de la civilización* (3ª ed., 2009), *La soledad de los moribundos* (3ª ed., 2009), *Sobre el tiempo* (3ª ed., 2010) y *La sociedad cortesana* (2ª ed., 2012).

Eric Dunning es cofundador del Sir Norman Chester Centre for Football Research y profesor emérito de la Universidad de Leicester. Como discípulo de Norbert Elias se ha interesado por aplicar la sociología figurativa al estudio del genocidio. Es autor de títulos como *Sport Matters: Sociological Studies of Sport, Violence and Civilisation* (1999) y *Norbert Elias and Modern Sociology* (2012).

Norbert Elias
Eric Dunning

Deporte y ocio en el proceso de la civilización

Sección de Obras de Sociología

Norbert Elias
Eric Dunning

Deporte y ocio en el proceso de la civilización

Traducción de
Purificación Jiménez



Primera edición en inglés, 1986
Primera edición en español (FCE, España), 1992
Segunda edición en español (FCE, México), 1995
Tercera edición 2014
Primera edición electrónica, 2015

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

Título original: *Quest for Excitement. Sport and Leisure in the Civilizing Process*

Publicado por Basil Blackwell Publishing Ltd., Oxford-Nueva York

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672



ISBN 978-607-16-3129-9 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Índice general

Prólogo a la tercera edición en español: El deporte, las figuras colectivas y el proceso de civilización. La reinvención de la conciencia de sí y el placer de la efusión controlada, por *Raymundo Mier G.*

Dedicatoria

Agradecimientos

Prefacio, por *Eric Dunning*

Introducción, por *Norbert Elias*

I. La búsqueda de la emoción en el ocio, por *Norbert Elias y Eric Dunning*

II. El ocio en el espectro del tiempo libre, por *Norbert Elias y Eric Dunning*

III. La génesis del deporte como problema sociológico, por *Norbert Elias*

IV. Ensayo sobre el deporte y la violencia, por *Norbert Elias*

V. El futbol popular en Gran Bretaña durante la Edad Media y a principios de la Edad Moderna, por *Norbert Elias y Eric Dunning*

VI. Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al futbol, por *Norbert Elias y Eric Dunning*

VII. La dinámica del deporte moderno: notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte, por *Eric Dunning*

VIII. Lazos sociales y violencia en el deporte, por *Eric Dunning*

IX. La violencia de los espectadores en los partidos de futbol: hacia una explicación sociológica, por *Eric Dunning, Patrick Murphy y John Williams*

X. El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones, por *Eric Dunning*

Índice analítico

Prólogo a la tercera edición en español

El deporte, las figuras colectivas y el proceso de civilización. La reinvención de la conciencia de sí y el placer de la efusión controlada

RAYMUNDO MIER G.*

1. UNA SOCIOLOGÍA INUSITADA: COMPRENDER EL DEPORTE

Desde sus párrafos introductorios, el texto de Norbert Elias advierte de la particular ambivalencia de la reflexión social ante la difusión y la vigencia de las actividades deportivas en las sociedades complejas. Esta ambivalencia se expresa por unos relativos desatención, silencio o incluso desdén con que la encaran el pensamiento sociológico, las meditaciones filosóficas, el rigor historiográfico, el análisis político y la comprensión antropológica. Este tratamiento desdibujado, sin embargo, no responde a los alcances de la práctica contemporánea del deporte que involucran todos los órdenes del comportamiento colectivo. En efecto, el deporte incorpora actividades que, directa o indirectamente, comprenden impresionantes masas de capital y trabajo —además de las propiamente responsables de la organización y el desempeño de las acciones deportivas, están comprometidas actividades productivas diversas: calzado, vestido, equipo, publicidad, medios masivos y, por medio de éstos, firmas de perfumes, cosméticos, alimentos, industria químico-farmacéutica y de la salud, clínicas, hospitales, clubes, escuelas e institutos, entre otros—. El deporte reclama la participación de una multiplicidad y diversidad de instituciones en todos los países y en todas las regiones del mundo, una presencia en el dominio de los espectáculos y la comunicación y, con ello, adquiere una capacidad insólita de intervenir en la formación de identidades sociales e individuales. Las diversas expresiones deportivas involucran diferencias de género, de edad, de identidades regionales y nacionales, e incluso requieren muy distintas capacidades cognitivas y motoras, además de distintos perfiles de personalidad tanto en quienes las practican como en los espectadores, en sus administradores y en sus funcionarios.

Así, por una parte, el peso del deporte en la vida de las sociedades contemporáneas, como práctica, como actividad económica y como espectáculo, excede en su implantación cotidiana la participación de muchas otras actividades. Su papel en la economía, en las estrategias políticas y la gestión pública hace que

el contraste que la separa aparentemente del mundo del trabajo se disipe. Su pleno sometimiento a los imperativos del mercado y a las formas del cálculo político exhibe, entre otras evidencias, la insustancial distinción entre trabajo y tiempo libre. Más aún, en la sociedad contemporánea el «tiempo libre» da cabida a muy diversas tareas ajenas al ocio o al juego, a la mera diversión o al entretenimiento. En las sociedades complejas —como denomina Elias a aquellas plenamente surgidas bajo las exigencias de la modernidad— se hacen patentes innumerables dominios de la actividad lúdica, pero también ámbitos de acción comprendidos en el tiempo libre que suponen participaciones orgánicas e institucionales y respuestas normadas a exigencias de la vida social. No se puede hablar, en consecuencia, del deporte sin comprometer un vastísimo abanico de procesos, dominios y patrones de acción colectiva de muy distinta índole y que disipan cualquier tentación de atribuciones y clasificaciones indefectibles. Simplemente, su incidencia y su grado de impregnación en la vida cotidiana supera la de cualquier otro espectáculo o propuesta de entretenimiento; llega incluso a saturar en algunos sectores sociales la disponibilidad del sujeto para el disfrute del tiempo libre.

No obstante, su parentesco con el juego, con la gratuidad, con el esparcimiento o con otras actividades de entretenimiento parece restarle relevancia en los procesos que articulan la vida productiva de las sociedades complejas. La contingencia de sus elecciones, la aparente flexibilidad de sus normas, la también aparente trivialidad e intrascendencia de sus desenlaces, la falta de gravedad de sus acontecimientos y el hecho de que se presenta ante los potenciales actores o espectadores como un universo dispuesto a admitir una cuota inusual de libertad en su realización, a alentar el disfrute y el placer sin riesgo, confieren a esta actividad, paradójicamente, una posición social a un tiempo privilegiada y marginal. La separan de los procesos que apuntalan la institucionalidad política y la vida social en general. La paradoja quizá se hace más patente por el énfasis en la inusual libertad que supone el pleno disfrute de la competencia deportiva tanto en su realización como en su contemplación. Pareciera que los ámbitos del ejercicio de la libertad y placer sin riesgo estuvieran destinados a la absoluta insignificancia en la trama intrincada y densa de patrones normativos propia de nuestras sociedades complejas. De manera análoga, la misma reflexión sobre el deporte parece compartir con éste el carácter de una atención circunstancial, de una concesión a los impulsos a la disipación, de un mero pasatiempo, de una atención relajada. Empeñarse en la comprensión del deporte parece algo semejante a un pasatiempo. Parece prescindible la comprensión del deporte como una faceta definitiva y característica del curso del proceso de civilización, aunque ilumina de una manera singular las inflexiones culturales propias del espectro histórico contemporáneo. Así, una visión sociológica o antropológica —en sentido amplio— de la evolución de la institución deportiva cobra el sentido de un esfuerzo dilapidado, el que se destina

a las actividades residuales o superfluas, más que la expresión de un sentido que orienta, de manera sustantiva, los ejes de la modernidad.

Deporte y ocio en el proceso de la civilización —título que lleva la versión en español y que destaca los temas que ordenan la reflexión sociológica de Elias— parte de una extrañeza ante ese lugar relativamente marginal que ocupa el deporte en la reflexión disciplinaria, ya sea histórica, sociológica, psicológica, biológica, filosófica o lingüística. La reflexión sobre el deporte se suele ofrecer más como materia ensayística, en los linderos de la invención pasajera, que como una serie de figuras definitivas del proceso social. La reflexión usual sobre el deporte se expresa comúnmente como material para una ficción inquietante, una divagación ingeniosa o una inquisición fruto de inclinaciones personales; incita a la escritura contingente, la ocasión coyuntural o, incluso, consideraciones y reflexiones en la estela de alguna conmoción o un acontecimiento inusual, exorbitante —conflictos internacionales, derramas económicas, confrontaciones políticas, expresiones ideológicas, violencia racial o de género, terrorismo, entre otras— que, surgido en la justa deportiva, se proyecta en otros dominios sociales —político, antropológico, económico—.

En contraste con este desdén por los matices y las características históricas y sociales del deporte, común en la reflexión disciplinaria, la aproximación de Norbert Elias no ocupa un lugar menor entre sus contribuciones. Aparece como una propuesta fundamental para la comprensión de lo social. El ocio, la diversión, el juego, no son actividades residuales frente a la consagración del régimen del trabajo. Por el contrario, iluminan la edificación de las realidades complejas del mundo social. El deporte, el juego, las actividades recreativas constituyen así un ámbito de relaciones, de modos de acción, de regulaciones, de disciplinas, de modos de comprensión, de normas, de dependencias que hacen posible un conjunto de expresiones afectivas, de placer, que dan lugar a la satisfacción de necesidades del vínculo colectivo; contribuyen a la asimilación de las tensiones cotidianas que apuntalan y a veces desencadenan las transformaciones del proceso social y alientan su evolución. Este papel cardinal del deporte revela facetas significativas no sólo del propio deporte, sino también del régimen del trabajo; pone en claro sus relaciones, sus dinámicas e incluso el conjunto de los mecanismos de competencia, de confrontación que constituyen un factor decisivo en las transformaciones de la modernidad. Revela formas cambiantes con que los grupos sociales enfrentan las pugnas, las luchas, las tensiones entre los actores; muestra también las respuestas afectivas, las emociones, la intensidad de las efusiones y el placer involucrado en esas actividades y su papel cardinal en el proceso de civilización.

Así, las meditaciones sobre el deporte se presentan en este texto como una pieza integral de las obras fundamentales de Elias que abordan el proceso de civilización, el surgimiento de la sociedad cortesana o, en el plano epistemológico, la transformación de los procesos cognitivos, las metamorfosis

de la conciencia o el papel de las transformaciones sociales del conocimiento. Su visión del deporte participa también de las reflexiones sobre la dinámica de las identidades, la historia de las estructuras subjetivas y la intervención de los procesos simbólicos en el desarrollo evolutivo de lo social. Este texto —cuyo título original es *En busca de la exaltación*— encara un tema inusual en la reflexión histórica y sociológica: el desempeño afectivo y el destino de la excitación en la génesis, la estabilidad y la transformación de los órdenes sociales.[1]

Pero esta marginalidad del deporte no le es estrictamente propia. El deporte comparte este lugar desplazado con otras expresiones sociales con las que guarda una estrecha afinidad y respecto de las cuales establece, asimismo, una nítida diferencia: distintas modalidades del juego, ordenamientos ceremoniales de la competencia, expresiones dramáticas, escenificaciones y prácticas teatrales, expresiones de humor y explosiones de risa, modos lúdicos de la expresión corporal, efusiones y dilapidaciones de la fuerza y la energía destinadas a modalidades exorbitantes del don, de los mecanismos de intercambio y de rituales de sacrificio, destinados a ofrecer vías de placer o de bienestar en lapsos liberados de la implacable tiranía de la búsqueda de la mera supervivencia.

En estas condiciones, la reflexión sobre el deporte, lejos de ser una derivación prescindible, una mera divagación suplementaria sobre un hecho que, por su calidad recreativa, parecería nimio, insustancial, le ofrece a Elias la posibilidad de una síntesis de sus concepciones elaboradas y presentadas con detalle en sus trabajos teóricos.

Pero la reflexión de Elias no es una mera corroboración o una reiteración de sus conceptos y puntos de vista; los diferentes trabajos compilados en el texto —algunos de ellos con la colaboración del sociólogo inglés y discípulo suyo, Eric Dunning, otros incluso a cargo de este último y de otros colaboradores— son una ampliación y una reelaboración de su pensamiento, pero también una contrastación de sus propias concepciones sobre las metamorfosis evolutivas que señalan distintos momentos en la evolución social. Ahonda en estos trabajos no sólo en la comprensión de las transformaciones del juego, de las facetas cambiantes de la organización e institucionalización del deporte; describe e interpreta meticulosamente el desempeño de los actores en la constelación dinámica de tensiones surgidas de la regulación, el sentido y el desenlace del proceso social; incorpora en su comprensión la irrupción de las afecciones, las emociones, las operaciones sobre el cuerpo en el dominio de amplios procesos sociales que conforman la historia y el proceso de civilización.

2. MÁS ALLÁ DE LA SOCIOLOGÍA: NORBERT ELIAS Y LA HISTORIA COMO DINÁMICA DE LOS PROCESOS SOCIALES

Difícilmente podría encasillarse la perspectiva de Norbert Elias en un marco de una sociología canónica. El trabajo de Elias, surgido del clima intelectual que alentó la génesis de la Escuela de Fráncfort, en cuyo marco surgieron exploraciones teóricas y filosóficas sin precedentes, con la concurrencia de múltiples facetas disciplinarias, lleva también la impronta de esta vocación al desbordamiento de una *doxa* filosófica o antropológica. Asume la búsqueda de una concurrencia de filosofía, sociología, psicoanálisis, estética e historia para discernir la emergencia y transformación inquietantes de la modernidad. Esta conjugación de múltiples puntos de vista involucra elaboraciones propias, despliega posturas críticas ante las contribuciones canónicas en los diversos ámbitos disciplinarios. Además, comparte con la Escuela de Fráncfort la experiencia del exilio devastador ante las persecuciones desencadenadas por el nazismo —Elias elegirá Inglaterra como destino—. Esta experiencia brutal del exilio acaso privilegiará su disponibilidad para la comprensión de las fases del proceso de civilización engendradas por la génesis y el destino de la violencia; lo lleva así a atender el lugar de la violencia como factor cardinal de dicho proceso y a elucidar sus raíces y fundamentos sociales, afectivos, cognitivos, inscritos en el orden institucional y expresados en las estrategias políticas.

Enmarcada por una inclinación clara por la sociología, la obra de Elias asume las exigencias de aceptar lo social como proceso, como creación y secuela de un desarrollo de las costumbres, los usos, los vínculos y las confrontaciones irresueltas de la vida cotidiana que se expresan en pautas de comprensión y modos de control social y de control de sí, que a su vez dan cabida a pautas de identidad derivadas de los procesos cognitivos y de la conformación y destino de las tensiones sociales. Elias asume la necesidad de integrar las diversas facetas de la personalidad —cognitivas, afectivas, pulsionales— al mismo tiempo como creación de sí y como el desenlace de múltiples dependencias, juegos y relaciones de poder que definen al mismo tiempo su entorno y su desempeño. Un rasgo propio de Elias es su abierta decisión de asumir la comprensión de la modernidad menos bajo el impulso de la condena que como una necesidad de esclarecer la relevancia específica que, en todos los dominios de la experiencia y el comportamiento, asumen los grupos sociales en un proceso de transformación incesante.

Así, la atención privilegiada a lo social como proceso, dotado de tiempos y dinámicas propios, sometido a equilibrios y desequilibrios, perturbado por tensiones que surgen en diversos niveles de los agrupamientos, revela pautas que rigen las sucesivas transformaciones cuyas facetas heterogéneas se manifiestan en los hábitos, las acciones, las experiencias, la invención conceptual, la consolidación de conocimientos, las diversas y sucesivas expresiones institucionales.

Su perspectiva se desplaza así entre vastísimos ámbitos del comportamiento social y de las fases históricas, políticas e institucionales complejas, aprehendidas

en su sucesión y en su diálogo, pero sin eludir la reflexión acerca de las condiciones de la personalidad, los ordenamientos subjetivos, el dominio de los afectos, el destino de los cuerpos disciplinados.

La atención desdibujada de la sociología clásica a estas facetas del proceso de civilización es confrontada, en la compilación ofrecida por Elias y Dunning, con evidencias incontrovertibles sobre la relevancia innegable de esas prácticas en los diversos momentos históricos, en distintas culturas. Cada una de las contribuciones pone a la luz, en torno de las transformaciones de los juegos de competencia y la génesis moderna del deporte, las transformaciones concomitantes de toda la trama de los procesos sociales. Ambos autores señalan también pautas discernibles de mutaciones sociales progresivas siguiendo ese hilo conductor que recorre abierta o tácitamente la obra de Elias: la reflexión sobre la manifestación y expresión de la violencia.

El deporte y los juegos de confrontación iluminan oblicuamente la transfiguración de las pautas colectivas que reclaman la contemplación o el ejercicio de la violencia como correlato de la irrupción corporal de las afecciones y como expresión sintética de las tensiones sociales y su dinámica. Así, con la progresiva instauración y generalización del deporte se pone de relieve la orientación del proceso de civilización hacia modos de comportamiento colectivo reconocibles por una atenuación creciente de la violencia.

La particular relevancia de la aproximación del deporte en Elias surge del análisis de su vínculo con la génesis, la dinámica y la relevancia de la confrontación mortífera o los desafíos destructivos entre los cuerpos, como punto de referencia crucial en la comprensión del proceso de civilización y su trayecto evolutivo. En efecto, la noción de violencia, incorporada de manera constitutiva en los horizontes conceptuales de este libro, define una mirada que hace inteligible la transformación diferencial del proceso de civilización y permite el reconocimiento pleno de sus presupuestos teleológicos.

Pero la violencia concebida a la luz de este juego de transformaciones evolutivas no consiste, de manera exclusiva, en transitar de una violencia física —corporal— a un régimen simbólico; sino en desplazar y transformar los mecanismos de su ejercicio. El complejo proceso de la modernidad conduce así desde un orden diseminado, puntual, de una violencia localizada en la acción directa y la destrucción inmediata de los cuerpos que se enfrentan, luchan, se aniquilan, hacia una estrategia de ordenamiento social a partir de instancias instituidas —el derecho y sus modos de realización institucional—, caracterizada por la inhibición o desagregación de las potencias anímicas y corporales destinadas a la expresión y efusión de los afectos destinados a la destrucción. Es el paso de una realización soberana de la violencia gobernada por poderes, fuerzas y cuerpos condicionados localmente y modelados por la dinámica de los actos mismos, sometidos a una centralización —monopolio, como lo planteó Max Weber— de la violencia a través de esferas y niveles normativos y que tienen su

foco en el régimen del Estado.

Para Elias esta capacidad de intervención violenta del Estado no representa necesariamente un empobrecimiento de la soberanía colectiva, sino una transformación de los patrones de acción colectiva y la conjugación de normas; supone la mutación de modos de conocer el entorno y los marcos instituidos para ordenar modos de control, sus situaciones y su entorno físico y social. Quizás es éste, el control, uno de los conceptos cardinales que sustentan, para Elias, la concepción evolutiva del proceso de civilización. La complejidad de esta noción encuentra su correspondencia en su propio presupuesto: la noción de conciencia. Así, la «transformación» del destino de las confrontaciones de poder no aparece con un sentido unívoco: no es la aceptación ineludible del sometimiento a una cuota de alienación. No conlleva asumir el desarraigo de sí ante el predominio de la racionalidad burocrática y las policías estatales; más bien, cuando se liberan los vínculos sociales del riesgo degradante y devastador de la violencia física, se da cabida a la potencial expresión de una transfiguración abierta, fluctuante aunque profunda, de las dependencias, los niveles de comprensión, a la intervención imaginativa de las capacidades cognitivas desarrollados en los grupos sociales. Se hace patente, finalmente, la plena intervención de la conciencia en el proceso de civilización al transformarse en consonancia con la diferenciación y complejidad normativas para dar lugar a un desarrollo de las pautas de control.

3. TIEMPO LIBRE, OCIO, ESPARCIMIENTO, JUEGO Y DEPORTE: LOS REGÍMENES HETEROGÉNEOS DE LA IDENTIDAD; LAS FORMAS SOCIALES DEL CONTROL

El deporte aparece más allá de las fronteras del mundo del trabajo. Se inscribe en esa expresión de lo social extraña a la lógica contractual del mercado, el «tiempo libre». El tiempo libre es aquel en el que *no* se trabaja. La caracterización cualitativa del tiempo libre supone en consecuencia una definición complementaria y negativa respecto de la esfera del trabajo. Supone una zona de reserva, un amparo ante la tiranía de las operaciones rectoras e implacables de la organización laboral moderna, pero al definir esta condición negativa ofrece del tiempo libre una imagen invertida del mundo del trabajo. Así, frente al rigor normativo, a la racionalidad de la acción eficaz y la composición óptima de las acciones para la producción de objetos de valor, el tiempo libre parece ofrecer en apariencia un relajamiento del rigor, un abandono de la racionalidad de la eficacia y una composición dúctil, maleable, e incluso azarosa de la trama de las acciones, destinadas no a la producción de un valor extrínseco a la esfera propia de vida, sino a una realización afectiva, al gozo inherente a las libertades y a las posibilidades del placer en la efusión afectiva.

La visión dualista que opone trabajo y tiempo libre privilegia, o bien un

conjunto de prácticas y hábitos destinados en última instancia a aliviar la fatiga de la monotonía corporal y afectiva propia del régimen del trabajo y a contribuir con ello al desempeño óptimo de la racionalidad eficiente, o bien se concibe el tiempo libre como un ámbito de acción en el cual tienen lugar, bajo una misma racionalidad, pautas normativas en consonancia con las que dominan la esfera del trabajo; así, desde este punto de vista, el tiempo libre sería simplemente la realización de la racionalidad del trabajo «por otros medios». Con esta expresión equívoca se nombra así con frecuencia el tiempo de recreación como una prolongación del propio mundo del trabajo —forma singular de la reproducción del propio régimen de la producción—; el entretenimiento o el espectáculo como expresión de una esfera ampliada del trabajo. La recreación y el entretenimiento como factores decisivos en el desempeño óptimo de los trabajadores. En contraste con la esfera del trabajo surge la interrogación sobre el vínculo entre ocio, diversión, entretenimiento, juego y tiempo libre.

No obstante, la caracterización evolutiva del tiempo libre no responde a esta confrontación nítida con el universo del trabajo. Elias y Dunning revelan el sentido improcedente y acaso erróneo de esta visión dualista, la imagen en el espejo del mundo del trabajo; en su perspectiva se trata de una aproximación precaria y engañosa. Esta visión dualista y negativa del tiempo libre, en principio, implica tácitamente un carácter derivado, secundario, residual o incluso parásito del tiempo libre, y con ello del ocio, de la diversión, del juego y del deporte.

Elias confrontará las posiciones sociológicas y antropológicas que hacen del tiempo libre una manifestación equívoca del propio universo del trabajo. En principio, revoca la visión dualista y negativa. Revela la naturaleza cualitativamente incomparable de distintos géneros de actividades que se despliegan durante el tiempo libre. Elias y Dunning enumeran actividades propias del tiempo libre que difieren en grados de rutinización, destinadas al cuidado propio de los sujetos, al ordenamiento de su esfera de relaciones cotidianas, al logro de seguridades y a la disminución de ansiedades y de riesgos en la intimidad; pero también a formas de trabajo, no remunerado ni ordenado por racionalidades generalizadas e implacables, sino realizado a voluntad, con ritmos propios, con racionalidades puntuales, con finalidades locales. El tiempo libre ofrece también la posibilidad de acciones que apuntalan el vínculo colectivo a partir de ceremonias, rituales y acciones de culto, o bien, actividades destinadas a la diversión o al entretenimiento. Así, este abanico de actividades presenta diferencias constitutivas respecto del trabajo; incluye prácticas, universos de acciones, formas de conocimiento y expresiones afectivas que toman distintos sentidos en los diversos dominios de la vida cotidiana; tienen distinto peso en el desempeño de los sujetos en los diversos ámbitos de la vida social. Pero lo que ocurre durante el tiempo libre también revela la presión de órdenes normativos de fuerza de obligatoriedad distinta; se abren vías diversas a las alternativas de elección y a la libertad de disfrute, conllevan expresiones afectivas distintas y

grados de satisfacción y de gozo inconmensurables, suponen constelaciones distintas de relaciones y tensiones afectivas y cognitivas en el seno de diversos grupos sociales.

Ocio, juego y deporte aparecen en ese espectro de acciones del tiempo libre, pero cada una de ellas tiene un linaje, una dinámica, una historia y un sentido propios que responden a fases, condiciones y desarrollos cambiantes en el proceso de civilización. El deporte, a pesar de preservar una íntima relación con el verso del juego, engendra, con las transformaciones propias de la modernidad, su esfera propia. En efecto, el deporte surge en la modernidad con el impulso a la institucionalización propia de un Estado centralizado. Esa institucionalización reclama privilegiadamente recursos argumentativos de legitimidad de alcance general, ahonda las pautas yoicas de reconocimiento y reciprocidad y pone en juego estrategias simbólicas de control amparadas en fundamentos argumentativos de la identidad y la acción; así, el deporte participa plenamente de la exigencia, dominante en la modernidad, de sustentarse en una normatividad generalizada. Comprender el deporte exige, a veces de manera implícita, a veces expresa, comprender las potencias, los tiempos, los ritmos y los dominios simbólicos del cuerpo, de la integración de las disciplinas; supone aproximarse a la regulación de las afecciones y al asombro de su acontecer; a las exigencias de la identidad y las calidades culturales e históricas de la mirada. Pero involucra también una reflexión sobre las pautas de relación y cooperación que le son específicas, no menos que las modalidades de la confrontación que supone, y del destino del desenlace de esa confrontación. Ese destino hace evidente que el deporte reclama una caracterización propia, la identificación y comprensión de un régimen particular de tensiones, modos de saber, competencias y capacidades, técnicas corporales y marcos de regulación abiertos a una relajación de las tensiones cotidianas y al logro de bienestar y placer, a una excitación libre de peligros, a una catarsis que desplaza y anula las cargas afectivas del sobreesfuerzo exigido por el rigor en las regulaciones del trabajo. El deporte libera a los sujetos de la severidad en los ordenamientos sistemáticos del trabajo para abrirlos a la posibilidad de las excitaciones placenteras y las exaltaciones emotivas.

La modernidad funda las bases para el progreso institucional del deporte al llevar las alianzas, las regulaciones y los rasgos ceremoniales y lúdicos del juego a un ordenamiento general, duradero, al margen de los condicionamientos locales. La fuerza de generalización de un mismo orden normativo para la práctica de un deporte asegura una incorporación ampliada de vastos sectores sociales al eludir la restricción derivada de identidades y situaciones locales. Así, el deporte participa del impulso moderno a la conformación de estructuras de regulación generales con aplicaciones altamente individualizadas, fundadas sobre imperativos argumentativos y simbólicos. El deporte funda en estos patrones de regulación neutros la posibilidad de afirmarse también como espectáculo.

Elias hace patentes las condiciones comunes que vinculan la génesis del futbol como deporte ya institucionalizado en Inglaterra y las prácticas políticas parlamentarias que desterraron los ciclos de violencia entre los distintos grupos por la supremacía del control político. Con ello pone en claro la común racionalidad entre los modos de regulación y control en ambos dominios. La implantación de normas e instituciones que abren la posibilidad de dirimir las confrontaciones políticas en los marcos simbólicos, sin riesgo de exterminio o daño entre los contrincantes, corre paralela a la difusión y generalización de la práctica del futbol. Transformación de la violencia de las confrontaciones en extinción del riesgo físico. Cancelación de la secuencia entre disputa y destrucción: la sofocación de los impulsos al exterminio y la erradicación violenta del derrotado. El deporte inscribe su proceso evolutivo en la racionalidad de las políticas de Estado que transforman todo el espectro de las dependencias sociales y políticas. Éstas permiten suprimir la solución de exterminio como alternativa ante las controversias y luchas de poder entre actores sociales. Se trastoca el alcance de instituciones y su participación en los regímenes de control; se responde a nuevos modelos de racionalidad y de intervención reflexiva de la conciencia en la gestión política.

Pero la transformación no sólo se gesta en la trama de las relaciones sociales y sus regulaciones. Involucra, simultáneamente, la aparición de pautas inéditas en la construcción de los saberes, en el surgimiento de instituciones científicas, en la comprensión de la naturaleza, en la atribución de capacidades y potencias a la conciencia. La nueva concepción de la naturaleza supone otro sentido de la mirada, del registro, del análisis. Plantea la necesidad de expresiones y tratamientos formales, otras categorías lógicas que dan otro sentido a la comprensión. Asimismo, se aprecian con otros patrones de sentido los fenómenos y las acciones humanos como una vía que conduce a acrecentar el control del entorno físico y humano.

En efecto, la noción de control y su lugar en la experiencia colectiva e individual no surgen sólo de una ampliación de la potencialidad reflexiva de los sujetos y su capacidad de intervenir desde esa subjetividad autónoma en la constelación de tensiones colectivas. Revelan una historia que conjuga las pautas sociales e históricas de la génesis de la verdad, de la comprensión de los procesos naturales y sociales, tanto como su posibilidad de incidir en el campo de la acción y los vínculos. Se expresa en la capacidad de trasladar al ámbito del trabajo y del comportamiento las resonancias de las determinaciones cognitivas: la comprensión del universo y las potencialidades de control que surgen con ello definen no sólo las orientaciones históricas de la verdad, sino la conciencia de sí, de la esfera de la propiedad, de los alcances del trabajo, de las raíces del valor, de las mecánicas del intercambio y la riqueza. Conciencia y «razón», como agentes de autocontención, se transforman históricamente como también lo hace el desarrollo cognitivo y su participación en las tensiones sociales.

Elias ha revelado ya en múltiples textos la manera en que el proceso de civilización europeo, a partir del siglo XVII, no sólo trastoca radicalmente los patrones cognitivos, sino también los objetos, procesos y capacidades de la conciencia, las formas del vínculo entre sujetos, los modos de comprensión relativa del individuo frente a los procesos físicos y políticos. Pone en claro cómo, a partir del racionalismo, las tentativas de objetivación de los fenómenos y la expresión de las determinaciones y regímenes causales en síntesis formales, encuentran su resonancia en pautas de control específicas: máquinas y cuerpos. Esta alianza entre conocimiento, visibilidad y control no sólo modela la visión de la naturaleza, sino la conciencia del propio sujeto. Amplía sus capacidades y los horizontes de sus acciones, lo lleva a fundar también regímenes de dependencias sociales y grupales que se transforman a la par de la comprensión de la naturaleza. Estos otros regímenes de conceptualización dan lugar a horizontes para la acción, históricamente inéditos; los nuevos patrones cognitivos, a su vez, se expresan en determinaciones éticas distintas; se engendran con ello nuevas dependencias y tensiones en las relaciones sociales. Las nuevas constelaciones de los vínculos entre sujetos en los grupos sociales reclaman otros alcances y recursos en la aspiración al control, pero también suponen perfiles y potencias nuevos para la conciencia y la comprensión reflexiva de los sujetos: nuevas pautas para la aprehensión de sí y la edificación de la propia identidad cifradas en juegos simbólicos.

Para integrar en una misma situación de competencia, y en una esfera compartida de relaciones, reglas y mecanismos de atribución de identidad a grupos diferenciados —no sólo equipos en conflicto, grupos y contingentes de partidarios que los alientan y experimentan afecciones próximas a la solidaridad, espectadores—, el deporte requiere esas nuevas formas de control de los grupos y autocontrol de los sujetos. Supone esas alternativas de control de sí para la implantación de expresiones disciplinarias, modos de participación y concurrencia en espacios compartidos. Pero el deporte también incorpora en su desarrollo pautas éticas, hábitos de cortesía y de coexistencia a un tiempo generalizados y altamente individualizados, expresados en estrategias diferenciadas de control y en la gestión simbólica de la disputa. El deporte requiere la vigencia de formas generales de regulación objetivadas en ordenamientos institucionales y pautas de control ejercidas reflexivamente por los sujetos para orientar y acotar sus respuestas afectivas, para fijar los linderos del gozo, la exaltación y el placer.

La conjugación de mecanismos de control supone, asimismo, un proceso complejo por medio del cual se instauran nuevas técnicas generales de gestión de la competencia por la supremacía entre grupos y entre sujetos. Cuando Elias asume, con múltiples matices, la tesis weberiana ante las formas de racionalidad vigentes en la modernidad que conducen a acotar en el aparato de Estado el monopolio de la violencia física, supone también la diseminación en la vida

cotidiana de patrones simbólicos regulados e institucionalizados para el trámite de los conflictos. Ese monopolio está lejos de ser un proceso estático, definitivo y por sí mismo estabilizador. Por el contrario, su complejidad, la participación de niveles de relación e identidades heterogéneas de los actores, la diversidad de los medios y fuerzas de éstos, destinados al dominio, desemboca en diversos juegos de regulación simultáneos. Esta concurrencia de actores y tensiones introduce nuevos procesos de simbolización, nuevos rigores en las formas de control, nuevos imperativos en los ámbitos institucionales. Pone a la luz nuevos destinos y formas de ejercicio de la supremacía social. Asimismo, reclama para su implantación mecanismos de legitimidad, de reconocimiento generalizado de la vigencia de leyes y ordenamientos, nuevas operaciones instrumentales para refrendar su validez. A su vez, el Estado asume la capacidad de intervenir poniendo en juego esta capacidad monopolizada de incidir de manera violenta en la trama de las acciones sociales; esta intervención no puede darse sin la exigencia compartida, entre grupos e individuos, de abatir hasta el límite los riesgos de daño, de dolor y de aniquilación física tanto para los grupos como para los sujetos participantes en la lucha, y asumir igualmente la transformación de toda disputa por la supremacía en un mecanismo amparado en la eficacia del control simbólico.

Elias asume así, para caracterizar el proceso de civilización, la relación intrínseca entre violencia, riesgo y miedo. Registra las vacilaciones y alternativas de los grupos sociales ante el riesgo del derrumbe de los pactos y la fragilidad de las alianzas pero, sobre todo, miedo ante el exterminio y el dolor como secuela de esas rupturas catastróficas. Pone en claro el carácter paradójico del riesgo: como condición de la recreación de los pactos sociales y como factor de degradación del vínculo. Ambas se ponen de relieve en el deporte: sin una cuota de riesgo no existe la exaltación de la competencia y el impulso a la efusión pasional, pero cuando el riesgo toca la degradación o el exterminio sofoca el vínculo, lo inhibe o incluso lo extingue. El desenlace de las confrontaciones de poder amenaza siempre con llevar el sometimiento hasta el punto limítrofe de la extinción del sometido, implantar en los dominados la pérdida generalizada de identidad; arrasa con las propiedades, vínculos, acarrea el dolor y la muerte misma. El proceso de civilización no puede eludir el riesgo, pero cancela la posibilidad de dirimir cada controversia en inminencia de muerte o de degradación física o moral.

Se hace patente como pauta evolutiva, como ascenso en el proceso de civilización cuando se transita hacia formas de control que limitan el ejercicio indiscriminado de la violencia directa, derivado de la derrota y la captura, el progresivo abandono de la aniquilación del universo del otro. Las interacciones experimentan entonces una metamorfosis radical, que se expresa en la forma y la vigencia de los vínculos contractuales. Involucra la participación de una conciencia y un ejercicio reflexivo del control y la incorporación de éste en el

dominio de los hábitos y las formas de vida, en la aprehensión de la propia acción como instauración de racionalidades. Sin duda, los alcances de una inflexión weberiana son perceptibles nítidamente no sólo en este aspecto específico del trabajo de Elias sino en la integridad de su propuesta. La transformación cardinal de lo social inherente a la modernidad se gesta en esa mutación decisiva: la cesión del ejercicio de la violencia a los agentes que la ejercen para implantar equilibrios sociales, a partir de la aplicación de la norma general asumida colectivamente en su validez y en sus alcances, y sustentada por la conformación simbólica de las identidades. Violencia y racionalidad se conjugan en el dominio simbólico y se plasman en la relevancia ordenadora de la trama normativa compleja en las sociedades modernas.

Al surgir esta aceptación íntima, asumida colectivamente, de los límites para la devastación y la degradación física de los oponentes se interrumpe lo que Elias denomina «los ciclos de violencia»: no sólo aparece el predominio de la regulación, sino también una transformación vivida como una metamorfosis íntima de los sujetos, una nueva capacidad de la conciencia de intervenir simbólicamente en las tramas sociales de identidad y reconocimiento. Se producen nuevas figuras y niveles de articulación de las relaciones sociales que conducen a modos inéditos de significación de la experiencia. Emerge de manera material, expresada en las instituciones, una creación social que preserva bajo formas simbólicas modos de organización plasmados en morfologías y disciplinas de los cuerpos, ofreciendo así recursos materiales para la expresión de las afecciones, los afectos y los placeres.

No obstante, en el curso del proceso de civilización no se trata de la desaparición de la violencia como tal, sino del modo y las condiciones de su aparición y los recursos colectivos para su gestión. Así, la intervención del Estado no cancela ni suspende las condiciones de la violencia social: exclusión, privación de la pertenencia, identidad, cancelación de las prerrogativas, sino que se integran en la lógica simbólica de los destinos de la interacción. Lo que se modifica en la gestión de la violencia se expresa como un «olvido» de los ciclos de agresión, una superación del resentimiento y el miedo, de la sospecha ante la posible aniquilación de los actores. Se transforman las condiciones sociales del control. Tiene como secuela la regulación y el control suplementario de la identidad de sus agentes, y una validación general de las condiciones normativas de la dominación sustentadas en regímenes legales. Civilización no supone así la disipación de la violencia, sino su reemplazo por la intervención de la conciencia en el control de sí a partir de una ampliación de sus potencias reconocibles, de los patrones cognitivos trasladados a figuras disciplinarias, a la modelación yoica y a pautas simbólicas que confieren a la constelación de tensiones sociales una lógica propia. Quizá sea este último factor el determinante en las transformaciones no sólo de las formas de vida, sino en la propia estructura de la experiencia subjetiva y de las estructuras de personalidad. Las expresiones

cambiantes de la violencia revelan así la evolución propia del proceso de civilización. Al asumir las secuelas del planteamiento weberiano, Elias explora las condiciones y las dinámicas que involucra esta transformación en todos los dominios de la experiencia y su capacidad de incidir en la creación de mutaciones definitivas del proceso social integral.

El monopolio de la violencia ejercido por el Estado confiere a ese «olvido» de la desconfianza recíproca entre los actores en conflicto —condición *sine qua non* de la acción vigilante y la administración de la violencia por el Estado— la posibilidad de una comprensión diferente del riesgo de la aniquilación física, derivada de la resolución puntual de los conflictos y el desenlace de las confrontaciones de poder. La noción de *riesgo* adquiere *otro sentido* al extinguirse la posibilidad de la muerte o la lesión duradera; revela otras aflicciones y hace imaginables múltiples desenlaces afectivos de la derrota o la victoria, pero cuyo rasgo esencial es que no suponen la destrucción y la mortandad como desenlace de un conflicto. Esta cancelación del drama irreparable de la solución por el extermino abre la vía a un sentido particular del conflicto: hace patente que su fuerza reside en su pura calidad simbólica. Confiere un sentido particular a los controles simbólicos y a la variación de su fuerza imperativa. Da lugar a una gradación y diferenciación de la fuerza de ley. Permite una clara diferenciación de los rigores, de los rangos facultativos del repertorio normativo. Introduce en la relación cotidiana de los sujetos un abanico normativo de múltiples grados de obligatoriedad, que abre a la conciencia y la elección rangos de decisión instituidos y abre espacios de deliberación involucrados en tal diversificación normativa. El conflicto social asume entonces la morfología del juego de competencia y, acaso, de imitación; participa también de sus disponibilidades afectivas, de sus despliegues escénicos, de sus placeres, de sus efusiones afectivas, sus angustias y sufrimientos mitigados y desplazados.

La comprensión de esta constelación de tensiones inestable que surge en el proceso social entre el reclamo de desahogo de las afecciones y su rígida contención en el dominio de la vida cotidiana de los sujetos, la comprensión del surgimiento de hábitos y de patrones de respuesta a que da lugar, la modulación de las sensibilidades y las afecciones en conflicto no puede darse sino mediante una metáfora. El juego no es sólo un modo social de realizar esta apertura de posibilidades de la confrontación simbólica; el propio juego constituye un modelo privilegiado para la comprensión de los marcos mutables, las estabilidades y las regulaciones, los patrones de control y los modelos disciplinarios de lo social.

En un texto no exento de resonancias equívocas, *Was ist die Sociologie?*,[2] el juego aparece al mismo tiempo como objeto de reflexión y como modelo para la comprensión de lo social. Da lugar, en la propuesta de Elias, al concepto cardinal de *figura*. La noción de figura revela una visión diagramática en la que se plasma

la dinámica abierta de los procesos sociales. Expresa la articulación cambiante y móvil de las dependencias y el desplazamiento de las supremacías.

La noción de figura no comprende un conjunto definitivo de elementos en una composición fija, inmutable; por el contrario, revela tejidos de tensiones en dependencias recíprocas, niveles de regulaciones de diferentes naturalezas y lógicas que concurren simultáneamente. Las metamorfosis que dan su fisonomía al proceso de civilización responden a la dinámica compleja de las figuras: se definen según las formaciones singulares de las constelaciones de dependencias y relaciones entre grupos y sujetos. Esta articulación serial de las figuras va componiéndose según modalidades que confieren su sentido y su orientación al trayecto histórico. Las relaciones sociales aparecen así definidas como tensiones en colectividades sometidas a equilibrios y desequilibrios. La noción de figura revela las restricciones y la inadecuación del término *interacción* para revelar la dinámica y la naturaleza de las acciones al remitirlas a procesos surgidos de la confrontación de presencias y a dependencias que tienen lugar en entornos locales: no hace justicia al «entretejido de experiencias y acciones de la gente». Por medio de la noción de figura se representan las morfologías cambiantes de poder originadas en la concurrencia de tensiones y acciones múltiples; exhibe la génesis y eclipse de potencias, es decir, condiciones de vínculo que alteran incesantemente la fisonomía de los perfiles de los sujetos, sus identidades y las relaciones que establecen entre sí. De esta forma, hay una correspondencia estrecha entre la comprensión misma de lo social y su evolución con la comprensión del juego, entendido como una conjugación de figuras en la que niveles de regulación, identidades, modos de disponerse de los sujetos y sus relaciones en el trayecto dinámico de la confrontación dan cabida y forma simbólica al acontecimiento.

Los rasgos compartidos entre juego y deporte, sin embargo, no bastan para reducir uno al otro. Por el contrario, ambos se diferencian por la naturaleza y la diferente fuerza de obligatoriedad de sus reglas, por la participación diferenciada de sus actores, por el sentido que cobra su despliegue escénico y el papel social de su implantación espectacular. Se hace patente lo insostenible de una mera derivación genealógica entre deporte y juego, entre competencia y lucha, entre conflicto y aniquilación. Es por estas condiciones que el deporte cobra esa presencia autónoma, ese impulso a la generalización, esa diseminación en todos los ámbitos de lo social que cobra una fuerza de integración de los más diferentes actores en una visión sintética que incorpora las metáforas de la lucha y la confrontación de identidades diferenciadas. Esta integración asumida como confluencia de diferencias y como escenario de la confrontación hace comprensible la eficacia que asume en la vida colectiva de la modernidad: oportunidad de disfrute y ámbito privilegiado donde el ejercicio del control y el autocontrol se despliegan a partir de las afecciones liberadas por la calidad mimética de la representación del conflicto y de la competencia. Asume también

esta transfiguración del riesgo y esta supresión de las alternativas radicales de aniquilación.

Elias y Dunning recurren a la noción de figura para la comprensión dinámica del papel significativo del deporte: las agrupaciones diferenciadas a las que convoca el deporte revelan figuras congruentes con las que se engendran en otras experiencias sociales de confrontación y supremacía, con una diferencia: en el deporte es posible vivir las afecciones, las exaltaciones y las emociones de la derrota, el abatimiento, la victoria suspendiendo el riesgo de una pérdida o un dolor definitivo o duradero. Se establece entre juego y conflicto un vínculo mimético que asume entre los agentes en conflicto el sentido de un proceso de control suplementario. En el deporte se pone en juego un régimen disciplinario y pautas de autocontrol de los participantes, la efusión regulada de las pasiones y las emociones que abre también la posibilidad de aprehender y comprender las tensiones y los sentidos del conflicto social. La experiencia mimética disipa el riesgo de dolor, de exclusión o de muerte. Y es la pretensión de suspender este riesgo la que confiere su relevancia al juego mimético y lo ofrece como fuente de conciencia, de apuntalamiento de los vínculos; pero también como condición para obtener cuotas inusuales de placer, fruto de las efusiones pasionales del conflicto. Mimetismo y disipación del riesgo y del dolor revelan las cualidades simbólicas y las resonancias éticas y subjetivas de la transformación escénica y simbólica del conflicto y la lucha. Pero también iluminan el sentido que adquiere la disposición espectacular del juego. Contemplar la lucha, participar de ella por la mediación simbólica de la mirada, incorporar en sus vicisitudes la descarga afectiva, dar cabida a la relajación, gozar de una libertad sin riesgo, de la imaginación estratégica y del placer de la efusión de las emociones sin sanción física ni moral, sin comprometer la propia integridad.

La regulación generalizada que transforma en deporte el juego de competencia revela su arraigo en una necesidad de los grupos sociales: experimentar la efusión, la relajación momentánea, como una respuesta inaplazable a los rigores y la mecánica implacable del trabajo. El deporte hace posible resistir a la contención, a la exacerbación del control de sí propio del orden implantado en las formas de vida cotidianas, alimentada por la racionalidad de la vida del trabajo y sus sistemas mecánicos, impersonales. A medida que estos patrones de racionalidad se consolidan y acrecientan su eficacia en la modernidad, se apuntala asimismo el reclamo de una vía para obtener la satisfacción suscitada por el relajamiento momentáneo.

4. VIOLENCIA, MIMESIS Y SUBLIMACIÓN: RASGOS DE LA METAMORFOSIS DEL PROCESO DE CIVILIZACIÓN

El desarrollo de una sensibilidad progresivamente intolerante a la violencia surge

como rasgo cardinal del proceso de civilización. Involucra simultáneamente una referencia a regímenes de percepción y de conciencia, a modalidades de saber, al reconocimiento de pautas normativas en mutación incesante e, incluso, a disposiciones del cuerpo —como sustento y objeto de procesos simbólicos y como sustrato biológico de las afecciones y las percepciones—. Esa sensibilidad no puede ser ajena a la conformación de las identidades individuales y colectivas. Los grados de sensibilidad y afectación definen asimismo el curso de los vínculos y el destino de las tensiones sociales. Un rasgo de la modernidad es la creciente intensidad de la perturbación que los sujetos experimentan ante los hechos violentos, el desplazamiento de los umbrales de tolerancia ante la destrucción física de los cuerpos, la muerte. La degradación duradera, la aniquilación o el asesinato como fruto de la dominación reclama el velo, la mediación de la ficción, el despliegue de simulacros, la negación o el olvido.

Así, con las exigencias del proceso de civilización, manifiestas en las figuras de lo cotidiano, los grupos sociales hacen crecientemente discernible —y también intolerable— la violencia como experiencia e invocan su traslación a las formas miméticas del espectáculo. La modernidad alienta la incapacidad de asumir la realización patente de la violencia física en los cuerpos, la degradación de las identidades o su aniquilación en los ámbitos de la intimidad; desbordados por la destrucción y el asesinato, incapaces de presenciar y admitir la tortura o el exterminio, los grupos sociales reclaman una contemplación vicaria: la violencia sólo es admisible o incluso disfrutable como espectáculo, como simulacro, como alegoría, como alusión, como fabulación teatral, o con la integridad testimonial bajo el imperativo de la denuncia. Su realización, de ocurrir, exige la intervención jurídica. La aparición de la violencia suscita una respuesta ética, un reclamo institucional y en la esfera del derecho, pero también una repulsa afectiva, una exclusión emotiva, o incluso, en un vuelco patológico, una negación y un rechazo defensivo ante la imposibilidad de asumirlo como experiencia. La aparición de la violencia como faceta inherente a la vida de las colectividades es asumida desde transformaciones cognitivas y enmarcada en los destinos prescritos de la afección.

El deporte moderno constituye una instancia para la realización mimética del conflicto. Esta mimesis se sustenta en el rechazo de los impulsos de violencia física destinados a la degradación duradera de las capacidades de los actores o su aniquilación, pero se despliega también como una modalidad del espectáculo, destinada a la contemplación escénica para el disfrute del conflicto; esa mimesis es la oportunidad para responder a las afecciones de la lucha, para la percepción directa de la violencia atenuada, para el desencadenamiento de las pasiones y las intensidades afectivas que ésta suscita. La violencia se expresa como una alusión en el contacto vigoroso y drástico de los contendientes, en el choque de esfuerzos, en la exacerbación de las potencias corporales, una alusión al acto de sometimiento sin el costo de la muerte o la desaparición. La competencia entre

actores determinados y en espacios prescritos, sometidos a regulaciones de alto grado de generalidad, supone, además, una diferenciación inequívoca y definitiva entre quienes lo desempeñan y sus espectadores. La aniquilación física se transforma en espectáculo de afanes, de la extenuación o la celebración del vigor corporal, la amenaza de la fatiga, de exaltación contenida, de violencia regulada. Alienta, por su parte, una respuesta especular en los espectadores: éstos se reconocen en los contendientes, comparten con ellos la oportunidad de una efusión exorbitante aunque enmarcada en umbrales regulados de tolerancia; el deporte ampara manifestaciones afectivas que desbordan los hábitos ordinarios, expresión de emociones y pasiones cuya intensidad excede la tolerancia cotidiana. Ambas facetas se conjugan y alimentan entre sí sin quebrantar en su desarrollo los entornos sociales prescritos para ellas y sometidas a un alto grado de regulación.

El deporte involucra así una doble condición: la gratuidad del ocio y su disfrute, pero también la realización ficticia de la confrontación y la lucha: aparece como práctica, como espectáculo, como simulacro y como realización mimética de las confrontaciones. La evolución del deporte mismo alienta modalidades expresivas que fundan el significado social de la confrontación y la experiencia del drama de la supremacía en la exigencia disciplinaria, en el ejercicio de destrezas corporales y estratégicas extraordinarias, en la expectativa de llevar las capacidades hasta su límite. El disfrute de esta mimesis de la lucha como régimen de escenificación hace posible, siempre en espacios, modalidades e intensidades ajenas al riesgo de degradación física o de aniquilación, la efusión, la descarga afectiva, la expresión intensa de las emociones, la exteriorización de los apegos, los giros aberrantes de la pasión. La competencia involucra así, de maneras diferenciadas aunque capturadas en un juego de reflejos, a los protagonistas del juego y a sus espectadores. Ambos se enlazan en un complejo compartido de dependencias y tensiones, en situaciones creadas en esa misma conjugación de actividades particulares y diferenciadas. Se conforma una alianza entre los contendientes y quienes los contemplan: unos expresan en esa contemplación las pasiones que experimentan los rivales en la confrontación deportiva.

Comprender la génesis del deporte y su participación en las figuras del proceso de civilización supone, para Elias, el reconocimiento de la tensión primordial que deriva de la relevancia, el destino y el sentido social de los procesos de control. El deporte escenifica los regímenes y las gradaciones de la autocontención. En efecto, la práctica del deporte se fragua en una figura social que compromete a un tiempo un alto grado de control social y control de sí, firmes marcos disciplinarios y acotamiento de las pasiones y afecciones, pero también una posibilidad de experimentar el placer de la distensión, de la efusión pasional, de la expresión intensa de las emociones y las afecciones más allá de lo admitido por los marcos estrictos de la prescripción eficaz del mundo del trabajo,

por los reclamos estrictos de la supervivencia. Este dualismo es constitutivo del deporte. Elias lo expresa de manera sintética con una expresión deslumbrante: un «descontrol controlado de las emociones» *(controled decontrolling of emotions)*. La regulación en el deporte

> despliega y hace evidentes los diversos grados de compulsión y de obligatoriedad de las regulaciones sociales: dominios y matices de la permisividad en la expresión afectiva. Esta gradación de la obligatoriedad hace patente asimismo el ejercicio de decisiones, alternativas y estrategias, disciplinas del control corporal y contención de los impulsos pasionales que revelan, mediante el conflicto escenificado, las potencias propias, perfiles de sí mismo en un contexto de libertad física y expresiva.

La gradación de la fuerza de obligatoriedad de múltiples normas y su articulación compleja patentes en el deporte —en su conjugación de juego, figura mimética y espectáculo— ilumina con una luz singular un tema de enorme alcance en las concepciones sociológicas: invalida la tesis de la «interiorización» (la introyección de las normas como condición del control de sí y como naturalización de la regulación de los comportamientos). Las normas revelan una eficiencia reguladora con distintos grados de obligatoriedad, destinada a diversos ámbitos de validez, con dominios diversos de intervención y que asumen distintos grados de generalidad. La fuerza modeladora de estas normas simultáneas, de validez restringida y contingente, hacen inadmisible la presuposición de una condición de interiorización para sustentar su eficacia reguladora. Por otra parte, el proceso de surgimiento y consolidación de los deportes, desde su génesis moderna hasta su modo de funcionamiento contemporáneo, revela la progresiva y acelerada transformación de su universo normativo. El análisis del proceso experimentado por distintos deportes, desde la caza de zorros hasta el futbol, muestra la progresiva autonomía de las normas respecto de las condiciones de validez locales, de la experiencia de los sujetos, y al mismo tiempo una metamorfosis incesante. Las reglas deportivas involucraron criterios cada vez más generales destinados a incorporar un repertorio más amplio de participantes, para ordenar de manera más equilibrada y con aceptación mayor en distintos grupos sociales, nacionales y extranacionales, las condiciones de la confrontación. El progreso de esta regulación es ilustrativo: se buscó ordenar más eficientemente, con mayor seguridad y menor riesgo no sólo el desempeño de los jugadores, sino la contemplación misma del juego, rigiendo las conductas de contendientes y partidarios e imponiendo una ética general asumida por todos los participantes; se reguló también la formación y la participación de los equipos; se determinaron inequívocamente tanto los criterios para fijar la jerarquía de los equipos como la valoración de la supremacía derivada del desenlace de las confrontaciones; se establecieron condiciones para la disciplina y el desempeño corporales; se regularon los límites para la

interacción de los cuerpos. Se puso asimismo un particular énfasis en acotar más estrictamente las manifestaciones riesgosas y se conjuró en lo posible el peligro de lesiones duraderas tanto de los participantes como de los espectadores. Se ha preservado el espacio para la invención singular de las estrategias de cada jugador; se ha mantenido la tensión y el riesgo ante la derrota; se ha cifrado el destino de los jugadores, los equipos y los partidarios. El deporte se lleva a cabo bajo un despliegue regulado de las identidades y los impulsos, de las afecciones y la imaginación, buscando el equilibrio y la equidad en las capacidades de los contendientes. Estos rasgos normativos en la institucionalidad del deporte le permitieron pasar de condiciones de validez local, en los marcos de una comunidad específica y particular, a niveles de validez general capaces de incorporar equipos de múltiples regiones, incluso más allá de los linderos nacionales, hasta alcanzar, en el caso del futbol, una implantación mundial.

Pero el futbol no sólo ilumina una historia de la regulación y el control, sino también de los márgenes de efusión y expresión de las emociones, de la génesis del placer y las satisfacciones en el vínculo surgido de la competencia misma. Elias asume, con reservas pero abiertamente, las secuelas de las insinuaciones freudianas sobre el valor cultural de la sublimación. En la propuesta de Elias la sublimación se expresa cabalmente como el valor de la autocontención, del autocontrol, de la represión mesurada de la realización pulsional como condición de creación cultural. En el deporte se expresa privilegiadamente esta realización sublimada de la afectividad y del concurso social de las pasiones; incita no sólo la creación de un régimen controlado de relaciones, sino incluso nuevos patrones de conciencia, percepción y conciencia de sí, nuevas formas de subjetividad.

Elias impone una inflexión a la visión freudiana: el deporte consagra y acota el lugar cardinal de la excitación, de la emotividad, de las afecciones; define su límite, sitúa la satisfacción de sus impulsos en los confines de lo intolerable, sin transitar hacia el territorio del riesgo. Consagra la posibilidad del autocontrol. Pero Elias asume una consecuencia tácita de las tesis freudianas sobre la sublimación: ésta participa, constitutivamente, en la conformación de la subjetividad, en los perfiles de personalidad, y con ello señala el destino de las intensidades y los sentidos del vínculo. La realización pulsional, asume Elias, participa de manera cardinal en el trayecto del proceso de civilización. El juego alienta la excitación creciente pero restringida: convierte en placentera la tensión de la incertidumbre. Pero la intensidad afectiva interviene en los procesos simbólicos: señala los contornos relevantes de la experiencia, modela la significación privilegiada de vínculos y situaciones, trastoca los umbrales y los recursos de la conciencia de sí proyectados en las pautas de reconocimiento recíproco. El proceso simbólico no se restringe a la conjugación de las significaciones sino que se abre a la composición tácita de las excitaciones del vínculo y al libre juego del acontecer, propio de las intensidades afectivas. Es la respuesta civilizadora a la aparente tiranía de las pulsiones, a su irrupción

exorbitante más allá de la conciencia. El proceso de civilización, para Elias, no se doblega ante la soberanía de la pulsión. Por el contrario: la conciencia reflexiva surge como la posibilidad de volverse sobre el régimen de las pulsiones y conducirlo a una recomposición de los mecanismos de placer. Esta nueva capacidad de la conciencia reflexiva involucra transformaciones sustantivas de la «personalidad» que a su vez modifican las figuras, los niveles de elaboración simbólica, e inciden a la larga en la dinámica de las estructuras de poder en la sociedad.

La noción de estructura de la subjetividad abandona, en Elias, toda pretensión a una fisonomía invariante, a una ley inmutable: no es la expresión de un universalismo intemporal. Elias confiere una historicidad a la concepción freudiana de la subjetividad y los vínculos, y con ello obliga a una reconstrucción de las pautas de su pensamiento. Así pone de relieve la conformación no sólo de las identidades de los grupos sociales, sino de los propios sujetos como el desenlace de una permanente serie de equilibrios y desequilibrios del proceso de civilización. Los revela como facetas de una dinámica colectiva cuyo progreso se orienta según exigencias de la sublimación. La conciencia reflexiva participa así, por la vía de esta sublimación, en el proceso objetivado y en la manifestación del control de sí, interviene en la génesis de las figuras que habrá de transformar el proceso de civilización.

La reflexión de Elias sobre el deporte no sólo arroja una luz inédita sobre la historia y la naturaleza de la actividad y las regulaciones propias del deporte, sino también sobre los alcances, los reclamos de un pensamiento sobre lo social, sobre el proceso de civilización, sobre la intervención de la conciencia reflexiva en el proceso histórico, cuya comprensión reclama la participación de múltiples disciplinas, de múltiples puntos de vista, de una creación conceptual incesante.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Elias, Norbert (1970), *Sociología fundamental*, trad. de Gustav Muñoz, Gedisa, Barcelona, 1982.

——— (1977-1979), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, 3ª ed., trad. de Ramón García Cotarelo, FCE, México, 2009.

——— (1982), *La soledad de los moribundos*, 3ª ed., trad. de Carlos Martín, FCE, México, 2009.

——— (1983), *Compromiso y distanciamiento*, ed. de Michael Schröter, trad. de José Antonio Alemany, Península, Barcelona, 1990.

——— (1987), *La sociedad de los individuos*, ed. Michael Schröter, trad. de José Antonio Alemany, Península, Barcelona, 1990.

——— (1989), *Teoría del símbolo*, ed. de Richard Kilminster, trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 1994.

Elias, Norbert, y Eric Dunning (1986), *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, 2ª ed., trad. de Purificación Jiménez, FCE, México, 1995.
Freud, Sigmund, *Obras completas*, 24 vols., ed. de James Strachey, Anna Freud, Alix Strachey y Alan Tyson, trad. de José Luis Etcheverry, Amorrortu, Buenos Aires, 1985.
Weber, Max (1992), *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, 2ª ed., ed. de Johannes Winckelmann, trad. de José Medina Echavarría, Juan Roura Parella, Eugenio Ímaz, Eduardo García Máynez y José Ferrater Mora, FCE, México, 1964.

A Stephen, Barbara, Richard, Bebe,
Judy, Michael y Rachel

Quisiera aprovechar la ocasión para dejar constancia de mi deuda con Norbert Elias. Sin el estímulo y el aliento que he recibido de su parte —primero cuando estudiaba la licenciatura, luego como alumno de posgrado y profesor ayudante— dudo que hubiese obtenido el modesto éxito alcanzado en mi carrera de sociólogo. Es más, de no ser por mi encuentro fortuito con él cuando yo comenzaba a estudiar economía en la entonces facultad universitaria de Leicester, en 1956 —nunca había oído hablar de la sociología antes de embarcarme en los estudios universitarios y no sabía nada de Elias ni de que era profesor en Leicester—, dudo que hubiera seguido la carrera de sociología. Entonces estaba esta materia en un punto muerto y bastante improductivo —dominada en la teoría por estáticas variantes del funcionalismo y, en la práctica, por un empirismo igualmente estático y árido—. No me hubiera interesado desde luego más que la economía, la cual pronto descubrí que no era de mi gusto. Sin embargo, las clases que Elias impartía y su supervisión como tutor, con su enfoque desarrollista orientado a la realidad, y con su insistencia en la interdependencia de la teoría y la observación, la sociología y la psicología, me fascinaron desde el primer momento. Tuve la suerte de que el azar me llevara a estudiar con uno de los sociólogos más grandes de nuestro tiempo y considero un privilegio haber podido trabajar con él en los ensayos publicados en el presente volumen. Sólo espero que mi participación personal en este trabajo, aunque pequeña, contribuya a reorientar la sociología hacia el camino por el que Elias ha tratado de llevarla durante tanto tiempo, una reorientación que, entre otras cosas, convertirá el estudio del deporte y del ocio en una cuestión sociológica más importante de lo que ha sido hasta ahora.

Quisiera asimismo dar las gracias a mis colaboradores actuales, en particular a Pat Murphy, John Williams, Ivan Waddington y Tim Newburn. Es un honor trabajar con sociólogos de tanto talento y dedicación, y quiero creer que entre todos estamos dando continuidad y desarrollo a «la tradición leicesteriana» de educación e investigación sociológica, cuyas bases fueron establecidas por Elias en los años 1950 y 1960.

Por último, mi agradecimiento a Eve Burns y Val Pheby por su simpatía e inquebrantable buen humor en la laboriosa tarea de mecanografiar el presente manuscrito.

Prefacio

ERIC DUNNING

I

La mayoría de los ensayos contenidos en este volumen se han publicado ya con anterioridad. No obstante, ésta es la primera vez que aparecen todos juntos y que algunos de ellos se publican en su versión íntegra. Tiene importancia el hecho de que aparezcan reunidos porque demostrará al lector que todos se originaron sistemáticamente a partir de un solo corpus teórico y de investigación: la obra pionera de Norbert Elias sobre el proceso de la civilización y la formación del Estado.[1] De hecho, ilustran y complementan ese corpus y, en esa medida, son representativos del particular enfoque «figuracional» y «desarrollista» que Elias ha dado a la sociología.[2]

Dado que a veces da la impresión de que gran parte del trabajo de Elias ha caído en oídos sordos dentro del mundo de los sociólogos de lengua inglesa,[3] aprovecharé la oportunidad para enmarcar esta colección de ensayos dentro de su obra en conjunto. Antes que nada, sin embargo, utilizaré un enfoque «eliasiano» para habérmelas con la pregunta de por qué se ha tendido a olvidar el deporte y el ocio, sobre todo el primero, como áreas de investigación sociológica. Luego, después de presentar algunos detalles biográficos y localizar brevemente el punto de vista de Elias en el «mapa sociológico», asentaré las que, en mi opinión, son las características distintivas de su enfoque. Para terminar, diré una o dos palabras sobre los ensayos que integran este volumen.

II

Pese a los intentos de encontrar un linaje respetable para la sociología del deporte en las referencias a ella de sociólogos «clásicos» como Weber,[4] este campo de estudio es bastante reciente como área de especialización. No es que no se haya desarrollado de manera sustancial desde principios de la década de 1960, especialmente en los Estados Unidos, Canadá y Alemania occidental, pero, tal como existe hoy en día, sin embargo, es en su mayor parte la obra de profesores e investigadores de la educación física, especialistas cuyo trabajo,

debido a su naturaleza práctica, carece en algunos casos, primero, del grado de objetividad necesario para un verdadero análisis sociológico y, segundo, de lo que podría llamarse una inmersión «orgánica» en las preocupaciones centrales de la sociología. Es decir, gran parte de lo que han escrito se centra principalmente en problemas concretos de la educación física, la cultura física y el deporte, y no establece conexiones sociales más amplias. Además, sus escritos tienden a ser de naturaleza empírica.[5] Hay algunas excepciones dignas de mención.[6] No obstante, estoy seguro de que casi todos los sociólogos coincidirían en señalar que gran parte de los trabajos realizados hasta el momento en la sociología del deporte tienen pocas posibilidades de interesar a quienes están fuera de la educación física o de atraer la atención de los sociólogos pertenecientes a la «corriente principal».

La otra cara de esta moneda es que —con la obvia excepción de los violentos hinchas del futbol,* que han captado la atención de algunos marxistas y teóricos del desviacionismo—[7] pocos sociólogos de esa corriente principal han teorizado o investigado algún aspecto del deporte. Así ocurre incluso en los casos en que el deporte representa un papel integral en las instituciones estudiadas particularmente por sociólogos especializados, en la educación, por ejemplo.[8] Un síntoma probable de esta situación general es el hecho de que, mientras en su tesis de maestría, presentada en la London School of Economics en 1961, Anthony Giddens estudiaba la sociología del deporte, nunca más desde aquella fecha —años en los que se ha forjado la reputación de uno de los más destacados teóricos sociales del Reino Unido— ha vuelto al campo del deporte ni a considerarlo tema digno de discusión sistemática en ninguno de los tratados teóricos que ha escrito. Para él como para otros, los valores imperantes en la sociología y la estructura de las oportunidades dentro de ella han dictaminado que el trabajo sociológico se realice en áreas más convencionales, con el resultado de que el estudio del deporte desde este punto de vista ha quedado mayoritariamente en manos de los no sociólogos. Una vez más, ha habido notables excepciones: Pierre Bourdieu[9] y Gregory P. Stone,[10] por ejemplo, han realizado valiosos trabajos en este campo. Pero sigue siendo cierto que pocos sociólogos de la principal corriente de esta disciplina han emprendido hasta ahora investigaciones sistemáticas del deporte, han teorizado o discutido acerca de él en sus libros de texto o en otros trabajos, o incluido el estudio del deporte en los cursos que imparten.

No es muy difícil hallar las razones posibles de este descuido sociológico en que se ha tenido al deporte. Las especulaciones de David Lockwood acerca de por qué «el concepto de raza no ha desempeñado un papel central en el desarrollo de la teoría social moderna» pueden proporcionar algunas pistas en este sentido. Según él, «inevitablemente, el concepto de raza no podía surgir como concepto clave de la explicación sociológica» porque el desarrollo de la tradición de esta

disciplina «excluyó desde el principio el reduccionismo biológico y otras variantes de reduccionismo no social, haciendo en cambio que la atención se centrara en aspectos tan básicos y universales de los sistemas sociales como la religión y la división social del trabajo...» Esta tendencia, arguye Lockwood, combinaba con el hecho de que «en la situación histórica imperante cuando tomó forma la estructura básica de la teoría sociológica no se presentó ningún problema racial comparable al de la época actual».[11]

Independientemente de que este diagnóstico especulativo pueda aplicarse al estudio sociológico y en qué manera, sí parece, a primera vista, aplicable potencialmente al descuido del deporte por la sociología. De modo que, como la raza, el deporte no era —o tal vez, para decirlo con más exactitud, los «padres fundadores» no consideraron que era— el *locus* de problemas sociales serios en la época en que estaban definiéndose los perfiles básicos de la sociología moderna.[12] Además, muchos alegarían que tampoco constituye una propiedad básica ni universal de los «sistemas sociales». No obstante, esto es aún más discutible porque, si bien es cierto que hay variantes en las estructuras de tales actividades y en los significados que tienen para quienes participan en ellas, nunca ha existido sociedad humana sin algo equivalente a los deportes modernos. Es muy significativo el hecho de que numerosos deportes tengan raíces en parte religiosas, y el análisis de Durkheim de la «efervescencia colectiva» generada en los rituales religiosos de los aborígenes australianos podría extrapolarse, *mutatis mutandis*, a la emoción y excitación generadas en un acontecimiento deportivo moderno.[13] Y sin embargo, pese a hechos tan ostensiblemente incontrovertibles, han sido escasos hasta ahora los intentos realizados para integrar el estudio del deporte en el estudio de la religión[14] o de la división del trabajo.[15] Lo cual hace pensar que el surgimiento de lo que luego se ha convertido en focos básicos de interés para la sociología moderna ha sido un proceso más influido por lo que Elias denomina «evaluaciones heterónomas» que lo que implica el análisis de Lockwood.[16] En resumen, parecería que, pese al ostensible compromiso de la mayoría con el ideal de la «neutralidad ética» o la «libertad de valores» y con la visión de la sociología como ciencia que se ocupa de las sociedades en todos sus aspectos, los sociólogos de hoy revelan cuáles son los compromisos válidos para ellos, entre otras diversas maneras, mediante el hecho de que los paradigmas dominantes a los que se atienen restringen su campo de visión a un margen comparativamente estrecho de actividades sociales. Una consecuencia de esto ha sido el olvido del deporte por la sociología. Otra, el hecho de que apenas exista hasta el momento una sociología de la guerra. Más aún, la sociología ha tendido a limitarse a los aspectos «serios» y «racionales» de la vida, resultado de lo cual la diversión, el placer, el juego, las emociones y las tendencias «irracionales» e «inconscientes» de hombres y mujeres reciben escasa atención en la teoría y la investigación sociológicas.[17]

El deporte, la guerra y las emociones tal vez parezcan el saco viejo donde se guardan los temas olvidados, pero si reflexionamos sobre ello un momento veremos cómo se traslapan entre sí y hasta puede que de manera significativa. Así, el deporte y la guerra implican tipos de conflicto que se entrelazan sutilmente con formas de interdependencia, cooperación y formación de grupos «nosotros»-«ellos».[18] Además, ambos pueden despertar emociones placenteras tanto como dolorosas y conllevan una compleja y variable mezcla de comportamientos racionales e irracionales. Asimismo, la existencia de ideologías diametralmente opuestas que resaltan, por un lado, que el deporte podría ser un sustituto de la guerra[19] y, por otro, que es un vehículo ideal para el entrenamiento militar porque acrecienta la dureza y la agresividad de quienes participan en él, apunta aún más hacia la naturaleza homóloga y tal vez la interrelación de las dos esferas. En un nivel superior de generalidad, de esta discusión se deduce obviamente que las orientaciones de valor que determinan los paradigmas dominantes de la sociología actual han tendido a igualar el «sistema social» con el Estado-nación contemporáneo y han llevado, en consecuencia, al olvido de las relaciones internacionales como tema de teorización e investigación. Permítaseme a continuación especular sobre cómo los valores heterónomos que han restringido el campo de visión de los sociólogos pueden haber contribuido al descuido del deporte por la sociología.

III

En el argumento planteado hasta ahora subyace la idea de que los sociólogos han descuidado el tema del deporte debido principalmente a que pocos de ellos se han apartado suficientemente de los valores y modos de pensar dominantes en las sociedades occidentales para poder captar la importancia social del deporte, los problemas sociológicos que plantea o la perspectiva que ofrece para explorar zonas de la estructura y la conducta sociales que son, en su mayor parte, desatendidas en las teorías convencionales. Para ser más exactos, está claro que el deporte no se ha considerado objeto de reflexión e investigación sociológicas porque se le ha encasillado en el lado que todos juzgan negativo dentro del imbricado complejo de dicotomías convencionalmente admitidas, como las que existen entre «trabajo» y «ocio», «mente» y «cuerpo», «seriedad» y «placer», fenómenos «económicos» y «no económicos». Es decir, en términos de la acentuada tendencia occidental hacia el pensamiento reduccionista y dualista, el deporte es catalogado como una actividad trivial, recreativa, orientada hacia el placer, que emplea el cuerpo más que la mente y que carece de valor económico. En consecuencia, no se considera que plantee problemas sociológicos de importancia comparable a los relacionados con los «serios» temas de la vida económica y política. Y sin embargo, a pesar de su abandono comparativo, el

deporte constituye razonablemente un campo de considerable importancia social que —al menos en la medida en que los sociólogos asuman con seriedad que la suya es una ciencia *englobadora* de la sociedad que se ocupa de las sociedades en todos sus aspectos— requiere teorización e investigación sociológicas.

Son numerosos los indicadores de la importancia social del deporte. Por ejemplo, al menos en los círculos masculinos de las sociedades industrializadas occidentales, rivaliza con el sexo en cuanto a tema de interés y de debate. Es además, hoy en día, casi ubicuo como actividad recreativa en todos los países del mundo. Laurence Kitchin ha llegado incluso a sugerir de un deporte, el futbol,* que es «el único idioma mundial aparte de la ciencia»,[20] y pocos dudarían de la importancia internacional de acontecimientos como los Juegos Olímpicos o la Copa del Mundo. Ambos rebosan de oportunidades para el sociólogo investigador. También las ofrece el uso del boicot deportivo como arma en las relaciones internacionales. Merecedoras asimismo de investigación, tanto diacrónica como sincrónica, son las áreas siguientes: el deporte como «ocio» y el deporte como «trabajo»; pautas de empleo y de movilidad social en el deporte; aficionismo,* profesionalismo y *shamateurismo* en el deporte; las relaciones entre el deporte y la industria; la economía del deporte; la comercialización del deporte; el papel del Estado en el deporte; política *y* deporte; la política *del* deporte; pautas de administración, organización y control en las organizaciones deportivas internacionales, nacionales y locales; relaciones entre los cuerpos en estos distintos niveles de organización; pautas de control de las organizaciones deportivas en sociedades «capitalistas» y «socialistas» y modelos de propiedad en las primeras; el deporte en los países del Tercer Mundo; los medios de comunicación de masas y el deporte; deporte y educación; deporte y clase; deporte y raza; el deporte y la diferencia de sexos; la ética del deporte; el deporte y la violencia; las masas en el deporte y la conducta desordenada en que a veces incurren... y muchas más. Por último, puede usarse el deporte como una especie de «laboratorio natural» donde explorar propiedades de las relaciones sociales como competencia y cooperación, conflicto y armonía, lógicamente y en términos de los valores imperantes, parecen alternativas mutuamente excluyentes pero que, a causa de la estructura intrínseca del deporte, se revelan con toda claridad en ese contexto como interdependientes.

He llegado a un punto en el que puedo presentar resumidamente las principales características de la teoría sociológica particular de Elias. Como se verá, es una teoría que en esencia ha logrado liberarse del yugo de las evaluaciones heterónomas y de la tendencia prevaleciente hacia el pensamiento dicotómico y dualista, para acrecentar, por medio de lo que Elias denomina «el rodeo vía el distanciamiento», nuestra comprensión de los seres humanos y de las sociedades que forman.[21] Además, como demostrarán los ensayos incluidos en este volumen, es una teoría que permite apreciar la importancia social del deporte y que, entre otras cosas, en esa interconexión trata de sentar las bases de

una teoría sociológica de las emociones. También hace hincapié especial en el control individual y social de la violencia y en los procesos a largo plazo que pueden observarse en ese sentido. En resumen, es por encima de todo una teoría *desarrollista*. Sin embargo, antes de adentrarme en estos temas y otros relacionados con ellos, proporcionaré, como dije al principio, algunos detalles biográficos de Elias y localizaré su teoría en el «mapa sociológico».

IV

Norbert Elias nació en 1897 y es de ascendencia judío-alemana.* Comenzó su carrera de sociólogo en 1925 en Heidelberg como amigo y colaborador de Karl Mannheim, de quien luego fue ayudante en el Departamento de Sociología de la Universidad de Fráncfort.[22] Entonces como ahora —aunque se alojaba en el mismo edificio y se ocupaba de problemas hasta cierto punto similares—,[23] el Departamento de Sociología de Fráncfort era independiente del Instituto de Investigación Social de Adorno y Horkheimer, más conocido y que fue la base institucional de la llamada Escuela de Fráncfort. Sólo menciono esto para ubicar el nacimiento de la síntesis desarrollista de Elias en un lugar específico, en una coyuntura histórica y política concreta y en una etapa particular del desarrollo de la sociología. Para ser más exactos, Elias comenzó a elaborar su teoría en el mismo momento en que los nazis llegaban al poder. Además, iniciaba esta crítica y productiva etapa de su carrera sociológica en una coyuntura concreta de lo que los alemanes llaman la *Methodenstreit* —«la lucha por el método»—, es decir, la lucha prolongada en la cual varias escuelas han debatido durante años para tratar de determinar si los métodos «científicos» se adecuan o no al estudio de los seres humanos y cuáles conceptos y métodos son los más apropiados en esa conexión.

A continuación, centraré mi exposición exclusivamente en las características sociológicas de la síntesis que Elias está desarrollando. Pero antes de abocarme a ello, sin embargo, tal vez merezca la pena señalar que Elias es personalmente un humanista que aborrece la violencia y que su ininterrumpido interés en las relaciones entre violencia y civilización no es simplemente «académico» o «intelectual». Al contrario: por lo menos en parte, arranca de las experiencias que vivió en Alemania durante la década de 1920 y principios de la de 1930, en el hecho de que su madre murió en Auschwitz y en su exilio, primero en Francia y luego en Inglaterra. Es decir, su interés sociológico por la violencia —en todas sus formas y manifestaciones— obedece a un profundo deseo de acrecentar nuestra manera de entender sus raíces sociales y psicológicas, con la esperanza de que tal conocimiento ayude a la gente a ordenar su vida —sus «pautas de vida en común»— en formas que le permitan impedir las violentas tragedias del tipo de las que han plagado a la humanidad recurrentemente. Pero permítaseme ahora considerar la síntesis de Elias y lo que ella entraña.

En una persuasiva y sucinta declaración, Johan Goudsblom ha observado atinadamente que a Elias «le preocupa el estudio de los seres humanos en su globalidad», y no sólo aspectos particulares de sus vidas tales como las ideas, los valores y las normas, los modos de producción, los instintos y sentimientos y su sublimación».[24] Es decir, da una neta prioridad a la síntesis por encima del análisis y trata de esquivar la compartimentación de la gente y de sus sociedades en categorías como «económica», «política» y «social» —como si «lo económico» y «lo político» no fueran en cierto modo parte de la «sociedad»— o «biológica», «psicológica» y «sociológica» —como si las personas pudieran existir sin sus cuerpos, como si sus «mentes» no fueran en cierto modo fenómenos físicos o biológicos, o como si las «sociedades» pudieran existir independientemente de los hombres y mujeres individuales que las constituyen—.

Sin embargo, para alcanzar sus metas, una parte importante del trabajo de Elias ha debido consagrarse al intento de acabar con los dualismos que constantemente han estorbado a la sociología y a las disciplinas relacionadas con ella y que han constituido ejes de tensión muy importantes en la *Methodenstreit*. Me refiero a la tendencia a reducir conceptualmente el estudio de la gente y de las sociedades a uno u otro lado de una serie de dicotomías que parcialmente se traslapan, tendencia que innumerables veces ha conducido a la formación de escuelas que se enfrentan de manera más o menos explícita y directa a cuestiones como «materialismo» / «idealismo», «racionalismo» / «empirismo», «naturalismo» / «antinaturalismo», «agente» / «estructura», «voluntarismo» / «determinismo», y otras muchas más.[25] Tales escuelas acaban comprometidas con visiones diferentes pero igualmente uni-(o bi-) dimensionales del multidimensional mundo social, y uno de los argumentos de Elias es que en la presente fase del desarrollo sociológico es necesario terminar con los dualismos que subyacen en tales escuelas —una tarea que sólo podrá realizarse con éxito mediante la constante retroalimentación del razonamiento teórico y la investigación empírica—. Al hacerlo se facilitará el camino al crecimiento de la sociología. Una parte de ese crecimiento será el desarrollo de teorías y modelos que se «ajusten» mejor a lo que puede observarse en los hechos y así contribuirá a combatir la tendencia hacia la descomposición y la fragmentación dentro de las escuelas en conflicto, tendencia que ha sido constante en el desarrollo de la sociología y quizá también en las demás ciencias relativas al estudio de los seres humanos. La síntesis «eliasiana» es un intento de conducir las ciencias humanas a través del laberinto representado por estas soluciones-problema conflictivas, uni- o bidimensionales, parciales en el mejor de los casos. Más concretamente, la finalidad es contribuir al desarrollo de una síntesis más adecuada al objeto —una síntesis gobernada a partes iguales por la teoría y la observación— y a lograr un retrato de la gente y de sus sociedades que las represente como realmente son, no como, según el *diktat* de los políticos, ideólogos, filósofos, teólogos y profanos, se supone que son. Una finalidad ligada a ésta es contribuir al

desarrollo de un método adecuado para abordar el nivel humanosocial de la integración natural, un método que no sea «científico» en el sentido de que se equivoque importando determinados métodos sólo porque han mostrado ser útiles en el estudio de otros niveles de la integración natural. Para lograr tales objetivos, según Elias, es necesario, por encima de todo, desarrollar un aparato conceptual y una terminología más a tono con la naturaleza dinámica y relacional de los seres humanos y de sus sociedades que los que hasta ahora se han utilizado. Pero quisiera ser un poco más concreto y analizar uno o dos aspectos de la teoría emergente de Elias. Tomando en cuenta el espacio del que dispongo, sólo me será posible discutir una o dos partes de este todo complejo y en desarrollo.

Tomemos, por ejemplo, la posición que adopta sobre la dicotomía «naturalismo» / «antinaturalismo».[26] Los seres humanos y sus sociedades son parte de la «naturaleza», afirma Elias. Pero la «naturaleza» no es un tejido sin costuras sino un todo diferenciado y estructurado, constituido por una serie de niveles emergentes. Pese a estar interrelacionados, tales niveles son autónomos en cierta medida. Varían, en primer lugar, en cuanto al grado de estructuración de los elementos que abarcan y, en segundo lugar, en cuanto a la velocidad en que estos elementos y las pautas que forman cambian y evolucionan. Hay básicamente tres niveles: el inorgánico, el orgánico y el humano-social. Todos pueden estudiarse de una manera científica, pero los métodos apropiados para uno no son necesariamente adecuados para los demás. Así, el nivel humano-social nació de los otros dos niveles y continúa por tanto siendo influido por los procesos que tienen lugar en ellos (por ejemplo, los de embarazo, nacimiento, crecimiento y muerte). Sin embargo, es al mismo tiempo relativamente autónomo y cuenta con unas propiedades emergentes que son únicas, como lenguajes, códigos morales, estados, huelgas, relaciones de parentesco, matrimonio, economías, crisis económicas, guerras, formas «predeportivas» de competencias atléticas y deportes.[27] Según Elias, estas propiedades emergentes únicas del nivel humano-social de la integración natural se caracterizan por regularidades propias que no pueden explicarse reductivamente, es decir, mediante métodos, conceptos y modelos tomados del estudio de los fenómenos que acontecen en los niveles inorgánico y orgánico.

Sin embargo, los filósofos no tienden a admitirlo así. Popper, por ejemplo, quien aún goza de alta consideración en algunos círculos sociológicos, arguye que sólo las explicaciones presentadas como leyes «generales» o «universales» merecen la categoría de científicas.[28] Elias somete esta opinión a múltiples ataques y demuestra que el concepto de leyes universales nació en una etapa temprana del desarrollo de la ciencia, más exactamente cuando la física clásica estaba desembarazándose de las concepciones teológicas y metafísicas.[29] Al igual que las últimas, el concepto de leyes universales responde, según su demostración, al intento de descubrir algo inamovible y eterno tras los cambios

que se observan, pero carece de adecuación al objeto porque, para explicar cualquier cambio, es necesario referirlo a un *cambio* anterior y no a una «causa primera» estática, permanente y eterna. Reconocer esto no significa sin embargo, según Elias, que el concepto de leyes carezca de adecuación al objeto en un sentido total. Al contrario, las explicaciones ofrecidas como leyes tienen una relativa adecuación al objeto si se refieren a fenómenos de estructura débil y evolución lenta tales como los gases, pero no la tienen cuando se aplican a fenómenos de más alta estructuración y que evolucionan rápidamente, como los organismos y las sociedades. En estos casos, los modelos de estructura y/o proceso deben tener prioridad sobre las generalizaciones hechas a la manera de las leyes. Ejemplos: el modelo de doble hélice del ADN; la teoría de Darwin sobre la evolución; la teoría del modo de producción capitalista elaborada por Marx y la propia teoría de Elias sobre la relación entre el proceso civilizador y la formación del Estado.[30]

Para Elias, una de las razones básicas por las que el concepto de leyes universales carece de adecuación al objeto en el nivel humano-social es la relativa velocidad con que se produce el desarrollo de las sociedades —un fenómeno altamente estructurado—. Por serlo, el mencionado concepto representa un obstáculo para el conocimiento *en ese nivel*. Otro obstáculo colateral a éste tiene su origen en ciertas características de la lengua. Así, tendemos a expresar el movimiento o el cambio constantes mediante formas que implican que existe un objeto aislado en estado de reposo y luego añadimos un verbo para expresar que ese objeto aislado se mueve o cambia. Por ejemplo, decimos: «sopla el viento», como si el viento fuese realmente algo en reposo y en un momento determinado comenzase a soplar. Es decir, hablamos como si al viento no le fuese inherente la acción de soplar, como si pudiera existir un viento que no soplara.[31]

En sociología, la separación conceptual de «estructura» y «cambio», «estructura» y «proceso», «estructura» y «agente» o «acción», es un ejemplo de esta tendencia. Así, decimos por ejemplo que «la estructura del deporte en Gran Bretaña cambió entre 1850 y 1950», como si esta estructura fuese una cosa aislada de alguna manera respecto a la gente que practica deporte y a sus modos de practicarlo. Tales formas de conceptualización, dicotómicas y reificadoras, implican la existencia de estructuras sociales inactivas, incambiables, sin proceso, idea que se volatiliza ante la observación de los hechos. Elias denomina esta tendencia *Zustandsreduktion*, término alemán que significa literalmente «reducción a estado», es decir, reducción conceptual de procesos observables a estados estacionarios, si bien Mennell y Morrissey lo han traducido, no sin razón, como «reducción del proceso».[32]

En estrecha relación con la anterior está, según Elias, la tendencia conceptual a separar los «objetos» de pensamiento, incluidos los seres humanos, de las relaciones en que se imbrican.[33] Juntas, estas dos tendencias conceptuales

—«reducción a estado o del proceso» y separación de los objetos y las relaciones — producen nefastas consecuencias para la sociología. En concreto, contribuyen a una conceptualización doblemente inapropiada, o en otras palabras: a la tendencia a conceptualizar los «objetos» del pensamiento sociológico como estáticos por un lado, y como aislados e independientes de las relaciones en que participan, por el otro. Para buscar una salida de lo que considera la generalizada tendencia a reificar y aislar conceptualmente a individuos y sociedades al tiempo que los reduce a objetos independientes en estado de reposo, Elias ha acuñado los conceptos conexos *figuraciones*[34] y *homines aperti* o «seres humanos abiertos».[35] El primero se refiere a un tejido de personas interdependientes, ligadas entre sí en varios niveles y de varias maneras. El último, al carácter abierto, de proceso, inherentemente «dirigido al otro» que tienen los individuos que forman tales figuraciones.[36] Ninguno de los dos términos alude a objetos con existencia independiente, sino que denotan niveles diferentes pero inseparables del mundo humano. Las figuraciones, sin embargo, no son sólo cúmulos de átomos individuales «dirigidos a los otros»: las acciones de una pluralidad de personas interdependientes se imbrican para formar una estructura entretejida con ciertas propiedades emergentes, tales como cuotas de poder, ejes de tensión, sistemas de clase y estratificación, deportes, guerras y crisis económicas. Dado que, según Elias, el poder es una propiedad fundamental de toda figuración, escogeré su análisis sobre este tema para mencionarlo de manera especial. Luego repasaré brevemente su concepto de *la dinámica inmanente de las figuraciones*.

Elias ha elaborado un minucioso concepto relacional del poder que se aparta de la tendencia constante a reificarlo, a tratarlo como «una cosa» que algunos poseen en un sentido absoluto y de la cual otros carecen por completo.[37] Su concepto se basa además en el reconocimiento pleno de la naturaleza polimorfa, multifacética del poder, y por esta razón puede contrarrestar la difundida tendencia a reducirlo a una u otra concepción unidimensional, por ejemplo la tendencia marxista de reducirlo a la propiedad y el control de los medios de producción y, con esa base, a la construcción de una teoría «tipo ley». El poder, a decir de Elias,

> es una característica estructural [...] de *todas* las relaciones humanas [...] Dependemos de otros; otros dependen de nosotros. En la medida en que dependamos de otros más de lo que ellos dependen de nosotros, tienen poder sobre nosotros, independientemente de que hayamos caído bajo su dependencia porque ellos emplearon la fuerza o por nuestra necesidad de ser amados, nuestra necesidad de dinero, consuelo, estatus, una carrera o, simplemente, de emoción.[38]

En tanto que una parte de entre quienes constituyen una relación tenga una función, y por tanto un valor para la otra, no está impotente, por más grande que sea la diferencia en las cuotas de poder de cada una de ellas.

De lo analizado hasta ahora se deduce que la teoría «figuracional» y «desarrollista» de Elias rechaza el enfoque *analítico* más común, que descompone a las sociedades en un conjunto de «factores», «variables» o «esferas» —como «el factor político», «la variable educativa» o «la esfera económica»—, y luego trata de valorar el «peso causal» relativo de estos factores, variables o esferas en el proceso social o en algún aspecto de él. Empero, lo que este rechazo implica no es tanto una negación total de las «teorías a base de factores» cuanto un llamado a equilibrar el análisis con la síntesis en sociología, dando el predominio a la última. Esto significa preocuparse más de lo que muchas teorías sociológicas lo han hecho hasta el momento, por el lugar que determinados «factores» concretos ocupan en la estructura de figuraciones más amplias, y por la estructura de tales figuraciones *per se*. Lo que se requiere es mayor comprensión y sensibilidad ante el hecho de que, así como la estructura de la molécula del ADN descubierta por Crick y Watson no es sólo resultado de la función de sus constituyentes específicos ni de sus cantidades sino de su disposición en forma de doble hélice, igualmente la estructura de las figuraciones humanas —por ejemplo, su vinculación en forma de tribus, ciudades-Estado o Estados-nación— no sólo se debe a factores cuantitativos como el tamaño que tengan ni a las particularidades de los hombres y mujeres que las constituyen, sino también a la manera en que se traban o disponen sus componentes individuales. Además, en las figuraciones sociales, en contraposición con sus equivalentes físico-químicos, es mayor la tendencia a que varíe la calidad de sus componentes, dependiendo de la «totalidad» de que forman parte.

De esto se sigue que en la dinámica social no deben hacerse generalizaciones universales, por ejemplo, acerca de la primacía de la «esfera económica» o del «modo de producción» —al menos, generalizaciones universales que no sean tautológicas más allá de la necesidad de alimentarse que tiene la gente—, porque la esfera económica y el modo de producción no son iguales, como ya se ha comprobado, en todas las clases de figuraciones sociales. Éstas difieren por ejemplo, institucionalmente, en el grado de separación de las esferas política y religiosa, es decir, en términos de su autonomía relativa. También se diferencian en cuanto al papel que en ellas desempeñan la violencia y la fuerza manifiestas. Pero para lo que aquí pretendo, esto es menos significativo que el hecho de que, aun cuando ataca las teorías unidimensionales, no puede decirse que la teoría «eliasiana» constituya un «interaccionismo vacío», posición que declara que en las sociedades humanas y en los procesos sociales «todo es igualmente importante». Nada podría estar más lejos de la verdad, pues lo que la posición eliasiana afirma en realidad es que la cuestión de la importancia relativa es un asunto empírico y ha de definirse estructural y relacionalmente, por ejemplo, en términos de la importancia relativa que tienen las instituciones en concreto para controlar los recursos estimados y resolver los problemas recurrentes. Dado que estos recursos, problemas e instituciones son particulares desde el punto de vista

del desarrollo en algunos aspectos decisivos, es imposible elaborar sobre ellos generalizaciones universales que tengan sentido; así, el Estado es una institución estratégica en las sociedades industrializadas, pero en determinadas clases de sociedades tribales ni siquiera existe. Por si esto fuera poco, en las sociedades industrializadas la lucha por el control del Estado, en particular los monopolios gemelos de empleo de la fuerza y cobro de impuestos, es una parte clave del proceso social y, sin embargo, debido sobre todo a que las sociedades-Estado están inmersas en una red internacional, el Estado goza de cierta autonomía respecto a la economía o al modo de producción de una sociedad. En otras palabras, Elias critica la tendencia, por ejemplo de la teoría marxista, a tratar las sociedades particulares como si existieran por sí solas y se desarrollaran únicamente de acuerdo con su propia dinámica endógena.[39] En particular, ha mostrado que tomar en cuenta las relaciones intersociales conduce a ver que las sociedades humanas forman unidades «de ataque y defensa» o unidades «de supervivencia» y que esto constituye una de las bases para el surgimiento del Estado.[40]

Según Elias, puede decirse que, junto con la lucha por el control de las instituciones industriales, financieras y educativas —y, en sociedades-Estado menos desarrolladas, también por las instituciones religiosas—, la lucha por el control del Estado representa uno de los principales rasgos en crecimiento de la dinámica de todas las sociedades-Estado. Esta lucha está canalizada, para decirlo de alguna manera, por la «anatomía figurativa» de una sociedad, es decir, principalmente por: *1)* su «división del trabajo» o, en palabras de Elias, más exactas y menos economicistas, la longitud y estructura de sus «cadenas de interdependencia»;[41] *2)* el equilibrio, dentro de ella, entre presiones «centrípetas» y «centrífugas», o sea, el grado de eficacia con que se ha realizado la centralización estable del Estado; *3)* la forma adoptada por el Estado («capitalista» o «socialista», por ejemplo) y el grado en que ha permeado otras instituciones; *4)* el hecho de que la sociedad tenga una economía de intercambio de bienes o una economía de mercado y, en este último caso, de que esa economía esté articulada o no, y de qué manera, a un marco intersocietal; y *5)* el equilibrio de poder, estructuralmente determinado, entre los grupos que la componen. Este equilibrio se ve afectado de manera decisiva por el grado en que las cadenas de interdependencia facilitan la «democratización funcional», es decir, el ejercicio de controles recíprocos dentro de los grupos y entre ellos.[42] También es afectado por el grado en que la posición de los grupos dentro del sistema global de interdependencias facilita la comunicación y la organización entre sus miembros y les permite acceder a instituciones clave y a sus recursos, incluido el acceso a conocimientos estratégicamente importantes.

La expresión «dinámica inmanente de las figuraciones» alude al proceso en marcha que recibe su mayor impulso de estas luchas. Es un proceso canalizado por la estructura de las figuraciones sociales pero a las que transforma

simultáneamente. A largo plazo adquiere un carácter «ciego» o «no planificado» debido sobre todo a que es el resultado no previsto de la manera en que se entrelazan las acciones intencionales de un sinnúmero de grupos e individuos inintencionalmente interdependientes.[43] No obstante, pese a tratarse de un proceso no planificado, tiene una estructura susceptible de ser determinada, la cual, desde la Edad Media, ha adoptado en las sociedades europeas la forma de un «proceso civilizador». Los elementos centrales de este proceso civilizador han sido: la formación del Estado, lo que equivale a decir el aumento de la centralización política y administrativa, y la pacificación bajo el control del Estado, proceso del que un componente clave ha sido la monopolización por el Estado del derecho a utilizar la fuerza y a cobrar impuestos; el alargamiento de las cadenas de interdependencia; el cambio hacia la compensación, en la balanza del poder, entre las clases sociales y los demás grupos, es decir, un proceso de «democratización funcional»; la elaboración y el refinamiento de los modales y normas sociales; el aumento concomitante en la presión social sobre los individuos para que autocontrolen su sexualidad, su agresividad, sus emociones en general, y en un número cada vez mayor de relaciones sociales; y, en el nivel de la personalidad, el aumento en la importancia de la conciencia (el «superego») como reguladora de la conducta. Dado que a veces se ha interpretado que este proceso se refiere a una tendencia simple, unilineal, progresiva e irreversible, comentaré un poco la teoría del proceso civilizador antes de cerrar este prefacio con unas palabras sobre el contenido del presente volumen.

Para interpretar la teoría de Elias sobre el proceso de la civilización puede iluminarnos un concepto introducido por él en *What is Sociology?*, útil para determinar y medir el grado de desarrollo alcanzado por una sociedad: el concepto de lo que él denomina «la tríada de controles básicos». Muestra Elias que puede determinarse la etapa de desarrollo de una sociedad en particular:

1) por el grado de control que ejerce sobre las conexiones extrahumanas de acontecimientos, es decir, sobre lo que a veces, de manera laxa, llamamos «fenómenos naturales»;

2) por el grado de control que ejerce sobre las conexiones interhumanas, es decir, sobre lo que normalmente llamamos «nexos sociales»;

3) por el grado de autocontrol que cada uno de sus miembros, empezando en la infancia, haya llegado a aprender.[44]

Al primero de estos controles básicos corresponde el desarrollo tecnológico y científico; al segundo, el desarrollo de la organización social; al tercero, el proceso de civilización. Según Elias, los tres son interdependientes tanto en su desarrollo como en su funcionamiento en cualquier etapa. Pero nos pone en guardia contra «la idea mecanicista de entender que la interdependencia de las tres clases de control signifique que los tres experimenten crecimientos paralelos».[45] En concreto, no se da el desarrollo de los tres tipos en la misma medida y puede que el desarrollo de uno contradiga, impida o amenace el

desarrollo de los otros. Por ejemplo, «es muy característico de las sociedades modernas —dice Elias— que su grado de control sobre las conexiones naturales extrahumanas supere y aumente con mayor rapidez que el de las conexiones sociales interhumanas».[46] En otras palabras, las ciencias «naturales» se han desarrollado más y más rápidamente que las ciencias «sociales», lo cual ha resultado en nuestra mayor capacidad para controlar las conexiones extrahumanas que las sociedades. Una consecuencia inmediata de esto es el hecho de que cuanto menos sujeta al control humano está una esfera de acontecimientos, tanto más emocional y cargada de fantasías tiende a ser la idea que la gente tiene de ella. Y cuanto más emocional y cargada de fantasías sea su idea sobre una esfera concreta de acontecimientos, tanto menos capacitada está esa gente para construir modelos de sus conexiones más adecuados al objeto y, por tanto, para controlarla. En resumen, esas personas caen atrapadas en un proceso negativo de retroalimentación, o en lo que Elias llama una «figuración de doble vínculo».[47] Así es, en efecto: el hecho de que las llamadas ciencias naturales se hayan desarrollado más aprisa que las ciencias sociales, al acelerar el *tempo* del cambio tecnológico y social y por tanto aumentar las incertidumbres y los temores de la gente, ha contribuido activamente a una de las principales «figuraciones de doble vínculo» en las que hoy nos hallamos atrapados. También ha contribuido a los temores y tensiones así provocados permitiendo la construcción de armas —tanto biológicas como nucleares— capaces de destruir la civilización tal como la conocemos y, quizá, tras un «invierno nuclear», de destruir completamente la vida sobre la Tierra. La existencia de tales armas intensifica los miedos y las sospechas mutuas de los antagonistas en la actual «Guerra Fría», encerrándolos cada vez más en una «figuración de doble vínculo» de mutuos temores y hostilidades en ascenso. Y cuanto mayores son la hostilidad y la sospecha con que se ven el uno al otro, más se arman, con lo cual acrecientan recíprocamente sus hostilidades y sospechas, y así sucesivamente en una espiral interminable. El punto es, desde luego, que no hay ningún «monopolio internacional de la violencia» comparable a los que han tenido un efecto pacificador y civilizador sobre las relaciones sociales dentro de las naciones-Estado más avanzadas, y esto significa que, en muchos sentidos, las relaciones internacionales continúan «congeladas» en un nivel relativamente bajo de la civilización. En otras palabras: ante la falta de un monopolio de la violencia estable y efectivo, las relaciones internacionales, en contraste con las relaciones sociales internas de las naciones-Estado más avanzadas, se caracterizan en mucha mayor medida por tensiones incontroladas. Y cuando, como con frecuencia sucede, estas tensiones estallan en guerra abierta, se producen efectos «des-civilizadores» con amplias ramificaciones no sólo sobre los combatientes directos y sus víctimas inmediatas sino también, como la experiencia estadunidense en Vietnam ha demostrado claramente, sobre las personas que permanecieron en los Estados Unidos.

Para los actuales objetivos debe bastar este breve y necesariamente abstracto resumen de la teoría «figurativa» y «desarrollista» de Elias. Ahora me ocuparé de los ensayos que integran este volumen en tanto que ejemplifican y complementan este particular enfoque. Como se verá, en diversas ocasiones se arguye un punto central que tiene que ver con el contraste entre «tensiones controladas» que se encuentran en el deporte y las tensiones incontroladas a que antes nos hemos referido.

V

«La búsqueda de la emoción en el ocio» y «El ocio en el espectro del tiempo libre» ilustran el enfoque eliasiano sobre los problemas sociológicos de dos maneras principales. En primer lugar, porque a la hora de teorizar e investigar sobre el ocio deshacen las limitaciones impuestas por *1)* la tradicional dicotomía «trabajo-ocio» y por *2)* la tendencia prevaleciente a considerar las tensiones como únicamente negativas, como algo enteramente «malo». En segundo lugar, ilustran tal enfoque porque, al tratar de sentar las bases para una teoría más adecuada del ocio, intentan escapar de las constricciones impuestas por la actual división del trabajo académico y en particular de la tendencia hacia la compartimentación del estudio de los seres humanos que resulta de las investigaciones, durante largo tiempo aisladas y descoordinadas, de sociólogos, psicólogos y biólogos en éste y otros campos conexos. El planteamiento es que sólo puede enfocarse correctamente el problema del ocio si se eliminan tales limitaciones y se estudia a los seres humanos que en él participan «de una manera global». Es decir, sólo pueden comprenderse las características y las funciones distintivas de los diversos tipos de actividades recreativas si se las estudia en relación no sólo con el trabajo ocupacional sino también con las prácticas habituales del tiempo libre. Además, ya que su función principal parece ser la de suscitar formas placenteras de emoción, no puede entendérselas correctamente utilizando un enfoque sociológico que haga caso omiso de sus dimensiones psicológicas y fisiológicas. De hecho, estos dos ensayos instauran las bases de una teoría multidisciplinar —sociológica, psicológica y fisiológica— de las emociones. También contribuyen a enriquecer la teoría del proceso civilizador, mostrando algunas de las maneras en que la sociedad se las ha arreglado para hacer frente a la rutinización que tal proceso conlleva.

«La génesis del deporte como problema sociológico» y «Ensayo sobre el deporte y la violencia», de Norbert Elias, contribuyen asimismo a la teoría del proceso de civilización en varios modos. El primero atiende a los juegos competitivos de la antigua Grecia y muestra que eran menos civilizados que los modernos deportes. Dado que las antiguas ciudades-Estado griegas no se caracterizaban por el control central relativamente firme y estable (es decir,

estatal) de los medios de violencia del que disfrutan las naciones-Estado modernas, eso es lo que la teoría del proceso civilizador llevaría a esperar. En el segundo ensayo, esta teoría es llevada más lejos mediante un análisis de la caza de zorros, deporte que para muchos podría representar hoy una contradicción de la misma. Sin embargo, tras un concienzudo análisis de fuentes primarias, Elias logra mostrar que la caza de zorros, tal como se desarrolló en Inglaterra en el siglo XVIII, alcanzó su forma como parte de una corriente civilizadora. También arroja nueva luz sobre las precondiciones de esta corriente y sobre el desarrollo del deporte en Inglaterra de una manera más general. Para terminar, elaborando ideas originalmente planteadas en «La búsqueda de la emoción en el ocio» y en «Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al futbol», establece los elementos de una teoría sociológica más general del deporte.

«El futbol popular en Gran Bretaña durante la Edad Media y principios de la Edad Moderna» efectúa un repaso sociológico bastante exhaustivo de los antecedentes del desarrollo del futbol y el rugbi modernos. También constituye una contribución a la teoría de los procesos civilizadores. Lo mismo puede decirse de «Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al futbol». Este ensayo critica la tendencia vigente a ver los procesos sociales de cooperación y competencia, armonía y conflicto, como los dos polos opuestos de una dicotomía, y conceptualiza los grupos deportivos como «grupos en tensión controlada», en los cuales hay que imponer un «equilibrio de tensiones» entre los contrarios de un «complejo de polaridades interdependientes». «La dinámica del deporte moderno» trata de profundizar en esta teoría del deporte, pero constituye principalmente un intento de elaborar una explicación figuracional y desarrollista de la importancia social cada vez mayor que cobra el deporte en las sociedades modernas y de la creciente tendencia del deporte en tales sociedades a caracterizarse por la búsqueda del éxito.

«Lazos sociales y violencia en el deporte» elabora una tipología preliminar de la violencia y propone una explicación figuracional del cambio, observable a largo plazo, ocurrido en el deporte en los países occidentales en el equilibrio entre formas de violencia «afectivas» («expresivas») y «racionales» (instrumentales). «La violencia de los espectadores en los partidos de futbol» (escrito conjuntamente por Eric Dunning, Patrick Murphy y John Williams) aplica un punto de vista eliasiano al problema que suponen los violentos hinchas del futbol en Gran Bretaña. Aborda el problema desde que comenzó a desarrollarse y propone una explicación figuracional de la sociogénesis, en comunidades de la clase trabajadora baja, del «agresivo estilo masculino» que, según se dice, por lo general ha terminado asociado al futbol en Inglaterra. Para terminar, en «El deporte como coto masculino» se elabora el esbozo de una explicación figuracional del cambiante equilibrio de poder entre los sexos y se aplica a cambios concretos observados en la identidad y la conducta masculinas, los cuales pueden rastrearse, hipotéticamente, en el debilitamiento del patriarcado y

en el poder creciente de las mujeres.

VI

Ninguno de los ensayos de este volumen intenta, de ninguna manera, ser la «última palabra» sobre el tema de que tratan. Ni como tal debe verse a ninguno de ellos. Todos nacen de una síntesis emergente que intenta trazar un nuevo camino para la teoría y la investigación sociológicas —en general, y no sólo respecto a los temas del ocio y del deporte—. Es un modo de acercarse al estudio de los problemas sociológicos que, esperamos, limitará las oportunidades para las disputas divisorias y en última instancia estériles por las que con tanta frecuencia se ha caracterizado la sociología hasta ahora. Esperamos asimismo que también aumenten nuestras posibilidades de enfocar los «objetos» de la investigación sociológica, es decir, los seres humanos y las sociedades que éstos forman. En ese sentido, en la medida en que alcance sus objetivos servirá para sacar a la luz más complejidades del mundo humano-social, tal como en realidad es, y no caerá tan fácilmente en la jerga y la sofistería innecesarias que con demasiada frecuencia han desfigurado los resultados de algunos enfoques llamados sociológicos.

Sería absurdo, desde luego, afirmar que todos los aspectos de la síntesis emergente de Elias son nuevos. No se trata de eso. En muchas otras partes pueden verse destacados algunos puntos concretos. Así, hay elementos similares a un enfoque figuracional —aunque más estático en ambos casos— en algunas obras de Georg Simmel o, más recientemente, en algunas formas de «análisis de redes». De modo parecido, existe entre los sociólogos de hoy en día un consenso más amplio sobre la necesidad de una síntesis de la sociología y de la historia que el que hubo en los años de 1950 y 1960, cuando tendían a reinar de manera absoluta las formas estáticas del funcionalismo y lo que C. Wright Mills llamaba el «empirismo abstracto».[48] Lo nuevo es la *síntesis*, la reunión sistemática en un corpus coherente de una serie de estudios que son *1)* guiados por una teoría central —la teoría del proceso de civilización—; *2)* teóricos y empíricos al mismo tiempo y por partes iguales, en el sentido de que trascienden la tradicional dicotomía entre teoría e investigación, razón y observación, y *3)* tanto figurativos como desarrollistas; además, *4)* tratan a los seres humanos y sus sociedades «de manera global», contribuyendo así a evitar la compartimentación y la fragmentación que resultan de la actual división del trabajo académico. Esperamos que los ensayos incluidos en este volumen ayuden a clarificar a un número mayor de sociólogos lo que la síntesis eliasiana plantea y lo que realmente implica. Esperamos también que contribuyan a persuadir a más sociólogos adscritos a «la corriente principal» de que el deporte, el ocio y sus escenarios e interconexiones sociales son temas importantes e interesantes para

la teorización y la investigación y, en esa medida, ayuden a sacar la sociología del ocio y la sociología del deporte del limbo en el que han estado hasta ahora.

Introducción

NORBERT ELIAS

I

Algunas partes de este libro son, como puede verse, el resultado de la colaboración entre Eric Dunning y yo. Duró varios años y me complació mucho. Ahora que los frutos de esa colaboración están por primera vez reunidos en un volumen, realzados grandemente por el trabajo de Eric Dunning, quisiera ayudarlos a recorrer su camino explicando y comentando algunos temas centrales.[1]

Cuando iniciamos el presente trabajo, la sociología del deporte aún estaba en pañales. Recuerdo bien cómo Eric Dunning discutía conmigo la cuestión de si el deporte, y el futbol en particular, sería considerado por las autoridades un tema respetable de investigación en las ciencias sociales y, sobre todo, para una tesis de maestría. Creo que entre los dos contribuimos un poco a que así fuera.

Las investigaciones sociológicas en el campo del deporte tienen el cometido de sacar a la luz aspectos del deporte antes desconocidos o conocidos sólo de una manera vaga. En tales casos el objetivo es afianzar el conocimiento. Nosotros estábamos muy conscientes de que el conocimiento acerca del deporte lo era también de la sociedad.

La mayoría de los deportes entraña un factor de competitividad. Son competencias que implican el uso de la fuerza corporal o de habilidades no militares. Las reglas que se imponen a los contendientes tienen la finalidad de reducir el riesgo de daño físico al mínimo. De modo que tras estos estudios del deporte se halla siempre la pregunta: ¿qué clase de sociedad es ésta en la que cada vez más gente utiliza parte de su tiempo libre en practicar y observar como espectadores estas competencias no violentas de habilidad y fuerza corporal que llamamos «deporte»? Naturalmente que en algunos deportes hay siempre áreas grises en las que se practica la violencia, pero en la mayor parte de los encuentros deportivos se diseñan reglas para mantener tales prácticas bajo control. ¿Qué clase de sociedades, podríamos preguntar, son aquéllas en las que grandes cantidades de personas, en casi todo el mundo, se deleitan como actores o espectadores con las competencias físicas entre individuos o equipos de personas y con las tensiones, con la emoción provocada por estas competiciones en

condiciones en que no corre la sangre ni los participantes se causan lesiones serias unos a otros?

Hay que investigar mucho para encontrar una solución no controvertida a un problema como éste. Pero hay que decir que la tarea consiste precisamente en hallar esos descubrimientos sociológicos. Las ciencias sociales, y la sociología en particular, están en peligro de disolverse en unidades mínimas de especialidades profesionales aparentemente inconexas. Espero que aún sea posible comprender que los ensayos reunidos en este volumen contienen algunos modestos avances no sólo en el conocimiento relativo al deporte sino también en el que a las sociedades humanas se refiere.

La dificultad que encontramos aquí me parece estrechamente ligada con la incertidumbre de los sociólogos en torno a cuál debe ser la finalidad de la investigación científica. Esta finalidad, según mi modo de ver, es igual en todas las ciencias. Dicho de manera simple y rápida, se trata de dar a conocer algo hasta entonces desconocido para los seres humanos. De hacer avanzar el conocimiento humano, darle mayor seguridad o adaptarlo mejor y, con palabras en cierto modo más técnicas, extender el caudal de símbolos humanos a zonas antes fuera de su ámbito. La finalidad es, como ya he dicho, el *descubrimiento*. Este sencillo e importante objetivo se ha visto opacado por las discusiones formalistas acerca de cuál debe ser el «método» a seguir en la investigación científica. Este paso del interés en la discusión sobre el objetivo y la función de la investigación científica a la discusión sobre el método es sintomático, desde el punto de vista de la sociología, de una lucha por el poder. Los científicos naturales, junto con algunos filósofos de la ciencia profundamente convencidos de que las ciencias naturales gozan de primacía sobre las demás porque son como leyes, han utilizado toda su fuerza intelectual y su poder social para convencer a los demás de que el «método» de las ciencias naturales, y en particular el de la física clásica, es el único método legítimo para el descubrimiento científico. Por regla general, quienes defienden esta opinión tienen muy poca experiencia en la investigación de las ciencias sociales. Su estrategia a la hora de investigar es fundamentalmente filosófica y orientada hacia la tradición de la «historia de las ideas». Debe decirse por tanto, clara e inequívocamente, que es posible hacer avanzar el conocimiento y los descubrimientos en el campo de la sociología con métodos que pueden ser muy diferentes de los de las ciencias naturales. Es el descubrimiento, no el método, el que legitima la investigación con el sello de científica.

Intentaré ilustrar el caso con una de mis propias experiencias, la cual quizá contribuya a entender mejor uno de los resultados de mi investigación presentados en este volumen. Varios años de investigaciones, ahora publicadas bajo el título global de *El proceso de la civilización*,[2] mostraron, para decirlo con brevedad, que la norma social de conducta y de sentimientos, sobre todo en algunos círculos de las clases altas, comenzó a cambiar de manera bastante

pronunciada a partir del siglo XVI y en una dirección muy concreta. La reglamentación de la conducta y de los sentimientos se volvió más estricta, más diferenciada y abarcadora, pero también más equilibrada y moderada, pues eliminó los excesos de autocastigo y autoindulgencia. Este cambio halló expresión en un nuevo término acuñado por Erasmo de Rotterdam y que se empleó en muchos otros países como símbolo del nuevo refinamiento de costumbres: el término *civismo [civility]*, que luego dio origen al verbo *civilizar*. Investigaciones posteriores señalaron como probable el hecho de que los procesos de formación de los Estados y en particular el sometimiento de las clases guerreras a un control más estricto, el agrupamiento de los nobles en las cortes de los países del continente europeo, estuvieran relacionados de algún modo con ese cambio en el código sentimental y de la conducta.

Así las cosas, resultó que la investigación realizada en el desarrollo del deporte mostró una evolución global del código de sentimientos y de conducta en la misma dirección. Si comparamos los juegos de pelota populares a fines de la Edad Media o incluso a principios de la era moderna con el *soccer* y el rugbi, las dos ramas del futbol inglés nacidas en el siglo XIX, advertimos un aumento de la sensibilidad en lo que se refiere a la violencia. La misma dirección de cambio puede verse, por ejemplo, en el desarrollo del boxeo. Las antiguas modalidades de esta lucha —siempre una manera de resolver conflictos—, popular entre los varones, no carecían completamente de reglas establecidas, pero a menudo se utilizaban las piernas como complemento de los puños para atacar. Si bien entre el pueblo la práctica de los combates con las manos y sin armas no era completamente anárquica, sus reglas sí eran bastante elásticas. Al igual que muchos otros tipos de lucha corporal, el primer país en el que la pelea a puñetazos se convirtió poco a poco en deporte fue Inglaterra, donde se la sometió a reglas más estrictas que, *inter alia*, eliminaron por completo el empleo de las piernas como arma. El aumento de la sensibilidad se manifestó con la introducción de los guantes y, a medida que pasaba el tiempo, con el acolchamiento de éstos y la clasificación de los boxeadores en diversas categorías, lo que permitía una mayor igualdad de oportunidades. De hecho, sólo así fue como una forma popular de lucha adquirió las características de un «deporte»: con el desarrollo de un código de reglas más definidas y en cierto modo más estrictas, y con la mayor protección a los luchadores contra daños y lesiones graves, consecuencia del primero.

Estas características que hicieron del boxeo un deporte ayudan a entender por qué la variedad inglesa fue adoptada como norma en muchos otros países, sustituyendo a menudo, como ocurrió en Francia, formas autóctonas tradicionales de esta lucha. De la misma manera y en gran parte por la misma razón que el boxeo, otros países importaron de Inglaterra y adoptaron como suyas otras clases de competencias físicas con las características de deportes, entre ellas, las carreras de caballos, el tenis, las carreras de velocidad y otras

variantes del atletismo. La «deportivización» de los pasatiempos, si se me permite la palabra para designar con brevedad su transformación en deportes en la sociedad inglesa, y la exportación de algunos de ellos a casi todo el mundo, son otros ejemplos del esfuerzo civilizador.

Sin un enfoque desarrollista y, en consecuencia, un método comparativo, resulta difícil captar y entender las características distintivas de los «deportes». Son ampliamente desconocidas hoy en día. Hay, por tanto, espacio para el descubrimiento. En mi opinión, los sociólogos deben descubrir por sí mismos qué métodos de investigación son los más adecuados para realizar descubrimientos en su campo concreto de investigación. Mi propia experiencia, por razones que no viene al caso detallar aquí, indica que un enfoque desarrollista es indispensable para avanzar en el estudio de la sociedad humana. Los sociólogos de orientación filosófica o que aplican un enfoque desde la «historia de las ideas» hallarán difícil comprender que llegué a esta convicción precisamente practicando la investigación. No se trata de una doctrina filosófica ni de un axioma resultado de mi predilección personal. Es una posición teórica que se formó en y a lo largo del proceso mismo de investigación y que no puede refutarse con argumento filosófico alguno que desdeñe la evidencia empírica. Sólo puede ser cuestionado demostrando con la ayuda de las pruebas adecuadas que, por ejemplo, los impulsos civilizadores, los cambios direccionales a largo plazo del código de conductas y sentimientos de los seres humanos que hemos señalado, no han tenido lugar.

Además, sucedió que otra investigación apuntó en el mismo sentido. Se me solicitó que escribiera un artículo sobre el tiempo. En cuanto lo empecé me sentí arrastrado por los fascinantes problemas que planteaba la investigación del tiempo desde el punto de vista sociológico. Exploré tales problemas sólo por el gusto de hacerlo y durante un periodo considerable sin darme cuenta de que el estudio del tiempo, y sobre todo del desarrollo a largo plazo de los procesos sociales en el tiempo, demostraría una vez más que los cambios de largo plazo ocurridos en la estructura de la personalidad social habían seguido la misma dirección que aquellos que yo había conceptualizado como procesos civilizadores. No obstante, en retrospectiva, parece obvio que las necesidades sociales que dan al concepto de tiempo su significado primario no han cambiado simplemente a la manera azarosa característica de una descripción histórica sino que, por el contrario, han sufrido (si bien con muchas altas y bajas) cambios prolongados en una dirección determinada y con un orden de sucesión claramente reconocible.

La dirección de los cambios en el uso del tiempo como medio de orientación, tanto en el nivel social como en el nivel físico del universo, y la dirección de los cambios en su uso como medio de reglamentar la conducta humana, complementaron y confirmaron lo que había dicho antes sobre la naturaleza y dirección de los procesos civilizadores.[3] En dos palabras: es diferente la

regulación del tiempo necesaria para vivir en una comunidad relativamente indiferenciada y autónoma de cazadores o agricultores con 200 personas como máximo de la que se requiere en una gran comunidad industrial de muchos miles o incluso millones de personas. En el primer caso, todo lo que la comunidad necesita son unas cuantas señales puntuales e intermitentes del paso del tiempo, tales como la salida del sol por las mañanas, la puesta del sol por las tardes o la llegada visible de la luna nueva. En el segundo, los miembros de la comunidad requieren para orientarse y regular su conducta artilugios que midan el tiempo minuto a minuto. ¡Pierden el autobús si se retrasan dos segundos! Para la vida que lleva la mayoría de ellos no basta con un reloj público en una esquina cercana; casi todos llevan un reloj de pulsera. Viven entre medidores del tiempo de fácil alcance que regulan su conducta día y noche. Para ellos, lejos está el tiempo en que a una persona bien regulada le bastaba oír el repicar de las horas en el reloj de la torre de una iglesia próxima.

He hablado brevemente de tres clases de testimonios que demuestran los cambios de largo alcance ocurridos en las pautas sociales de conducta y de maneras de sentir, del tipo y en la dirección de los conceptualizados aquí como los procesos de la civilización. Algunos ensayos de este volumen serán mejor comprendidos, espero, si somos conscientes de este contexto más amplio en el que están inmersos. Por ejemplo, los ensayos sobre la génesis del deporte o sobre el futbol popular pueden servir para dar una visión más amplia del desarrollo y de las características del deporte, pero pueden leerse asimismo como contribuciones al conocimiento de los cambios acaecidos en los hábitos sociales de los pueblos y de las sociedades que forman. Quizá vaya demasiado lejos al sugerir que, como algunos otros ensayos de este volumen, pueden estimular la reflexión sobre las relaciones entre la gente entendida como individuos y la gente entendida como sociedades o, según la versión más tradicional pero en cierto modo engañosa, entre «el individuo» y la «sociedad».

El hecho de que, en el transcurso del siglo XX, los ejercicios corporales competitivos en la forma altamente regulada que llamamos «deporte» se hayan convertido en representaciones simbólicas de competencia no violenta, no militar, entre los Estados, no debe hacernos olvidar que el deporte ha sido, en primer lugar, y continúa siendo un ejercicio de competencia que excluye hasta donde es posible las acciones violentas que puedan lastimar seriamente a los competidores. Que la presión creciente de las competencias deportivas dentro de las naciones induzca con frecuencia a los atletas participantes a hacerse daño a sí mismos por la sobreejercitación o el uso de esteroides es un fenómeno característico de la época actual y un indicador de la importancia creciente que ganan los éxitos deportivos como símbolo de estatus para las naciones. Pero no nos interesa tratarlo aquí necesariamente, excepto quizá como síntoma de una corriente de largo plazo en el curso de la cual la oscilación del péndulo, en lugar de mantenerse moderada, alcanza en ocasiones puntos extremos. En este caso,

la presión social para autocontrolarse en las actividades deportivas y no causar daño a los otros ha llevado el autocontrol a un nivel en el que hace daño a uno mismo.

Lo que sí merece discutirse en este contexto es la pregunta de por qué la civilización de los juegos-competencias y las limitaciones impuestas a la violencia sobre los otros por medio de normas sociales que demandan una gran dosis de autocontrol se desarrollaron primero en Inglaterra. La aceptación relativamente rápida de los modelos ingleses en cuanto a deportes se refiere por otros países parece indicar que también en ellos existía la necesidad de unos ejercicios físicos competitivos regulados con mayor firmeza, menos violentos pero agradables y para los que se requería una gran capacidad de refinamiento. Es evidente que esta necesidad fue abastecida por la adopción relativamente rápida y fácil en otras sociedades de algunas modalidades, de ningún modo todas, de deportes ingleses y, en ciertos casos, por su desarrollo ulterior según las condiciones sociales específicas de cada país. Queda sin responder la pregunta de por qué algunos modelos de competencias físicas relativamente no violentas se desarrollaron en Inglaterra antes que en ningún otro lugar y fueron simbólicamente representados allí, con una evidente conciencia de su novedad y especificidad, mediante el empleo nuevo y más especializado de un concepto anterior, el concepto de *deporte*. Los torneos altamente regulados para los que se requerían ejercicio y buena forma física y que se habían clasificado como «deporte» tanto por los practicantes como por los espectadores, ¿por qué aparecieron durante el siglo XVIII entre las clases altas de Inglaterra, la aristocracia y la *gentry?*

Pues, desde aquellos primeros tiempos, nunca se reservó el término *deporte* para designar exclusivamente a quienes lo practicaban: siempre incluía las competencias realizadas para el disfrute de los espectadores, y el ejercicio físico principal lo hacían por igual animales o personas. Podía organizarse un partido de críquet entre los criados de dos terratenientes pero, a veces, también los nobles caballeros jóvenes participaban en él. Entonces, los ricos propietarios de tierras, fueran nobles o no, no albergaban ya grandes temores a una revuelta del campesinado. Las cercas y los vallados no habían hecho sino quebrar a los campesinos libres como clase social.* En términos generales los criados y demás personas dependientes de los ricos hidalgos sabían cuál era su lugar. Esto facilitaba las relaciones. También explica por qué, en algunos casos, las reglas habituales de los juegos, modificadas según las necesidades de los caballeros, desempeñaron un papel en el desarrollo de los deportes.

Se encontrará en este volumen un breve estudio sobre uno de los pasatiempos que adquirieron las características de deporte durante el siglo XVIII entre las clases hacendadas de Inglaterra: la caza de zorros. Considerada entonces como un deporte, mostraba ya muy claramente algunas de las características estructurales que distinguían los pasatiempos conocidos como

deportes de otros pasatiempos anteriores carentes de tales características. En la forma en que surgió por entonces, la caza de zorros era en Inglaterra una modalidad de caza altamente regulada y en estrecha relación con un determinado código de pautas sociales de conducta. La caza puede gustarnos o no pero, independientemente de esto, la caza de zorros nos presenta un vívido retrato de una de las primeras fases del desarrollo del deporte y puede, por ello, ayudarnos a entender mejor la génesis y las características de los deportes en general. Ése es el objetivo del ensayo incluido en este volumen. Dado el talante de nuestro tiempo, tal vez no sea fácil estudiar de manera directa este tipo de caza como un proceso social igual que cualquier otro deporte en grupo, como una figuración en flujo formada por seres humanos, por ejemplo, el actual proceso de un partido de futbol. No se me escapan las dificultades inherentes a un enfoque que requiere un nivel bastante elevado de distanciamiento, de alejamiento del objeto, el cual no es común en los estudios sociológicos. Pero puede resultar productivo, pues despliega ante nuestros ojos vistas oscurecidas por un enfoque menos objetivo.[4] Consideremos, por ejemplo, un cambio peculiar en la naturaleza del disfrute de los participantes que descubrimos al comparar el canon característico de la caza de zorros en Inglaterra con estilos de caza anteriores. En las modalidades anteriores, el placer de matar, combinado quizá con el de comer el animal muerto, opacaba con frecuencia todos los demás aspectos de la caza. En la caza de zorros por el contrario, como he tratado de demostrar, se produjo un cambio en la naturaleza del goce que era —y es— característico asimismo de muchas otras variedades deportivas. Así, en un partido de futbol no es sólo el clímax, la victoria de uno de los equipos, lo que emociona y hace disfrutar a los espectadores. De hecho, si el juego mismo resulta falto de interés, hasta el triunfo puede ser un poco decepcionante. Lo mismo sucede si uno de los dos equipos es tan superior a su contrario que marca un gol tras otro. En ese caso, la lucha se acorta y no se desarrolla como debiera: también eso es decepcionante.

La caza de zorros siguió la misma pauta. El hecho de matar zorros perdió validez en cierto modo debido a que los animales no se servían luego en la mesa como cena; los hombres los cazaban pero no se los comían. El clímax de la caza, la victoria sobre el zorro, sólo proporcionaba un auténtico goce después de un tiempo de espera suficientemente largo antes de que cayera el animal. Al igual que en el futbol, sin un periodo de placer previo suficientemente prolongado y excitante, el clímax de la victoria perdía parte de su brillantez. Aunque sin manifestarse con claridad absoluta, este goce creciente en la tensión-emoción del placer anticipado, el esfuerzo humano para prolongar el placer puntual de la victoria en el remedo de batalla que es un deporte, traslucía un cambio profundo en la estructura de la personalidad de los seres humanos. Este cambio, a su vez, estaba relacionado estrechamente con cambios concretos en la estructura de poder de la sociedad en general.

II

Desde la publicación de mi ensayo «La génesis del deporte como problema sociológico», que invita a reflexionar sobre el origen del deporte en Inglaterra, se me ha solicitado con frecuencia que aporte más información sobre el tema. Para responder a tal solicitud presenté una breve respuesta preliminar en el ensayo sobre la caza de zorros incluido en este volumen, y ahora aprovecho la oportunidad que me brinda esta introducción para ofrecer al menos un breve apunte de uno de los aspectos centrales de la relación entre el desarrollo de los pasatiempos calificados como deportes y el desarrollo de la estructura de poder en la sociedad inglesa. Servirá además para ilustrar de la mejor manera uno de los principales objetivos de este volumen: demostrar que los estudios del deporte que no lo son de la sociedad son estudios fuera de contexto. La especialización cada vez mayor ha contribuido a hacer creer que los términos *deporte* o *sociedad* denotan ámbitos con una identidad propia. Hay especialistas en el estudio del deporte, especialistas en el estudio de la sociedad, especialistas en el estudio de la personalidad, y otros muchos especialistas... cada grupo trabajando, por así decirlo, en su propia torre de marfil. Ni dudar que, dentro de sus límites, cada grupo ha realizado investigaciones importantes por sus resultados, pero son muchos los problemas que no pueden abordarse sólo dentro de los confines de una sola especialidad. Buen ejemplo de ello es la relación entre el desarrollo de la estructura de poder en la Inglaterra del siglo XVIII y el desarrollo de los pasatiempos que adquirieron las características de deportes.

En esencia, el surgimiento del deporte como forma de lucha física relativamente no violenta tuvo que ver con un desarrollo relativamente extraño dentro de la sociedad en general: se apaciguaron los ciclos de violencia y se puso fin a las luchas de interés y de credo religioso de una manera que permitía que los dos principales contendientes por el poder gubernamental resolvieran completamente sus diferencias por medios no violentos y de acuerdo con reglas convenidas y observadas por ambas partes.

Los ciclos de violencia son figuraciones formadas por dos o más grupos, procesos de ida y vuelta que atrapan a dichos grupos en una situación de miedo y desconfianza mutuos, en los que cada grupo asume como un hecho natural que sus miembros podrían ser heridos o incluso muertos por el otro grupo si éste tuviera la oportunidad y los medios para hacerlo. Tal figuración de los grupos humanos tiene en general un fuerte ímpetu propio en ascenso. Puede terminar en un estallido de violencia particularmente virulento que lleve a la victoria de uno u otro bando. Puede concluir con el debilitamiento acumulativo o con la destrucción recíproca de todos los participantes.

En Inglaterra comenzó un ciclo de violencia, siempre que pueda decirse que un ciclo así comenzó en una fecha determinada, en 1641, cuando el rey Carlos I, secundado por algunos de sus cortesanos, penetró en la Cámara de los Comunes

para apresar a algunos diputados opuestos a sus deseos. Los diputados lograron escapar pero el intento por parte del rey de utilizar la violencia provocó la violencia del otro bando. Así se inició un proceso revolucionario en el curso del cual el rey fue ejecutado por los puritanos. El cabecilla de éstos, Cromwell, ocupó el lugar del rey y, aunque después de la muerte de Carlos I su hijo fue restaurado en el trono y se hicieron intentos para atemperar el odio, el miedo y la desconfianza de muchos miembros de las clases altas hacia los puritanos de clase media y baja, el ciclo de violencia cobró fuerza, si bien de forma menos virulenta y explosiva. Los puritanos derrotados no sólo vieron perjudicada su situación legal sino que fueron con mucha frecuencia hostigados, perseguidos y, a veces, violentamente atacados. Su situación se convirtió en un fuerte incentivo para emigrar a las colonias americanas. Quienes permanecieron en el país, los ingleses «disidentes», aprendieron a vivir a la sombra de su pasado revolucionario.

Sus posibilidades de acceder al poder habían disminuido sobremanera pero muchos miembros de las clases altas propietarias de tierras continuaron considerándolos como posibles conspiradores de rebelión.

Si intentamos descubrir por qué la moderación de la violencia en los pasatiempos, que es una característica distintiva del deporte, apareció por vez primera entre las clases altas de Inglaterra durante el siglo XVIII, no podremos dejar de analizar el desarrollo de las tensiones y de la violencia que afectaron a esas clases en la sociedad en su conjunto. Cuando un país ha atravesado ciclos de violencia —sirvan de ejemplo las revoluciones—, se necesita un largo tiempo para que los grupos implicados lleguen a olvidarlos. Tal vez se sucedan muchas generaciones antes de que los grupos antagonistas vuelvan a confiar el uno en el otro suficientemente para vivir en paz juntos y permitir, si son miembros de un solo Estado, que funcione adecuadamente un régimen parlamentario. Pues un régimen así plantea exigencias muy concretas a quienes lo constituyen y no es fácil satisfacer tales demandas. No obstante, casi siempre se asume que lo es. Tiende a creerse que para todos los tipos de sociedades es fácil adoptar y mantener la democracia en el sentido de un régimen multipartidario, sea cual sea el nivel de las tensiones que lo sacudan o la capacidad de sus miembros para tolerar las tensiones. De hecho, se necesitan condiciones especiales para que tal régimen madure y se perpetúe. Es frágil y sólo podrá funcionar en tanto estas condiciones existan en el conjunto de la sociedad. Si las tensiones sociales se acercan al umbral de la violencia o lo rebasan, todo régimen parlamentario está en riesgo de sucumbir. En otras palabras, su funcionamiento depende de que el país pueda o no monopolizar la violencia física, mantener estable la pacificación social interna. Esa estabilidad, empero, depende hasta cierto punto del nivel de restricción que individualmente tengan las personas que conforman estas sociedades. Por si esto fuera poco, ese nivel no es igual en los miembros de todas las sociedades humanas. Puede decirse, en términos generales, que los

miembros de las sociedades más antiguas tienen un umbral de violencia más bajo que los de las sociedades más tardías. Y aun entre los últimos se observan diferencias considerables en la capacidad para tolerar tensiones como parte de lo que a menudo se denomina el «carácter nacional». Dado que las tensiones continuas constituyen una parte integral de cualquier régimen parlamentario, en el que se libran numerosas batallas no violentas según reglas firmemente establecidas, el nivel de tolerancia a las tensiones como parte del *habitus* social de un pueblo tiene que afectar de alguna manera el funcionamiento de un régimen de tal naturaleza.

En este sentido, hay cierto grado de afinidad entre un régimen parlamentario y los juegos deportivos. Esta afinidad no es accidental. Ciertos tipos de actividades recreativas, entre ellos la caza, el boxeo, las carreras y algunos juegos de pelota, se convirtieron en deportes y, de hecho, así fueron llamados por primera vez en Inglaterra durante el siglo XVIII, es decir, justamente cuando las antiguas asambleas nacionales, la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes, que representaban a secciones pequeñas y privilegiadas de la sociedad, se convirtieron en el principal campo de batalla en el que se decidía quién debía formar gobierno. Entre las principales exigencias de un régimen parlamentario, tal como surgió en Inglaterra en el mencionado siglo, estaba la disposición de toda facción o partido en el gobierno a traspasar de buen grado las funciones gubernamentales a sus oponentes sin recurrir a la violencia si así lo exigían las reglas del juego parlamentario; por ejemplo, cuando un importante voto en el Parlamento o unas elecciones generales se oponían a la continuidad de dicho grupo o facción en el gobierno. Esta regla básica sólo tenía posibilidades de cumplirse en tanto la hostilidad y el odio de los grupos contendientes entre sí en el país y de sus representantes en el Parlamento no se acercara ni rebasara el umbral de la violencia. Para ceder pacíficamente a un grupo rival o enemigo los inmensos recursos de poder que el mando gubernamental ponía en manos de quienes lo ocupaban era imprescindible tener una gran confianza en ese grupo; había que tener la absoluta seguridad de que, una vez en el poder, los contrarios no obrarían con venganza, que los rivales o enemigos no utilizarían los medios oficiales para incriminar a quienes antes ocuparon los puestos gubernamentales para hostigarlos ni amenazarlos, obligarlos al exilio, encarcelarlos o asesinarlos.

A fines del siglo XVII algunos destacados personajes como el marqués de Halifax, significativamente llamado *el Conciliador*, trataron de cerrar las heridas, atemperar la desconfianza, el miedo y el odio dejados por la revolución puritana, especialmente por la ejecución del rey, y asimismo por los reiterados intentos de los Estuardo y sus seguidores de imponer en Inglaterra un régimen despótico similar al de Luis XIV en Francia, en el cual fue virtualmente abolida la influencia de las asambleas nacionales. En los primeros años del siglo XVIII aún estaban muy vivos el temor y el odio enormes engendrados por los violentos sucesos del siglo anterior. Todavía se asociaba a los disidentes puritanos con la

rebelión y la dictadura, a los reyes Estuardo y sus seguidores jacobitas con los intentos de establecer un régimen absolutista y católico. Entre los dos extremos se levantaba el caballón del grupo nacional más poderoso, los terratenientes del Reino Unido, que habían llegado a adueñarse de ambas cámaras del Parlamento. Pero había divisiones entre ellos. Como era de esperarse en una situación así, los *Whigs* o liberales, conducidos por una aristocracia inmensamente rica de reciente ascendencia, mantenían una oposición más firme, una mayor enemistad hacia los aspirantes Estuardo, mientras mostraban mayor indulgencia con los disidentes. El grupo de los *Tories* o conservadores, constituido en su mayor parte por familias adineradas sin títulos de nobleza, casi todas mucho más antiguas que las grandes familias aristocráticas de los Whigs pero con propiedades mucho más pequeñas, era más implacable en su hostilidad hacia los disidentes y se sentía en cambio más ligado sentimentalmente a la dinastía Estuardo. No obstante, hasta ellos rechazaban las inclinaciones absolutistas y católicas de los Estuardo de manera tan radical como los Whigs.

Así pues, la división política principal habida en Inglaterra durante el siglo XVIII fue la que se dio entre facciones de los grupos propietarios de tierras, entre los Whigs y los Tories, rivalidad no nacida del antagonismo entre clases sociales distintas con estilos de vida diferentes o diferentes fines sociales e intereses económicos. Este hecho desempeñó, sin duda, un papel significativo en la transformación de las tradicionales asambleas nacionales en cámaras del Parlamento en el sentido actual del término y, por ende, en el desarrollo del gobierno parlamentario. En numerosos países del continente europeo hubo a lo largo del siglo XVIII fuertes y abiertas divisiones entre las clases medias urbanas y la nobleza terrateniente. En Francia, un vástago de la primera —la clase constituida por funcionarios públicos que ocupaban los cargos en régimen de propiedad y los legaban a sus hijos como herencia, encabezada por una «nobleza de oficio» *(noblesse de robe)* y cuyos componentes conservaban legalmente su calidad de miembros de la Cámara de los Comunes—, ocupó el punto medio entre las clases medias dedicadas al comercio y la aristocracia dueña de haciendas. En Inglaterra, la posición similar como grupo intermediario entre los artesanos y comerciantes urbanos por una parte y la aristocracia terrateniente por la otra fue ocupada por la alta burguesía, una clase constituida por personas ricas y bien educadas pero no nobles. Fue ésta una formación social única, tan característica del desarrollo y la estructura de la sociedad inglesa como la *noblesse de robe* lo fue en la estructura y el desarrollo de la francesa. Una clase así, de propietarios no pertenecientes a la nobleza, no podía desarrollarse en Francia, o para el caso, en Alemania, dado que en estos países la propiedad de tierras, ligada en parte a la tradición feudal que aunaba la posesión de grandes extensiones con los servicios de guerra prestados al soberano, estaba reservada a los nobles o bien conllevaba el derecho a los títulos y privilegios de la nobleza. No fue éste el caso en Inglaterra.

Resulta innecesario en este punto explicar toda la concatenación de circunstancias que contribuyeron al surgimiento de esta formación social única, la alta burguesía inglesa. Pero, si no es tomada en cuenta, no será posible entender cabalmente la naturaleza del proceso de pacificación experimentado en Inglaterra durante el siglo XVIII y que estuvo estrechamente ligado al surgimiento en este país tanto del gobierno parlamentario como de determinados juegos recreativos concebidos como deportes. La existencia de una clase terrateniente sin abolengo y sin escaños en la Cámara de los Lores, pero con una nutrida representación en la Cámara de los Comunes, tuvo consecuencias importantes a la hora de repartir las cuotas de poder en el país. En muchos de los países europeos de mayor extensión los intereses de los propietarios de tierras estaban representados generalmente en la asamblea de los nobles, mientras que la asamblea de los comunes o plebeyos representaba, por lo general, los intereses de los sectores urbanos y, a veces, de los campesinos. En Inglaterra, en cambio, debido en parte a la existencia de la *gentry*, también en la Cámara de los Comunes hallaron considerable representación los intereses de quienes poseían propiedades rústicas. Hacia fines del siglo XVIII los representantes de la *gentry* ocupaban dos quintas partes de los escaños en la Cámara de los Comunes. En otra quinta parte se sentaban los hijos de las familias aristocráticas irlandesas, los pares de Irlanda, a quienes legalmente correspondía el estatus de miembros de esta Cámara. En otras palabras, los intereses de los hacendados dominaban no sólo la Cámara Alta sino también la Baja. La completa desaparición del campesinado inglés como clase social se debió en parte al hecho de que, después de Isabel I, los soberanos ingleses nunca tuvieron un poder tan grande como sus equivalentes en los demás países europeos. También contribuyó la menor dependencia de los monarcas ingleses con respecto al campesinado indígena como fuente de reclutamiento para sus ejércitos. En el continente, los gobernantes protegieron hasta cierto punto a sus campesinos contra los nobles que intentaban apropiarse de sus tierras recurriendo al uso de vallados, si bien hubo excepciones. En Inglaterra, la aceleración de este movimiento en la última parte del siglo XVIII y la nueva manera de privatizar las tierras mediante leyes aprobadas en el Parlamento con independencia del gobierno, reflejaban el interés común que las clases hacendadas, tanto Whigs como Tories, nobles y no nobles, tenían en relación con los grupos de pequeños propietarios, quienes junto con sus familias y tal vez algunos peones realizaban buena parte de las tareas exigidas por la posesión de la tierra. El duro y constante trabajo manual fue la característica decisiva que distinguía a un campesino dueño de su parcela de un caballero con tierras de cultivo. Demostró a las poderosas clases altas terratenientes que podían aniquilar con éxito al campesinado libre, limitar el poder de los reyes sometiéndolos al control del Parlamento, sojuzgar a los puritanos y mantener cierto grado de autoridad sobre las corporaciones urbanas, incluidas las de la capital. El hecho de

que los intereses de los hacendados, los grupos de caballeros y de nobles dueños de fincas rústicas, controlaran no sólo la Cámara de los Lores sino también la de los Comunes, debe verse como un factor de primer orden en la posición de dominio que las clases terratenientes mantuvieron durante la mayor parte del siglo XVIII y los primeros años del XIX. Como fue en el seno de estas clases donde tuvo lugar la transformación de los antiguos pasatiempos en actividades deportivas, ese hecho adquiere relevancia en este contexto. Puede decirse que el surgimiento del deporte en Inglaterra durante el siglo XVIII fue parte integrante de la pacificación de las clases altas de este país.

Lo mismo puede decirse de la transformación que sufrieron las tradicionales asambleas estatales inglesas,[5] parecidas en muchos aspectos a las asambleas estatales tradicionales en los demás países, hasta quedar convertidas en un parlamento de dos niveles en el sentido moderno de la palabra y en parte integral, por tanto, del gobierno parlamentario como tal, que entonces casi no tenía parangón en lugar alguno. También el auge de esta forma de gobierno estuvo estrechamente ligado a la fuerte oposición de las clases terratenientes en Inglaterra. Eran numerosas las divisiones entre ellas. La más obvia, la impuesta por las diferencias de rango y de propiedad. Los grandes terratenientes, duques y condes la mayoría de ellos, podían tener más de 4 000 hectáreas y quizás hasta 8 000, que les rendían un ingreso superior al de muchos de los soberanos más pequeños del continente y muchísimo mayor que el de los comerciantes ingleses más ricos. En el otro extremo de la escala, los hidalgos rurales poseían quizá 400 hectáreas, o incluso menos, y vivían en una gallarda pobreza. Pero todos estaban unidos no sólo por sus intereses comunes en tanto que señores independientes con propiedades rústicas, sino también por las convenciones de una sociedad basada en la posesión de tierras, por una tradición cultural autóctona que distinguía a las clases dueñas de tierras, nobleza y *gentry* por igual, de otras clases sociales cuyos integrantes masculinos no eran considerados «caballeros» ni por su rango social ni por sus modales.

Básicamente, esta unidad de las clases hacendadas contribuyó sin ninguna duda a que, en la Inglaterra del siglo XVIII y pese a las enormes divisiones entre ellas —de las cuales fueron las que separaban a los Whigs de los Tories las que tuvieron mayor trascendencia—, desaparecieran gradualmente las graves tensiones del siglo XVII, características de un periodo de revueltas revolucionarias con sus secuelas de odio y de miedo. Unidas por un código «caballeroso» de sentimientos y conductas, las facciones enemigas aprendieron a tenerse la confianza mutua suficiente para que fuera posible enfrentarse sin violencia en el Parlamento. En el transcurso del siglo XVIII las dos principales facciones dentro de las clases terratenientes de Inglaterra sufrieron cambios en su naturaleza así como en su función. Tanto en los Whigs como en los Tories había miembros de la aristocracia y de la *gentry*. Sería erróneo atribuir esta división en facciones sociales simplemente a una división basada en sus

diferentes rangos y propiedades, pero quizá sea correcto decir que, tradicionalmente, entre los Whigs predominaban los aristócratas mientras que entre los Tories, con la excepción quizá de algunos *sirs* o barones, eran mayoría los caballeros sin alcurnia.

En el siglo XVIII algunas de las cuestiones que originalmente los habían dividido perdieron importancia o desaparecieron por completo. Con el paso del tiempo se hizo evidente que los Estuardo nunca regresarían y que la casa Hanover había de mantenerse en el trono. A todas luces, los disidentes no tenían ni la posibilidad ni la intención de derrocar al gobierno por la fuerza. Poco a poco las dos principales facciones herederas de las clases altas llegaron a legitimarse e identificarse como representantes de los diferentes principios o filosofías políticos (los predecesores de los programas de partido). En nombre de estos principios ambas facciones compitieron en el Parlamento por el acceso al gobierno y, en tiempos de elecciones, en todo el país. Y lo hicieron según las reglas convenidas y las exigencias de un caballeroso código de sentimientos y de conducta compartido por los Whigs y los Tories. En aquella etapa, la observancia del código parlamentario y la del código de caballeros estaban íntimamente entrelazadas.

La familiaridad puede oscurecer a los ojos de las generaciones posteriores el hecho de que la lucha no violenta entre dos grupos esencialmente hostiles por el derecho a constituir un gobierno era algo muy nuevo entonces. Nos encontramos aquí ante un aspecto bastante común del desarrollo social frecuentemente mal interpretado. Por circunstancias a veces fortuitas, los seres humanos pueden llegar a modelos de ordenación institucional u organizativa que, si funcionan bien, enseguida se vuelven tan obvios para los participantes que éstos los consideran «naturales», «normales» o simplemente «racionales». Fue así como los grupos rectores de Inglaterra durante el siglo XVIII se acercaron paulatinamente a algo por completo nuevo —un gobierno de tipo parlamentario — sin percatarse en absoluto de que representaba una novedad.

Durante el primer cuarto del siglo XVIII, hasta 1722 aproximadamente, cuando Robert Walpole se hizo con el control del gobierno, las tensiones se mantuvieron muy altas en Inglaterra. Aún eran muy fuertes y profundos el resentimiento y la desconfianza entre los sectores enemigos de la sociedad inglesa, herencia del turbulento siglo XVII. Los herederos de la revolución puritana, los disidentes, aunque apenas constituían ya una fuerza política activa, aún cargaban el estigma de su pasado revolucionario. Los caballeros Tories creían que planeaban otra vez el derrocamiento por la fuerza de la monarquía y del gobierno. Por su parte, pese al tiempo transcurrido, los Tories no eran del todo capaces de olvidar su asociación con la dinastía de los Estuardo y con los complots, reales o imaginarios, para restaurar por la fuerza a un Estuardo en el trono. A principios del siglo XVIII los cambios de gobierno de los Whigs a los Tories o de los Tories a los Whigs aún suscitaban el temor a que, una vez en el

poder, un determinado gobierno se vengara salvajemente de sus contrarios. Ningún bando podía estar seguro de que el otro no los hostigara, los encarcelara o, con algún pretexto, los asesinara. Así, cuando la reina Ana nombró un gobierno tory, sus miembros tomaron enormes represalias contra sus predecesores Whigs, haciendo todo lo posible por humillar a los principales dirigentes de este grupo. Tras la muerte de la reina unas elecciones llevaron de nuevo al poder a los Whigs. Ahora fueron éstos quienes, por su parte, emprendieron con vigor la tarea de hostigar y humillar a sus enemigos Tories. El resultado fue que los principales dirigentes de este grupo huyeron al continente, se unieron al pretendiente Estuardo al trono y empezaron a conspirar para invadir Inglaterra y derribar por la fuerza el gobierno de los Whigs.

Robert Walpole, quien llegó al poder en 1722, comenzó a timonear el barco lejos de la violencia. Poseía en dosis considerables las habilidades diplomáticas y manipuladoras que todo jefe de un gobierno parlamentario necesita y dio un gran empuje a los acontecimientos en esa dirección. Aun así, no dejó en cierto momento de tratar con enorme severidad a un oponente tory. Antes de su llegada al poder logró con sus amigos enviar al exilio a un líder tory acusándolo de haber participado en una conspiración de los Estuardo. Y sin embargo, unos 50 años más tarde, un portavoz de la Cámara de los Comunes amonestaba a los diputados recordándoles que el objetivo de los debates no debía consistir en acentuar las diferencias sino en alcanzar decisiones conjuntas que guiaran la política ministerial.[6] Aún después, Burke justificaba la existencia de diferentes partidos basándose en la necesidad de una oposición formal. Incluso sugirió la posibilidad de organizar la oposición al gobierno en el poder, de modo que siempre hubiera un gobierno alternativo a la vista.

En menos de un siglo, dos facciones de las clases altas, los Whigs y los Tories, que en una etapa violenta se habían tratado con rudeza y brutalidad, se transformaron en partidos de las clases altas respaldados por un electorado relativamente pequeño constituido por grupos privilegiados y que se enfrentaban con métodos que tal vez no excluían la compra de votos y el soborno, pero que no eran violentos en términos generales. Este cambio constituyó un notable ejemplo del empuje civilizador. Parte de él fue la pacificación de las clases altas y, de hecho, la de un extenso sector de la sociedad inglesa. Igualmente lo fue la prosperidad cada vez mayor de las clases altas propietarias de tierras.

Es fácil detectar las manifestaciones de tal empuje. El traspaso pacífico de funciones de un gobierno a otro contrario presuponía un elevado nivel de autocontrol. Lo mismo puede decirse de la buena disposición por parte del nuevo gobierno a no utilizar sus grandes recursos de poder para humillar o destruir a los predecesores hostiles o contrarios. En este sentido, el surgimiento del gobierno parlamentario en Inglaterra durante el siglo XVIII con una rotación sin sobresaltos de grupos rivales y conforme a reglas convenidas, puede servir de lección práctica. Fue uno de esos ejemplos tan poco frecuentes que ilustran

cómo un ciclo de violencia, un proceso de doble sentido que envuelve a dos o más grupos humanos en una situación de miedo recíproco a la violencia del otro, se resolvió en una situación de compromiso sin vencedores ni vencidos absolutos. A medida que los dos bandos perdieron la desconfianza mutua y dejaron de recurrir a la violencia y a los métodos asociados con ella, aprendieron, y de hecho desarrollaron, las nuevas habilidades y estrategias necesarias para la contienda pacífica. Las habilidades militares cedieron el paso a las habilidades verbales del debate, de la retórica y la persuasión, todas las cuales exigían mayor contención y definieron claramente el cambio como un empuje civilizador. Fue este cambio, el aumento de la sensibilidad en relación con el uso de la violencia, el que, reflejado en la conducta social de los individuos, se manifestó asimismo en el desarrollo de los pasatiempos que practicaban. La «parlamentarización» de las clases hacendadas de Inglaterra tuvo su equivalente en la «deportivización» de sus pasatiempos.[7]

Como el último, también el primero tuvo aspectos económicos. El auge de la comercialización contribuyó a la prosperidad de los propietarios de tierras más ricos y, en menor medida, a la de los pequeños propietarios, lo cual sirvió igualmente para moderar las pasiones partidarias entre ellos. Pero es un error considerar los aspectos económicos del desarrollo por separado. Es muy dudoso que las clases altas hacendadas de Inglaterra hubieran aprovechado las oportunidades económicas que el comercio les ofrecía si la lucha por el poder en que estaban enzarzadas contra su rey hubiese tomado un giro diferente, si, al igual que sus homólogos franceses, se hubieran visto sometidas al gobierno de los reyes absolutos y de sus ministros en lugar de elevarse a una situación de igualdad y, más aún, de superioridad en relación con el rey y la Corte en tanto que oligarquía más o menos autónoma. El nacimiento del gobierno parlamentario, parte del proceso de formación del Estado en Inglaterra[8] y, sobre todo, el desequilibrio en la balanza de poder entre el rey y las clases altas con grandes extensiones de tierra, desempeñó un papel activo y no sólo pasivo en el desarrollo de la sociedad inglesa. Si preguntamos por qué los pasatiempos se convirtieron en deportes en Inglaterra, no podemos dejar de decir que el desarrollo del gobierno parlamentario, y por tanto de una aristocracia y una *gentry* más o menos independientes, desempeñó un papel decisivo en el desarrollo del deporte.

Quisiera intercalar ahora unas palabras a propósito de la tarea que me he impuesto en esta parte de mi introducción. He señalado el problema planteado por el origen del deporte en Inglaterra. Lo he hecho sin ninguna intención de elogiar o recriminar a nadie. Rastrear los orígenes y el desarrollo de las instituciones entre las que uno vive, las cuales parece a primera vista que se explican por sí solas, es una tarea excitante y satisfactoria por derecho propio. Pero no debe abordarse con la mira corta ni desde una perspectiva estrecha; en otras palabras, no puede hacerse si, al igual que algunos especialistas, uno

considera el deporte como si fuera una institución social de nuestra época que haya nacido y que exista enteramente por sí sola, con independencia de los demás aspectos de las sociedades en desarrollo que las personas constituyen en su interrelación. El deporte es una actividad de los seres humanos, y muchas actividades humanas que son exploradas académicamente como objetos de estudios aislados y como si existieran, por ende, en compartimientos estancos son, de hecho, actividades de esos mismos seres humanos. Las mismas personas que, como seres políticos, votan o son miembros del Parlamento, pueden también ganarse la vida trabajando como seres económicos, rezar junto a otros como seres religiosos o navegar a vela y esquiar como deportistas en su tiempo libre. Consecuentemente, una vez que se ha descubierto que el concepto de deporte se asoció en el siglo XVIII con una característica de los pasatiempos de las clases altas de Inglaterra, no debe investigarse el deporte de manera aislada. Debe analizarse el acaecer, el desarrollo y sobre todo los cambios en la estructura de la personalidad, en la sensibilidad respecto a la violencia de los seres humanos que integraban aquellas clases. Si entonces se descubre que durante el siglo XVIII, en Inglaterra, los avatares de las clases altas las condujeron a un pronunciado avance en su largo proceso de pacificación, puede decirse con toda justicia que se está en el camino correcto.

No obstante, para mayor seguridad tratándose de estos temas, siempre es útil establecer comparaciones. Pueden verse las características del desarrollo inglés desde una perspectiva mejor si miramos lo que ocurrió comparativamente en Francia. Ya indiqué en otra ocasión el papel que como agente civilizador desempeñó la corte real en Francia.[9] Hablé, para decirlo brevemente, de la pacificación de los guerreros. La poderosa clase constituida por los nobles guerreros propietarios de tierras, de grandes extensiones en las que gobernaban con bastante independencia, se convirtió en una clase integrada por cortesanos y oficiales del ejército dependientes por completo del rey, o en nobles que habitaban en sus propiedades rústicas privados de casi todas sus anteriores funciones militares. Este cambio fue fundamental para la pacificación y la civilización de la sociedad francesa. El principal agente civilizador de las clases altas en este país, sobre todo en el siglo XVII, fue la Corte real. Allí se manifestó a plenitud un proceso civilizador que empujaba con fuerza no sólo hacia un mayor grado de restricción sino también hacia un código de conducta y sentimientos más diferenciado y sublimado. Aprender las habilidades sumamente específicas del cortesano, adquirir sus maneras sociales, era una condición indispensable para la supervivencia y el éxito social en las lides de la vida en la Corte. Ésta exigía que toda persona se ajustara a un patrón característico, en sus movimientos no menos que en su aspecto exterior y en su manera de sentir, de acuerdo con los modelos y normas que distinguían a los cortesanos de las personas pertenecientes a otros grupos. Las pruebas recabadas en fuentes de aquella época muestran con claridad cómo y en qué momento cambiaron las pautas y los

sentimientos de la gente; por ejemplo los de vergüenza o disgusto, primero en la sociedad cortesana y luego también en un círculo más amplio, siguiendo la dirección característica de un vigoroso empuje civilizador. En Francia, a la turbulencia del siglo XVI siguió, en el XVII, un periodo de pacificación interna. En este caso, un ciclo de violencia terminó gracias a una serie de victorias que pusieron de manifiesto la inequívoca superioridad del poder de los reyes y de sus representantes en contraste con el de las clases medias urbanas. Ésa fue la razón por la que en Francia, en el siglo XVII, la Corte devino un factor de civilización muy importante si es que no el principal.

Como puede verse, no podría ser mayor el contraste con el desarrollo y las características de las clases terratenientes inglesas. Las consecuencias de esta disparidad entre los avatares y las características de las clases de posición social elevada en la Inglaterra del siglo XVIII y la Francia del siglo XVII se hacen sentir hoy en día en las diferencias que existen entre la lengua inglesa y la francesa y entre los hábitos sociales, a veces llamados el «carácter nacional» del pueblo inglés y el francés.

Del mismo modo que el empuje pacificador y civilizador del siglo XVII en Francia no fue el inicio de un proceso en esa dirección, el esfuerzo civilizador equivalente en la Inglaterra del siglo XVIII fue sólo uno de varios empujes de esa clase, si bien tal vez el más decisivo. Los fructíferos intentos por parte de Enrique VIII de someter a sus barones constituyeron un paso adelante en esa dirección. La poderosa vida de la Corte en tiempos de la reina Isabel I y del rey Jacobo I tuvo una función parecida. Pero en el siglo XVIII, la prolongada lucha entre los monarcas y sus representantes, por un lado, y entre las clases altas con tierras y las clases medias urbanas, por el otro, condujo a una situación en la cual las primeras, pertenecientes a la nobleza y a la *gentry*, obtuvieron la igualdad por no decir la supremacía, en relación con el rey y la Corte. Su situación dominante en ambas cámaras del Parlamento y en todos los gobiernos las colocó en una posición superior a la de las clases medias urbanas. La superioridad de sus mecanismos de poder no era sin embargo tan grande como para que descuidaran los intereses del rey y de la Corte, ni tampoco los de las corporaciones urbanas. Mantener el país bajo control sin estallidos de violencia, de los cuales muchos ciudadanos probablemente se habían cansado ya, exigía sopesar con cuidado sus propios intereses y los de los otros sectores, así como mostrar una buena disposición hacia el compromiso. El régimen parlamentario se desarrolló durante el siglo XVIII como respuesta a esta necesidad de equilibrio de poderes, equilibrio que garantizaba que los reyes de Inglaterra, a diferencia de los de Francia, nunca convertirían en cortesanos a sus clases altas ni aplastarían sus intereses. Sin embargo, en el siglo XVIII los mecanismos de poder en manos del monarca eran aún muy considerables y continuarían siéndolo todavía un poco más de tiempo. Los ministros habían de cultivar cuidadosamente la buena voluntad del rey y de las personas influyentes en la Corte. En contrapartida, los reyes ingleses de

entonces habían dejado ya de tener el poder suficiente para reafirmar la posición de la Corte como eje alrededor del cual giraban los asuntos nacionales, como centro desde el cual se gobernaba al país y en el que se tomaban todas las decisiones, incluso las relativas al buen gusto. La mayoría de estas funciones se habían trasladado a las mansiones palaciegas de los grandes nobles y, sobre todo, al Parlamento. La transformación de las tradicionales asambleas estatales de Inglaterra en las cámaras parlamentarias, con el sentido actual del término, significó no sólo un cambio institucional sino también un cambio en la estructura de la personalidad de las clases altas de ese país. El desarrollo no planificado que les permitió derrotar todos los intentos de establecer un régimen autocrático, promovidos desde abajo o desde arriba, por los puritanos o por los reyes, ofreció a los grupos que surgieron de estas luchas, como las clases gobernantes en potencia, un gran aliciente para desactivar el ciclo de violencia, suavizar las disputas entre sus facciones y aprender en cambio a luchar sólo con medios pacíficos según reglas mutuamente convenidas. Ésta fue una de las grandes diferencias entre la evolución de las clases altas de Inglaterra y las de Francia. En Francia, la supremacía del rey y la manera autocrática de gobernar impedían casi siempre que la disensión y la lucha entre las facciones se hicieran públicas. En Inglaterra, el régimen parlamentario no sólo permitía los enfrentamientos abiertos entre las facciones rivales sino que además imponía la *necesidad* de que se desarrollaran en público. La sobrevivencia social y desde luego el éxito social en una sociedad parlamentaria dependían de la capacidad de lucha, pero no con la daga o la espada sino con el poder de la palabra, la capacidad de persuasión, el arte del compromiso. Por grandes que fueran las tentaciones en las batallas electorales de la lucha parlamentaria, se suponía que los caballeros nunca debían perder los estribos ni recurrir a la violencia entre iguales, salvo en la forma regulada del duelo. Advertimos de inmediato la afinidad entre las contiendas parlamentarias y las deportivas. También éstas eran luchas competitivas en que los caballeros se contenían para no emplear la violencia o, en el caso de los deportes con espectadores, tales como las carreras de caballos o el boxeo, trataban de eliminar o suavizar la violencia lo más posible.

Hay otros aspectos del deporte que se perciben con más claridad si comparamos el desarrollo inglés con el francés. En Francia, un proceso de formación del Estado que consagró en las instituciones nacionales la victoria de los reyes sobre los nobles y los plebeyos provocó, como dije antes, una profunda división entre la nobleza cortesana y la nobleza rural. La última tenía un estatus marcadamente inferior al de la primera debido a su alejamiento de las sedes de poder, de los centros de refinamiento. En Inglaterra, un equilibrio diferente de poderes entre los reyes y las clases terratenientes resultó en una tradición que, ya en el siglo XVII, al menos entre los sectores más ricos de la aristocracia y de la *gentry*, ligaba estrechamente la vida rural y la vida en la Corte; luego, en el siglo XVIII, relacionaba la vida rural y la vida social de las familias terratenientes más

adineradas, en Londres, cuando se reunía el Parlamento. La institución que ligaba la vida en el campo con la vida en la ciudad era «la Temporada londinense». Todas las familias que habitaban en sus propiedades rústicas y que podían permitírselo, iban durante la «Temporada» a Londres, allí vivían varios meses en sus propias casas y disfrutaban de los placeres de la vida urbana: las apuestas, los debates y los chismes de sociedad. Así, el modo de vida de la aristocracia y de la *gentry* propietarias de grandes extensiones de tierra, o al menos de sus sectores más ricos, ligaba la vida en la ciudad con la vida en el campo, lo cual contribuye a explicar por qué en el siglo XVIII se transformaron en deportes juegos al aire libre como el críquet, en el que se aunaban los hábitos rurales con los modales de las clases altas, o luchas de índole urbana como el boxeo, que adaptó una práctica habitual de la clase baja al gusto de la clase alta. Esta tradición se mantuvo incluso después de que la influencia formativa de las clases terratenientes sobre el desarrollo del deporte hubo terminado y pasado a las manos de las clases industriales urbanas.

Otro aspecto más de lo que generalmente se denomina «desarrollo político» afectó el desarrollo del deporte y merece ser mencionado aquí. De nuevo ocurre que destaca con mayor claridad si comparamos la evolución inglesa con la francesa. En Francia, al igual que en muchas otras monarquías aristocráticas, el derecho de los súbditos a asociarse según sus preferencias estuvo restringido con frecuencia como algo natural, cuando no totalmente abolido. En Inglaterra, los caballeros se asociaban como querían. Una expresión del derecho de los caballeros a reunirse libremente fue la institución de los *clubs*. Es significativo que el término fuera adoptado por los revolucionarios franceses cuando también a ellos se les permitió reivindicar el derecho a la libre asociación, pues no había en la tradición francesa de gobierno autocrático ningún precedente de procedimiento ni concepto específico alguno relativo a ella.

En el desarrollo del deporte fue fundamental la formación de estos clubes, creados por personas interesadas ya como espectadores ya como participantes. En el nivel previo al del deporte, pasatiempos como la caza o diversos juegos de pelota se regulaban de acuerdo con las tradiciones locales, distintas con frecuencia de una localidad a otra. Tal vez algún parroquiano de más edad, quizás un padrino o patrocinador de la villa, se encargaba de vigilar que la joven generación observara las costumbres tradicionales; tal vez nadie lo hacía.

Una característica distintiva de los nuevos pasatiempos convertidos en deportes fue la de que éstos eran regulados en un nivel supralocal por una de esas asociaciones libres de caballeros a las que acabo de referirme: los clubes. El críquet en su etapa inicial de desarrollo es un ejemplo típico. Cuando surgió la costumbre de organizar competencias por encima del nivel local dado que los equipos de críquet viajaban de un lugar a otro, hubo que garantizar la uniformidad del juego. Tal vez primero dentro de un mismo condado. Entonces los caballeros formaban un club campestre cuyos miembros acordaban unificar

las tradiciones locales. El acuerdo sobre las reglas que se debían imponer en este nivel superior de integración y, en caso de que tales reglas no fueran totalmente satisfactorias, el acuerdo de cambiarlas, fue una condición de primer orden para el paso de un pasatiempo tradicional a un deporte. El acuerdo sobre un marco de reglas y de costumbres sociales relacionadas con el juego iba generalmente del brazo con el desarrollo de un organismo de supervisión que se encargaba del cumplimiento de las reglas y proporcionaba árbitros para los partidos cuando había necesidad de ellos. Era el primer paso en el camino hacia un desarrollo que hoy se considera en general como un hecho consumado y para el que, en consecuencia, faltan los conceptos adecuados. Los diversos deportes, podríamos decir, comenzaron a asumir un carácter propio que se impuso en la gente que los practicaba. En el nivel de las competencias tradicionales locales a campo abierto, sin reglas concisas ni estrictas, el juego y los jugadores eran idénticos en gran medida. Un movimiento improvisado, capricho de un determinado jugador que complaciera a los demás, podría alterar el esquema tradicional del juego. El nivel organizativo superior de un club que regulaba y supervisaba los partidos dotó al juego de una cierta autonomía en relación con los jugadores. Y esa autonomía aumentó a medida que los organismos de supervisión en un nivel superior de integración se hicieron con el control efectivo del juego, como cuando, por ejemplo, un club de Londres, el MCC, se apoderó del control efectivo del críquet que hasta entonces habían detentado los clubes campestres. No hace falta ir más lejos. No será difícil mostrar cuándo, si ése fue el caso, el desarrollo de un deporte inglés alcanzó el nivel de varios clubes locales, de una asociación nacional que coordinaba a todos los clubes locales y, en algunos casos, el desarrollo de diversas asociaciones nacionales coordinadas por una asociación internacional.

Esta breve ojeada a los desarrollos organizativos puede ayudarnos a enfocar mejor el aspecto del deporte al que acabo de referirme. Podría decirse que cada deporte tiene una fisonomía propia. Cada uno atrae a gente con determinados rasgos de personalidad. Y ello es posible porque goza de una relativa autonomía no sólo respecto a los individuos que lo practican en un momento dado sino también respecto a la sociedad en que se desarrolló. Por ese motivo, algunos deportes desarrollados primero como tales en Inglaterra pudieron ser transferidos y adoptados por otras sociedades como si fueran propios. El reconocimiento de este hecho despliega ante nosotros un vasto territorio que investigar. Por ejemplo: ¿por qué algunos deportes inicialmente ingleses, como el futbol y el tenis, fueron abrazados por muchas sociedades distintas en todo el mundo, mientras que el desarrollo del críquet quedó confinado a un exclusivo círculo de países de la Comunidad Británica de Naciones? ¿Por qué los Estados Unidos, sin abandonar completamente las variedades inglesas, desarrollaron su propia variedad de futbol?

Si se comprende la autonomía relativa de un deporte podrá entenderse mejor

la finalidad de esta clase de observaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Casi siempre se da por hecho que las investigaciones sociológicas son necesariamente de un tenor reduccionista. La demostración de que era posible explicar algunos aspectos de la sociedad como la ciencia o el arte en términos de otras disciplinas, por ejemplo, en términos de los aspectos económicos, pareció agotar el programa de los sociólogos. Lo que yo he señalado aquí brevemente es un programa sociológico más amplio. He tratado de mostrar la concatenación de hechos, o al menos algunos de sus aspectos, que en Inglaterra contribuyeron al nacimiento del deporte. Exclusivamente analizados desde el punto de vista del deporte, muchos de estos acontecimientos fueron obra de la casualidad. De ahí que quien intente dar una idea de algunas razones por las que el deporte se desarrolló en Inglaterra, como he hecho yo, presente el cuadro de un desarrollo, de un orden seriado de pasos en una determinada dirección. Pero, como dije antes, si bien es posible demostrar que el último paso, en este caso el deporte, fue precedido por una sucesión de pasos anteriores concretos como condición necesaria, no por ello puede decirse que, a causa de esa sucesión de acontecimientos previos, el último de ellos había de ocurrir obligatoriamente.[10] Asimismo, tampoco la conexión entre lo que con frecuencia se denomina las diferentes esferas del desarrollo social, en este caso por ejemplo, entre un régimen parlamentario de clase alta y los pasatiempos de las clases altas convertidos en deportes, tiene el carácter de una conexión *causal*. Simplemente ocurrió que la misma clase de gente que participó en la pacificación y en el aumento de la regularización sobre las luchas de facciones en el Parlamento, contribuyó a incrementar la pacificación y regularización de sus pasatiempos. No puede decirse que en tal caso la parlamentarización de las antiguas cámaras de los Lores y de los Comunes fuera la causa y el deporte el efecto. Ambos, el deporte y el Parlamento, tal como nacieron en el siglo XVIII, tipificaban el mismo cambio en la estructura de poder de Inglaterra y en los hábitos sociales de la clase que surgió de las luchas precedentes como el grupo gobernante.

III

Se ha dicho a veces que en las sociedades altamente industrializadas el deporte tiene una función complementaria: la de proporcionar ejercicio físico a una población con gran número de ocupaciones sedentarias y, por tanto, con insuficientes oportunidades para las actividades físicas. Puede ser éste un aspecto de la complementariedad, pero hay otro que ha captado menos la atención aun cuando, desde el punto de vista de la función que cumple para los seres humanos, tal vez no sea menos relevante. Su descubrimiento, me parece, revela aspectos del deporte y de otras ocupaciones en tiempo de ocio que han sido descuidados en cierto sentido hasta ahora.

En las sociedades comparativamente avanzadas de nuestra época, numerosas relaciones y actividades tanto laborales como privadas sólo producen satisfacción si todas las personas implicadas son capaces de controlar en forma suficientemente uniforme y estable sus impulsos libidinales, afectivos y emocionales más espontáneos, así como sus cambios de ánimo. En otras palabras, la supervivencia y el éxito social en estas sociedades dependen hasta cierto punto de una coraza segura, ni demasiado fuerte ni demasiado débil, de autocontrol individual. Hay en tales sociedades sólo un marco comparativamente reducido para la exhibición de los sentimientos fuertes, las antipatías profundas o el rechazo hacia otras personas, mucho menos para la ira candente, el odio mortal o el impulso irrefrenable de golpear a alguien en la cabeza. Quienes sufren fuertes perturbaciones o son presa de sentimientos que no pueden controlar terminan en el hospital psiquiátrico o en la cárcel. Los estados de elevada excitación se consideran anormales en una persona, como un peligroso preludio de violencia en una multitud. No obstante, contener los sentimientos fuertes, mantener un control estable de los impulsos, los afectos y las emociones constantemente a lo largo de toda una vida, tiende a suscitar tensiones en el individuo.

Algunos tienen suerte. Encuentran con facilidad el modo de transformar y canalizar sus impulsos y sentimientos en actividades provechosas para otros y satisfactorias para sí mismos. En otros casos, sin embargo, para algunas personas resulta difícil, si no imposible, reconciliar las demandas de una vida en común que exige moderación constante y bien templada y de sus representantes individuales, los agentes de la autocontención a los que conocemos por los nombres de *conciencia* o *razón*, con las demandas que les exigen satisfacer sus impulsos instintivos, afectivos y emocionales. En tales casos, las dos series de demandas —o algunas de ellas— permanecen en conflicto constante dentro de la persona. De manera general, en las sociedades en que se salvaguardan y mantienen elevadas normas civilizadoras gracias a un estricto control de la violencia física por parte del Estado, las tensiones personales resultantes de este tipo de conflictos, las tensiones por sobresfuerzo o, en una palabra, el estrés, son moneda de uso corriente.

Por lo que se ve, la mayoría de las sociedades humanas desarrollan algún remedio para las tensiones por sobresfuerzo que ellas mismas generan. En el caso de las sociedades con un nivel de civilización relativamente avanzado, es decir, con restricciones relativamente estables, uniformes y moderadas y con fuertes demandas subliminales, puede observarse una considerable variedad de actividades recreativas con esa función, una de las cuales es el deporte. Pero, para cumplir la función de liberar a los individuos de sus tensiones, estas actividades deben adaptarse a la relativa sensibilidad hacia la violencia física que es característica del comportamiento social de la gente en las últimas etapas del proceso civilizador. Si comparamos las actividades recreativas contemporáneas

con las de épocas anteriores veremos con facilidad que sólo han sobrevivido las que pudieron adaptarse a la repugnancia bastante fuerte que hoy suscita el hecho de que los seres humanos inflijan daño físico a otros. Las luchas entre gladiadores o entre personas y animales salvajes, que durante siglos fueron un pasatiempo placentero para las poblaciones urbanas del Imperio romano, algunas diversiones medievales como la quema de gatos, el ajusticiamiento en la plaza pública o las peleas de gallos, probablemente divertirían poco a los espectadores de hoy en día, y para algunos quizá resultaran intolerablemente horribles.

En las sociedades más diferenciadas de nuestro tiempo es muy amplio el espectro de actividades recreativas y grandes las diferencias entre ellas, si bien la mayoría comparte las mismas características estructurales básicas. Estas características comunes indican la función que tales actividades recreativas cumplen en sociedades altamente diferenciadas y complejas. En estas sociedades, mientras por un lado las rutinas de la vida, sea pública o privada, exigen que la gente sepa contener con firmeza sus estados de ánimo y sus pulsiones, afectos y emociones, por el otro, las ocupaciones durante el ocio permiten por regla general que éstos fluyan con más libertad en un espacio imaginario especialmente creado por estas actividades, el cual en cierto modo trae a la memoria aspectos de la realidad no recreativa. Mientras en el caso de esta última el espacio permitido para la expansión de los sentimientos es achicado o confinado en compartimentos especiales, las actividades recreativas están diseñadas para invocar directamente los sentimientos de las personas y para excitarlos, si bien en diferentes maneras y con diferente intensidad. Mientras la excitación es severamente reprimida en el ejercicio de lo que comúnmente consideramos las cuestiones serias de la vida —salvo la excitación sexual, confinada en sentido más estricto a la intimidad—, muchas actividades recreativas nos proporcionan un escenario ficticio para hacernos sentir una excitación que imita de algún modo la producida por situaciones de la vida real, aunque sin los peligros y riesgos que ésta conlleva. Películas, bailes, obras pictóricas, juegos de naipes, carreras de caballos, óperas, historias de detectives y partidos de futbol, todas éstas y muchas otras actividades recreativas pertenecen a esta categoría.

Si preguntamos de qué manera las actividades recreativas suscitan sentimientos en nosotros o nos provocan excitación, descubrimos que generalmente lo hacen creando tensiones. El peligro imaginario, el miedo y el placer, la tristeza y la alegría miméticas son desencadenados y quizá disipados por la puesta en escena de los pasatiempos. Éstos evocan estados de ánimo diferentes y quizá contrapuestos, como los de dolor y júbilo, agitación y paz espiritual. Así pues, los sentimientos que en nosotros despierta la situación imaginaria de una actividad recreativa son de la misma naturaleza que los que se suscitan en las situaciones de la vida real —eso es lo que la palabra *mimético*

significa—, pero los últimos están ligados a los interminables riesgos y peligros de la frágil vida humana, en tanto que los primeros aligeran momentáneamente la carga, grande o pequeña, de riesgos y amenazas que pesa sobre la existencia humana. Una tragedia escenificada en un teatro, como descubrió Aristóteles, puede evocar en el público sentimientos de miedo y de compasión estrechamente ligados a los que experimentan quienes son testigos presenciales de cómo otros seres humanos caen trágicamente en las trampas que les tiende la vida. En cambio, la escenificación imaginaria de la tragedia teatral es obra humana. En ella los individuos son los creadores de su propio mundo, dueños y señores del destino humano. El peso del dolor producido por la irredimible carga de sufrimiento en la vida real se aligera, el sentimiento mismo se purifica por los símbolos miméticos de la música o de la poesía, por los movimientos corporales o las máscaras y por la tensión mimética que experimentan quienes presencian el sufrimiento y el dolor humanos en la escenificación imaginaria de una tragedia hecha a imagen de las tragedias humanas. Así, un niño pequeño lanzado hacia arriba y que cae a salvo en los brazos de su padre puede gozar de la excitación mimética de peligro y miedo sabiendo que el peligro es imaginario y los brazos del padre seguros. Igualmente pueden los espectadores de un partido de futbol saborear la emoción mimética de la batalla que se libra en el terreno de juego, sabiendo que ni los jugadores ni ellos recibirán daño alguno. Como en la vida real, pueden sentirse desgarrados entre la esperanza del triunfo y el miedo a la derrota, pero también en este caso los fuertes sentimientos evocados en un espacio imaginario y su expresión abierta en compañía de muchas otras personas pueden ser tanto más gozosos y quizá liberadores, porque en la sociedad en general la gente está aislada y tiene pocas oportunidades para la expresión colectiva de sus sentimientos más vivos.

Ahora bien, si en esa sociedad imaginaria de la que formamos parte en tanto espectadores se producen tensiones; si en ella la represión impuesta sobre los sentimientos fuertes se debilita y sube sin hipocresía el nivel de hostilidad y de odio entre grupos diferentes, puede ocurrir que la línea divisoria que separa el juego de lo que no lo es, o las batallas miméticas de las reales, acabe por volverse borrosa. En tales casos, la derrota en el campo de juego puede evocar el amargo sentimiento de una derrota en la vida real y el deseo de venganza; o una victoria mimética, la imperiosa necesidad de que el triunfo se prolongue en las batallas que se libran fuera del terreno de juego.

Si se acepta el hecho de que los pasatiempos alcanzaron su conformación plena como deportes en Inglaterra en relación con el debilitamiento y resolución de un ciclo de violencia en lucha política no violenta conforme a reglas convenidas, se entiende más fácilmente que el deporte altere su función y su naturaleza cada vez que aumenta la oleada de tensiones y de actos violentos dentro o entre los Estados. Cuando esto sucede, las tensiones miméticas y la excitación controlada relacionada con ellas, así como la posibilidad de una

resolución grata de las tensiones inherentes al deporte recreativo y a otras muchas actividades igualmente recreativas, se colocan en una situación idónea para perder sus características distintivas. Tienden a perder definición o a fundirse con las tensiones, distintas a ellas, propias de la sociedad en general. Hay ejemplos esclarecedores en el deporte entendido como búsqueda de éxitos que hoy culmina en los Juegos Olímpicos. En ellos, la lucha por batir récords mundiales ha impuesto al desarrollo del deporte una dirección distinta. Bajo esta forma de concebirlo, las inocentes tensiones miméticas del deporte recreativo quedan dominadas y estructuradas por tensiones y rivalidades internacionales entre los diferentes países. Entonces el deporte adquiere una naturaleza notablemente distinta en ciertos aspectos de la del deporte como ejercicio recreativo. Sólo en este último caso conservan las tensiones miméticas algún grado de autonomía que las diferencia de las tensiones características de las situaciones de «la vida real». No obstante, en un sentido y aunque con limitaciones, puede aún el deporte de los récords conservar su función de actividad recreativa: en su calidad de deporte para los espectadores. Visto así, puede proporcionar una excitación mimética agradable que contrarreste las tensiones por sobresfuerzo normalmente desagradables impuestas por la sociedad y proporcione alivio en relación con ellas.

Las sociedades opulentas y altamente diferenciadas de nuestra época ofrecen, como uno de sus rasgos más sobresalientes, una diversidad de actividades recreativas mayor que la de ninguna otra sociedad en la que podamos pensar. Muchas de estas actividades recreativas, entre ellas el deporte como actividad que se practica o se observa en tanto que espectador, están pensadas para producir un descontrol controlado y deleitable de las emociones. Ofrecen tensiones miméticas placenteras que con frecuencia (aunque no siempre) conducen a una emoción ascendente y a un clímax de exaltado sentimiento con ayuda de los cuales, como sucede cuando el equipo favorito gana una competencia deportiva, puede resolverse felizmente la tensión. En este sentido, las tensiones miméticas de las actividades recreativas y la consecuente excitación libre de peligro o de culpa pueden servir como antídoto para las tensiones por sobresfuerzo que la coerción uniforme y constante tiende a producir como característica común a todos los individuos en las sociedades complejas.

La gran variedad de actividades recreativas en general y de deportes en particular que las sociedades complejas tienen para ofrecer permite a los individuos elegir entre una amplia gama de posibilidades. Podrán escoger según su temperamento, su constitución corporal, sus necesidades libidinales, afectivas o emocionales. Algunas de estas actividades recreativas pueden evocar miméticamente miedo y dolor tanto como triunfo y alegría, odio tanto como afecto y amor. Al permitir que estos sentimientos fluyan libremente dentro de su simbólica escenificación, en el contexto mimético de una obra teatral o un concierto, un cuadro o un juego, aligeran a las personas de la carga de coerción

absoluta que soportan en su vida no recreativa.

Pocas sociedades humanas, por no decir ninguna, existen sin un equivalente de nuestras actividades recreativas, sin danzas, simulacros de combate, números acrobáticos o musicales, invocaciones ceremoniales de los espíritus —en resumen, sin instituciones sociales que, por así decirlo, proporcionan alivio emocional contrarrestando las tensiones y los esfuerzos de la vida ordinaria con sus serias luchas, peligros, riesgos y coacciones—. No obstante, con facilidad nos equivocamos al juzgar la naturaleza y función de estas coacciones. A menudo no las vemos más que como una consecuencia inmediata de la vida en sociedad. Dado que, como parece, los seres humanos viven en comunidades, tienen que controlarse, imponer restricciones a la expresión de sus impulsos, afectos y emociones. Pero, por su propio bien, deben aprender igualmente a sojuzgar esos instintos autocontrolándose. Quien no sea capaz de hacerlo constituye un peligro no sólo para los demás sino para él mismo. La incapacidad para controlar los instintos es por lo menos tan dolorosa y paralizadora como la necesidad adquirida de controlarlos demasiado.

Los seres humanos no nacen sabiendo cómo reprimir sus poderosos afectos ni sus impetuosas pulsiones instintivas. Por tanto, la vida social de los humanos, la vida en común con sus semejantes, sería poco placentera si los miembros de una sociedad siguieran los dictados de sus afectos e impulsos personales sin restricción. Ahora bien, los seres humanos están hechos de manera tan curiosa que se movilizaron y diseñaron su propio modelo de disposición natural para adquirir la capacidad de restringirse mediante el aprendizaje, y esta disposición es tan indispensable para la supervivencia de los grupos humanos como para la de cada uno de sus miembros por separado. La persona que no lograra adquirir las pautas de autocontrol por el aprendizaje, el ser humano que continuara siendo incapaz de contener sus impulsos elementales quedaría a merced de sus dictados. Incapaz de controlar tanto las necesidades animales que fluyen desde el interior como la excitación suscitada por cualquier acontecimiento del exterior, tal persona no podría sintonizar sus demandas insatisfechas con las fuentes de satisfacción externas a ella ni adaptar sus afectos a las realidades de una determinada situación y, en consecuencia, sufriría grandemente por el dolor, por la presión irresistible de sus instintos espontáneos, que nacen dentro del individuo pero cuyos objetivos pertenecen al mundo de fuera. Por ser incontrolables y por tanto inadaptables, estos impulsos o, mejor, las personas atrapadas en ellos, fallarían el objetivo o apuntarían erróneamente a otro equivocado, con lo cual no encontrarían satisfacción. De hecho, esa persona no sobreviviría mucho tiempo después de la infancia y, en caso de que por casualidad sobreviviera, a duras penas sería un ser humano.

En otras palabras, el aprendizaje del autocontrol es un universal humano, una condición común de la humanidad. Sin ella, las personas, como individuos, no lograrían convertirse en seres humanos y, como sociedades, se desintegrarían

con rapidez. Lo que puede variar, lo que de hecho ha cambiado durante el largo proceso de desarrollo de la humanidad, son las normas sociales de autocontrol y la manera en que se las hace funcionar y adaptarse al potencial natural en cada uno para retrasar, suprimir, transformar, en resumen, controlar de diversas maneras las pulsiones elementales y demás sentimientos espontáneos. Lo que ha cambiado, para decirlo brevemente, son los agentes de control formados durante el proceso individual de aprendizaje del niño, a los cuales hoy conocemos con los nombres de *razón* o *conciencia, ego* o *superego*. Su estructura, sus límites y, en conjunto, su relación con los impulsos libidinales y otros en gran medida no aprendidos, son notablemente distintos en las diversas etapas del desarrollo de la humanidad y, por ende, en el curso del proceso civilizador que ésta ha experimentado. De hecho, los cambios de este tipo constituyen la médula estructural de este proceso demostrable así como de los más breves estallidos civilizadores o descivilizadores que pueden observarse. No existe pues, en el desarrollo social de la especie humana, un punto cero de civilización, un punto que nos permita decir: «fue aquí donde terminó la barbarie absoluta y aquí donde comenzó la vida civilizada entre los seres humanos». En otras palabras, un proceso civilizador es un proceso social sin comienzo absoluto. La secuencia de cambios puramente sociales sin transformaciones biológicas conocidas en la especie tuvo lugar sin discontinuidad absoluta como secuela de una evolución biosocial y, en definitiva, biológica. A diferencia de la última, el proceso civilizador, igual que otras secuencias sociales de cambio en una dirección determinada, puede dar marcha atrás. Un proceso civilizador puede ir seguido, incluso acompañado, por vigorosos movimientos en la dirección contraria, por procesos descivilizadores.

Sin embargo, es frecuente equivocarse a la hora de interpretar la dirección de un proceso civilizador. Dado que el deporte está estrechamente ligado a las condiciones de la civilización en la sociedad en general y, por tanto, a la interacción de esfuerzos civilizadores y descivilizadores, que hoy son tan fáciles de advertir, pueden ser útiles unas cuantas palabras introductorias acerca de la dirección de tales procesos. Una de las ideas que con facilidad acuden a la mente cuando se habla de la dirección de un proceso civilizador es la de cambios hacia un mayor autocontrol. Aunque se trata de una burda simplificación, no puede decirse que tal idea sea errónea. Los comparativos como «mayor» o «menor» no necesariamente aluden a relaciones de cantidad, pero fácilmente pueden dar la impresión de que ése y no otro es su significado. Así, cuando hablamos en este contexto de «más autocontrol» o «menos autocontrol» puede parecer que lo hacemos de la misma manera en que hablamos de tomar más vino o menos vino durante la cena. Las actuales limitaciones del lenguaje hacen difícil hallar expresiones más idóneas. Por si esto fuera poco, si decimos que no es posible presentar adecuadamente la dirección de un proceso civilizador como un cambio en cantidad, la única alternativa que los usos vigentes del habla y del

pensamiento permiten es la de asumir que debe tratarse entonces de un cambio en calidad. Éste es sólo uno de los numerosos ejemplos que muestran claramente la huella de nuestros conocimientos de la naturaleza física. El estudio de la naturaleza ha dado cuerpo a la impresión de que reducir la calidad a la cantidad es la única vía hacia el descubrimiento y, por tanto, el único método científico con validez. Esta suposición ya no es correcta en absoluto, ni siquiera en el caso de sustancias altamente organizadas como los cromosomas. Ya en ese nivel, los modelos de configuración tienen que complementar la representación simbólica de las cualidades en términos de cantidades. El uso lingüísticamente correcto que representa la calidad como alternativa única de la cantidad empieza a mostrar sus limitaciones. Y éstas se hacen incluso más patentes cuando se estudian los grupos sociales. Si utilizamos como marco básico de referencia para los estudios sociológicos el desarrollo demostrable de la humanidad, como habrá de ocurrir antes o después; si no perdemos de vista el largo camino recorrido por los humanos desde el tiempo en que vivían en cavernas, como unidades de supervivencia de una época anterior, hasta el tiempo de las naciones-Estado industrializadas, como unidades de supervivencia de una etapa posterior, con toda seguridad el cambio en la cantidad de personas que constituían una unidad de supervivencia entonces, y que la constituyen ahora, es un criterio relevante de este desarrollo. Pero no llegaremos muy lejos si luego buscamos «calidades» de estos grupos humanos que puedan reducirse a cantidades. El término *calidad*, que tiene un significado muy preciso si nos referimos a las sustancias físicas, deja de tenerlo cuando hablamos de las sociedades humanas. La naturalidad con que este término llega a la mente como si fuera la única alternativa lingüísticamente correcta de «cantidad» representa uno de los numerosos casos que demuestran que, al estudiar las sociedades humanas, todos somos hoy prisioneros de la lengua, cuyas influencias más formativas fueron experiencias de tipo físico o metafísico. No todas las expresiones de las lenguas se adecuan bien al estudio de los seres humanos, ni como individuos ni como sociedades. Si se utilizan los ejemplos antes mencionados —los tipos de sociedad humana más antiguo y más reciente que conocemos— es fácil reconocer que lo que se ofrece como alternativa a las diferencias de tamaño, a la cantidad de personas que constituían estos grupos, no son diferencias tanto en las calidades de los grupos cuanto en su estructura, en el modo en que las personas están mutuamente ligadas o, en otras palabras, en las figuraciones que forman unas con otras y con la naturaleza no humana. El término *figuración* está pensado en este caso para evitar la impresión, inherente en muchos vocablos tradicionales, de que los individuos y las sociedades son sustancialmente distintos. Lo que estos dos conceptos denotan son sólo diferencias en el punto de vista del observador, que unas veces puede fijarse en las personas que forman un grupo y otras en el grupo que forman. Al percibir a los grupos humanos, grandes o pequeños, como figuraciones formadas por y entre seres humanos, los conceptos del observador

se ajustan a los datos observables mucho más de lo que permite hacerlo la habitual polarización individuo-sociedad. No sería descabellado decir que las estructuras sociales son estructuras formadas por personas. También esto indicaría que, en el estudio de las sociedades, la alternativa a un enfoque cuantitativo, a la visión de las sociedades como una acumulación de individuos originalmente aislados, no es tanto un esfuerzo por comprender las cualidades de las sociedades sino por determinar sus estructuras, las estructuras o figuraciones formadas por los seres humanos. Puede advertirse que el término *estructura* no se acopla muy bien a los seres humanos. Es más fácil hablar de figuraciones de personas, como por ejemplo, la figuración fluctuante formada por los dos equipos de jugadores en un campo de futbol. *Figuración*, no obstante, es un término nuevo que no muchos entienden aún. Su uso requiere una buena dosis de objetividad. Lo mejor que podemos hacer en este caso es citar ejemplos que tal vez sirvan para comunicar mejor que las declaraciones generales en las que se incluye un término no conocido.

Los ejemplos están a la mano. Sólo necesitamos redondear lo que decíamos antes sobre la sociogénesis del deporte, sobre el vigoroso empuje civilizador del cual el deporte formaba parte y sobre sus características distintivas con respecto a los pasatiempos en una etapa anterior del desarrollo.

Allí pudimos ver que las reglas para la lucha pacífica entre facciones rivales en el Parlamento y para el traspaso igualmente pacífico del poder gubernamental a la facción o partido vencedor, surgieron aproximadamente al mismo tiempo que se imponían restricciones más severas a la violencia y aumentaban las demandas de autocontrol personal y de capacidad subliminal, que imprimieron las características del deporte a las competencias recreativas en las que intervenían la fuerza y la agilidad muscular. En consecuencia, cuando decimos que las luchas parlamentarias o los deportes requerían más autocontrol que las luchas políticas del periodo precedente, reguladas con menos rigor y a menudo más violentas, no nos referimos a un cambio en la cantidad de autocontrol de cada individuo aislado, que podríamos imaginar susceptible de ser medida; ni tampoco a un cambio cualitativo de los seres humanos, sino a los seres humanos que formaron entre sí figuraciones tales como un Parlamento o un equipo de críquet, que demostrablemente se regulaban con más severidad que las que les precedieron y que demandaban de sus miembros un control más riguroso, uniforme y estable de sí mismos. Pero en la lucha parlamentaria si bien, por un lado, las batallas verbales y las intrigas de los partidos podrían proporcionar alguna excitación agradable a los no profundamente implicados en ellas, por el otro, estaban en juego las oportunidades vitales de la riqueza, el estatus y el poder. Una caza de zorros tal como surgió en el siglo XVIII, aun cuando los cazadores se negaran a sí mismos el placer de matar, y el ejercicio en sí estuviese mucho más firmemente regulado que las anteriores modalidades de caza, proporcionaba a los participantes todos los placeres y toda la emoción de un modo mimético, por

decirlo de alguna manera, como si se tratara de una obra teatral salvaje representada por los perros y el zorro en la que ellos eran espectadores participantes (véase el «Ensayo sobre el deporte y la violencia» en este volumen). En aquel caso, también, el diagnóstico de que se trataba de un empuje civilizador no se basaba en la medición de las cantidades de autocontrol tomadas en forma aislada, sino en el aumento del autocontrol exigido por toda la situación, por la figuración que, en este caso, formaban las personas junto con los caballos, los lebreles y el zorro.

Dentro de su escenografía específica, el deporte —como otras actividades recreativas—, gracias a la manera en que está diseñado, puede evocar una determinada tensión, una excitación agradable, permitiendo así que los sentimientos fluyan con más libertad. Puede servir para aflojar, liberar quizá, las tensiones por sobresfuerzo. La escenografía del deporte, como la de muchos otros ejercicios recreativos, está diseñada para despertar emociones, evocar tensiones en forma de excitación controlada y bien templada, sin los riesgos y tensiones habitualmente asociados con la excitación en otras situaciones de la vida; o sea, una emoción «mimética» que puede ser agradable y producir un efecto liberador y catártico, bien que la resonancia emocional del diseño imaginario contenga, como suele ocurrir, elementos de ansiedad, miedo o desesperación.[11]

Pero si el deporte comparte con otras muchas actividades recreativas su carácter mimético, la capacidad de despertar emociones similares a las que se experimentan en otras situaciones y aun la posibilidad de la catarsis, se diferencia de la mayoría de ellas, y sobre todo de las artes, por el papel central que en los deportes desempeñan las luchas *in toto* entre los seres humanos. En todos los tipos de deporte los seres humanos luchan entre sí directa o indirectamente. Algunos, de diseño estrechamente parecido al de una batalla real entre grupos hostiles, tienen una propensión particularmente fuerte a provocar emociones y excitación. De aquí que representen un vívido ejemplo de uno de los problemas centrales de numerosos deportes: el de cómo reconciliar entre sí, con base en su diseño, dos funciones contradictorias —descontrolar agradablemente los sentimientos humanos, es decir, evocar a plenitud una emoción placentera por una parte, y sin embargo conservar en vigor una serie de coerciones que mantengan bajo control las emociones descontroladas, por la otra—.

El problema de los deportes basados en remedos de batallas tal vez pueda hacerse más patente si recordamos, una vez más, que el deporte comparte con muchas otras actividades recreativas de nuestra época la función de controlar un placentero descontrol de los sentimientos. También un concierto puede cumplir esa función. Pero en este caso, los movimientos físicos de los ejecutantes, con la excepción de los del director, no ocupan el centro de la atención. El público, en cambio, ha de controlar los suyos con sumo cuidado para que ningún sonido procedente de él perturbe los sonidos producidos por la orquesta. De hecho, con

el paso de los años ha aumentado de forma notable la tendencia a restringir los movimientos del público. Tal vez sea obra de un empuje civilizador en marcha. Hoy en día, el código de conducta del público asistente a los conciertos confina el aplauso al fin de una sinfonía o cualquier pieza musical con más de un movimiento. Aplaudir al final de un movimiento es visto con franca desaprobación, cuando no duramente censurado. En tiempos de Haydn o Beethoven, sin embargo, no sólo se aplaudía después de cada movimiento sino que además se esperaba que así sucediera. Muchos movimientos estaban pensados para provocar el aplauso, entendido éste como una grata manera de liberarse de la tensión-excitación producida por la música. Aun así, hoy en día el público permanece en silencio una vez finalizados movimientos que fueron escritos para ser aplaudidos y que exigen serlo.

El siguiente pasaje ilustra con gran viveza una situación como la descrita. Demuestra asimismo que la función de producir una excitación emocional controlada pero placentera no se limita al deporte:

> El pulso se acelera; la mano izquierda del violinista se vuelve borrosa a medida que los dedos del pianista recorren velozmente el teclado arriba y abajo. Crece la tensión hasta culminar en la escala final y los acordes triunfantes: ¡Ta tah! ¡Tum tummmm! El violinista describe con el arco un movimiento descendente largo e intenso; al quedar liberado, su brazo vuela al aire con exultación.
>
> Entonces: un embarazoso silencio, unas cuantas tosecitas, algunos reacomodos en las butacas; el solista mira al suelo; su brazo derecho se repliega tímidamente hacia abajo. Del piano sale una nota o un acorde para retomar la armonía, mientras los ejecutantes descienden desde el pináculo de tensión que han construido sin experimentar el sentimiento liberador de conocer una respuesta a ella.
>
> ¿Dónde estamos? En una importante sala de conciertos, entre un público refinado. De no ser así, las personas que hubieran sido estimuladas por toda esa acción habrían hecho lo obvio y sus vecinos más conocedores las habrían acallado —¡shssss!— rápidamente. ¿Y por qué? Bueno, porque no es más que el fin de un movimiento y, aunque la música diga «Aplaudan, por favor», el decoro en esta clase de salas a fines del siglo XX dice «Esperen, por favor».[12]

La restricción impuesta de esta manera sobre el público es muchísimo mayor, dada la intensidad de sus emociones. Y sin embargo, nadie debe contraer ni un músculo en la medida de lo posible. Deben ser conmovidos sin moverse. Sólo al final, con la fuerza y la duración de sus movimientos, de su aplauso, podrán expresar hasta qué grado se han visto conmovidos antes en silencio.[13]

En el caso de los partidos de futbol, moción y emoción están íntimamente ligadas entre sí, al menos en lo que se refiere a los jugadores. Incluso el público dispone de un margen más amplio para transmitir lo que siente a sus vecinos de asiento, a los demás y a los jugadores por medio de movimientos, incluidos los de la lengua, los labios y las cuerdas vocales. Sin embargo, no sólo el futbol sino todos los deportes en general son como batallas miméticas controladas y no

violentas. Una fase de lucha, de tensión y emoción provocadas por el fragor del encuentro, y que puede exigir mucho en términos de esfuerzo y de habilidad física pero también proporcionar regocijo por derecho propio como liberación de las rutinas y tensiones por sobresfuerzo de la vida no creativa, es seguida generalmente por una fase de decisión y liberación de la tensión de la batalla, ya sea en el triunfo y la victoria, ya en la decepción y la derrota.

El deporte puede ser una batalla entre seres humanos que éstos libran individualmente o en equipos. Puede ser entre hombres y mujeres montados a caballo que persiguen a un grupo de lebreles y a un veloz zorro. Puede adoptar la forma de un descenso sobre un par de esquíes desde lo alto de las montañas hasta el valle, una clase de deporte que no sólo es una batalla entre humanos sino también un combate con la montaña misma cubierta de nieve. Lo mismo puede decirse del montañismo, en el que los seres humanos pueden ser vencidos por la montaña o, tras una gran cantidad de esfuerzo, alcanzar la cumbre y gozar con su victoria. En todas sus variedades, el deporte es siempre una batalla controlada en un escenario imaginario, sea el oponente una montaña, el mar, un zorro u otros seres humanos. Consideremos el futbol como ejemplo. Es la imaginación humana la que convierte a un hombre que maneja —sólo con los pies— una pelota de cuero en el objeto de una acalorada pero controlada lucha entre dos grupos de personas. El problema que se debe resolver, en este caso como en el de los demás juegos deportivos, es cómo mantener bajo el riesgo de que los jugadores sufran daño, manteniendo sin embargo en un nivel elevado la placentera emoción de la batalla. Si el marco de reglas y habilidades que la representación imaginaria de un deporte proporciona es capaz de mantener, en la práctica, éste y otros equilibrios relacionados, puede decirse que ese determinado deporte ha alcanzado la madurez. Las variedades del futbol inglés alcanzaron esa etapa tras un periodo de crecimiento y ajuste funcional, y las formas en que estaban estructurados terminaron por ofrecer a los jugadores de manera uniforme y paulatina una buena oportunidad de tensión no violenta con duración suficiente para que fuese placentera, así como una buena oportunidad de culminación y liberación de la tensión en forma de victoria o de derrota.[14] Si demasiados partidos acaban con un empate, es decir, sin una victoria que dé salida a la tensión, es necesario reajustar las reglas del juego. Del mismo modo, cualquier juego deportivo puede perder su función si en demasiados casos se alcanza la victoria con suma rapidez, pues entonces la tensión-emoción generadora de placer se pierde o dura demasiado poco.[15] Como puede verse, al igual que otros deportes recreativos, el futbol se encuentra precariamente suspendido entre dos peligros fatales, entre el aburrimiento y la violencia. El drama de un buen partido de futbol conforme éste se desarrolla tiene algo en común con una buena obra teatral. También en ella crece durante un tiempo una agradable tensión, y quizás emoción mimética que luego es llevada a un clímax y así a la resolución de la tensión. Pero una obra teatral se debe casi siempre a una

persona conocida, en tanto que la mayoría de los deportes han alcanzado la madurez en el transcurso de un desarrollo social no planificado.

Hemos presentado aquí, a modo de introducción, algunas condiciones de este desarrollo, algunos aspectos de la sociogénesis del deporte. Secundariamente, se ha esclarecido un poco también la naturaleza del propio desarrollo social. Resulta aleccionador ver cómo algo en un principio completamente original y, a su manera, bastante perfecto como el críquet, el futbol, el tenis y otros deportes, cobró forma a lo largo de un desarrollo no planeado de larga duración. Lo mismo puede decirse naturalmente del juego de ajedrez, de la lengua inglesa o alemana, o de las primeras formas de gobierno parlamentario.

Mucho se ha escrito sobre el origen individual de lo que denominamos «ideas». Saber quién expresó por vez primera una determinada idea constituye un tema muy respetable de investigación. Un pasatiempo competitivo favorito entre los estudiosos es el de descubrir que cierta «idea» vio la luz del día antes de lo que hasta entonces todos los especialistas habían creído. Aun así, el modelo de explicación basado en la historia de las ideas no sirve para explicar muchos aspectos de las sociedades humanas. Quién fue el primero en hablar inglés no es ninguna pregunta con sentido. Como tampoco lo es la pregunta: ¿quién fue el primer inglés que concibió la idea del gobierno parlamentario o, ya que para el caso es lo mismo, del críquet, o del futbol? Éstos y otros muchos aspectos de la sociedad humana no se explican tomando como base las ideas de los individuos por separado, ni siquiera la acumulación de tales ideas. Requieren una explicación que tome en cuenta el desarrollo social.

En otro lugar he utilizado un ejemplo sencillo para señalar un aspecto fundamental de la diferencia entre las dos clases de explicación.[16] He considerado un modelo concreto de juego para indicar que ya no es posible explicar un movimiento en medio de un juego —digamos el vigésimo movimiento en una partida de ajedrez— sólo por las intenciones de uno u otro jugador. La conexión de sus planes y acciones produce un esquema no buscado y quizá tampoco previsto por ninguno de ellos. Pero, aun no siendo intencional, el esquema y el proceso de juego del que forma parte pueden, en retrospectiva, reconocerse claramente estructurados. Ésta es la razón por la que, sin ir más lejos, la simple frase de que las acciones intencionadas pueden tener consecuencias imprevistas es poco más que un paliativo de la propia ignorancia. Imaginemos la interconexión de los planes y acciones no de dos sino de 2 000 o dos millones de jugadores interdependientes. En este caso, el proceso no tiene lugar independientemente de los individuos cuyos planes y acciones lo hacen avanzar. Y sin embargo, tiene una estructura y demanda una explicación *sui generis*. No puede explicarse con base en las «ideas» o las «acciones» de cada individuo por separado.

Los términos *proceso social* o *desarrollo social* son simplemente símbolos conceptuales que reflejan el singular modo de existencia de este entretejido

continuo de planes y acciones de los seres humanos en grupos. Estos conceptos están pensados para ayudar a explorar la estructura única resultante de esta interconexión de acciones y experiencias individuales, de la interdependencia funcional de los actores individuales en sus distintos grupos. El conocido término *interacción* no hace justicia al entretejido de experiencias y acciones de la gente. Está demasiado asociado al modelo tradicional de una sociedad como pura unidad acumulativa de individuos inicialmente aislados.

La observación de un partido de futbol puede ser muy útil para comenzar a entender lo que queremos decir con planes y acciones interconectados. Puede que cada equipo haya planeado su estrategia según el conocimiento que posea de las capacidades y debilidades tanto propias como del equipo contrario. Sin embargo, a medida que el juego avanza produce situaciones no planeadas ni previstas por ninguno de los bandos. De hecho, el modelo o esquema móvil formado por los jugadores y el balón en un partido de futbol puede servir como ilustración gráfica no sólo del concepto de *figuración* sino también del de *proceso social*. El proceso de juego es precisamente eso: una figuración móvil de seres humanos cuyas acciones y experiencias se interconectan continuamente, un proceso social en miniatura. Uno de los aspectos que más nos enseñan del esquema rápidamente cambiante de un partido de futbol es el hecho de que este esquema o modelo está formado por los jugadores de *ambos* bandos en sus continuos movimientos. Si alguien concentrara toda su atención sólo en la actividad de los jugadores de un equipo y cerrara los ojos a la del otro, no podría seguir el juego. Aisladas e independientemente de las acciones y percepciones del otro equipo, serían incomprensibles para ese espectador las acciones y experiencias de los miembros del equipo que trata de observar. A lo largo del partido los dos equipos forman entre ellos una sola figuración. Es necesario tener la capacidad de distanciarse del juego para reconocer que las acciones de cada lado se conectan constante y recíprocamente con las de su contrario y, por tanto, que los dos equipos forman una sola figuración. De igual manera la forman los estados antagonistas. Con frecuencia los procesos sociales son incontrolables porque los alimenta la enemistad. Tomar partido por un lado u otro puede oscurecer fácilmente este hecho.

En el caso de un partido de futbol, quizá no sea tan difícil reconocer la interdependencia de los contrarios, la interconexión de sus acciones y, consecuentemente, el hecho de que los grupos rivales en acción forman una sola figuración. Ahora, es probable que sea mucho más difícil reconocer que también en la sociedad en general muchos grupos contrarios son totalmente interdependientes y, asimismo, que no podremos entender sus acciones y sentimientos mutuos si no percibimos a los contrarios como una figuración única. Quizás el ejemplo más ilustrativo en este aspecto sea la carrera armamentista entre dos superpotencias. Es un ejemplo de proceso que se autoperpetúa, imposible de comprender para quien intente percibir cada lado de

manera aislada, es decir, independientemente del otro. En este caso, el equivalente del proceso de juego: la autoascendente carrera armamentista goza también de una relativa autonomía respecto a los objetivos e intenciones de los grupos que encabezan cada bando. Tal vez cada lado crea ser un agente libre pero, de hecho, ambos son cautivos del proceso del «juego», el cual, también en este caso, puede tomar un rumbo no planeado por ninguna de las partes.

La dificultad reside en que la toma de posición profunda y enérgica a favor de un lado u otro bloquea la percepción tanto de la cambiante figuración que ambos forman como de su dinámica relativamente autónoma, la cual conduce a los enemigos interdependientes, trabados en el forcejeo, hacia condiciones no planeadas por ninguno de ellos. Para percibir como un proceso unitario la cambiante figuración de los contrarios interconectados se requiere objetivación y distanciamiento en un nivel bastante elevado. Estos pueden ser comparativamente fáciles de alcanzar viendo un partido de futbol. Pero cuando se trata de oponentes políticos es mucho más difícil, incluso para los sociólogos, lograr un distanciamiento mayor y percibir los dos lados como un solo proceso.

Otro ejemplo de cierta relevancia en este contexto es el problema de la violencia en el futbol. El juego se ha hecho más rudo sin duda alguna, pero los jugadores generalmente logran mantener a raya su violencia. Los castigos [penaltis] por romper de forma abierta las reglas son suficientemente costosos para impedir que se produzcan demasiadas faltas, demasiadas fracturas en el autocontrol de los jugadores. Pero ni siquiera la rudeza del juego se explica si los partidos de futbol profesional son vistos de manera aislada. Casi con toda seguridad hay que buscar las razones en el aumento de las tensiones que se producen en la sociedad en general. Es lo que puede decirse sin sombra de duda acerca de los actos violentos cometidos con bastante regularidad por los miembros del público. He tratado de mostrar que el deporte, y en particular los juegos competitivos entre jugadores profesionales ante un público aficionado, conllevan un descontrol de los afectos y emociones controlado pero placentero. La emoción contenida forma parte integral del goce proporcionado por el deporte, pero ¿qué sucede si las condiciones de la sociedad en general no equipan a todos los sectores con controles suficientemente fuertes para contener la emoción, si las tensiones sociales se incrementan lo suficiente para aflojar los controles de los individuos sobre la violencia y, de hecho, provocan la aparición de un empuje descivilizador e inducen a sectores de la población a encontrar placentera la violencia?

De ninguna manera es sólo en el contexto del futbol donde preguntas como éstas muestran su importancia. También las formas parlamentarias de gobierno funcionan razonablemente bien sólo en sociedades en las que un autocontrol estable y uniforme constituye parte integral del comportamiento social de la mayoría de la población. Si en algunos sectores de una población cualquiera se debilita la capacidad de autocontrolarse de manera estable; si, tal vez debido a un

ciclo ascendente de violencia, se erosiona la conciencia que impide a la gente cometer actos violentos, también el gobierno parlamentario podría erosionarse. La rotación pacífica de los gobiernos según leyes concertadas nunca más podrá funcionar adecuadamente si la enemistad y el odio entre diferentes sectores de la población se eleva por encima de un determinado nivel. Igualmente, tampoco será fácil que un régimen parlamentario funcione en una sociedad con larga tradición autocrática, donde las masas de población se han acostumbrado, en los asuntos públicos, a ser restringidas principalmente por controles externos y nunca han tenido la oportunidad de desarrollar la autocontención indispensable para el funcionamiento sin altibajos de un régimen multipartidario, en el que la lucha entre partidos y, en consecuencia, los cambios de gobierno, están estrictamente limitados al uso de estrategias no violentas.

Así pues, el estallido recurrente de estrategias violentas entre el público futbolero quizá podría ser visto también, en un contexto más amplio, como síntoma de algún defecto en la sociedad en general, en lugar de simplemente en aquel sector determinado que goza cometiendo actos de violencia —defecto que, en este sentido, tiene para mucho tiempo—.

La pregunta de por qué algunos grupos de espectadores cometen tales actos ha sido ampliamente explorada por Eric Dunning y sus colaboradores, quienes han contribuido mucho a la comprensión del problema. Pueden verse algunos resultados de su investigación en este volumen. A mí me gustaría añadir un par de puntos relacionados con un estudio que emprendí hace algún tiempo en colaboración con John Scotson. Se titulaba *The Established and the Outsiders*.[17] Una investigación de las relaciones entre las familias asentadas desde antiguo en un lugar y los habitantes de una vecindad de reciente creación reveló actitudes de desprecio por parte de las familias asentadas desde tiempo atrás con respecto a los habitantes de la vecindad, así como una fuerte tendencia a cerrar filas contra ellos, a excluirlos de todo contacto social con el grupo establecido. Todo lo cual era sorprendente en grado sumo, dado que los dos grupos de familias eran ingleses y pertenecían a la clase obrera. No había diferencias observables en sus niveles de aseo o de moralidad, salvo por un grupo relativamente pequeño de familias de la vecindad que pertenecían a lo que Eric Dunning y sus colaboradores han denominado las clases obreras «más rudas». Su vida familiar era menos ordenada, sus casas menos limpias que las del resto de familias de la vecindad. También sus hijos eran más rudos y menos fáciles de controlar que todos los demás niños. Una mirada más atenta a este grupo de niños y adolescentes mostraba por qué eran difíciles. Todo el mundo en el barrio los trataba como intrusos, y sabían que, como ellos, también sus padres eran tratados con desprecio por todos los vecinos. Probablemente no es fácil que los niños desarrollen una autoestima estable ni sentimientos de orgullo cuando, día a día, ven que sus padres gozan de baja consideración entre los demás. Los propios niños eran recibidos con desdén y ahuyentados como animales cada vez

que asomaban la cara. Así que se esmeraron en asomarla con más gusto precisamente por los lugares en que eran menos deseados. Sus sitios favoritos para jugar eran las calles donde vivían las antiguas familias. Allí hacían todo el ruido posible y disfrutaban con la atención que los vecinos les prestaban cuando intentaban librarse de ellos. Entraron a un club juvenil del barrio y, tras varios intentos inconexos de ocuparse con juguetes y diversos aparatos, empezaron a hacer todo lo posible para molestar y a romper todos los juguetes y objetos que podían.

En este caso está claro que una explicación en términos de la «agresividad» de estos jóvenes no sirve de mucho. ¿Por qué son agresivos? Ni siquiera una referencia al desempleo nos llevaría lejos tampoco. El ejemplo puede servir para hacernos ver que, en tales casos, son inadecuadas las explicaciones que se basan en una causa aislada, o incluso en todo un conjunto de causas aisladas. La explicación necesita tomar en cuenta la situación humana de la gente implicada y el modo en que la experimenta. De hecho, no es posible entender cabalmente el comportamiento agresivo y destructivo de estas personas sin una referencia a la relación «establecido-intruso» y al efecto de esa relación en la estructura de personalidad de los intrusos. Es cierto que una explicación basada en la «agresividad» puede hacer que parezca más fácil hallar el remedio adecuado para este problema; más fácil de lo que una explicación en términos de la relación establecido-intruso daría a entender. Pero eso se debe a que confunde un síntoma con su causa.

La mayoría de los individuos implicados en la violencia del futbol parece proceder del escalón más bajo de la clase obrera. Pero, para entender la relación, hay que convertir la posición social en experiencia. No sólo pertenecen casi todos a familias mal consideradas en su sociedad sino que además ellos mismos son vistos con desprecio por la mayoría de quienes se encuentran establecidos. El desempleo tiene mucho que ver en esto, sin duda alguna. Pero es la experiencia humana característica de este escenario social la que debemos sentir y recordar si queremos descubrir por qué se convierte en estallidos de violencia. En su vida de todos los días, estos jóvenes pertenecen a un pequeño grupo de bajo estatus. Ocupan una posición bastante baja en su sociedad, y esto se les hace sentir cada vez que entran en contacto con el mundo establecido. El abandono en que los tiene la sociedad es tanto más irritante por cuanto que estos jóvenes saben que pertenecen a ella. Saben que hay otros intrusos de origen extranjero y apariencia igualmente extranjera. Éstos son los que no cuentan, se les puede tratar con desprecio. En cambio ellos, ellos sienten que sí son de su país; saben que son ingleses, o escoceses, o galeses. Y sin embargo, son tratados como si no lo fueran, o como si fueran intrusos. Poco hay de excitante en su vida ordinaria, tal vez nada de deporte y poco gusto en practicarlo. Quizá no tengan trabajo, si es que alguna vez tuvieron uno. Generalmente, la vida es bastante monótona, casi no sucede nada. Tal vez una chica o una ida al cine. Ninguna perspectiva,

ninguna meta. Entonces, los partidos del equipo local de futbol se convierten en los grandes acontecimientos excitantes en la vida tan vacía de ellos. Allí puede uno demostrar al mundo entero que uno también cuenta y volverle la espalda a una sociedad que no parece tener ojos ni importarle nada. Ya desde que se va camino al estadio, sea en el país propio o en el extranjero, no está uno solo ni sólo con el pequeño grupo de amigos de todos los días. Hay ahora cientos, incluso miles que son como uno. Esto inspira fuerzas a una persona. En la vida ordinaria uno no tiene poder y casi no capta la atención de nadie. Como parte de una multitud, uno es poderoso. En la estación de ferrocarril, rumbo al estadio y todavía más dentro de él, sí puede uno llamar la atención hacia sí mismo. Unos a otros, se instigan para hacer cosas que probablemente no harían por separado. Y así, sin saber en absoluto lo que se hace, salvo disfrutar con la emoción, vuelve uno la espalda a los poderes establecidos. Puede vengarse por una vida desesperanzada y vacía. La venganza constituye un motivo importante para rajar a navaja los compartimentos de los trenes o destrozar mesas o botellas en los bares. Y luego, en el estadio de futbol, hay miles y miles, muchos más que policías, representantes del orden establecido. Mejor aún, hay extranjeros. Puede uno desquitarse a costa de ellos. El hecho de estar en masa infunde valor. Hace que los impotentes parezcan poderosos. Y así resulta que personas que por regla general llevan una vida humilde y probablemente frustrante, se resarcen haciendo saltar la tapadera por los aires. El autocontrol que por lo general contiene la excitación creada por el juego batalla, ellos lo aplican al enfrentamiento entre dos equipos de futbol. Buscan la emoción de una batalla real bajo condiciones que les permitan participar en una sin incurrir en riesgos excesivamente grandes para ellos. Por un instante breve e ilusorio los intrusos son los amos; los pisoteados se encaraman en lo alto. En resumen, la violencia en el futbol, independientemente de todas las otras explicaciones que pueda tener, creo que debe considerarse también como un síndrome de intrusismo, como una forma de comportarse y de sentir característica de los intrusos jóvenes cuando logran congregarse y formar una gigantesca multitud.

En su famoso estudio *The Crowd* (La multitud), Le Bon se sintió motivado por los alborotos de los franceses, principalmente quizá de la población parisina.[18] En aquel tiempo, los motines por falta de alimentos entre los más pobres se producían con mucha frecuencia. Escandalizaban y aterrorizaban a los ciudadanos respetables y, aunque el aspecto establecido-intruso no se hallaba en el rango de visión de Le Bon, le permitieron estudiar algunos aspectos de los desórdenes públicos que aún pueden observarse en la violencia por parte de los espectadores del futbol. Quizá no sea irrelevante reflexionar sobre el hecho de que, en los países más desarrollados y organizados, los alborotos por falta de alimentos han desaparecido casi completamente, mientras que aún persisten los que tienen que ver con el futbol. Puede que algunas de las injusticias causantes del primer tipo de violencia a que me refiero, como la de estar en peligro de

morirse de hambre, hayan desaparecido en gran medida en estas sociedades opulentas. Ahora son otros agravios no menos injustos los que hallan expresión en los alborotos. A la privación de pan, más o menos remediada, sigue ahora la privación de sentido. En las sociedades más desarrolladas, desde las grises zonas de recién llegados que se forman alrededor de la mayoría de las grandes ciudades, la gente, los jóvenes en particular, miran desde fuera hacia el interior del mundo establecido. Ven que es posible una vida con más significado, más plena que la suya. Sea cual sea ese significado intrínseco, para ellos tiene un sentido y saben, o quizá sólo lo sientan, que ellos no lo tendrán en toda su vida. Y aunque a menudo llegan a creer que se les ha hecho una gran injusticia, no siempre está claro quién es el causante. De ahí que la venganza sea con frecuencia su grito de guerra. Un día, la olla hierve hasta rebosar y ellos intentan vengarse en alguien.

Estas cuantas observaciones acerca de la violencia en el futbol dirigen de nuevo nuestra atención hacia uno de los principales temas tratados en este volumen: el de la complementariedad del deporte como ocupación recreativa de los deportistas o los espectadores, y las condiciones de la vida no recreativa de las personas. La complementariedad entre las rupturas del control de la violencia en los acontecimientos deportivos y la existencia social cotidiana de los jóvenes intrusos pertenecientes a la clase obrera resulta en ese aspecto no menos reveladora que la complementariedad entre la emoción agradable y más controlada que proporcionan las batallas firmemente reguladas de un deporte recreativo y el bien templado control de las emociones que acaba convertido en una segunda naturaleza, característica casi ineludible de la práctica social de los miembros de sociedades más complejas en todas las actividades no recreativas. En este sentido, es muy reveladora la génesis del deporte en Inglaterra durante el siglo XVIII como parte de un empuje pacificador muy pronunciado. Las restricciones a la violencia en la arena política, que en el caso de las clases altas inglesas mucho más que en el de sus homólogas francesas o alemanas tuvieron la forma de una *auto*pacificación, de una contención impuesta no por un príncipe y sus ministros, sino por los miembros de una oligarquía autónoma sobre sí mismos y unos sobre los otros, tuvieron su equivalente en una mayor sensibilidad con respecto a la violencia, incluso en los pasatiempos de estas clases. Hay razones de peso para creer que esos pasatiempos con mayor nivel de regulación y conocidos entonces cada vez más como deportes empezaron a adquirir una importancia creciente debido a su complementariedad con la autopacificación de las clases referidas. El deporte recreativo proporcionaba entonces y, por lo que se ve, todavía hoy, la solución a un problema humano de especial importancia en las sociedades con un elevado nivel de pacificación y, por consiguiente, con una sensibilidad comparativamente alta de sus miembros contra la violencia, de hecho, contra todas las clases de daño físico infligido por cualquier persona a otras. El problema resuelto por los pasatiempos en tanto que

deportes fue el de cómo experimentar el deleite pleno de una batalla sin herir a ningún ser humano, es decir, con un mínimo de daño físico. Bien podemos preguntarnos por qué la batalla que está en la raíz de cada deporte proporciona una excitación que sentimos placentera.

Una agradable tensión, una excitación placentera que culmina en un clímax de placer y en el relajamiento de la tensión es el esquema de sobra conocido como típico del acto sexual. Podríamos sentirmos tentados a considerar la tensión y emoción agradables de una batalla que culmina en victoria como sucedáneas de las fuerzas naturales que intervienen en ese acto. No es improbable que lo sean. Pero quizá no es suficiente con esto. Yo más bien me inclino a considerar la agradable excitación generada por un torneo como la satisfacción por derecho propio de una necesidad muy básica y es probable que socialmente inducida, sobre todo si el torneo requiere esfuerzo corporal, como sucede en el deporte. Lo que digo, en otras palabras, es que la sociedad que no proporcione a sus miembros, y especialmente a sus miembros más jóvenes, las oportunidades suficientes para que puedan experimentar la agradable emoción de una lucha que quizá, pero no necesariamente, implique fuerza física y habilidad corporal, puede correr el riesgo de embotar ilícitamente la vida de sus miembros; puede que no les ofrezca los escapes complementarios suficientes para las tensiones sin emoción producidas por las rutinas recurrentes de la vida social.

Me apresuro a añadir que esto no es ninguna declaración filosófica. Yo no he escogido descubrir que la lucha y la emoción placentera que ella produce aportan un complemento indispensable a las igualmente indispensables restricciones de la vida. Si tuviera libertad para escoger mi mundo, probablemente no escogería uno en el que las luchas entre humanos se ven excitantes y placenteras. Y probablemente no hubiera elegido presentar esta tesis como doctrina. Probablemente habría optado por decir: evitemos las luchas, vivamos todos en paz unos con otros. Pero sucede que, en mi calidad de científico, no puedo presentar el mundo como a mí me gustaría que fuera. No soy libre para presentarlo de manera distinta a como lo descubro. Y he descubierto que los humanos, por lo que puedo observar, totalmente aparte de la placentera emoción-excitación del sexo, necesitan otras clases de excitación agradables, que la emoción de la batalla es una de ellas y que, en nuestra sociedad, una vez establecido un alto nivel de pacificación, ese problema lo han resuelto en cierta medida las batallas miméticas, las cuales, representadas a modo de juego en un contexto imaginario, son capaces de producir esa agradable emoción de los combates reales con un mínimo de daño para los seres humanos. Es, como encontrar la cuadratura del círculo, una tarea casi imposible. Y sin embargo, ya se ha realizado, sin planificación, como si dijéramos por azar.

En las ciencias humanas de nuestro tiempo, muchos consideran como un hecho irrebatible que las pulsiones y otros impulsos espontáneos de los seres

humanos son parte de su naturaleza, mientras que el control de las pulsiones es una propiedad socialmente adquirida y que, como tal, no forma parte de la naturaleza humana. De hecho, hoy en día suele considerarse que la restricción de los impulsos es «antinatural», contraria a la naturaleza humana. Sin embargo, ningún control posiblemente podría adquirirse ni integrarse en la estructura humana como uno de sus rasgos permanentes si en la constitución natural de los seres humanos no hubiera, como parte integral de ella, una disposición biológica a controlar los impulsos, y si éstos no poseyeran, por naturaleza propia, el potencial de ser contenidos, desviados y transformados de varias maneras. De hecho, hay que incluir la disposición natural de las personas para controlar sus impulsos entre las propiedades únicas de los seres humanos, una propiedad sumamente valiosa para la supervivencia. Considerando que carecen de controles instintivos o innatos, la vida en grupos —la vida social tal como la conocemos— sería imposible entre ellos a menos que contaran con una disposición natural para aprender a controlar sus impulsos y, por consiguiente, a civilizarse a sí mismos y unos a los otros. Y tampoco, como ya he indicado, podría ningún ser humano sobrevivir individualmente sin esa disposición natural a controlar, postergar, transformar, en suma, estructurar los impulsos espontáneos en una gran variedad de formas por medio de contraimpulsos aprendidos. Nadie podría llegar a adquirir las características esenciales de un ser humano si, como un recién nacido, permaneciera totalmente a merced de sus necesidades incontrolables. Hay mucho por delante que investigar, pues la movilización y estructuración del control de los impulsos aún no se ha entendido bien hasta la fecha. El conocimiento de estos procesos está todavía en pañales. Aquí, es más que suficiente con plantear correctamente el problema. La propensión a aprender controles sociales forma parte integral de la constitución natural de los seres humanos. La constitución natural de los seres humanos, evidentemente, liga el aprendizaje de los controles del impulso a unos tiempos fijados con bastante rigidez en los primeros años de la vida de las personas.

Por si esto fuera poco, su constitución natural ha equipado a los seres humanos con instituciones y disposiciones concretas para darles alivio, las cuales, no aprendidas, activadas únicamente en casos concretos por situaciones sociales específicas o por procesos de aprendizaje social, alivian de los esfuerzos y tensiones que pueden surgir si los agentes de control, temporal o permanentemente, luchan contra los impulsos y los impulsos contra los controles. En este contexto, adquiere particular importancia el descubrimiento de las instituciones y disposiciones biológicas diseñadas para proporcionar alivio y, a veces, un sentimiento de liberación contra la presión provocada por las tensiones por sobresfuerzo. La emoción placentera que despierta la batalla fingida de las competencias deportivas es un claro ejemplo de institución social que utiliza una institución natural específica para contrarrestar y quizás hallar una salida a las tensiones por sobresfuerzo relacionadas con el control de los

impulsos. Hay un famoso chiste sobre un extraterrestre que, viendo un partido de futbol, dijo: «¿Por qué no le dan un balón a cada bando y acaban con el problema?». Ya se trate de la batalla mimética de un partido de futbol, de beisbol, de jóquey sobre hielo o de un torneo de tenis, una carrera ciclista, un combate de boxeo, una competencia de esquí o cualquier otro de todos los deportes que abundan en nuestro mundo, y pese a todos los excesos y distorsiones, puede observarse, una y otra vez, el efecto liberador, el alivio de las tensiones por sobresfuerzo, proporcionado, primero, por el espectáculo de la batalla fingida y, luego, por su clímax de alivio de tensiones, la victoria de un lado u otro. En ese caso, la liberación de la tensión por medio de la victoria no se ha alcanzado con actos violentos, infligiendo daño físico o incluso la muerte a ningún ser humano. Subvenir a una necesidad humana de diversión y, en concreto, a la de sentir una emoción agradable que contrarreste el continuo control de los sentimientos en la vida no recreativa es, a mi juicio, una de las funciones básicas que las sociedades humanas tienen que cumplir.

El deporte no es ciertamente la única forma en que una determinada disposición biológica para la liberación de las tensiones por sobresfuerzo puede activarse y estructurarse socialmente. Una de estas disposiciones biológicas más elementales y universales es la propensión humana a la risa. Como el sonreír, la risa es básicamente una forma preverbal de comunicación, no adquirida por aprendizaje, lo que, en términos evolutivos, hace pensar que es relativamente antigua. Es bastante maleable, es decir, modificable por la experiencia, aunque ni con mucho hasta el grado en que lo es la institución biológica que forma la base natural de la comunicación verbal. Siendo una institución biológica, la risa, aunque derivada sin duda alguna de antecedentes prehumanos, es característica de la unicidad de los seres humanos. De manera muy gráfica ilustra cómo, por medio de instituciones biológicas, se proveen medios y maneras diferentes de contrarrestar las tensiones y los esfuerzos provocados por el control de los impulsos.

Tal vez problemas como los que he mencionado aquí no hayan captado la atención que merecen porque los principales grupos de especialistas en este campo, los biólogos y los psicólogos, se inclinan principalmente a considerar como naturales en los seres humanos características constitucionales que éstos comparten con otros animales.[19] Por consiguiente, se ocupan más de las características humanas que corresponden a un concepto de la evolución como proceso lineal que de otras características que, aunque genéticamente resultan de un desarrollo continuo, tienen la peculiaridad de ser un adelanto sensacional e innovador, con rasgos nuevos para los cuales no encontramos equivalentes en las etapas anteriores del proceso evolutivo. Tanto la disposición biológica para el control de los impulsos, la cual ha de ser activada por el aprendizaje, como la disposición biológica encargada de producir alivio de la tensión por sobresfuerzo, pertenecen a esta categoría. Ambas son características del adelanto evolutivo que

dejó atrás el nivel prehumano para adentrarse en el nivel humano.

La manera en que la gente busca una tensión agradable que contrarreste las tensiones por sobresfuerzo en su vida no recreativa se expresa en instituciones sociales muy diversas, dependiendo de cada tipo de sociedad. Las luchas a muerte entre gladiadores o entre animales salvajes y seres humanos representaron en la sociedad romana un papel comparable al que en las actuales sociedades desempeñan las carreras de caballos, los partidos de futbol o los torneos de tenis. Quizás a corta distancia nuestra atención se centre sólo en el hecho de que, en algunos deportes, ha disminuido el nivel de restricción con respecto a la violencia. Esto puede hacermos olvidar que, si alargamos esa distancia, el nivel de restricción observado en los pasatiempos de hoy es muy alto. Como también lo es la transformación subliminal, el nivel de habilidad que se exige a un deportista profesional en una de las numerosas ocupaciones durante el tiempo de ocio.

Es posible que el aumento de la profesionalización en el deporte haya desviado la atención apartándola del deporte recreativo. Las actividades deportivas realizadas por no profesionales muestran inevitablemente un nivel de habilidad inferior al de la práctica profesional. Por otra parte, el deporte con fines profesionales puede ser bastante triste para quienes se dedican a él; puede estar sometido a las mismas restricciones que otras actividades profesionales. Y sin embargo, puede alcanzar un nivel de perfección que casi nunca logran quienes practican algún deporte en su tiempo libre y sólo por el placer que el ejercicio les proporciona.

Con todo, el deporte recreativo, sea como practicante o como espectador, es una actividad muy extendida en las sociedades más ricas de nuestro tiempo. Comparado con el deporte profesional y con el que busca establecer marcas, tal vez llame menos la atención como institución social. Pero, al igual que otras actividades recreativas, puede que cobre mayor importancia si continúa descendiendo la jornada laboral. He tratado de esclarecer un poco cuáles son sus funciones sociales y personales. Un partido de tenis en el jardín de una zona residencial, un descenso esquiando por el Parsenne o un partido de críquet en el campo del pueblo en un soleado día veraniego: las tres pueden ser una experiencia sumamente placentera. Mucho más si resulta vencedor el equipo propio. Y en cualquier caso, si hubo buen juego, placentero ya por sí solo, puede ser agradable incluso aunque uno pierda.

I. La búsqueda de la emoción en el ocio

NORBERT ELIAS Y ERIC DUNNING

I

La emoción que la gente busca en sus ratos de ocio difiere en ciertos aspectos de otras clases de emoción.[1] Ésta es, en todos los sentidos, agradable. Aun cuando comparte algunas características básicas con la excitación que se experimenta en situaciones gravemente críticas, tiene características distintivas que le son propias.

En contraste con lo que ocurre en las sociedades menos desarrolladas, las situaciones críticas graves que generan en las personas la tendencia a actuar emocionalmente se han hecho, por lo que se ve, menos frecuentes en las sociedades industrializadas más avanzadas. El hecho de que en éstas se haya restringido más la capacidad de los individuos para actuar de esa manera en público es sólo, simple y llanamente, otro aspecto del mismo desarrollo, en el curso del cual aumentan el control social y el autocontrol sobre las manifestaciones públicas de una emoción fuerte. Dentro de las sociedades industriales más avanzadas, aunque no en las relaciones entre ellas, muchas de las situaciones de crisis más elementales de la humanidad, tales como hambrunas, inundaciones, epidemias o la violencia ejercida por personas socialmente superiores o por extranjeros, están hoy más rígidamente controladas que nunca. De igual forma controladas están las pasiones de los individuos. Hoy, los incontrolados e incontrolables estallidos de fuerte tensión pública son menos frecuentes. Las personas que se dejan llevar abiertamente por una gran excitación es probable que acaben en un hospital o en la cárcel. La organización tanto social como personal para el control de las emociones, para contener la excitación apasionada en público e incluso en la vida privada, se ha hecho más fuerte y más eficaz. El comparativo es importante. Incluso en las sociedades contemporáneas más altamente desarrolladas, los niveles de control de la emoción, como los de la restricción en sentido general, pueden parecer aún desiguales y bajos si los vemos por sí solos. Únicamente comparándolos con las normas sociales vigentes en una etapa anterior del desarrollo se hace evidente el cambio.

Los estudios comparativos sistemáticos no sólo muestran que ha aumentado

el control público y personal de las acciones fuertemente emotivas sino también que, con la diferenciación cada vez mayor de las sociedades, las situaciones críticas públicas y privadas están más sutilmente diferenciadas ahora que en el pasado. Las crisis públicas se han despersonalizado más. En estas sociedades a gran escala, muchas situaciones de crisis general —de hecho, casi todas salvo las guerras y la transformación comparativamente rara de las tensiones y conflictos internos en violencia abierta por parte del grupo— no logran despertar ninguna emoción espontánea, aunque con una organización y una propaganda bien dirigidas podría obtenerse algo parecido. En las sociedades industriales avanzadas, las malas cosechas han dejado de ser la catástrofe que causaba desesperación ante la perspectiva de hambre y muerte. Tampoco las cosechas abundantes producen grandes manifestaciones de regocijo. Los equivalentes de aquellas situaciones críticas en estas sociedades son las fluctuaciones económicas y determinadas crisis que, en las sociedades cada vez más ricas de nuestro tiempo, tienden menos que antes a producir una tensión fuerte y espontánea.

Esta clase de fluctuaciones, en contraposición con las que de manera recurrente se producen en las sociedades predominantemente agrícolas, son más impersonales. Las fluctuaciones del sentimiento y las tristezas y alegrías conectadas con ellas son de otro tenor. En estas sociedades avanzadas la gente puede no estar protegida contra el desempleo, pero sí lo está, en general, contra el hambre y la inanición. Los altibajos de estas fluctuaciones son como ondas comparativamente largas, lentas y de baja frecuencia, como cambios de un aire relativamente templado de bienestar y prosperidad a otro de igual forma templado de desánimo y depresión, en contraste con las ondas cortas, rápidas y de alta frecuencia del júbilo y la melancolía, con transiciones relativamente bruscas de un extremo al otro, que pueden observarse en sociedades menos diferenciadas y predominantemente rurales, ligadas, por ejemplo, a ciclos de saciedad y hambruna.

Incluso cuando se presentan situaciones críticas importantes en la vida de las personas, las erupciones repentinas de sentimientos poderosos —si es que todavía se dan alguna vez— se reservan casi siempre para la intimidad del círculo privado. Los ritos y ceremonias sociales que se celebran en bodas, entierros, con motivo del nacimiento o llegada a la edad adulta de un hijo y en ocasiones similares, a duras penas propician ya —en contraste con los rituales de sociedades más sencillas— claras expresiones públicas de emoción. El miedo y la alegría, el odio y el amor grandes no deben traspasar en modo alguno la apariencia exterior. Sólo los niños brincan en el aire y bailan de emoción; sólo a ellos no se les acusa inmediatamente de incontrolados o anormales si gritan o lloran desgarradoramente en público por alguna aflicción repentina, si se aterran con un miedo desenfrenado, o muerden y golpean con los puños al odiado enemigo cuando se enfurecen. Ver, en cambio, a hombres y mujeres adultos

llorar agitadamente y abandonarse a su amarga tristeza en público, o temblar de miedo, o golpearse salvajemente unos a otros a causa de una violenta emoción, ha dejado de verse como algo normal. Es una situación que casi siempre pone en aprietos al observador y causa vergüenza o pesar a quienes se han dejado arrastrar por ella.

Para ser clasificados como normales, los adultos educados en sociedades como la nuestra se supone que deben saber cómo tensar las bridas de sus emociones fuertes. En general, han aprendido a no exponerlas demasiado ante los demás. Con frecuencia sucede que ya no pueden mostrarlas en absoluto. El control que ejercen sobre sí mismos se ha vuelto, en parte, automático. Entonces, ya no controlan —en parte— su control. Se ha fundido con su estructura de personalidad.

II

En las sociedades industriales avanzadas, las actividades recreativas constituyen un reducto en el que, con la aprobación social, puede expresarse en público un moderado nivel de emoción. No podremos entender el carácter específico y las funciones concretas del ocio en estas sociedades si no nos damos cuenta de que, en general, el nivel de control de las emociones tanto en la vida pública como en la privada se ha elevado con respecto al de las sociedades menos diferenciadas. Que sepamos, en todas las sociedades humanas funciona algún tipo de comedimiento social e individual. Pero las restricciones relativamente fuertes y uniformes características de las sociedades más diferenciadas y complejas surgieron, como ya hemos demostrado,[2] en el curso de una peculiar transformación de las estructuras sociales y personales. Tales restricciones son sintomáticas de un proceso civilizador bastante largo que, a su vez, mantiene una interdependencia circular con la organización especializada y cada vez más eficaz del control en las sociedades complejas: la organización del Estado.

Hasta donde hemos podido ver, las actividades recreativas en tanto que área social destinada a mitigar las restricciones no recreativas se presentan en las sociedades en todas las fases del desarrollo. Sirvan de ejemplo los festivales en honor de Dionisos en la antigua Grecia —la excitación o «entusiasmo» religioso, como lo llamó Aristóteles— y los carnavales de las comunidades cristianas en la Edad Media. Tiempo atrás, muchas actividades religiosas desempeñaban funciones análogas a las que las actividades recreativas desempeñan hoy —muchas de las cuales, las «miméticas» sobre todo, funcionan de manera similar a como lo hacían algunas actividades religiosas del pasado—. Pero si bien las presiones y restricciones tanto como las áreas recreativas especiales para mitigarlas parecen existir en todas las sociedades conocidas, su naturaleza y el equilibrio general entre ellas cambia a lo largo del proceso civilizador. Durante

dicho proceso, las restricciones sobre la conducta de las personas se vuelven omnipotentes. Se uniforman, fluctúan menos entre los extremos y se internalizan como una coraza de autocontrol que opera en forma más o menos automática. No obstante, un examen más detallado del largo proceso civilizador indica que los desarrollos sociales en esa dirección producen movimientos en sentido contrario tendentes a equilibrar la balanza mediante el debilitamiento de las restricciones sociales y personales. Es posible observar esta clase de movimientos en algunos campos de la vida contemporánea, entre ellos el del ocio, y citaremos como ejemplos los nuevos desarrollos en la música y el teatro, las nuevas formas de cantar y bailar. Quizás otro ejemplo sea la participación más activa de los espectadores en los acontecimientos deportivos observada aún en países tradicionalmente bastante reservados como el Reino Unido. Tales contramovimientos representan un moderado desgarro en el fuerte tejido de las restricciones y, particularmente entre los jóvenes, un agrandamiento en amplitud y profundidad de los márgenes para la emoción abierta.

Como puede observarse, en las sociedades contemporáneas de este tipo ya no son las actividades y creencias religiosas las que proporcionan un espacio para la relajación que contrarreste las restricciones. Pero, independientemente del carácter de éstas, la excitación y la emoción compensadoras que se hacen sentir en algunas actividades recreativas en estas sociedades —ligadas a cambios específicos en su estructura y sobre todo en el reparto de poder entre diferentes grupos de edades— son a su vez moderadas por restricciones civilizadoras. Al mismo tiempo, el aumento general de la tolerancia con respecto a la demostración pública de la emoción en los últimos años sólo indica de manera más clara y directa la función general que cumplen las actividades recreativas, en particular las de la clase concreta que hemos mencionado. Dada la ausencia de un término sociológico preciso para esta clase de actividades, las hemos denominado *miméticas*. Si bien no todas, la mayoría de las actividades recreativas que conocemos pertenecen a esta clase, desde los deportes hasta la música y el teatro, desde las películas de suspenso hasta las del Oeste, desde la caza y la pesca hasta las carreras y la pintura, desde los juegos de apuestas y de ajedrez hasta los bailes de *swing* y de *rock-and-roll*... y muchos más. Aquí, como en todas partes, la búsqueda de la emoción, del «entusiasmo» aristotélico en nuestras actividades recreativas es la otra cara de la moneda del control y de las restricciones que coartan nuestra expresión emocional en la vida corriente. No es posible entender la una sin la otra.

III

La polarización que comienza a surgir aquí difiere considerablemente de la clásica polarización que en estos momentos domina los debates sobre el ocio: la

que existe entre ocio y trabajo. Hoy, a menudo se baraja como evidente la idea de que las actividades recreativas son un complemento del trabajo. Esta idea rara vez plantea problemas y es tratada como un punto de partida aparentemente obvio para investigar el ocio, casi nunca como tema de investigación en sí misma. El popular estereotipo tradicional expresado en frases que fácilmente asoman a nuestros labios, como la de «trabajo y ocio», se ha visto elevado así, sin un examen crítico, a la categoría de axioma científico. Además, la familiaridad tiende a oscurecer la imprecisión de los conceptos de *ocio* y de *trabajo*. Tal como están las cosas, no son claras las características que distinguen uno del otro. Ambos conceptos están distorsionados por una herencia de juicios de valor. Según esta tradición, el trabajo está altamente catalogado como un deber moral y un fin en sí mismo; el ocio, degradado como una forma de haraganería y complacencia. Al último, por si fuera poco, se le identifica a menudo con el placer, y también éste ocupa una baja posición en la escala nominal de valores de las sociedades industrializadas. Pese a la reciente preocupación en torno a los problemas que causa la insatisfacción laboral, casi siempre se considera el trabajo como la antítesis innata del placer, como la herencia de la maldición de Adán. El razonamiento de Kant en el sentido de que el deber, si es agradable, deja de ser moral, aún produce un débil eco en la contemporánea polarización de *trabajo* y *ocio*, donde, por lo que parece, el último es todo placer y el primero nada en absoluto. Sin embargo, en las sociedades-Estado altamente organizadas de nuestro tiempo, con una ubicua presión de controles externos e internos relativamente permanentes, la satisfacción del ocio —o la falta de ella— puede resultar más importante para el bienestar de la gente, desde el punto de vista tanto individual como social, que lo que el valor relativamente bajo adjudicado hasta ahora al ocio nos haría creer. Hasta donde es posible ver, el hecho de que persista la tendencia a considerar las actividades recreativas meramente como un apéndice del trabajo se debe más a la vigencia de un esquema tradicional de valores que a ningún examen sistemático de los dos conceptos ni de las estructuras y funciones sociales de las actividades humanas a que hacen referencia.

Nada más comenzar a examinarlos es fácil darse cuenta de que, incluso en los estudios sociológicos, se utilizan los conceptos de *trabajo* y *ocio* con bastante manga ancha muchas veces. Los usos actuales hacen que sea difícil decidir si los quehaceres domésticos de un ama de casa o, para el caso, la tarea de jardinería de un profesor, se catalogan como trabajo o no, o como ocio el juego de un futbolista profesional. Si la sociología del ocio, desde el punto de vista tanto teórico como práctico no está tan avanzada como sería de desear, se debe en no pequeña proporción a esta herencia de valores y a las ambigüedades teóricas que de ella resultan.

IV

En la polarización convencional de trabajo y ocio, el término *trabajo* se refiere por lo general sólo a una clase específica de trabajo: el que la gente realiza para ganarse la vida. En las sociedades más diferenciadas y urbanizadas es éste un tipo de trabajo estrictamente regulado en su duración y altamente especializado en la mayoría de los casos. Al mismo tiempo, los miembros de estas sociedades también tienen que realizar habitualmente una buena cantidad de trabajo no asalariado en su tiempo libre. Sólo parte de ese tiempo libre puede dedicarse al ocio en el sentido de ocupación libremente escogida y no pagada —escogida principalmente por el placer que proporciona—. Apostaría que, por lo general, en sociedades como la nuestra la gente dedica la mitad de su tiempo libre a trabajar. Uno de los primeros pasos que hay que dar para desarrollar un marco teórico de referencia para el estudio del ocio más en sintonía con los hechos observables consiste en distinguir y definir con mayor claridad las relaciones entre tiempo libre y ocio. El primero, según los usos lingüísticos actuales, es todo el tiempo libre del trabajo ocupacional. En sociedades como la nuestra sólo una parte de ese tiempo puede dedicarse a las actividades recreativas. En términos generales, podemos distinguir, en el tiempo libre de las personas, cinco esferas distintas que se enciman y traslapan de diversas maneras pero que, no obstante, representan actividades diferentes y plantean problemas hasta cierto punto diferentes también.

Actividades en el tiempo libre: clasificación preliminar[3]

1) *Trabajo privado y administración familiar*. A esta clase pertenecen las innumerables actividades domésticas, incluido el aprovisionamiento mismo del hogar. A esta esfera pertenecen todas las compras grandes y pequeñas, todas las variadas transacciones financieras personales, todos los planes para el futuro. También el cuidado de los hijos, toda la estrategia familiar, incluidas las peleas familiares y muchas tareas relacionadas con ella. Todas estas actividades requieren aptitudes especiales que hay que aprender. En conjunto, esta esfera tiende a absorber más tiempo a medida que asciende el nivel de vida. Como campo de investigación, exceptuando algunos problemas como los del gasto de mantenimiento de una casa, el terreno del trabajo privado y la administración familiar permanece aún sin explorar en gran medida. Muchas actividades relacionadas con él implican trabajo duro. Y una gran parte de éste hay que hacerla nos guste o no. Después de un tiempo, se vuelve rutinario en mayor o menor medida dentro de cada familia. A duras penas puede considerarse ocio.
2) *Descanso*. A esta clase de actividades pertenecen sentarse y fumar o tejer, soñar despierto, vagar por casa ocupado en fruslerías, no hacer nada en

concreto y, sobre todo, dormir. Podríamos llamar ocio a esta clase de actividades, pero son claramente distintas de muchas otras actividades recreativas que mencionaremos después como representativas de la clase mimética, tales como el deporte y el teatro.

3) *Satisfacción de las necesidades biológicas*. Para no dejar lugar a malentendidos: todas las necesidades biológicas a que hemos de subvenir en nuestro tiempo libre y en el que no lo es se hallan socialmente estructuradas: comer, beber, defecar, hacer el amor y dormir. Estas necesidades aparecen recurrentemente: uno trata de satisfacerlas. Brotan con más fuerza; exigen ser colmadas. Hacerlo es agradable. Se calman y abaten sólo para surgir de nuevo más tarde, cuando se repite el ritmo. Comer, beber y hacer el amor irradian a otras clases de actividades directa o indirectamente, sobre todo en la sociabilidad. Todas pueden —y así ocurre generalmente— convertirse en rutinas hasta cierto punto, pero pueden y podrían de hecho ser des-rutinizadas de vez en cuando de un modo más deliberado que el que se suele practicar. Al mismo tiempo, todas tienen esto en común con la clase mimética: pueden proporcionar un goce mayor si uno es capaz de satisfacerlas de manera no rutinaria, como salir a comer a un restaurante para variar.

4) *Sociabilidad*. Tampoco esta esfera de actividades es trabajo, si bien puede implicar un esfuerzo considerable. Va desde un extremo de sociabilidad altamente formal a otro altamente informal con muchos grados intermedios. A esta clase pertenecen actividades que todavía guardan cierta relación con el trabajo, como visitar a los compañeros o a los jefes, o salir de viaje, en excursión, etc., con la compañía, y otras que nada tienen que ver con él, como ir a un bar, a un club, a un restaurante o a una fiesta, cotillear con los vecinos, estar con otras personas sin hacer nada más, como un fin en sí mismo. Los tipos de sociabilidad como forma de pasar el tiempo libre difieren mucho, por lo que se ve, de una capa social a otra. Al igual que las clases 1 y 2, esta clase de actividades de tiempo libre permanecen inexploradas aún en gran medida.

5) *La clase de actividades miméticas o de juego*.[4] Muchas investigaciones y discusiones acerca de las actividades recreativas se centran en actividades de este tipo. Las demás ya se consideran a menudo como un hecho. También esta investigación se ocupa principalmente de esta clase de actividades porque, a pesar de que cada vez se las estudia más, en ninguna de las investigaciones realizadas hasta ahora resaltan sus características distintivas con claridad suficiente para que podamos entenderlas. Muchos esfuerzos se han dedicado al estudio de aspectos o problemas aislados; relativamente pocos a la estructura básica, a las características comunes de esta clase de actividades, las cuales muestran una gran diversidad. A esta clase pertenecen actividades recreativas como ir al teatro o a un

concierto, a las carreras o al cine, cazar, pescar, jugar al *bridge*, escalar montañas, apostar, bailar y ver la televisión. Las actividades de este apartado son actividades de tiempo libre con características de ocio, participe uno en ellas como actor o como espectador, siempre que no sean ocupaciones especializadas con las que uno se gana la vida. En este caso, dejan de ser actividades recreativas y se convierten en una forma de trabajo, con todas las obligaciones y restricciones que esto entraña y que son características del trabajo en sociedades como la nuestra, y aun en aquellos casos en que las actividades como tales proporcionen una alta dosis de placer.

Esta tipología, con ser provisional, puede servir como punto de partida para varias clasificaciones teóricas. Ilustra las insuficiencias que, tanto para fines prácticos como de estudio, presenta una conceptualización que emplea los términos *tiempo libre* y *ocio* como sinónimos en un grado u otro. La tipología que hemos elaborado muestra con mucha claridad que no podemos dedicar al ocio una buena parte de nuestro tiempo libre. Sólo por esta razón, resulta inadecuada la polarización de ocio y trabajo en su forma tradicional, pues parece sugerir que todo el tiempo no invertido en trabajo, en el sentido de trabajo ocupacional asalariado, es tiempo libre que puede ser destinado a actividades recreativas.

Como queda implícito en la clasificación, el trabajo en el sentido de trabajo ocupacional asalariado es sólo una de las esferas que requieren la subordinación constante y uniforme de los sentimientos personales, por muy fuertes y apasionados que sean, a las impersonales exigencias y obligaciones sociales. El manto relativamente uniforme de restricciones, en sociedades como la nuestra, se extiende hasta cubrir gran parte del terreno propio de las actividades del tiempo libre. Con diferencias en el grado de coerción, permea numerosas relaciones sociales privadas con personas ajenas al círculo familiar interno. Incluso dentro del propio círculo familiar, es relativamente pequeño el margen socialmente permitido para la relajación de esas restricciones. El control social, incluso el control por parte del Estado, modera las relaciones entre los esposos y entre padres e hijos en sociedades como la nuestra. Los estallidos apasionados, una relajación mayor del control de las emociones, se han vuelto raros aun dentro del propio círculo familiar. En las complejas sociedades industrializadas con una elevada diferenciación de funciones sociales, la interdependencia correspondientemente alta de todas las actividades, públicas así como privadas, ocupacionales tanto como no ocupacionales, exige y produce un manto de restricciones que lo cubre todo. El tejido uniforme y sin fisuras de ese manto de restricciones tal vez se afloje un poco en las relaciones íntimas pero, comparado con el de las sociedades más simples, ha perdido su carácter segmentario. Ya no presenta las lagunas y aberturas por las que puede colarse la incontenida

indulgencia que encontramos en sociedades menos diferenciadas, entre otras razones porque, en ellas, las enormes diferencias de poder y de estatus entre las diferentes capas sociales permiten un margen mucho más amplio para la complacencia emocional y la pérdida del control. Así lo atestiguaban, por ejemplo, la conducta de un amo respecto a sus esclavos o sirvientes o la de un *pater familias* en su relación con su esposa y sus hijos. En sociedades más igualitarias como la nuestra, el manto de restricciones cubre, con diferencias de grado relativamente insignificantes, todas las relaciones humanas. La estructura de estas sociedades, incluidas las personas poderosas, deja poco margen para la expresión violenta, espontánea e irreflexiva de sus emociones apasionadas. Ni siquiera ellos pueden relajar nunca la prudencia y la previsión que son concomitantes al comedimiento emocional sin poner en peligro su posición en la sociedad.[5] La restricción de las emociones impuesta al trabajo ocupacional se extiende, como un hábito casi ineludible, sobre una gran parte de la vida no ocupacional de las personas.

En relación con esta ubicuidad y estabilidad del control de la emoción han de evaluarse las funciones específicas del deporte, el teatro, las carreras, las fiestas y todas las demás actividades y acontecimientos habitualmente asociados con el término *ocio*, en particular las funciones de todas las actividades y acontecimientos miméticos. Ésta es la polaridad que aquí nos preocupa. Por medio de los acontecimientos recreativos, en particular los de la clase mimética, nuestra sociedad cubre la necesidad de experimentar el desbordamiento de las emociones fuertes en público, proporcionando una liberación que no perturba ni pone en peligro el relativo orden de la vida social, cosa que sí podría hacer una auténtica tensión emocional de tipo serio.

V

Bien puede ocurrir que algunas personas perciban un fuerte matiz de burla en nuestras palabras al describir una sociedad como la nuestra con el calificativo de insípida, carente de emoción. Lo dicho hasta ahora puede contribuir a precisar el sentido que aquí hemos dado al término. Se refiere al tipo y grado de restricción impuesta en nuestra sociedad a las emociones de tipo espontáneo, elemental e irreflexivo, tanto en la alegría como en la tristeza, en el odio como en el amor. Los estallidos extremos, poderosos y apasionados han sido rebajados por restricciones estructurales internas mantenidas por controles sociales, las cuales a su vez, al menos en parte, están enclavadas con tanta profundidad en nosotros que no podemos sacudírnoslas en modo alguno.

Sin embargo, hoy en día a menudo se utiliza el término *emocionante* en un sentido menos específico y más figurado. Nos prestaríamos abiertamente a un malentendido si no dijéramos que, en este sentido más lato, nuestras sociedades

distan mucho de ser insípidas. No le faltaría razón a quien juzgara las sociedades en que vivimos como de las más excitantes en el desarrollo de la humanidad. Quizás una cita ayude a ilustrar este otro sentido. Está tomada de un artículo escrito por Jean-Luc Godard:

> Me alegro sobremanera de vivir [...] hoy, en nuestro tiempo, porque los cambios son enormes. Para un *peintre en lettres** esto es inmensamente excitante. En Europa, y en Francia en particular, todo está hoy en movimiento. Claro que hay que tener ojos para verlo. La juventud, el desarrollo de las ciudades, de las provincias, de la industrialización...: vivimos en una época extraordinaria. Para mí representar la vida moderna no consiste sólo en mostrar los inventos y desarrollos industriales aislados a la manera de los periódicos; consiste en representar toda esta metamorfosis.[6]

Tal vez muchos compartamos esta clase de emoción. Probablemente no sea inexacto decir que, desde el Renacimiento, pocos periodos han ofrecido a quienes vivieron en ellos una oportunidad tan grande como la nuestra para experimentar con formas y pensamientos nuevos y para liberar gradualmente a la imaginación de los grillos tradicionales. Pese a la amenaza de guerra que se cierne sobre nosotros, el aire está lleno de promesas, y eso es excitante.

Pero la excitación de que hablamos en este ensayo es de una clase distinta: menos reflexiva y menos dependiente de la previsión, del conocimiento y de la capacidad que cada quien tenga para liberarse un rato de la opresiva presencia de sufrimientos y peligros que nos rodean. Nos interesa la emoción primaria y espontánea que probablemente se ha opuesto al orden de la vida desde que comenzó la historia humana. En una sociedad en la que han disminuido las inclinaciones hacia la emoción de tipo serio y amenazador, aumenta la función compensadora de la emoción lúdica. Con la ayuda de ésta, la esfera mimética ofrece, por decirlo así, la oportunidad muchas veces repetida de «refrescar el espíritu» en el curso por lo demás imperturbable de la vida social ordinaria. La emoción lúdica se distingue de la otra por ciertos aspectos a los cuales habremos de referirnos más tarde. Es una excitación que buscamos voluntariamente. Para sentirla, muchas veces hemos de pagar. Y, a diferencia de la otra, ésta es siempre agradable y, dentro de ciertos límites, podemos disfrutar de ella con el consentimiento social de los demás y con el de nuestra propia conciencia.

Podríamos señalar con toda razón que, fuera de la esfera mimética, nuestra sociedad deja abierto un gran campo para la excitación placentera de tipo totalmente realista. Se pensará, como es obvio, en la que es inherente a las relaciones entre hombres y mujeres. Quizá sea posible ilustrar un poco más la línea de pensamiento que hemos seguido hasta ahora si aceptamos este reto. En nuestra sociedad, la gran emoción intrínseca al encuentro de los sexos se ha circunscrito de una manera muy concreta. También en esta esfera la pasión y la emoción en estado bruto conllevan grandes peligros. Es fácil que lo olvidemos porque también en este terreno un nivel muy elevado de restricciones se

convierte en la segunda naturaleza de quienes han sido criados y educados en estas sociedades más complejas y, del mismo modo que en los demás campos, el relajamiento de los controles tiende a catalogarse como anómalo o constitutivo de delito. La experiencia grandiosa y emocionante que entraña el conocimiento del otro sexo está regulada, de acuerdo con las tradiciones y normas oficiales de nuestra sociedad, para que se convierta en un acontecimiento único en la vida de las personas. La emoción más grande posible socialmente reconocida, simbolizada por el concepto del amor, se hace encajar en el orden de nuestra vida limitándola, idealmente por lo menos, a una sola experiencia en la vida de cada individuo. Probablemente nada ilustra tan bien la peculiar función de la esfera mimética en nuestra sociedad como el inmenso papel que la representación del amor desempeña en muchos de sus productos. La necesidad aparentemente inacabable de representaciones del amor en películas, obras de teatro y novelas no se explica con suficiencia con simples referencias a las inclinaciones libidinosas de las personas. Lo que estas representaciones miméticas proporcionan es la renovación de la emoción específica asociada con la primera, y quizá después con otra nueva, gran relación sentimental entre un hombre y una mujer, una posibilidad que está cerrada para muchos en la vida real. Para clarificar nuestro problema es vital distinguir en este contexto entre la satisfacción, incluida la satisfacción sexual, inherente a una vida matrimonial larga y bien ordenada por un lado, y la excitación específica inherente al único gran amor, que es fresca y nueva, por el otro. Lo que las innumerables representaciones miméticas del amor ofrecen es la experiencia de volver a vivir esta emoción, aunque sólo sea ficticiamente; volver a sentirla con todas sus tensiones y conflictos hasta la culminación, que es agradable tanto si el desenlace de la historia es alegre como si es desgraciado. La experiencia mimética del amor produce y despierta emociones que suelen adormecerse en la vida corriente, aun cuando las personas no carezcan de satisfacción sexual en el sentido más común del término.

Gracias a este ejemplo vemos mejor por qué no basta con tratar sólo el trabajo ocupacional como el polo opuesto del ocio ni pretender explicar las características y funciones de las actividades recreativas sólo con respecto a las del trabajo ocupacional. En sociedades relativamente bien ordenadas como la nuestra, la rutinización invade todas las esferas de la vida, incluidas las de mayor intimidad.[7] No limita su acción al trabajo fabril ni a las actividades eclesiásticas, administrativas u otras similares. A menos que el organismo sea reanimado y sacudido intermitentemente por alguna experiencia excitante ayudada por poderosos sentimientos, la rutinización y la restricción globales como condiciones del orden y de la seguridad harán que se resequen las emociones y nazca un sentimiento de monotonía, del cual la monotonía emocional del trabajo no es sino un ejemplo. Pues no es en tanto que propiedad del trabajo cuanto de los sentimientos engendrados en quienes lo realizan como debe evaluarse la

cualidad de monótono. La peculiar estimulación emocional proporcionada por las actividades recreativas de tipo mimético y que culmina en una tensión y exaltación agradables, representa la contrapartida más o menos institucionalizada de las fuertes y constantes restricciones emocionales requeridas por todas las actividades no recreativas de la gente en las sociedades más diferenciadas y civilizadas. La emoción lúdica y agradable que los individuos buscan en sus horas de ocio representa, pues, al mismo tiempo el complemento y la antítesis de la periódica propensión por parte de las emociones a perder su frescura en las rutinas «racionales», no recreativas de la vida;[8] mientras que la estructura de las organizaciones e instituciones miméticas representa la antítesis y el complemento de la de las instituciones formalmente impersonales y encaminadas a un fin, que dejan poco espacio para las emociones apasionadas o las fluctuaciones en los estados de ánimo. En tanto que complemento del mundo de actividades no recreativas, encaminadas al cumplimiento de tareas y altamente impersonales, las instituciones recreativas, sean teatros y conciertos o carreras y partidos de críquet, no son sino representaciones de un mundo «irreal» de fantasía. La esfera mimética constituye una parte específica e integral de la «realidad» social.

VI

Con esta polarización como punto de partida podemos ver más claramente el problema básico con que nos enfrentamos al estudiar el ocio. Es un problema que, en términos generales, se disocia en dos preguntas interdependientes:

1) ¿Cuáles son las características de las necesidades recreativas que tienen las personas en las sociedades más complejas y civilizadas de nuestro tiempo?
2) ¿Cuáles son las características de los tipos concretos de actividades recreativas desarrollados en las sociedades de esta clase para la satisfacción de esas necesidades?

Con el fin de desbrozar el camino para un examen más detallado y objetivo, nos pareció útil separar la necesidad de un tipo especial de emoción agradable y colocarla en el centro de la primera interrogante. Esto nos permite demostrar que esa necesidad se encuentra en el centro de casi todas las necesidades lúdicas. La emoción es, por decirlo de alguna manera, lo que da sabor a todos los placeres relacionados con el juego.

Quizá no sea tan sencillo ver la finalidad y las implicaciones de la pregunta número dos. Una de las razones por las que nos pareció necesario recurrir a un término concreto en el cual englobar todos los acontecimientos recreativos

razonablemente clasificados como miméticos fue el reconocimiento de que todos ellos tienen una estructura específica que les permite satisfacer necesidades recreativas concretas. Consideramos útil conceptualizar como inherentes a su estructura las características que hacen que los acontecimientos recreativos como los deportes, los conciertos, las películas y la televisión se adecuen a las necesidades que los individuos tienen de gozar en sus ratos de ocio. Esperamos no pecar de presuntuosos por decir que, si bien suele hablarse de la estructura de las fábricas o de las familias, no hemos llegado aún al punto en que la gente hable regularmente de la estructura de los acontecimientos recreativos. Sin embargo, una vez alcanzado este punto, no resulta difícil ver que el meollo del problema del ocio radica en la relación que existe entre la estructura de las necesidades recreativas características de sociedades como la nuestra y la estructura de las actividades encaminadas a satisfacer esas necesidades.

Con dicho problema nos vimos enfrentados por primera vez cuando estudiábamos el futbol. En el curso de nuestro estudio no pudimos dejar de advertir que en el juego había una clase especial de dinámica de grupo, un equilibrio de tensiones, en resumen, una estructura claramente susceptible de ser analizada, la cual era experimentada como inmensamente emocionante y placentera, mientras que otro tipo de figuración, igualmente abierto a un claro análisis figuracional, era considerado decepcionante y carente de emoción. Fue en este contexto donde nos topamos por primera vez con el problema que, *mutatis mutandis*, puede plantearse con respecto a todas las actividades miméticas: el problema ya formulado de la correspondencia entre las necesidades recreativas socialmente generadas y la estructura de los acontecimientos recreativos socialmente instituidos destinados a satisfacerlas. No estamos sugiriendo que plantear y clarificar el problema baste por sí solo para señalar una solución definitiva. Se trata de un problema complicado y habrá que asentar explícitamente algunas de las dificultades con que nos encontramos al explorarlo. Pero, aun cuando no es nuestra intención hacer creer que podemos presentar una solución definitiva en este ensayo ni que vamos a hacer tal cosa, sí esperamos poder dar algunos pasos hacia esa solución.

Una de las principales dificultades que surgen en problemas como éste, y probablemente una de las razones por las que se ha avanzado tan poco hasta el momento, radica en el hecho de que el problema traspasa las fronteras de varias ciencias. Que podamos denominarlo o no un problema interdisciplinario es una cuestión discutible, ya que no surge como tal si circunscribimos nuestra investigación estrictamente a los límites tradicionales de cualquiera de las ciencias humanas. El problema tiene aspectos fisiológicos, psicológicos y sociológicos. Lo que sucede es que, si bien estas distinciones son más reales desde el punto de vista de las actuales fronteras disciplinarias, a menudo conllevan la ilusión de que el objeto de cada disciplina tiene una existencia independiente. Considerando la realidad que pretendemos explorar, las áreas

problema de que se ocupan estas tres distintas especialidades, aunque discernibles, son también inseparables e interdependientes. Todas tienen que ver con los seres humanos y los seres humanos no consisten en compartimientos separados e independientes. Lo que por razones de estudio ha sido desmenuzado, por las mismas razones debe ser aglutinado de nuevo.

1) Algunos aspectos fisiológicos del síndrome de alteración emocional han sido estudiados por especialistas como Walter B. Cannon y otros.[9] Ellos nos ofrecen un cuadro de los principales cambios somáticos que se presentan en animales y personas cuando se ven súbitamente frente a una situación crítica. El cuadro es bastante claro para permitirnos, al menos tentativamente, sugerir posibilidades de correspondencia entre las estructuras orgánicas de una reacción a la excitación y las estructuras sociales de los acontecimientos que las provocan. Pero las investigaciones fisiológicas se han concentrado en las clases más desagradables de excitación. Los resultados se han resumido con la ayuda de conceptos tales como reacciones de «emergencia» o de «alarma».[10] El aparato fisiológico de la excitación ha sido estudiado casi enteramente en cuanto se relaciona con el hambre, el miedo, la ira y, en general, como reacción específica ante un peligro repentino. En cambio, sabemos relativamente poco acerca del síndrome de alteración emocional asociado con el placer. No obstante, pese a esta limitación, las investigaciones fisiológicas muestran, mejor que ninguna otra, que este síndrome es como un cambio en la «caja de velocidades» que afecta a todo el organismo en todos los niveles; y sin una comprensión por los menos mínima del cambio global producido en el equilibrio multipolar de tensiones de todo el organismo, no podremos entender el isomorfismo entre la estructura de los acontecimientos recreativos excitantes —un emocionante partido de futbol, por ejemplo— y el «cambio de marcha» que vemos en la masa de los espectadores y conceptualizamos como emoción.

2) Los aspectos psicológicos del síndrome de alteración emocional sólo se han estudiado explícitamente en las áreas más próximas al nivel fisiológico, es decir, en niños de muy corta edad. Hay pruebas de que la reacción generalizada a la excitación es una de las primeras en aparecer en los niños pequeños.[11] Los estudios de esta área en la infancia parecen indicar que el movimiento del cuerpo hacia adelante y hacia atrás y otros movimientos rítmicos se hallan entre las primerísimas manifestaciones de un síndrome de excitación. Pueden tener un efecto calmante y estar conectados con sensaciones agradables. Quizá no sea tan descabellado suponer que una clase de actividad recreativa agradable: la emoción del juego expresada por movimientos rítmicamente repetitivos en algunos bailes, derive de la misma excitación elemental que se observa en los

niños pequeños.

Por lo demás, los psicólogos, en cuanto tales, han contribuido muy poco a la comprensión de estos problemas. Los estudios experimentales y sistemáticos del control así como de los contramovimientos dirigidos a relajar los controles, y todos los temas relativos a la fluctuación entre equilibrio y tensiones asociadas a los movimientos hacia un mayor control y los correspondientes contramovimientos, son todavía un campo abierto a la investigación. En este sentido, sólo hemos podido contar con nuestros propios recursos.

3) Lo mismo puede decirse en mayor o menor medida con respecto al estudio sociológico de los acontecimientos recreativos. La estructura y particularmente las propiedades de estos acontecimientos que hallan resonancia en el satisfactorio goce-juego de actores y espectadores, el cual suele culminar en un clímax, están aún sin explorar en su mayor parte. Ya nos hemos referido a nuestro intento de aclarar este tipo de estructura en lo que toca al futbol.

VII

Para comprender mejor las dificultades con que tropezamos al tratar problemas que no encajan en los límites de ninguna de las actuales especialidades académicas, puede ser útil echar un vistazo al modo en que esos mismos problemas eran abordados cuando aún no se había producido esta división del trabajo, este desgajamiento de la búsqueda del saber en diversas especialidades. En una etapa anterior se consideraba que tales problemas tenían cabida en la matriz universal de la filosofía. Uno de los mejores ejemplos de esta manera global de abordar el problema que aquí nos ocupa puede verse en Aristóteles. En caso de que a alguien le parezca extraño y hasta un poco sospechoso que, en esta avanzada era científica, el autor de una investigación sociológica mencione el enfoque dado por Aristóteles a los problemas de la excitación en el ocio, quizá sea acertado exponer un resumen breve y necesariamente rápido de la hipótesis del filósofo griego.

Conforme con la estructura de la sociedad griega, diferente de la nuestra, el concepto griego de *ocio* no tenía el significado que tiene para nosotros. Una ventaja adicional de esta mirada al pasado es que ofrece una perspectiva mejor para ver las limitaciones de nuestros, en cierto modo estereotipados, conceptos de ocio y trabajo al confrontarlos con los correspondientes en otra sociedad.

Aristóteles estudió con ahínco lo que hoy llamaríamos los «problemas del ocio».[12] Los traductores, empero, suelen oscurecer la distinta experiencia y el diferente esquema de valores representado por su manera de pensar y de escribir; casi siempre intentan traducir no sólo sus palabras a nuestras palabras

sino también su manera de pensar a la nuestra, sin haber entendido claramente la singularidad de su experiencia en una sociedad distinta. Consideremos las propias palabras que Aristóteles empleó para analizar los problemas en torno al ocio y al trabajo. El término griego para «ocio» es el antecesor directo de la palabra inglesa *«school»: schole*. El término podía referirse también a las ocupaciones de los hombres ociosos, a aquello en lo que empleaban sus ratos de ocio: a la conversación, los debates y discusiones eruditas, las conferencias, o al grupo al cual se dictaban las conferencias. De este modo fue acercándose poco a poco al significado de nuestra palabra *escuela*. Pero sólo acercándose, pues aprender era y continuó siendo principalmente un privilegio de los «hombres de ocio».

Sin embargo, en Grecia los miembros de las clases ociosas tenían cosas que hacer que los mantenían alejados de la *schole* entendida como ocio, cosas como administrar sus fincas, ocuparse de los asuntos cívicos, la guerra o el servicio militar. Éstas y muchas otras ocupaciones llenaban buena parte de su tiempo y, cuando se referían a ellas, empleaban la palabra con que designaban el trabajo. Nada ilustra mejor la diferencia entre su esquema de valores y el nuestro que esa palabra con la que se referían al trabajo de un caballero. Sólo podían expresarlo negativamente, formando una palabra que significa «no tener ocio»: *ascholia*. Sin una referencia a los verdaderos significados de los términos griegos, no es posible entender declaraciones de Aristóteles como la que sigue: «Trabajamos para tener ocio», que simplemente significa: trabajamos con el fin de tener tiempo para cosas mejores y más plenas de sentido.

De la teoría de Aristóteles sobre el ocio no han sobrevivido sino unos fragmentos,[13] pero casi todos esclarecedores. Su teoría se centra en el efecto de la música y la tragedia sobre las personas. Tal vez muchos dudarían hoy en explicar los efectos de estas actividades recreativas, que tan alto rango ocupan en nuestra escala de valores, siguiendo el modelo de los efectos producidos por un purgante. Aristóteles, quien no las colocaba en un rango inferior, no dudó en hacerlo. De hecho, una de las diferencias principales entre el enfoque científico de hoy sobre los problemas humanos y el de Aristóteles era éste: numerosos especialistas contemporáneos en ciencias humanas parecen mirar por encima del hombro los obsesionantes paradigmas de las ciencias no humanas, de la física, sobre todo. Quizá la reserva más confiable de conocimiento empírico que muchos de los grandes pensadores de la Antigüedad consideraban como modelo a seguir era la medicina. No es extraño, pues, que Aristóteles, al evaluar los efectos de la música y el teatro en los seres humanos, siguiera el ejemplo de los médicos, que basaban sus observaciones en los hechos. La pieza medular de su teoría sobre los efectos de la música y el drama era el concepto de *catarsis*, derivado del concepto médico referido a la eliminación del cuerpo de las sustancias nocivas, a la limpieza del cuerpo mediante un purgante. En sentido figurado, sugería Aristóteles, la música y la tragedia hacen algo parecido. También tienen un efecto curativo, que

provocan no mediante el movimiento de los intestinos sino mediante un «movimiento del alma» *(Kinesis tes psyches)*. Si alguien está sobrexcitado o tenso, la música estimulante le ayudará a calmarse. Si está paralizado por la desesperación y el abatimiento hallará consuelo en el despertar de sus emociones por medio de melodías tristes. La esencia del efecto curativo de estos acontecimientos miméticos radica en que la emoción que producen, a diferencia de la que se experimenta en situaciones gravemente críticas, es agradable. En este contexto utilizó Aristóteles explícitamente el término *pharmakon*. Él supo ver lo que quizá se ha suprimido u olvidado mayoritariamente en la tradición del pensamiento europeo pese a la absorción de sus ideas en las tradiciones de la Iglesia cristiana: que el placer comparativamente moderado que las actividades miméticas ofrecen puede tener un efecto curativo. Sin el elemento hedonista del «entusiasmo», es decir, de la emoción producida por la música y el teatro, de ningún modo es posible la catarsis.

Bien merecería la pena considerar otros aspectos de la teoría aristotélica sobre los efectos de los acontecimientos recreativos en las personas. Lo que se ha dicho aquí puede bastar para demostrar que, en aquella etapa, aún podía verse con claridad un problema que es mucho más difícil de ver en una etapa de desarrollo en que el estudio de los seres humanos está minuciosamente dividido entre varias especialidades, las cuales mantienen una incierta relación entre sí y carecen de un esquema redentor de integración. Asimismo —en un periodo en el que, hasta en las teorías científicas de la psicología y la sociología, los problemas del placer en general y de la emoción placentera en particular suelen ser tratados, si es que se tratan, con pies de plomo—, quizá sea útil ver cuán seriamente consideró Aristóteles el efecto restaurador del gozo recreativo. Tomando en cuenta lo mucho que ha aumentado el conocimiento de los hechos de que disponemos hoy, no es sorprendente que avancemos más de lo que él pudo. Pero, como punto de partida, su enfoque resulta sugerente. Es difícil creer que pueda elaborarse una teoría adecuada del ocio sin prestar atención a los aspectos placenteros de las actividades recreativas.

VIII

Aristóteles, quien otorgaba un papel tan principal a las ocupaciones recreativas, propuso su tesis de que el placer es un componente necesario en el efecto catártico y curativo de éstas sin hacer ningún hincapié especial en el hecho. Presentó su tesis como si fuera la cosa más natural del mundo. Es cierto que iba dirigida, polémicamente, contra otros filósofos griegos como Platón y los estoicos, quienes tendían a considerar los afectos humanos con recelo, si no es que con franco desprecio, pero no tuvo que enfrentarse a herencia alguna de tabúes sociales. En el contexto de una tradición como la nuestra, las discusiones

sobre los problemas del placer suelen desquiciarse: la tendencia a descartar el placer como tema serio de conversación o investigación va emparejada con la tendencia a exagerar su importancia, que es característica del esfuerzo necesario cuando nos aproximamos a una zona tabú. Bien puede ser que, debido a lo difícil que resulta encontrar el punto correcto de equilibrio, la función de las actividades recreativas como fuentes de placer no sea con frecuencia, ni siquiera hoy, considerada importante, si es que acaso llega a hablarse de ella.

No obstante, y a lo largo de los pasados siglos, aun en la tradición europea la tesis de Aristóteles ha ayudado de vez en cuando a quienes combatían contra la reducción o eliminación de las actividades propiciadoras de placer a librar sus batallas. Un ejemplo es Milton. Cuando sus puritanos amigos trataron de poner fin no sólo al entretenimiento teatral proporcionado por las obras ligeras, sino incluso a la representación de las tragedias, escribió lo siguiente:

> La tragedia, tal como se componía antiguamente, ha sido siempre considerada el más serio, más moral y provechoso de todos los Poemas: por algo habló Aristóteles de su poder de provocar compasión y miedo, de limpiar la mente de éstas y otras pasiones afines, es decir, de moderarlas y reducirlas a su justa medida mediante una especie de deleite suscitado al leer o presenciar esas pasiones bien imitadas. Y no tarda la Naturaleza en ratificar como buena su aseveración pues igualmente se utilizan en Física remedios de naturaleza melancólica para combatir la melancolía, lo ácido contra lo ácido, la sal para eliminar los humores.[14]

En tiempos de Milton, el efecto catártico de las poderosas pasiones suscitadas en el juego y como tales entremezcladas con el deleite, pese a lo desagradables y temibles que esas mismas pasiones son en la vida real —es decir, el problema y la tesis planteados por Aristóteles—, todavía era conocido por los eruditos. Su concordancia con la medicina homeopática aún los hacía sonar familiares y convincentes. A la luz de las mucho más desarrolladas técnicas actuales de investigación y del fondo mucho más vasto de conocimientos de que disponemos, la teoría de Aristóteles debe parecer simple y poco elaborada, pero trae a la mente aspectos del problema del ocio hoy frecuentemente olvidados. Uno de ellos es el hecho de que la mayoría de los acontecimientos recreativos suscitan emociones relacionadas con las que experimentamos en otras esferas: provocan miedo y compasión, o celos y odio en sintonía con otras personas, pero de un modo no seriamente perturbador ni peligroso como suele suceder en los casos de la vida real. Al pasar a la esfera mimética, esas emociones son traspuestas, por decirlo así, a una clave diferente. Pierden su fuerza punzante. Se mezclan con «una especie de deleite».

El término *mimético* hace alusión a este aspecto de un tipo determinado de acontecimientos y experiencias recreativas. En su sentido más literal significa «imitativo», pero ya era usado en la Antigüedad con un sentido más amplio y figurado. Se refería a todas las clases de formas artísticas en su relación con la

«realidad», fueran o no de naturaleza representativa.

Sin embargo, el aspecto imitativo que es la característica común de todos los acontecimientos recreativos clasificados bajo ese membrete y que puede ser más alto o más bajo según las evaluaciones actuales, desde las tragedias y las sinfonías hasta el póquer y la ruleta, no consiste en que sean representaciones de acontecimientos de «la vida real», sino en que las emociones —los afectos— que provocan guardan relación con las que se experimentan en situaciones de la vida real, sólo que en una clave distinta y mezcladas con «una especie de deleite». Desde el punto de vista tanto social como personal desempeñan una función distinta y afectan de manera diferente a las personas. Si se compara la emoción generada en situaciones de la «vida real» con la suscitada por las actividades recreativas, se perciben semejanzas así como diferencias muy claras. Si bien la investigación fisiológica en esta línea apenas ha comenzado, hay razones para creer que los aspectos fisiológicos básicos del síndrome de excitación son iguales en ambos casos. Interesante y satisfactorio sería descubrir cuáles son las diferencias específicas. Psicológica y socialmente, la diferencia es más fácil de reconocer. En los casos de tensión emocional seria, no mimética, la gente tiende a perder el control y a convertirse en una amenaza tanto para sí misma como para los demás. La emoción mimética, en cambio, no entraña social ni personalmente peligro alguno y puede tener un efecto catártico. Pero la última puede transformarse en la primera, como lo atestiguan las desenfrenadas masas de espectadores en un partido de futbol o los *fans* en un concierto de música pop.[15]

Así pues, el término *mimético* es utilizado aquí en un sentido específico. Podría considerarse que se refiere primariamente a la relación entre los acontecimientos miméticos en sí mismos y ciertas situaciones seriamente críticas a las que parecen asemejarse, pero, de hecho, la conexión a que el término *mimético*, en el sentido en que se ha empleado aquí, hace referencia es, en primer lugar, la que se establece entre los afectos suscitados por los acontecimientos miméticos y los provocados por situaciones graves y concretas de la vida. De este modo, los conflictos, los triunfos y derrotas dramática y trágicamente representados en una obra teatral como *Las troyanas*, de Eurípides, pueden o no guardar una relación directa con las situaciones de la vida de un público del siglo XX, pero los afectos que evocan pueden ser inmediatos, fuertes, espontáneos y, si se me permite usar la frase, totalmente contemporáneos. Son los afectos suscitados por toda la cadena de acontecimientos característicos de la esfera de ese nombre los que, de una manera lúdica y placentera, se parecen a los afectos experimentados en situaciones gravemente críticas, aun cuando los acontecimientos miméticos no se parezcan en absoluto a los sucesos «reales». El modelo y la naturaleza de las representaciones teatrales no son desde luego los mismos en todas las sociedades. La fuerza y la estructura de las necesidades emocionales difieren

según la etapa del proceso civilizador alcanzada por cada sociedad. En consecuencia, varían también los acontecimientos miméticos que satisfacen estas necesidades. Pero el hecho de que ciertas clases de acontecimientos miméticos como obras teatrales o musicales puedan disfrutarse con gusto en sociedades muy distintas entre sí es una de las observaciones que indican por qué la alusión a la imitación contenida en el término *mimético* se malentendería si se interpretase como que los propios acontecimientos miméticos imitan situaciones de la vida real. Esta relación es muy frágil casi siempre, en tanto que la existente entre los sentimientos con que armonizan los sucesos miméticos y los que obedecen a situaciones gravemente críticas es, en cambio, una relación muy especial y muy directa.

IX

No es sólo la manera directa y natural con que en épocas anteriores se consideraban el goce y el deleite como ingredientes esenciales en la resonancia emocional de los sucesos recreativos lo que hace enriquecedor el regreso a las reflexiones de aquellas personas de entonces, sino también su clara comprensión de la aparente paradoja presente en la resonancia emocional de los acontecimientos recreativos. Aristóteles mencionó la cualidad de las tragedias de suscitar miedo y sufrimiento y la compasión a que dan lugar. En sus *Confesiones*, san Agustín, tras reprocharse a sí mismo la frecuentación de teatros y otros lugares de entretenimiento, se preguntaba incisivamente cómo es posible que consideremos entretenidas representaciones que nos hacen sentir miedo, rabia, ira y muchos otros sentimientos de los que, si pudiéramos, huiríamos en la vida real como si de la peste se tratara.[16] A la luz de tales reflexiones de épocas pasadas, suenan extrañas algunas de nuestro tiempo sobre los mismos problemas. No es raro hoy en día hallar explicaciones en el sentido de que los acontecimientos recreativos son una forma de «recuperarse del trabajo», «relajarse de la fatiga de la vida diaria» y, sobre todo, «liberarse de la tensión». He aquí dos ejemplos. Martin Henry y Esther S. Neumayer han planteado que los acontecimientos recreativos son

> actividades que recrean el cuerpo y la mente, resultando en la renovación de las agotadas fuerzas de la gente tras relajarse de las ocupaciones más serias de la vida. Cuando una persona está cansada por el trabajo físico y mental pero no siente aún la necesidad de dormir, es el momento adecuado para la recreación activa.[17]

Y George Thomas White Patrick alegaba que

> todos los juegos son pasatiempos pero no todos los pasatiempos son juegos. Algunos de éstos sólo

parecen satisfacer el ansia de excitación. Tomando en cuenta que toda nuestra vida moderna es tan emocionante comparada con anteriores modos de vivir, ¿por qué será que en nuestro tiempo de ocio buscamos pasatiempos que nos estimulen? [...] Afortunadamente, los psicólogos han dado con la respuesta y ahora entendemos bastante bien la psicología del juego. Hemos comprendido que no es emoción lo que buscamos en el juego sino un modo de liberarnos de todas las formas de actividad mental que nos agotan en las pesadas rutinas cotidianas.[18]

Sin embargo, no sólo las observaciones de los antiguos sino también casi todas las de nuestra época apuntan al hecho de que lo que los humanos buscan en sus actividades recreativas miméticas no es liberarse de las tensiones sino, por el contrario, sentir un tipo concreto de tensión, una forma de excitación a menudo asociada, como claramente vio san Agustín, con el temor, la tristeza y otras emociones que trataríamos de evitar en la vida diaria. Podríamos citar toda una lista de ejemplos para demostrar que el estímulo de las tensiones es un componente básico en todas las variedades de placer recreativo englobadas en la esfera mimética, pero para los fines que aquí perseguimos puede ser suficiente con tres de ellos, relativos a diferentes clases de actividades miméticas. Primero, la condensada representación por un poeta de la pauta de conducta de una multitud durante una actuación de los Beatles:

The Beatles at Shea Stadium
Preliminary sounds
lick the sixty
thousand into one
body
ululating
on the rim
of knowledge

....
Jangled nerves await
exploratory chords
the plunge is immediate
protracted climax

....
Bacchic girls drop,
thrashing frenzy,
or faint, arms flopping.
Scratched faces
grimace to believe
flat against a fence,
clawing, heave,
arched bodies lean,

arms, pleading, reach
to cross the void between.[19] *

Este poema describe muy bien un modelo concreto que se repite en buen número de acontecimientos miméticos: el gradual aumento de la tensión-emoción que, como dice el poeta, en el caso de un público pop culmina en un prolongado clímax cercano al delirio, y se resuelve luego lentamente. Un modelo similar al que descubrimos durante la representación de numerosas obras teatrales: el ascenso gradual de las tensiones que, mediante el clímax, desemboca en la resolución de la tensión. Consideremos como ejemplo el resumen de la reacción del público a una obra en la siguiente reseña teatral:

> No fue una noche muy cómoda la que nos dieron [...] aunque para quienes iban preparados resultó de seguro magníficamente satisfactoria. El campo de batalla era naturalmente la vida conyugal, y el primer requisito para una producción digna del autor era contar con dos actores capaces de representar convincentemente y con todo realismo los papeles de Edgar, el marido, y Alice, la esposa, quienes a lo largo de la obra libran las últimas y culminantes escenas de la guerra en que han estado enfrascados durante veinticinco años de matrimonio.
>
> Uno podía haber aventurado con absoluta confianza que el papel de Edgar, comandante de un pequeño destacamento de soldados estacionados en una isla con todas las posibilidades para que florezcan el odio y la frustración, daría a sir Laurence Olivier la oportunidad de desplegar todos sus recursos y ofrecer una espléndida actuación.
>
> Lo que nadie hubiera podido aventurar con tanta certeza era que la señorita Geraldine McEwan fuese capaz de generar la fuerza suficiente que la llevara aceptablemente a la inevitable victoria de la astucia femenina sobre el poder del hombre, típica de Strindberg. En modo alguno se vio su efecto disminuido o inutilizado por los ocasionales estallidos de risa nerviosa entre el público. Era evidente que quienes se rieron no lo hacían con ánimo de burlarse sino obedeciendo a la necesidad de liberarse de la extrema tensión emocional.[20]

El desahogo de la tensión mencionado en esta reseña es mucho más específico y de naturaleza mucho más constatable que el vago y mal definido concepto de liberación de las tensiones a menudo utilizado como hipotética explicación de las actividades recreativas. La tensión mencionada aquí es la que el propio acontecimiento recreativo ha ido acumulando. La risa a que se refiere el autor de la reseña tiene la función de válvula de seguridad: impide que la tensión mimética llegue a ser demasiado fuerte. En el marco social habitual de un teatro, el público no puede dejarse llevar como lo hace un público pop en el Shea Stadium. Exteriormente, el primero es en general más comedido. Los movimientos que forman parte constitutiva del síndrome de excitación espontánea son sometidos a un control más estricto. La emoción se confina con más rigidez a lo que generalmente llamamos el nivel de los sentimientos. Existen, como es lógico, diferencias considerables entre los distintos grupos de

edad y clases sociales por cuanto se refiere a la manera más o menos abierta en que manifiestan su tensión mediante los movimientos del cuerpo. Hay diferencias en el marco social de los distintos acontecimientos miméticos. Todo esto ofrece un amplio campo de acción para los investigadores de la sociología. Pero, por encima de los demás, este punto es evidente: que para explicar los problemas de esta índole no bastan las hipótesis sobre «liberación de la tensión» o «recuperación del trabajo», que tal vez fuesen más adecuadas si las personas pasaran su tiempo libre ocupadas en actividades características de la esfera 2), si sólo se limitaran a deambular por la casa sin hacer nada en concreto, a relajarse o a descansar.

X

La primera vez que tropezamos con este problema fue cuando estudiábamos el futbol. En una etapa posterior habremos de considerar las diferencias entre las diversas clases de acontecimientos miméticos a las que atribuimos un lugar más alto o más bajo en el orden jerárquico que les hemos adjudicado. Pero para llegar a una fase de investigación en la que eso sea posible es necesario, en primer lugar, determinar con mayor precisión las características que todos los acontecimientos miméticos tienen en común. Quizá pueda verse mejor el problema si a los ejemplos ya presentados añadimos otro más, éste relativo al campo del deporte. La gente puede hablar en términos diferentes de la emoción agradable que buscan en todos estos pasatiempos. Los jóvenes, después de asistir a un concierto de los Beatles, quizá digan que «estuvo de puta madre». Las personas de más edad y más formales a las que les ha gustado una obra teatral tal vez digan que «se sintieron muy conmovidas». Los hinchas de un equipo de futbol pueden decir que el partido «fue una gozada». Sin embargo, pese a las diferencias que quedan por explorar, siempre están presentes un fuerte elemento de placentera emoción y, como ingrediente necesario del placer, una cierta dosis de angustia y miedo, ya se trate de la tensión-emoción derivada de la ida a las carreras, sobre todo cuando se siente un hormigueo en el estómago, o de la excitación mucho más calma pero también más profunda que puede obtenerse oyendo la *Novena sinfonía* de Beethoven en el momento en que el coro, a los acordes de *An die Freude* de Schiller, culmina en un tremendo clímax.

Hay grandes variaciones en el modo en que puede expresarse la tensión placentera, la agradable estimulación de las emociones proporcionada por las actividades recreativas y, mientras no estudiemos con mayor detalle las relaciones entre la estructura de las actividades recreativas y la de la resonancia emocional que éstas encuentran en los actores y espectadores, será prematuro adelantar explicaciones, incluso tentativas, de los distintos tipos de goce que proporcionan.

A lo largo de nuestro estudio descubrimos que, pese a todas sus limitaciones, el futbol se presta bastante bien, quizá mejor que muchos otros deportes, para clarificar por lo menos algunos de los problemas básicos con que topamos en el campo mimético. Aquí es posible estudiar muy de cerca la difícil correspondencia que existe entre la dinámica del acontecimiento mimético en sí y la dinámica psicológica de los espectadores.

Consideremos el siguiente resumen tomado de uno de nuestros estudios de caso:

> Contra lo que se esperaba, el equipo local marcó el primer gol. La compacta multitud, constituida mayoritariamente por los seguidores de este equipo, estaba llena de júbilo. Agitaban las banderas, hacían sonar sus matracas con excitación y cantaban fuerte y triunfalmente en apoyo de sus favoritos. El grupo mucho menor de seguidores que habían viajado con el equipo invitado, ruidosos y emocionados también al principio, cayeron como entontecidos en un silencio absoluto.
>
> El equipo invitado, considerado el mejor en todo el país, no contraatacó inmediatamente. Sus jugadores se concentraron en poner coto al ataque del equipo local, desplazando hacia atrás a su delantero centro y, a veces, incluso a sus extremos, en papeles defensivos. Sus seguidores, unos cuantos primero, luego cada vez más, comenzaron a corear al unísono, «¡atacad!..., ¡atacad!, ¡atacad!». Pero evidentemente los jugadores tenían su plan y estaban esperando el momento oportuno. El contracoro de los seguidores del equipo local aceptó el reto y cantaba «somos los campeones», burlándose de sus rivales y acicateando a los suyos.
>
> Durante un rato, el juego se desarrolló con indecisión por las dos partes. El tono era bajo. Conforme con esto, la tensión entre los espectadores disminuía también. La gente se encogía de hombros. Empezaba a impacientarse. Hablaba del partido de la semana anterior. De pronto, volvió la atención. El centro derecha del equipo invitado chutó el balón hasta el ala, y éste fue recogido con la velocidad del rayo por otro jugador de cuya presencia nadie se había percatado. Centró sin perder un momento antes de que el equipo local pudiese alcanzarlo. El delantero centro tenía un gol fácil ante sí. Sin dejarle al guardameta ninguna oportunidad, remató con fuerza y precisión dentro de la red. Pocos lo habían esperado. Gritos de gusto y de sorpresa salieron de los seguidores del equipo invitado, entremezclados con los gritos de rabia del otro lado. Hubo una breve batalla de palabras en los graderíos, amenizada con pitidos y ondear de banderas. Tres niños, emocionados, corrieron para felicitar a sus héroes y fueron sacados por la policía. Podía oírse a algunos de los seguidores mascullar maldiciones entre dientes. Otros, echándose las manos a la cabeza por la desesperación, maldecían en voz alta. ¡Empate a uno y sólo a 20 minutos del final!
>
> Mirando las caras de los jugadores locales en el momento en que retomaban sus posiciones podía verse que estaban enojados y decididos a ganar. El juego se volvió rápido y feroz. El delantero centro del equipo invitado, atacando violentamente otra vez, fue derribado de una patada en la espinilla en el área de penalti justamente cuando parecía que iba a anotar otro tanto. Sonó el silbato del árbitro. Allí estaba el centro derecha, con la suerte del juego a sus pies. Se hizo el silencio sobre la multitud. Falló: el balón chocó contra un poste y fue desviado rápidamente por el equipo local. Hubo suspiros de alivio y gritos de burla entre sus seguidores. Luego siguió una larga pelotera ante la portería del equipo local: sus jugadores la rompieron y se llevaron el balón lejos en una inteligente

combinación de pases y regateos. Ahora ellos tenían la iniciativa. Las cabezas y los cuerpos de los espectadores se movían adelante y atrás junto con la pelota. Rugían todos, y sus gritos se volvían cada vez más fuertes a medida que aumentaba la tensión del juego. El balón cambió de dueño, pasando con rapidez de un extremo al otro del campo. La tensión aumentó y llegó a hacerse casi insoportable. La gente perdió la noción de dónde estaba. La empujaban y empujaba atrás y adelante, arriba y abajo en las gradas. Hubo un forcejeo en el costado izquierdo de la portería del equipo visitante, un rápido envío al centro, un cabezazo. De pronto, el balón estaba dentro de la red y la alegría, la dicha de los seguidores de la localidad, subió en un rugido ensordecedor que podía oírse en media ciudad, una señal para todos: «¡Hemos ganado!»

Quizá no sea fácil hallar un consenso claro respecto a las características de las obras teatrales o de las sinfonías que proporcionan al público un grado alto o bajo de satisfacción, aunque puede que las dificultades no sean insuperables ni siquiera en el caso de los conciertos, pese a la mayor complejidad de los problemas. En lo que se refiere a los juegos deportivos como el futbol, la tarea es sencilla. Si se sigue el juego regularmente se puede aprender a ver, al menos en líneas generales, qué clase de figuración del juego es la que proporciona el máximo de gusto: la de una prolongada batalla sobre el campo de futbol entre equipos bien compaginados en habilidad y en fuerza. Se trata de un juego que una gran multitud de espectadores sigue con creciente emoción, la cual es producida no sólo por la batalla misma sino también por la habilidad que despliegan los jugadores. Es un juego que se inclina sucesivamente hacia un bando u otro, en el cual los equipos están tan igualados entre sí que primero uno, luego el otro, marcan un gol cada uno y entonces la determinación en ambos de apuntarse el gol decisivo crece a medida que el tiempo se va agotando. La tensión del juego se comunica de manera visible a los espectadores. La de éstos, su excitación creciente, se comunica a su vez a los jugadores, y así sucesivamente hasta que alcanza un punto difícil de soportar y de ser contenida sin que se desborde. Si, de esta manera, la emoción casi llega al clímax y si luego el equipo favorito marca el gol decisivo, con lo cual la tensión se resuelve en la felicidad del triunfo y del regocijo, ése ha sido un gran juego que uno recordará y del que hablará durante mucho tiempo: un partido placentero.

Son numerosos los matices y grados de placer y de realización que los *cognoscenti* pueden buscar en tal actividad recreativa. No todos, naturalmente, proporcionan realización plena. Un juego muy emocionante puede echarse a perder por culpa del equipo de uno. En ese caso por regla general la gente todavía llevará consigo a casa el gustillo de la emoción agradable, pero este placer no será en absoluto tan limpio y sin mezcla como en el primer caso. O puede ocurrir que un partido excelente termine en un empate. Aquí es cuando ya se comienza a entrar en una zona de controversia. El consenso —muy elevado en los casos referidos— tiende a disminuir hasta que uno llega al otro extremo de la balanza, donde de nuevo se encuentra un alto grado de consenso. En el futbol, como en

todos los demás acontecimientos miméticos, hay fracasos indudables. Para investigar las satisfacciones relacionadas con el ocio, no es menos relevante estudiar los hechos miméticos que proporcionan la máxima realización. Los juegos insatisfactorios son, por ejemplo, aquéllos en los que un equipo es tan superior al otro que no se produce tensión; de antemano se sabe más o menos quién va a ganar. Casi no hay sorpresa en el ambiente y sin sorpresa no hay emoción. La gente no obtiene mucho placer de un juego así. Podríamos citar otros ejemplos, pero ya se han presentado los esenciales.

No sería difícil, entonces, representar en una escala gráfica los acontecimientos miméticos de una clase en particular. En uno de sus extremos podrían ubicarse los que proporcionan el óptimo placer; en el otro los que, con un elevado índice de consenso, se consideran un fiasco. La mayoría quedaría evidentemente entre los dos extremos, pero si analizamos éstos podremos obtener una buena cantidad de información. Ese análisis podría servir, y nos ha servido de hecho en cierta medida, como estudio piloto para la preparación de estudios de mayor alcance. Investigar la estructura de los acontecimientos que proporcionan el máximo y el mínimo de satisfacción contribuyó por sí solo a entender mucho más la correspondencia entre la dinámica social de un determinado tipo de acontecimiento recreativo como el futbol y la dinámica personal que conduce a un disfrute mayor o menor de los participantes considerados individualmente. Aunque, por regla general, clasificamos los últimos como psicológicos y los primeros como sociológicos, ambos son de hecho totalmente inseparables dado que el placer mayor o menor de quienes participan en un acontecimiento recreativo, sea como actores o como espectadores, es la *raison d'être* de tales acontecimientos. La investigación nos facilita el criterio conforme al cual se regula la estructura concreta de los acontecimientos recreativos, para distinguir los que logran su objetivo de los que terminan en fracaso. Una vez más, resulta fácil imaginar el desarrollo de los acontecimientos recreativos que, por su parte, ofrecen y educan a su público para una mayor percepción y enriquecimiento Así pues, las divisiones académicas no tienen por qué impedir el reconocimiento de la estrecha relación que existe entre lo que, de otra manera, se consideraría separado bajo la forma de problemas fisiológicos, psicológicos y sociológicos.

No sería demasiado difícil diseñar para el futbol y otros deportes unos modelos de investigación que permitieran abordar el mismo problema desde el nivel individual y social al tiempo, siempre que uno esté dispuesto a utilizar un marco teórico unificado. En esa dirección apunta lo expuesto hasta aquí. Por ejemplo, evaluando los cambios producidos en el ritmo del pulso, los latidos cardiacos y la respiración de los espectadores, sería posible, al menos en el nivel fisiológico, determinar los aspectos más elementales del ascenso y descenso que experimentan las ondas de emoción en ellos. Igualmente posible, sobre todo si pudieran tomarse películas, sería determinar las ondas ascendentes y

descendentes experimentadas entre tensión y equilibrio durante un juego. Podríamos tratar de descubrir si los aspectos fisiológicos del placer y de la emoción en los espectadores difieren, y de qué manera, dependiendo de que éstos se hallen en un juego clasificado en el extremo óptimo de la escala o en el extremo contrario. Tampoco sería difícil diseñar investigaciones de estudio con el fin de comprender mejor estas correspondencias entre la dinámica social de los juegos y la dinámica individual y de grupo de los espectadores.

Estos ejemplos señalan uno de los modos en que las investigaciones empíricas dentro del campo relativamente controlable del deporte podrían servir como modelos para investigar otras actividades recreativas miméticas, desde una carrera de galgos hasta la tragedia, desde un juego de niños hasta la poesía. En general, aún nos encontramos en una etapa en que las ideas sobre lo que la gente *debe* hacer con su tiempo de ocio suelen anteponerse a los estudios sobre lo que de hecho hace. De aquí que aquéllas no siempre estén fundamentadas en un conocimiento sólido de la naturaleza y estructura de las actividades recreativas existentes tal como en realidad son.

XI

Tampoco puede decirse que tengamos ya un conocimiento razonablemente adecuado de las necesidades que satisfacen. Hemos intentado mostrar lo que en nuestra opinión constituye el problema central respecto a estas necesidades y hemos presentado una propuesta preliminar mostrando la dirección en la que se podría mirar para dar con una respuesta. Aun cuando ésta resulte insuficiente, parece útil como medio para ubicar el problema en una perspectiva más clara. Hemos resumido ejemplos de acontecimientos miméticos de diversos tipos y señalado como característica común no la liberación de la tensión sino, por el contrario, la producción de un determinado tipo de tensiones, el aumento de una tensión emoción agradable, como el componente básico del placer recreativo. La recurrente necesidad de estimular emociones fuertes y placenteras, que se agudiza y, si es satisfecha, disminuye sólo para agudizarse de nuevo después, se hace sentir tanto en nuestra sociedad como en muchas otras. Independientemente de la relación que pueda existir entre esta necesidad y otras necesidades más elementales como las de comer, beber y tener contactos sexuales —todos los indicios señalan que en este caso se trata de un fenómeno mucho más complejo, mucho menos biológico en sentido estricto—, es fácil descubrir que la falta de atención a esta necesidad constituye una de las principales lagunas en los actuales enfoques a los problemas de la salud mental.

El problema se oscurece en cierto modo por las connotaciones negativas con que se utiliza el concepto de tensión tanto en el discurso sociológico como en el psicológico. Más adelante señalamos que un encuentro de futbol constituye en sí

mismo una forma de dinámica de grupo con una tensión interna propia.[21] Si esta tensión, si el «tono» del juego baja demasiado, su valor como acontecimiento recreativo disminuye. Será un juego monótono y aburrido. Si la tensión crece demasiado, proporcionará mucha emoción a los espectadores pero también entrañará graves riesgos tanto para éstos como para los jugadores, al pasar de la esfera mimética a la esfera no mimética de las crisis graves. Ya en este contexto deben desecharse las implicaciones negativas que tiene el concepto de tensión en el sentido convencional y sustituirlo por otro concepto que tome en cuenta como normal una tensión óptima que, a su vez, en una dinámica figuracional, podrá aumentar demasiado o disminuir demasiado también.

Este concepto más dinámico de tensión no sólo se aplica al juego del futbol como tal sino a los participantes. También las personas, individualmente, viven con una tensión interna que puede ser más alta o más baja de lo normal, pero sólo estarán sin tensión cuando hayan muerto. En sociedades como la nuestra, que exigen una disciplina y un recato emocional absolutos, el campo permitido para la expresión abierta de los sentimientos agradables fuertes está rigurosamente circunscrito. Para muchas personas, no sólo en su vida profesional o laboral sino también en su vida privada, todos los días son iguales. A muchas de ellas nunca les sucede nada nuevo ni estimulante. Por consiguiente su tensión, su tono, su vitalidad o como quiera que lo llamemos, disminuye. De forma simple o compleja, en un nivel bajo o alto, las actividades recreativas facilitan durante un rato ese estallido de las emociones agradables fuertes que con frecuencia falta en las rutinas de la vida diaria. A diferencia de lo que a menudo se cree, su función no consiste simplemente en liberar esa dosis de tensión que es un factor esencial de la salud mental. La base de su efecto catártico reside en la restauración del «tono» mental normal mediante un brote transitorio de emoción agradable.

No entenderemos plenamente el efecto de ese brote si no nos percatamos del enorme riesgo en que incurren quienes se permiten una tensión emocional así. Es la antítesis del autocontrol, de la conducta racional o razonable. Los responsables de la ley y del orden, como se descubre al estudiar el desarrollo del futbol, han combatido incansable y amargamente contra el estallido de la emoción de los individuos y, sobre todo, de los grupos, pues supone una grave alteración del orden social. Los acontecimientos miméticos representan entonces un reducto social en el que se puede disfrutar dando salida a la emoción sin sus peligrosas implicaciones sociales y personales. Que, como a menudo sucede, se disfrute en compañía de otros, acrecienta el placer. Significa que, en esta forma y dentro de ciertos límites, lo que de otra manera sería una peligrosa explosión de fuertes emociones puede disfrutarse con la aprobación de nuestros semejantes. La singular ambigüedad que envuelve a la emoción recreativa puede verse claramente en nuestra época, cuando la gente se está abriendo a nuevos horizontes de emoción que aún se encuentran en etapa experimental. Si no se

capta bien la función de la emoción mimética en las actividades recreativas, difícil será evaluar en los hechos las implicaciones personales y sociales de éstas.

II. El ocio en el espectro del tiempo libre

NORBERT ELIAS Y ERIC DUNNING

I

Que las decisiones humanas se entrelazan es probablemente algo claro para todo el mundo salvo para los filósofos.[1] Pero es distinto el modo en que se entrelazan en el trabajo ocupacional de las personas a como lo hacen en sus actividades de tiempo libre. Además, en el último caso varían según que las actividades estén consagradas al ocio o no. En unos aspectos, todas las decisiones, todas las actividades del individuo tienen a otros individuos como marco de referencia; en otros, el marco de referencia es el propio actor o agente. En el caso de las actividades laborales, el peso de la balanza entre estos dos aspectos se inclina a favor del primero; en el caso de las actividades recreativas, a favor del último. En otras palabras, en el trabajo, tal como está estructurado en nuestras sociedades, la gente siempre decide en gran medida hacer esto o aquello después de tomar en cuenta a otros individuos de quienes puede decir «ellos», o incluso a unidades más impersonales de las que puede decir «ello», si bien, naturalmente, el aspecto «yo» nunca está del todo ausente.[2] En las decisiones sobre las actividades recreativas en cambio —aunque, como veremos, las referencias a los otros importan más de lo que a primera vista pueda parecer—, la consideración hacia el propio yo puede ser mayor que la que se le da en el trabajo o en las actividades de tiempo libre no pertenecientes a la categoría del ocio. Al escoger las actividades recreativas, la consideración del placer y la satisfacción propios —dentro de ciertos límites socialmente estipulados— puede ser lo primero que deba tomarse en cuenta. Queda por ver qué clase de satisfacción proporcionan y de qué manera.

En la actual bibliografía de temas sociológicos puede observarse la tendencia a considerar el ocio simplemente como un apéndice del trabajo.[3] La agradable satisfacción que las actividades recreativas proporcionan tiende a considerarse como si se tratara de un medio para el logro de un fin —el de aliviar a las personas de las tensiones causadas por el trabajo y aumentar su capacidad de trabajar—. No obstante, si preguntamos primero cuál es la función del ocio con respecto al

trabajo, disminuye la posibilidad de descubrir cuál es la función que desempeña para las personas. Señalar que en una sociedad enfocada al trabajo el ocio es la única esfera pública en la que los individuos pueden decidir basados principalmente en su propia satisfacción, constituye ya un paso adelante hacia esa posibilidad, un paso hacia la crítica de los enfoques sociológicos imperantes por sus limitaciones al abordar los problemas del ocio tanto desde el punto de vista teórico como práctico. No pretendemos sobrecargar este ensayo con una elaboración de esa crítica. Creemos mejor aprovechar el espacio de que disponemos para indicar hasta dónde se puede llegar si se superan esas limitaciones, pero, con todo, he aquí algunos puntos básicos:

1) Enfocar de modo prioritario los problemas del ocio desde la perspectiva del trabajo garantiza cierta coherencia en su tratamiento, pero ésta es debida en gran parte a un sistema común de valores y creencias el cual, por estar aceptado sin apelación, se mantiene incuestionable. No sería del todo injustificado decir que es la coherencia de una ideología del ocio: la que mantiene que lo auténticamente esencial, lo bueno y valioso en la vida de una persona, el núcleo de su existencia, es el trabajo que la persona hace. Durante las horas en que la gente no necesita trabajar hace cosas de menos valor o intrínsecamente inútiles, y la sociedad mira con indulgencia su inclinación a los placeres de la ociosidad. Pero fundamentalmente esto sólo lo hace para aliviarse del esfuerzo y la tensión del trabajo. La función principal de las actividades recreativas, según esta ideología del ocio, es la relajación que permite liberar a las personas de esas tensiones.

Tomada como un enunciado científico, esta clase de razonamiento: la idea de que las actividades recreativas han de considerarse como secundarias al trabajo, es, cuando menos, una hipótesis que exige ser revisada. Por el momento nadie parece tener una idea clara sobre cuáles son las tensiones laborales de las que la gente busca alivio en sus ratos de ocio, a menos que la frase se refiera simplemente al cansancio físico, en cuyo caso sería mucho mejor irse a la cama que al teatro o a un partido de futbol. Y dado que no sabemos qué clase de tensión es la que el trabajo produce en la gente, tampoco sabemos cómo actúan las actividades recreativas para proporcionar relajación. En lugar de aceptar ciegamente las convencionales hipótesis encarnadas en la lengua de todos los días, es mucho mejor sin duda alguna empezar de cero y decirnos a nosotros mismos: «He aquí un problema por resolver». No es necesario aceptar el tradicional argumento de que la función de las actividades recreativas es hacer que la gente trabaje mejor, ni siquiera la idea de que el objetivo del ocio esté sólo en función del trabajo. Esto parece sospechosamente un juicio de valor presentado como una declaración de hechos. Son numerosas las pruebas con que contamos para sugerir que es imposible entender las estructuras y funciones de las actividades recreativas si no consideramos éstas como fenómenos sociales por derecho propio, interdependientes con las actividades no recreativas pero,

funcionalmente, de valor no inferior, no subordinadas a ellas. Tanto las actividades calificadas de recreativas como las no recreativas desempeñan evidentemente diversas funciones para las personas. La tarea por hacer consiste en descubrir cuáles son esas funciones.

2) Probablemente sea un síntoma del mismo esquema tradicional de valores el hecho de que, pese al papel cada vez más importante de las actividades recreativas en la vida de las personas en sociedades como la nuestra, el ocio continúe siendo un área relativamente descuidada por la investigación sociológica. Otro ejemplo más de estas connotaciones evaluadoras puede hallarse en las declaraciones que insisten en que el ocio es «irreal», «fantasía» o simplemente una «pérdida de tiempo» e implican que sólo el trabajo es «real».[4] En la mayor parte de las teorías actuales sobre las sociedades se dejan notar los efectos de estas afirmaciones. Los modelos de relaciones humanas encarnados en sus conceptos (conceptos como *papel, estructura, función, sistema* y muchos otros por lo común utilizados) se elaboran primordialmente con la vista puesta en el tipo de relaciones humanas que se dan en lo que llamaríamos «las cosas serias de la vida», es decir, en la vida no recreativa. Rara vez toman en cuenta las relaciones algo distintas que, como veremos, se presentan en numerosas actividades recreativas. Si las teorías sociológicas no ofrecen ninguna explicación sobre las distintas clases de relaciones, como las que se detectan en el ocio y en el trabajo, difícil será decir que concuerdan con los hechos observables de la vida.

3) La tendencia a explicar las actividades recreativas por su función en tanto que medios para proveer a las personas de una «relajación de la tensión» o «recuperación de las tensiones laborales» es indicativa de un supuesto bastante difundido en los escritos sociológicos modernos: que las tensiones han de evaluarse como algo negativo. No son percibidas primariamente como hechos que se deben investigar sino como algo de lo que «hay que librarse». Así, los estudios que abordan el ocio en primer lugar como un modo de quitarse de encima las tensiones suelen tomar el camino equivocado; las evaluaciones *a priori* de sus autores ocupan el lugar de una verdadera investigación de las funciones. Si las tensiones se evalúan pura y simplemente como alteraciones de las cuales los seres humanos tratan de librarse, ¿por qué en su tiempo de ocio buscan con insistencia cómo acrecentarlas? En lugar de condenar las tensiones como un perjuicio, ¿no deberíamos intentar distinguir más claramente entre las tensiones sentidas como agradables y las que son desagradables? Es fácil ver que un denominador común de casi todos los acontecimientos recreativos es la capacidad que tienen de producir tensiones agradables. ¿Qué significa entonces que la función del ocio es relajarnos de las tensiones? Ésa es una de las preguntas que requieren ser examinadas.

4) Los análisis sociológicos de los problemas del ocio tienden a confundirse considerablemente en el uso de los términos. A veces, por ejemplo, no se establece una distinción clara entre «ocio» y «tiempo libre» como conceptos

sociológicos[5] y a menudo se utilizan ambos términos como intercambiables. Es muy amplia la diversidad de actividades a las que se aplican, diversidad de la que no existe una adecuada clasificación. Empero, sin ella el lugar del ocio en el tiempo libre de las personas y la relación entre las diversas clases de actividades de tiempo libre continúan sin esclarecer. El «espectro del tiempo libre» ha sido diseñado para intentar establecer esa clasificación.

5) Las deficiencias que hemos mencionado han afectado de diversas maneras el esquema y la dirección de las investigaciones en los problemas del ocio. Dos ejemplos pueden ser suficientes:

a) Los esfuerzos realizados en la investigación sociológica tienden a concentrarse sobremanera en determinadas áreas concretas de las actividades recreativas. Por ejemplo, los medios de comunicación masivos constituyen un tema favorito de investigación, en tanto que el teatro, el deporte, los bailes sociales, las salidas a los *pubs*, los conciertos, las corridas de toros y muchas otras actividades rara vez han recibido tratamiento como temas centrales de estudio. La concentración de las investigaciones en la televisión, la radio, los periódicos y otros medios de comunicación puede deberse en parte a su importancia como medios de socialización política y control social y, en parte también, a la idea de que, como actividades recreativas, ocupan más tiempo libre de las personas que otras. No obstante, aun cuando esto último fuera cierto, no debe aceptarse sin más investigación que el tiempo que la gente invierte en un determinado tipo de actividad recreativa sea necesariamente el indicador de la importancia que esta actividad tiene para ella. No es imposible imaginar que, en un periodo en que el tiempo libre ha aumentado más rápidamente quizá que la capacidad de las personas para emplearlo en su ocio, los medios de comunicación masivos sean hasta cierto punto formas de llenar el tiempo, es decir, de no hacer nada en concreto, y ésta sea una de las razones que expliquen la cantidad de tiempo dedicada a ellos.

b) No existe una teoría central del ocio que sirva como marco común para estudiar todos los problemas concretos de éste. Es dudoso que pueda desarrollarse en tanto la investigación empírica siga confinada en áreas muy limitadas de las actividades recreativas. Con una base tan frágil no es posible determinar ni explicar las características y funciones que todas las actividades recreativas tienen en común. No se puede decir qué distingue a las actividades recreativas como tales de todas las demás actividades humanas. Este ensayo está planteado como un paso en esa dirección. Es un paso hacia la elaboración de una teoría unificada del ocio. Como veremos, esclareciendo las características comunes de las actividades recreativas es posible también sacar a la luz las características que distinguen unas actividades recreativas de otras.

Observaciones críticas como éstas indican ya que es necesario reorientar de alguna manera el pensamiento para poder percibir las relaciones y diferencias existentes entre todas las diversas actividades de tiempo libre, entre ellas las actividades recreativas. El «espectro del tiempo libre» que presentamos en las siguientes páginas obedece al intento de perfilar estas relaciones y diferencias. Está pensado para aportar lo que hasta ahora ha faltado, es decir, una tipología suficientemente comprehensiva y detallada de las actividades de tiempo libre. Basta echar un vistazo para comprobar que las actividades recreativas no son sino una clase de actividades entre muchas otras. Al mismo tiempo, señala la relación entre el ocio y otras actividades de tiempo libre. Como puede verse, la distinción es obvia: todas las actividades recreativas son de tiempo libre pero no todas las actividades de tiempo libre son recreativas. Considerada en forma aislada, esta afirmación no es particularmente reveladora. Su importancia sólo se manifiesta en el contexto del esquema teórico más amplio ofrecido en este ensayo. Por extraño que resulte, sin este esquema teórico referido no se percibe con claridad que muchas actividades de tiempo libre no están consagradas al ocio o, para decirlo con otras palabras, sin él, el espectro adjunto no logra dar plenamente en el blanco.

Toda clasificación de los hechos observables que sea arbitraria es inútil. Si el esquema clasificador del espectro del tiempo libre no concuerda con los resultados de las investigaciones realizadas en este campo, podemos tirarlo a la basura; pero sólo si, sobre esa nueva base, somos capaces de elaborar otro más adecuado que lo sustituya. Tal como es, el espectro del tiempo libre señala al menos algunas características estructurales que enlazan entre sí las diversas clases de actividades de tiempo libre y las diferencia de las que no son de tiempo libre, el trabajo ocupacional. El esquema teórico básico que contiene pronto aparecerá en este ensayo. Comenzamos a elaborarlo en «La búsqueda de la emoción en el ocio» (capítulo I). Aquí lo desarrollamos más y lo aplicamos más exhaustivamente tanto a las actividades recreativas como a otras actividades de tiempo libre. No debe pensarse que la teoría unificadora subyacente en el espectro del tiempo libre constituyó un punto de partida *a priori* para el desarrollo de este esquema de clasificación. Sólo surgió de forma muy gradual en constante fecundación mutua con un rango cada vez más amplio de observaciones sobre las actividades de tiempo libre. Al igual que Briseo en relación con la Tierra, el pensamiento teórico sólo mantiene su fuerza como parte de la investigación sociológica si no pierde contacto con la *terra firma* de los hechos empíricos.

Hemos denominado «espectro» a la tipología que presentamos a continuación porque, al igual que los colores en el espectro del color, los diversos tipos de actividades de tiempo libre se matizan unos a otros; con frecuencia se

traslapan y funden. A menudo, combinan características de varias clases. Pero las propiedades de tales amalgamas, tanto las de los límites como las transicionales, sólo pueden ser entendidas partiendo de su carácter específico. Una vez que se comienza de nuevo y el problema está asentado, el descubrimiento de las características estructurales comunes en actividades recreativas aparentemente diversas, de las características que las distinguen en tanto que actividades recreativas de las actividades no recreativas, no plantea ninguna dificultad importante. Como ejemplo, como indicador de la dirección seguida por el hilo teórico que recorre todo el espectro, puede decirse que todas las actividades recreativas conllevan un descontrol controlado de las restricciones impuestas a las emociones. Las clases del espectro del tiempo libre en su conjunto, como puede verse, se distinguen por el grado de rutinización y desrutinización o, en otras palabras, por el distinto equilibrio entre las dos encarnado en ellas. La desrutinización va más lejos en las actividades recreativas, pero aun ahí es cuestión de equilibrio. Hay una estrecha relación entre la desrutinización y el descontrol de las restricciones sobre las emociones. Una característica fundamental de las actividades recreativas, no sólo en las sociedades industrializadas altamente ordenadas sino, hasta donde vemos, también en todas las demás clases de sociedades, es que el descontrol de las limitaciones impuestas a las emociones está en sí mismo social y personalmente controlado.

El espectro del tiempo libre[6]

1) Rutinas del tiempo libre

- *a)* *Satisfacción rutinaria de las necesidades biológicas y cuidado del propio cuerpo*: es decir, comer, beber, descansar, dormir, hacer el amor, hacer ejercicio, lavarse, bañarse, reponerse de las dolencias y enfermedades.
- *b)* *Rutinas de la casa y de la familia*: es decir, mantener la casa en orden, realizar las rutinas propias al levantarse por las mañanas, lavar la ropa, comprar ropa y alimentos, preparar una fiesta o reunión, declarar la renta, administrar los gastos del hogar y otras clases de trabajo privado (no ocupacional) para uno y la propia familia; lidiar con las tensiones familiares; alimentar, educar y cuidar a los hijos; cuidar las mascotas o animales domésticos.

2) Actividades intermedias de tiempo libre tendentes principalmente a satisfacer necesidades recurrentes de orientación y/o autorrealización y expansión.

- *a)* *Trabajo voluntario privado (i. e. no ocupacional) hecho principalmente para otros*: es decir, participar en asuntos de la localidad como en elecciones, actividades caritativas y eclesiásticas.
- *b)* *Trabajo privado (i. e. no ocupacional) hecho principalmente para uno mismo, de naturaleza relativamente seria y a menudo impersonal*: es decir, estudiar individualmente con miras a progresar en el lugar de trabajo, practicar aficiones técnicas sin un valor ocupacional obvio pero

que requieren perseverancia, estudio especializado y habilidad, como construir radios o la astronomía.

c) *Trabajo privado (i. e. no ocupacional) hecho principalmente para uno mismo, de naturaleza más ligera y que plantee menos exigencias*: es decir, practicar *hobbies* tales como la fotografía, el bricolage o coleccionar sellos.

d) *Actividades religiosas*.

e) *Actividades de naturaleza más voluntaria, menos controlada socialmente y a menudo casuales*: que van desde formas más serias, menos entretenidas de obtener conocimientos hasta las menos serias y más entretenidas, con muchos matices intermedios, como leer periódicos y revistas, escuchar una charla sobre temas políticos, asistir a clases de educación para adultos, ver programas informativos por televisión.

3) Actividades recreativas

a) *Actividades pura o principalmente sociales*.

  i) asistir como invitado a reuniones en cierto modo formales como bodas, entierros o banquetes, o a cenar a la casa de un superior;

  ii) participar en *leisure-gemeinschaften* relativamente informales con un nivel de emotividad franca y cordial considerablemente superior al de otras actividades laborales o de tiempo libre, por ejemplo reuniones en *pubs*, o fiestas familiares o vecinales.

b) *Actividades «miméticas» o de juego*

  i) participar en actividades miméticas (relativamente) organizadas como miembro de la organización, por ejemplo, en representaciones teatrales o en un club de críquet o de futbol. En tales casos se llega al núcleo de las actividades y experiencias miméticas desrutinizadoras y descontroladoras tras romper la coraza de rutinas y controles voluntariamente aceptados y compartidos. La mayoría de las actividades miméticas de esta categoría entrañan cierto grado de desrutinización y alivio de las tensiones mediante el movimiento corporal, es decir, mediante la movilidad;

  ii) participar como espectador en actividades miméticas altamente organizadas sin formar parte propiamente de la organización, con participación escasa o nula en sus rutinas y, por consiguiente, con poca desrutinización a través de la movilidad; por ejemplo, viendo un partido de futbol o una obra de teatro;

  iii) participar como actor en actividades miméticas menos organizadas, como bailar o practicar el montañismo.

c) *Actividades recreativas varias menos especializadas, en su mayoría de agradable índole desrutinizadora y con frecuencia multifuncionales*, como viajar en vacaciones, comer fuera de casa para variar, tener relaciones amorosas desrutinizadoras, quedarse acostado un domingo por la mañana, cuidar el propio cuerpo de manera no acostumbrada, tomando el

sol o paseando.

El espectro del tiempo libre representa un esquema de clasificación que señala cuáles son las principales categorías de actividades del tiempo libre en sociedades como la nuestra. Con su ayuda, es posible abarcar de un vistazo hechos a menudo opacados por la tendencia a considerar iguales las actividades de tiempo libre y las recreativas: unas actividades de tiempo libre tienen la naturaleza del trabajo, si bien de un tipo de trabajo distinto del trabajo ocupacional; otras actividades de tiempo libre, no todas en absoluto, son voluntarias; no todas son placenteras y algunas de ellas están altamente rutinizadas. Las características específicas de las actividades recreativas sólo pueden ser entendidas cuando son vistas no sólo en relación con el trabajo ocupacional sino también con las diversas actividades de tiempo libre no recreativas. Es en este sentido como el espectro del tiempo libre contribuye a precisar el problema del ocio.

El campo que el espectro del tiempo libre abre ante nosotros para ser explorado es bastante amplio. Como puede verse, es decisivo el grado de rutinización característico de sus diversas bandas. Entendemos por «rutinas» los canales recurrentes de acción, impuestos por la interdependencia de unos y otros, y que a su vez imponen sobre el individuo un alto grado de regularidad, constancia y control emocional en la conducta y que bloquean otros canales de acción aun cuando correspondan mejor al estado de ánimo, los sentimientos y las necesidades emocionales del momento. El grado de rutinización puede variar. En general, el trabajo ocupacional está altamente rutinizado, al igual que varias actividades de tiempo libre clasificadas en la categoría 1, un poco menos las clasificadas en la categoría 2 y aún menos las incluidas en la categoría 3.

Algunas otras actividades de tiempo libre, como puede verse, se traslapan con las actividades recreativas. A la larga quizá no podamos proseguir sin prestarles atención. Sin embargo, dado que sólo se puede proceder paso a paso, no es posible tratar aquí un número considerable de problemas planteados por el espectro del tiempo libre.

Ya se han mencionado las características distintivas centrales de las actividades recreativas. En una sociedad en que la mayoría de las actividades están rutinizadas con respecto a una constrictiva interdependencia entre grandes cantidades de personas y a los consiguientes tipos de objetivos personales e impersonales que demandan una clara subordinación de las necesidades emocionales inmediatas ante los demás o ante las impersonales tareas que hay que cumplir, las actividades recreativas proporcionan —dentro de ciertos límites— oportunidades para que la gente viva las experiencias emocionales que están excluidas de sus vidas debido al alto grado de rutinización. Las actividades recreativas son una clase de actividades en las cuales, más que en ninguna otra, la contención rutinaria de las emociones puede hasta cierto punto relajarse

públicamente y con el beneplácito social. En ellas puede el individuo hallar la oportunidad de sentir emociones placenteras de mediana fuerza sin peligro para él y sin peligro ni compromiso constantes para los otros, mientras que en otras esferas de la vida las actividades acompañadas de afectos poderosos y profundos comprometen a la persona más allá del momento en que se produjo la excitación de sus emociones, o bien la exponen a serios peligros y riesgos, si tales afectos no son antes bloqueados por completo mediante la rutinizada subordinación de los sentimientos personales inmediatos ante objetivos que están fuera de la persona. En las actividades recreativas, el respeto por uno mismo y, sobre todo, por la propia satisfacción emocional, en forma más o menos pública y al mismo tiempo aprobada socialmente, puede tener prioridad sobre todas las demás consideraciones.

Asimismo, el grado de compulsión social hacia la participación es notablemente más bajo, y el campo permitido para la voluntariedad y la elección individual en correspondencia más alto, en las actividades recreativas que en otras actividades de tiempo libre, las de la categoría 1 en particular, por no decir nada de las actividades ocupacionales. Una pendiente más o menos pronunciada de compulsión social —con muchas variedades y matices intermedios entre estos grados de compulsión y la voluntad individual— recorre todo el espectro, en el cual las actividades recreativas ocupan el extremo inferior. Tal como las entendemos aquí, las ocupaciones recreativas ofrecen más campo que todas las demás clases de actividades públicas para un goce personal de corto plazo, profundo y relativamente espontáneo. Representan una esfera de la vida que ofrece a las personas más y mejores oportunidades para la elección individual que ninguna otra. Todas proporcionan la posibilidad de sentir un placentero despertar de las emociones, una agradable tensión que los seres humanos pueden experimentar en público y compartir con otros seres humanos contando con la aprobación social y sin mala conciencia.

En numerosas ocasiones, el despertar de emociones agradables en las actividades recreativas está relacionado con determinados tipos de tensión placentera, con formas de emoción agradable específicas de esta esfera de la vida, si bien sería de esperar que estuvieran genéticamente relacionadas con otras clases de emoción. Como veremos, la emoción en el ocio entraña el riesgo de transformarse en estas otras clases. El riesgo —caminar al borde del abismo— forma parte de muchas actividades recreativas. A menudo es parte integral del placer o deleite.

Cómo y por qué las instituciones y los acontecimientos recreativos ofrecen oportunidades para este tipo de experiencia es uno de los problemas que exigen ser estudiados. Mientras tanto, puede afirmarse ya que esta función es un aspecto clave de la mayoría, por no decir de todas ellas. Todas entrañan la aceptación de algún tipo de riesgo. Tienden a desafiar la estricta reglamentación de la rutinizada vida de las personas sin poner en peligro su subsistencia ni su

posición social. Permiten que la gente se relaje o se burle de las normas que gobiernan su vida no ociosa, y que lo haga sin ofensa para su conciencia o para la sociedad. Implican que uno «juegue con las normas» como «se juega con el fuego». A veces van demasiado lejos. La reavivación emocional que este «jugar con las normas» proporciona merece un examen más atento, tanto por sí sola cuanto por lo que de ella podamos aprender sobre nosotros mismos.

III

Que las instituciones y los acontecimientos recreativos están estructurados para proporcionar una tensión placentera o, al menos, una estimulación agradable de las emociones junto con un grado de elección individual relativamente alto, es fácil de ver. La pregunta es: ¿cómo se las arreglan para proporcionar este tipo de experiencia y por qué ésta ofrece una determinada clase de reactivación emocional? ¿Por qué es esta necesidad de reactivación tan común y, al menos en sociedades como la nuestra, tan apremiante como para que la gente gaste sumas considerables de dinero en su búsqueda? ¿Qué función otorgan las personas a la reactivación concreta de las emociones que parecen esperar de sus ocupaciones recreativas? ¿Y qué relación de correspondencia existe entre la estructura de las instituciones y los acontecimientos recreativos y la estructura de los seres humanos, de las personas que buscan estas satisfacciones concretas participando en dichas actividades?

Con el fin de responder a estas preguntas de un modo general antes de considerarlas más detalladamente con la ayuda de algunos tipos concretos de actividades recreativas, será bueno analizar por un momento ciertas ideas aceptadas sin apelación y que son bastante comunes en las teorías sociológicas contemporáneas. Sin un examen crítico previo de estos supuestos no será posible explorar tales preguntas. Llegamos aquí a una de las áreas en que con claridad se manifiesta la influencia de la sociología del ocio sobre los problemas generales de la teoría sociológica y, en un sentido más amplio, sobre la imagen que tenemos de los seres humanos.

El mejor modo de emprender el examen necesario es hacerlo en dos pasos. El primero consiste en analizar ciertos significados, sugeridos por el uso actual en las teorías sociológicas, de conceptos como *normas* y *valores*. Según esta convención, nos inclinamos a pensar y hablar, por ejemplo, como si los seres humanos que forman una sociedad estuvieran regidos en todas sus actividades por un solo código de normas.[7] En cambio, es fácil ver que, de hecho, en sociedad la gente sigue a menudo normas diferentes en distintas esferas de su vida. Las normas, en otras palabras, están hasta cierto punto «ligadas a las esferas»: la conducta normal en determinada esfera puede ser una conducta desviada en otra. Si se considera el ocio como una esfera y el no ocio como otra,

esto es precisamente lo que se observa: en ambas los seres humanos siguen determinadas normas, pero las normas son diferentes, a veces contradictorias. Así, cuando Laurel y Hardy llevan a un cliente un árbol de Navidad y éste se atasca en la puerta, ellos arrancan la puerta y el cliente los golpea y todos se enfrascan como locos en una orgía de destrucción; nosotros nos reímos escandalosamente, aunque ellos y nosotros actuemos en contra de las normas que rigen la vida no recreativa: ellos por golpearse los unos a los otros, nosotros por reírnos de ello. En un combate de boxeo las normas de la vida no recreativa, como la que prohíbe atacar físicamente a otros, quedan suspendidas y otras normas ocupan su lugar. También las comunidades o clubes de bebedores elaboran sus propias normas concretas de ocio; por ejemplo, que se puede beber más pero no se debe beber menos que otros, y que puede uno emborracharse un poquito pero no demasiado. En resumen: no es posible determinar las interrelaciones funcionales de las actividades recreativas y no recreativas sin incluir en el modelo teórico la pluralidad de códigos interdependientes apropiados a cada una de ellas. Éste es el primer paso que hay que dar hacia la crítica de un cliché bastante extendido en la sociología contemporánea: la manida idea de que las normas de cada sociedad son monolíticas e inseparables.

Pero es preciso avanzar un poco más en el examen crítico de conceptos como *normas* y *valores*. Basta observarlos más de cerca para descubrir sorprendentemente cuán vago e impreciso continúa siendo el uso de estos términos. No se puede pasar por alto este hecho de manera absoluta, aun cuando sólo nos interese la sociología del ocio. Porque, tal como se emplea hoy, el término sociológico *norma* puede referirse a innumerables tipos de fenómenos: pura y simplemente a prescripciones morales consideradas válidas para todos los seres humanos, o a las normas seguidas en un grupo nacional determinado pero no en otros. Puede aplicarse a la lingüística. Alguien puede decir: «La primera persona del singular del verbo "ser" se construye "yo soy", no "yo ser"». O en otros casos (dado que las normas gramaticales no son de ninguna manera las únicas normas lingüísticas): «Debe pronunciarse "Beaver", no "Belvoir"».[8] O también puede referirse el término a las reglas de un juego. De modo que las normas no tienen por fuerza que adoptar la forma de prescripciones altamente generalizadas del tipo «Los soldados deben obedecer las órdenes de sus superiores», que Parsons menciona como ejemplo de su concepto de las normas;[9] también pueden ser el marco que permite los movimientos entrelazados de los jugadores sobre un tablero de ajedrez o sobre un campo de futbol. Así, durante un juego en concreto un jugador no podrá efectuar el movimiento A si su contrario es capaz de realizar el movimiento B, pero sí se le permitirá hacerlo si el oponente no está en posición de efectuar el movimiento B. A diferencia de las normas pertenecientes a la categoría de leyes morales, que muestran no estar ligadas por figuraciones concretas, las normas pertenecientes a la categoría de las que rigen los juegos sí están predeterminadas por las

figuraciones.[10] Éste es uno de los numerosos casos indicadores de que las afirmaciones sobre lo que la gente debe o no hacer no tienen por qué derivar del modelo generalizado que con frecuencia parece determinar el uso del término *norma* en el discurso sociológico, el modelo de una ley moral general para casos individuales idénticos. También pueden seguir modelos que representan un nivel de generalidad más bajo y un tipo distinto de abstracción, tal como sucede con las reglas de un juego. No hay razones, excepto las de una tradición filosófica nunca revisada, para suponer que menos generalidad sea lo mismo que menos valor epistemológico o científico.

Podemos examinar las características de diversas clases de normas, como las de leyes morales y reglas del juego, sin tomar en cuenta asociaciones evaluadoras de ningún tipo. Ambas son regulaciones sociales de los individuos que actúan en grupos. Sin embargo, la primera está diseñada conforme al modelo de regulaciones altamente interiorizadas. Al igual que sucede con los mandatos que nuestra conciencia nos dicta, las normas sociales de este tipo no parecen exigir ni soportar más explicación. Nadie se pregunta cómo se originan o si pueden cambiar y desarrollarse y, en caso afirmativo, qué las hace cambiar. Todos las concebimos como fuente primigenia de la acción social, la cual —como nuestra propia conciencia— no parece venir de ningún lado y, aunque hace que la gente se aglutine en sociedades, parece no descender ni depender de nada. Las normas de esta índole son como leyes generales para las decisiones que cada quien debe tomar por sí solo con independencia de los demás.

La otra categoría de normas que conviene considerar aquí, las que están concebidas a imagen de las reglas del juego, tienen en muchos sentidos características distintas. Si bien ambas categorías representan las regulaciones de los individuos que actúan en grupos, las normas del tipo de ley moral se centran en el individuo; las del tipo de regla de juego se centran en el grupo mismo. Al centrarse en el individuo aquéllas no se refieren explícitamente a grupos concretos. Las normas por las que se rigen los juegos, en cambio, sí son prescripciones explícitas para los individuos en grupos limitados concretos. Las primeras se refieren habitualmente a actos aislados de los individuos en un determinado momento; las últimas a la dinámica de entrelazamiento de acciones individuales, a estrategias individuales en la secuencia temporal, a los movimientos de los jugadores en una cambiante figuración de personas.

Además, mientras las primeras —de acuerdo con el modelo de la conciencia— se conciben en general como absolutas, rígidas e inalterables, las últimas representan un marco elástico para las actividades en grupo; elástico porque dentro de él cada jugador puede elaborar sus propias reglas o incluso reglas nuevas a medida que avanza. Así un jugador de futbol o de *netball** puede desarrollar su propia técnica, un estilo personal de jugar o, en otras palabras, unas normas que él mismo elabora y acata en las situaciones concretas de su experiencia durante los juegos. Un equipo de jugadores puede sentar las bases de

su propia tradición, una manera de jugar que incluya sus propias normas, lo que significa que son normas dentro de otras normas, es decir, dentro de las reglas conforme a las cuales se juegan todos los partidos de la Asociación de Futbol o de *netball*. Éstas, a su vez, son normas dentro de otras normas más amplias en muchos niveles, por ejemplo, dentro de las normas comunes para todos los jugadores aficionados que practican deportes establecidos por el Comité Olímpico, o dentro de las normas jurídicas de un país, las cuales pueden a su vez entrañar ciertas prescripciones morales no escritas consideradas válidas para todos los seres humanos, y así sucesivamente.

Con el tiempo se verá sin duda alguna cuán inadecuado es el concepto unidimensional de las normas basado en las prescripciones individuales altamente interiorizadas. No sólo el análisis de un determinado deporte en equipo sino también el análisis más atento de las recíprocas estrategias de los individuos en grupos revela generalmente que hay distintos niveles de normas —normas dentro de otras normas o reglas dentro de otras reglas—, los cuales varían conforme a los nuevos desarrollos y experiencias que tienen lugar en la sociedad. Las investigaciones empíricas como las del proceso civilizador y el desarrollo del futbol muestran a todas luces que, efectivamente, las normas se desarrollan como parte de la estructura de la sociedad.[11] Sin embargo, en las teorías sociológicas elaboradas hasta el momento, las normas se han considerado casi siempre como cuestiones absolutas, como el punto final de todas las preguntas: así es como las normas de la conciencia son percibidas en la inmediatez de la propia experiencia, aun cuando uno sepa —en el nivel de la reflexión— que se han asimilado e interiorizado por medio del aprendizaje a lo largo del proceso de socialización. No existe el punto cero que marque el momento en el que los seres humanos empezaron a practicar los juegos y tampoco existe, por tanto, ningún comienzo de las normas ni las reglas. El ser humano participa con otros desde el principio en un juego ya iniciado y junto con los demás, sépalo él o no, contribuye a cambiar las reglas conforme a las cuales juega.

IV

El segundo de los dos pasos antes mencionados consiste en utilizar los juegos como modelo para determinar la relación existente entre las actividades recreativas y las que no lo son. Procediendo de esta manera y descartando evaluaciones oscuras y no verificadas, puede resultarnos más fácil captar la relación entre ellas; quizás encontremos menos dificultades para comprender que ambos tipos de actividades no son simplemente actividades de los individuos sino de las personas agrupadas de manera concreta. Este punto se muestra obvio al estudiar las actividades recreativas de sociedades menos urbanizadas y

diferenciadas, que casi siempre son comunales. Menos obvio pero no menos correcto lo es cuando se refiere a las sociedades industriales urbanas y altamente diferenciadas, pese a que en ellas el campo ofrecido para la elección de actividades recreativas es mucho mayor. Pues con todo lo amplio que pueda ser, de ningún modo es ilimitado. La elección personal de las actividades recreativas en las sociedades más desarrolladas también depende de las oportunidades socialmente preconstituidas, y estas actividades son modeladas generalmente por una fuerte necesidad de estimulación social, de sentirse acompañado de manera directa o mimética en el ocio. La teoría sobre el ocio aquí presentada sería incomprensible si no se entiende con claridad que las actividades recreativas individuales son actividades sociales tanto en las sociedades altamente diferenciadas como en las más sencillas. Aun las que adoptan la forma de actividad en solitario están intrínsecamente dirigidas: bien de los otros a esa persona, como sucede cuando el individuo escucha un disco o lee un libro, bien de esa persona a los demás —estén o no presentes físicamente— como cuando escribe poesía o toca el violín a solas. Son, en resumen, comunicaciones recibidas o enviadas por individuos en figuraciones de grupos concretas. Esto es lo que se supone que los juegos han de transmitir. La naturaleza constitutivamente social de las actividades recreativas es menospreciada a menudo en las reflexiones sobre esta modalidad, al centrarse en la cuestión de si son «reales» o «meras fantasías». No es infrecuente, por ejemplo, encontrar afirmaciones como la de William Stephenson, para quien la distinción entre trabajo y juego «gira en torno a lo que es fantasía y en cierto sentido irreal, y lo que es real en el mundo, que es el trabajo».[12] También Roger Caillois mantiene algo parecido, pues insiste con frecuencia en la «irrealidad» de los juegos.[13]

Las dificultades intrínsecas en todas estas discusiones se deben básicamente a dos factores. El primero es la implícita valoración que a menudo decide qué se considera «real» y qué no. De este modo, la idea de que el trabajo es real y el ocio irreal está estrechamente relacionada con las tradiciones y los valores de una sociedad en la cual al trabajo se le otorga un lugar preferente mientras que el ocio es considerado como una frivolidad inútil. Los representantes de otras sociedades con distintos esquemas de valores, Aristóteles por ejemplo, para quien el ocio era más importante que el trabajo, difícilmente aceptarían que el primero fuera considerado «irreal». El segundo factor interviene al no tomar en cuenta el único contexto en que el término *real* tiene un significado fáctico, que puede comprobarse a la luz de pruebas verificables. Es decir, el empleo del concepto *real* como antónimo de los sueños y fantasías sobre todo de los locos, que no son comunicables en el sentido ordinario de esa palabra, que no tienen sentido para nadie excepto quizá para los doctores. En ese sentido, la «calidad de real» es una propiedad de todas las actividades humanas sujetas a la disciplina de la comunicación; la «calidad de irreal» lo es de todas las fantasías individuales no compartidas por los demás. Esta clarificación acaba con la división estática y

absoluta entre lo que es real y lo que es irreal pues abre el terreno a diferentes clases y grados de realidad. Implica que todas las actividades humanas que se basan en la comunicación, que son como los movimientos de un juego jugado por los seres humanos entre sí, son reales.

Indudablemente, son distintas las agrupaciones que las personas forman en sus actividades recreativas y en las no recreativas. Ésta es la diferencia que tratamos de expresar cuando decimos que tanto las unas como las otras son juegos que la gente juega por grupos de acuerdo con reglas variables. No hay duda de que en los juegos recreativos se concede a las fantasías y emociones de todo tipo un papel mayor que en la vida no recreativa de las personas, pero son fantasías socialmente estructuradas y comunicadas, fantasías que han cristalizado en una obra teatral, un cuadro, un partido de futbol, una sinfonía, una carrera de caballos, un baile o una apuesta. En contraposición con las fantasías puramente privadas y no socializadas, son tan reales en términos de los seres humanos que participan en ellas como lo es el cuidado de los hijos en el tiempo libre, o de la esposa o, para el caso, tan reales como el propio trabajo.

Tal vez podamos contribuir a que se entienda mejor esta clarificación tan simple cambiando ligeramente el uso de los términos. Pueden surgir dudas a la hora de considerar las pinturas, las novelas, las obras teatrales o las películas cinematográficas como «reales» en tanto que mentalmente las agrupamos bajo el membrete de «actividades recreativas»; pero quizá resulte más fácil aceptarlas como «reales» si mentalmente las agrupamos bajo el encabezado de «cultura», pues con frecuencia nos veremos impedidos para captar lo obvio a causa simplemente de las diferencias de valor ocultas en el significado de las palabras.

No obstante, si bien el hecho de que tanto las actividades recreativas como las no recreativas sean actividades sociales, juegos que las personas juegan en grupos, confirma su realidad: ambas son, sin embargo, juegos de naturaleza diferente. La tarea, entonces, consiste en determinar su interdependencia funcional en la sociedad así como sus características distintivas (de lo cual ya se ha dicho bastante hasta ahora). A comprender mejor las sociedades como la nuestra contribuye el hecho de ver que en este caso, como en otros, las personas juegan unas con otras no sólo uno sino varios juegos interdependientes y con reglas distintas. Los juegos recreativos y no recreativos son un ejemplo de esta complementariedad. Hay muchos otros. En algunos casos se juegan dos o más juegos simultáneamente, como sucede por ejemplo en el caso de las relaciones «formales» e «informales». En otros, varios juegos interdependientes se juegan en ocasiones distintas, como sucede en los «juegos de guerra» y los «juegos de paz». A esta última clase pertenece la relación entre las actividades recreativas y las no recreativas. Las características distintivas de los dos tipos de juegos, sus relaciones mutuas, así como las funciones de cada uno de ellos para quienes juegan, requieren un examen más a fondo. Es posible señalar brevemente algunos aspectos de estas diferencias. A este fin obedecía el espectro del tiempo

libre y los consiguientes comentarios que antes hemos presentado. Las actividades dominantes en los juegos no recreativos están marcadas por la consecución de un objetivo. Son como vectores en línea recta. Sus funciones primarias son funciones para otros, para «ellos», o para organizaciones impersonales como una empresa privada o el estado de una nación, aunque también desempeñan funciones secundarias para uno mismo. Esto puede, de hecho a veces lo logra, producir satisfacción mediante los mensajes y estímulos recibidos de los otros, pero la satisfacción personal de quienes se ven envueltos en el juego continúa siendo su función primordial. En ese sentido puede decirse que el ocio constituye un reducto para el egocentrismo socialmente permitido en un mundo no recreativo que exige e impone el predominio de las actividades centradas en lo otro o los otros. Mientras estas últimas están dirigidas a un objetivo y son como vectores, las primeras, figuradamente hablando, tienen la forma de «olas». Los sentimientos suscitados por las actividades recreativas se hallan entre extremos opuestos tales como el temor y el júbilo, y se mueven por así decirlo del uno al otro. En general, no es más que la inadecuación de nuestros conceptos tradicionales y de nuestras herramientas lingüísticas lo que hace difícil expresar y entender que, en las ocupaciones recreativas, sentimientos aparentemente antagónicos como el miedo y el placer, no sólo no se oponen (como «lógicamente» parece) sino que son partes inseparables de un proceso de gozo recreativo; pues las satisfacciones que el ocio proporciona sólo pueden ser conceptualizadas como procesos. En este sentido ninguna satisfacción puede obtenerse de las ocupaciones recreativas sin pequeñas dosis de miedo alternadas con esperanzas agradables, breves conmociones de angustia alternadas con otras presentidas de placer, las cuales, en algunos casos, por medio de este tipo de ondas, ascienden hasta alcanzar un clímax catártico en el que, temporalmente, todos los temores y ansiedades pueden resolverse dejando, sólo por un rato, el sabor de una agradable satisfacción.

Éste es el motivo por el que las distintas clases de excitación desempeñan un papel central en las actividades recreativas. Solamente así es posible entender la función des-rutinizadora del ocio. Las rutinas conllevan un alto grado de seguridad. Si no nos exponemos un poco a la inseguridad, a un riesgo más o menos en juego, las rutinas incrustadas en nosotros nunca podrían aflojarse, no podríamos quitárnoslas siquiera temporalmente, y se perdería la función de las actividades recreativas.

No obstante, ciertas actividades recreativas pueden perder su función desrutinizadora. Sólo la mantienen en relación con una serie dada de rutinas. Actividades que hoy tienen una tal función pueden rutinizarse si se repiten o se les impone un control demasiado rígido, con lo cual pierden la función de proporcionar excitación. Lo que pierden, en ese caso, es la función de proporcionar un poco de inseguridad, de satisfacer la expectativa de algo inesperado, así como el riesgo, la tensión y los ramalazos de ansiedad que la

acompañan. Estos altibajos, estas ondas cortas o largas de sentimientos antagónicos en el juego como esperanza y miedo, júbilo y abatimiento, son uno de los resortes de la revivificación de la que antes hablábamos. Incluso los preparativos para unas vacaciones en un lugar nuevo —que a primera vista puede parecer un placer directo— implican saborear *a priori* lo inesperado con que podemos encontrarnos allí y al mismo tiempo quizás el temor a la inseguridad, a la posibilidad de encuentros desagradables con personas antipáticas o alojamientos incómodos, o la esperanza de hacer amistades nuevas y encantadoras. Así pues, incluso en este caso hay punzadas de ansiedad mezcladas con un placer anticipado por lo que pueda ocurrir.

Puede verse ya que la interdependencia funcional del ocio y el no ocio (para el que no contamos por el momento con ningún término de clasificación adecuado), la relación entre las partes rutinarias de nuestras vidas y los enclaves des-rutinizadores dentro de ellas, sólo puede expresarse en términos de equilibrio. Las propias actividades recreativas podrían rutinizarse fácilmente, perder su funcionalidad si no hubiera nada más.

¿Y las rutinas? ¿Podríamos vivir una vida constantemente rutinizada sin enclaves recreativos? Plantear esta pregunta es poner el dedo en el meollo del problema. No queremos decir que no haya gente que no viva de esta manera. Es posible que en nuestras sociedades grandes cantidades de personas lleven una vida totalmente rutinaria, completamente anodina sin remedio: no sólo entre los ancianos, en quienes la falta absoluta de esparcimiento es bastante frecuente —en parte porque sus vidas se vuelven cada vez menos «reales» a medida que dejan de participar en los juegos del trabajo y no pueden o no saben abrirse a una adecuada participación en juegos recreativos—, sino también entre los adultos de mediana edad, aunque puede que menos entre los jóvenes. Hay pruebas de que la falta de equilibrio entre las actividades recreativas y las no recreativas entraña un empobrecimiento humano, un agostamiento de las emociones que afecta toda la personalidad. Tal vez pueden verse así con más claridad los peligros consustanciales en todas las clasificaciones que tachan de «irreales» las actividades recreativas.

Es posible dar un paso más en la búsqueda de por lo menos un modelo provisional de la función equilibradora de las actividades recreativas y no recreativas en sociedades como la nuestra. La tendencia hoy dominante a conceptuar esta interdependencia funcional entre el ocio y el no ocio con base en el relajamiento de las tensiones es engañosa, entre otras razones porque implica que tanto el trabajo ocupacional como las actividades altamente rutinizadas del tiempo libre producen tensiones, en tanto que la naturaleza de estas tensiones se mantiene en la oscuridad. De un modo vago, el término *tensión* aparece con frecuencia en este contexto como sinónimo de *fatiga* o *cansancio*. Sobre esta base, la naturaleza de las actividades recreativas, el hecho de que ellas mismas creen tensiones, que respondan a las necesidades de estimulación, a la búsqueda

de emoción, como hemos dicho antes, permanece incomprensible. ¿Qué clase de tensión es ésta que tiene su contrapeso y su resolución en la otra clase de tensión, que es suscitada y quizás agradablemente resuelta por las actividades recreativas?

V

No es posible responder a preguntas como éstas sin tomar en consideración aspectos del ocio que, según las investigaciones convencionales del momento, caen fuera del campo de la sociología. El problema con el que nos encontramos aquí se ha hecho sentir en este estudio. Ya es hora de sacarlo a la luz. ¿Es posible acaso —esta es la pregunta— elaborar una teoría razonablemente adecuada del ocio dentro del marco de cualquier ciencia humana aislada, como la sociología, la psicología o, para el caso, la biología humana, si las relaciones entre ellas siguen siendo tan oscuras como en el momento actual? De hecho, los problemas del ocio pertenecen a esa clase de problemas que, en la actual etapa de desarrollo de la especialización científica, caen no meramente entre dos sino entre varios compartimentos. No encajan plenamente en el marco de referencia de ninguna de estas ciencias tal como ahora están constituidas sino que, por el contrario, pertenecen a la tierra de nadie aún sin explorar que media entre ellas. Si la sociología es considerada como una ciencia que se abstrae de los aspectos psicológicos o biológicos de los seres humanos; si la psicología o la biología humana son tratadas como ciencias capaces de seguir su propio camino sin tomar en cuenta los aspectos sociológicos de las personas, los problemas del ocio serán hechos a un lado. De hecho, son los indicadores más claros que puede haber de las limitaciones inherentes a la compartimentación de los seres humanos como objeto de estudio científico. En su calidad de modelo de clasificación, el espectro del tiempo libre ya ha señalado que nunca será suficiente con distinguir los diversos aspectos de las personas aisladamente considerados, sin un marco global de referencia que indique la relación existente entre ellos. Este mismo defecto es el que aqueja a la actual manera de concebir las diversas ciencias sociales: que todas ellas, por separado, se ocupan de los aspectos humanos como si *de hecho* existieran independientemente unos de otros. La separación es total. No existe marco global de referencia que indique cómo embonan entre sí estos diversos aspectos. Al situar las actividades recreativas dentro del marco más amplio del espectro del tiempo libre, hemos indicado ya que los problemas a los que se ve enfrentado el investigador en este terreno, si bien exigen una distinción, no permiten que se establezca una separación entre los aspectos de las personas habitualmente adjudicados a una u otra de las diferentes ciencias sociales.

Si la gente va al teatro, a un baile, a una fiesta o a las carreras es, como ya lo

hemos dicho, porque en el ocio pueden optar por ocuparse de una manera que promete darles placer. Así, el placer de las personas, la perspectiva de un tipo concreto de estimulación agradable, es parte integral de la estructura social de estas instituciones, del teatro, de los bailes, de las fiestas, de las carreras y de todas las otras que han sido mencionadas a lo largo de este estudio. Los problemas del placer, podríamos decir, pertenecen al reino de la psicología o de la fisiología; los problemas del ocio, en cambio, caen en la esfera de competencia del sociólogo. A través de toda la historia de su ciencia, los sociólogos han tratado de establecer una distinción entre sus propios problemas y los estudiados por los psicólogos y los biólogos. Durante un tiempo fue indispensable asentar el hecho de que los fenómenos sociales constituyen un nivel de estudio con características distintivas propias. En ese sentido, la lucha de los sociólogos en pro de la relativa autonomía de sus temas ha resultado fructífera. Pero, cabe pensar, toda vez que esta autonomía está asentada ya con fuerza más que suficiente, es hora de que los sociólogos se preocupen no sólo por lo que distingue a sus problemas sino también por las relaciones entre éstos y los problemas de las disciplinas aledañas. Demostrado está que ha sido beneficioso para los sociólogos abstraerse en sus investigaciones de los problemas psicológicos y biológicos y, durante algún tiempo, seguir su propio camino en su intento de entender mejor a los seres humanos. Pero esta separación ha conducido, inevitablemente, al olvido de grandes conjuntos de problemas, uno de los cuales es el del ocio. El presente estudio es un ejemplo del bloqueo ante el que nos encontramos al querer tratar los problemas sociológicos sin mirar más allá de las fronteras de este campo. En el caso de los acontecimientos e instituciones recreativos, cuya *raison d'être* es una experiencia psicológica concreta, todo intento por abstraerse de ella tiene que acabar en derrota. Aquí, el estudio de la estructura social y el de las emociones no pueden llevarse a cabo en compartimentos estancos.

Esto no quiere decir, empero, que pueda fundirse un campo en el otro. A veces, los biólogos y los psicólogos se inclinan a pensar que, en última instancia, podrán resolver todos los problemas sociológicos en sus propios términos —es decir, biológicos o psicológicos—. En este sentido, la lucha de los sociólogos por la autonomía de sus propios problemas ha estado bien justificada. Quizá pensemos que ni siquiera todos los sociólogos contemporáneos son capaces de ver claramente la relativa autonomía, la irreductibilidad de los problemas sociológicos en relación con los de la biología y la psicología.[14] Evidentemente, existe mucha confusión respecto a cuál es la línea media entre la idea de que el estudio de la sociedad es totalmente autónomo y por ende sin relación con el de la psicología y la biología, y la idea de que los problemas de la sociedad como campo de estudio se resolverán antes o después únicamente mediante el estudio psicológico y biológico de los individuos.

El estudio del ocio, como hemos planteado, es uno de los muchos en los que no es posible descartar el problema de la relación entre los fenómenos del nivel

sociológico y los problemas de la psicología y la fisiología. Aquí es imposible eludir el análisis de todos los niveles, la obligación de considerar, al menos en líneas generales, cómo los tres niveles —el sociológico, el psicológico y el biológico— se interconectan en el estudio del ocio.

VI

Las teorías sobre los aspectos psicológicos y fisiológicos de las emociones son numerosas pero no puede decirse que todas sean coincidentes. Para nuestro propósito, puede bastarnos con señalar ciertos aspectos comparativamente elementales de sobra bien establecidos. En su forma más elemental, en los niños muy pequeños, las reacciones emocionales se muestran como una respuesta indiferenciada a la excitación, ligada probablemente, según las circunstancias, con sentimientos agradables o desagradables sin diferenciación emocional específica alguna. Las reacciones de miedo, amor e ira, otrora consideradas como el trío original de todas las emociones, surgen probablemente poco a poco del esquema de excitación generalizada como parte de un proceso de diferenciación. Pero, sea como fuere, un vistazo a las reacciones emocionales de los niños pequeños trae a la mente un hecho que a menudo se olvida si, al hablar de las emociones, se piensa sólo en las emociones de los adultos. En sociedades como la nuestra los adultos casi nunca muestran sus emociones. Sí lo hacen, en cambio, los niños pequeños de todas las sociedades. En ellos, el estado sentimental que llamamos «emoción» es un aspecto de un estado de agitación de todo el organismo en respuesta a una situación estimulante. Sentir y actuar —es decir, mover los músculos, los brazos, las piernas y quizá todo el cuerpo— aún no son términos divorciados. Puede decirse que éste es el carácter primario del estado sensible que denominamos emoción. Sólo poco a poco aparece en la experiencia de las personas como un estado de sentir: cuando aprenden a hacer lo que los niños pequeños nunca son capaces de hacer, es decir, mover los músculos —no actuar— en concordancia con el impulso emocional a actuar. En el discurso habitual hablamos de la gente que «controla sus sentimientos». Pero lo que en realidad se controla no son éstos sino el movimiento, la parte actuante de un estado de agitación de todo el organismo. La parte sentimental de este estado puede adoptar realmente la naturaleza de una emoción debido parcialmente a que no puede descargarse por medio de movimientos. Pero no podemos detener el sentimiento; sólo impedir o retrasar que actuemos conforme a él.

Por norma general, los adultos, al menos en sociedades como la nuestra, se acostumbran de tal modo a no actuar conforme a sus sentimientos que esta imposición se vuelve para ellos algo normal, el estado natural de los seres humanos, sobre todo a medida que se convierte en una represión casi

automática. No son capaces de aminorar ese control interno aunque deseen hacerlo. Han olvidado en gran parte lo difícil que para ellos fue en otro tiempo no hacer lo que les apetecía: cómo, cuando ellos eran niños, los adultos, frunciendo el ceño, con palabras duras y dulces y quizá con algo peor que las palabras, trataron por todos los medios de controlar sus acciones hasta que el control, conforme con la pauta habitual de su sociedad, dejó de requerir esfuerzo alguno. Se convirtió en una segunda naturaleza y en un componente lógico de su personalidad, como si fuera algo que ya traían desde el nacimiento. El grado y la estructura de este entrenamiento para el autocontrol varían de unas sociedades a otras según la etapa de desarrollo en que se encuentren. En general puede decirse que la socialización característica de las sociedades altamente industrializadas produce una interiorización más fuerte y firme del autocontrol individual y, como resultado, una coraza de autocontrol que funciona en forma relativamente uniforme y comparativamente moderada —pero sin muchos resquicios— en todas las situaciones y en todas las esferas de la vida.

Considerando que el ocio es uno de los pocos reductos en los que, aun en las sociedades industrializadas, pueden los individuos buscar —aunque con moderación y contando con la plena aprobación pública— excitación emocional e incluso mostrarla hasta cierto punto de una forma socialmente regulada, sería de gran utilidad para la investigación sociológica de los problemas del ocio hallar estudios psicológicos y fisiológicos de los diversos problemas de autocontrol que se han planteado aquí. Sin embargo, no sólo los sociólogos sino también los psicólogos y fisiólogos, aunque por razones diferentes, eluden el análisis de los problemas intermedios entre estos campos. Y tal como se concibe hoy, ni siquiera la psicología puede contribuir mucho a la solución de estos problemas. Existe una vasta bibliografía psicológica y fisiológica sobre los problemas del aprendizaje, pero es comparativamente escasa en lo que concierne a la estructuración de la personalidad por medio del aprendizaje. Igualmente, casi no se ha explorado todo el aparato de impulsos controladores que —como un desarrollo aprendido de las potencialidades humanas innatas— se interponen entre el recurrente ascenso de las pulsiones e impulsos emocionales desde niveles biológicos inferiores y el aparato motor del esqueleto hacia el que van dirigidos.

No es total la ausencia de pruebas concluyentes de tipo precientífico que apuntan en esa dirección. Hay al menos las suficientes para señalar, aunque no, naturalmente, para resolver el problema que muestra la relación entre el fenómeno del control social inducido de las emociones y la capacidad especial de reavivación emocional que tienen las actividades recreativas. Los autocontroles civilizadores que, en la vida de las sociedades altamente desarrolladas representan un papel comparativamente importante, no son el resultado de ninguna planificación deliberada y crítica. Como ya hemos mostrado,[15] han adoptado la forma actual de manera más o menos oscura a lo largo del tiempo. A

menudo se toma como un hecho aceptado, nunca sometido a demostración, que estos controles tienen necesariamente un papel que desempeñar en el funcionamiento de las sociedades industrializadas. Es de esperar que la creciente revuelta contra algunos de ellos, sobre todo en la generación más joven, contribuya a estudiar de forma más sistemática la cuestión de si los controles interiorizados así como las restricciones sociales externas tienen o no tareas positivas que cumplir para el funcionamiento de la sociedad y, en caso afirmativo, qué aspectos de tales controles tanto internos como externos son los que tienen esa función y cuáles no. Algunos problemas del ocio que hemos explorado aquí se relacionan estrechamente con una pregunta como ésta: ¿qué sucede en una sociedad donde la presión tanto de las restricciones sociales como de los controles estructurales internos sobre los individuos crece tanto que sus consecuencias negativas superan sus funciones positivas?

Hemos de posponer por el momento esta investigación. No obstante, esta breve digresión sobre algunos aspectos elementales del autocontrol permite abundar un poco más en lo que antes decíamos sobre la relación entre las actividades recreativas y no recreativas. Se recordará que la formulación más clara, aunque desde luego no la única ni ciertamente exhaustiva de las diferencias entre las dos clases de actividades, se refería a los dos tipos de función que todas las actividades tienen para los actores: es decir, una función (o funciones) para los propios actores y una función (o funciones) para otras personas —a veces, no siempre, funciones para una unidad social impersonal como puede ser una nación—. La diferencia entre las dos clases de actividades a que nos referimos, para decirlo en pocas palabras, es que en las actividades no recreativas la función para uno se subordina a la función para otros, mientras que en las actividades recreativas la función para otros queda subordinada a la función para uno mismo. En términos psicológicos esto equivale a decir que las actividades no recreativas siempre (no sólo cuando se trata del trabajo ocupacional sino también de actividades no recreativas realizadas en el tiempo libre, conforme a la clasificación del espectro presentado) demandan un grado de control emocional relativamente alto, pues la consideración hacia los otros es requerida por la interdependencia a menudo muy complicada de estas actividades con las actividades de otras personas. Por esta razón decíamos de ellas que están «rutinizadas». En contraste con las sociedades menos desarrolladas, en las nuestras, la mayor parte de las actividades imbricadas entre sí están reguladas con sumo cuidado y rigor. Sólo quien tiene la experiencia —directa por medio de la participación o indirecta por medio del estudio— de lo que significa vivir en una sociedad no tan bien regulada está en posición de valorar el relativo orden por el que se rigen las sociedades altamente desarrolladas y el papel que en ellas desempeña la interiorización comparativamente elevada de los controles en los individuos. Por otra parte, sea en la forma de conciencia, de ordenación más o menos obsesiva o de cualquiera de las consecuencias de la

socialización implícita para esta absorción de los controles sociales como parte de la personalidad del individuo, la interiorización de que hablamos produce sin duda una buena cantidad de frustraciones, angustias y sufrimientos así como probablemente algunas enfermedades.

Esto quiere decir que en las sociedades más avanzadas es doble el cerco de restricciones que mantienen la conducta de los individuos dentro de los límites de comportamiento del grupo: restricciones externas representadas, por ejemplo, por la ubicua amenaza de la ley y sus agentes, y controles internos representados por agentes controladores personales como la conciencia y la razón. Estos términos —que, al igual que tantos otros, aparecen casi como si fueran sustancias, «fantasmas en la máquina», en lugar de controles aprendidos de los demás y absorbidos como resultado de la socialización— denotan precisamente esa clase de impulsos que antes mencionábamos y que se interponen entre los impulsos más elementales, más directamente biogenéticos a los que llamamos pulsiones, afectos o emociones, y el aparato motor. Hacen que nos controlemos a nosotros mismos; es decir, nos ponen en condiciones para no mover nuestros músculos, para no actuar en el momento en que nos sentimos impulsados a hacerlo, o para actuar de un modo distinto del que nuestros impulsos y emociones espontáneos nos empujan. Así pues, no sólo nos permiten dirigir y regular cronológicamente nuestros movimientos de acuerdo con la compleja estructura de nuestras interdependencias; también nos libran del estallido de los impulsos momentáneos y aumentan nuestro margen de decisión. En contrapartida, al impedir que los impulsos, afectos y emociones busquen y encuentren satisfacción directa e inmediata, crean tensiones muy específicas.

No obstante, una ojeada a la bibliografía psicológica y psiquiátrica actual sobre los aspectos afectivos de la conducta y la experiencia humanas pone de manifiesto que, con muy escasas excepciones, la transposición de los hechos en teorías se ve obstaculizada por una tradicional manera de concebir al ser humano, concepción que, como marco de todas las proposiciones teóricas, se ve como más o menos irrevocable sin examinar nunca sistemáticamente su grado de adecuación. Ya nos hemos referido a ella antes. Se trata de la imagen que tenemos del individuo como si fuera una especie de máquina no social. A veces se representa con la metáfora de una «caja negra»: se puede observar cómo funciona pero no lo que sucede dentro de ella. En muchos casos, la suposición implícita es la de que la gente reacciona a estímulos específicos con respuestas concretas. Sobre la base de esta suposición, podemos llegar a creer que los seres humanos no reaccionarían así a menos que el estímulo o disparador produjera una pauta concreta de reacción. Sin embargo, son numerosas las pruebas indicadoras de que los seres humanos no se limitan a esperar pasivamente estímulos concretos. De hecho, cada vez disponemos de más testimonios que demuestran que, para funcionar satisfactoriamente, el organismo humano necesita de la estimulación, sobre todo de la que recibe estando en compañía de

otros seres humanos. No se ha dado a conocer plenamente la importancia que para nuestra manera de concebir a los seres humanos tienen las muchas experiencias obtenidas sobre los efectos del aislamiento extremo.[16] Éstas indican que la necesidad por parte del ser humano de sentir estimulación por medio de sus semejantes no se reduce sólo a la esfera concreta que llamamos sexualidad. Se trata de una necesidad de estimulación social más amplia, mucho menos especializada, que puede o no tener un origen libidinal. Es necesario explorar su génesis; pero, sea lo que sea, la «caja negra» no permanece inactiva cuando no es estimulada. Todos los seres humanos en plena constitución están dirigidos hacia otros seres humanos —hacia la estimulación emocional que sólo otros seres humanos pueden proporcionar, si bien son posibles sustitutos como las mascotas o las colecciones de sellos—. Quizá bastante más relevante para percibir la interdependencia entre los aspectos humanos explorados por psicólogos y psiquiatras, por un lado, y sociólogos por el otro, es llegar a entender que la «caja negra» no está cerrada, que está abierta y saca antenas listas a trabarse con las que otras personas proyectan igualmente, y que todas producen movimientos alternativos recíprocos.[17] En verdad, no es posible comprender la naturaleza de los impulsos y emociones si no se ve claro que tanto unos como otras representan un carril en una vía de doble sentido. Cada persona plenamente constituida tiende hacia los otros —hacia la estimulación emocional que le produce el contacto con los seres humanos—, y esta clase agradable de estimulación, la que se recibe al estar con otros, sea de hecho o en la imaginación, es uno de los elementos más comunes del placer recreativo. Si intentáramos resumir metafóricamente la diferencia entre la imagen de los seres humanos que nos brindan estas observaciones y la imagen de los mismos representada por la «caja negra», tendríamos que decir que el mejor símil —si pudiéramos comparar a las personas con cualquier artilugio mecánico— es el de alguien equipado con un transmisor y receptor de radio que constantemente envía mensajes que producen respuestas que esta persona a su vez puede recibir y responder a ellas. Dejen a un niño solo durante varios días en una habitación y vean lo que ocurre: «se marchita», por buena que sea la comida con la que se le alimenta. La razón es el corte en esta necesidad elemental del mencionado tráfico en doble sentido de todo eso que, aún en forma muy imperfecta, llamamos «impulsos» o «emociones», es decir el corte en seco de la necesidad que todos sentimos de recibir una respuesta emocional estimulante a nuestros mensajes emocionales. El sufrimiento, el dolor infligido a los niños pequeños es muy grande en verdad cuando se les corta o simplemente no se satisface a plenitud esta casi insaciable necesidad de llegar con los vectores de sus afectos a los demás, produciendo una respuesta de afecto que se fijará en ellos y que provocará, por su parte, una respuesta reforzada de los afectos, y así sucesivamente. En resumen, los vectores o cables que lanzamos a los otros en busca de un punto de amarre, llamémoslos «impulsos», «libido», «afectos» o

«emociones», son parte de un proceso interpersonal, social. Por lo que respecta a los niños, si estos procesos son interrumpidos o simplemente perturbados, todo el desarrollo de su personalidad, de manera más o menos grave, se verá perjudicado. En el curso del crecimiento, del «proceso civilizador» por el que pasan los individuos en sociedades como la nuestra, se les enseña a controlar de la manera más estricta y en parte automática la siempre perentoria necesidad de estimulación que se obtiene enviando y recibiendo mensajes emocionalmente importantes, y esta estimulación, para los más jóvenes, es tan vital como el alimento. En las sociedades avanzadas, los adultos tienen que reprimir con la mayor severidad durante su vida no recreativa la necesidad de enviar mensajes de naturaleza emocional. En esa esfera de sus vidas se ven impedidos para enviar y recibir mensajes en determinadas longitudes de onda. Las actividades recreativas, por otra parte, permiten un cierto margen de maniobra para la transmisión y, sobre todo, recepción de mensajes en esas longitudes de onda a las que crudamente nos referimos con el calificativo de emocionales. Pero, dado que el relajamiento de los controles en todas las sociedades humanas, especialmente en las complejas y tan bien ordenadas como la nuestra, entraña siempre algunos riesgos, la función descontroladora de las actividades recreativas que abre el camino para la estimulación de las emociones también está por su parte revestida de normas precautorias para hacerla tolerable desde el punto de vista social.

De todo esto surge con más claridad uno de los aspectos fundamentales de la relación entre las actividades recreativas y no recreativas. Tal vez pueda resumirse conceptualmente si hacemos referencia a una polaridad específica que recorre la vida entera en la forma de un fluctuante equilibrio de tensiones entre el control emocional y la estimulación emocional. La manifestación de este equilibrio de tensiones varía de unas sociedades a otras. En las de nuestro tipo, donde el control de todo el *continuum* de sentimientos, desde los impulsos de naturaleza animal hasta las emociones más sublimes, está, en parte, fuertemente interiorizado, el control externo de las emociones es relativamente moderado y la estimulación emocional proporcionada con la aprobación pública en las actividades recreativas es, en general, de carácter igualmente moderado. Ambas, entonces, requieren un considerable grado de madurez emocional.

Pero la breve alusión que antes hicimos al hecho de que la sociabilidad es, podríamos decir, un rasgo permanente de la vida de los niños, puede servir para que recordemos una de las principales funciones de las actividades recreativas en sociedades como la nuestra: que ayudan a aminorar la tremenda rigidez del autocontrol consciente o inconsciente que a todos como participantes nos imponen las actividades ocupacionales y no recreativas a las que en general tenemos que acomodarnos, permitiéndonos realizar en forma adulta actividades que son predominantes en la vida de los niños. Los psicoanalistas podrían hablar en este caso de una «regresión socialmente permitida» a la conducta infantil,

pero juicios como éste sólo revelan la inadecuación de toda teoría psicológica que mantenga la idea de que el comportamiento adulto es monolítico y sigue la misma pauta en todas las actividades. De hecho, al instituir el ocio, el propio desarrollo social ha permitido un cierto campo para la relajación moderada de los controles adultos, para un mesurado «descontrol» de los individuos mediante una estimulación igualmente moderada de los afectos; una sobria estimulación emocional que ayude a contrarrestar el sofocante efecto que fácilmente pueden tener los controles sin tales instituciones sociales.

VII

Ya se puede visualizar mejor la relación entre las actividades recreativas y no recreativas como un fluctuante equilibrio de tensiones. En las esferas de la vida altamente rutinizadas y bien reguladas donde la función «para nosotros» o «para ellos» domina sobre la función para uno mismo, damos cumplimiento a las exigencias de largo plazo impuestas por nuestras complejas sociedades y, en consecuencia, también por nosotros mismos. Pero lo hacemos a costa de diversas necesidades inmediatas y espontáneas y de su satisfacción. No decimos a nuestro jefe, nuestro cliente, ni siquiera a nuestro subordinado cuánto nos desagradan, cuánto los despreciamos o detestamos. Tampoco decimos a nuestra secretaria, nuestra compañera de otro departamento, nuestra cliente, agente de bolsa o de seguros cuánto nos gustan, lo atractivas que son y lo que nos gustaría salir con ellas. Son mil y una maneras de mantener a raya nuestras emociones. Y por una excelente razón. Si todo el mundo aflojara o perdiera el control, el entramado de nuestra sociedad se vendría abajo y todas las prolongadas satisfacciones que obtenemos de ella en términos de comodidad, salud, variedad de opciones de consumo y de satisfacciones recreativas y muchos otros privilegios de los que se carece en países menos desarrollados —y que nosotros a menudo no sentimos como tales— se perderían.

Nos hemos acostumbrado a creer, sin precisar más en modo alguno el modelo de relación, que la compensación por las relaciones de tipo impersonal que prevalecen en los sectores más altamente rutinizados de nuestra vida social nos la proporciona la familia. Hasta cierto punto, esto es probablemente correcto. La familia puede proporcionar equilibrios emocionales que contrarresten la relativa represión emocional exigida sobre todo en la vida ocupacional de las personas. De hecho, si consideramos la relativa pérdida de funciones que la familia como institución ha sufrido durante los procesos de urbanización e industrialización, podemos añadir que ha ganado otras al convertirse en uno de los agentes sociales para la satisfacción de las necesidades instintivas y emocionales de las personas en una sociedad en la que éstas, fuera de la vida familiar, están más controladas que en otros tipos de sociedades. Sin

embargo, hay muchas pruebas de que la familia por sí sola no basta para satisfacer todas esas necesidades severamente restringidas en otros campos. Una de las razones es que en nuestras sociedades la propia vida familiar se ha rutinizado mucho también, y aunque constituye un *locus* social para la relajación socialmente aprobada de las restricciones que mantienen a raya nuestros impulsos es necesario asimismo reconocer que, debido particularmente a la mayor igualdad de poder entre los sexos y las generaciones, ha producido nuevas clases de restricciones y nuevos tipos de tensión. Otra razón es el hecho de que, en el marco de la familia, la función compensadora —es decir la satisfacción de impulsos y emociones que ella proporciona— se asocia con un compromiso muy fuerte y casi ineludible. Este compromiso consta de tres niveles. De los tres, un anillo de boda es el típico de la mayoría de los compromisos en las sociedades más desarrolladas. Los esposos en su relación mutua, los padres en relación con sus hijos, están comprometidos unos con otros por todo tipo de presiones sociales, sin descartar las de los vecinos, los amigos y las de la ley. Los esposos están comprometidos entre sí y con sus hijos, como decimos, por el «sentido de la responsabilidad»; en otras palabras, por propia conciencia. También, en algunos casos, están comprometidos el uno con el otro emocionalmente por el afecto mutuo y quizá por el amor que se tienen. Es muy poco lo que sabemos sobre el modo en que estos tres niveles de compromiso familiar se afectan uno al otro. Con frecuencia se supone que son necesarios los dos primeros para que pueda formarse, o durar, el tercero de ellos. Si fuéramos sinceros con nosotros mismos diríamos que ignoramos casi todo sobre la naturaleza de la unión emocional duradera entre los miembros de una pareja. Aun cuando la satisfacción sexual tiene un papel en ella —y esto es característico del modo en que estamos hechos los seres humanos—, tan prolongada unión es muy diferente en su naturaleza del breve acto sexual. En teoría, apenas hemos comenzado a arañar la superficie en nuestra exploración de la naturaleza y las condiciones del compromiso emocional duradero entre dos seres humanos. Si es mutuo, constituye probablemente una de las experiencias humanas más satisfactorias, pero hay que matizar esta afirmación pues, en lo que respecta al problema del amor, resulta extremadamente difícil pasar del ideal a la realidad. Igualmente, apenas hemos comenzado a explorar la relación entre los efectos de las presiones institucionales sobre el compromiso emocional y el compromiso por propia conciencia. Incluso alcanzar esta etapa de clarificación conceptual ha resultado difícil. Si pudiéramos ir un poco más adelante, si supiéramos más sobre la interdependencia funcional de estos tres niveles de compromiso en la familia, estaríamos en situación de enfrentar y dominar las cambiantes condiciones de la vida familiar más realistamente de lo que podemos hoy. No obstante, como quiera que sea, ahora comprendemos mejor la peculiar naturaleza del ocio como espacio en el que, comparado con la familia, se puede obtener gratificación emocional sin ninguno de estos compromisos, mientras que en aquélla puede

hallarse otro tipo de compensación emocional pero sólo ligada a compromisos emocionales y de otras clases.

Si no se hace referencia al hecho de que las actividades recreativas no demandan obligatoriamente ningún compromiso, no pueden entenderse correctamente las funciones que realizan en la vida de las sociedades industrializadas. Las satisfacciones instintivas y emocionales proporcionadas en el seno de la familia van de la mano de fuertes restricciones normativas e institucionales. Por ser de larga duración, estas satisfacciones suelen rutinizarse en cierta medida. Las satisfacciones personales están parcialmente subordinadas a la consideración hacia otras personas, que son, a su vez, quienes proporcionan tales satisfacciones. Las satisfacciones recreativas están muchísimo más confinadas al momento. Son altamente transitorias. Al mismo tiempo, ofrecen la posibilidad de contrarrestar las restricciones emocionales, la ausencia comparativa de estimulación emocional que puede expresarse abiertamente, característica de los principales sectores de actividad de la gente en sociedades más diferenciadas por otro tipo de actividad cuya función primordial es la de proveer placer por y para uno mismo. Pueden contrarrestar las restricciones emocionales normales sin ningún otro compromiso que el que el individuo esté dispuesto a aceptar voluntariamente en un momento dado. Pero esta misma ausencia de compromiso, combinada con un alto grado de estimulación emocional, las cuales, juntas, confieren a muchas actividades recreativas las características a las que nos referimos con el término *juego*, plantea problemas específicos.

Ya hemos aludido al hecho de que, en todas las sociedades más o menos bien ordenadas, las situaciones que estimulan emociones fuertes son tratadas con desconfianza, especialmente por los responsables de mantener el orden. Lo antes dicho sobre la naturaleza de las emociones como fuerzas vectoriales de acción explica esta tendencia. Bajo la influencia de sentimientos poderosos, los individuos tienden a actuar de una manera que ni ellos pueden controlar y que, por tanto, también para los guardianes del orden público puede resultar difícil de controlar. En cualquier sociedad y particularmente en una altamente compleja en la que ha de mantenerse la ensambladura de las actividades mediante largas cadenas de interdependencias, todas las áreas deberán estar generalmente cercadas por regulaciones y sanciones con el fin de impedir que el estímulo de las emociones se nos vaya de las manos. Ya hemos mencionado el modo en que la mayoría de las sociedades aúnan la legitimación de la satisfacción sexual y otras satisfacciones emocionales dentro del marco de la familia con un entrenamiento socializador, con creencias, con restricciones y prohibiciones directas que contrarresten los peligros que para los demás puede tener la liberación de las fuerzas instintivas y emocionales en una persona. Quizá no siempre se comprende plenamente que en lo que respecta a las actividades recreativas se plantean los mismos problemas. Ya hemos dicho que en muchas de ellas está

presente como característica central un elemento de riesgo, un «jugar con fuego». A primera vista puede parecer que el riesgo sólo lo corre quien participa en una determinada actividad —el riesgo de perder la apuesta para el que juega a ello, el de las carreras de coches para el que conduce—. Pero no acaba aquí la historia. Las actividades recreativas, como hemos tratado de demostrar, constituyen un enclave en el que, hasta cierto punto, pueden relajarse los controles emocionales, estimularse la excitación y expresarse abiertamente. Pero en las sociedades tan bien reguladas como la nuestra, la legitimación de cualquier disminución del autocontrol entraña riesgos no sólo para las personas que participan en ellas directamente sino también para otras, para el «buen orden» de la sociedad. Al investigar el desarrollo del futbol, por ejemplo, descubrimos que en la Edad Media los reyes y las autoridades de los pueblos trataron durante siglos de acabar con los partidos de futbol, entre otras razones porque casi invariablemente terminaban con derramamiento de sangre o, si se jugaban en las calles del núcleo urbano, por lo menos con innumerables cristales rotos.[18] La incapacidad de las autoridades para lograr poner fin a todo esto se debió en gran parte al hecho de que la gente obtenía mucho placer en la emoción del juego, en el debilitamiento de las restricciones. Simplemente, la organización para el control por parte del Estado no fue lo bastante eficaz para contrarrestar la atracción que la exaltación emocional del juego ejercía sobre los jugadores.

Hoy, la eficacia del poder restrictivo del Estado es mucho mayor, y hay que recordar precisamente este aumento para comprender algunas de las características estructurales y de los problemas recurrentes que presentan las actividades recreativas en nuestra época. El equilibrio de tensiones entre el deseo de estimulación emocional por parte de quienes participan en actividades recreativas y las autoridades estatales que los vigilan para que este relajamiento del control no provoque daño alguno a quienes buscan el ocio ni a los demás, es una característica tan fundamental de la organización y la conducta de las actividades recreativas de hoy como de las sociedades medievales que hemos mencionado. Pero el hecho de que el control por parte del Estado haya aumentado su eficacia con respecto al pasado no deja de tener consecuencias para estas actividades. Por el momento, bástenos señalar que la necesidad de un alto grado de regulación parece haber motivado una tendencia mayor hacia la sofisticación y sublimación de las respuestas emocionales que las instituciones recreativas tienen el fin de provocar. De ningún modo puede entenderse el aspecto mimético de las ocupaciones recreativas de nuestro tiempo sin tomar en cuenta el hecho de que muchas, aunque no todas, pese a lo que pueda parecer, ya no están llamadas a satisfacer necesidades emocionales instintivas en su forma más elemental sino series complejas de demandas afectivas en las que entra en juego una mezcla de sentimientos compuestos. Por otra parte, el hecho de que el control por parte del Estado sea ahora mucho más eficaz significa, asimismo, que su funcionamiento es más uniforme y predecible. A menudo

opera solamente como un «vigilante en los extremos», confiando en gran parte en el autocontrol de los vigilados. Muy fragmentarios serán todos los análisis sociológicos de las actividades recreativas que no tomen en cuenta el hecho de que dos de los tres niveles de compromiso antes mencionados con respecto a la familia también desempeñan el papel de marco de control en las actividades recreativas.

VIII

A la luz del esquema teórico que antes comenzamos a establecer, se vuelve más visible la unidad estructural oculta tras la variedad de ocupaciones recreativas. En el centro se levanta la separación asaz rígida impuesta por la naturaleza de las sociedades altamente diferenciadas sobre sus miembros, entre una esfera de la vida social en la que predominan las actividades y experiencias dirigidas hacia objetivos impersonales —donde las funciones de todo lo que uno hace por los otros tienen absoluta prioridad sobre las funciones para uno mismo y donde las satisfacciones emocionales están estrictamente subordinadas a la fría reflexión— y una esfera en la que prevalece el orden de prioridades contrario: se debilitan los procesos de pensamiento relativamente impersonales y no emocionales; se refuerzan los procesos emotivos, y se otorga mayor peso a las funciones de lo que uno hace para sí mismo que a las de lo que uno hace por los otros. Las actividades recreativas cumplen estas funciones con una diversidad de medios. A falta de un término mejor, los llamaremos *los elementos del ocio*. Básicamente, son tres: sociabilidad, motilidad e imaginación. Si miramos la clasificación de actividades recreativas presentada en el espectro del tiempo libre, al momento veremos que no hay ninguna en la que no esté presente alguna de estas formas elementales de activación emocional. También veremos que a menudo se combinan dos o tres de estos elementos, aunque en cualquier actividad determinada uno puede dominar sobre los otros. A su manera, cada uno de estos elementos puede servir para relajar los controles que, en la esfera no recreativa, mantienen rígidamente a raya las propensiones afectivas de las personas. Estudiarlos nos lleva de nuevo al modelo general de los seres humanos según el cual éstos se hallan en un inestable equilibrio de tensiones entre una esfera en donde la actividad intelectual impersonal y el control de las emociones que va con ella de la mano prevalecen sobre la activación de las actividades emocionales, y otra esfera en la que predomina la excitación agradable de tales procesos emocionales y disminuyen los controles inhibitorios. Para ilustrar las funciones de estos elementos del ocio consideramos suficiente discutir aquí dos de las esferas primarias de las actividades recreativas en sociedades como la nuestra: las hemos denominado esfera de la «sociabilidad» y esfera «mimética».

1) La sociabilidad como elemento básico del ocio desempeña un papel en la

mayoría de las actividades recreativas, si es que no en todas ellas. En otras palabras: un elemento del goce es la estimulación agradable que se experimenta al estar en compañía de otros sin compromiso alguno, sin ninguna obligación para con ellos salvo las que uno esté dispuesto a aceptar. Esta clase de estimulación está presente si vamos a las carreras, si nos entrenamos para un torneo de atletismo, si vamos a un casino de apuestas, a una carrera, a un baile o hasta a un restaurante con nuestra pareja: incluso allí, como hemos dicho antes, el hecho de comer fuera de casa entre otras personas, aun cuando no conozcamos a ninguna de ellas, es parte de nuestro goce, aunque este elemento sea secundario con respecto a otros elementos presentes en la situación recreativa. La sociabilidad representa el papel primordial en reuniones como las fiestas, las salidas a tomar unas copas, las visitas a los amigos, etc. Podemos hallar numerosas observaciones incidentales sobre los problemas de la sociabilidad en la bibliografía sociológica; y, sin embargo, hay una ausencia total de estudios sociológicos basados en una teoría consistente del ocio que se ocupen como tema central de este tipo de problemas. Es fácil darse cuenta de lo importante que es esta clase de estudios para poder elaborar una teoría de la sociedad. Muchas reuniones sociales tienen las características de lo que, a falta de una palabra mejor, podemos llamar *leisure-gemeinschaften*: ofrecen oportunidades para una integración más íntima en un nivel de emotividad abierta e intencionadamente amistosa, muy distinta de la que se considera normal en los contactos de trabajo y en otros igualmente no recreativos. Fáciles de observar pero no tan fáciles de conceptualizar son estas diferencias que existen entre el nivel emocional de encuentros sociales tales como un *gemeinschaften* en un *pub*, una fiesta o la sociabilidad de beber unas copas en un comedor de oficiales y la que se da en agrupamientos no recreativos tales como una asamblea de trabajadores o una reunión de comité. Quizá no sea inadecuado aplicarles, para abreviar, el concepto de *Gemeinschaft*, con un significado ligeramente distinto del que tenía en el uso tradicional. Teniendo en mente los ejemplos que acabamos de ofrecer, resulta fácil desechar las connotaciones románticas tradicionalmente asociadas con este término. Quienes, en sus ratos de ocio, hallan satisfacción en unirse a un *pub-gemeinschaft* o disfrutan yendo a fiestas que fomentan la integración en un nivel superior de emotividad abierta y más o menos amistosa, no necesariamente tienen la misma configuración mental de quienes románticamente anhelan el regreso al *Gemeinschaft* de tiempos pasados. Hay una relación estructural de varias clases —que es necesario discutir aquí— entre las tendencias hacia el *gemeinschaften* recreativo en las sociedades urbanas industrializadas y el anhelo romántico por el *gemeinschaften* rural, pero las diferencias son bastante claras. Es dudoso que hoy los adultos que gustan de formar entre sí *gemeinschaften* recreativos de forma recurrente pero transitoria desearan darles permanencia excluyendo las relaciones emocionalmente más limitadas que prevalecen en sus vidas no recreativas. No es

improbable que muchas personas que disfrutan de las reuniones sociales en su tiempo de ocio no las disfrutaran tanto o quizá nada si se convirtieran en una forma permanente de vida. La alternancia característica entre participar en un *gesellschaft* no recreativo y en *gemeinschaften* recreativos temporales en la vida de muchos adultos, indica el carácter complementario de los dos tipos de relaciones que se dan en sociedades como la nuestra.

Así concebido, el término *gemeinschaften* recreativo abre ante nosotros un amplio campo para la investigación. En las sociedades industrializadas estos enclaves transitorios de mayor afectividad abierta y de integración relativamente espontánea aunque no permanente se encuentran entre las instituciones comunes y socialmente normadas en las que con bastante regularidad se canalizan las exigencias recreativas de muchas personas. Aquí, en contraste con las instituciones recreativas miméticas, la gente se reúne sin poseer necesariamente determinadas habilidades especiales, sin «actuar» para los otros ni para sí mismos (aun cuando esto puede ocurrir alguna vez); simple y llanamente para disfrutar de la mutua compañía, es decir, para gozar de la calidez emocional, la integración social y la estimulación que produce la presencia de otros —una estimulación en juego, sin compromisos serios y sin los riesgos consustanciales a ellos— en un nivel superior a los que son posibles en cualquier otra esfera de la vida.

Al mismo tiempo, la sociabilidad recreativa, como las actividades miméticas, muestra las características estructurales específicas de las sociedades industrializadas. Los *gemeinschaften* recreativos contrarrestan en particular la rutinización intrínseca en los contactos relativamente impersonales que predominan en las esferas no recreativas de estas sociedades. En ellas, las barreras emocionales entre las personas, como las autorrestricciones emocionales exigidas a los individuos, son generalmente altas. La existencia de *gemeinschaften* recreativos de varias clases señala la constante necesidad de bajar tales barreras, de contactos humanos en un clima de emotividad más abierta con una notable preponderancia, de intención ya que no siempre de hecho, de los aspectos positivos de relaciones en otro caso ambivalentes. Pero, una vez más, en los *gemeinschaften* recreativos, al igual que en otros acontecimientos de este tipo, el descenso de las barreras, el aumento en el nivel de emotividad como contrapartida a la incrustación de las rutinas, conlleva un cierto riesgo. Como casi todo el mundo sabe, siempre se puede traspasar el límite de desrutinización socialmente permitido.

Para los fines de este ensayo no es necesario hablar de todas las posibilidades de investigación que ofrece este enfoque del problema de la sociabilidad en el ocio. No obstante, sí merece ser estudiada con relativa calma un área de problemas por investigar. En ambos casos, el placer que las personas obtienen en reuniones sociales parece acentuarse por el hecho de consumir en grupo bebidas alcohólicas. ¿Cuál es la función del alcohol como ingrediente normal en muchas

de tales reuniones? Si la satisfacción derivada de los encuentros sociales tiene que ver con el derribamiento de las barreras entre las personas, con un aumento placentero del nivel de emotividad, ¿por qué necesitan beber para propiciar o, al menos, potenciar los placeres de la sociabilidad? ¿Puede decirse que beber en grupo cumple una función integradora? ¿Qué satisfacción esperan obtener las personas cuando participan en tales *gemeinschaften* de la bebida? ¿Cuáles son las características comunes de estas reuniones? ¿Cuál es su curso normal y cuál el óptimo? ¿Qué cursos son los que causan decepción o disgusto? Y el hecho de beber en grupo ¿bajo qué condiciones desempeña una función desintegradora en lugar de integradora?

Si nuestras suposiciones provisorias son correctas, también en este caso se verá que lo que las personas esperan de sus ocupaciones recreativas no es sólo, como suele decirse, «relajación», sino más bien estimulación y alboroto. De nuevo, los enfoques médicos a problemas como éstos nos parecen incompletos sin las correspondientes investigaciones sociológicas. Hay una considerable cantidad de pruebas que indican que también en este tipo de actividad recreativa lo que la gente busca es una estimulación y excitación agradable de las emociones, es decir, el reforzamiento de determinadas clases de tensión estando en compañía de otros.

Esta necesidad aparentemente bastante extendida en los seres humanos de sentir la estimulación que sólo otros seres humanos pueden proporcionar es fácil pasarla por alto si, como a menudo sucede en el enfoque médico tradicional, se considera el organismo de las personas como un sistema autocontenido. Ésa es la razón por la cual los intentos de la medicina por explicar la bebida como un ingrediente normal de las reuniones recreativas suelen ser inapropiados en cierto modo. Para explicar las funciones sociales de la bebida no basta de ninguna manera con decir que «la depresión de los centros inhibidores del cerebro» debida al consumo de alcohol «produce un sentimiento transitorio de bienestar». Si sentirse bien fuese lo único que la gente buscara tomando alcohol, igualmente podrían quedarse en sus casas a beber unas copas. Es mucho más probable que la gente beba alcohol en compañía porque al deprimirse los centros inhibidores del cerebro se facilita la estimulación amistosa y recíproca en un nivel relativamente alto de emotividad, lo cual constituye la esencia de la sociabilidad recreativa. Una o dos copas permiten a los individuos aflojar con relativa rapidez el corsé con frecuencia demasiado apretado de sus represiones y abrirse de este modo a la mutua estimulación que contrarresta la relativa soledad de la persona plenamente encorsetada y sus compromisos y rutinas de la vida no recreativa, incluida la vida familiar. Así pues, al igual que muchos otros acontecimientos recreativos, los *gemeinschaften* recreativos, reforzados por la bebida, posibilitan las oportunidades para elevar el nivel de la emotividad sincera en público, ante la presencia de otros. Generalmente se espera que la excitación así generada no rebase ciertos límites. Como ocurre en otros acontecimientos recreativos, puede

desbordarse. El riesgo siempre está presente. Bien puede ser que también en este caso el «jugar con fuego» forme parte del placer. Al igual que en otras diversas actividades recreativas, este jugar con fuego, este riesgo, parece aumentar la tensión agradable y, en ese sentido, el goce de los *gemeinschaften* recreativos. El hecho de acercarse al límite de lo socialmente permitido y traspasarlo a veces: en resumen, romper un poco los tabúes sociales en compañía de otros probablemente añada «sabor» a este tipo de reuniones.

La ubicuidad de los enclaves en que los seres humanos puedan «aflojarse recíprocamente sus corsés» en compañía de otros hace pensar que las necesidades de estimulación emocional, aun cuando ésta no sea muy definida ni acuciante sino relativamente leve, son mucho más fuertes y generalizadas de lo que habitualmente se reconoce. Es evidente que la ingestión de alcohol ayuda a las personas que, sin él, tal vez no podrían pasar con tanta rapidez —o quizá no pudieran— de las reuniones dominadas por contactos relativamente impersonales, por tareas altamente rutinizadas y por objetivos o tareas fuera de sí mismos, a la compañía relativamente menos bien ordenada y más personal del *gemeinschaft* recreativo sin otro objetivo que él mismo.

2) Han quedado claras las características distintivas de la sociabilidad como esfera del ocio. Quizá las características de la clase de actividades recreativas que hemos denominado miméticas sean menos claras y necesiten algunos comentarios. El término *mimético* subraya el hecho de que varias instituciones y actividades recreativas por lo general clasificadas en un nivel inferior de generalidad poseen determinadas características estructurales en común. En el sentido en que lo utilizamos aquí, el término se refiere al hecho de que los acontecimientos y actividades agrupados bajo ese nombre comparten las siguientes características estructurales: suscitan emociones estrechamente relacionadas, aunque un poco distintas, con las que los individuos experimentan en el curso normal de su vida no recreativa. En el contexto de los acontecimientos miméticos, las personas pueden experimentar, y en algunos casos actuar movidos por el miedo y la risa, la angustia y el amor, la empatía y la enemistad, la amistad y el odio, así como por muchas otras emociones y sentimientos también presentes en su vida no recreativa. Pero en este contexto mimético todos los sentimientos y, llegado el caso, los actos emocionales conectados con ellos, son traspuestos a otra frecuencia, con lo cual se vuelven menos punzantes. Incluso el miedo, el horror, el odio y otros sentimientos que comúnmente están lejos de ser agradables, junto con sus correspondientes acciones, trasladados a la escena mimética se relacionan, en mayor o menor medida, con sentimientos de gozo. La experiencia y la conducta humanas en el contexto mimético representan, así pues, una trasposición específica de las experiencia y la conducta características de los llamados asuntos «serios» de la vida, independientemente de que este término se refiera al trabajo ocupacional o a otras actividades del tiempo libre.

La palabra *mimético* expresa esta especial relación entre los asuntos no miméticos de la vida y esta categoría de actividades recreativas. No significa que las últimas sean una imitación de aquéllos, ni un reflejo tampoco. Se refiere al hecho de que, en el contexto mimético, el comportamiento y las experiencias emocionales de la vida ordinaria adquieren una tonalidad diferente. Aquí, las personas pueden experimentar y, a veces, dar salida a sentimientos poderosos sin incurrir en ninguno de los riesgos normalmente relacionados con todas las actividades realizadas bajo el efecto de una excitación emocional fuerte, de manera especial en las sociedades con un alto índice de civilización pero también, hasta cierto punto, en todas las demás. De hecho, provocar un determinado tipo de emoción es la esencia de todas las actividades recreativas miméticas. Fuera del contexto mimético, la estimulación de una emoción poderosa y su manifestación en público por medio de una conducta excitada están en general controladas de forma severa; fuertemente encerradas tanto por los controles sociales como por la propia conciencia individual. En el contexto mimético, la emoción agradable, siempre que no se extralimite, puede mostrarse con la aprobación de nuestros semejantes y de nuestra propia conciencia. Pueden experimentarse el odio y el deseo de matar, lo que se siente al derrotar a los contrarios y humillar a los enemigos. Puede compartirse la experiencia de hacer el amor con los hombres y mujeres más deseables, la terrible ansiedad por la amenazadora derrota y el júbilo sin tapujos por la victoria. En resumen, puede tolerarse hasta cierto punto el ascenso de sentimientos fuertes muy diversos en sociedades que, por otro lado, imponen a las personas una vida de rutinas relativamente constantes y faltas de emoción y que requieren un alto grado de continuos controles emocionales en todas las relaciones humanas.

Así pues, las actividades miméticas comparten con las otras dos clases de actividades recreativas la función de servir de antídoto contra las rutinas de la vida. Pero en su caso encontramos, al menos en las sociedades altamente industrializadas, una gran variedad de instituciones y organizaciones en especial dedicadas a su tarea recreativa, a la producción de emoción mimética como punto de cristalización de un amplio espectro de otras experiencias. Esta tarea altamente especializada agrupa instituciones y actividades miméticas por lo general clasificadas en compartimientos separados, como el entretenimiento y la cultura, los deportes y el arte. Habrán sin duda de estudiarse con más atención sus diferencias, pero esto difícilmente podrá hacerse sin investigar al mismo tiempo sus características comunes, por ser no sólo acontecimientos recreativos sino también acontecimientos recreativos miméticos.

III. La génesis del deporte como problema sociológico

NORBERT ELIAS

I

Muchos deportes que hoy se practican de forma más o menos parecida en todo el mundo se originaron en Inglaterra.[1] De allí se extendieron a otros países, principalmente durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX. El futbol, en la vertiente en que llegó a ser conocido en Inglaterra, la del «futbol asociación» o, según la popular abreviatura, *soccer*, era uno de ellos.* Otros fueron las carreras de caballos, la lucha libre, el boxeo, el tenis, la caza de zorros, el remo, el croquet y el atletismo. Pero ninguno fue adoptado y asimilado por otros países tan ampliamente y, en muchos casos, con tanta rapidez como la modalidad *soccer* del futbol. Tampoco ninguno de ellos obtuvo tanta popularidad.[2]

Análogamente, el término inglés *sport* fue adoptado de manera generalizada por otros países para designar genéricamente a esta clase de pasatiempos. Que los «deportes» —entendidos como conjunto de pasatiempos ingleses que se difundieron en muchos otros países principalmente entre 1850 y 1950— tenían en común ciertas características distintivas que justificaban su designación como tales, es decir, como «deportes», ha sido advertido probablemente más en otros países que en la propia Inglaterra. Un comentarista alemán escribió en 1936:

> Como bien es sabido, Inglaterra fue la cuna y la amorosa «madre» del deporte... Quizá los términos técnicos ingleses que se refieren a este campo acaben convertidos en propiedad común de todas las naciones, como ha ocurrido con los términos técnicos italianos empleados en el campo de la música. Son raros seguramente los casos en que una cultura haya emigrado con tan pocos cambios de un país a otro.[3]

Que el «deporte» —el *datum* social y la palabra— fue inicialmente un barbarismo en otros países lo prueban numerosos ejemplos. El tiempo que lleva un proceso de difusión y adopción siempre constituye un dato significativo a la hora de realizar un diagnóstico sociológico. Así, en Alemania, en 1810, un aristocrático escritor que conocía Inglaterra aún podía decir: «*Sport* es tan intraducible como *gentleman*».[4] En 1844 otro autor alemán escribió respecto al

término *deportes: «Sports*... no tenemos ninguna palabra para eso y casi estamos obligados a introducirla en nuestra lengua».[5] La difusión del término *deporte* como expresión que el pueblo alemán pudiera entender sin dificultad continuó siendo lenta hasta mediados del siglo pasado. Poco a poco fue cobrando arraigo, en la misma medida en que aumentaba la práctica de las actividades deportivas. Finalmente, en el siglo XX *«sport»* quedó plenamente establecida como palabra alemana.

En Francia, el *Larousse du XIXième Siècle* definía el término *sport* como sigue: «Sport - sportt -. Palabra inglesa derivada del francés antiguo *desport*, placer, diversión...» Se lamentaba de la importación de palabras como ésta, «que obviamente corrompen nuestro idioma, pero no tenemos barreras aduanales que prohíban su entrada en la frontera».[6] Otras importaciones de Inglaterra en Francia, de hecho tanto como de palabra, fueron *turf, jockey, steeplechase, match, sweepstake* y «le boxe».* Ya bajo el reinado de Luis XVIII las carreras de caballos y las apuestas en ellas se hicieron más regulares en Francia de acuerdo con los modelos ingleses. La moda desapareció durante la Revolución pero resurgió con el regreso de una clase alta más o menos aristocrática. En París se fundó un *jockey club* en 1833. De hecho, los pasatiempos aristocráticos o «de sociedad», que dominaron el significado de la palabra *deporte* en la propia Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX, se extendieron a otros países y allí fueron adoptados por las élites sociales correspondientes, antes de que modalidades deportivas más populares como el futbol desarrollaran las características de deportes, fueran percibidas como tales en Inglaterra y se difundieran así a otros países como pasatiempos de grupos de la clase media obrera. En Alemania, al igual que en Francia, ya en el siglo XVIII se adoptaron términos ingleses pertenecientes al lenguaje deportivo de las clases altas. A partir del año 1744 aproximadamente, el arcaísmo *baxen* comenzó a aparecer en la forma más culta *boxen*. Tan importante para comprender el desarrollo de las sociedades europeas como el del deporte mismo es el hecho de que los primeros deportes ingleses adoptados por otros países fueran las carreras de caballos, el boxeo, la caza y pasatiempos similares, y que la difusión de los juegos de pelota como el futbol y el tenis y del «deporte» en general en el sentido más moderno sólo comenzara en la segunda mitad del siglo XIX.

En Inglaterra, la transformación de un juego popular y polimorfo en el futbol asociación o *soccer* fue un desarrollo bastante prolongado dirigido hacia una regulación y uniformidad mayores. Este proceso culminó con la codificación del juego en casi todo el país en 1863. El primer club alemán de futbol en jugar conforme a las reglas inglesas fue fundado, típicamente, en Hanover, en 1878. En Holanda, el primer club de futbol se fundó en 1879/1880; en Italia, hacia 1890. En Suiza en 1895, en Alemania en 1900 y en Portugal en 1906 se fundaron federaciones de futbol, lo que indica el aumento en el número de clubes en cada país. Sólo en Holanda, allá por 1900/1901 existían 25 clubes de futbol diferentes

con más de 10 miembros cada uno. Diez años después este número había ascendido a 134. A partir de 1908 el futbol —con algunas interrupciones— se convirtió en parte de los Juegos Olímpicos.

A medida que el juego se difundía por otros países, el término *football* a menudo transformado de manera adecuada y asociado casi siempre, no en todos los casos, a la modalidad *soccer* del futbol inglés, hizo su entrada en otras lenguas. En Francia mantuvo su forma original. En Alemania se cambió sin grandes dificultades a *fussball*. En España pasó a ser «futbol», con derivados característicos como «futbolero» y «futbolista». En Portugal *futebol;* en Holanda *voetbal*. También en los Estados Unidos se utilizó la palabra inglesa durante un tiempo para referirse a la modalidad *soccer* del juego, pero luego cambió su significado a tenor de la cambiante fortuna del juego mismo. El estilo norteamericano dominante fue apartándose poco a poco de la modalidad *soccer*. Según parece, algunas de las principales universidades norteamericanas se apartaron de sus normas, en un principio influidas por una variante canadiense del rival del *soccer* inglés, el rugbi o *rugger*, que luego ellas desarrollaron a su propio estilo. Pero el término *futbol* siguió ligado al estilo diferente de jugar —que con el tiempo evolucionó y acabó por uniformarse en los Estados Unidos, mientras que la modalidad «asociación» del juego se hizo conocida allí pura y simplemente como *soccer*, lo cual contrasta con el uso continuado de «futbol» y «futebol» que se da a esta forma de juego en los países latinoamericanos.

Podríamos ofrecer muchos otros ejemplos de esta difusión del deporte desde Inglaterra y de su asimilación por otros países junto con los términos a ella asociados. Pero, como punto de partida, los presentados bastan para ilustrar el problema.

II

¿Cómo se explica el hecho de que, principalmente en los siglos XIX y XX, en Inglaterra, una categoría de pasatiempos denominados «deportes» estableciera la pauta para un movimiento recreativo en todo el mundo? Los pasatiempos de este tipo obedecían evidentemente a unas necesidades específicas de recreación que se hicieron sentir en muchos países durante ese periodo. ¿Por qué surgieron primero en Inglaterra? ¿Qué características del desarrollo y de la estructura de la sociedad inglesa explican el desarrollo en su seno de actividades recreativas con las características concretas que denominamos «deporte»? ¿Cuáles son estas características y qué distinguía a los pasatiempos que las adquirieron de los pasatiempos anteriores?

A primera vista nos damos cuenta de que estas preguntas, tal como están planteadas, se basan en suposiciones incorrectas. Con toda seguridad no son las sociedades contemporáneas las primeras ni las únicas cuyos miembros disfrutan

del deporte. ¿Acaso no se jugaba al futbol en Inglaterra y otros países europeos durante la Edad Media? ¿No tenían los cortesanos de Luis XIV sus canchas de tenis y disfrutaban con su *jeu de paume?* Y, sobre todo, los griegos de la Antigüedad, los grandes pioneros del atletismo y de otros deportes: ¿no organizaban, igual que nosotros, juegos de competencia locales e interestatales a escala grandiosa? ¿No basta el restablecimiento de los Juegos Olímpicos en nuestra época para recordarnos el hecho de que el deporte no es nada nuevo?

Resulta difícil responder a la pregunta sobre si los juegos de competencia que se desarrollaron en Inglaterra bajo el nombre de «deportes» durante los siglos XVIII y XIX y que se extendieron a otros países eran relativamente nuevos o el restablecimiento de algo antiguo que inexplicablemente desapareció si no nos adentramos primero con brevedad en la pregunta de si en verdad los juegos de la Grecia antigua tenían las características de lo que ahora consideramos como deportes. En la actualidad, el término *deporte* se utiliza a menudo con mucha soltura para designar muchas clases de juegos de competencia. Al igual que el término *industria*, es empleado en sentido amplio y en sentido estricto. En sentido amplio, como sucede con el término mencionado, se refiere a actividades específicas de las sociedades tribales preestatales y de las sociedades estatales preindustriales así como a las correspondientes actividades de las naciones-Estado industrializadas. Con el término *industria* ocurre que, aun cuando lo empleemos en sentido amplio, somos perfectamente conscientes de que tiene un significado más estricto y más preciso, sabemos que el «proceso de industrialización» de los siglos XIX y XX es bastante reciente y que las distintas clases de producción y de trabajo desarrolladas en los últimos tiempos bajo el nombre de *industria* tienen cierta estructura única susceptible de ser definida por la sociología con precisión considerable y que se distingue claramente de otras clases de producción. Cuando hablamos de *deporte*, en cambio, utilizamos aún el término indiscriminadamente, tanto en sentido extendido cuando nos referimos a los juegos y ejercicios físicos de todas las sociedades, como en sentido estricto, que entonces denota los juegos de competición en particular que, como la palabra misma, se originaron en Inglaterra y pasaron de allí a otras sociedades. Este proceso —podríamos llamarlo «deportivización» de los juegos competitivos si la palabra no sonara tan poco atractiva— pone el dedo en un problema que está bastante claro: ¿es posible descubrir en el reciente desarrollo de la estructura y organización de esas actividades recreativas denominadas deportes tendencias que sean tan únicas como las de la estructura y organización del trabajo a las que nos referimos cuando hablamos de un proceso de industrialización?

Es una pregunta abierta. Puede malentenderse con facilidad. Dada la valoración predominante del trabajo como algo superior a las actividades recreativas de todas clases, la pregunta planteada fácilmente puede hacernos creer que toda transformación, sea de las actividades recreativas en general o de

los juegos de competencia en particular, acaecida en los últimos 200 años, más o menos, debe haber sido el «efecto» del cual la industrialización es la «causa». El hecho de creer implícitamente en relaciones causales como ésta cierra el tema antes de abrirlo como debería. Podríamos, por ejemplo, considerar la posibilidad de que tanto la industrialización como la transformación de determinadas ocupaciones recreativas en deportes sean tendencias parciales interdependientes dentro de una transformación global de las sociedades estatales en época reciente. Pero sólo si dejamos de tratar como «causas» los cambios sociales que ocupan un lugar más alto en la escala de valores de una sociedad y como «efectos» los cambios ocurridos en las esferas sociales más bajas de esa escala podremos llegar a entender claramente el problema con el que nos encontramos aquí. Y la propia clarificación de ese problema —la génesis del deporte— es el objetivo fundamental de este ensayo. En éste, como en otros casos, es más fácil hallar soluciones si se tiene claro cuál es el problema.

III

El siguiente párrafo, tomado de un artículo sobre atletismo incluido en una edición reciente de la *Enciclopedia Británica*, puede considerarse un atinado resumen de la manera convencional en que se enfoca este problema:

> Los primeros testimonios históricos de atletismo de los que se tiene noticia escrita son los Juegos Olímpicos de la antigua Grecia (*c*. 800 a.C.) [...] terminados por orden del emperador Teodosio en el año 394 de nuestra era. La historia del atletismo entre la caída del Imperio romano en el siglo V y el siglo XIX está bastante desdibujada. Los festivales religiosos de la Edad Media iban acompañados con frecuencia por violentos juegos de pelota entre ciudades o gremios rivales. Estos juegos fueron los predecesores de los grandes deportes del siglo XX con afluencia masiva de espectadores: el futbol, el beisbol, el tenis, etc. La Revolución industrial a mediados del siglo XVIII y la ulterior introducción de los deportes como actividad regular al margen del plan de estudios en las escuelas privadas, por obra de Thomas Arnold (*c*. 1830), fueron un enorme incentivo para el gran desarrollo del deporte durante la época victoriana en Inglaterra. A coronar el restablecimiento del atletismo en el siglo XIX llegó la restauración de los Juegos Olímpicos en Atenas en 1896. En el alba del siglo XX el interés por todos los deportes de competencia alcanzó un punto muy alto y, pese a dos guerras mundiales y numerosos conflictos de menor importancia, ese interés continúa en ascenso.

Como puede verse, este resumen presenta varios hechos razonablemente bien documentados. Incluso insinúa alguna explicación cuando menciona el empuje supuestamente dado al deporte con la iniciativa del doctor Arnold. Sin embargo, a duras penas deja entrever al lector los muchos problemas insolutos ocultos tras la pulida fachada de la narración. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que los festivales religiosos de la Edad Media fueran acompañados por juegos

«violentos» en tanto que los de la Antigüedad celebrados en Olimpia y en otros lugares eran menos violentos y por tanto más parecidos a los de los siglos XIX y XX? ¿Y con qué fundamento se decidirá que éstos son menos violentos? ¿Cómo determinar, con un grado razonable de precisión, las variaciones en el grado de «violencia» de los juegos conforme a las pautas civilizadoras? ¿Y cómo es posible explicarlas? ¿Cómo explicar el «gran desarrollo del deporte», el «restablecimiento del atletismo en el siglo XIX»? Si recordamos los torneos de la Edad Media o los innumerables juegos populares de aquella época —que no fueron suprimidos y, de hecho, no podían serlo aun cuando las autoridades los desaprobaran, tal como lo indica la existencia de constantes edictos contra el juego del futbol en Inglaterra y en otros países europeos— difícilmente podrá decirse que no había un interés muy vivo en los juegos de competencia como tales. ¿Acaso la diferencia entre estos juegos que la gente disfrutaba antes del siglo XVIII y los que le proporcionaba gozo en los años de la Revolución industrial era simplemente una cuestión de grado en cuanto a su «violencia»? ¿Tal vez por el hecho de ser los últimos menos salvajes eran más «civilizados»? ¿Es ésta una característica distintiva del deporte? Y en tal caso, ¿es lícito hablar de un «restablecimiento»? ¿Es el movimiento deportivo de los siglos XIX y XX otro «Renacimiento», un inexplicado «re-nacimiento» de algo que existió en la Antigüedad, pereció en la Edad Media y, por razones desconocidas, simplemente volvió a nacer en nuestros días? ¿Eran menos «violentos» y salvajes los juegos de competencia de la Antigüedad? ¿Acaso estaban, como los nuestros, sometidos a algunas restricciones debido a una sensibilidad comparativamente elevada contra la idea de infligir en el juego daños físicos graves a otros por el puro placer de los espectadores? ¿O bien la tendencia a presentar el movimiento deportivo moderno como el restablecimiento de un movimiento similar en la Antigüedad es una de esas inofensivas leyendas ideológicas inocentemente utilizadas para reforzar la unidad de un movimiento que está lleno de tensiones y de tendencias en choque y para realizar su brillantez y prestigio? En ese caso, ¿no sería quizá preferible examinar la génesis y el ascenso de los deportes de nuestro tiempo? ¿Enfrentar el hecho de que los juegos que llamamos deportes, como las naciones-Estado industrializadas en que se realizan, tienen ciertas características únicas que los distinguen de otros tipos de juegos, y comenzar la difícil tarea de estudiar y explicar la naturaleza de estas características distintivas?

IV

Examinados con detenimiento no es difícil ver que los juegos de competencia en la Antigüedad clásica, a menudo representados como el gran paradigma del deporte, tenían ciertas características propias y se desarrollaron en condiciones muy distintas de las de nuestros deportes. La ética de los jugadores, las normas

por las cuales eran juzgados, las reglas de la competencia y la realización propiamente dicha de aquellos juegos diferían notablemente en muchos aspectos de las características del deporte moderno. Numerosos y relevantes escritos de hoy muestran una fuerte inclinación a minimizar las diferencias y exagerar las semejanzas. El resultado es un retrato distorsionado tanto de nuestra sociedad como de la griega, además de una visión bastante distorsionada de la relación entre ellas. La confusión se debe no sólo a la tendencia ya aludida de tratar los juegos de la Antigüedad como la encarnación ideal del deporte moderno, sino también a las correspondientes expectativas de hallar la confirmación de esta hipótesis en los escritos de los antiguos y a la tendencia a descartar las pruebas contradictorias o a tratarlas automáticamente como referencias a casos excepcionales.

Quizá sea suficiente aquí con señalar uno de los rasgos básicos característicos de las diferencias entre la estructura global de los juegos de la Antigüedad clásica y la de los juegos de los siglos XIX y XX. En la Antigüedad, las reglas consuetudinarias de los acontecimientos atléticos «pesados», como el boxeo y la lucha, admitían un grado de violencia física mayor que el aceptado por las reglas de los correspondientes tipos de juegos competitivos de hoy. En estos últimos, además, las reglas están mucho más detalladas y diferenciadas; no son, para empezar, reglas dictadas por la costumbre sino reglas escritas, explícitamente sometidas a la crítica y a la revisión razonadas. El nivel superior de violencia física en los juegos de la Antigüedad no era por sí solo sino un dato aislado, sintomático de algunos rasgos concretos de la sociedad griega, especialmente en la etapa de desarrollo alcanzada por lo que ahora denominamos la organización «estatal» y por el grado de monopolización de la violencia física que ésta implica. La monopolización y el control relativamente sólido, estable e impersonal de los medios de violencia son una de las características estructurales fundamentales de las naciones-Estado contemporáneas. Comparados con ellos, la monopolización y el control institucional de la violencia física en las ciudades-Estado griegas eran aún rudimentarios.

No es difícil clarificar problemas como éstos siempre que en su investigación nos guiemos por un modelo teórico claro como el propuesto por la teoría de los procesos civilizadores.[7] Según esta teoría, uno espera que la formación del Estado y de la conciencia, el nivel de violencia física socialmente permitido y el umbral de rechazo contra el hecho de emplearla o presenciarla difieran de diversas maneras en las diferentes etapas del desarrollo de las sociedades. Resulta sorprendente descubrir hasta qué grado la evidencia en el caso de la Grecia clásica confirma estas expectativas teóricas. Así, la teoría y los datos empíricos, juntos, eliminan uno de los principales obstáculos para la correcta comprensión de las diferencias en el desarrollo, como las existentes entre los juegos antiguos y modernos, es decir, el sentimiento de que se denigra a otra sociedad y se rebaja su valor humano por reconocer que en ella el nivel de

violencia física tolerado, incluso en los juegos de competencia, era más alto que el nuestro y su umbral de rechazo contra la idea de que las personas se lastimaran o incluso llegaran a matarse unas a otras en tales juegos por el placer de los espectadores era, en relación directa con el anterior, más bajo que el nuestro. En el caso de Grecia, nos encontramos, pues, divididos entre el alto valor humano tradicionalmente asignado a sus logros en el campo de la filosofía, las ciencias, las artes y la poesía, y el bajo nivel humano que parecemos atribuir a los griegos de entonces si hablamos de su bajo nivel de rechazo a la violencia física, si sugerimos que, comparados con nosotros, ellos eran un pueblo «incivilizado» y «bárbaro». Precisamente por no entender bien la verdadera naturaleza de los procesos civilizadores, por seguir la tendencia prevaleciente a utilizar términos como *civilizado* e *incivilizado* para expresar juicios de valor etnocéntricos, para emitir juicios morales absolutos y definitivos —nosotros somos «buenos», ellos son «malos» o viceversa—, nuestro razonamiento se ve llevado a caer en contradicciones aparentemente ineludibles como éstas.

En consonancia con la organización social y el control de los medios de violencia en las sociedades-Estado industrializadas de nuestro tiempo, nosotros mismos somos educados conforme a pautas concretas de autocontrol en lo que respecta a los impulsos violentos. Automáticamente, con estas pautas o reglas medimos todas las transgresiones (ocurran en nuestra propia sociedad o en otras con un grado distinto de desarrollo). Una vez interiorizadas, estas normas nos brindan protección y refuerzan nuestras defensas para no caer en ningún tipo de desliz. El incremento de la sensibilidad con respecto a los actos de violencia, los sentimientos de repudio al ver cómo se comete violencia más allá del nivel permitido en la vida real, o de culpabilidad por nuestros propios deslices, la «mala conciencia», todo esto es sintomático de tales defensas. Con todo, en un periodo de violencia incesante en los asuntos entre las naciones, estas defensas interiorizadas contra los impulsos violentos se vuelven irremediablemente inestables y quebradizas, por estar expuestas en forma continua a estas presiones sociales antitéticas: las que nos dicen que aumentemos el nivel de autocontrol de los impulsos violentos en las relaciones humanas dentro de una sociedad-Estado, y las que fomentan el decremento de ese mismo autocontrol e incluso nos alientan a actuar violentamente en las relaciones con otras sociedades diferentes de la nuestra. Las primeras explican el grado relativamente alto de seguridad física, desde luego no psicológica ni de otro tipo, del que gozan los ciudadanos de las naciones-Estado más desarrolladas dentro de sus sociedades respectivas. Constantemente se enfrentan a las demandas impuestas a los ciudadanos de estos Estados debido a la ausencia de una monopolización eficaz de la violencia física en las relaciones internacionales. El resultado es una doble moralidad, una formación de la conciencia escindida y contradictoria.

Este tipo de discrepancias las hallamos sin duda alguna en muchas etapas del desarrollo de las sociedades. En la etapa tribal, el nivel de control de la violencia

dentro de los grupos sociales es casi siempre mayor que el control de la violencia entre esos mismos grupos. Tal era el caso de las ciudades-Estado griegas. Sólo que en ellas la disparidad entre los dos niveles era relativamente pequeña si la comparamos con la que es característica en nuestro tiempo. Hay muchos indicios para sugerir que este desfase, esta disparidad entre el nivel de seguridad física y el de control tanto social como individual de los impulsos violentos con la correspondiente formación de la conciencia alcanzada hoy en las relaciones entre los estados, por una parte, y el nivel de seguridad física y de regulación social de los sentimientos abiertamente violentos —e intermitentemente—, de las acciones violentas en las relaciones internacionales, por otra, es hoy mayor que nunca. El nivel de seguridad física dentro de las naciones-Estado industriales más avanzadas, aunque parezca bajo a quienes viven en ellas, es con toda probabilidad mayor que en las sociedades menos desarrolladas, si bien apenas ha disminuido la inseguridad en las relaciones interestatales. En la presente etapa del desarrollo social, los conflictos violentos entre las naciones son para quienes se ven envueltos en ellos tan difíciles de resolver como siempre. En consonancia con esto, los niveles de la conducta civilizada son relativamente bajos y la interiorización de los tabúes sociales contra la violencia física, esto es, la formación de la conciencia, es poco duradera y comparativamente inestable. El hecho de que los conflictos y tensiones dentro de las naciones industrializadas sean ahora generalmente menos violentos y en cierto modo más gobernables, es el resultado de un largo proceso de desarrollo no planificado, de ninguna manera un mérito de las presentes generaciones. Pero éstas suelen verlo así y tienden a emitir juicios sobre las generaciones pasadas cuya formación de conciencia, cuyo nivel de rechazo contra la violencia física, por ejemplo en las relaciones entre las élites gobernantes y los gobernados, era menor, como si el mayor nivel de rechazo que ellas tienen fuera simplemente un logro personal.

Así se juzga a menudo el nivel de violencia que se observa en los juegos de épocas pasadas. Casi nunca distinguimos entre los actos individuales de transgresión a las normas de control de la violencia en nuestra propia sociedad y las transgresiones similares cometidas en otras sociedades conforme a *su* nivel de violencia socialmente permitido, de acuerdo con las normas de *esas* sociedades. De este modo, nuestra respuesta emocional inmediata, casi automática, a menudo nos induce a juzgar a las sociedades que tienen otras normas de control y de rechazo de la violencia como si sus miembros fueran libres para escoger entre *sus* normas y las nuestras y se hubieran equivocado a la hora de elegir. Con respecto a ellos, gozamos la misma sensación de «ser mejores», moralmente superiores, que a menudo experimentamos respecto a los individuos que transgreden las normas en nuestra propia sociedad cuando calificamos su conducta de «incivilizada» o «bárbara», expresando con ello nuestro sentimiento de superioridad moral. Vemos su adhesión a unas normas sociales que permiten formas de violencia condenadas por repulsivas en nuestras

sociedades como una lacra en su moral y un signo de su inferioridad como seres humanos. Así, juzgamos y evaluamos a toda una sociedad en su conjunto como si fuera un miembro, un individuo de la nuestra. Por regla general, no preguntamos y, en consecuencia, no sabemos cómo ocurren los cambios en el nivel de control de la violencia, ni en las normas sociales que la regulan, ni en los sentimientos que tienen que ver con ella. Tampoco, por regla general, preguntamos, ni consecuentemente sabemos, por qué ocurren. En otras palabras, no sabemos cómo se explican y, para el caso, tampoco cómo explicar nuestro mayor nivel de sensibilidad con respecto a la violencia física, al menos en las relaciones entre los Estados. Cuando mucho, los explicamos vagamente según las expresiones que utilicemos, en lugar de hacerlo de manera explícita y crítica, como cuando hablamos, por ejemplo, de un «defecto» en la naturaleza de los grupos en cuestión, o de una característica inexplicable de su idiosincrasia «racial» o étnica.

V

Así pues, los niveles habituales de violencia, tanto la empleada como la permitida en los juegos a lo largo de las diferentes etapas de desarrollo de las sociedades, arrojan luz sobre un problema fundamental mucho más vasto. Puede que unos cuantos ejemplos ayuden a precisarlo.

Tomemos el caso de la lucha libre tal como se practica hoy y se practicaba en la Antigüedad. Hoy, este deporte está altamente organizado y regulado. Su órgano directivo es la Federación Internacional de Lucha Libre, con sede en Suiza. Según las reglas olímpicas de enero de 1967, entre las llaves sucias o desleales de la lucha libre están el estrangulamiento, el medio estrangulamiento y la doble «nelson» si se empuja con fuerza hacia abajo o se emplean las piernas. Dar puñetazos, tirar patadas, embestir con la cabeza: todo esto está prohibido. Los combates, que no duran más de nueve minutos y están divididos en tres periodos de tres minutos cada uno con dos intervalos de un minuto, son controlados por un árbitro, tres jueces y un cronometrista. Pese a la rigidez de estas reglas, la lucha libre es hoy para muchas personas uno de los deportes menos refinados, más rudos. Realizada por profesionales ante espectadores, aún es muy popular una versión ligeramente más violenta aunque casi siempre amañada. Pero los profesionales rara vez se causan lesiones graves uno al otro. Con toda probabilidad, el público no disfrutaría viendo cómo se rompen los huesos y corre la sangre. Sin embargo, los luchadores montan un buen espectáculo haciendo creer que se lastiman el uno al otro, y al público parece gustarle la farsa.[8]

Entre los juegos de competencia de las antiguas Olimpiadas estaba el *pankration*, una especie de lucha sobre la arena que constituía uno de los

acontecimientos más populares. Pero el nivel de violencia permitido en este duelo habitual era muy distinto del que se permite en la lucha libre contemporánea. Así, Leontiskos de Mesana, quien en la primera mitad del siglo V ganó dos veces la corona olímpica de lucha, obtuvo sus respectivas victorias no derribando a sus adversarios sino rompiéndoles los dedos de las manos. Arraquion de Figalía, dos veces campeón olímpico de *pankration*, fue estrangulado en el año 564 durante su tercer intento de ganar la corona olímpica, pero antes de morir logró romperle a su oponente los dedos de los pies y el dolor obligó a este último a abandonar el combate. Los jueces, por tanto, impusieron la corona al cadáver de Arraquion y proclamaron vencedor al hombre ya difunto. Después sus compatriotas le erigieron una estatua en el mercado de su ciudad.[9] Al parecer, ésta era la costumbre. Si un hombre moría en algún juego de los grandes festivales, su cadáver era coronado vencedor. Pero el sobreviviente, aparte de quedarse sin la corona —motivo ya muy serio de vergüenza—, no recibía castigo alguno ni, por lo que se ve, su acción quedaba marcada con el estigma social. Morir, ser lesionado muy gravemente o hasta quedar incapacitado de por vida eran riesgos que todo luchador de *pankration* tenía que asumir. Puede apreciarse la diferencia entre la lucha como deporte y la lucha como *agonía* en el siguiente resumen:

> En el *pankration* los contendientes luchaban con todo su cuerpo, con las manos, los pies, los codos, las rodillas, el cuello y la cabeza; en Esparta usaban incluso los dientes. Los pancratiastas podían sacarse los ojos uno al otro [...] también estaba permitido hacer caer al contrario echándole la zancadilla, asirlo por los pies, la nariz y las orejas, dislocarle los dedos de las manos, los huesos de los brazos y aplicarle las llaves de estrangulamiento. Si uno lograba derribar al otro, podía sentársele encima y golpearlo en la cabeza, el rostro, las orejas; también podía darle patadas y pisotearlo. No hace falta decir que en este brutal torneo los luchadores recibían en ocasiones las heridas más horribles y no pocas veces alguno resultaba muerto. El más brutal de todos era probablemente el *pankration* de los *epheboi* espartanos. Cuenta Pausanias que los luchadores peleaban literalmente con uñas y dientes, se mordían y se vaciaban los ojos el uno al otro.[10]

Había un juez, pero ningún cronometrista ni límite de tiempo. La lucha se prolongaba hasta que alguno de los contendientes se rindiera. Las reglas eran tradicionales, no escritas, indiferenciadas y, en su aplicación, probablemente elásticas. Al parecer, estaba prohibido, por tradición, morderse y sacarse los ojos, pero si uno de los dos, cegado por la furia del combate, atacaba al otro de esa manera, probablemente antes de que el juez pudiera separarlos el daño ya estaba hecho.

Los antiguos Juegos Olímpicos duraron más de 1 000 años. Quizás a lo largo de este periodo se produjeron fluctuaciones en los niveles de violencia permitidos en las luchas. Pero fueran cuales fuesen estas fluctuaciones, en la Antigüedad el umbral de sensibilidad respecto a causar daños físicos e incluso la

muerte en un juego de competencia y, por lo mismo, la ética de todos los torneos de entonces, era muy diferente del tipo de competencia que hoy en día conocemos como «deporte».

Otro ejemplo es el boxeo. Al igual que la modalidad *pankration* de lucha, estaba mucho menos circunscrito por reglas y dependía, por tanto, de la fuerza física, de la pasión y la resistencia de la lucha espontánea, en mucho mayor grado que el boxeo deportivo. No se distinguían diferentes clases de boxeadores. No se intentaba, por tanto, emparejar a los participantes según su peso, ni en éste ni en ningún tipo de competencia. La única distinción que se hacía era entre hombres y muchachos. Los boxeadores no sólo peleaban con los puños. Como en casi todas las modalidades del boxeo, las piernas formaban parte de la lucha. Patear en las espinillas al contrario era normal en la tradición boxística de la Antigüedad.[11] Sólo la mano y el nacimiento de los dedos (menos el pulgar) se envolvían con tiras de cuero que se amarraban al antebrazo. Así podía cerrarse el puño o estirar los dedos, que, equipados con fuertes uñas, se hundían como espolones en el cuerpo y la cara del contrario. Con el tiempo, estas cintas de cuero blando cedieron el paso a otras más gruesas hechas sobre todo con piel de buey curtida.[12] Luego a éstas se les adaptaron varias correas de cuero grueso, duro y con bordes afilados y salientes. La estatua de un boxeador sentado, obra de Apolonio de Atenas (siglo I a.C.), ahora en el Museo Nazionale delle Terme en Roma, muestra con bastante claridad todo el conjunto. Pero tal vez «boxeo» no sea el término apropiado, pues no sólo el modo de pelear sino también la finalidad y la ética distintiva de esta clase de lucha eran diferentes de las del boxeo como deporte. Significativamente, la ética de combate de estos encuentros pugilísticos, como la de los «agonistas» griegos en general, derivaba de la ética luchadora de una aristocracia guerrera en forma mucho más directa que la ética de lucha de las competencia deportivas. Las últimas brotaron de la tradición de un país que, más que la mayoría de los otros países europeos, desarrolló una definida organización de guerra en el mar,[13] muy diferente del arte militar en tierra, y cuyas clases altas terratenientes —aristócratas y miembros de la *gentry*— desarrollaron un código de conducta relacionado menos directamente que el de las otras clases altas europeas con el código de honor militar del cuerpo de oficiales de los ejércitos de tierra.

El «boxeo» en Grecia, al igual que las otras formas de entrenamiento y práctica agonísticas en las ciudades-Estado griegas, pero a diferencia del boxeo inglés de los siglos XVIII y XIX, era considerado preparación tanto para la guerra como para los juegos de competencia. Cuenta Filostrato que la técnica de combate del *pankration* fue muy útil a los ejércitos de las ciudades griegas en la batalla de Maratón cuando ésta se convirtió en una melé generalizada, y también en las Termópilas, donde rotas sus espadas y sus lanzas, los espartanos continuaron peleando con las manos.[14] En los años del Imperio romano en que él escribió ya no eran ejércitos de civiles los que combatían en la guerra sino

soldados profesionales: las legiones romanas. Se había agrandado la distancia entre la técnica militar y la conducta bélica, por un lado, y la técnica agonística tradicional de los juegos por el otro. El griego Filostrato miraba hacia atrás, a la época clásica, con comprensible nostalgia. Quizá ni siquiera entonces, en el tiempo de los ejércitos hoplitas, fuera tan estrecha la relación entre las técnicas de combate militar y las de los juegos como él sugiere, pero sí lo era mucho más que la existente entre las técnicas de los juegos de competencia y las técnicas del arte militar en la época de las naciones-Estado industrializadas. Filostrato estuvo probablemente muy cerca de la línea divisoria cuando escribió que anteriormente los juegos de competencia eran considerados como un ejercicio para la guerra y la guerra como un ejercicio para estas competencia deportivas.[15] La peculiar ética de los juegos en los grandes festivales de Grecia aún reflejaba la de los heroicos antepasados representada en la épica de Homero y perpetuada de generación en generación por el uso de estos poemas épicos en la educación de los jóvenes. Reunía muchas características de la ética de exhibición que regula las rivalidades de *status* y de poder entre las minorías nobles en gran número de sociedades. La lucha, en el juego como en la guerra, se centraba en la ostentosa demostración de las virtudes del guerrero, que hacían a un hombre merecedor de los elogios y los honores más altos entre otros miembros de su propio grupo y a su propio grupo —comunidad o ciudad— entre otros. Era glorioso vencer a los enemigos pero casi no menos glorioso era ser vencido, como Héctor por Aquiles, siempre que uno peleara con todas sus fuerzas hasta ser mutilado, herido o muerto, y no pudiese pelear más. La victoria o la derrota estaban en manos de los dioses. Lo ignominioso y vergonzoso era rendirse sin haber mostrado la suficiente valentía y resistencia.

En consonancia con esta ética guerrera, el joven o el hombre muerto en un combate olímpico de boxeo o de lucha era coronado vencedor para gloria de su clan y su ciudad, y al sobreviviente —al asesino— no se le castigaba ni estigmatizaba. En la Grecia antigua, la «limpieza» del juego no era la preocupación predominante. La ética inglesa del «juego limpio» no tiene raíces militares. Evolucionó en Inglaterra conjuntamente con un cambio muy específico en la naturaleza del disfrute y de la emoción proporcionados por los juegos de competencia, con lo cual, el brevísimo placer en el resultado de una batalla deportiva, en el momento de la consumación o la victoria, fue ampliado y prolongado por el placer y la excitación que se experimentan antes de que comience el juego y durante él, participando o presenciando su tensión intrínseca. El disfrute y la tensión emocional que el juego proporcionaba aumentaron en cierto modo con el goce que aportaban las apuestas, que en Inglaterra desempeñaron un papel considerable en la transformación de las formas más violentas de juego en los deportes y en el desarrollo de la ética del «juego limpio». Los caballeros que presenciaban como espectadores algún encuentro deportivo en el que jugaban sus hijos, sus criados o bien profesionales

famosos, gustaban de apostar dinero a un bando u otro para añadir «sabor» a la emoción de la competencia misma, ya atemperada por las restricciones civilizadoras. Pero la perspectiva de ganar la apuesta sólo podía añadir emoción a la lucha si las probabilidades de ganar estaban repartidas más o menos equitativamente entre los dos lados y podían calcularse mínimamente. Todo esto se logró gracias a un nivel organizativo más elevado que el de las ciudades-Estado de la antigua Grecia:

> Los boxeadores de Olimpia no estaban clasificados conforme a su peso, como tampoco los luchadores. No había ningún cuadrilátero o *ring;* los combates tenían lugar en un terreno al aire libre dentro del estadio. La zona a la que se buscaba llegar era la cabeza y el rostro [...] La lucha continuaba hasta que uno de los dos contendientes no fuese ya capaz de defenderse o bien se diera por vencido. Esto lo hacía levantando su dedo índice o extendiendo dos dedos hacia su adversario.[16]

Las representaciones en las vasijas griegas muestran generalmente a los boxeadores en una posición tradicional, tan próximos el uno al otro que ambos tienen un pie muy cerca o incluso detrás del pie del contrario. Había poco margen para el juego de pies que permite a los boxeadores modernos moverse rápidamente a derecha, a izquierda, atrás o adelante. Retroceder era, según el código de los guerreros, una señal de cobardía. Evitar los golpes del contrario apartándose de su camino suponía algo vergonzoso. Los boxeadores, igual que los guerreros en lucha cuerpo a cuerpo, se suponía que debían pisar fuerte y no ceder ni un palmo de terreno. Las defensas de los boxeadores hábiles podían ser impenetrables; éstos podían cansar a sus oponentes y ganar sin recibir ninguna lesión. Pero si la lucha se prolongaba demasiado, un juez podía ordenar a los púgiles que dieran y recibieran golpe por golpe sin defenderse, hasta que alguno de los dos no fuese ya capaz de continuar con el combate. El tipo agonístico de boxeo, como podemos ver, acentuaba el clímax, el momento de decisión, de la victoria o de la derrota, como el más importante y significativo de la lucha, más importante que el juego mismo. Era una prueba de resistencia física y de pura fuerza muscular tanto como de habilidad y preparación. Eran frecuentes las lesiones graves en los ojos, las orejas y hasta en el cráneo; igualmente comunes eran las orejas inflamadas, los dientes rotos y las narices aplastadas. Hubo un caso de dos boxeadores que acordaron intercambiar golpe por golpe. El primero lanzó uno directo a la cabeza de su adversario que éste pudo aguantar. En un momento en que aquél bajó la guardia el otro lo golpeó bajo las costillas con los dedos estirados, le abrió el costado con las uñas, le arrancó las entrañas y lo mató.[17]

> De todos los torneos olímpicos, el único más ajeno a nosotros hoy es el boxeo; por mucho que nos esforcemos, aún no logramos entender cómo un pueblo altamente cultivado, con gustos estéticos tan definidos, podía obtener placer de este bárbaro espectáculo en el que dos hombres se golpeaban en la cabeza con la fuerza bruta de sus pesados puños... hasta que uno de ellos se daba por vencido o se veía reducido a estado tan penoso que era incapaz de continuar. Pues no sólo en tiempo de los romanos sino también de los griegos esta forma de lucha ya no era deporte; era un asunto mortalmente serio [...] Más de un competidor olímpico perdió la vida en el estadio.

Esta crítica, hecha en 1882 por Adolf Boetticher, un erudito en el tema de las primeras Olimpiadas, es válida hoy. Al igual que sus colegas en la lucha libre y el *pankration*, los boxeadores estaban decididos a ganar a cualquier precio.[18]

Los hechos están fuera de toda duda, pero no así la evaluación. Esta cita representa un ejemplo casi paradigmático de la incomprensión fruto del uso indiscriminado del propio umbral de rechazo ante modalidades concretas de violencia física como vara generalizada para medir todas las sociedades humanas sin tomar en cuenta su estructura y la etapa de desarrollo social que han logrado, especialmente la etapa alcanzada en la organización y el control de la violencia física. Éste es un aspecto tan significativo del desarrollo de las sociedades como la organización y el control de los medios «económicos» de producción. Encontramos aquí un ejemplo muy llamativo de la barrera que obstaculiza el entendimiento de otras sociedades, formada por el predominio de evaluaciones heterónomas[19] sobre la percepción de las interdependencias funcionales. La escultura de la Grecia clásica goza de una alta posición en la escala de valores de nuestro tiempo. Los tipos de violencia física encarnada en los juegos griegos como el *pankration*, según nuestra escala de valores, reciben una puntuación altamente negativa. El hecho de que relacionemos a aquélla con un alto valor positivo y a éstos con un alto valor negativo hace que a quienes dejan guiar su percepción por juicios de valor preconcebidos parezca que no hay relación posible entre estos datos. Así, quienes juzgan el pasado con base en este tipo de evaluaciones se ven de frente con un problema insoluble.

Sin embargo, cuando uno se interesa en el análisis sociológico de las relaciones entre diferentes aspectos de una misma sociedad, no hay razón para asumir que sólo sean interdependientes las manifestaciones de esa sociedad a las cuales, como ajeno observador, uno atribuye el mismo valor, sea positivo o negativo. En todas las sociedades se descubren auténticas interdependencias entre aspectos a los que el observador por un lado y las personas que forman estas sociedades por el otro, asignan valores opuestos. La belleza del arte griego y la relativa brutalidad de los juegos griegos son un ejemplo. Lejos de ser incompatibles, ambas eran manifestaciones íntimamente relacionadas del mismo nivel de desarrollo, de la misma estructura social.

El surgimiento de la escultura griega desde su molde arcaico y el realismo idealista de las esculturas del periodo clásico son incomprensibles sin un

conocimiento previo del papel que la apariencia física de las personas desempeñaba como factor decisivo de la estima social en que eran tenidas entre las élites gobernantes de las ciudades-Estados griegas. En aquella sociedad era punto menos que imposible que un hombre de cuerpo débil o malformado pudiese alcanzar o mantener una elevada posición de poder social o político. La fuerza física, la belleza física, la serenidad y la paciencia eran mucho más determinantes para la posición social de un varón en la sociedad griega que en la nuestra. No siempre somos conscientes de que la posibilidad de que un hombre físicamente minusválido alcance o mantenga una posición de liderazgo o un poder y un rango social elevado; es un fenómeno relativamente reciente en el desarrollo de las sociedades. Debido a que la «imagen corporal» o la apariencia física figura en un lugar relativamente bajo, mucho más bajo, por ejemplo, que la «inteligencia» o la «fuerza moral» en la escala de valores que, en nuestras sociedades, determina el rango de los hombres y toda la imagen que nos formamos de ellos, nos vemos imposibilitados para entender otras sociedades en las que la apariencia física importaba mucho más como factor determinante de la imagen pública de un hombre. Indudablemente, éste era el caso en la antigua Grecia. Quizá sea posible hacer notar la diferencia señalando que, en nuestra sociedad, la apariencia física como determinante de la imagen social de un individuo aún representa un papel importante y quizá cada día más en lo que se refiere a las mujeres pero, en lo que respecta a los hombres, aun cuando la televisión puede influir en el problema, la apariencia física y sobre todo la fuerza y la belleza corporales no representan un papel muy importante en la estima pública de las personas. El hecho de que una de las naciones más poderosas de nuestro tiempo haya elegido a un hombre paralítico para el puesto más alto resulta sintomático en este aspecto.

Todo esto era diferente en la sociedad de las ciudades-Estado griegas. Desde la infancia, los seres humanos débiles o con malformaciones eran segregados. A los niños pequeños de constitución débil se les dejaba morir. El hombre que no fuese capaz de pelear contaba muy poco. Era muy raro que un hombre tullido, enfermizo o viejo alcanzara o pudiera mantener un puesto en la dirección de los asuntos públicos. Uno de los términos utilizados en la sociedad griega clásica como expresión de su ideal, el término *areté*, se traduce con frecuencia como «virtud». Pero, a diferencia de nuestro vocablo, el término griego no se refería de hecho a ninguna característica moral. Aludía a los éxitos del guerrero o del caballero, entre los cuales su imagen corporal, su cualificación como guerrero fuerte y hábil era un componente fundamental. Éste fue el ideal que halló expresión tanto en sus esculturas como en sus juegos. A la mayoría de los vencedores olímpicos se les levantaron estatuas en Olimpia y a veces también en sus ciudades natales.[20]

Una simple faceta más de la misma característica distintiva de la sociedad griega durante la época clásica es la posición social de los atletas tan diferente de

la que ocupan en nuestra sociedad. El equivalente del deporte, la «cultura» del cuerpo, no era una especialidad como lo es hoy. En las sociedades contemporáneas un boxeador es un especialista; y si aplicamos el término a quienes ganaron fama como «boxeadores» en la Antigüedad, el mero uso de la palabra tiende a evocar en nuestra mente una imagen parecida. De hecho, los hombres que demostraban su fuerza física, su agilidad, su valor y su resistencia venciendo en los grandes festivales, los más famosos de los cuales eran los que se celebraban en Olimpia, tenían una posibilidad inmejorable de acceder a una posición social y política alta en su sociedad de origen, si es que no la detentaban ya con anterioridad. La mayoría de los participantes en los juegos de Olimpia procedían probablemente de «buenas familias», de las élites relativamente acaudaladas de sus ciudades natales, de los grupos de terratenientes o quizá de las familias campesinas más ricas. La participación en estos juegos exigía un arduo entrenamiento que sólo los relativamente ricos podían permitirse. El joven atleta prometedor que careciera del dinero necesario para tal entrenamiento tal vez encontrara un patrocinador rico; o que algún entrenador profesional le adelantara la cantidad requerida. Pero si obtenía una victoria en Olimpia, ganaba fama para su familia y su ciudad y, para sí mismo, una gran posibilidad de ser aceptado a partir de entonces como miembro de la élite gobernante. El luchador más famoso de la Antigüedad clásica fue tal vez Milón de Crotona, quien obtuvo un considerable número de victorias en Olimpia y en otros festivales panhelénicos. Fue un hombre de una fuerza prodigiosa que con el tiempo se hizo proverbial. También se le menciona como uno de los mejores alumnos de Pitágoras y como comandante del ejército de su ciudad natal en su batalla victoriosa contra los sibaritas, que terminó con el salvaje asesinato masivo de los últimos tras su derrota. El mismo cuadro a la inversa descubrimos cuando vemos que hombres a quienes hoy se les recuerda sobre todo por sus logros intelectuales a menudo fueron recordados en su propio tiempo también por los éxitos que lograron como guerreros o atletas. Esquilo, Sófocles y Demóstenes pasaron por la dura escuela de la lucha hoplita. Para mérito de Platón, varias veces fue vencedor en algunos festivales de atletismo. Por tanto, la idealización del guerrero en la escultura griega (la representación incluso de los dioses de acuerdo con la constitución física ideal del guerrero aristocrático) y la ética guerrera de los juegos no sólo eran, efectivamente, compatibles; eran manifestaciones íntimamente relacionadas del mismo grupo social. Ambas son características de la posición social, del modo de vida y de los ideales de estos grupos y, sin embargo, entender esta interdependencia real no menoscaba el placer proporcionado por el arte griego. Si acaso, lo aumenta.[21]

VII

La comparación del nivel de violencia representado por los juegos de la Grecia clásica o, para el caso, por los torneos y juegos populares de la Edad Media, con los niveles representados por los deportes contemporáneos muestra una determinada trayectoria en el proceso civilizador, pero el estudio de esta trayectoria, del proceso civilizador de los juegos, será inadecuado e incompleto si no se enlaza con el estudio de otros aspectos de las sociedades cuyas manifestaciones son las competencias deportivas. En resumen: no se comprenderá el fluctuante nivel de civilización en las competencias deportivas en tanto no se le asocie al menos con el nivel general de violencia socialmente permitido y con la correspondiente formación de la conciencia en las sociedades.

Quizás unos ejemplos ayuden a enfocar con precisión este contexto más amplio. En el siglo XX, el asesinato en masa de grupos dominados por los nazis alemanes provocó el rechazo de casi todo el globo. El recuerdo de estas muertes ha empañado durante un tiempo el buen nombre de Alemania entre las naciones del mundo. El choque fue aún mayor debido a que muchos habían vivido con la ilusión de que en el siglo XX ya no ocurrirían tales barbaridades. Habían supuesto tácitamente que los seres humanos se habían «civilizado» más, que eran «moralmente mejores» y que ese cambio cualitativo era parte de su naturaleza. Se enorgullecían de ser menos salvajes que sus antepasados o que otros pueblos conocidos por ellos sin enfrentarse jamás el problema que su propia conducta relativamente civilizada les planteaba: el problema de por qué ellos, su conducta y sus sentimientos se habían vuelto un poco más civilizados. Lo ocurrido con los nazis fue como una advertencia; un recordatorio de que las restricciones a la violencia no son síntomas de la superioridad de la *naturaleza* de las «naciones civilizadas», ni características eternas de su configuración racial o étnica, sino aspectos de un tipo concreto de desarrollo social que había producido un control social más diferenciado y estable de los medios de ejercer la violencia y una formación de la conciencia consecuente con él. Obviamente, este tipo de desarrollo social podía revertirse.

Lo cual no implica necesariamente que no haya bases sólidas para evaluar los resultados de este desarrollo en el comportamiento y los sentimientos humanos como «mejores» que las correspondientes manifestaciones de anteriores etapas del desarrollo. Un mayor entendimiento del nexo entre los hechos proporciona una base mucho mejor, la única base segura en verdad, para emitir juicios de valor como éste. En caso contrario no podremos saber, por ejemplo, si nuestra forma de erigir barreras individuales de autocontrol contra la violencia física no va asociada a malformaciones psicológicas que, a su vez, podrían parecer sumamente bárbaras a los ojos de una época más civilizada. Por si esto fuera poco, al evaluar una forma de conducta y de sentimientos más civilizada como «mejor» que otras formas menos civilizadas, al considerar que la humanidad ha progresado por llegar a nuestros propios niveles de rechazo y repugnancia contra formas de violencia que eran comunes tiempo atrás, nos vemos frente al

problema de por qué un desarrollo no planificado ha producido algo que juzgamos como progreso.

Todos los juicios respecto a los niveles de conducta civilizada son juicios comparativos. No se puede decir en sentido absoluto: nosotros somos «civilizados», ellos son «incivilizados». Pero sí puede decirse con gran confianza: «las pautas de conducta y de sentimiento de la sociedad A son más civilizadas que las de la sociedad B», siempre que se tenga a la mano un medidor claro y preciso del desarrollo. La comparación entre las competencias agonistas griegas y las competencias deportivas contemporáneas es un ejemplo. Los niveles de rechazo público ante el asesinato en masa son otro. Como se demostró en años recientes, el sentimiento casi universal de aversión contra el genocidio indica que las sociedades humanas han pasado por un proceso civilizador, pese a lo limitados e inestables que puedan ser sus resultados. La comparación con las actitudes del pasado muestra esto de manera muy clara. En la Antigüedad griega y romana la masacre de toda la población masculina de una ciudad derrotada y conquistada y la venta como esclavos de sus mujeres y niños si bien podían mover a compasión, no provocaban la condena generalizada. Nuestras fuentes son incompletas pero, aun así, muestran que los casos de asesinato masivo se han presentado con bastante regularidad a lo largo de todo el periodo.[22] A veces la furia del combate de un ejército largamente amenazado o frustrado era un factor decisivo en la masacre total de los enemigos. La destrucción de todos los sibaritas sobre los que pudieron poner sus manos los ciudadanos de Crotona comandados por Milón, el famoso luchador, es un ejemplo del caso. Otras veces el «genocidio» era un acto calculado tendente a destruir el poderío militar de un Estado rival, como sucedió con Argos, cuya fuerza militar como posible rival de Esparta fue prácticamente aniquilada por orden del general espartano Cleomenes, destruyendo absolutamente a todos los varones que podían portar armas. La masacre de la población masculina de Melos por orden de la Asamblea de Ciudadanos de Atenas en el año 416 a.C., vívidamente descrita por Tucídides, fue el resultado de una figuración muy similar a la que condujo a la ocupación soviética de Checoslovaquia en 1968. Los atenienses consideraban Melos parte de su imperio, pues para ellos tenía importancia estratégica en su lucha con Esparta. Pero los habitantes de Melos no deseaban formar parte del Imperio ateniense. Así pues, los atenienses asesinaron a los hombres, vendieron a las mujeres y niños como esclavos y poblaron la isla con colonos atenienses. Para algunos griegos, la guerra era la relación normal entre las ciudades-Estado. Los periodos de guerra podían ser interrumpidos por tratados de corta duración. Los dioses, por boca de sus sacerdotes, y los escritores podían desaprobar tal vez este tipo de masacres, pero el nivel de rechazo «moral» contra lo que ahora denominamos «genocidio» y, en términos más generales, el nivel de inhibiciones interiorizadas contra la violencia física, eran decididamente más bajos y los sentimientos de culpa o de vergüenza asociados con tales inhibiciones

decididamente más débiles de lo que son en las naciones-Estado del siglo XX relativamente desarrolladas. Quizá ni existieran tales sentimientos.

No faltaba la compasión hacia las víctimas. Los grandes dramaturgos atenienses, Eurípides sobre todo en *Las troyanas*, expresaron este sentimiento con una vivacidad tanto más fuerte cuanto que no estaba nublada por la repugnancia moral ni la indignación. Sin embargo, no vamos a dudar de que la esclavización de las mujeres de los vencidos, la separación de las madres de sus hijos, el asesinato de los niños varones y otros muchos temas relacionados con la violencia y la guerra tratados en sus tragedias, tenían para el público ateniense, en el contexto de sus vidas, un verismo y una realidad muy superiores a los que poseen para un público contemporáneo en el contexto de las nuestras.

En conjunto, el nivel de inseguridad física que se vivía en las sociedades de la Antigüedad era mucho mayor que en las naciones-Estado contemporáneas. Que sus poetas mostraran más compasión que indignación moral no altera en nada esta diferencia. Ya Homero desaprobó el hecho de que Aquiles, en su dolor y furia por la muerte de Patroclo, hiciera matar no sólo ovejas, reses y caballos sino también a 12 jóvenes nobles de Troya, que luego fueron quemados en la pira funeraria de su amigo en sacrificio a su alma en pena. Pero, una vez más, el poeta no juzga ni condena a su héroe desde la atalaya de su propia rectitud y superioridad moral por haber cometido la bárbara atrocidad de sacrificar a seres humanos. La crítica de Aquiles por parte del poeta no tiene el matiz emotivo de la indignación moral. Homero no arroja dudas sobre lo que llamamos el «carácter» de su héroe, sobre su valía como ser humano. Los hombres hacen «cosas malas» *(kaka erga)* cuando están apesadumbrados y furiosos. El bardo mueve la cabeza con desaprobación pero no apela a la conciencia de sus oyentes; no les pide que vean a Aquiles como a un réprobo moral, como a un «mal sujeto». Apela a su compasión, a su capacidad para comprender la pasión que se apodera hasta de los mejores, hasta de los héroes, en tiempos de tensión y los lleva a hacer «cosas malas». Pero su valor humano como hombre noble y guerrero está fuera de duda. El sacrificio humano no tenía para los antiguos griegos ni mucho menos la fama de horrible que tiene para las naciones más «civilizadas» del siglo XX.[23] En Grecia, los niños de las clases educadas sabían de la ira de Aquiles, de los sacrificios y de los juegos celebrados en el funeral de Patroclo. Los Juegos Olímpicos descendían en línea directa de estos torneos funerarios ancestrales. Una línea de sucesión muy diferente de la de los juegos contemporáneos.

VIII

Y tampoco, por lo que se ve, el nivel normal de pasión y violencia de los héroes y dioses homéricos o, para decirlo de otra manera, su nivel normal interno de desarrollo del autocontrol, su nivel de «conciencia», estaba muy por debajo del

alcanzado en Atenas durante el periodo clásico. Los restos arqueológicos que han sobrevivido, los templos y esculturas de los dioses y héroes griegos han contribuido a crear la imagen de los griegos antiguos como la de un pueblo singularmente bien templado, equilibrado y armónico. El propio adjetivo «clásico», empleado en frases como «la Antigüedad clásica», evoca el cuadro de la sociedad griega como un modelo de belleza nivelada y de equilibrio que las generaciones posteriores nunca podrán emular. Esto es una equivocación.

No es posible asentar aquí con la precisión que merece el lugar de la Grecia clásica en el desarrollo de la «conciencia», de los controles interiorizados en lo referente a la violencia ni a otras esferas de la vida. Bastará con decir que incluso la Grecia clásica representa todavía el «alba de la conciencia», una etapa donde la transformación de una conciencia autorreguladora representada por imágenes comunales de personajes sobrehumanos externos, dioses-demonios exigentes o amenazadores que decían a los seres humanos de manera más o menos arbitraria qué hacer y qué no hacer, en una voz interior relativamente impersonal e individualizada que habla conforme con los principios sociales generales de justicia e injusticia, el bien y el mal, era aún la excepción más que la norma. El *daimonion* de Sócrates fue quizá lo más aproximado a nuestra formación de conciencia en la sociedad griega clásica, pero esta «voz interior» altamente individualizada tenía aún mucho de genio tutelar. Además, el grado de interiorización e individualización de las normas y controles sociales que hallamos en la representación de Sócrates por Platón fue sin duda alguna un fenómeno excepcional en su tiempo. Resulta muy significativo que no hubiera en griego clásico un equivalente diferenciado y especializado para la palabra *conciencia*. Hay varios términos, como *synesis, euthymion, eusebia* y otros, que ocasionalmente son traducidos como «conciencia», pero al examinarlos con atención nos damos cuenta de que todos, por separado, son menos específicos y cubren un área de significado mucho más amplia, como «tener escrúpulos», «piedad» y «reverencia a dios». Sin embargo, un solo concepto tan altamente especializado como el moderno concepto de *conciencia*, que denote un agente interior autoritario, ineludible y a menudo tiránico que, como parte del individuo, guía su conducta, que exige obediencia y castiga la desobediencia con remordimientos o «mordiscos» que son los sentimientos de culpabilidad, y que, a diferencia del miedo a los dioses o a la venganza, actúa por sí solo, sin llegar aparentemente de ningún lado ni obtener su poder y autoridad de ningún agente exterior, humano o sobrehumano no formaba parte del bagaje intelectual de la Grecia antigua. El hecho de que aún no se hubiera desarrollado en la sociedad griega puede considerarse un indicador confiable de que la formación de la conciencia en aquella sociedad no había alcanzado una etapa de interiorización, individualización y relativa autonomía comparable en modo alguno con la nuestra.

Si queremos entender el nivel más alto de violencia incorporado en los juegos

griegos y el más bajo rechazo a ella en la sociedad griega en general, ésta es una de las pistas que necesitamos conocer, pues es sintomática del hecho de que, en el marco social de una ciudad-Estado griega, los individuos eran mucho más dependientes unos de otros, dependían más que nosotros de agentes y castigos externos que refrenaran sus pasiones, y de que para controlar sus impulsos violentos podían confiar en sí mismos, en las barreras interiorizadas, menos que las personas de las sociedades industrializadas contemporáneas. Hay que añadir que ellos, o al menos sus élites, ya eran mucho más capaces de contenerse individualmente de lo que lo habían sido sus antepasados en la era preclásica. Testigo de este cambio son las nuevas imágenes de los dioses griegos, la crítica de su arbitrariedad y su crueldad. Si conservamos en mente la etapa concreta en el proceso civilizador que la sociedad griega representaba en el tiempo de las ciudades-Estado autónomas, es más fácil comprender que —comparado con el nuestro— el apasionamiento enorme de los griegos antiguos en la acción era perfectamente compatible con el equilibrio corporal entre fuerza y peso, con la gracia aristocrática y el orgullo en el movimiento reflejados en la escultura griega.

Por último, consideramos de utilidad señalar brevemente otro eslabón en la cadena de interdependencias que conecta el nivel de violencia en los juegos de competencia y en la guerra de la antigua Grecia con otras características estructurales de la sociedad griega. Es enormemente significativo para la etapa en que se encontraba la organización del Estado en aquel periodo el hecho de que la protección de la vida de un ciudadano contra los ataques de otro no fuera vista como es hoy, como un asunto de interés exclusivo para el Estado. Ni siquiera en Atenas se enfocaba así esta cuestión. Si alguien era asesinado o quedaba inválido por el ataque de otro ciudadano, aun en la época clásica correspondía a sus parientes tomar venganza y liquidar el asunto. En contraste con nuestro tiempo, el grupo familiar aún representaba un papel mucho más importante que ahora en la protección de un individuo contra la violencia. Esto significaba al mismo tiempo que todo varón físicamente apto tenía que estar preparado para defender a sus parientes o, llegado el caso, para atacar él mismo con el fin de ayudar o vengar a algún miembro de su familia. Incluso dentro de una misma ciudad-Estado era comparativamente alto el nivel general de violencia e inseguridad física. También esto contribuye a explicar por qué el nivel de rechazo a la idea de infligir dolor o causar daño a otros, y al hecho mismo de presenciar actos violentos, era más bajo y por qué los sentimientos de culpa ante la comisión de actos de violencia tenían raíces menos profundas en el individuo. Tal como estaba organizada aquella sociedad, hubieran representado obstáculos muy difíciles de salvar.

Unos proverbios del gran filósofo griego Demócrito pueden servir para entender mejor estas diferencias pues revelan la experiencia social común del pueblo griego en esa situación. Muestran y explican por qué «el bien y el mal» no pueden significar de ninguna manera lo mismo en una sociedad en la que cada

individuo tiene que bastarse por sí solo para defender su propia vida y la de su familia. Es correcto, decía Demócrito, según las reglas de la costumbre, matar a todo ser vivo que haya causado algún daño; no matarlo es malo. El filósofo expresaba estas opiniones totalmente en términos sociales y humanos. No se invoca a los dioses, ni a la justicia ni a la santidad, como se verá después en el diálogo de Sócrates con Protágoras —si es que podemos confiar en Platón—. Al igual que tampoco hay, como se puede ver, ninguna solicitud de protección ante los tribunales, las instituciones del Estado, los gobiernos. En lo que respecta puramente a la supervivencia física, las personas dependían entonces mucho más de sí mismas que nosotros hoy. He aquí lo que decía Demócrito:

68(B257)

Como sucede con los animales en determinados casos
la regla sobre matar y no matar es la siguiente:
si un animal hace daño
o desea hacer daño
y un hombre lo mata
será considerado exento de castigo.
Obrar así contribuye al bienestar
y no al contrario.

3(B258)

Si una cosa hace daño contrario al bien
necesario es matarla.
Esto cubre todos los casos.
Si así hace un hombre
aumentará la parte de bien que le corresponde
y la seguridad
en todo orden [social].

5(B256)

Correcto es hacer lo que sea necesario
e incorrecto dejar de hacer lo que es necesario
y negarse a hacerlo.

6(B261)

Si a los hombres se les hace una injusticia
hay necesidad de vengarlos en tanto sea factible hacerlo.
No debe pasarse esto por alto.
Hacerlo es justo y también bueno
y lo contrario es injusto y además malo.[24]

IV. Ensayo sobre el deporte y la violencia

NORBERT ELIAS

I

Unos siglos atrás, el término *sport* era usado en Inglaterra, junto con la versión más antigua *disport*, para denominar un variado número de pasatiempos y entretenimientos. En *A Survey of London*, escrito a fines del siglo XVI,[1] leemos acerca del «espectáculo montado por los ciudadanos para el *disport* del joven príncipe Ricardo», o de los «*sportess* y pasatiempos acostumbrados cada año, primero en la fiesta de Navidad... Había en la Casa Real... un Lord del Desgobierno, o Maestro de alegres *disports*...»[2] Con el tiempo, *deporte* se generalizó como término técnico para designar formas de recreación en las cuales el ejercicio físico desempeñaba un papel fundamental —formas específicas de recrearse que se desarrollaron primero en Inglaterra y luego se extendieron por todo el mundo—. ¿Acaso la difusión de estas formas inglesas de ocupar el tiempo libre tenía alguna relación con el hecho de que las sociedades que las adoptaron sufrieran cambios estructurales de naturaleza similar a los experimentados antes en Inglaterra? ¿O se debió a que Inglaterra llevaba la delantera a los demás países en lo que respecta a la «industrialización»? Es realmente sorprendente el paralelismo de estos dos procesos: el de la difusión desde Inglaterra de modelos industriales de producción, organización y trabajo, y el de la difusión de actividades de tiempo libre del tipo conocido como «deporte» y de las formas de organización relacionadas con él. Como hipótesis inicial, parece razonable suponer que la transformación de la manera en que las personas empleaban su tiempo libre fuese de la mano con la transformación de la forma en que esas personas trabajaban. ¿Pero cuáles eran los puntos de contacto?

Mucho se ha debatido sobre los procesos de industrialización y sus condiciones. Hablar de procesos de «deportivización» puede chocar a nuestros oídos. El concepto nos suena extraño. Y no obstante, se ajusta muy bien a los hechos que se pueden observar. A lo largo del siglo XX —y en algunos casos ya incluso en la segunda mitad del siglo XVIII—, con Inglaterra como país prototipo

que marcaba la pauta, ciertas actividades recreativas que exigían una gran dosis de ejercicio físico adoptaron las características de deportes también en otros países. El código de normas, incluidas las que procuraban la «limpieza» del juego, la igualdad de oportunidades de ganar para todos los contendientes, se hizo más rígido; las reglas, más precisas, explícitas y diferenciadas; la supervisión del cumplimiento de las reglas, más eficiente; así, se hizo más difícil escapar del castigo por quebrantarlas. Dicho de otro modo, bajo la forma de «deportes», los juegos de competencia con ejercicio físico llegaron a un nivel de ordenamiento y de autodisciplina por parte de los jugadores nunca antes alcanzado. Además, esos mismos juegos concebidos como deportes llegaron a asimilar un código de reglas que garantizaba el equilibrio entre el logro posible de una alta tensión en la lucha y una protección razonable contra daños físicos. La «deportivización», en resumen, fue como un empuje civilizador comparable por su dirección global a la «cortesanización» de los guerreros, proceso en el que las opresivas reglas de la etiqueta desempeñaron un papel significativo y del cual ya me he ocupado en otro trabajo.[3]

La tendencia tan generalizada a explicar casi todo lo ocurrido en el siglo XIX como el resultado de la Revolución industrial hace que nos sintamos saturados de este tipo de explicaciones. La industrialización y la urbanización tuvieron sin duda alguna un papel en el desarrollo y difusión de las ocupaciones de tiempo libre con características de deportes, pero también es posible que tanto la una como la otra fueran síntomas de una transformación más profunda de las sociedades europeas que exigía mayor regularidad y diferenciación de conducta a sus miembros en tanto que individuos. Puede que en ello algo tuviera que ver la creciente longitud y diferenciación de las cadenas de interdependencia. Este proceso halló expresión en la sumisión de los sentimientos y la conducta de las personas a un calendario regulador minuciosamente diferenciado y a una contabilidad igualmente ineludible en términos de dinero. Es posible pensar que las sociedades europeas, desde el siglo XV en adelante, para hablar de una manera general, sufrieran una transformación que imponía a sus miembros una reglamentación cada vez mayor de su conducta y sus sentimientos. ¿Quizá la pronta aceptación de los pasatiempos tipo deporte en los países del continente fue un indicador de la creciente necesidad de actividades recreativas más ordenadas, más reguladas y menos violentas físicamente en la sociedad en general? Las investigaciones futuras tal vez puedan proporcionar respuestas a estas preguntas. Por el momento, bástenos con clarificar y plantear correctamente algunas de las interrogantes que tienen que ver con el nacimiento mismo de los deportes. En el pasado, el término *deporte* se utilizaba con frecuencia de manera indiscriminada para referirse tanto a ciertos tipos de actividades recreativas modernas como a las actividades recreativas en sociedades de épocas anteriores, de igual modo que a menudo se hablaba de la «industria» moderna al tiempo que de la laboriosidad de los pueblos de la Edad

de Piedra.* Lo que hemos dicho puede bastar para aclarar que el deporte es algo relativamente reciente y nuevo.

II

Si queremos remontarnos más en el tiempo y de esta etapa de propagación del movimiento deportivo fuera de Inglaterra pasar a la etapa anterior de desarrollo del deporte dentro de este país, habremos de pensar primero cuál es el mejor camino. ¿Cómo encontrar pruebas fehacientes sobre los procesos de crecimiento —sobre el desarrollo de los juegos y de otras actividades recreativas hasta convertirse en lo que ahora llamamos deporte—? Muchos de estos desarrollos, pensaríamos, han tenido lugar sin dejar huella alguna. ¿Quedan suficientes testimonios para reconstruir los procesos en que los pasatiempos adquirieron las características de deportes y cada deporte, a su vez, sus propias características distintivas?

No son pruebas realmente lo que falta. Es sólo que, al buscarlas, no nos damos cuenta de su existencia debido a las ideas preconcebidas reinantes sobre cómo se escribe la historia en general y la historia de los deportes en particular. Así, al estudiar el desarrollo de un deporte, nos vemos guiados a menudo por el deseo de buscarle un linaje antiguo y respetable y, en ese caso, tendemos a seleccionar como importantes para nuestra historia todos los datos acerca de juegos de antaño que guarden alguna semejanza con la forma actual del deporte cuya historia estamos escribiendo. Si en una crónica del siglo XV, por ejemplo, hallamos que ya entonces los jóvenes de Londres iban determinados días al campo a jugar con un balón, tendemos a deducir que jugaban a lo que, con el nombre de «futbol», se ha convertido ahora en uno de los principales juegos de Inglaterra y que se ha propagado por todo el mundo.[4] Ahora bien, considerar las actividades recreativas del pasado distante como similares poco más o menos a las de nuestro tiempo —el «futbol» del siglo XII con el de fines del siglo XIX y el del siglo XX— nos impide colocar en el centro de nuestro estudio las preguntas de cómo y por qué jugar con una pelota grande de cuero llegó a adquirir las características particulares que hoy definen este tipo de juego, cómo y por qué se desarrollaron las normas y convenciones concretas que ahora determinan la conducta de los jugadores en el juego y sin las cuales éste no sería «futbol» en el sentido que para nosotros tiene esta palabra. O cómo y por qué se desarrollaron las particulares formas de organización que conformaron el marco más inmediato para el desarrollo de tales reglas y sin el cual éstas no hubieran podido perdurar ni ser controladas.

En todos estos aspectos, la capacitación, el estudio y el punto de vista de los sociólogos dirigen la atención a problemas, y consiguientemente a testimonios, que no siempre son vistos como muy relevantes en la tradición principal seguida

por quienes escriben la historia. La historia del sociólogo no es la historia del historiador. La atención a las reglas que gobiernan el comportamiento humano en una época determinada y a las organizaciones que permiten mantener estas reglas y vigilar su cumplimiento, se ha convertido en un tema bastante frecuente de la investigación sociológica.

Lo que por el momento continúa siendo poco habitual es el interés por las reglas o normas en desarrollo. Pocas veces se explora de manera sistemática el problema de cómo y por qué las normas se han convertido en lo que son en un momento determinado. Y, no obstante, sin la exploración de tales procesos toda una dimensión de la realidad social se queda fuera de nuestro alcance. El estudio sociológico de los juegos deportivos, aparte de su interés intrínseco, desempeña también la función de servir como esquema piloto. Aquí, en un campo que es relativamente limitado y accesible, encontramos problemas como los que a menudo se hallan en otras áreas más vastas, más complejas y menos accesibles. Los estudios realizados en el desarrollo de los deportes proporcionan experiencias en muchos sentidos y algunas veces conducen a modelos teóricos que pueden ser de utilidad en la exploración de esos otros campos. El problema de cómo y por qué se desarrollan las reglas es un ejemplo. El estudio inconmovible de las reglas como algo ya dado ha servido con frecuencia, antes y aún hoy, para mostrarnos un cuadro equívoco y en cierto modo irreal de la sociedad.

Si ponemos a prueba las actuales teorías sobre la sociedad descubrimos una fuerte tendencia a considerar las normas y reglas —según la sucesión de Durkheim— casi como si tuvieran una existencia propia independientemente de las personas. Solemos hablar de ellas como si fuesen hechos consumados que por sí solos explicaran la integración de los individuos en sociedades y el tipo concreto de integración, el patrón o estructura de las sociedades. En resumen, a menudo da la impresión de que las normas o reglas, como las ideas de Platón, tienen una existencia propia, que existen, por así decirlo, por sí solas y que, por tanto, constituyen el punto de partida para reflexionar sobre el modo en que los seres humanos se agrupan formando sociedades.

Si nos adentramos en el estudio de cómo se desarrollan las normas, es más fácil percibir que el enfoque durkheimiano, que explica la cohesión, la interdependencia y la integración de las personas y los grupos humanos por las reglas o normas que siguen, tiene todavía un fuerte halo nominalista a su alrededor. Este enfoque se presta a una concepción errónea sobre la naturaleza de la sociedad bastante difundida hoy en día. Según ésta, la nítida distinción valorativa entre las formas de conducta y de agrupación de los seres humanos que concuerdan con las normas establecidas y las que son contrarias a ellas es integrada sin crítica alguna en el aparato conceptual de quienes tienen como objetivo estudiar y, en la medida de lo posible, explicar los problemas de la sociedad. Los estudios sociológicos tendentes a explicar la conexión de

acontecimientos en la sociedad no lograrían su objetivo si clasificaran los acontecimientos de esta manera. Porque, en lo que respecta a la explicación, las actividades y agrupaciones que se atienen a las normas establecidas y las que se apartan de ellas —es decir, «integración» y «desintegración», «orden social» y «desorden social»— son interdependientes y constituyen exactamente la misma clase de acontecimientos.[5]

Si estudiamos los procesos de desarrollo de las normas y las reglas queda patentemente clara esta interdependencia de hecho entre «orden» y «desorden», «función» y «disfunción», pues en el curso de tales procesos se ve una y otra vez cómo los seres humanos establecen determinadas reglas para remediar formas concretas de mal funcionamiento y cómo éstas a su vez propician otros cambios en las normas, en los códigos de reglas que gobiernan la conducta de las personas en grupos.

También puede verse más claramente lo ilusorio de toda concepción de la sociedad que haga parecer que las normas o reglas tienen un poder propio, como si tuvieran existencia fuera e independientemente de los grupos de personas y así pudieran servir para explicar el modo en que éstas se agrupan formando sociedades. El estudio del desarrollo de los juegos deportivos[6] y, como un aspecto de éste, del desarrollo de sus reglas, me permitió explorar en un campo comparativamente manejable la técnica de investigación sociológica para la que utilizo, como nombre apropiado, el término análisis y síntesis «figuracional» y mostrar cómo creo que debe utilizarse. Para decirlo con más precisión, este estudio muestra con claridad uno de los hechos básicos acerca de la estructura de las sociedades en general, es decir: que —dadas las condiciones permanentes no humanas— las formas concretas en que la gente se agrupa sólo pueden explicarse por otras formas concretas de agrupaciones de personas. Por el momento, aún suena bastante extraño decir que lo que uno estudia como «pautas sociales», «estructuras sociales» o «figuraciones» son pautas, estructuras o figuraciones formadas por seres humanos. Los usos lingüísticos y los hábitos de pensamiento nos inclinan a hablar y pensar de tales pautas, estructuras o figuraciones casi como si se trataran de algo con existencia aparte e independiente de las personas que las forman entre sí unas con otras.

Naturalmente, muchos términos sociológicos generalizados han alcanzado un alto grado de adecuación a las estructuras observables. Entre ellos se encuentra el término *estructura*. Y sin embargo, tengo algunas reservas respecto a expresiones generalizadas como la que empleamos cuando decimos que una sociedad o grupo *tiene* una estructura, pues esta manera de hablar puede interpretarse fácilmente como si el grupo existiera independientemente de las personas que lo forman. Lo que llamamos «estructura» no es, de hecho, sino el esquema, o figuración, de los individuos interdependientes que forman el grupo o, en un sentido más amplio, la sociedad. Lo que denominamos «estructuras» cuando vemos a las personas como sociedades son «figuraciones» cuando las

vemos como individuos.

Las figuraciones constituyen el núcleo central de la investigación cuando se estudian los deportes. Todo deporte —aparte de lo demás que pueda ser— es una actividad de grupo organizada y centrada en la competencia entre al menos dos partes. Exige algún tipo de ejercicio o esfuerzo físico. El enfrentamiento se realiza siguiendo reglas conocidas, incluidas —en los casos en que se permite el uso de la fuerza física— las que definen los límites de violencia permitidos. Las reglas determinan la figuración de partida que forman los jugadores y el esquema cambiante de ésta a medida que avanza la competencia. Pero todos los deportes realizan funciones específicas para los participantes, los espectadores y hasta para sus países en general. Cuando un determinado deporte no logra cumplir adecuadamente estas funciones, las reglas pueden ser cambiadas.

Los deportes difieren entre sí por sus reglas y, consecuentemente, por el modelo o pauta de la competencia; en otras palabras, por las distintas figuraciones de los individuos implicados tal como son determinadas por sus reglas respectivas y por las organizaciones que vigilan su cumplimiento. La pregunta, evidentemente, es qué distinguió al modo inglés de «jugar al juego» —el tipo de competencias, de reglas y de organización a la que ahora denominamos «deportes»— de otros tipos de competencias recreativas. ¿Cómo nacieron los juegos de competencia? ¿Cómo se desarrolló en el tiempo el carácter distintivo de las reglas, las organizaciones, las relaciones y los grupos de jugadores en acción que son peculiares de los «deportes»? Es obvio que éste fue uno de los procesos en que, a lo largo de muchas generaciones, se desarrollaron estructuras concretas de relaciones y actividades grupales gracias al concurso de las acciones y objetivos de numerosas personas, aun cuando ninguno de los participantes, ni como individuo ni como grupo, buscó o planeó el resultado a largo plazo de sus acciones. Así pues, no es sólo una manera de hablar lo que hace que se vea el nacimiento de los deportes como un problema de desarrollo y no simplemente como un problema histórico. En los libros de historia, la historia de los deportes es presentada a menudo como una serie de actividades y decisiones poco menos que accidentales de unas cuantas personas. Lo que parece culminar en la forma «final», «madura», del juego es lo que se coloca en el centro de la atención. Lo diferente u opuesto al esquema «definitivo» queda casi siempre en la sombra, por irrelevante. Como luego veremos, no puede presentarse adecuadamente el desarrollo de un deporte en su «madurez» si es visto principalmente como una fortuita mezcolanza de actividades y decisiones de unos cuantos individuos o grupos conocidos. Y tampoco es acertada la presentación de este proceso hecha como sugieren las teorías sociológicas actuales, como una serie de «cambios sociales». Los cambios que se pueden observar en el desarrollo de deportes como el críquet y el futbol, la caza de zorros y la carreras de caballos, tienen tanto un esquema como una dirección propios. Éste es el aspecto de la historia de los deportes a que nos referimos cuando hablamos de ella como de un «desarrollo».

Ahora bien, al emplear este término es necesario desligarse de su uso filosófico o metafísico. El significado del término *desarrollo social* sólo puede conocerse con la ayuda de estudios empíricos detallados y, en este contexto específico, sólo preguntando de qué forma se desarrollaron realmente la caza de zorros, el boxeo, el críquet, el futbol y otros deportes. Yo he utilizado, provisionalmente y entre comillas, la expresión forma «madura» o «definitiva» del juego. Uno de los descubrimientos que hice en el curso de estas investigaciones fue el de que, a lo largo de su desarrollo, los juegos pueden llegar a una peculiar etapa de equilibrio. Y cuando han alcanzado esta etapa cambia toda la estructura de su desarrollo futuro. Pues alcanzar la madurez, o como quiera que se llame, no significa que todo el desarrollo se detenga; significa simplemente que el juego entra en una nueva fase. Sin embargo, ni la existencia de esta etapa ni sus características ni, para el caso, la importancia que tiene para el concepto de desarrollo social pueden determinarse como no sea mediante el estudio empírico de los testimonios existentes. Por otro lado, está el conocimiento preliminar de que lo que se busca cuando uno estudia la historia de un deporte no es simplemente las actividades aisladas de individuos o grupos ni unos cambios acaecidos sin esquema rector, sino una secuencia estructurada de cambios en la organización, las reglas y la figuración real del juego mismo, que tras un cierto tiempo conduce a una etapa concreta de equilibrio de tensiones, etapa aquí llamada provisionalmente de «madurez» y cuya naturaleza está aún por determinar. Este conocimiento, utilizado con flexibilidad y teniendo siempre en mente la posibilidad de que no sea el acertado, puede guiar al investigador en la selección de los datos históricos y ayudarle a percibir las relaciones.

III

Como hemos dicho, independientemente de todo lo demás que pueda ser, un deporte es una actividad organizada en grupo y centrada en el enfrentamiento de por lo menos dos partes. Requiere esfuerzo físico y se libra de acuerdo con reglas establecidas, incluidas, llegado el caso, las reglas que definen los límites de fuerza física permitidos. La agrupación de los contendientes está dispuesta de tal modo que en cada encuentro reaparece un determinado patrón de dinámica de grupos —un patrón más o menos elástico, por tanto variable y, de preferencia, no totalmente predecible en cuanto a la marcha del juego y a su resultado—. La figuración de las personas en un torneo de esta naturaleza está ordenada de tal modo que no sólo crea sino que también contiene en sí misma diversas tensiones. En su forma madura, conlleva un complejo de polaridades interdependientes en un estado de inestable equilibrio entre tensiones y permite —en el mejor de los casos— fluctuaciones moderadas que ofrecen a todos los competidores la posibilidad de ganar ventaja hasta que uno de ellos logra romper

la tensión ganando el juego. Una de las características de los juegos deportivos en su etapa de madurez consiste en que el periodo de tensión no es demasiado corto ni demasiado largo. La mayoría de los deportes, como los buenos vinos, necesitaron mucho tiempo para cobrar cuerpo, para madurar y encontrar su punto óptimo. Aunque alguna vez se ha hecho, es raro que alguien invente un juego deportivo que sea satisfactorio.[7] Por regla general, los deportes han pasado por un periodo de ensayo y error antes de alcanzar la forma que garantizaba la tensión suficiente por tiempo suficiente sin alentar las tendencias hacia el empate. Tanto los triunfos muy rápidos como los empates recurrentes pueden presentarse debido a varias razones, algunas de las cuales, no todas, quizá residan en la propia construcción del esquema del juego, de la figuración y de su dinámica. Puede faltar la necesaria tensión en la figuración si uno de los contendientes es demasiado superior al otro en fuerza y habilidad, ya que en tal caso el juego acabará rápidamente con la derrota del más débil. Si los oponentes están demasiado bien nivelados en fuerza y habilidad, el torneo puede prolongarse y resultar aburrido. En este caso, es probable que finalice con un empate y la tensión-emoción no podrá liberarse a tiempo en el clímax de la victoria. En estos casos, es la figuración temporal de los jugadores, no la que con carácter más permanente ha sido instituida por el esquema del juego, la responsable de las fallas que surjan en el equilibrio de tensiones característico de los juegos deportivos. En otros casos, las tendencias hacia la victoria precipitada o el empate se deben a la figuración de los jugadores establecida en el juego mismo. En el desarrollo de un juego deportivo encontramos con frecuencia un periodo durante el cual la disposición figuracional favorece a los atacantes a expensas de los defensores, o viceversa. En el primer caso, los atacantes suelen ganar todos los juegos y ganarlos con demasiada rapidez. Se dice que el poste central del «rastrillo» o meta en el críquet fue introducido cuando los boleadores desarrollaron una técnica con la que introducían la pelota demasiadas veces y, según parece, con demasiada facilidad en la portería.[8] En el segundo caso, los juegos acaban frecuentemente en un empate.[9] Así pues, la adecuación del equilibrio de tensiones y de la dinámica de la figuración en un juego deportivo depende, entre otras cosas, de las medidas que garanticen que los contendientes, tanto en el ataque como en la defensa, tienen iguales oportunidades de ganar y de perder. Pero no son éstas las únicas polaridades de las que depende el equilibrio de tensiones. Si los jugadores no se controlan lo suficiente, existe la probabilidad de que rompan las reglas y entonces la victoria puede ser para los del equipo contrario. Si se reprimen demasiado, carecerán del vigor y el impulso necesarios para conseguir la victoria. Si siguen las reglas al pie de la letra, se arriesgan a perder por falta de inventiva; si las evaden o las estiran hasta el máximo, se arriesgan a perder por haber quebrantado las reglas. Han de encontrar el punto medio entre seguir cuidadosamente las normas y convenciones y regatearlas o estirarlas al máximo y jugar cerca del punto de

ruptura. Si, por querer jugar limpio y en nombre de una diversión sana no aprovechan todas las oportunidades de ganar, pueden perder la posibilidad de la victoria; si buscan el triunfo por encima de todo, el juego mismo puede perder calidad.

En las primeras etapas del desarrollo de los juegos deportivos, cuando en cada localidad eran los equipos relativamente pequeños o sus patrocinadores quienes elaboraban sus propias reglas, no era difícil cambiarlas para adecuarlas a las necesidades de los jugadores y de su público. Pero cuando fueron organizaciones nacionales las que dictaban las normas, la polaridad entre la tendencia por parte de los jugadores a seguirlas y a esquivarlas o estirarlas tuvo su equivalente en un nuevo nivel, en la polaridad entre dos grupos diferentes: los legisladores en el centro de la organización nacional por una parte, y los propios jugadores por la otra. Los primeros legislaban con la vista puesta en la situación global del juego y en su relación con el público en general; los últimos, muy alejados casi siempre del centro de poder e interesados en las oportunidades de ganar los juegos, aprovechaban la elasticidad de todas las reglas verbales buscando resquicios por donde escapar de ellas y burlando las intenciones de quienes imponían las leyes.

Los desequilibrios en una y otra de estas polaridades son factores que inclinan el desarrollo de los juegos deportivos hacia un mayor equilibrio de tensiones. Tres niveles por lo menos participan en la dinámica de este proceso: *1)* los juegos jugados en una época determinada por individuos que podemos nombrar; *2)* las pautas de juego establecidas según las cuales se juega un juego en una etapa determinada de su desarrollo, junto con la organización (u organizaciones) que lo controlan; y *3)* el proceso de la pauta de juego en desarrollo a lo largo de la existencia del juego. La dinámica del juego individual, la dinámica interna de la estructura del juego en una época dada, y la dinámica del proceso formativo a largo plazo del juego hasta su madurez y aun después de lograda ésta, forman una compleja estructura. Conceptualmente, pueden distinguirse estos tres niveles, aunque de hecho son inseparables. Pero para los fines de la observación y del estudio, es conveniente investigar si los cambios en la estructura del juego son debidos a lo que se cree son deficiencias en ella misma en un tiempo en que las condiciones para practicar ese juego en la sociedad en general permanecen inmutables en su mayor parte, o si tales cambios se deben a las diferencias que en gran medida surgen de las cambiantes condiciones del juego en la sociedad en general. Para decirlo con otras palabras, los juegos deportivos, sobre todo si han alcanzado la madurez, pueden gozar de cierta autonomía con respecto a la estructura de la sociedad en que se juegan; por tanto, las razones de los cambios pueden residir en la estructura misma del juego. Pero la autonomía es limitada. Tanto el desarrollo del deporte en general como el de los deportes en particular puede verse como una rama en el tronco mayor del desarrollo de las sociedades en las que se practican y, cada vez más, a

medida que se juegan en un número mayor de países, del desarrollo de la sociedad mundial.

Ya hemos dicho bastante en estas notas preliminares para señalar la complejidad de las características figuracionales básicas de los juegos deportivos. Todos ellos —tenis, futbol, boxeo, jóquey, y muchos otros, incluida la modalidad inglesa de caza— muestran características similares en ciertos aspectos. El análisis figuracional ayuda a percibir con más nitidez tales características y a conceptualizar sus propiedades distintivas con mayor precisión. Partiendo de estas consideraciones preliminares, pueden verse al menos con una perspectiva mejor varias características distintivas del deporte. La pieza central de la figuración formada por un grupo de personas que realizan una actividad deportiva es siempre una lucha fingida, con las tensiones controladas que engendra y la catarsis —o liberación de la tensión— al final. Según los cánones tradicionales que dominan nuestra manera de pensar y de sentir, las tensiones como fenómenos sociales suelen ser consideradas algo que va contra las normas —como algo anormal, peligroso e indeseable—. El análisis figuracional del deporte demuestra que las tensiones de grupo bien atemperadas son un ingrediente normal. De hecho, son el elemento central de todas las actividades recreativas. Un deporte es una forma organizada de tensión en grupo, aun cuando ese grupo esté formado a veces sólo por dos personas. *Equilibrio de tensiones* es el término que se ha introducido para expresar la idea de que la figuración básica de un deporte está pensada para producir tanto como para contener tensiones. Quedan por estudiar las técnicas mediante las cuales, dentro de una figuración establecida de personas, se mantiene por un rato un equilibrio de fuerzas en tensión, con una alta probabilidad de catarsis, o liberación de la tensión, al final. Sean lo que fueren estas técnicas, la figuración en acción queda suspendida entre el Escila de una victoria precipitada y el Caribdis de un empate.

Obviamente, éstas y otras características básicas del deporte no han sido planificadas. No fue el objetivo expreso y claramente conceptualizado de grupos concretos diseñar como actividades recreativas las figuraciones dinámicas de personas con estas características. Y con todo, sin planificación y sin objetivo premeditado, en Inglaterra muchos pasatiempos, principalmente durante los siglos XVIII y XIX, se desarrollaron en esa dirección. La tarea del sociólogo consiste evidentemente, primero, en lograr una representación general más clara de las dinámicas de grupo específicas, la estructura o pauta del juego, las figuraciones de individuos características del deporte; luego, en la medida de lo posible, ver con mayor detalle cómo determinados pasatiempos desarrollaron gradualmente las características distintivas del deporte cuando en un principio carecían de ellas y, por último, definir cuáles han sido las características específicas en el desarrollo de un país, de la sociedad en general, que explican el desarrollo de los pasatiempos en esta dirección y no en otra.

Uno de los primeros ejemplos de pasatiempo con las características distintivas de deporte fue la modalidad inglesa de la caza de zorros. En la actualidad, cualquier tipo de caza es visto por mucha gente, en el mejor de los casos, como un deporte marginal, pero en el siglo XVIII y principios del XIX la caza de zorros en Inglaterra era definitivamente uno de los principales pasatiempos a los que se aplicaba el término *deporte*. El significado de esta palabra se entiende mejor si se estudia la naturaleza peculiar de este tipo de caza. Era muy grande la distancia que lo separaba de la caza más sencilla, menos regulada y más espontánea que se practicaba en otros países y en épocas anteriores, cuando los propios individuos eran los actores principales, los mastines simples adiciones y no eran los zorros los únicos animales cazados.

En Inglaterra, la caza de zorros se convirtió en un pasatiempo altamente especializado, con organización y convenciones propias. Mientras cazaban al zorro, los señores se cuidaban mucho de no perseguir y matar a cualquier otro animal con el que se cruzaran[10] —lo que causaba admiración y sorpresa entre los espectadores extranjeros, incapaces de entender las razones de esta conducta restrictiva. Hasta los propios cazadores ingleses, seguros en el conocimiento y el disfrute de sus costumbres, eran en su mayoría incapaces o renuentes para explicar sus rituales de caza. Ir tras un zorro y descartar a cualquier otro animal que se cruzara en su camino, aun cuando pudiera convertirse en el bocado más exquisito de su mesa, era simplemente parte de su código social. Un caballero no salía de caza con el fin de llevar manjares a la mesa. Lo hacía por deporte. Los cazadores solían divertirse contándose unos a otros historias en las que se mostraba cómo los extranjeros, especialmente los franceses, no comprendían la caza de zorros al estilo inglés. Había la historia del *chasseur* francés que, presenciando una caza de zorros en Inglaterra, manifestó sorpresa y burla al observar cómo eran ahuyentados con el látigo unos perros jóvenes que perseguían el rastro de una liebre a la que estaban a punto de atrapar; o la historia de otro gentilhombre francés que durante una cacería oyó decir a un inglés: «¡Qué admirable el deporte que el zorro ha mostrado en esta encantadora carrera de dos horas y cuarto!». El francés replicó: *«Ma foi*, debe merecer la pena atraparlo ya que os tomáis tantas molestias. *Est-il bon pour un fricandeau?*[11]

En esto, como puede verse, consistía el «deporte»: en la agradable carrera, la tensión, la emoción, no en el *fricandeau*.

Anteriormente, la placentera emoción de la caza había consistido en el goce experimentado como anticipación de los verdaderos placeres, los de matar y comer. El placer de matar animales estaba realzado por su utilidad. Muchos de los animales cazados suponían una amenaza para los frutos del trabajo de las personas. Durante casi todo el siglo XVIII los animales salvajes, y los zorros entre ellos, aún abundaban en la mayoría de los países. Era necesario cazarlos para

evitar que se multiplicaran. Los zorros en particular eran una amenaza constante para las aves de corral, los gansos y patos de los campesinos y de la *gentry*. En el campo competían por las liebres con los cazadores furtivos. En el pasado estaba permitido que los lebreles cazaran venados, liebres, garduñas y zorros indiscriminadamente. Plagaban los campos y bosques y todos eran considerados animales peligrosos y repugnantes. Además servían de alimento. En tiempos de sequía y hambre los pobres podrían sentirse menos inclinados a desperdiciar la carne de zorro por culpa de su fuerte sabor. «La carne de zorro», según una fuente francesa, es menos desagradable que la carne de lobo; «tanto los perros como los hombres la comen en el otoño, sobre todo si el zorro ha comido y engordado con uvas».[12]

De modo que los primeros estilos de caza imponían a sus seguidores escasas restricciones. La gente disfrutaba de los placeres de cazar y matar animales como pudieran y de comer todos los que querían. A veces empujaban a los animales a zonas próximas a los cazadores para que éstos pudieran sentir el placer de matarlos sin realizar mucho esfuerzo. Para los cuadros militares y sociales de rango más alto, la emoción de cazar y matar animales siempre fue en cierto modo el equivalente en tiempos de paz de la excitación asociada con el hecho de matar hombres en tiempos de guerra. Del modo más natural, la gente utilizaba en ambos casos las armas más adecuadas que tenían a la mano. Ya que se habían inventado las armas de fuego, éstas eran utilizadas para disparar a los zorros o a cualquier otro animal.

Una mirada al pasado, a las formas más antiguas de cacería, muestra las peculiaridades de la caza de zorros en Inglaterra desde un mejor ángulo. Era una forma de cazar en la que los cazadores se impusieron a sí mismos y a sus mastines diversas restricciones muy concretas. Toda la organización de la caza, la conducta de los participantes, el entrenamiento de los perros, todo estaba regido por un código extremadamente elaborado. Pero la razón de ser de este código, los tabúes y restricciones que imponía sobre los cazadores, estaban muy lejos de ser obvios. ¿Por qué se entrenaba a los perros para que no siguieran otro rastro que el del zorro y, en la medida de lo posible, no el de cualquier zorro sino el del primero que habían descubierto? El ritual de la caza exigía que los cazadores no utilizaran ningún tipo de armas. ¿Por qué se consideraba un delito social grave disparar a los zorros e igualmente impropio de caballeros emplear cualquier arma para cazarlos? Los caballeros que practicaban la caza de zorros mataban, para decirlo de alguna manera, por poderes: delegando la tarea de matar en sus perros. ¿Por qué prohibía el código de caza que las personas mataran al animal cazado? En épocas anteriores el papel principal de la caza lo habían desempeñado los hombres, mientras que los mastines habían representado un papel secundario. ¿Por qué en la modalidad inglesa se había dejado el papel principal a los perros y los hombres se limitaron al papel secundario de seguidores, observadores o quizá controladores de aquéllos?

Como resultado de este traspaso de los papeles principales en la caza y de la consiguiente necesidad por parte de los cazadores de identificarse en cierto modo con los perros —como si se hubieran desprendido de una parte de sí mismos y la hubiesen despachado a mancharse de sangre y a matar en lugar de hacerlo ellos —, numerosos cazadores se sintieron ligados a sus animales por un afecto que con frecuencia era recíproco. Conocían a sus perros individualmente por sus nombres. Evaluaban y analizaban las cualidades de cada uno y las comparaban con las de los demás. Admiraban su valentía, su fiereza, su intrepidez, y fomentaban la rivalidad entre ellos.

«Deben —escribió Beckford— querer y temer al mismo tiempo al cazador. Deben temerle mucho, pero quererlo más. Sin duda alguna los lebreles harían más por el cazador si lo quisieran más.»[13] La relación íntima y personal entre cazadores y perros, incluida una cierta proyección de los sentimientos del cazador, fue un aspecto integral de la figuración básica de la caza de zorros. «¡Observa a Galloper cómo los guía! Resulta difícil distinguir cuál va primero, corren con tal estilo... pero él aventaja a todos; su olfato no es menos excelente que su velocidad. ¡Cómo busca el rastro!... Ahí, ahora, ¡ya va a la cabeza otra vez!»[14] Y el final: «¡Cuidado ahora, zorro! ¡Cómo le ladran!, ¡y el pequeño Sin Miedo cómo lo acosa!, ¡también los *terrier* le gruñen ahora!, ¡Venganza lo tiene tan cerca!, ¡cómo lo presiona! ¡Todo acabó para él! ¡Dios, qué masa tan compacta forman entre todos; el bosque entero resuena!, ¡sí que ha durado poco la contienda! ¡Ahora, sí, ahora ya lo tienen!»[15]

Al delegar los cazadores en los perros la mayor parte de la persecución, así como la función de matar y someterse ellos mismos a un elaborado y autoimpuesto código de restricciones, el placer de cazar se convirtió parcialmente en un placer visual; el gozo derivado de hacer se había transformado en el gozo de ver.

La dirección de los cambios experimentados en la manera de cazar, si se contrasta el ritual inglés de la caza de zorros con anteriores formas de caza, muestra muy claramente la dirección general de un empuje civilizador.[16] El aumento de las restricciones sobre el empleo de la fuerza física y en particular sobre el hecho de matar y, como expresión de estas restricciones, el desplazamiento del placer experimentado cometiendo actos violentos al placer experimentado viendo cometer actos de violencia, pueden observarse como síntomas de un empuje civilizador en muchas otras esferas de la actividad humana. Como se ha demostrado, todas están relacionadas con movimientos tendentes hacia la mayor pacificación de los países, asociada con el crecimiento o el aumento de la eficacia en la monopolización de la fuerza física por los representantes de las instituciones centrales de esos países. Se relacionan, además, con uno de los aspectos más decisivos de la pacificación y civilización interna de un país —con la exclusión del uso de la violencia en las recurrentes luchas por el control de estas instituciones centrales y con la consiguiente

formación de la conciencia—. Puede verse esta creciente interiorización de las prohibiciones sociales contra la violencia así como el avance en el umbral de rechazo a la violencia, especialmente contra el hecho de matar y hasta de ver cómo otros lo hacen, si se considera que, en su momento culminante, el ritual inglés de la caza de zorros, que prohibía toda participación humana directa en la matanza, representó un empuje civilizador. Fue un avance en el rechazo por parte de las personas a cometer actos violentos, mientras que hoy, en consonancia con el ininterrumpido avance del umbral de sensibilidad, no son pocos quienes encuentran desagradable incluso este testimonio de un empuje civilizador anterior y a quienes les gustaría que fuera abolido.

A veces se cree erróneamente que un proceso civilizador es un proceso en el que aumentan las restricciones, o «represiones» como algunos las llaman, inculcadas a los individuos, con la correspondiente disminución de su capacidad para sentir emociones agradables y disfrutar de la vida. Pero, en cierto modo, quizás esta impresión se deba al hecho de que las satisfacciones agradables de las personas han captado menos la atención de la investigación científica, como tema válido e interesante, que las reglas restrictivas, las coerciones sociales y sus instrumentos, tales como las leyes, las normas y los valores. Estudiar el desarrollo de los deportes puede contribuir a equilibrar la balanza. De cuando en cuando aparecen en la bibliografía especializada declaraciones que viene muy al caso mencionar. Así, con harta frecuencia se ha visto en la caza una actividad sustitutiva de la guerra. También se ha reconocido a veces con absoluta claridad que la forma que adoptó en Inglaterra representaba una moderación de sus aspectos menos civilizados, lo cual se correspondía mejor con la sensibilidad de los caballeros civilizados al dejar que los perros se encargaran de dar muerte a la presa y limitar ellos su propia actividad a ayudarlos, a experimentar la emoción de la espera y a observar la muerte de la víctima. Beckford escribió:

> Al estar tan familiarizados con los lebreles y poder ayudarlos a veces encuentran el deporte más interesante y tienen la satisfacción de pensar que con ello contribuyen al éxito del día. Éste es un placer que con frecuencia se disfruta; *un placer sin remordimientos*. Ignoro qué efecto tenga sobre otros, pero yo siempre me siento de buen ánimo tras un buen deporte de caza; y nunca el resto es desagradable para mí. ¿Qué son otros deportes comparados con éste tan lleno de entusiasmo? La pesca, a mi modo de ver, es una diversión aburrida. El tiro, aunque admite un compañero, no permite la presencia de muchos. Los dos pueden, por consiguiente, ser considerados como diversiones egoístas y solitarias en contraste con la caza, donde cuantos gusten asistir son bienvenidos…
>
> Pues es la caza parecida a la guerra; sus incertidumbres, sus fatigas, sus dificultades y sus peligros la hacen interesante por encima de todas las demás diversiones.[17]

Estas reveladoras palabras señalan de varias formas el núcleo central del problema. Desde la época en que vivió Beckford, el proceso civilizador ha

avanzado en el mismo sentido e incluso ha rebasado, entre algunos sectores de la población, el punto en que él y el sector de la sociedad en que se movía se encontraban entonces. Aquel sector ha dejado de ser el dominante, el que imponía el modelo a seguir. Y, si en su sociedad la conciencia y la correspondiente sensibilidad habían llegado a convertir en desagradable para ellos matar al zorro con sus propias manos, hoy tienen más voz y poder los sectores de la población cuya sensibilidad e identificación con el animal cazado son tan fuertes que la caza y muerte de zorros por el puro placer del hombre es para ellos absolutamente desagradable.

En tiempos de Beckford, la pacificación interna —la estabilidad y eficacia de la protección que las agencias centrales de una sociedad y sus órganos podían ofrecer a las personas, sobre todo contra las amenazas físicas de toda clase— y con ella las correspondientes restricciones, externas e internas, sobre los individuos, no habían llegado ni con mucho al punto en que se encuentran hoy. Pero, comparada en general con formas anteriores de caza y de pasatiempos, la dirección del cambio en la conducta y la sensibilidad fue la misma. El hecho de matar y el recurso a la violencia física en términos generales, aun en los casos de actuación violenta contra los animales, habían quedado circunscritos de modo más elaborado por tabúes y restricciones. Nada más característico de una corriente civilizadora que decir que la violencia indirecta, el matar por poder, el hecho de que uno pudiese ayudar a los perros a hacer lo que uno ya no quería hacer, permitía sentir «un placer sin remordimientos».

Lo que Beckford observó en este pasaje fue, efectivamente, uno de los aspectos centrales del deporte y en particular de los juegos deportivos. Todos ellos son figuraciones dinámicas de personas, y a veces también de animales, que permiten librar una contienda directa o indirectamente, implicándose por entero («en cuerpo y alma», como solía decirse) y disfrutar la emoción de la lucha sin pesar alguno, sin mala conciencia.

De hecho, el deporte es uno de los grandes inventos sociales que los seres humanos han hecho sin haberlo planeado. Les ofrece la liberadora emoción de una lucha en la que invierten habilidad y esfuerzo físico mientras queda reducida al mínimo la posibilidad de que alguien resulte seriamente dañado.

En el siglo XVIII el umbral de rechazo a la idea de causar daño a otros directa o indirectamente, relacionada con la emoción agradable derivada de la batalla mimética que es una competencia deportiva, no había llegado tan lejos y en muchos casos se encontraba por debajo del nivel que hoy ocupa en muchas sociedades avanzadas. Pero la dirección del cambio en la conducta y los sentimientos que pueden observarse entonces eran los mismos que se observan en épocas más recientes.

Uno de los problemas fundamentales a que se enfrentaban las sociedades en el curso de un proceso civilizador era —y sigue siendo— el de encontrar un nuevo equilibrio entre placer y restricción. El progresivo reforzamiento de los controles

reguladores sobre la conducta de las personas y la correspondiente formación de la conciencia, la interiorización de las normas que regulan más detalladamente todas las esferas de la vida, garantizaba a las personas mayor seguridad y estabilidad en sus relaciones recíprocas, pero también entrañaba una pérdida de las satisfacciones agradables asociadas con formas de conducta más sencillas y espontáneas. El deporte fue una de las soluciones a este problema. Las innúmeras personas que anónimamente contribuyeron al desarrollo de los deportes quizá no fueran conscientes del problema al que se enfrentaban en la forma general en que ahora se presenta en retrospectiva al sociólogo, pero algunas sí tenían clara conciencia de él como problema específico con el que se topaban en la inmediatez de sus propios pasatiempos limitados. La figuración de la caza de zorros —de la caza convertida en deporte— muestra algunas de las formas en que la gente se las ingenió para obtener placer de una actividad que implicaba ejercer violencia física y matar en una etapa en que, en la sociedad en general, incluso los ricos y poderosos, habían visto cada vez más mermada su capacidad para emplear la fuerza sin el consentimiento de la ley y en la que su propia conciencia se había vuelto más sensible con respecto al uso de la fuerza bruta y el derramamiento de sangre.

¿Cómo fue posible hacerla? ¿Cómo pudieron obtener placer sin remordimientos de conciencia pese a que la conciencia socialmente inculcada se había vuelto más fuerte, casi omnipresente y, aunque todavía menos sensible con respecto a la violencia de lo que tiende a ser en las sociedades industriales avanzadas de hoy, mucho más sensible de lo que había sido en épocas anteriores? El problema fue menos difícil de resolver cuando la violencia se practicaba con animales en lugar de seres humanos. De todos modos, fue bastante sorprendente que, en el inicio de una corriente civilizadora, el umbral de sensibilidad hubiese avanzado hasta incluir a los animales. Los controles sociales externos tal como se expresaban en leyes y reglamentos formales sólo tenían aplicación a los seres humanos. Que la sensibilidad con respecto a la violencia llegara a afectar a los animales fue una característica de la irradiación del sentimiento más allá del objetivo inicial, que es un rasgo general de la formación de la conciencia. El avance, en esta etapa, había sido suficiente para que las personas disfrutaran con la muerte del animal cazado de una forma indirecta, como observadores, y no directamente como ejecutores.

Pero, si estudiamos la figuración de la caza de zorros con más atención y la comparamos con anteriores modalidades de caza, pronto advertiremos un giro altamente característico en cuanto al centro de interés de las actividades que proporcionaban placer. En las modalidades de caza anteriores, las principales fuentes de placer habían consistido en general en el hecho de matar y luego comer la presa. Una característica de la forma inglesa de caza de zorros fue que desapareció el placer de comer como incentivo para la caza y que el placer de matar, aunque nada despreciable, se vio atenuado. Era un placer con

intermediario. De matar se encargaban los mastines, mientras que el placer en la persecución se convertía, por decirlo así, en la fuente principal de entrenamiento y en la parte central del ejercicio. La muerte del zorro —el júbilo de la victoria— aún continuaba siendo el clímax de la caza, pero ya había dejado de ser por sí sola la fuente principal de placer. Esa función había pasado a desempeñarla la caza del animal, la persecución. Lo que, en las formas de caza más sencillas y espontáneas, había sido un placer *a priori* ante la perspectiva de matar y comer el animal, cobró una importancia mucho mayor que nunca. En relación con todos los demás fines de la caza, la tensión de la fingida batalla y el placer que ésta proporcionaba a los participantes alcanzó un alto grado de autonomía. Matar zorros era fácil. Todas las reglas de la caza estaban pensadas para hacerla menos fácil, para prolongar la lucha, posponer la victoria por un rato; no porque se considerase inmoral o injusto en modo alguno matar a los zorros, sino porque la excitación de la propia cacería se había convertido cada vez más en la principal fuente de gozo para los cazadores. Disparar contra los zorros estaba estrictamente prohibido; en los círculos en que se originó esta forma de caza, en la aristocracia y en la *gentry*, se consideraba una falta imperdonable, y los campesinos arrendatarios, de grado o por fuerza, habían de acatar las reglas de sus superiores, aun cuando los zorros les robasen sus gallinas o sus gansos. Matarlos con armas de fuego era un pecado porque privaba a los señores de la tensión y emoción de la caza; les echaba a perder su deporte.

Lo que antaño fuera un placer anticipado, preparatorio del placer de matar y comer al animal cazado, se convirtió ahora en la parte medular del placer, que culminaba en la muerte del animal, mientras que éste ya no representaba papel alguno en la cena ni en el festejo posterior a no ser como tema de conversación. El significado que la palabra *deporte* asumió en el siglo XVIII se vio profundamente afectado por este peculiar giro en la forma en que las personas gozaban sus pasatiempos; representó una profunda transformación subliminal de los sentimientos. En la Edad Media el término *deporte* había tenido un significado mucho menos preciso. Entonces podía aplicarse a numerosas diversiones y entretenimientos diferentes entre sí. Fue durante el siglo XVIII cuando se convirtió en un término más especializado: se transformó en un *terminus technicus* para designar un determinado tipo de pasatiempo que en aquella época se desarrolló entre caballeros y aristócratas dueños de tierras, y del cual la altamente idiosincrásica forma de cazar zorros que se desarrolló en aquellos círculos fue uno de los más prominentes. Quizá su rasgo más característico era la tensión-emoción del remedo de batalla que requería ejercicio físico y el gozo que esa batalla brindaba a los seres humanos como participantes o como espectadores.

Hasta donde se puede ver, los grupos de cazadores de zorros no ignoraban totalmente la peculiar autonomía de su «deporte»: el relativo distanciamiento de las alegrías brindadas por la batalla mimética con respecto a cualquier otro

objetivo o función social. Expresiones tales como «El zorro nos proporcionó un buen deporte» o «Nuestro deporte depende completamente del exquisito sentido del olfato tan peculiar de los perros», muestran con absoluta claridad la estrecha relación que en aquel tiempo tenía el término *deporte* con la tensión de la batalla fingida como tal y con el placer derivado de ella.[18]

Tampoco desconocían por completo los practicantes de la caza de zorros el hecho de que cabía esperar de ella la agradable tensión-emoción que era la esencia del «buen deporte» sólo porque su figuración básica aseguraba un equilibrio de tensiones moderadamente inestable, un transitorio equilibrio de poder entre los contrincantes. Según un manual deportivo:

> La noble ciencia, como llaman a la caza de zorros su adeptos, es considerada por unanimidad la perfección de la caza. El animal perseguido corre justamente a la velocidad necesaria para el caso y cuenta además con toda clase de artimañas para despistar a sus perseguidores. Deja un buen rastro, es muy intrépido y abunda lo suficiente como para ofrecer razonables oportunidades de deporte.[19]

La caza de zorros al estilo inglés es tomada aquí como modelo empírico para poner de manifiesto algunas de las características distintivas originales de los pasatiempos llamados «deportes». Ello puede coadyuvar a entender mejor ciertas características estructurales del deporte como fuente de tensión-emoción agradable, a las cuales se les dio después únicamente una explicación utilitarista. Los grupos relacionados con la caza de zorros ya habían desarrollado una «ética» precisa, lo cual es una de las características de todos los deportes, pero en esta etapa la «ética deportiva» no era como la ética de las clases medias a las que se aplican términos como *moral* o *moralidad*. Era la ética de las clases ociosas ricas, refinadas y comparativamente restringidas que habían llegado a apreciar la tensión y la emoción de las batallas fingidas bien reguladas como parte principal de su placer. Las reglas de la caza de zorros, elaboradas y vigiladas por caballeros y rigurosamente aplicadas contra los infractores, garantizaban que la caza les proporcionara los componentes esenciales del buen «deporte»: la justa medida de tensión agradable y emoción placentera por la batalla. Tales normas aseguraban que las condiciones para la agradable tensión-emoción que los caballeros buscaban y necesitaban fueran producidas con exacta regularidad por la dinámica de una figuración en la que cazadores a caballo, lebreles y zorro estaban entrelazados.

Hoy, en general, se tiende a explicar la relativa igualdad de oportunidades para ambos contrincantes que es característica de todos los deportes, como un postulado «moral» en cuanto a la «justicia» o «limpieza» del juego se refiere. Pero, aquí como en otros casos, los aspectos «morales» suelen ocultar los aspectos sociológicos, la estructura o función de tal ordenamiento. Sin una figuración capaz de mantener por un tiempo un equilibrio moderadamente inestable de oportunidades para los contrincantes, no podría esperarse gozar de

un «buen deporte»; sin un ordenamiento «justo», el placer y la emoción proporcionados por la tensión de la batalla, función primordial del deporte, serían demasiado breves y no podrían ser esperados con un alto grado de regularidad. De este modo, la caza de zorros mostraba ya, en esencia, que los seres humanos habían aprendido a organizarse según una técnica específica que es utilizada en todas las clases de deportes: una técnica para mantener por un rato, dentro de una determinada figuración de participantes, un equilibrio de fuerzas en tensión con una alta probabilidad de catarsis, de liberación de la tensión, al final.

Otro de los continuos problemas de los deportes en general, que los deportistas encontraron con bastante anterioridad en relación con la caza de zorros, era el de cómo hallar el correcto equilibrio entre la prolongada tensión-emoción de la batalla misma y el relativamente breve placer culminante de la catarsis, del clímax y la liberación de la tensión. El problema sobre cuál de estos dos polos era prioritario, como en las correspondientes polaridades de otros deportes, suscitó polémicas entre quienes preferían la caza misma y quienes atribuían mayor importancia al hecho de matar zorros, es decir, entre los partidarios del «buen deporte» y los que estaban por «obtener victorias». La recurrencia con que se presentan discusiones análogas en diferentes deportes y en épocas distintas es un indicador de que la estructura básica del deporte continúa siendo la misma de siempre. Como ya se ha dicho, la dinámica figuracional de un deporte debe estar equilibrada para impedir, por un lado, que las victorias sean demasiado precipitadas y, por otro, que haya demasiados empates. Las primeras acortan la tensión-emoción agradable, no le dan el tiempo suficiente para que crezca hasta un punto óptimo de placer. Los otros alargan la tensión más allá del punto óptimo y ésta se estanca sin resolverse en clímax ni en liberación catártica. Mientras la figuración básica de un deporte asegurara un justo equilibrio entre estas dos posibilidades marginales, los deportistas podían optar por atribuir más peso a una o a la otra.

En lo que respecta a la caza de zorros, ya Beckford discutió este problema a fines del siglo XVIII. Él mismo subrayó la importancia del clímax, del momento en que se da muerte al zorro, pero no por ello veía el placer y la emoción de este momento independientemente del placer y la emoción proporcionados por la persecución previa. Al explicar por qué recomendaba al cazador salir con su jauría en las primeras horas de la mañana, sobre todo si sus perros estaban «sedientos de sangre», escribió:

> La mañana es generalmente la parte del día en que se rastrea mejor la pista; y el animal que, en este caso, más que nunca usted desea matar (los perros están sedientos de sangre) tiene entonces el mínimo de posibilidades de escapar de usted. La falta de descanso [del zorro] y tal vez el estómago lleno dan una gran ventaja a los mastines… Supongo, amigo mío, que a esto me dirá usted: «Entonces el cazador de zorros no es un *deportista justo*». Desde luego que no; y lo que es más,

> mucho lamentaría que lo tomaran por uno. Él está más allá de todos los principios. En su opinión, un deportista justo o limpio y uno tonto son sinónimos; por consiguiente, se aprovecha del zorro todo lo que puede. ¿Creerá usted quizá que a veces por esto echa a perder su propio deporte? Es cierto, a veces lo hace, pero... siendo que todo el arte de la caza de zorros radica en mantener bien ensangrentados a los perros, el deporte no es sino una consideración ancilar hacia el cazador; lo primero es *matar al zorro;* de aquí la vehemencia de la persecución, principal placer de la caza. —Lo confieso: creo que la sangre es tan necesaria para la jauría de lebreles que, en mi caso, siempre regreso a casa más complacido tras una persecución indiferente pero que haya terminado con la muerte del zorro, que tras la mejor correría posible si luego termina sin haber atrapado al animal. Las buenas partidas de caza, hablando en términos generales, siempre duran mucho, y si no acaban exitosamente hacen más daño que bien a los perros. Nuestros placeres, en general, son mayores, creo, durante el periodo de espera que en su culminación; en este caso, la realidad misma garantiza la idea y el éxito presente es presagio casi cierto de un deporte futuro.[20]

Uno de los artificios que los seres humanos encontraron un poco por casualidad cuando, en el curso de un proceso civilizador, se veían frente a la necesidad de encontrar un nuevo equilibrio entre placer y restricción, fue una mayor capacidad para disfrutar la prolongada emoción de la lucha y la tensión que conducía al clímax, en contraste con el breve placer del clímax y la consiguiente liberación de tensión. Las palabras de Beckford: «nuestros placeres, en general, son mayores durante el periodo de espera que en su culminación», si bien no constituyen necesariamente un diagnóstico correcto, señalan con bastante claridad el giro efectuado en la importancia entre el placer de la tensión y el placer de la consumación indicado en el desarrollo de pasatiempos como la caza y que es, hablando más generalmente, característico de una corriente civilizadora. Como vimos, el término *deporte* se convirtió en el tecnicismo aplicado a lo que antes había sido la parte preparatoria de una caza o un juego, junto con el placer anticipado que se esperaba obtener de ella. Decir que el zorro «nos proporcionó un buen deporte» expresaba simultáneamente la propia dinámica figuracional y el grado de emoción placentera que ésta proporcionaba; la expresión se refería a la lucha entre el zorro y los lebreles con sus cazadores así como a la satisfacción que brindaba a los últimos. Beckford aún podía decir sin avergonzarse lo que la mayoría había dicho probablemente como cosa natural siglos antes y lo que cada vez menos gente iba a decir en los siglos posteriores: que lo primero que el cazador deseaba era matar al zorro y que el deporte era una consideración secundaria.

Además, conforme aumentaba la importancia y el placer de la tensión, ya más prolongados, en contraste con el breve acto final —con el acto de matar y sus placeres—, el placer mismo se volvió más diversificado. De hecho, se convirtió en un placer compuesto de varias partes. La figuración básica de la caza de zorros, como la de muchos otros deportes, estaba estructurada de tal forma que la emoción y el placer derivados de ella radicaban no sólo en una sino en varias

luchas que tenían lugar al mismo tiempo. Como siempre, la lucha principal era entre el cazador y el cazado. Pero en el caso de la caza de zorros, la figuración estaba formada no sólo por dos sino por tres clases de participantes: el grupo de personas montadas a caballo, la jauría de perros y el zorro. La confrontación primordial era la lucha entre los últimos, y la tensión, la emoción que engendraba, dominaba todas las demás. Pero ligada estrechamente a esta lucha había otra, secundaria, entre los perros. Los cazadores seguían y observaban a los mastines con verdadera ansiedad. Los más valientes y rápidos, con el mejor olfato y que más se acercaban al zorro, hinchaban de orgullo a sus amos y dueños. Estos perros eran admirados y tratados con mimo. Sus cachorros se vendían a precios elevados. Para terminar, otro enfrentamiento secundario consustancial a la figuración era el que tenía lugar entre los propios cazadores. La pregunta era: ¿quién se apegaba más a la jauría?, ¿quién tomaba atajos aun cuando fueran peligrosos?, ¿quién retrocedía ante vallas, ríos u otros obstáculos?, ¿quién estaba presente en el momento de la muerte del zorro?

La emoción evocada por la lucha entre el zorro y los perros se realzaba grandemente por la que tenía lugar entre los cazadores. En el siglo XVIII y principios del XIX la caza de zorros solía ser más exigente y salvaje de lo que es hoy. Era una prueba de valor, fuerza y habilidad para los caballeros y a veces para las damas. En el calor de la caza, los participantes se retaban a menudo unos a otros hasta el máximo. Asumían los riesgos a sabiendas de que tal vez tendrían que pagar el placer de la excitación con una caída, con lesiones o incluso con la misma vida. La caza de zorros en Inglaterra fue ideada por nobles y caballeros en un periodo en que la rivalidad de estatus dentro de su grupo social se expresaba cada vez menos en forma de duelos y otros combates físicos directos —si bien éstos eran aún muy frecuentes entre los más jóvenes— y más con armas como el acabamiento visible y la valentía eminente. La caza de zorros brindaba oportunidades a ambos. Para muchos de sus incondicionales partidarios, sus convenciones eran como un ritual, casi un culto.

El siglo XVIII, en Inglaterra —y no sólo en Inglaterra— fue un periodo en el que avanzaron de manera notable la pacificación y domesticidad de las clases terratenientes y, con ella, el refinamiento de sus costumbres. La amenaza de guerra civil ya no representaba un serio peligro. Aún siguieron vivos por un tiempo los recuerdos de las luchas internas del siglo anterior.[21] Como casi siempre sucede, después de una guerra civil muchos temían que volviera a estallar. Estaban cansados de la violencia entre seres humanos. Tras un periodo de disensiones internas, suele ocurrir que un determinado grupo surja como el más fuerte, pero no fue así en Inglaterra. La progresiva monopolización de la fuerza física de la cual dependió la pacificación interna en todos los países, en particular la pacificación de los grupos gobernantes, tomó en Inglaterra un rumbo distinto al de la mayoría de los países de Europa. La administración y utilización del monopolio institucionalizado de la fuerza física y de su gemelo, el

monopolio de la imposición fiscal, de los que, entre otras cosas, dependía la eficacia de los procedimientos legales en el país, no se convirtió aquí en el monopolio permanente de uno de los diversos estamentos o sectores rivales. No, desde luego, como en Francia y otros Estados autocráticos, en el monopolio del rey de la Corte. Lo que en Inglaterra resultó del violento periodo de conflictos sociales fue un equilibrio de tensiones moderadamente inestable entre varios grupos gobernantes rivales, ninguno de los cuales parecía ya dispuesto, o con la fuerza suficiente, para retar a las fuerzas combinadas de los otros en una confrontación directa de fuerza física. Lo que poco a poco surgió fue, en cambio, un acuerdo tácito entre los grupos de poder rivales de la sociedad en general. Convinieron en aceptar una serie de reglas conforme a las cuales se turnarían para formar gobierno y administrar o utilizar los mecanismos de todas las funciones gubernamentales: el monopolio de la fuerza física y el cobro de impuestos. Ciertamente, estas reglas no se elaboraron de la noche a la mañana. Hubo combates y choques esporádicos entre los partidarios de los diversos sectores hasta por lo menos mediado el siglo XVIII, pero el miedo a que uno de los grupos contendientes y sus seguidores hiriera físicamente o aniquilara a los otros fue desapareciendo poco a poco. El pacto de no pelear para acceder al gobierno y a sus recursos de poder por medios violentos sino sólo conforme a las reglas convenidas, por medio de palabras, votos y dinero, comenzó a estar en vigor. No hay que dejar de advertir que este acuerdo también entrañaba un equilibrio de tensiones moderadamente inestable entre los diversos grupos. Un factor importante en la transición a tan complicado esquema de acuerdos fue que ninguna de las partes rivales, ni siquiera el rey, dispusiera del irrestricto control de un ejército establecido.

Llevó tiempo resolver el problema central que siempre ha sido, y continúa siendo, el obstáculo que se debe salvar cuando se pasa de un periodo de violencia entre diversos grupos de interés a un régimen en el que los conflictos se resuelven por vías institucionales no violentas. El problema es siempre el mismo: cómo superar el temor y la sospecha recíprocos de que los adversarios, una vez alcanzados los puestos de gobierno y con los recursos del poder a su disposición, dejen de jugar conforme a las reglas convenidas, intenten permanecer en el poder infringiendo tales reglas y utilicen los recursos gubernamentales para debilitar o eliminar a sus rivales. Cómo y por qué los grupos sociales que antes se habían amenazado unos a otros con utilizar la violencia física, o que la habían utilizado de hecho en sus luchas por conseguir el dominio, dejaron de hacerla en general durante la primera mitad del siglo XVIII; cómo y por qué un régimen parlamentario que posibilitaba los cambios de gobierno por medios pacíficos y conforme a reglas establecidas empezó a funcionar con regularidad considerable y casi sin regresiones, son problemas que no es necesario explorar en este contexto. Pero no se debe dejar de señalar el hecho en sí. Es importante hacer notar la peculiar forma que en la Inglaterra de

este periodo asumió el acceso a los puestos de gobierno y el control de sus principales fuentes de poder: los monopolios de la fuerza física y de la tributación fiscal. Estamos acostumbrados a denominar «pluralismo» o «gobierno parlamentario» a esta forma de gobierno. Pero estas manidas palabras pueden ocultar fácilmente el problema central que hay que resolver para que tal régimen funcione: el problema de la transición no violenta de un gobierno a otro conforme a las reglas convenidas. ¿Cómo inducir en caso necesario a los miembros de un gobierno a que abandonen conforme a estas reglas los enormes recursos de poder que el mando presidencial puso a su disposición? ¿Cómo estar seguros de que acatarán las reglas pese a los grandes recursos militares y financieros que pueden capitanear en tanto que controlan los monopolios centrales del Estado?

El desarrollo y el funcionamiento relativamente estable de un régimen parlamentario pluripartidista en Inglaterra durante el siglo XVIII, tras un periodo de encarnizada lucha civil, resolvió este problema. La institucionalización gradual del régimen parlamentario representó un empuje pacificador muy considerable. Exigía el nivel de autorrestricción más elevado que se necesita para que todos los grupos implicados renuncien resueltamente a utilizar la violencia aun cuando las reglas acordadas estipulan que los adversarios pueden ocupar el gobierno y gozar de sus frutos y sus recursos de poder. A duras penas puede considerarse casual que los pasatiempos relativamente más violentos y menos regulados de las clases terratenientes se transformaran en los pasatiempos relativamente menos violentos y más detalladamente regulados que dieron a la expresión «deporte» su significado moderno en el mismo periodo en que esas clases sociales renunciaban a la violencia y aprendían a autorrestringirse en la forma más elevada exigida por el modo parlamentario de controlar y especialmente cambiar los gobiernos. De hecho, tampoco las propias luchas parlamentarias carecían de las características de los deportes; ni faltaban en estas batallas parlamentarias verbales y pacíficas las oportunidades de experimentar una tensión-emoción agradable. En otras palabras, hubo afinidades evidentes entre el desarrollo y la estructura del régimen político inglés en el siglo XVIII y la deportivización de los pasatiempos de las clases altas de Inglaterra en el mismo periodo.

Al igual que la transformación del Parlamento desde fines del siglo XVII y principios del XVIII, la de los pasatiempos practicados por las clases altas en el siglo XVIII reflejó un problema concreto característico de todos los cambios que estaban ocurriendo en la estructura del país en general. Se trataba de un problema cada vez más patente a medida que progresaba la pacificación, que aumentaba la necesidad de autoimponerse restricciones, sobre todo en las clases terratenientes políticamente más poderosas de Inglaterra, y a medida que el aparato social para la prevención de la violencia ilegal —un aparato controlado en gran medida por los propios miembros de estas clases— perdía eficacia. Sin el

aumento de la seguridad que de este modo se proporcionaba, sin los avances habidos en la pacificación interna, el crecimiento económico y el desarrollo del comercio no habrían podido llegar muy lejos. La pacificación y la comercialización, juntas, contribuyeron y exigieron una mayor reglamentación en la conducta personal de los individuos y no sólo en sus negocios y ocupaciones. Esta tendencia hacia el ordenamiento más estricto de la conducta estaba sostenida no sólo por controles externos, sino también por autocontroles socialmente inducidos.[22] En el siglo XVII, con la excepción quizá de la Comunidad de Naciones de Cromwell, la cultura, los ideales y las normas de conducta de los cortesanos y ciudadanos estaban aún, pese a algunos puntos de enlace, marcadamente separados. Exagerando un poco podría decirse que por un lado estaban los buenos modales sin moral y, por otro, la moral sin buenos modales. A principios del siglo XVIII las dos tradiciones comenzaron a acercarse la una a la otra. El intento de Addison y Steele por reconciliar a las dos fue sólo la manifestación de una tendencia más amplia. No sólo los ciudadanos sino también las clases hacendadas, la aristocracia y la *gentry*, sintieron el efecto de las presiones que las restricciones sobre el uso de la fuerza física y la presión por una reglamentación mayor de la conducta imponían sobre los individuos en un país políticamente más estable y con un rápido proceso de comercialización.

No obstante, con la tendencia hacia una mayor reglamentación la vida fue haciéndose más monótona. Las condiciones que propiciaban la emoción individual fuerte, sobre todo la emoción socialmente compartida que podría llevar a la pérdida del autocontrol, se hicieron entonces más raras y menos tolerables desde el punto de vista social. El problema radicaba en cómo dar a los individuos la oportunidad de experimentar plenamente la excitación agradable que parece ser una de las necesidades más elementales de los seres humanos sin los consiguientes peligros sociales y personales para otros o para uno mismo, y a pesar de una formación de conciencia pronta a suprimir muchas formas de emoción que, en épocas anteriores, habían sido fuente de gratificación placentera así como de revueltas, daños y sufrimientos humanos. ¿Cómo, en una sociedad cada vez más reglamentada, podía garantizarse a los seres humanos una cantidad suficiente de excitación agradable como experiencia compartida sin el riesgo de desórdenes socialmente intolerables y sin causarse daño unos a otros? En Inglaterra, una de las soluciones a este problema fue, como vimos, el nacimiento de unos pasatiempos bajo la forma que conocemos como «deportes». La modalidad inglesa de la caza de zorros sólo fue un ejemplo, entre otros, de esta transformación, pero muestra vívidamente una temprana fase en la solución de ese problema. En este aspecto, fue tremendamente significativo el cambio ocurrido al pasar del interés en la victoria al interés aún mayor en la prolongada emoción placentera de la lucha. Posteriormente, este cambio halló expresión en la famosa ética deportiva según la cual lo importante no era ganar sino participar. Los cazadores de zorros aún podían herir y matar realmente aunque sólo

delegando tal función y sólo a animales. Otras modalidades de deporte, como el críquet y el futbol, muestran cómo se resolvió el problema en los casos en que todos los participantes eran seres humanos.

V. El futbol popular en Gran Bretaña durante la Edad Media y a principios de la Edad Moderna

NORBERT ELIAS Y ERIC DUNNING

En fuentes inglesas que datan desde aproximadamente el siglo XIV, encontramos referencias razonablemente fidedignas a un juego de pelota llamado «futbol», pero la igualdad de nombres no garantiza lo más mínimo que se trate del mismo juego.[1] Todo lo que sabemos acerca del modo en que se jugaba apunta a un tipo de juego muy distinto. La mayoría de las referencias al futbol en fuentes inglesas medievales proceden de las prohibiciones oficiales del juego en los edictos de reyes y autoridades civiles o de los informes sobre los procesos judiciales contra personas que habían quebrantado la ley por jugar pese a estas prohibiciones oficiales. Nada más revelador sobre la clase de juego que entonces se practicaba bajo el nombre de futbol que los constantes y, en general, aparentemente fallidos esfuerzos de las autoridades estatales y locales por suprimirlo. Debía de ser un juego salvaje, acorde con el temperamento de la gente de aquella época. La impotencia comparativa de las autoridades encargadas de mantener la paz de la región es extremadamente útil para perfilar la diferencia entre la posición de las autoridades estatales y locales *vis-à-vis* los ciudadanos y, sobre todo, entre la eficacia de la maquinaria social para hacer cumplir las leyes en un Estado medieval y en uno moderno.

Una de las primeras prohibiciones del juego tuvo lugar en Londres, en una proclama de 1314 dada a conocer en nombre del rey Eduardo II por el lord alcalde. A la letra, dice:

> Proclamación decretada para la Preservación de la Paz… Dado que el rey nuestro señor parte a tierras de Escocia, a la guerra contra sus enemigos, y nos ha ordenado de manera especial mantener estrictamente su paz… Y dado que se producen grandes alborotos en la Ciudad debidos a ciertos tumultos ocasionados por los numerosos partidos de futbol en los campos públicos, de los cuales muchos males pueden llegar a surgir —Dios no lo permita— ordenamos y prohibimos, en nombre del rey, bajo pena de encarcelamiento, que tal juego sea practicado de aquí en adelante dentro de la Ciudad.[2]

Una orden de 1365, del rey Eduardo III a los alguaciles de la ciudad de Londres, ilustra asimismo cuánto desaprobaban las autoridades estos anárquicos pasatiempos. A sus ojos, constituían evidentemente una pérdida de tiempo así como una amenaza para la paz, y deseaban encauzar las energías del pueblo por canales que ellos consideraban más provechosos. Querían que la gente se entrenase en el uso de las armas militares en lugar de entregarse a estos juegos salvajes. Pero, al parecer, el pueblo, ya entonces, prefería sus juegos a los ejercicios militares:

> A los *Sherrffes* de Londres. Orden de proclamar que todo varón con plenas facultades físicas de la mencionada ciudad, los días festivos en que esté ocioso utilice en sus deportes arcos y flechas o perdigones y proyectiles... prohibiéndoles bajo pena de encarcelamiento mezclarse en el lanzamiento de piedras, palos y tejas, balonmano, balompié... u otros juegos vanos sin valor; pues los habitantes del reino, nobles y sencillos, solían en otro tiempo practicar el mencionado arte en sus deportes, y con la ayuda de Dios ganaban honor para el reino y ventaja para el rey en sus acciones de guerra; pero ahora el dicho arte está casi completamente en desuso y el pueblo se ocupa en los juegos antes dichos y en otros juegos deshonestos, derrochadores o vanos, por lo que el reino se quedará probablemente sin arqueros.[3]

Con todo lo salvajes y bulliciosos que eran los tradicionales juegos de pelota, al pueblo le gustaban. El estira y afloja con las autoridades a propósito de estos pasatiempos continuó con breves interrupciones durante siglos. Las razones de la autoridad para oponerse a estos deportes varían. El peligro que representaban para el orden público y el hecho de que competían con el entrenamiento militar en el tiro con arco son algunas de las más destacadas.

La siguiente lista ofrece una selección de estos edictos y puede dar idea de la frecuencia con que eran promulgados. Esto indica la relativa incapacidad de las autoridades en aquella etapa de desarrollo de la sociedad inglesa para hacer cumplir de una vez por todas la prohibición legal de lo que hoy tal vez llamaríamos una forma de *conducta desviada*. Al aplicar este término a las violaciones de la ley en una época distinta, podemos ver con más claridad que, sociológicamente hablando, el concepto de *conducta desviada* es totalmente inadecuado. La recurrencia de determinadas clases de infracciones legales implica no tanto un fracaso accidental o arbitrario de los individuos cuanto una incapacidad de la sociedad organizada como Estado para permitir que las necesidades individuales sean canalizadas de un modo a la vez socialmente tolerable e individualmente satisfactorio.

1314	Eduardo II	Londres
1331	Eduardo III	Londres
1365	Eduardo III	Londres
1388	Ricardo II	Londres

1409	Enrique IV	Londres
1410	Enrique IV	Londres
1414	Enrique V	Londres
1424	Jacobo I de Escocia	Perth
1450		Halifax
1454		Halifax
1457	Jacobo II de Escocia	Perth
1467		Leicester
1471	Jacobo II de Escocia	Perth
		Londres
1474	Eduardo IV	Londres
1477	Eduardo IV	Londres
1478		Londres
1481	Jacobo III de Escocia	Perth
		Londres
1488		Leicester
1581		Londres
1608		Manchester
1609		Manchester
1615		Londres

Pese a parecer una conducta antisocial a los ojos de las autoridades, en muchas partes del país y a lo largo de los siglos fue un pasatiempo favorito del pueblo divertirse jugando al futbol, hubiera o no huesos rotos y narices ensangrentadas. Como se ve, el aparato estatal para la observancia forzosa de tales edictos era tan rudimentario como su capacidad para hallar otras salidas recreativas igualmente satisfactorias para los ciudadanos. Algunas personas fueron multadas o enviadas a prisión por participar en estos desenfrenados juegos. Quizás en algunos lugares la costumbre decayó temporalmente. En tal caso, continuó viva en otras regiones. El emocionante juego, como tal, nunca desapareció.

Aún se conservan informes de numerosos procesos judiciales contra los transgresores. Dos de tales informes, que datan de los años 1576 y 1581, pueden bastar para mostrar lo que ocurría cuando la gente de aquella época jugaba con una pelota de cuero, si bien, por desgracia, no muestran con detalle en qué consistía el juego entonces:

> … Que en dicho día, en Ruyslippe, condado de Midd., Arthur Reynolds, agricultor (con otros cinco), todos de Ruyslippe, lugar antes mencionado, Thomas Darcye, de Woxbridge, labrador hacendado (con siete más, cuatro de los cuales eran agricultores, uno sastre, uno talabartero, otro rico labrador), todos siete del Woxbridge antes mencionado, con desconocidos malhechores hasta en número de ciento se reunieron ilegalmente y jugaron un cierto juego prohibido llamado futbol, a causa del cual ilícito juego hubo entre ellos una grande pendencia, que pudo resultar en homicidios y

graves accidentes.

La necropsia, realizada por el médico forense en Southemyms, condado de Midd., ante el cuerpo de Roger Ludford, hacendado, allí yacente [...] con el veredicto de los jueces [...] que Nicholas Martyn y Richard Turvey, hacendados rurales, se hallaban el día tercero de los corrientes, entre las tres y las cuatro de la tarde, jugando con otras personas al futbol en el campo denominado Evanses Feld, en Southemyms, cuando el referido Roger Ludford y un tal Simon Maltus, de la referida parroquia, hacendado, llegaron al terreno de juego, y que Roger Ludford gritó «tíralo por encima del seto», indicando que se refería a Nicholas Martyn, quien replicó «ven y hazlo tú mismo». Que al punto Roger Ludford corrió hacia el balón con la intención de patearlo, tras lo cual Nicholas Martyn con su antebrazo derecho y Richard Turvey con su antebrazo izquierdo asestaron un golpe a Roger Ludford en la parte delantera del cuerpo, debajo del pecho, propinándole un golpe y una contusión mortal de la que murió en menos de un cuarto de hora, y que Nicholas y Richard de esta forma criminal asesinaron al mencionado Roger.[4]

Varios otros informes muestran el constante tira y afloja entre el pueblo que se aferraba a sus violentas costumbres y las autoridades que trataban de erradicarlas o cambiarlas. Así, un documento fechado el 10 de enero de 1540, dado a conocer por el alcalde y la corporación de Chester, menciona que era costumbre en aquella ciudad que el Martes de Carnestolendas los zapateros retasen a los fabricantes de paños a un partido con una «ball of letter [leather], caulyd a foutbale»: «pelota de cuero llamada futbol». El alcalde y la corporación condenaron con los términos más fuertes a estas «mal dispuestas personas» que tan gran inconveniencia causaban en la ciudad. Y trataron de introducir las carreras a pie vigiladas por el alcalde, con qué éxito no lo sabemos.[5]

Una orden que prohibía el futbol, promulgada en Manchester en 1608 y repetida casi literalmente un año después, muestra con mucho el mismo cuadro. Leemos en ella acerca del grave perjuicio hecho por un «grupo de personas lascivas y desordenadas al practicar el ilícito ejercicio de jugar con pelota de cuero en las calles». La orden menciona el enorme número de cristales rotos, las ofensas a otros conciudadanos y las numerosas *great inormyties* cometidas.[6]

Quizá sea útil añadir al menos un ejemplo no relacionado con el futbol a fin de mostrar, de manera general, la facilidad relativamente mayor con que se aflojaban las restricciones en la Inglaterra medieval y, por tanto, la facilidad con que las personas, dentro de su propio país o pueblo, actuaban con violencia en sus relaciones unas con otras:

Habiendo decidido el rey viajar fuera del país en 1339, comisionó al alcalde, regidores y comunidad de Londres para que mantuvieran la paz en la ciudad durante su ausencia y los invistió con el poder de sancionar con la pena debida y rápida a todos los malhechores y perturbadores de la paz en la dicha ciudad.[7] Poco tiempo después de la partida del Rey estalló una riña entre el gremio de peleteros y el de vendedores de pescado que terminó en una violenta refriega callejera. El alcalde con sus ayudantes se apresuró a llegar al lugar del alboroto y aprehendió a varios perturbadores de

la paz, tal como lo demandaban su puesto y su deber; pero Thomas Hounsard y John *el Cervecero*, con algunos de sus compinches, se resistieron a la autoridad de los magistrados y no sólo rescataron a los malhechores sino que Thomas, desenvainando la espada violentamente, atacó a Andrew Aubrey, el alcalde, y trató de abatirlo; entretanto, el referido John hirió lastimosamente a uno de los agentes de la ciudad. Tras la pelea fueron detenidos y llevados sin demora a la Casa Consistorial, donde fueron encausados y juzgados ante el alcalde y los regidores y, habiéndose confesado culpables, fueron condenados a morir y, conducidos inmediatamente a West Cheape o Cheapside, fueron decapitados. Este acto de soberanía del alcalde fue tan oportuno para la conservación de la paz en la ciudad y para impedir los alborotos y desafueros tan frecuentes en aquellos días... que dio gran satisfacción al rey, quien de su propia mano, con fecha 4 de junio '15, Eduardo III en la Torre, no sólo perdonó al alcalde por decapitar a las referidas bandas sino que además aprobó y confirmó al mismo.[8]

Las crónicas de la Inglaterra medieval, como las de las otras sociedades medievales, describen numerosas escenas como ésta. Si se desconoce la frecuencia de los estallidos de violencia no institucionalizada durante la Edad Media no es posible entender las formas más institucionalizadas, una de las cuales era el futbol.[9] Las peleas semiinstitucionalizadas entre grupos locales preparadas de antemano para determinados días del año, sobre todo para los días de los santos y las fiestas de guardar, eran comunes como parte del tipo de vida tradicional en las sociedades medievales. Jugar con un balón de cuero era una de las maneras de concertar tales peleas. Era de hecho uno de los rituales acostumbrados una vez por año en estas sociedades tradicionales. Recordar esta institución nos ayuda a ver desde una perspectiva mejor cómo vivían. Los encuentros de futbol y otros parecidos no eran en aquel tiempo simples trifulcas accidentales. Constituían una actividad recreativa restauradora del equilibrio y profundamente tejida en la trama y urdimbre de la sociedad. Puede parecernos un sinsentido que año tras año la gente se complicara en una pelea los días de los santos y los días festivos. Es evidente que nuestros antepasados, que se hallaban en una fase distinta del proceso civilizador, la vivían como una providencia perfectamente obvia y obviamente placentera.

Hoy en día la gente, preocupada por los desagradables aspectos de la vida en las grandes ciudades y por las desventajas de vivir en una sociedad masificada, mira de vez en cuando con nostalgia hacia atrás, a los tiempos en que casi todo el mundo vivía en comunidades pequeñas parecidas por su conformación y estructura social a lo que llamaríamos aldeas grandes o ciudades comerciales pequeñas. Había excepciones naturalmente, de las cuales tal vez Londres sea el ejemplo más destacado. Pero incluso en los textos sociológicos, cuando se habla del modo de vida de estas sociedades «tradicionales» o «populares», persiste la idea de que estaban permeadas por fuertes sentimientos de «solidaridad». Lo cual fácilmente puede interpretarse, y de hecho ocurre muy a menudo, como si las tensiones y los conflictos fueran menos fuertes y hubiera más armonía dentro

de dichas sociedades que la que hay en las nuestras.[10] La dificultad con el uso de tales categorías no radica en que sean incorrectas sino en que todos los términos generales, como «solidaridad», aplicados a sociedades distintas, tienden a confundir al lector. Diversas clases de instituciones y de conducta que parecen ser incompatibles en las sociedades industriales contemporáneas no son de ninguna manera igualmente incompatibles a los ojos de personas acostumbradas a vivir en sociedades de otro tipo. Nuestra lengua, por tanto, cuando la aplicamos a otras sociedades refleja nuestras propias distinciones, que quizá no puedan aplicarse a sociedades en una fase diferente de desarrollo. Así, el término *solidaridad* evoca en nosotros la impresión de unidad permanente, amistad y ausencia de luchas. «Al estar íntimamente comunicados unos con otros, cada miembro [de una sociedad popular tradicional] recaba el asentimiento de todos los demás», como dijo un autor.[11] Efectivamente, a menudo se observan expresiones de «compañerismo» fuerte y espontáneo en sociedades tradicionales. Pero tales expresiones, que podríamos conceptualizarlas como una fuerte solidaridad, eran perfectamente compatibles con enemistades y odios igual de poderosos y espontáneos. Lo característico en verdad, al menos en las sociedades rurales tradicionales de nuestra Edad Media, era la fluctuación mucho mayor de los sentimientos de que la gente era capaz entonces y, con ella, la inestabilidad relativamente mayor de las relaciones humanas en general. Aunado a la menor estabilidad de las restricciones interiorizadas, la fuerza de las pasiones, la viveza y la espontaneidad de las acciones emotivas eran mayores en los dos sentidos: en el de la amabilidad y la prontitud para ayudar así como en el de la rudeza, la insensibilidad y la facilidad para hacer daño. Ésta es la razón por la que términos como *solidaridad, amistad íntima, compañerismo* y otros afines resultan bastante inadecuados para descubrir atributos de las sociedades populares preindustriales. Sólo muestran una cara de la moneda.

Incluso muchas tradiciones institucionales tenían una «doble cara» en el sentido que nosotros damos al término, pues permitían la expresión de la unidad y solidaridad íntimas y la expresión de la hostilidad igualmente íntima e intensa, sin dar la más mínima impresión de que los participantes mismos viesen nada contradictorio o incompatible en estas fluctuaciones.

El futbol del Martes de Carnaval, un enfrentamiento ritualizado y, según lo que sabemos, bastante salvaje entre grupos vecinos, constituye un sorprendente ejemplo de esta compatibilidad entre actividades con fuerte carga emocional que parecen incompatibles según los cánones hoy en vigor. Como hemos visto, las autoridades civiles intentaron, desde muy pronto y durante largo tiempo sin mucho éxito, suprimir estos desenfrenados y belicosos juegos. Pero no se entenderá plenamente el gran poder de supervivencia de tales costumbres si sólo se las ve como juegos en el actual sentido del término. El futbol en la Edad Media formaba parte de un ritual tradicional. Pertenecía a la ceremonia del Martes de Carnaval, que era en cierto modo un ceremonial religioso y estaba estrechamente

ligado a todo el ciclo de días de santos y fiestas de guardar. También en este aspecto, una diferenciación que para nosotros es casi evidente por sí sola —la diferenciación entre actividades religiosas y civiles en la sociedad medieval— no había alcanzado entonces la etapa en que se halla en las sociedades contemporáneas. De vez en cuando leemos que todo lo que la gente hacía en la Edad Media estaba «profundamente sumergido en la religión». El mismo escritor ha llegado incluso a decir que se puede expresar «la esencia de una sociedad popular tradicional aplicándole el término *sociedad sagrada*.[12] Esta clase de declaraciones pueden dar fácilmente la impresión de que todo lo que se hacía en estas sociedades tenía el tenor de solemnidad fervorosa y altamente disciplinada que prevalece en los servicios religiosos de hoy, cuando la verdad es que en la Edad Media incluso los servicios religiosos eran a menudo más ruidosos, menos disciplinados y mucho menos distantes de la vida cotidiana de la gente de lo que lo son en nuestro tiempo. Por otra parte, ésta, la vida diaria, para bien o para mal, estaba más permeada que hoy por la creencia en la proximidad de Dios, del diablo y de los diversos asistentes de ambos —santos, demonios, espíritus de todas clases, buenos o malos—, sobre los que esperaban influir con distintos rezos así como con prácticas de magia, blanca o negra. Igualmente, en lo que respecta a este campo, la aplicación de términos abstractos como *religioso* o *laico*, que para nosotros son como alternativas excluyentes, bloquea la comprensión de un tipo de vida que se aviene a nuestra norma de diferenciación institucional y conceptual en actividades religiosas y actividades laicas o civiles. Si tuviéramos que expresar con nuestras palabras de hoy ese menor grado de diferenciación podríamos decir sólo que, en las sociedades de la Edad Media, las actividades seglares eran más religiosas y las actividades religiosas más laicas que en las sociedades contemporáneas.

Lo mismo es válido para el juego del futbol que se practicaba en aquel periodo. Había en él potencial para una gran dosis de solidaridad pero también de conflicto y lucha. Las fricciones entre comunidades vecinas, gremios locales, grupos de hombres y de mujeres, jóvenes casados y solteros más jóvenes aún, eran casi siempre endémicas. Si los ánimos se exaltaban, estas fricciones podían desde luego convertirse en lucha abierta. Pero en la sociedad medieval, a diferencia de la nuestra, había ocasiones tradicionales en las que algunas de estas tensiones entre grupos de una misma comunidad o entre comunidades de pueblos vecinos podían expresarse en forma de peleas sancionadas por la tradición y también, probablemente, durante un tiempo considerable, por la Iglesia y los magistrados locales. Uno tras otro, los antiguos informes revelan que los enfrentamientos entre representantes de los grupos vecinales, con o sin pelota de cuero, formaban parte de un ritual anual. Uno imagina que los integrantes más jóvenes de tales grupos ardían en deseos de pelear y, a menos que la tensión estallara antes de tiempo, aguardaban con placentera expectación la llegada del Martes de Carnaval o de cualquier otro día del año asignado para

tales combates públicos. A lo largo de todo este periodo, jugar al futbol constituía una válvula de escape para las constantes tensiones entre grupos locales. El hecho de que tal juego formara parte de un ritual tradicional no impedía que uno u otro bando inclinara las tradiciones en favor propio cuando su enemistad hacia el bando contrario subía lo bastante de tono. En el año 1579, por ejemplo, un grupo de estudiantes de Cambridge fue, como era costumbre, a la aldea de Chesterton a jugar al «foteball». Fueron, se nos dice, pacíficamente y desarmados, pero los habitantes de Chesterton habían escondido en secreto unos palos en el porche de su iglesia. Una vez iniciado el partido, buscaron camorra metiéndose con los estudiantes, sacaron los palos, se los rompieron en la cabeza a los estudiantes y les propinaron tal paliza que éstos hubieron de atravesar el río para poder huir. Algunos de ellos pidieron al alguacil de Chesterton que mantuviera la «paz de la reina», pero él formaba parte del grupo que jugaba contra ellos y, de hecho, acusó a los estudiantes de haber sido los primeros en romper la paz.[13]

Éste es un buen ejemplo del modo en que era utilizado el futbol como oportunidad para saldar viejas deudas. Si hablamos de tradiciones, de reglas y rituales, estas palabras pueden evocar fácilmente la imagen de instituciones reguladoras con un funcionamiento bastante estricto e impersonal, pues ésa es la connotación de tales términos en nuestra época. Pero si los utilizamos al hablar de las sociedades medievales, no debemos perder de vista el hecho de que las instituciones normativas a que se refieren —incluido lo que denominamos «tradiciones»—, si bien la gente se aferraba a ellas entonces más que nosotros a las nuestras, también dependían mucho más en su funcionamiento real de los variables sentimientos personales y de las pasiones del momento. Esto explica por una parte la extraordinaria tenacidad con que los ingleses de la Edad Media celebraban sus juegos de Martes de Carnaval año tras año, de la misma manera, pese a todas las proclamaciones de los reyes y amenazas de los magistrados locales, mientras que al mismo tiempo se permitían romper las convenciones tradicionales cuando se exaltaban sus sentimientos y hacer alguna travesura a sus oponentes, como ocurrió en Chesterton.

Un informe procedente del castillo de Corfe, en Dorsetshire, y fechado en 1553 muestra con mayor detalle algunos aspectos de la clase de ritual tradicional representado por un juego de futbol. La Asociación de Marmolistas o Canteros Libres jugaba anualmente con un balón de cuero como parte de toda una serie de ceremonias de carnaval. Primero eran elegidos los oficiales de la asociación, luego se iniciaba a los aprendices. Cada miembro que se hubiera casado el año anterior pagaba un «chelín por matrimonio», que confería a su esposa el derecho a tener aprendices que trabajasen para ella en caso de muerte del marido. Ahora bien, el último hombre en casarse estaba eximido del pago de ese chelín. A cambio, debía aportar un balón de cuero. Luego, al día siguiente, Miércoles de Ceniza, la pelota era llevada al señor del feudo y a éste se le entregaba una libra

de pimienta como pago habitual por un antiguo derecho de vía que la asociación reivindicaba. Una vez entregada la pimienta, sus miembros jugaban un partido de futbol en el terreno para el cual reivindicaban este derecho.[14] Un ejemplo como éste, y hay muchos más, muestra claramente que en aquella época nadie veía ninguna incongruencia en el hecho de que un juego salvaje y desenfrenado fuera parte habitual de un ritual solemne. Las solemnidades oficiales y las celebraciones tumultuosas se traslapaban a menudo como cosa natural.

Estrechamente relacionada con el tenor menos impersonal de todas las actividades y con los niveles más altos de la emotividad espontánea estaba una peculiar variabilidad de las costumbres tradicionales, incluidos los juegos. Los modos de vida tradicionales estaban profundamente arraigados en las personas. En parte porque muchas situaciones de tensión y conflicto que hoy se regulan formalmente por un código unificado de leyes discutidas y ejecutadas en tribunales relativamente impersonales estaban entonces aún sujetas con frecuencia a decisiones altamente personales en el contexto del grupo local. En cambio, el derecho consuetudinario, las tradiciones no escritas, si bien ejercían hasta cierto punto funciones reguladoras similares a las de las leyes escritas de nuestro tiempo, en modo alguno eran tan inmutables como hoy a distancia parecen ser. Podían cambiar de manera imperceptible si cambiaban las relaciones internas del grupo, o quizá de forma más pronunciada debido al impacto de las guerras, luchas civiles, epidemias y demás sucesos que con frecuencia sacudían en profundidad la vida de las comunidades medievales. La gente, entonces, desarrollaba nuevas costumbres y pronto llegaba a considerarlas como sus tradiciones, fueran o no idénticas a las que poseían antes de los disturbios. En la Edad Media la mayor parte de estas tradiciones populares se transmitía de una generación a otra por medio de la palabra. Eran tradiciones orales. La mayoría de la gente no sabía leer ni escribir. No existía la costumbre de asentar por escrito regla alguna referente a los juegos como el futbol. Los hijos jugaban como sus padres o, en el caso de trastornos sociales, como ellos creían que sus padres habían jugado.

Dada la ausencia de normas escritas y de organizaciones centrales que unificaran la manera de jugar, las referencias al futbol halladas en los documentos medievales, en contraposición con las referencias en los documentos de nuestra época, no implican que lo que se jugaba con pelota de cuero en diferentes comunidades fuera el mismo juego en todas ellas. El modo de jugar de la gente dependía de las costumbres locales, no de reglas comunes en todo el país. La organización del juego era mucho menos rígida que hoy; la espontaneidad emocional de la confrontación mucho mayor; las tradiciones del enfrentamiento físico y las escasas restricciones —impuestas por la costumbre, no por reglas formales altamente elaboradas que requieren un elevado índice de entrenamiento y autocontrol— determinaban la manera de jugar e imponían un cierto aire de familia a todos estos juegos. Las diferencias entre los juegos

conocidos con nombres muy distintos no eran necesariamente tan marcadas como las que existen hoy entre los diferentes deportes. No es improbable que la razón primordial por la cual los documentos medievales se referían a algunos de estos juegos locales con el nombre de «futbol» mientras otros eran conocidos por nombres diferentes, fuera el hecho de que se jugaban con instrumentos distintos. Así vemos que, en general, las referencias al futbol son literalmente referencias a una clase específica de balón y sólo a un tipo de juego, dado que otra clase de pelota o instrumento de juego podría dictar en general una distinta manera de jugar. De hecho, algunos documentos medievales hablan de jugar con un balón de cuero, «con un futbol», no de «jugar al futbol»,[15] Y, por lo que se ve, la pelota que llamaban «futbol» tenía esto en común con la utilizada en los partidos de futbol de hoy: se trataba de la vejiga de un animal, inflada y forrada a veces, no siempre, de cuero. Comunidades rurales de todo el mundo han recurrido a este invento para proporcionarse diversión. Su uso está registrado ciertamente en casi toda la Europa medieval. Si tiene la elasticidad adecuada y no es demasiado pequeña ni demasiado grande, esta vejiga de animal inflada, embutida o no en una pieza de cuero, probablemente se preste mejor a ser pateada que una pelota compacta de menor tamaño. Pero no hay razones para suponer que el futbol medieval sólo era impulsado con los pies ni, igualmente, que el «balonmano» lo fuera sólo con la mano. Insisto: la razón principal de tales diferencias en los nombres de estos juegos quizá se deba simplemente al hecho de que se jugaban con pelotas distintas en forma y tamaño, o con palos u otros instrumentos parecidos. Porque las características elementales —el juego concebido como lucha entre grupos distintos, el franco y espontáneo disfrute de la batalla, el desenfreno tumultuoso y el nivel relativamente alto de violencia física socialmente tolerada— eran, por lo que se ve, siempre las mismas. Igual que lo era la tendencia a romper las reglas acostumbradas, fueran cuales fuesen, siempre que los jugadores se vieran movidos por las pasiones. Consiguientemente, dado que todos estos juegos eran muy parecidos en algunos de sus aspectos, podemos lograr una vívida impresión de la manera en que la gente jugaba con un balón de cuero —de lo cual no contamos con informes verdaderamente detallados— leyendo los escasos informes más amplios que nos han llegado de este periodo acerca de otros juegos, aunque en ellos no se empleara en realidad un *futbol* sino otros instrumentos.

Uno de estos informes más prolijos, que bien merece la pena leerse, es el de un juego de Cornwall que aún tenía el familiar nombre de *hurling*, un antiguo juego parecido al futbol. El informe muestra brillantemente cómo en las sociedades de la Edad Media las costumbres y reglas tradicionales eran tomadas con mucho menos rigor, de manera mucho más personal e informal que las reglas e incluso las costumbres y tradiciones de nuestro tiempo.

El texto habla por sí mismo. Ninguna paráfrasis puede emular la impresión del juego y de la atmósfera que comunica:

Hurling

El nombre *hurling* viene de *hurl*, lanzar, arrojar, en este caso una pelota, y es de dos clases: en el oriente de Cornwall a las porterías y en el oeste al campo abierto.

Lanzamiento a las porterías

En el *hurling* con porterías hay 15, 20 o 30 jugadores más o menos, escogidos para formar cada bando, que se desprenden de sus ropas hasta quedar con las prendas más ligeras y luego se toman de las manos alineándose en dos filas una frente a otra. Sale uno de cada fila y se abrazan formando parejas, y así han de jugar, por parejas, cada uno de los dos observando al otro mientras dure el juego.

Después de esto, escogen dos setos que haya sobre el terreno a una distancia de unos dos metros y medio o tres el uno del otro; y directamente enfrente de ellos, a 65 o 70 metros, otro par de setos con la misma separación entre ellos, a los cuales denominan porterías. Se echan a suertes y mediante esta operación se asigna una de ellas a un equipo y la otra al equipo contrario. Para guardarlas, se designa a dos de los jugadores que mejor sepan detener la pelota; el resto pasa a ocupar el espacio medio entre las dos porterías, donde alguien indistintamente arroja hacia arriba el balón y quienquiera que logre cogerlo e introducirlo en la meta de sus adversarios habrá ganado el juego. Pero en esto precisamente consiste uno de sus trabajos de Hércules, pues una vez que está en posesión de la pelota, tiene a su jugador contrario que con él formó pareja a pocos centímetros de distancia e intentando asir el balón. El otro arremete contra su pecho, con el puño cerrado, para mantenerlo a distancia, a lo cual llaman Embestida, y no es poca la virilidad que para hacerlo invierten en ello.

Si logra escapar del primero, otro toma el turno y luego un tercero, y no lo dejan hasta que, habiendo recibido (como dice el francés) *chaussera son pied*, o bien toque el suelo con alguna parte de su cuerpo, en la lucha o bien grite Alto; que es la palabra de rendición. Debe entonces lanzar la pelota («Saque» se llama esta jugada) a alguno de sus compañeros, quien cogiéndola al vuelo con la mano, se aleja también corriendo como antes; y si su suerte o su agilidad son tan buenas como para sacudirse o dejar atrás a sus contrarios que le aguardan, en la meta encuentra a uno o dos hombres frescos listos para recibirlo y mantenerlo alejado de ella. Es por tanto un partido muy desventajoso o un accidente extraordinario lo que hace que se pierdan muchos goles; sea como fuere, obtiene mejor reputación el bando que proporciona más caídas en los lanzamientos, mantiene en su poder la pelota durante más tiempo y presiona a su contrario más cerca de su propia portería. A veces una persona escogida de cada bando efectúa el saque del balón.

Los jugadores de *hurling* están obligados por el cumplimiento de numerosas leyes, como la de que deben lanzarse sobre un hombre de uno en uno y no acometer dos jugadores a uno solo al mismo tiempo; que el que va por la pelota no debe embestir ni sujetar con fuerza al otro por debajo de la cintura; que quien tiene el balón debe embestir únicamente en el pecho a los otros; que no debe sacar el balón hacia adelante, es decir, que no puede lanzarlo a ninguno de sus compañeros de equipo que se encuentren más próximos a la meta que él mismo. Por último, si al efectuar el saque del balón alguno del otro bando logra atraparlo en el aire, entre o antes de que el otro lo recoja, este jugador gana el mismo tanto para su equipo, el cual pasa directamente de ser defensor a agresor, en tanto el contrario desciende a ser defensor. La menor infracción de estas leyes supone para los

jugadores de *hurling* una justa causa de pelea, pero únicamente con los puños; y ninguno de entre ellos busca vengarse por tales agravios o daños, sino que todos por igual juegan de nuevo. Estos partidos de *hurling* son los que más a menudo se estilan con motivo de las bodas, donde por lo general los invitados del lugar se encargan de enfrentarse a todos los que llegan de fuera.

Hurling a campo abierto

Este juego a campo abierto es más difuso y confuso, como sujeto que está a sólo unas cuantas reglas como éstas: en general son unos dos o pocos más caballeros quienes preparan el partido cuando se comprometen a que en determinado día festivo traerán a un lugar indistinto a los feligreses de dos, tres o más parroquias de la zona este o sur para jugar al *hurling* contra otros tantos de parroquias del norte o del oeste. Las metas son o las mansiones de esos caballeros o algunos pueblos o aldeas situados a cinco o seis kilómetros de distancia, los cuales son elegidos por cada bando según la proximidad de sus moradas. Cuando se reúnen, no se equipara el número de jugadores ni se contrasta a los hombres: sólo se lanza al aire una pelota de plata y el equipo que logre atraparla y llevarla, por su fuerza o pericia, hasta el lugar que se le ha asignado, obtiene la pelota y la victoria. Quienquiera que tenga en su poder esta pelota se ve perseguido generalmente por el bando adversario; y éste no lo dejará hasta que (sin ningún respeto) el portador sea derribado a la bendita tierra de Dios: el cual jugador, una vez producida la caída, queda incapacitado para retener la pelota por más tiempo; la arroja por tanto (con el mismo riesgo de ser interceptada que en el otro juego de *hurling*) a algún compañero suyo situado más adelante que él, quien se aleja por su parte de igual manera. En cuanto se ve dónde está la pelota en juego, se da noticia a los compañeros, gritando «¡Atención, al este!», «¡Atención, al oeste!», etc., según el rumbo de quien la lleva.

Los jugadores emprenden luego su camino sobre colinas, valles, setas, zanjas; sí, y por entre cualesquiera arbustos, zarzas, lodazales, charcos y ríos; de modo que a veces se verán 20 o 30 metidos en el agua luchando, trepándose unos sobre otros y arañándose con tal de conseguir la pelota. Un juego (en verdad) a la vez rudo y duro y que como tal, sin embargo, por no estar falto de sistemas, recuerda en cierto modo las acciones bélicas, pues habrá compañías desplegadas por una parte para hacer frente a quienes vienen con la pelota y, por otra, para socorrerlos, a modo de primera línea de combate. Además, otras tropas se sitúan a los lados, como alas, para ayudar o detener su huida; y donde va la pelota misma parecen trabarse las dos batallas principales; los de paso más lento, que vienen rezagados, ofrecen el espectáculo de una retaguardia: sí, también hay hombres a caballo colocados a ambos lados (como si se tratase de una emboscada) y listos para partir al galope con la pelota si pueden hacerse con ella. Pero no deben robar así la palma de la victoria pues por muy deprisa que galope alguno de ellos será detenido sin duda al rodear algún arbusto, en un cruce de caminos, un puente o en aguas profundas, que (por la configuración del terreno) saben que habrán de toparse con algo así necesariamente: y si su buena fortuna no lo protege bien, él pagará el precio de su robo con su propio cuerpo y el de su caballo derribados por tierra. A veces todo el grupo que lleva la pelota se sale 12 o 13 kilómetros de la ruta directa, la cual ha de seguir siempre. Otras veces, tras haberla robado, un hombre a pie, lo mejor para escapar inadvertido de todos, la llevará en dirección completamente opuesta y llegará finalmente a la meta después de un gran rodeo. Conocida al momento la victoria, todo ese bando se agrupa allí con gran alborozo: y si ese lugar es la casa de un caballero, le entregan la pelota como trofeo y beben además

toda su cerveza hasta que se acaba.

En este juego puede compararse la pelota a un espíritu infernal: pues quien la atrapa sale disparado como un loco, luchando y peleando contra quienes van a sujetarlo, y tan pronto como la pelota se aleja de él, éste traspasa su furia al siguiente en recibirla mientras él se vuelve tan pacífico como antes. No es fácil para mí decidir si debo recomendar más este juego por la hombría y el ejercicio, o condenarlo por el alboroto y los perjuicios que causa; pues si por un lado proporciona fuerza, resistencia y agilidad a sus cuerpos e infunde valor a sus corazones para enfrentarse al enemigo, también, por otro, va acompañado de numerosos peligros, algunos de los cuales siempre les tocan en suerte a los jugadores. Como prueba de esto, cuando el *hurling* ha terminado se les ve retirarse a sus casas como quien regresa de una dura batalla, con la cabeza abierta, huesos rotos y dislocados, y con tales heridas que hacen menguar sus días; sin embargo, todo es buen juego y jamás un fiscal o regente se preocupó por el asunto.[16]

Descripciones como ésta son de enorme utilidad para formarse una idea razonablemente clara de las características distintivas —de la «estructura» diferente— de los juegos en una etapa anterior del desarrollo de la sociedad inglesa, la correspondiente a fines de la Edad Media y principios de la Edad Moderna. Útiles asimismo para arrojar luz sobre las diferencias que existían en la estructura más amplia de la sociedad inglesa en aquella etapa de su desarrollo. En algunos aspectos, una tradición de juego popular como la descrita aquí debe de haberse visto afectada por una característica muy influyente de la sociedad británica, si bien no es posible discernir exactamente de qué manera. Sólo los estudios comparativos de otras sociedades y de la estructura de sus juegos podría confirmarnos algo en este sentido. El juego popular, como hemos visto en estos párrafos, refleja una relación muy específica entre propietarios de tierras y campesinos. Como hemos podido comprobar, los propios señores se ocupaban de organizar los juegos y fungir como patrocinadores. El juego antes relatado, con todo lo brutal y desordenado que pueda parecernos, no es sólo un juego entre aldeanos y gente de la ciudad, sin referencia alguna a las autoridades que, según las normas de aquel tiempo, pudiesen poner el alto a lo que entonces parecía una violencia excesiva. Como es sabido, una característica de la pauta de desarrollo social en estas islas es, por un lado, que la población rural integrada por campesinos en diversos niveles de servitud se transformó en una población rural de campesinos más o menos libres; y por otro lado, que junto a la clase de terratenientes nobles surgió una clase de hombres propietarios de tierras que carecían de títulos nobiliarios, una clase cuyos miembros eran sólo «caballeros», *gentlemen*. Éste, hasta donde se puede deducir, es el marco social del juego que hemos visto: un entretenimiento local para una población de campesinos más o menos libres, patrocinado por los terratenientes del lugar, quienes a menudo, aunque quizá no siempre, no eran personas de la nobleza. Si alguien resultaba con algún hueso roto en el transcurso del juego; si quizás alguien moría ocasionalmente debido a las lesiones recibidas en el juego; si, en resumen, todo

esto infringía las leyes del rey y era desaprobado por sus representantes, los habitantes del lugar, tanto campesinos como miembros de la *gentry*, disfrutaban con el juego y se burlaban de esas leyes sin ningún reparo. Aún se escucha el matiz de socarronería en las palabras de Carew cuando hablaba de duras batallas, cabezas abiertas y huesos rotos; y sin embargo «jamás un fiscal o regente se preocupó por el asunto». Se trataba de una tradición local. Tanto los campesinos como la *gentry* tenían toda la intención de conservarla y de divertirse con ella.

Su violencia de ningún modo era, sin embargo, implacable ni falta de toda ley. De hecho, había ya, como hemos podido saber por este relato, «leyes» habituales o, para decirlo con más precisión, reglas. Ya existía un rudimentario sentimiento de lo que con el tiempo se llamó «juego limpio» y, con toda probabilidad, este peculiar marco social de campesinos relativamente libres y terratenientes de clase media tuvo algo que ver en ello. En la lucha entre el jugador que llevaba el balón y sus oponentes, las «leyes» estipulaban que éstos sólo podían atacarlo de uno en uno, no dos a la vez. Otra ley decretaba que los jugadores no debían pegarse por debajo del cinturón: el pecho era el único blanco legítimo. Sin embargo, aparte de los propios jugadores no existía organización formal que garantizara el cumplimiento de las leyes. No había ningún árbitro en caso de disputa. En cierto sentido, esta manera de jugar muestra un aspecto de la vida social de las primeras comunidades difícil de entender si se desconoce este contexto. Como hemos visto antes, suele decirse de ellas que, comparadas con las nuestras, estaban más estrechamente integradas o que tenían un especial sentido de la solidaridad. No obstante, estas comunidades campesinas tenían sus conflictos, bien dentro de ellas, bien con comunidades vecinas, y su manera de solucionarlos era considerablemente más violenta por regla general de lo que lo fue en una etapa posterior. El futbol y otros juegos populares constituían, como hemos visto, un camino para liberarse de la tensión. Pero el hecho de que no existieran reglas escritas o autoridades centrales ni árbitros para supervisar a los jugadores o disminuir conflictos no significaba que la gente jugara sin atenerse a ninguna regla en absoluto. Las reglas tradicionales, las reglamentaciones dictadas por la costumbre, que —ya lo hemos visto— se desarrollaron a lo largo de los siglos como una especie de autocontrol comunitario, ocuparon el lugar que hoy ocupan nuestras normas institucionales más elaboradas y a menudo razonadas más detalladamente, y bien puede ser que los miembros de aquellas primeras sociedades se aferraran a sus tradiciones y, entre ellas, a los escasos frenos habituales de las tensiones y los conflictos con la tenacidad que conocemos precisamente porque perderlas había significado a menudo perder una parte muy esencial de las restricciones contra sus propias pasiones que entonces tenían a su alcance. En caso de ruptura de estas restricciones impuestas por la costumbre, los hombres de aquel tiempo no tenían a nadie salvo a sí mismos para tener vigilados a los infractores. Encontramos aquí una democracia muy incipiente —una especie de democracia aldeana—. La forma de castigar a

quienes incumplían las «leyes» del juego es, como describe Carew, un paradigma a pequeña escala de esta democracia campesina autorreguladora, con una supervisión de agentes oficiales externos relativamente pequeña. Considerando nuestras normas, da la impresión de que esta forma de impedir que la gente rompiera las reglas habituales no podía producir muy buenos resultados. Cualquier incumplimiento de las normas era casi siempre, como relata Carew, una ocasión más para pelear de forma bastante violenta, y probablemente con pocas prohibiciones en cuanto a lo que se podía o no hacer.

Asimismo, por la descripción de Carew es posible ver con bastante claridad que las tradiciones de lo que hoy son dos deportes distintos y aparentemente inconexos aún eran parte de un modelo indiferenciado de juego en algunos de estos juegos populares ancestrales. El *hurling* contenía de hecho elementos de un juego de pelota por un lado y de un combate sin armas fingido o actuado por el otro. En dicho juego todos los participantes y espectadores aceptaban con naturalidad, como elemento normal del juego y como parte de la diversión, el hecho de que la gente incurriera en alguna clase de combate físico. No obstante, en las sociedades de tipo «medieval» incluso el combate cuerpo a cuerpo seguía una tradición normativa gracias a la cual era posible la mutua sincronización de los movimientos de los combatientes y una cierta limitación de los daños que éstos se infligían unos a otros. En Cornwall, durante la época de este juego llamado *hurling*, un tipo de lucha ficticia y de exhibición llamado lucha grecorromana constituía aún uno de los principales entretenimientos para los habitantes de la localidad. Los luchadores comunes se proclamaban localmente unos a otros los mejores y más famosos del país. No es de extrañar, por tanto, que las técnicas de la lucha también desempeñaran un papel en el juego de *hurling*. Uno de los factores que debía tomarse en cuenta antes de determinar qué bando ganaba el juego era, como relata Carew, el número de «fracasos» *(falles)* que cada uno ocasionaba al bando contrario; y «dar un fracaso», tumbar al contrario y hacerle tocar el suelo con el hombro de un lado y el talón del lado contrario era, de hecho, uno de los principales objetivos del *hurling*. La habilidad y el éxito logrado en esto realzaban la reputación de los equipos locales. Resulta fácil imaginar que, finalizado el juego, los equipos y las comunidades a las que representaban discutieran acerca de quién venció a quién en este aspecto y que no pocas veces se enfrascarían de nuevo en otra pelea a causa de ello.

Ni siquiera en el *«hurling* con porterías», que era la variedad del *hurling* más regulada de las descritas por Carew, los criterios para asignar la victoria estaban tan claramente definidos ni eran tan predecibles como lo es el triunfo en los deportes de nuestro tiempo, ya que este último está relacionado en general con algún sistema de medición inequívoco, tales como el gol, el tanto o la carrera [en beisbol]. En un juego popular tradicional como el *hurling*, la elección del ganador, como se vio en la descripción de Carew, era mucho menos precisa y regulada y, en cierto modo, esto revela el carácter distintivo que separa estos

juegos tradicionales de los deportes modernos en general. Ni siquiera a principios del siglo XVI las sociedades europeas eran aún sociedades de «medición». Lo más importante y digno de observar es sin embargo que, aun cuando comparado con nuestros deportes, el *hurling*, incluido su componente de lucha grecorromana, estaba mucho menos regulado, no era en modo alguno un juego completamente anárquico. Nuestro vocabulario conceptual no está aún lo suficientemente desarrollado ni nuestra percepción convenientemente capacitada para permitirnos distinguir con claridad y precisión entre distintos grados y tipos de reglamentación. Está claro que si estudiamos con cuidado y comparativamente otros juegos populares de nuestra sociedad y de sociedades diferentes que se encuentren en un nivel comparable de desarrollo social, podremos obtener resultados muy positivos en este aspecto.

VI. Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al futbol

NORBERT ELIAS Y ERIC DUNNING

Muy a menudo sucede que, en el desarrollo de una ciencia o de una de sus ramas, la teoría que ha dominado el rumbo de la investigación durante algún tiempo llegue a un punto en el que se ponen de manifiesto sus limitaciones.[1] Empieza a verse que varios problemas importantes no quedan planteados con claridad ni pueden solucionarse con su ayuda. Los científicos que trabajan en ese campo comienzan entonces a buscar por otros sitios un marco teórico más amplio, o tal vez otro tipo de teoría totalmente distinta que les permita habérselas con los problemas que están más allá del alcance de esa teoría en boga.

En esa etapa se encuentra, al parecer, dentro de la sociología contemporánea, la denominada «teoría de los grupos pequeños». Desde todo punto es evidente que muchísimos problemas de grupos pequeños están fuera del alcance de la teoría de grupos pequeños en su forma actual, por no decir nada de sus limitaciones como teoría modelo para la explotación de unidades sociales de mayor tamaño. En cualquier caso, no fue muy útil para nosotros cuando intentamos investigar problemas relativos a los pequeños grupos participantes en juegos deportivos tales como el futbol. Puesta frente a frente con el estudio de los grupos deportivos *in vivo*, la teoría de los grupos pequeños no nos sirvió para nada.[2]

Así pues —al tiempo que realizábamos una investigación más amplia del desarrollo a largo plazo del futbol—, comenzamos a explorar algunos aspectos teóricos de la dinámica de los grupos que participan en este tipo de juegos. Nos pareció que los juegos deportivos en general, y el futbol en particular, podrían funcionar a satisfacción como punto de partida para construir modelos de dinámica de grupos pequeños que se aparten un poco de los existentes en el marco de las actuales teorías de grupos pequeños. De un modelo así presentamos algunos aspectos en este trabajo, pues aunque fue elaborado primordialmente con referencia al futbol, creemos que los conceptos derivados de nuestro análisis pueden tener una aplicación más amplia: no sólo al futbol sino también, casi con toda seguridad, a otros juegos en grupo.

Al estudiar el futbol y otros juegos deportivos encontramos desde el principio

ciertas dificultades semánticas. A menudo, la gente habla de un partido de futbol como si fuese algo externo, fuera del grupo de jugadores. No es del todo incorrecto decir que un juego como el del futbol pueden jugarlo muchos grupos diferentes. En este sentido es, en parte, independiente de cada uno de ellos. Al mismo tiempo, el patrón de cada juego por separado es en sí mismo un modelo de grupo. Para jugar, la gente se agrupa de diversos modos concretos pero, a medida que avanza el juego, todos se reagrupan continuamente, de modo parecido a como los grupos de bailarines se reagrupan a lo largo de una danza. La figuración inicial de la que parten los jugadores cambia en un movimiento continuo. A este movimiento continuo de la figuración de jugadores es a lo que nos referimos cuando utilizamos el término *modelo de grupo*. El término puede resultar equívoco si nos hace olvidar lo que realmente observamos cuando vemos un juego: pequeños grupos de seres humanos que cambian sus relaciones en constante interdependencia unos con otros.

La dinámica de este agrupamiento y reagrupamiento de jugadores en el curso de un juego es fija en algunos aspectos pero elástica y variable en otros. Es fija porque, sin el común acuerdo de los jugadores a cumplir un conjunto unificado de reglas, el juego no sería un juego sino una «pelotera», una contienda general. Es elástica y variable porque, de lo contrario, todos los juegos serían exactamente iguales y también entonces se perdería su naturaleza específica de juego. Así pues, para que las relaciones de grupo puedan considerarse un juego debe establecerse un equilibrio muy concreto entre la rigidez y la elasticidad de las reglas. De este equilibrio depende la dinámica del juego. Si las reglas que dictan las relaciones entre quienes juegan son demasiado estrictas o demasiado indefinidas, el juego mismo resentirá las consecuencias.

Consideremos la figuración inicial de los jugadores en el futbol. Está determinada por ciertas reglas. Así, la redacción de una de las reglas establecidas en 1897 sobre la figuración del «saque inicial», que con algunas salvedades continúa siendo válida hoy en día, dice lo siguiente:

> El juego dará inicio con un saque *en el centro del campo de juego* en dirección a la portería del contrario; los jugadores del equipo contrario no se acercarán más de nueve metros a la pelota hasta que se haya efectuado el saque, ni jugador alguno de ninguno de los bandos saldrá del centro del terreno en dirección a la meta del contrario antes del saque.[3]

Es fácil ver cuánto espacio para maniobrar permite este tipo de regla a los dos bandos —cuán elástica es—. Dentro del marco de las reglas de saque, los jugadores pueden agruparse en «formación W» (2-3-5) o en formación de «H horizontal» (4-2-4). La defensa, si así lo desea, puede incluso concentrarse sólidamente ante su propia meta, aunque esto, en la práctica, rara vez se hace. Las posiciones que adoptan los jugadores en el saque están determinadas tanto por las reglas formales como por convención, por las experiencias de juegos

previos y, a menudo, por los propios planes estratégicos del equipo acoplados a sus expectativas de lo que creen es la estrategia del equipo contendiente. Hasta qué punto esta característica peculiar, esta mezcla de rigidez y elasticidad se aplica a la reglamentación de las relaciones humanas en otras esferas es un tema digno de una atención mayor que la que ha recibido hasta ahora.

De la posición inicial parte una figuración fluida formada por ambos equipos. Dentro de ella, todos los individuos que la forman son y continúan siendo más o menos independientes hasta el final del partido; cada uno se mueve y se reagrupa en respuesta a como lo hacen los demás. Esto puede contribuir a explicar por qué nos referimos a esta clase de juego como a una forma específica de dinámica de grupo: porque este moverse y reagruparse los jugadores interdependientes en respuesta unos a otros *es* el juego.

Quizá no quede claro en principio que al utilizar el término *dinámica de grupo* en este contexto no nos referimos a las figuraciones cambiantes de cada grupo de jugadores como si éstos pudieran considerarse por separado, como si cada uno tuviese su dinámica propia. No es así. En todo partido de futbol, la figuración de los jugadores de un equipo y la de los jugadores del otro son interdependientes e inseparables; forman de hecho una sola figuración. Al decir que un juego deportivo constituye una forma específica de dinámica de grupo se alude al cambio global en la figuración de los jugadores de ambos lados conjuntamente. Pocos aspectos de la dinámica de grupo del futbol muestran tan claramente como éste la relevancia de los juegos deportivos como modelos de la dinámica de grupo en muchos otros campos.

Una característica fundamental no sólo del futbol sino prácticamente de todos los juegos deportivos es que constituyen una clase de dinámica de grupo producida por tensiones controladas entre al menos dos subgrupos. Sólo por esta razón la teoría sociológica tradicional de los grupos pequeños resulta insuficiente para explorar los problemas que se nos plantean aquí. Éstos requieren conceptos específicos distintos de los utilizados hasta ahora en el estudio sociológico de grupos pequeños y, quizás, un poco más complejos que los comúnmente utilizados en los análisis de los juegos deportivos. Según la costumbre conceptual en boga, bastaría con decir que un partido de futbol es jugado por dos grupos diferentes. Ésta es una de las convenciones lingüísticas que inducen a la gente a pensar y a hablar como si un juego fuese algo aparte de los seres humanos que participan en él. Al resaltar que el juego no es sino la cambiante figuración en torno a una pelota en movimiento por parte de los jugadores se centra la atención al mismo tiempo en que el juego no es la figuración variable de cada equipo aisladamente considerada sino la de los jugadores de *ambos* equipos juntos en su lucha uno contra el otro. Quizá muchos al ver un partido de futbol sepan que esto es lo que tratan de seguir; no sólo a uno u otro de los equipos sino el patrón fluido que ambos forman. Éste *es* el patrón del juego, la dinámica de un grupo en tensión.

En cuanto tal, este modelo de dinámica de grupo tiene implicaciones teóricas que van más allá del estudio de los grupos pequeños. Puede ser de utilidad para el estudio de problemas tan diversos como el de las tensiones maritales o entre los trabajadores sindicalizados y la dirección de una empresa. En estos casos, como en el de los grupos deportivos, las tensiones no son externas sino intrínsecas a la figuración misma; y también en ellos están las tensiones controladas en cierto modo. Cómo y hasta qué punto lo están y cómo llegaron a serlo es un problema que se debe estudiar. Las relaciones entre naciones son otro ejemplo de figuración con sus propias tensiones inherentes. Sólo que, en este caso, el control eficaz y permanente de la tensión aún no se ha alcanzado y, considerando el nivel actual de desarrollo social y de entendimiento sociológico de los grupos en tensión, tal vez no pueda alcanzarse. Entre los factores que impiden llegar a un mejor control se encuentra ciertamente la generalizada incapacidad de percibir e investigar a dos estados en tensión o a un sistema estatal pluripartidista como una sola figuración. Generalmente enfocamos tal sistema como parte implicada en uno de los bandos y no podemos, en consecuencia, visualizar y definir la dinámica superior de la figuración que los diferentes bandos forman entre sí y que determina los movimientos de cada uno de ellos. El estudio de los juegos deportivos como el futbol puede servir, por tanto, como una introducción relativamente sencilla para estudiar con un enfoque figuracional las tensiones y los conflictos: un enfoque que centre la atención no en la dinámica de un bando u otro sino en las dos juntas como una sola figuración en tensión.

Hoy, el pensamiento sociológico respecto a este tipo de problemas parece girar la mayoría de las veces en torno a dos alternativas: de un lado están los problemas de tensión de grupo; de otro, los problemas de cooperación y armonía de grupo. Las tensiones de grupo parecen ser un fenómeno; la cooperación y la armonía dentro de los grupos, otro. Por tener palabras diferentes parece como si los fenómenos mismos fueran diferentes e independientes unos de otros. El análisis de los juegos deportivos pone de manifiesto lo impropio de este enfoque. La dinámica de grupo de un juego presupone tensión y cooperación en diversos niveles al mismo tiempo. Ninguna sería lo que es sin la otra.

La teoría tradicional de los grupos pequeños suele desviar la atención de problemas como éstos. Sus representantes con frecuencia escogen como tema de estudio problemas de grupos pequeños en los cuales no intervienen las tensiones en absoluto o, cuando escogen para estudiar problemas de tensión, se limitan a tipos concretos de tensión individual tal como el de la competencia individual. Leyendo sus argumentos, casi siempre da la impresión de que sus análisis de las tensiones y conflictos de grupo son análisis sobre cuestiones de filosofía política y de ideales políticos más que conclusiones obtenidas de investigaciones estrictamente científicas. En éste como en otros casos a veces la sociología contemporánea parece estar amenazada por la polarización entre

quienes están ciegos ante el papel que las tensiones desempeñan en los grupos sociales —o al menos desprecian grandemente este papel— y quienes exageran el papel de las tensiones y conflictos a expensas de otros aspectos igualmente relevantes de la dinámica de grupo. Homans, por ejemplo, ha elaborado una teoría de grupos pequeños en la que el conflicto y la tensión desempeñan, cuando mucho, un papel marginal. Probablemente no peque de injusto al sugerir que esta tendencia con predominio de la armonía esté conectada con un esquema preestablecido de valores, una especie de *weltanschauung* sociopolítica que marca el rumbo tanto de los argumentos teóricos como de las observaciones empíricas. Casi parece que Homans haya desarrollado una alergia emocional a discutir el tema de las tensiones y conflictos cuando escribe:

> Hablando concretamente de la conducta [...] (en relación con el intercambio de actividades enriquecedoras), con toda seguridad caerá sobre nuestras cabezas la ira de los especialistas en ciencias sociales, quienes insisten en que hay que ser despiadados. «Nunca minimicen el conflicto —dirían—. No sólo es el conflicto un hecho de la vida social sino que, además, tiene virtudes positivas y saca a la luz parte de lo mejor que hay en los hombres.» Pero resulta que estos mismos científicos sociales no están más dispuestos que el resto de los mortales a fomentar el conflicto dentro de ningún equipo de hombres del que ellos sean responsables. El conflicto está bien para los subordinados de otras personas, no para los suyos. Pero debemos refrenarnos. Es demasiado fácil pedir a los hombres que pongan en práctica lo que predican. No resulta divertido tender una trampa de la que nadie puede escapar.[4]

Como puede verse, éste es un argumento cargado de emociones. Muestra hasta qué punto confunde Homans la naturaleza del análisis sociológico. Algunos escritores que centran su atención en problemas relativos al conflicto lo hacen sin duda porque desean alentar el conflicto —es decir, por razones ajenas al estudio sociológico de tales problemas—. Pero sugerir, como al parecer hace Homans, que alentar el conflicto es la única razón por la que los sociólogos intentan definir la naturaleza de las tensiones y los conflictos en la vida social de las personas, implica un error fundamental en la concepción de la tarea del análisis sociológico. Aunque Homans escribe: «Nadie puede negar... que el conflicto es un hecho de la vida social», es obvio que le resulta difícil habérselas con este hecho simplemente como lo que es: un hecho de la vida entre otros.

En este aspecto, el estudio de los juegos deportivos puede representar una contribución considerable. En ellos es importante la presencia de un determinado tipo de tensión. Al estudiarlos no podemos hacer a un lado las tensiones, nos guste o no. Nos pareció útil definir el carácter de los juegos deportivos como el futbol como figuraciones que entrañan determinado tipo de tensiones, y consideramos que el término *grupos en tensión controlada* era apropiado para expresarlo.

En la actual etapa de desarrollo teórico nos enfrentamos a un dilema en estas

cuestiones que, en un contexto algo diferente, Dahrendorf ha formulado con mucha claridad. Ya hemos mencionado la tendencia a tratar el conflicto y la cooperación como fenómenos independientes y a elaborar teorías distintas y separadas para cada uno de ellos. Dahrendorf encontró un problema similar respecto a la integración y la coerción, y planteó entonces una significativa pregunta:

> ¿Hay, o puede haber, un punto de vista general que sintetice la insoluta dialéctica de integración y coerción? Hasta donde puedo ver, no existe un modelo general así; en cuanto a la posibilidad de que exista, tengo mis reservas. Parece al menos concebible la imposibilidad de una unificación de la teoría en un punto que siempre ha dejado perplejos a los pensadores desde el comienzo de la filosofía occidental.[5]

Lo mismo podría decirse respecto a las tensiones y la cooperación. Unas teorías sociológicas versan sobre los problemas planteados por el conflicto y la tensión sin ocuparse mucho de los relativos a la cooperación y la integración; otras se ocupan sobre todo de los problemas planteados por la cooperación y la integración y tratan el conflicto y la tensión más o menos como fenómenos marginales. Vistas más de cerca es fácil ver por qué. Ambos procedimientos se basan en una reificación de los valores: por atribuir valores diferentes al conflicto y a la cooperación, tendemos a tratar estos fenómenos como si tuvieran una existencia separada e independiente.

Así pues, el estudio de los juegos deportivos constituye un útil punto de partida desde el cual enfocar estos problemas disminuyendo la intensidad de las pasiones. En este campo, es más fácil salir del combate de las evaluaciones externas y permanecer en contacto más estrecho con la pruebas verificables proporcionadas por los hechos al elaborar proposiciones teóricas. Es menos difícil, por tanto, caminar hacia un marco teórico unificado en el que tanto la tensión como la cooperación hallen lugar como fenómenos interdependientes. En el futbol, la cooperación presupone tensión y la tensión, cooperación.

Sin embargo, sólo se puede percibir con claridad su carácter complementario si se estudia cómo se desarrolló el juego hasta adquirir su forma actual, en la que las tensiones y la cooperación se relacionan entre sí mediante un firme control. El estudio del desarrollo del futbol a largo plazo nos permitió, de hecho, ver en un campo limitado un aspecto del juego recíproco entre tensión y control de la tensión, sin el cual no puede entenderse a plenitud la relevancia de los juegos deportivos como modelo teórico. Ese estudio mostró cómo las tensiones que en un tiempo estaban fuera de control y que probablemente eran incontrolables, fueron sometidas gradualmente.

En su forma actual, una característica central del futbol y de muchos otros juegos deportivos es ciertamente la forma en que se controlan las tensiones de grupo, con frecuencia bastante elevadas, engendradas en el juego. Pero ésta es

una conquista bastante reciente. Tiempo atrás, las tensiones entre los jugadores, que siempre han sido y son características de los juegos, estaban con frecuencia mucho menos controladas. Esta transformación, el desarrollo de una forma de tensión de grupo altamente regulada y relativamente no violenta, desde una etapa anterior en que las correspondientes tensiones tendían mucho más que ahora a descargarse en algún tipo de violencia, es parte medular de la dinámica a largo plazo del futbol como juego. Es representativa —casi podríamos decir simbólica— de ciertos aspectos del desarrollo a largo plazo de las sociedades europeas. Pues en muchas de estas sociedades ha disminuido con el paso del tiempo el nivel general de violencia abiertamente expresada. También en ellas, como en el desarrollo del futbol, se descubre un nivel más alto de organización así como niveles superiores de autorrestricción y de seguridad en contraste con el pasado. No viene al caso preguntarnos aquí cómo y por qué se produjo en la sociedad en general este desarrollo prolongado hacia pautas más «civilizadas» en las relaciones humanas.[6] Pero sí diremos que logramos descubrir algunas razones por las que, aunado a similares corrientes dentro de la sociedad en general, un juego como el futbol pasó de una variedad más violenta a otra menos violenta e incontrolada y, en consecuencia, a una forma distinta de patrón de juego, de dinámica de grupo. Entender la dinámica a largo plazo del futbol ayuda enormemente a entender la dinámica a corto plazo del juego como se practica hoy.

Tal como se practicaba en sus primeros tiempos, no sólo en Inglaterra sino también en muchos otros países, el futbol, al igual que casi todos los juegos de pelota, era realmente un juego muy salvaje.[7]

Siglos después, entre 1845 y 1862, cuando al menos en algunas de las principales escuelas privadas la práctica del futbol se hubo reglamentado mucho más, el nivel de violencia permitida era aún mucho más alto que hoy y la dinámica de las tensiones de grupo, por tanto, muy diferente.[8]

Apenas en 1863, la incipiente Asociación de Futbol se dividió cuando la mayoría propuso eliminar completamente del juego los «puntapiés en las espinillas», mientras una minoría de miembros fundadores se apegaba a la opinión de que abolirlos restaría «virilidad» al juego y se opuso a ello. No fue éste el único pero sin duda alguna sí uno de los factores fundamentales que llevaron al desarrollo de dos clases de futbol en Inglaterra: el Association Football o *soccer* por un lado, y el Rugby Football o *rugger* por el otro. Es interesante hacer notar que, incluso en el rugbi, aunque el nivel general de violencia permaneció un poco más alto que en el futbol, las patadas también fueron abolidas no mucho después de la ruptura.

El problema que luego encontramos —no carente de importancia teórica— fue el de las razones por las cuales una de las dos clases de futbol, el *soccer*, obtuvo un reconocimiento y un éxito mucho mayores que la otra, no sólo en Inglaterra sino en casi todo el mundo. ¿Fue porque en el *soccer* el nivel de

violencia era más bajo que en el rugbi? Para responder preguntas como ésta es necesario tener una idea muy clara de al menos uno de los problemas centrales que la disminución de la violencia supuso para el patrón global del juego, para su dinámica de grupo. El peligro de este descenso en la violencia permitida era naturalmente que el juego en su nueva vertiente se volviera falto de interés y monótono. La sobrevivencia del juego dependía por supuesto del equilibrio entre, por una parte, el elevado control del nivel de violencia —ya que sin él, el juego no era ya aceptable para la mayoría de jugadores y espectadores según los niveles de conducta «civilizada» ahora vigentes— y, por la otra, la preservación de un nivel suficientemente alto de lucha no violenta sin el cual habría flaqueado el interés tanto de los jugadores como del público. Todo el desarrollo de la mayoría de los juegos deportivos, y ciertamente el del futbol, se centró en muy gran medida en la solución de este problema: cómo mantener, dentro del patrón de juego establecido, un elevado nivel de tensión de grupo así como la dinámica de grupo resultante, manteniendo a la vez en el nivel más bajo posible el daño físico constantemente causado a los jugadores. La cuestión era, y continúa siendo, en otras palabras, cómo «gobernar el barco» entre el Escila del desorden y el Caribdis del aburrimiento. Quienes hayan participado en el juego alguna vez como entrenadores o directivos de algún equipo podrán apreciar que éste es un problema de gran importancia práctica. Muchas de las personas que ocupan esos puestos están acostumbradas a pensar en términos de figuraciones como algo natural cuando elaboran sus planes de acción, pues ése es el modo más realista de visualizar un juego y el más apropiado para la elaboración de estrategias. Por consiguiente, al preparar a su equipo para un partido un entrenador puede decir que, dada la probabilidad de que el equipo contrario utilice un «sistema 4-2-4», la tarea de sus hombres será impedir que los contrarios dominen el juego en mediocampo; para lograrlo, puede asignar a dos de sus jugadores la misión de «obstaculizar» a los hombres «enlace» del contrario para permitir que el resto de ellos pueda concentrarse en el ataque. No obstante, aunque por su experiencia inmediata esté capacitado para visualizar el juego como una figuración fluctuante de jugadores, no es su objetivo ni su misión retraerse y reflexionar sobre las características y las regularidades de estas figuraciones. El Comité de la Asociación de Futbol, que en 1925 decidió cambiar la regla del fuera de juego, probablemente sabía que con las antiguas reglas había bajado demasiado el «tono» del juego, al igual que en otras ocasiones la gente advirtió que éste se había apartado del punto medio entre el desorden y el aburrimiento. Pero hasta ahora, los conceptos de que disponemos para tratar de resolver tales problemas no están bien definidos. Si queremos ver su relevancia mayor —su relevancia para una teoría de grupos pequeños o para una teoría sociológica del juego en general— es necesario elaborar conceptos comparativamente nuevos como marco para la observación y cambiar el significado de algunos de los ya existentes.

Comencemos por el concepto de *figuración*. Ya se ha dicho que un juego es la figuración cambiante de los jugadores sobre el campo. Esto significa que no es sólo un aspecto de los jugadores. No es, como a veces parecemos creer al utilizar expresiones conexas como *patrón social, grupo social* o *sociedad*, algo desligado de las personas. Las figuraciones están formadas por individuos, «en cuerpo y alma». Observando a los jugadores quietos y en movimiento sobre el terreno de juego, en constante interdependencia, se puede ver realmente cómo forman una figuración en cambio constante. Cuando los grupos o las sociedades son de gran tamaño no es posible, en general, ver las figuraciones que sus miembros individuales forman unos con otros. Y sin embargo, también en estos casos la gente forma figuraciones —una ciudad, una iglesia, un partido político, un Estado— no menos reales que la constituida por los jugadores sobre un campo de futbol, aun cuando no sea posible abarcarlas de un golpe con la vista.

Para representarse mentalmente grupos de personas formando figuraciones en este sentido, con sus dinámicas, sus problemas de tensión y de control de la tensión y muchos otros, aun cuando no pueda uno verlas aquí y ahora, se requiere una preparación y capacitación especial. Ésta es una de las tareas de la sociología figuracional, de la que el presente ensayo constituye un ejemplo. En la actualidad aún existen muchas incertidumbres con respecto a la naturaleza del fenómeno que denominamos «sociedad». Numerosas teorías sociológicas parecen partir del supuesto de que los «grupos» o «sociedades» y los «fenómenos sociales» en general están desligados de los seres humanos o de que, al menos, no son tan «reales» como los individuos, sea lo que sea lo que esto signifique. El juego del futbol —como modelo a pequeña escala— puede servir para corregir esta opinión, pues muestra que las figuraciones de individuos no son más ni menos reales que las personas que las forman. En observaciones como ésta se basa la sociología figuracional. A diferencia de las teorías sociológicas que tratan las sociedades como si fueran meros nombres, un *flatum vocis*, un «tipo ideal», una construcción o invención de los sociólogos, y representantes en ese sentido del nominalismo sociológico, la sociología figuracional representa un realismo sociológico.[9] Los individuos siempre vienen en figuraciones y las figuraciones siempre están formadas por individuos.

Si observamos un partido de futbol, se entiende que éste es la fluctuante figuración de los jugadores y que de ella dependen en un determinado momento las decisiones y las jugadas de cada uno de ellos. En este aspecto, es fácil que conceptos como *interacción* y anexos nos confundan, pues parecen sugerir que los individuos sin figuraciones forman figuraciones unos con otros *a posteriori*. Hacen que sea difícil entender las tensiones que se descubren cuando se estudia el futbol. Estas tensiones son de naturaleza distinta a las que pueden surgir cuando dos individuos antes independientes, *ego* y *alter*, empiezan a interactuar. Como ya se ha dicho, es la figuración misma de los jugadores la que entraña un tipo concreto de tensión, una tensión controlada, y no es posible entender ni

explicar su naturaleza a partir de la «interacción» de los jugadores por separado.

En sociedades como la nuestra todos los juegos se caracterizan porque la tensión consustancial a la figuración de los jugadores no es ni demasiado alta ni demasiado baja: el juego debe durar un rato, pero tiene que resolverse finalmente en la victoria de un bando u otro. Puede haber juegos tediosos que siempre acaban en empate, pero si esto ocurriera con demasiada frecuencia sospecharíamos que algo falló en la construcción del juego.

Por consiguiente, en las sociedades industrializadas actuales un juego es una clase de figuración de grupo muy concreta. Su parte medular es la tensión controlada entre dos subgrupos que se mantienen recíprocamente en equilibrio. Éste es un fenómeno que puede observarse en muchos otros campos y que, al parecer, merece un nombre especial. Lo hemos denominado «equilibrio de tensiones». Así como la motilidad de un miembro del cuerpo humano depende de la tensión contenida entre dos grupos opuestos de músculos en equilibrio, igualmente el proceso del juego depende de la tensión entre dos equipos de jugadores antagonistas e interdependientes a la vez, que se mantienen en un oscilante equilibrio.[10]

La mecánica de las figuraciones con un equilibrio de tensiones como núcleo central dista mucho de ser sencilla. Para ilustrarla pueden bastar dos ejemplos: el flexible equilibrio de tensiones durante el proceso de juego no podrá producirse ni mantenerse en el nivel adecuado si un bando es mucho más fuerte que el otro. En un caso así, probablemente el lado fuerte se anotará más puntos, la tensión —el «tono»— del juego será relativamente baja, y el juego mismo se volverá lento y aburrido. Pero se equivoca quien piense que al estudiar la dinámica de grupos de un juego el investigador se ocupa principalmente de las cuestiones que tienen que ver con la calidad de los equipos o de los jugadores. Lo que nosotros hemos estudiado primordialmente es el desarrollo y la estructura del patrón de juego como tal, y éste, en un momento dado, adquiere una forma específica y la mantiene mediante controles en diversos niveles. Está controlado por las organizaciones de futbol, por las autoridades estatales y locales, por los espectadores, por los equipos mutuamente y por los jugadores individualmente. No es necesario enumerar aquí todos estos niveles de control ni analizar su interrelación. En el discurso teórico los controles que mantienen vigente una determinada figuración y, sobre todo, el equilibrio de tensiones de una figuración, suelen considerarse en términos de reglas o normas nada más. Sólo que, como sucede en otros casos, las reglas, y especialmente las reglas formales, no son sino uno de los «instrumentos» de control responsables de la relativa estabilidad de los grupos en tensión controlada. Y, sean lo que sean, las reglas o normas de grupo, aquí y en todas partes, nunca son absolutas.

En su calidad de instrumentos para controlar las tensiones, las reglas o normas no flotan fuera ni por encima de los procesos sociales, como se sugiere a veces en los actuales análisis. La dinámica de grupo que las reglas contribuyen a

mantener puede, a su vez, decidir si estas reglas deben perdurar o cambiar. El desarrollo de las reglas del futbol muestra a todas luces hasta qué grado los cambios habidos en ellas dependen del desarrollo global de aquello que reglamentan. La dinámica de tales figuraciones tiene lo que podríamos denominar una «lógica» propia. Así, el nivel de tensión en el futbol puede flaquear debido no sólo a las características distintivas de cada grupo de jugadores, o de cada jugador, sino también debido a las características establecidas de la figuración que ellos forman conjuntamente. Éste es un fenómeno que de continuo se descubre al investigar el desarrollo de cualquier juego. En 1925, por ejemplo, se cambió la regla de fuera de juego en el futbol. Hasta entonces la regla decretaba que sólo se permitía a un jugador recibir el balón que le lanzara un miembro de su equipo si había como mínimo tres jugadores del equipo contrario entre él y la meta de aquéllos. Si eran menos de tres los que estaban situados en el área mencionada, se le marcaba a este jugador un fuera de juego y a los contrarios un tiro libre a portería. En 1925 el número de jugadores requeridos se redujo a dos. La elasticidad de la vieja regla, hábilmente explotada, había conducido a una etapa en que los empates se hacían cada vez más frecuentes. Lo que ocurrió fue que el equilibrio había llegado demasiado lejos en favor de la defensa. Los partidos transcurrían con penosa lentitud, sin decisión, o se marcaban pocos goles. La causa no estaba en la calidad de los jugadores: era la figuración que ellos formaban tal como se había estabilizado por diversos controles, entre los cuales las reglas formales ocupaban un lugar clave, lo que había demostrado sus deficiencias. De ahí que, por medio de un cambio en las reglas, se intentase establecer una figuración más fluida de los jugadores con la que restituir el equilibrio entre el ataque y la defensa.

Éste es un ejemplo de las polaridades que en el futbol, y probablemente también en todos los demás juegos deportivos, están arraigadas como una segunda naturaleza en la figuración establecida del proceso de juego. Estas polaridades funcionan en estrecha relación unas con otras. De hecho, una mezcla de polaridades interdependientes incrustadas en el patrón de juego es lo que proporciona la principal fuerza motriz a la dinámica de grupo de un partido de futbol. En una u otra forma, todas contribuyen a mantener el «tono», el equilibrio de tensiones del juego. He aquí una lista de algunas de ellas:

1) la polaridad global entre los dos equipos contendientes;
2) la polaridad entre el ataque y la defensa;
3) la polaridad entre la cooperación y la tensión de los dos equipos;
4) la polaridad entre cooperación y competencia dentro de cada equipo.

La polaridad 4 puede expresarse de diversas maneras. Una de ellas es la que existe entre los miembros de un equipo individualmente considerados y el equipo en su conjunto, como se muestra en los ejemplos siguientes:

a) En los años de 1860 a 1880 el regateo individual era la pieza central del futbol. El fluctuante equilibrio de tensiones entre los intereses del equipo y los intereses individuales se cargaba hacia el lado de los últimos, lo cual se correspondía con las características sociales del juego en ese periodo, pues éste era entonces un juego practicado principalmente por los alumnos mayores de las escuelas privadas y por otras personas de clase media y alta para su propio goce personal. Fue en los últimos dos decenios del siglo XIX cuando esta técnica dio paso a una manera distinta de jugar, acentuándose la cooperación en el equipo a expensas de las oportunidades de cada jugador para brillar competitivamente dentro de éste. Así cambió el equilibrio entre los intereses individuales y los del grupo. El regateo individual perdió importancia y el pase de la pelota de un miembro del equipo a otro ocupó el primer plano. Es posible analizar las razones de este cambio con considerable exactitud: el aumento en el número de equipos, la institucionalización de competencias formales, una mayor rivalidad competitiva entre los equipos y el hecho de que se empezaba a jugar para un público que pagaba sus localidades, fueron algunas de ellas.

b) Aun después de que el equilibrio entre la consideración de los miembros del equipo por los intereses de éste y la de ellos por sus propios intereses individuales se hubiese inclinado fuertemente en favor de los primeros, la polaridad entre ambos continuó teniendo su papel. Todos los patrones de juego permiten a algunos jugadores un amplio margen de decisión. De hecho, no puede haber un buen jugador sin la capacidad de tomar decisiones con rapidez. Pero siempre, invariablemente, a la hora de decidir el jugador debe escoger entre la necesidad de cooperar con otros miembros para el bien de su equipo y la de realzar su reputación y sus logros personales. La conceptualización vigente hoy en casos como éste se halla dominada por alternativas absolutas como egoísmo / altruismo, las cuales, consideradas como instrumentos para un análisis sociológico realista, son poco recomendables. Queda patente que pensar en términos de equilibrios y de polaridades facilita la comprensión de lo que se observa en la realidad.

Existen otras polaridades ligeramente distintas. Éstos son algunos ejemplos:

5) la polaridad entre los controles externos sobre los jugadores en diversos niveles (por los directivos, capitanes, compañeros de equipo, árbitros, jueces de línea, espectadores, etc.) y el control flexible que el jugador individual se autoimpone;
6) la polaridad entre identificación afectiva y rivalidad hostil con los contendientes;
7) la polaridad entre el placer de agredir que sienten los jugadores individualmente y la restricción impuesta a ese placer por el patrón de juego;
8) la polaridad entre la elasticidad y la rigidez de las reglas.

Estos son algunos aspectos del modelo teórico y algunos ejemplos del tipo de conceptos que brotan del estudio de las figuraciones del juego, los cuales pueden contribuir a enfocar correctamente algunas de las características distintivas de esta clase de grupos. Tales grupos difieren de los que habitualmente se emplean como prueba empírica en los estudios de grupos pequeños no sólo por ser grupos en tensión controlada, sino también por estar más altamente estructurados y organizados. Las teorías obtenidas de los estudios realizados con grupos de estructura relativamente débil, en especial constituidos *ad hoc* para el estudio de grupos, están viciadas con frecuencia por la confusión entre lo que son propiedades de los grupos debidas principalmente a las de sus miembros individuales y las propiedades inherentes a la figuración como tal formada por esas personas. Cuando se cuenta con grupos más altamente estructurados y organizados resulta más sencillo determinar la dinámica inherente en la figuración y distinguir ésta de las variaciones debidas a las diferencias en el plano individual. En el caso del futbol, por ejemplo, es más fácil distinguir la dinámica consustancial a la figuración del juego de las variaciones debidas a las características de naciones diferentes, equipos diferentes o jugadores diferentes.

Los grupos *ad hoc* gozan de poca autonomía respecto a la sociedad en que se han formado, y esta ausencia de autonomía puede menoscabar la validez de los resultados obtenidos en el estudio de tales grupos. Así, los grupos pequeños formados en los Estados Unidos con objeto de estudiar los problemas de liderazgo puede que de hecho sólo proporcionen información valida sobre los aspectos del liderazgo en ese país. Queda por averiguar si, en caso de que se realizaran experimentos similares en, digamos, la Federación de Rusia o Ghana, éstos producirían resultados parecidos.

Juegos como el futbol se practican de igual modo en todas partes y también la dinámica figuracional básica es la misma en todas partes. Podemos estudiarla como tal y estudiar al mismo tiempo las variaciones originadas por el hecho de que lo jueguen diferentes naciones, diferentes equipos y diferentes individuos.

Al igual que los grupos *ad hoc*, los grupos deportivos presentan limitaciones concretas cuando se toman como muestra en el estudio de los problemas de grupos pequeños o de problemas de dinámica de grupos en general. Entre ellas están las limitaciones debidas al hecho de que los juegos son en gran medida fines en sí mismos. Su propósito, si es que tienen alguno, es dar placer a la gente. En ese aspecto difieren mucho de las agrupaciones de personas habitualmente consideradas como piezas medulares de la vida social y que ocupan por tanto un lugar central en la sociología; agrupaciones como las fábricas, cuyo objetivo es producir bienes, las burocracias para administrar estados y otras empresas, y otras figuraciones igualmente útiles de personas que normalmente no se consideran fines en sí mismos ni se supone que deban proporcionar placer. En consonancia con este esquema de valores, los sociólogos a menudo tratan de definir las organizaciones y unidades sociales en general atendiendo en primer

lugar a sus objetivos.

Pero, si bien es una limitación en el estudio de los juegos deportivos —comparado con el de las unidades sociales implicadas en los asuntos serios de la vida—, el que no tengan un fin, excepto quizás el de proporcionar placer y que se practiquen como fines en sí mismos, también esto representa una ventaja. Puede servir para contrarrestar la falacia teleológica aún muy difundida en el pensamiento sociológico, que de manera simple puede describirse como la confusión entre el nivel individual y el nivel de grupo. En lo que respecta a los juegos de futbol, esta distinción se muestra con bastante claridad. Los jugadores por separado y los equipos tienen objetivos, uno de los cuales es marcar goles. El goce del juego, la excitación de los espectadores, la esperanza de obtener premios o recompensas pueden ser otros. Pero la concatenación de acciones tendentes a un fin resulta en una dinámica figuracional —en un juego— que no tiene fin en sí mismo. Es posible determinarlo como tal y en cierta medida eso es lo que hemos hecho aquí. Pero no habríamos podido hacerlo si hubiésemos atribuido los objetivos de los jugadores considerados individualmente a la cambiante figuración que ellos forman entre sí.

No es necesario discutir ahora hasta qué punto esto es cierto respecto a otras figuraciones de personas, pero sí podemos decir que incluso las organizaciones estatales, las iglesias, las fábricas y otras de naturaleza más seria, sean cuales sean los objetivos de las personas que las forman, son al mismo tiempo fines en sí mismas y tienen una dinámica propia. ¿Qué son después de todo los fines de las naciones? No sería del todo una frivolidad decir que incluso ellas se parecen a personas jugando unas con otras por el puro placer de jugar. Descuidar este aspecto para concentrar la atención primordialmente en sus objetivos implica pasar por alto el hecho de que, como en el futbol, es de la propia y cambiante figuración de personas de la que en todo momento dependen las decisiones, los objetivos y los movimientos de los individuos. Así ocurre, sobre todo, en el caso de tensiones y conflictos, con frecuencia explicados sólo tomando en cuenta las intenciones y las metas de un lado o del otro. Quizá los sociólogos contribuyeran más a entender correctamente esas tensiones y conflictos que hasta ahora han demostrado ser incontrolables si las investigaran como aspectos de la dinámica de grupos que no tiene fin determinado.

VII. La dinámica del deporte moderno: notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte

ERIC DUNNING

INTRODUCCIÓN

El tema de este ensayo es lo que para mí constituye la tendencia dominante en todo el mundo dentro del deporte moderno: la tendencia, en todos los niveles de participación pero de forma más patente en el deporte de alto nivel, hacia una creciente competitividad, seriedad en la participación y búsqueda de triunfos.[1] Dicho con otras palabras, la tendencia a que me refiero implica la erosión gradual pero aparentemente inexorable de las actitudes, valores y estructuras del deporte como «afición» y su correlativa sustitución por las actitudes, valores y estructuras «profesionales», sea cual sea el sentido de este término. Vista desde otro ángulo más, se trata de la tendencia del deporte, en todos los países del mundo, a dejar de ser una institución marginal y escasamente valorada para convertirse en otra central y merecedora de un valor mucho más alto, institución que para muchos parece tener importancia religiosa o cuasirreligiosa, en el sentido de que se ha transformado en una de las principales, si es que no en *la* principal, fuente de identificación, significado y gratificación en sus vidas.

Oposiciones a esta tendencia las ha habido varias veces en Gran Bretaña, la más notable de las cuales quizás haya sido el esfuerzo que desde fines del siglo XIX se ha venido haciendo por mantener el rugbi como un deporte de aficionados, centrado en el jugador, basado en la organización voluntaria y en un marco informal de partidos «amistosos», es decir, como un deporte en el que las reglas están destinadas a garantizar el placer de los jugadores más que el de los espectadores, en el que la organización de los clubes, a nivel regional y nacional, es entendida como un pasatiempo no remunerado, y en el que no hay estructura de competencia formal, de «copas» ni «ligas». No obstante, el intento por conservar tal estructura ha fracasado de forma manifiesta. Pese a los extenuantes esfuerzos por parte de los grupos de gobierno del juego, ahora se juegan partidos del más alto nivel ante multitudes y se han introducido diversas reglas orientadas hacia el espectador. Los clubes también compiten anualmente por la Copa John Player así como por otras de rango local, y existe un sistema de «tablas de

méritos» que son ligas en todo menos en el nombre. Por si esto fuese poco, el órgano de control nacional, la Rugby Football Union (RFU), y muchos clubes importantes dependen financieramente de los ingresos obtenidos por los asistentes a los partidos y de patrocinadores de marcas comerciales. La RFU da trabajo además a varias personas con carácter fijo y existen repetidos rumores de que algunos jugadores reciben un salario. En resumen, en éste como en otros casos, la oposición ha sido vencida, lo cual conduce a pensar que la tendencia hacia una seriedad y competitividad mayores o, alternativamente, hacia el «desaficionismo» del deporte, es un proceso social imparable.[2]

Pero tal afirmación no significa que la resistencia haya desaparecido por completo. Los conflictos acerca del deporte orientado hacia el juego, el deporte de afición *versus* el deporte orientado hacia el logro de éxitos, las formas y concepciones profesionales del deporte, continúan en el rugbi y en los demás juegos, lo cual da fe de que este proceso no es sólo cosa del pasado. Además, aparte de ser imparable y constante, este proceso era, y es, fuente de conflictos, por lo cual constituye un ejemplo de lo que Elias llamaría un proceso social a largo plazo «ciego» o «no planificado».[3] Es decir, que no es el resultado de los actos intencionados de un individuo o grupo aislado, sino más bien el resultado impensado de la trama de acciones volitivas de los miembros de varios grupos interdependientes a lo largo de varias generaciones.

Lo que me propongo en este trabajo es esbozar una explicación sociogenética de este proceso a largo plazo, es decir, explicar de qué manera fue y continúa siendo generado social o estructuralmente. Esto significa, desde el lado positivo, que buscaré una explicación en términos de la estructura y la dinámica inmanente en las relaciones sociales *per se* y, desde el lado negativo, que evadiré tres clases de explicaciones sociológicas muy comunes, que son: *1)* las explicaciones sobre la base de principios psicológicos o «de acción», que hacen caso omiso de las pautas de interdependencia dentro de la cual viven los seres humanos; *2)* las explicaciones basadas en ideas y creencias conceptualmente tratadas como «flotantes a la deriva», es decir, que no toman en cuenta el marco social en el que las ideas siempre se desarrollan y se expresan; y *3)* las explicaciones basadas en fuerzas sociales abstractas e impersonales —las fuerzas «económicas» por ejemplo— que son reificadas y consideradas con existencia independiente de los seres humanos interdependientes que las generan. A fin de cumplir mi objetivo, emplearé el método «figuracional» desarrollado por Elias[4] y, para ilustrar lo que éste significa, comenzaré con una reseña del artículo «Dinámica de los grupos deportivos» que Elias y yo publicamos en 1966.

«DINÁMICA DE LOS GRUPOS DEPORTIVOS»: UNA BREVE RESEÑA

El argumento central de este artículo es que los grupos deportivos son figuraciones sociales y que la mejor forma de conceptuar su dinámica es verla como un equilibrio de tensiones entre opuestos en todo un complejo de polaridades interdependientes. Esto quiere decir que, visto sociológicamente, un deporte o juego es una «estructura» o «patrón» formado por un grupo de seres humanos interdependientes. Esta estructura, patrón o, más exactamente, figuración comprende: *1)* los dos individuos o equipos que cooperan entre sí en rivalidad más o menos amistosa; *2)* agentes de control como los árbitros o jueces de línea; y *3)* a veces, pero no siempre, un número mayor o menor de espectadores. No obstante, la figuración inmediata formada por quienes participan directamente en el juego y están presentes en él forma parte de una figuración más amplia constituida, en un nivel, por las organizaciones de los clubes que seleccionan a los equipos y son responsables de asuntos como proporcionar y mantener las instalaciones donde se juega y, en otro, por los órganos directivos y administrativos que formulan las reglas, certifican y designan a los oficiales que ejercerán el control y organizan el marco global de la competencia. Esta figuración forma parte, a su vez, de la figuración aún mayor constituida por los miembros de la sociedad en su conjunto y, a su vez, también la figuración societal existe en un marco internacional. En pocas palabras: los deportes y los juegos son figuraciones sociales que están organizadas y controladas y que asimismo la gente presencia y juega. Además, no están desligadas de lo social ni flotan libremente, sin relación con la estructura más amplia de interdependencias sociales, sino que van entrelazadas, a menudo inextricablemente, con el tejido de la sociedad en general y, a través de éste, con la estructura de las interdependencias internacionales.

El concepto de la dinámica de los grupos deportivos alude a los juegos como procesos, es decir, al patrón fluido y cambiante formado, como si dijéramos, en «cuerpo y alma», por los participantes interdependientes mientras dura el juego. Se trata de un patrón que ellos forman con todo su ser, es decir, intelectual y emocionalmente, no sólo físicamente. El concepto *equilibrio de tensiones* se basa en una analogía orgánica. Así, igual que la motilidad de un miembro animal depende de la tensión contenida entre dos grupos de músculos en equilibrio y sin embargo antagonistas, del mismo modo, sugeríamos nosotros, el proceso de juego depende de la tensión entre dos jugadores o grupos de jugadores simultáneamente antagonistas e interdependientes que se mantienen el uno al otro en equilibrio. Y la mejor forma de conceptuar este equilibrio de tensiones es concebido como un equilibrio entre los contrarios de todo un complejo de polaridades interdependientes. Entre éstas —y sin la intención de proporcionar una lista exhaustiva— señalamos las siguientes:

1) polaridad global entre dos equipos opuestos;
2) polaridad entre ataque y defensa;

3) polaridad entre cooperación y tensión entre los dos equipos;
4) polaridad entre cooperación y competencia dentro de cada equipo;
5) polaridad entre el control externo sobre los jugadores en varios niveles (por ejemplo, por los directivos, capitanes, compañeros de equipo, árbitros, jueces de línea, espectadores, etc.) y el control flexible que cada jugador ejerce sobre sí mismo;
6) polaridad entre la identificación afectiva con el contrario y la rivalidad hostil hacia él;
7) polaridad entre el placer en la agresión que experimentan los jugadores individualmente y la restricción impuesta sobre ese placer por el patrón de juego;
8) polaridad entre la elasticidad y la rigidez de las reglas.

Presentábamos la hipótesis de que es el equilibrio de tensiones entre estas polaridades interdependientes lo que determina el «tono» del juego, es decir, el hecho de que éste resulte emocionante o monótono, o bien que no pase de ser un «remedo de batalla» o estalle en un combate serio. Implícita asimismo en nuestra conceptualización está la idea de que tal equilibrio de tensiones es consecuencia, en parte, de la dinámica relativamente autónoma de las figuraciones concretas del juego y, en parte, del modo en que tales figuraciones se articulan en la estructura mayor de las interdependencias sociales.

Considerando mi actual objetivo, debe bastar con lo dicho para ilustrar mi esquema conceptual. Creo que éste continúa siendo provechoso, aunque, en retrospectiva, observo con asombro que dependía parcialmente de ideas preestablecidas derivadas de una concepción del deporte como afición, es decir, de lo que Elias consideraría una «evaluación heterónoma».[5] Tales ideas, si bien no nos desviaron del camino, creo que limitaron nuestra visión y nos impidieron desarrollar más el análisis al menos en un aspecto importante. Para mostrar cómo ocurrió esto es necesario primero recordar qué pretendíamos al escribir sobre la dinámica de los grupos deportivos. Con nuestro ensayo no esperábamos simplemente aportar algo a la sociología del deporte, sino más bien queríamos sugerir a los sociólogos en términos generales que los grupos deportivos pueden servir para ilustrar, primero, el peligro en que se incurre al tratar conflicto y consenso como dicotomías crudamente opuestas y, segundo, el peligro de caer en la falacia teleológica al conceptuar la dinámica de grupos, atribuyendo «propósitos» a construcciones sociales reificadas. Fue al debatir sobre tales temas cuando se manifestó claramente nuestra dependencia de los valores del aficionismo. Por esa razón, en un párrafo en que contrastábamos los grupos deportivos con las asociaciones industriales, administrativas y de otros tipos implicadas en lo que generalmente se considera los asuntos «serios» de la vida, escribimos que el «propósito» de los grupos deportivos, «si es que tienen alguno, es proporcionar placer a la gente»,[6] y pasábamos luego a mencionar, como otras

metas o fines de la gente implicada en los grupos deportivos, la búsqueda de premios o recompensas de tipo económico o de estatus y la emoción de los espectadores. Pero no analizamos el hecho de que estos objetivos entrañan diferentes formas de valencia, es decir de lazos o, dicho de forma más simple, de relaciones entre el grupo que interviene en el juego de manera inmediata y otros grupos. Por tanto, la búsqueda del placer es, en resumen, egocéntrica, dirigida a uno mismo, mientras que la búsqueda de recompensa y de emoción para los espectadores va dirigida a los otros. Esto sugiere tres cosas: *1)* que estos objetivos surgen como meta principal del deporte dentro de diferentes patrones de interdependencia; *2)* que, en determinadas circunstancias, pueden ser incompatibles entre sí y provocar, por tanto, tensión y conflicto; y *3)* que la lista de polaridades interdependientes que intervienen en la dinámica de los grupos deportivos puede ampliarse al menos con estas dos: *a)* la polaridad entre los intereses de los jugadores y los intereses de los espectadores; y *b)* la polaridad entre «seriedad» y «juego».

Como espero demostrar, estas dos polaridades están íntimamente interrelacionadas. Son decisivas también en el sentido de que tienen efectos ramificadores en las demás polaridades interdependientes que actúan en la dinámica de los juegos. Así, cuando los jugadores participen seriamente en un juego, se elevará el nivel de tensión y, en determinado momento, aumentará probablemente la incidencia de la rivalidad hostil tanto dentro de los equipos como entre ellos; es decir, el juego se transformará probablemente, dejando de ser un combate fingido para convertirse en uno «real» y los jugadores tenderán a transgredir las reglas, a jugar de manera «sucia» o desleal. O, en la medida en que los espectadores se identifiquen seriamente con sus equipos favoritos, será menor la posibilidad de que contemplen la derrota en forma ecuánime y mayor la de que realicen actos tendentes a modificar el resultado del encuentro. Una vez más, llegados a cierto punto, pueden incluso invadir el terreno de juego con la intención de que se suspenda el partido.

ALGUNAS TEORÍAS DEL DEPORTE MODERNO: UNA BREVE CRÍTICA

La polaridad entre los intereses de los jugadores y los de los espectadores así como la que existe entre «seriedad» y «juego» ya ha sido tema de intentos de elaboración de teorías en la sociología del deporte, el más notable de los cuales, desde el punto de vista histórico-filosófico, ha sido el de Huizinga;[7] desde el punto de vista de la interacción simbólica, el de Stone;[8] y desde el punto de vista marxista, el de Rigauer.[9] A su manera, cada uno de estos autores arguye que en el deporte moderno se ha rebasado el punto de equilibrio entre estas polaridades, y espero que un repaso crítico de lo que ellos escribieron proporcione una base

para demostrar la superioridad del enfoque figuracional de Elias como medio para poder realizar un análisis «adecuado al objeto» de lo que constituye una corriente central en el deporte moderno, es decir, un análisis que explique esta tendencia simplemente como lo que es, sin encajes ni distorsiones ideológicas.

El argumento principal de Huizinga es que hasta el siglo XIX las sociedades occidentales mantenían el equilibrio entre las polaridades de seriedad y juego pero que, con la industrialización, el desarrollo de la ciencia y los movimientos sociales igualitarios la seriedad comenzó a ganar terreno. A primera vista, el hecho de que el siglo XIX presenciara el desarrollo a gran escala de los deportes parecería contradecir su tesis, pero Huizinga arguye que, al contrario, la confirma, toda vez que en los deportes modernos «el viejo factor del juego ha sufrido una atrofia casi completa». Como parte del declive del elemento lúdico en la civilización moderna en general, los deportes han experimentado lo que él denomina «un fatal giro hacia la superseriedad». La distinción entre aficionados y profesionales es, en su opinión, la señal más clara de esta tendencia, la cual se debe a que los profesionales carecen de «espontaneidad y descuido» y ya no juegan verdaderamente, mientras que, al mismo tiempo, su actuación es superior, haciendo que los aficionados se sientan inferiores y traten de emularlos. Entre ambos, según Huizinga, estos dos grupos

> empujan cada vez más al deporte fuera del ámbito del juego propiamente dicho, hasta que éste se convierte en algo *sui generis*, ni lúdico ni formal. En la vida social moderna, el deporte ocupa un lugar paralelo e independiente del proceso cultural [...] se ha vuelto profano, «impío» en todos los sentidos, y sin relación orgánica con la estructura de la sociedad, mucho menos cuando está prescrito por el gobierno [...] Por muy importante que sea para los jugadores o espectadores, no deja de ser estéril.[10]

Pero, aparte de relacionar el deporte descriptivamente con una tendencia general y señalar lo que él consideraba los efectos destructivos de la interacción entre aficionados y profesionales, Huizinga no se ocupó de la dinámica, la sociogénesis de esa supuesta tendencia hacia la «esterilidad», la «superseriedad» y la «impiedad» del deporte moderno. Esta cuestión es abordada más satisfactoriamente por Stone, quien modifica los argumentos de Huizinga sugiriendo que los deportes modernos están sometidos a una doble dinámica, resultado, en parte, de la manera en que se ven atrapados en las «luchas, tensiones, ambivalencias y anomalías» de la sociedad en general y, en parte también, debido a ciertas características de su estructura. Sólo el último aspecto de su análisis nos interesa aquí.

«Todos los deportes —alega Stone— están afectados por los antinómicos principios de juego y exhibición», es decir, están orientados a proporcionar satisfacción a los jugadores o bien a los espectadores. Pero la «exhibición» realizada para los espectadores destruye, según Stone, la naturaleza lúdica del

deporte. Siempre que un gran número de espectadores asiste a un acontecimiento deportivo, éste se transforma en espectáculo, en un juego para los espectadores, no para los participantes directos. Los intereses de aquéllos predominan sobre los intereses de éstos. El placer de jugar queda subordinado a la realización de jugadas que agraden a las masas. El deporte comienza a perder su incertidumbre, su espontaneidad y su capacidad de innovación lúdica y se convierte en una especie de ritual, predecible y aun predeterminado en cuanto al resultado final.

El análisis de Rigauer depende sobremanera de los postulados marxistas sobre la naturaleza explotadora del trabajo en las sociedades capitalistas, categoría que él hace extensiva a sociedades como la de la Unión Soviética, presumiblemente por considerarlas un capitalismo o socialismo «de Estado» y no diferentes, en esencia, de las sociedades capitalistas del tipo más puro. Según él, el deporte moderno es un producto «burgués», una recreación practicada inicialmente por miembros de la clase dominante para su propio placer. A ellos les servía como contrapeso del trabajo pero, debido al aumento de la industrialización y a la difusión cada vez mayor del deporte hacia abajo en la escala social, ha llegado a adquirir unas características semejantes a las del trabajo. Por consiguiente, al igual que ha ocurrido con diversos tipos de trabajo en las sociedades industrializadas, el deporte —plantea Rigauer— se está caracterizando cada vez más por la búsqueda de éxitos. Esto se ve en la tendencia a batir marcas, en las horas de entrenamiento agotador invertidas en ese fin y en la aplicación de métodos científicos con tal de mejorar la actuación de los deportistas. Además, algunas técnicas de entrenamiento por «fases» y «circuitos» reproducen el carácter enajenante y deshumanizador de la producción en cadena. Incluso en los deportes «individuales» el papel del deportista se está reduciendo a una parte de toda una constelación de entrenadores, directivos y médicos, tendencia doblemente manifiesta en los deportes de equipo, en los que el moderno deportista se ve obligado a encajar en una división fija del trabajo y a satisfacer las demandas de un plan táctico ya prescrito. Individualmente, poco puede hacer él para diseñar ese plan.

Consecuentemente, queda reducido su margen de iniciativa. Esto es incluso más cierto en el caso de los administradores deportivos ya que, cada vez más, son funcionarios de jornada completa y no deportistas quienes toman las decisiones sobre lo que hay que hacer. El resultado, concluye Rigauer, es la constante restricción en la toma de decisiones individuales y el dominio de la mayoría por una élite burocrática.

De este diagnóstico se desprende que el deporte cada vez servirá menos para proporcionar alivio de las tensiones del trabajo. Rigauer arguye que se ha vuelto exigente, orientado hacia el éxito y enajenante. Aún perdura la creencia de que funciona como contrapeso del trabajo, pero esto es una «ideología encubridora» para ocultar a los participantes su verdadera función, que no es otra que la de

reforzar en la esfera recreativa la ética del trabajo duro, el éxito y la lealtad de grupo necesaria para el funcionamiento de una sociedad industrial avanzada. En este sentido, según Rigauer, el deporte contribuye a mantener el *statu quo* y a reforzar el dominio de la clase gobernante.

A primera vista, estos tres diagnósticos —que el deporte se está volviendo más «serio», que la «exhibición» está predominando y destruyendo el ingrediente «juego», y que el deporte cada vez se distingue menos del trabajo— parecen descripciones adecuadas de una corriente importante en el deporte moderno. Sin embargo, en los tres análisis hay un sesgo valorativo que pone en duda su adecuación. Cuesta creer, por ejemplo, que los deportes hayan mantenido su popularidad, que la hayan aumentado, como de hecho ha ocurrido en todos los países del mundo, si en ellos el factor juego se hubiera atrofiado hasta el punto en que afirma Huizinga, o si, como alega Rigauer, se hubieran vuelto tan enajenantes y represivos como el trabajo, o si, para terminar, se hubiera dañado tan seriamente, como diría Stone, el equilibrio entre exhibición y juego. Es posible, desde luego, que en su difusión hayan intervenido factores como la obligatoriedad y/o la búsqueda de beneficios aparte del placer personal y directo, dando en cierto modo pie a los efectos deletéreos que produce la participación cada vez más seria. Que tales contracorrientes niveladoras han ocurrido de hecho queda implícito en los argumentos presentados más adelante en este ensayo. Por el momento, es suficiente con señalar que Huizinga, Rigauer y Stone no prestan atención a tal posibilidad.

Por si esto fuera poco, Huizinga es un romántico que anhela una sociedad «orgánica». También queda implícito en su análisis que la «democratización» de los deportes sea la principal causa de su «declive». En resumen, sus palabras implican que la creatividad y las normas morales elevadas son un campo cerrado de las élites. Su crítica de los deportes modernos da en el blanco, sobre todo —aunque resulta exagerada— su afirmación de que se ha producido un «giro hacia la superseriedad». Sin embargo, aparte de relacionarla con lo que él considera una corriente cultural general, no hace nada por estudiar la sociogénesis de esta supuesta transformación del deporte, por relacionarla sólidamente con sus fuentes sociales estructurales.

Similares consideraciones se aplican a la crítica de Rigauer, quien no hace ningún intento por analizar empíricamente la manera en que se ha producido la alegada correspondencia estructural entre el deporte y el trabajo. Tampoco distingue entre formas de trabajo, formas de deporte y países diferentes en este sentido, ni intenta determinar si son distintos o no los grupos que proponen, por una parte, valores orientados hacia el éxito y, por la otra, valores que resalten el factor recreativo, el placer proporcionado por el deporte. Como tampoco intenta documentar empíricamente los cambios que, según él, han tenido lugar con el paso del tiempo en el equilibrio entre estos valores. Rigauer simplemente pinta un cuadro general e indiscriminado que afirma que todos los deportes en todos

los países industrializados han desarrollado características similares a las del trabajo y que, en esa medida, sirven por tanto a los intereses gobernantes.

El análisis de Stone, si bien, al igual que el de Huizinga, resalta los nocivos efectos de la democratización de los deportes, es sociológicamente más satisfactorio. Sin embargo, hay razones para creer que su análisis del equilibrio entre juego y exhibición no consigue llegar al meollo del problema. Desde el punto de vista figuracional, no se trata simplemente de la presencia o ausencia de espectadores o, cuando éstos están presentes, de la interacción entre ellos y los jugadores, sino, lo que es más importante, de los *patrones de interdependencia* entre los grupos que participan. Así, la presencia de espectadores en un acontecimiento deportivo puede *inducir* a los jugadores a exhibirse pero no *obligarlos* a que lo hagan. El elemento lúdico, en cualquier deporte, tenderá más a verse seriamente amenazado cuando los jugadores *dependan* de los espectadores —o de agentes externos como grupos con intereses comerciales y el Estado— para obtener beneficios económicos y de otro tipo. En tales condiciones, sea el deporte abiertamente profesional o nominalmente de afición, las presiones encaminadas a permitir que los intereses de los espectadores asuman un papel importante, a hacer que el «juego» se convierta en «espectáculo», pueden ser apremiantes.

Efectivamente, en sus respectivos exámenes del desarrollo del deporte moderno, ni Huizinga ni Rigauer ni Stone se han ocupado satisfactoriamente de la dinámica de ese proceso. Sus análisis son en cierto modo curiosamente impersonales. Cada uno presenta una corriente relacionada con la industrialización, pero todos prestan escasa o nula atención a los choques de intereses o de ideologías de los grupos. En sus análisis —sobre todo en los de Huizinga y Rigauer— casi parece como si los viejos valores y formas del deporte estuvieran desvaneciéndose sin conflicto. Que se trata de un planteamiento supersimplificado, independientemente de sus méritos como primera aproximación a una teoría sociológica de la corriente dominante en el deporte moderno, se verá claramente, espero, tras realizar un análisis figuracional de dicha corriente.

En lo que sigue a continuación trato de indicar que la seriedad cada vez mayor del deporte moderno puede atribuirse en gran medida a tres procesos interrelacionados, que son: la formación del Estado, la democratización funcional y la difusión del deporte a través de la cada vez más dilatada red de interdependencias internacionales. Los dos primeros, ambos entretejidos en las largas cadenas de interdependencia, son naturalmente los procesos estructurales profundos por medio de los cuales Elias explica principalmente la sociogénesis del proceso de civilización.[11]

Esto nos lleva a pensar en la posibilidad de que exista relación entre el proceso civilizador y la tendencia, en los deportes, hacia una creciente seriedad en la participación; esta última, por ejemplo, puede deberse en parte al hecho de

que, debido a la socialización del individuo dentro de las normas más restrictivas del sistema moderno de interdependencias sociales, más complejo y opresivo, el individuo moderno, más restringido y civilizado, participa en el deporte con menos espontaneidad e inhibiciones que su antepasado, menos civilizado y con menos limitaciones emocionales, quien vivió en un sistema de interdependencias sociales menos complejo y opresivo. Parece razonable afirmar que esto sea así. No obstante, aún es necesario precisar con exactitud cuáles fueron las relaciones entre la creciente seriedad en la participación deportiva, por un lado, y la formación del Estado, la democratización funcional y el proceso civilizador por el otro.

También queda por demostrar en qué forma estuvo relacionada esta tendencia con la difusión internacional del deporte y cómo estos procesos estructurales profundos pueden brindarnos una explicación de ella más satisfactoria que la ofrecida por Huizinga, Rigauer y Stone.[12] De la primera de estas tareas me ocuparé enseguida.

ANÁLISIS FIGURACIONAL DE LA TENDENCIA HACIA LA CRECIENTE SERIEDAD EN EL DEPORTE

Para poder llevar a cabo tal demostración, analizaré primero la ética del deporte de afición e intentaré explicar sociogenéticamente tanto ésta como su disolución, es decir, la tendencia hacia la seriedad cada vez mayor que se advierte en el deporte. Luego haré un repaso breve y general por el deporte en la Inglaterra preindustrial a fin de demostrar por qué, en aquella figuración social, grupos de todos los niveles en la jerarquía social pudieron tener, en equilibrio, formas de participación deportiva «dirigidas a sí mismos» o «egocéntricas», es decir, cómo fue posible que participaran en los deportes sólo por diversión. Luego intentaré mostrar por qué, con el nacimiento de los Estados nacionales industrializados y urbanos, llegaron a desarrollarse formas deportivas más «dirigidas a lo otro», más orientadas a la búsqueda de récords, a la búsqueda de identidad y a la lucha por beneficios económicos. Por último, analizaré lo que considero la importancia social cada vez mayor del deporte y el papel desempeñado por su difusión internacional en este proceso social global.

La ética del deporte como afición es la ideología deportiva dominante en la Gran Bretaña de hoy y, creo correcto decir, en los grupos que gobiernan el deporte en todo el mundo: por ejemplo, en el Comité Olímpico Internacional y en sus diversos afiliados nacionales. El principal componente de esta ética es el ideal de practicar los deportes «por diversión». Otros aspectos, como el hincapié en el «juego limpio», en el acatamiento voluntario de las reglas y en la participación con fines no pecuniarios, son esencialmente ancilares, destinados a facilitar el logro de ese objetivo central: hacer de los torneos deportivos unas

«luchas ficticias» que puedan generar una excitación agradable. El ejemplo más remoto en el tiempo que he encontrado de uso explícito de esta ética para criticar la tendencia hacia la creciente seriedad en el deporte aparece en un libro de Trollope publicado en 1868:

> Se está otorgando una importancia desmesurada a los deportes, y quienes los practican han llegado a creer que alcanzar el éxito normal y ordinario en ellos es algo indigno [...] Todo esto obedece al exceso de entusiasmo que se pone en ellos, al deseo de perseguir demasiado una meta que, para ser agradable, debería ser un placer y no un negocio... [Ésta] es la roca contra la que posiblemente naufraguen nuestros deportes. Si llegara a volverse irracional en su gasto, arrogante en sus exigencias, inmoral y egoísta en sus inclinaciones o, lo que es peor, sucio y deshonesto en su tráfico, contra él se levantará una opinión pública a la que no podrá resistir.[13]

Es probable, naturalmente, que existan ejemplos anteriores, pero esta apología de los valores del deporte de afición, con su acento en el placer como ingrediente esencial, se produjo en una etapa temprana del desarrollo del deporte moderno, sobre todo en una época en que el deporte profesional tal como lo conocemos hoy apenas existía. Entonces algunos hombres se ganaban la vida precariamente como boxeadores o jugadores de jóquey y de críquet, pero el hecho de que sólo hubiera un puñado de ellos hace pensar que la crítica de Trollope iba dirigida fundamentalmente contra la tendencia hacia la creciente seriedad dentro del deporte de afición o *amateur*. Y es posible también que uno de los objetivos principales de su crítica fuera lo que los historiadores han denominado el «culto a los juegos en las escuelas privadas»,[14] un movimiento que tuvo lugar dentro de las citadas escuelas y que se caracterizaba por estos cinco aspectos principales: *1)* la tendencia a designar y ascender a los miembros del profesorado con base en criterios deportivos más que académicos; *2)* la selección de prefectos, es decir, de los muchachos más destacados de la escuela, principalmente por sus habilidades deportivas; *3)* la elevación del deporte a un lugar importante, a veces predominante, en el plan de estudios; *4)* la racionalización educativa del deporte, especialmente de los juegos en equipo, como medio de «forjar el carácter», y *5)* la participación de los miembros del claustro de profesores como organizadores y jugadores en los juegos de sus alumnos. Es probable, desde luego, que tal movimiento surgiera sólo en las escuelas de élite, donde estudiaban muchachos cuyo futuro profesional no dependía, en la mayor parte de los casos, de una educación académica. Pero eso es menos relevante para nuestro propósito que el hecho de que este culto a los juegos en las escuelas privadas muestra con claridad que la tendencia a considerar cada vez más seriamente el deporte en Gran Bretaña fue, en sus primeras etapas, un fenómeno relacionado con el deporte de afición, no con el profesional, y que no comenzó a cobrar importancia debido al conflicto entre aficionados y profesionales como aduce Huizinga. De hecho, quisiera proponer

la hipótesis de que la ética de afición fue enunciada como una ideología opuesta a la tendencia hacia la creciente seriedad en el deporte y que recibió su formulación más explícita y detallada cuando, como parte de esa tendencia, empezaron a surgir las actuales formas del deporte profesional.

Antes del decenio de 1880, la ética del deporte de afición existía en Gran Bretaña en un estado relativamente embrionario, es decir, era un conjunto amorfo, no bien definido, de apreciaciones sobre las funciones del deporte y las normas que se creían necesarias para el cumplimiento de tales funciones. No obstante, con la amenaza planteada por la incipiente profesionalización de nuevos deportes como el futbol y el rugbi, un proceso que comenzó en el norte y en las Midlands y que introdujo como organizadores, jugadores y espectadores a personas de bajo estatus —provincianos pertenecientes a la clase media y obrera — en el ámbito de los deportes que hasta entonces había sido coto exclusivo de la «élite de las escuelas privadas», de la clase dirigente del país, la ética del deporte de afición comenzó a cristalizar como ideología elaborada y definida.[15] En otras palabras, fue una acción colectiva desarrollada por los miembros de una colectividad en oposición a los miembros de otra a la que percibían como una amenaza tanto para su preeminencia organizativa y lúdica como para las formas en que los miembros de aquélla deseaban que se jugara el juego. En resumen, trato de decir que, aun cuando la élite de las escuelas privadas solía vestir sus declaraciones con términos específicamente deportivos, clamando que lo único que les interesaba era preservar la esencia del deporte, su aspecto lúdico «orientado a la diversión», la hostilidad y el resentimiento contra las otras clases y regiones por la pérdida de su antiguo dominio contribuyeron mucho a que articularan la ética del deporte de afición como ideología explícita.

Sin embargo, si estoy en lo correcto, la situación social en la que se hallaron inmersos los miembros de esa élite cada vez se apartaba más de la realización plena e irrefrenable del deporte dirigido al yo, orientado al placer, de modo que cuando definieron y desplegaron la ética del deporte de afición para responder a la creciente amenaza desde abajo, lo que intentaban era mantener formas de participación deportiva a las que ellos creían tener derecho por ser miembros de la clase dominante —formas que de hecho habían sido posibles para los grupos gobernantes e incluso para los grupos subordinados en la era preindustrial— pero que ahora resultaban cada vez más imposibles para ellos.

Este punto de vista se apoya en el hecho de que muchos de los «ultrajes» cometidos, según la élite de las escuelas privadas, en el deporte profesional, eran al menos igual de evidentes en el culto a los juegos de las escuelas a las que ellos habían asistido. Un refuerzo más de esta tesis —si bien hubo excepciones sintomáticas como el equipo de futbol «los Corintios»—[16] viene del hecho de que, en un número creciente de deportes, la élite de las escuelas privadas se retiró a sus propios círculos exclusivos, revelando con su miedo a ser derrotados por jugadores profesionales que ellos jugaban tanto por la fama de ser

triunfadores como por diversión. Como es lógico, esta corriente separatista se debió probablemente, en parte, al hecho de que los encuentros entre equipos profesionales y aficionados habrían sido con frecuencia desiguales y faltos de tono debido a la discrepancia en habilidad que generalmente existe entre jugadores de tiempo completo que ejercen su profesión y jugadores de media jornada que sólo se limitan a participar en una actividad recreativa. Pero no acaba aquí la historia, como lo sugiere el hecho de que surgió otra corriente separatista más entre los miembros de la élite de las escuelas privadas dentro de las filas del deporte de afición. Es decir: no estaban dispuestos a someterse regularmente a la posibilidad de ser vencidos por equipos de aficionados pertenecientes a la clase obrera, de modo que prefirieron enconcharse en sus propios círculos exclusivos; pero, al hacerlo, demostraron no sólo que tenían prejuicios de clase sino también que participaban en el deporte seriamente y con el fin de ganar —la meta del éxito se había adelantado en su jerarquía de valores deportivos a la de participar primordialmente por la diversión—. Nuevos apoyos para este punto de vista son proporcionados por un análisis figuracional del deporte en la Gran Bretaña del siglo XVIII.

La figuración social general de Gran Bretaña en el siglo XVIII, de hecho todo el patrón de interdependencias sociales en este país antes de la Revolución industrial, era uno en el que había relativamente pocas presiones estructurales sobre los grupos, altos o bajos en la escala social, hacia la búsqueda del éxito y de logros, es decir, hacia formas de participación «dirigidas a lo otro», tanto en el campo de los deportes como en otros campos. El grado relativamente bajo de centralización por el Estado y de unificación nacional se traducía, por ejemplo, en que los juegos populares tradicionales, los practicados por el pueblo común, se jugaban aisladamente por regiones y las competencias se celebraban tradicionalmente entre pueblos contiguos, ciudades vecinas, o entre distintos barrios de las ciudades. No existía un marco nacional de competencias, si bien la aristocracia y la *gentry* constituían una excepción parcial en este aspecto. Sus miembros eran, y se veían a sí mismos, como clases nacionales y competían nacionalmente entre ellos. En consecuencia, se generó dentro de sus filas un cierto grado de presión competitiva «dirigida a lo otro» en las actividades deportivas. Pero, hablando en términos generales y también en lo concerniente al deporte, no estaban sometidos a presión alguna ni desde arriba ni desde abajo. En aquella etapa, el nivel de formación del Estado en el desarrollo de la sociedad británica era relativamente bajo y, en realidad, la aristocracia y la *gentry* «eran el Estado», es decir, que utilizaban el aparato estatal al servicio de sus propios intereses. Ellos habían establecido la prioridad del Parlamento sobre la monarquía y gobernaban una sociedad en la que el equilibrio de poder entre las clases se caracterizaba por unas desigualdades enormes. En consecuencia, nada amenazaba seriamente su posición como clase dominante. Su firme dominio implicaba un alto grado de seguridad de su estatus y esto significaba, a su vez,

que los aristócratas y caballeros, por regla general, no estaban seriamente amenazados por el contacto con miembros de las clases sociales inferiores. En cualquier contexto, ellos sabían quién era el que mandaba, y el resto también —el enorme desequilibrio de poder entre las clases condujo a pautas de deferencia de parte de los subordinados—.

Esa seguridad de estatus abarcó también la esfera recreativa, incluido el deporte. La aristocracia y la *gentry* participaban en los juegos populares como organizadores y como jugadores y utilizaron su influencia para crear formas profesionales de críquet, combates de boxeo en los que el ganador recibía un premio en metálico, y carreras de caballos. La carrera profesional de los deportistas que llegaron a serlo en tales condiciones se basaba en la subordinación absoluta del profesional a su patrocinador, y esta dependencia incluía hasta las posibilidades de supervivencia del primero en poder del último. Esa clase de profesionalismo no representaba ninguna amenaza para los intereses y valores de la clase gobernante. El deporte profesional no era sospechoso moral ni socialmente y no había necesidad de combatir u ocultar el hecho de que de los juegos podía obtenerse ganancia pecuniaria, ya fuese como salario, ya como resultado de una apuesta. Por encima de todo, jugando entre ellos o con sus asalariados, la aristocracia y la *gentry* podían participar en los deportes por diversión, es decir: su posición social —el poder y la relativa autonomía de que gozaban— les permitió desarrollar formas de participación deportiva dirigidas a sí mismos o egocéntricas y, aunque no se vieron forzados a elaborar la ética de afición como ideología explícita, se acercaron mucho a los aficionados en el sentido «ideal típico» del término.

Si este diagnóstico es correcto, de él se desprende que la figuración social global de la Inglaterra preindustrial y, creo poder decir también, de otras sociedades preindustriales, no tendía a generar una presión competitiva intensa en las relaciones deportivas dentro ni entre los grupos gobernantes o subordinados. Se desprende asimismo que la presión hacia formas de participación deportiva dirigidas a lo otro y orientadas al éxito ha de buscarse en la figuración social nacida con la industrialización. Ahora intentaré señalar cuáles fueron los puntos de contacto entre estos dos procesos sociales, es decir, entre la industrialización y la tendencia a largo plazo hacia una seriedad cada vez mayor en la participación y búsqueda de éxitos en el deporte. Brevemente, y como adelanto del análisis que presentaré enseguida, puedo decir que la clave de esta relación radica en el proceso que Elias denomina «democratización funcional»: el cambio nivelador en el equilibrio de poder dentro y entre los grupos ocurrido de forma contingente en los procesos interrelacionados de formación del Estado y alargamiento de las cadenas de interdependencia. Pero antes de explicar lo que esto significa es necesario contrastar el punto de vista de Elias sobre la división del trabajo con el punto de vista de Durkheim.

Según Durkheim, la estructura de las sociedades industrializadas se caracteriza por una alta densidad «material» así como por una elevada densidad «moral» o «dinámica», es decir, por una población altamente concentrada y un elevado índice de interacción social entre los individuos y los grupos.[17] Creía que las presiones competitivas generadas en tales sociedades se reducirían o incluso serían tal vez erradicadas por la división del trabajo. La división del trabajo, apuntaba él, tendría ese efecto de dos maneras: creando «lazos de interdependencia» y canalizando las tensiones generadas por la competitividad en sectores ocupacionales especializados. Su análisis sin embargo tiene una falla fundamental al no haberse dado cuenta de que la interdependencia funcional o división del trabajo no conduce necesariamente a la integración armoniosa y en cooperación sino, incluso en sus formas «normales», al conflicto y el antagonismo. En resumen: su concepto de sociedad basada en la «solidaridad orgánica» es utópico. Una concepción más realista de la interdependencia es la propuesta por Elias.

Según este autor, la transformación social a largo plazo a la que habitualmente nos referimos con palabras que denotan determinados aspectos concretos como *industrialización, desarrollo económico, transición demográfica, urbanización* y *modernización política* es, de hecho, una prolongada transformación de toda la estructura social.[18] Y arguye que uno de los aspectos sociológicamente más significativos de esta transformación social completa es el nacimiento de «cadenas de interdependencia» más largas y diferenciadas, lo cual quiere decir una mayor especialización en las funciones y la integración de grupos funcionalmente diferenciados en redes más amplias. Paralelamente, se produce además, según Elias, un cambio en el sentido de que disminuyen las diferencias de poder dentro y entre los grupos, más concretamente, un cambio en el equilibrio de poder entre gobernantes y gobernados, entre las clases sociales, entre hombres y mujeres, padres e hijos. Tal proceso es posible debido a que quienes realizan papeles especializados dependen de otros y pueden ejercer, por tanto, un control recíproco. Las oportunidades de poder de los grupos especializados acrecen aún más si sus miembros se organizan, ya que entonces están en posición de interrumpir el amplio sistema de interdependencias mediante la acción colectiva. Así es como, según Elias, la división cada vez mayor del trabajo y el nacimiento de cadenas de interdependencia cada vez más largas lleva a una dependencia recíproca mayor y, por tanto, a patrones de «control multipolar» dentro y entre los grupos, es decir, a una figuración social global en la que individuos y grupos están sometidos a presiones cada vez más fuertes por parte de los demás. Esa presión es eficaz debido a las dependencias recíprocas.

Para el presente análisis, esta teoría engañosamente simple es relevante de múltiples formas. En la moderna estructura de interdependencias sociales es inherente la demanda del deporte interregional y representativo. Esta demanda no se presentó en las sociedades preindustrializadas porque la falta de unificación nacional y los escasos medios de transporte y de comunicación hacían que no hubiese reglas comunes ni modo alguno de reunir con regularidad a deportistas de diferentes zonas. Al mismo tiempo, el arraigado «localismo» de tales sociedades hacía que los grupos de jugadores sólo viesen como rivales en potencia a los grupos contiguos a ellos en el sentido geográfico. Las sociedades industriales modernas, sin embargo, son distintas en todos estos conceptos. Relativamente unificadas a nivel nacional, cuentan con medios de transporte y comunicación superiores, deportes regidos por reglas comunes, y un cosmopolitismo que hace que los grupos locales vean como rivales a otros grupos geográficamente no adyacentes y estén ansiosos por compararse con ellos. De ahí que tales sociedades se caractericen por índices elevados de interacción deportiva entre las zonas, un proceso que conduce a la estratificación interna en deportes concretos, a una escala jerárquica de deportistas y equipos deportivos en la cima de la cual se hallan los representantes de las unidades más grandes.

Esto significa, a su vez, que las presiones y controles recíprocos que operan en las sociedades urbanas industrializadas se repiten generalmente en la esfera del deporte. En consecuencia, los deportistas del más alto nivel no pueden ser independientes y jugar sólo por diversión, sino que se ven obligados a una participación deportiva seria y dirigida a lo otro. Es decir, no pueden jugar por sí mismos sino que han de representar forzosamente a unidades sociales de gran tamaño como ciudades, condados y países. Por esa razón se les proporcionan ganancias materiales y/o de prestigio, instalaciones y tiempo para entrenarse. A cambio, se espera de ellos que tengan una buena «actuación deportiva», o sea, las satisfacciones que exigen los controladores y «consumidores» del deporte, el espectáculo de una competencia emocionante por la que están dispuestos a pagar, o la validación, mediante el triunfo, de la imagen y la «fama» de la unidad social con la cual unos y otros se identifican. Idéntico sentido tienen las ingentes cantidades de personas implicadas y el marco competitivo local, regional, nacional e internacional del deporte moderno. Todo ello indica que la alta y sostenida motivación para ganar, la planificación a largo plazo, el estricto autocontrol y la renuncia a una gratificación inmediata, en otras palabras, la práctica y el entrenamiento constantes, son necesarios para llegar a la cima y permanecer en ella. También es indispensable un cierto control burocrático, lo cual conduce todavía más a la subordinación de los deportistas en otro aspecto.

En todos estos sentidos la figuración social, el patrón de dependencias entre los grupos característico de toda nación-Estado urbana e industrial, genera restricciones que obstaculizan la puesta en práctica de la ética de afición, con su hincapié en el placer como meta central del deporte. O dicho con más exactitud,

genera restricciones que son trabas a la obtención del placer inmediato y a corto plazo, que impiden que cada encuentro deportivo sea un fin en sí mismo, sustituyéndolo, tanto para los jugadores como para los espectadores, por metas a más largo plazo tales como la victoria en una liga o copa, o por satisfacciones que tienen que ver de forma más directa con la identidad y con el prestigio. Además, tales restricciones no están confinadas al deporte de alto nivel, sino que descienden haciéndose sentir hasta en los niveles más bajos de las competencia deportivas. Esto en parte se debe al hecho de que los deportistas de alto nivel forman un grupo de referencia que, promovido por los medios de comunicación de masas, establece pautas que los demás tratan de seguir. También es, en parte, consecuencia de las presiones generadas por las recompensas materiales y de prestigio que pueden obtenerse llegando a la cima. Sin embargo, esta disminución del placer como objetivo central del deporte en modo alguno se debe sólo a las presiones generadas dentro del deporte mismo sino también, y quizá fundamentalmente, a la angustia y la inseguridad penetrantes y profundamente arraigadas de forma general en una sociedad que se caracteriza por presiones y controles multipolares y en la cual los soportes de la identidad y el estatus asociados con las relaciones tradicionales de clase y autoridad, entre los sexos y las generaciones, se han visto erosionados en su base por la democratización funcional, es decir, por el proceso nivelador que es consustancial, según Elias, a la división del trabajo.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CRECIENTE IMPORTANCIA SOCIAL DEL DEPORTE

Con lo dicho hasta aquí he presentado en líneas generales una explicación figuracional de la tendencia generalizada a tomar el deporte con una seriedad cada vez mayor. Queda por analizar, en relación con esto, el proceso que ha llevado al aumento de su importancia social. Por tratarse de una cuestión complicada, sólo podremos mencionarla brevemente en este ensayo. Además del cambio, tanto en las ideas como en los hechos, ocurrido en el equilibrio entre trabajo y ocio, se puede señalar un proceso que ha aumentado la importancia social de las actividades recreativas en general, un conjunto de al menos tres aspectos de la emergente figuración social moderna que están interrelacionados y que han contribuido al aumento de la importancia social del deporte. Son: *1)* el hecho de que el deporte ha cobrado fuerza como una de las principales fuentes de emoción agradable; *2)* el hecho de que se ha convertido en uno de los principales medios de identificación colectiva, y *3)* el hecho de que ha llegado a constituirse en una de las claves que dan sentido a la vida de muchas personas.

Elias y yo hemos señalado antes que el deporte es un acontecimiento recreativo «mimético» que puede producir emoción agradable y que, en ese sentido, realiza una función «des-rutinizadora».[19] No hay, sin embargo, sociedad

sin controles ni rutinas o, en palabras de Elias, no existe un «punto cero» de civilización. En ese sentido, la necesidad de desrutinización es probablemente universal. Ahora bien, como las sociedades urbanas industrializadas se caracterizan por un alto grado de rutinización y civilización, con presiones y controles multipolares, sus miembros están en consecuencia continuamente presionados a ejercer una fuerte restricción emocional en su vida diaria, con lo cual la necesidad de actividades recreativas desrutinizadoras como los deportes es particularmente intensa en tales sociedades. No obstante, este proceso desrutinizador, esta excitación de las emociones en público que la sociedad permite, está a su vez sometida a controles civilizadores. En otras palabras, el deporte es tanto para los jugadores como para los espectadores un reducto social en el que puede generarse emoción agradable en una forma socialmente limitada y controlada.

Con todo, la excitación generada puede ser intensa, especialmente en los acontecimientos deportivos de alto nivel que atraen a grandes cantidades de personas y, *pace* Huizinga, para quien el deporte se ha vuelto «profano», es probablemente esto lo que constituye la base experimental de la percepción generalizada del deporte como un fenómeno «sagrado». Durkheim alegaba que la emoción o «efervescencia» colectiva generada en las ceremonias religiosas de los aborígenes australianos constituía la principal fuente de experiencia para considerarlas un reino «sagrado»,[20] y no parece descabellado suponer que la «efervescencia colectiva» generada en los acontecimientos deportivos sea la raíz del hecho de que, al menos en Gran Bretaña, sea común hablar de los terrenos de juego de futbol y de críquet, sobre todo de aquellos en que tienen lugar los encuentros representativos, como del campo «sagrado» o «santificado». De hecho, probablemente no sería exagerado decir que, al menos para ciertos grupos de la sociedad actual, el deporte se ha convertido en una actividad cuasirreligiosa y que, hasta cierto punto, ha venido a llenar el vacío dejado en la vida social por el declive de la religión. Un ejemplo extremo pero significativo de este carácter cuasirreligioso del deporte moderno lo hallamos en el hecho de que en Liverpool es ya casi una tradición que los seguidores del Liverpool Football Club dispongan que a su muerte sus cenizas sean esparcidas sobre el terreno de juego del estadio Anfield, como si desearan continuar identificados, aun después de la muerte, con el «sagrario» o «templo» ante el que profesaron su culto estando en vida. En cualquier caso, sin llegar a estos extremos, está claro que participar como jugador y/o espectador en algunos deportes ha llegado a convertirse en uno de los principales medios de identificación colectiva en la sociedad moderna, así como en una de las principales fuentes de sentido en la vida de numerosas personas. En resumen, no es absurdo en modo alguno decir que el deporte está convirtiéndose cada vez más en la religión seglar de esta época cada vez más profana.

Probablemente es el carácter oposicional por naturaleza del deporte, o sea, el

hecho de ser una lucha por el triunfo entre dos o más equipos o individuos, lo que explica su preeminencia como centro de la identificación colectiva. Esto significa que se presta a la identificación de grupos, más exactamente a la formación «dentro del grupo» y «fuera del grupo», o a la de «nosotros como grupo» y «ellos como grupo», en una variedad de niveles como los de ciudad, región o país. El elemento oposicional es decisivo, puesto que el enfrentamiento sirve para reforzar la identificación como grupo, es decir que el sentimiento de «nosotros» como grupo, como unidad, se refuerza ante la presencia de otro grupo percibido como «ellos», el equipo contrario, sea local o nacional, y sus seguidores. Así es, en efecto, pues dentro de las naciones-Estado internamente pacificadas, es decir, en las sociedades en que el Estado ha monopolizado el derecho a emplear la fuerza física, el deporte proporciona a las unidades sociales grandes, complejas e impersonales como las ciudades la única oportunidad de unirse. Similarmente, en el plano internacional acontecimientos deportivos como los Juegos Olímpicos y la Copa del Mundo son las únicas ocasiones que en tiempo de paz tienen las naciones-Estado para reunirse de modo regular y visible. La expansión internacional del deporte se ha afirmado con el aumento de la interdependencia de los países y con la existencia, salvo algunas notables excepciones, de una paz mundial frágil e inestable. Competencias como la de los Juegos Olímpicos permiten que los representantes de diferentes naciones compitan sin matarse entre sí, aunque el grado en que tales encuentros han dejado de ser batallas fingidas para convertirse en luchas «reales» está en función, *inter alia*, del nivel preexistente de tensión entre cada una de las naciones-Estado implicadas. Y naturalmente, es con el fin de participar en este nivel supremo de competencias deportivas por lo que se requieren los niveles más altos de motivación constante para ganar, de autocontrol y autonegación por parte de los deportistas.

Esto me lleva al último punto de mi presentación: que la presión social ejercida sobre los deportistas en todos los países del mundo para que se esfuercen por ganar en las competencias internacionales es otro factor que incide en la destrucción del elemento lúdico del deporte. Además de esto, es el aumento del prestigio nacional que puede obtenerse triunfando en el deporte internacional lo que ha contribuido principalmente a que los gobiernos intervengan en las cuestiones deportivas, una tendencia que Huizinga deploraba. Se ha dicho que el deporte es un sustituto viable de la guerra, pero pensar así es ver el deporte como una abstracción, como algo independiente y alejado de las figuraciones de seres humanos interdependientes que toman parte en él. Ésta es la cuestión central: si las figuraciones formadas por personas interdependientes, en el deporte como en los demás campos, conducen a la cooperación o a la rivalidad amistosa o si, por el contrario, generan constantemente una lucha seria. Se trata de un tema en el que la investigación sociológica apenas se ha iniciado. No obstante, hay al menos una notable excepción: la obra de Norbert Elias, que

he tomado como prototipo al elaborar este trabajo.

VIII. Lazos sociales y violencia en el deporte

ERIC DUNNING

INTRODUCCIÓN

Son muchos, hoy en día, quienes creen que vivimos en uno de los periodos más violentos de la historia.[1] De hecho, probablemente sea correcto decir que, en las sociedades occidentales al menos, el temor de que estemos atravesando por un proceso de «descivilización» —en lo que respecta a la violencia física, si es que no en otros aspectos— está profundamente grabado en el *Zeitgeist* contemporáneo, una de las creencias dominantes de nuestro tiempo. Eysenck y Nias, por ejemplo, hablan de «ciertos hechos reconocidos» que, según afirman, «han persuadido a mucha gente de que la civilización en que vivimos puede estar en peligro de desaparecer bajo un diluvio de crímenes y violencia».[2] Paralelamente, el psicólogo Peter Marsh alega que los últimos intentos realizados para erradicar la violencia han llevado a una disminución de las oportunidades para la violencia ritual socialmente constructiva —que él denomina *aggro*—, lo cual ha producido como resultado un aumento de la violencia incontrolada y destructiva. Se ha dado, según él, «un giro de la violencia "buena" a la violencia "mala". Los hombres son más o menos tan agresivos como siempre pero, a medida que esta agresión se expresa de forma menos ordenada, se vuelve más sangrienta en sus resultados».[3]

Una parte no insignificante de la creencia de que vivimos en una era excesivamente violenta es el sentimiento generalizado de que la violencia aumenta cada día más en y en relación con los deportes. Yiannakis, McIntyre, Melnick y Hart, por ejemplo, escriben que «pocos dudarán de que en el deporte la violencia, tanto por parte de las masas como por parte de los jugadores, está aumentando a una velocidad alarmante».[4] El sociólogo alemán Kurt Weis parece coincidir con ellos en su diagnóstico.[5] Arguye que la tendencia putativa al aumento de la violencia en el campo de los deportes y entre los espectadores deportivos rebate al menos parcialmente la teoría del «proceso civilizador» elaborada por Elias.[6] De esta cuestión —de las implicaciones que esta alegada tendencia tiene para la teoría de Elias— me ocuparé en el presente capítulo. Por razones que luego esclareceré, no comparto la opinión de que los deportes y la

sociedad contemporáneos se estén volviendo clara y simplemente más violentos. Estoy en desacuerdo, asimismo, con la idea de que esta presunta tendencia contradice parcialmente la teoría de Elias. Al mismo tiempo, sin embargo, quiero plantear que el tema de la violencia en los deportes y en la sociedad de hoy suscita problemas complejos, y que sólo será posible abordarlos de forma más adecuada de lo que se ha hecho en el pasado desarrollando los aspectos relevantes de la teoría del proceso de civilización más allá del nivel alcanzado por el propio Elias. Ésa es la meta que me he propuesto alcanzar en este capítulo. Con el fin de acercarme a ella, será necesario plantear una serie de cuestiones sociológicas más amplias. Más concretamente, esto es lo que haré:

1) Tratar de ir más allá que Elias distinguiendo entre las diversas clases de violencia humana.
2) Demostrar, junto con él, que en las sociedades industrialmente más avanzadas del occidente de Europa ha ocurrido una transformación civilizadora a largo plazo en lo que respecta a la violencia. Intentaré avanzar más que Elias conceptuando esta transformación como un cambio en el equilibrio entre algunas de las formas de violencia distinguidas en la tipología.
3) Proponer que el cambio en el equilibrio entre las diferentes formas de violencia que puede observarse empíricamente es atribuible en gran medida a una transformación observable en las formas de lazos sociales. Utilizaré el concepto de lazo social en el sentido *sociológico* introducido por Durkheim y elaborado por Elias, y no en el sentido «sociobiológico» introducido, por ejemplo, por Tiger y Fox.[7] Quiero decir con ello que lo utilizaré para referirme a las distintas formas de relación *socialmente producidas que se pueden observar*, no a su producción por algún patrón genético *hipotético* pero aún *no descubierto* que *pudo* haberse asentado en el pasado prehistórico de la humanidad. Mi primera tarea, no obstante, es sentar las bases para una tipología de la violencia.

HACIA UNA TIPOLOGÍA DE LA VIOLENCIA HUMANA

En los deportes como en todo lo demás, la violencia con que actúan los seres humanos es de diversos y complicados tipos. Parece razonable, sin embargo, creer que podamos domeñar un poco el problema si separamos y distinguimos claramente sus formas y dimensiones. Clasificaré los tipos de violencia basándome en: *(a)* los medios empleados; *(b)* los motivos de los actores, sobre todo en lo relativo a las formas y los niveles de intencionalidad con que obran; y *(c)* algunos parámetros sociales que ayuden a distinguir una de otra las formas de violencia. Para cumplir mi cometido me auxiliaré, modificándola en algunos

aspectos, de la tipología de la acción elaborada por Weber. Parece que entre las formas de violencia humana pueden hacerse provisionalmente ocho distinciones al menos, dependiendo de:

1) que la violencia sea real o simbólica, es decir, que adopte la forma de un asalto físico directo, o que simplemente recurra a gestos verbales y/o no verbales;

2) que la violencia adopte la forma de un «juego» o «burla», o que sea «seria» y «real». Esta dimensión podría captarse igualmente distinguiendo entre violencia «ritual» y «no ritual», aunque debe señalarse que, *pace* Marsh y sus colaboradores,[8] tanto el ritual como el juego pueden tener un contenido violento;

3) que se utilice o no algún tipo de arma o armas;

4) que, cuando se empleen armas, los asaltantes entren o no en contacto directo;

5) que la violencia sea intencional o el resultado accidental de una secuencia de actos no intencionadamente violentos en un principio;

6) que la violencia de que se trate se iniciara sin provocación o como respuesta en venganza a un acto intencional o no intencionalmente violento;

7) que la violencia sea legítima, en el sentido de que concuerde con un código de reglas, normas y valores socialmente prescritos, o que sea no normativa o ilegítima, en el sentido de contravenir las normas sociales aceptadas;

8) que la violencia adopte una forma «racional» o «afectiva», es decir, racionalmente preferida como medio para asegurar el logro de un fin determinado, o tomada como un «fin en sí misma», emocionalmente satisfactoria y agradable. Otra forma de conceptualizar esta diferencia sería distinguir entre las formas «instrumentales» o «expresivas» de la violencia.

Algunos sociólogos calificarían estas distinciones de «tipos ideales», pero es mejor conceptuarlas tomando como base las polaridades y equilibrios interconectados. Ahora, permítaseme ser más empírico y aplicar de forma sistemática este modo de conceptuación a algunos problemas de violencia en los deportes. Comenzaré por considerar algunas cuestiones generales para después hacer ciertas observaciones en torno al desarrollo de los deportes modernos.

LOS DEPORTES Y LA VIOLENCIA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL DESARROLLO

Todos los deportes son inherentemente competitivos y de ahí que produzcan un

despertar de la agresión y de la violencia. En algunos sin embargo: el rugbi, el futbol y el boxeo por ejemplo, la violencia en forma de «lucha en juego» o de «batalla fingida» entre dos individuos o grupos, es un ingrediente central. Tales deportes son espacios para la expresión ritualizada y socialmente aceptable de la violencia física, y sólo de este tipo de deportes me ocuparé ahora. Es importante señalar aquí que, del mismo modo que en la guerra las batallas reales pueden dar cabida a un componente ritual —por ejemplo, las batallas entre grupos tribales como los Dani de Nueva Guinea—,[9] también las batallas fingidas que tienen lugar en un estadio deportivo pueden contener elementos de violencia no ritual o transformarse en violencia no ritual. Esto puede ocurrir cuando, debido quizás a las presiones sociales o a los beneficios económicos y de prestigio que los deportes implican, la gente participa en ellos con demasiada seriedad. Entonces, el nivel de tensión puede subir hasta un punto en que se rompa el equilibrio entre la rivalidad amistosa y la rivalidad hostil en favor de la última. En tales circunstancias, las reglas y convenciones destinadas a limitar la violencia y a dirigirla por canales socialmente aceptables pueden quedar anuladas temporalmente y la gente implicada ponerse a pelear en serio. De este modo, en el futbol y el rugbi puede haber quien juegue con la clara intención de infligir daño físico y dolor. O en el boxeo, deporte en el que es lícito causarlos, pueden los contrincantes continuar peleando una vez terminado el *round* o incluso después del combate. Con todo, las normas que rigen la expresión y el control de la violencia no son iguales en todas las sociedades. Y en la nuestra difieren según los grupos y deportes y no han sido las mismas en todos los periodos históricos. De hecho, mi planteamiento es que un aspecto central del desarrollo del deporte moderno ha sido lo que Elias denominaría «un proceso civilizador» en lo que respecta a la expresión y el control de la violencia física. Un lugar central en este proceso —independientemente de las fluctuaciones a corto plazo que hayan podido ocurrir— lo ha ocupado un giro a largo plazo en el equilibrio entre la violencia «afectiva» y la violencia «racional».

Para empezar, merece la pena traer a la memoria algunos aspectos relevantes de la teoría de Elias. Dicho en forma condensada, sostiene que en Europa occidental ha disminuido lentamente a lo largo del tiempo la tendencia de los seres humanos a obtener placer practicando directamente o presenciando actos violentos. A este respecto, Elias habla de un enfriamiento de la *Angriffslust*: literalmente, de un declive en el anhelo de atacar, es decir, en el deseo y la capacidad humanos de obtener placer atacando a otros seres humanos. Esto ha llevado consigo, primero, un descenso en el umbral de rechazo *(Peinlichkeits schwelle)* al derramamiento de sangre y otras manifestaciones directas de la violencia física; y, segundo, la interiorización de un tabú más estricto sobre la violencia como parte del «superego». Consiguientemente, tienden a brotar sentimientos de culpa cada vez que este tabú es violado. Al mismo tiempo, se ha presentado la tendencia a relegar cada vez más tras bambalinas los actos

violentos y, como parte de ella, a describir con el lenguaje de la psicopatología a las personas que abiertamente obtienen placer de la violencia y a castigarlas con la hospitalización o el encarcelamiento. No obstante, este mismo proceso social ha incrementado la tendencia de la gente a planificar, a prever y a utilizar estrategias más racionales, más a largo plazo, para alcanzar sus objetivos. Ha llevado aparejado asimismo un aumento de la presión competitiva socialmente generada. Por tanto, quiero presentar la hipótesis de que ha contribuido a aumentar en algunas personas la tendencia a actuar violentamente de forma calculada siempre que se hallen en situaciones muy concretas. Permítaseme ilustrar este complicado proceso con una referencia al desarrollo del rugbi.

El rugbi moderno desciende de un juego popular en la Edad Media. Entonces se jugaban partidos con jugadores en cantidades variables, pues no había formalmente ninguna restricción en cuanto al número, que a veces sobrepasaba, con mucho, los 1 000. Los límites del área de juego eran muy difusos, sólo marcados por la costumbre, y los partidos se celebraban tanto en campo abierto como en las calles de las ciudades. Las reglas eran orales y específicas en cada localidad, no escritas, institucionalizadas ni obligatorias bajo la supervisión de un organismo central de control. Pese a tales variaciones locales, los antecedentes populares del rugbi moderno tenían una característica en común: todos eran luchas concebidas como un juego con un nivel de violencia física por costumbre social considerablemente más alto de lo que normalmente se permite en el rugbi y en otros juegos afines de hoy. En el presente contexto, para comprobar este punto bastará con citar un solo ejemplo: el juego llamado *knappan*, de Gales, descrito por Owen en 1603.[10]

Según Owen, en los partidos de *knappan* participaban a veces más de 2 000 jugadores y, al igual que en otros juegos populares tradicionales como el *hurling* de Cornwall, algunos de los participantes jugaban montados a caballo. Los jinetes, dice Owen, «have monstrouse cudgells, of iii foote and halfe longe, as bigge as the partie is well able to wild».*

A juzgar por lo que sigue, el *knappan* era bastante salvaje:

> [...] en este juego los rencores personales son vengados, de modo que, aprovechando la mínima oportunidad, todos entran en pugna abierta, de la cual, una vez avivada entre dos, todas las personas de ambos bandos se convierten en parte activa, con lo que a veces se verán cinco o seis cientos de hombres desnudos en grupo cerrado, apiñonados, pegándose unos a otros [...] y siendo que cada hombre es llevado allí con su compañía, se verán dos hermanos golpeándose uno al otro, el hombre al señor, y amigo contra amigo [...] recogen piedras y con ellas en los puños golpean a sus compañeros, luego llegan los jinetes y arremeten contra los grupos de a pie, el jinete escoge la estaca más grande que pueda conseguir, sea de roble, de fresno, de endrino o manzano, tan enorme que con ella podría derribar a un buey o a un caballo, y con ella atacará también a cualquiera contra el que tenga un agravio personal y no cuente con un *knappan*, o con el garrote le asestará un golpe como el que él ha recibido del otro, y cuando se da un golpe todos entran en la liza, cada uno atacando al otro

con sus irrazonables palos sin dejar libre cabeza ni rostro ni parte alguna del cuerpo, los hombres de a pie se acercarán tanto que, enardecidos por la furia, olvidan el juego y comienzan a golpearse hasta quedar sin aliento, y entonces algunos levantan las manos por encima de la cabeza y gritan... paz, paz, y con frecuencia esto los separa y de nuevo regresan a su juego. Tampoco puede nadie mirar este juego sino que todos deben ser actores, pues así lo dicta la costumbre y cortesía del juego, y si uno llega con el solo propósito de ver el juego... por estar en medio del grupo es convertido en jugador, dándole un *Bastonado* o dos si va a caballo, o tirándole media docena de trompazos si va a pie, toda esta cortesía puede recibir un extranjero aunque él no espere recibir nada de ellos.[11]

Hay testimonios más que suficientes para demostrar que juegos como éste se practicaron en distintas partes de Gran Bretaña al menos desde el siglo XIV hasta el siglo XIX. Además, la brutalidad descrita por Owen con tanta viveza queda ampliamente confirmada en otras crónicas.[12] Era de esperarse, tratándose de un juego con los siguientes rasgos característicos: número de jugadores muy grande, sin restricciones; reglas orales apenas definidas y distintas en cada localidad; participantes que jugaban a caballo mientras otros jugaban a pie; uso de palos para golpear a otros jugadores además del balón; control de los partidos por los propios jugadores en vez de un árbitro, y ausencia de una organización de control externo que estableciera las reglas y actuara como tribunal de apelación en casos de disputa.

No en todos los casos estaban presentes todas estas características, pero sí en la mayoría de ellos, con lo cual tales juegos se parecían, más que los deportes modernos, a una lucha «real». Como Riesman y Denney señalaron, éstos son más «abstractos», más alejados del combate «serio».[13] Los antecedentes populares del rugbi moderno puede que fueran batallas fingidas en el sentido de que no se ponía directamente en riesgo la vida y las posibilidades de supervivencia de los grupos contendientes y que su objetivo central no era infligir daños serios o la muerte a los participantes. No obstante, su nivel relativamente elevado de violencia abierta y las oportunidades que brindaban estos juegos para causar dolor quizá constituyeran una de las fuentes de placer. Después de todo, antes de la Revolución industrial los británicos se divertían con toda clase de pasatiempos —con peleas de gallos, atormentando toros y osos, quemando gatos vivos en canastas, peleando a los puños por un premio en dinero, presenciando ejecuciones en público— considerados «incivilizados» según los valores actuales. Tales pasatiempos reflejaban lo que Huizinga denominó «el contenido violento de la vida» en Europa durante el «otoño» de la Edad Media,[14] el cual continuó hasta bien entrada la que los historiadores consideran la edad «moderna». Asimismo, reflejaban el «umbral de rechazo» comparativamente alto en lo que respecta a ver y participar en actos violentos que, como Elias ha mostrado, es característico de las sociedades que se encuentran en una etapa del «proceso de civilización» anterior a la nuestra.

En contraste con sus antecedentes populares, el rugbi moderno ofrece un

ejemplo de juego civilizado en al menos cuatro aspectos faltantes en las modalidades ancestrales. En este sentido, es un deporte típico dentro de los modernos deportes de combate en sentido general. El rugbi de hoy es civilizado por:

1) Un complicado conjunto de reglas escritas formalmente establecidas que exigen un estricto control sobre el uso de la fuerza y que la prohíben en ciertas formas como, por ejemplo, atajar al adversario extendiendo el brazo o hacerlo caer con una patada.
2) Sanciones *intrajuego* claramente definidas, es decir, castigos que pueden aplicarse a los transgresores y, como sanción última a la violación grave y recurrente de las reglas, la posibilidad de ser excluidos del juego.
3) Institucionalización de un papel específico que está, para decirlo de alguna manera, «fuera» y «por encima» del juego y cuya misión es controlarlo, es decir, el papel del árbitro.
4) Un organismo centralizado con carácter nacional que elabora y hace cumplir las reglas, la Rugby Football Union.

Esta civilización del rugbi tuvo lugar como parte de un proceso social de larga duración. Hubo en él dos momentos muy importantes: *a)* en 1845, en la Rugby School, la institucionalización de las primeras reglas escritas. Entre otras cosas, estas reglas tenían como finalidad restringir el recurso a las patadas y otros métodos físicos violentos y prohibir por completo el uso de *navvies* (las botas con punta de hierro que socialmente habían sido vistas como parte importante del juego en la Rugby School y en otras escuelas privadas a mediados del siglo XIX); y *b)* en 1871, la formación de la Rugby Football Union. La Rugby Union se formó en parte como resultado de una controversia pública sobre lo que era sentido como la violencia excesiva del juego. Una de sus primeras acciones consistió en imponer, por vez primera, un tabú absoluto sobre las patadas para derribar al adversario. Lo que ocurrió en cada uno de estos momentos fue que las normas para el control de la violencia en el juego avanzaron en dos sentidos: en primer lugar, exigiendo a los jugadores que se autocontrolaran más estricta y ampliamente en el empleo de la fuerza física; en segundo lugar, intentando garantizar el cumplimiento de esta exigencia por medio de sanciones impuestas externamente.

Decir que el rugbi pasó por un «proceso civilizador» no es negar el hecho de que, en comparación con la mayoría de los deportes, continúa siendo un juego rudo. Características como la «masificación» permiten la posibilidad de «atizar» y dar patadas a los jugadores tendidos en el suelo. El amontonamiento *(scrum)* de los jugadores ofrece la oportunidad para obrar con violencia indebida, como es dar puñetazos, introducir los dedos en los ojos o morder al contrario. La masa tan compacta que los participantes forman en algunas jugadas es un obstáculo

para que el árbitro pueda controlar su interacción. Del mismo modo, mantener que el rugbi ha sufrido un desarrollo civilizador tampoco contradice el hecho de que en los últimos años probablemente se haya vuelto más violento en algunos aspectos. Se ha hecho sin duda alguna más competitivo, como lo demuestra la introducción de copas y ligas en todos los niveles. El aumento de la competitividad significa que el hecho de ganar ha cobrado más importancia y este ascenso de la meta del éxito ha llevado aparejada una erosión de la vieja ética de los aficionados. Se ha debilitado considerablemente, por ejemplo, la idea de que es más importante participar que ganar. Y probablemente ha aumentado a la par la tendencia de los jugadores a jugar con rudeza dentro de las reglas y a recurrir a la violencia indebida con tal de lograr el éxito. En resumen, *a priori* parece probable que recientemente haya aumentado el uso de la violencia *instrumental*.

Lo cual no quiere decir que en el pasado la violencia del juego fuera irracional y afectiva por completo, sino más bien que el equilibrio entre la violencia racional y la violencia afectiva ha cambiado en favor de la primera. Y es así porque la estructura del rugbi moderno y el patrón de personalidad relativamente civilizado de las personas que lo practican señalan que el placer que obtienen jugando se debe ahora mucho más a la habilidad con el balón, a la compenetración con los compañeros de equipo y al empleo más o menos controlado o silenciado de métodos violentos, y mucho menos a la intimidación física y al daño que se pueda causar a los contrarios, como ocurría en los antecedentes populares tradicionales de este juego y en las escuelas privadas de mediados del siglo XIX, cuando los puntapiés y las *navvies* eran aún tácticas centrales y legítimas. Ahora bien, las estructuras social y de personalidad que han dado origen al juego moderno han aumentado simultáneamente la incidencia en él de la violencia instrumental —por ejemplo, los jugadores que se contentan con los actos de fuerza comparativamente moderados permitidos en el juego de hoy y que no experimentan placer infligiendo daño a otros, se ven obligados a emplear la violencia, tanto la permitida como la indebida, de una forma instrumental—. No obtienen satisfacción agradable de esa violencia *per se*, pues no la ejercen como un fin en sí misma sino como un medio para alcanzar un objetivo a largo plazo, que es el de ganar un torneo de liga o de copa.

La creciente presión competitiva que conduce al empleo cada vez más *encubierto* de la violencia racional conduce simultáneamente a la violencia *abierta*, es decir, la que se presenta cuando los deportistas pierden el control momentáneamente y golpean a un adversario por venganza. El hecho de que el empleo táctico de la violencia instrumental funcione a menudo como un gatillo que provoca la pérdida del autocontrol muestra una vez más cómo una clase de violencia puede transformarse rápidamente en otra.

¿Cómo explicar este desarrollo aparentemente paradójico: el hecho de que un juego se haya vuelto menos violento en ciertos aspectos y simultáneamente más violento en otros? Me gustaría presentar la hipótesis de que esto es

principalmente una consecuencia del cambio a largo plazo ocurrido en el patrón de lazos sociales, en el modo en que los miembros de nuestra sociedad se relacionan entre sí. Ilustraré lo que quiero decir retomando la teoría del proceso de civilización de Elias.

LA VIOLENCIA Y LA TRANSFORMACIÓN DE LOS LAZOS SOCIALES

Si bien Elias no lo expresa con estos términos, considero justo decir que un aspecto central del proceso civilizador —el alargamiento de las cadenas de interdependencia— llevó aparejado un cambio en el patrón de lazos sociales comparable al descrito por Durkheim como transición de la solidaridad «mecánica» a la solidaridad «orgánica». Con el fin de alejar del análisis las connotaciones de valor implícitas en la terminología de Durkheim, y para transmitir la idea de que ambos conceptos aluden a formas de interdependencia, propongo describir este aspecto del proceso como aquel en el curso del cual los lazos «segmentarios» fueron sustituidos cada vez más por lazos «funcionales». En el centro de esta transformación tuvo lugar un proceso en el que poco a poco disminuyó la importancia de los lazos de adscripción a la familia y al lugar de residencia mientras aumentaba la de los lazos adquiridos determinados por la división del trabajo.

La diferencia entre estas dos clases de lazos sociales puede expresarse, provisional y formalmente, mediante los modelos opuestos presentados en el cuadro VIII.1, los cuales tratan de mostrar no sólo los dos tipos contrapuestos de lazo social sino también las diferentes clases de figuración social global dentro de la que, respectivamente, los lazos segmentarios y funcionales son (o fueron) generados y los que, recíprocamente, contribuyen (o contribuyeron) a mantener.

Estos dos modelos constituyen un intento bastante tosco de expresar algunas diferencias estructurales de primera importancia entre las sociedades de la Europa medieval y las de la época moderna. Son sin embargo muy generales y por esa razón dejan en la oscuridad ciertas diferencias como las que existen entre las clases sociales. Desconocen asimismo los traslapes que en la práctica se dan entre ambos tipos y, en la medida en que se basa en la extrapolación de las tendencias observables, el modelo de lazos funcionales exagera, por ejemplo, el grado de igualdad entre los sexos alcanzado hasta ahora en las sociedades que se aproximan a ese tipo.

Tampoco es mi intención sugerir con este análisis que la tendencia hacia el predominio cada vez mayor de los lazos funcionales haya sido un proceso simple ni unilineal, o que tenga necesariamente que continuar en el futuro. Diversas precondiciones interrelacionadas facilitaron ese desarrollo en el pasado, entre las cuales destacan el crecimiento económico continuado, la habilidad del Estado para retener el monopolio del uso de la fuerza y, pese a la tenaz oposición

mostrada a menudo por los grupos gobernantes, su anuencia a largo plazo para establecer compromisos y otorgar concesiones a medida que aumentaba el poder de los grupos subordinados. Pero, para los propósitos que aquí perseguimos, tales complejidades son menos pertinentes que el modo en que estas clases de lazos sociales y sus equivalentes estructurales más amplios producen, por una parte, la tendencia hacia una violencia con alto contenido emocional o afectivo y, por la otra, un elevado control individual y social sobre la violencia junto con la propensión a utilizar una violencia más racional. De este tema, breve y esquemáticamente, paso a ocuparme enseguida.

LOS LAZOS SEGMENTARIOS Y LA SOCIOGÉNESIS DE LA VIOLENCIA AFECTIVA

Toda sociedad en cuya estructura predominan los lazos segmentarios tiende a generar violencia física en las relaciones humanas de diversas maneras que se refuerzan unas a otras. Expresado con una analogía de la cibernética, podría decirse que los elementos de tal estructura social forman un ciclo de retroalimentación positiva que aumenta de forma exorbitante la tendencia a emplear la violencia en todos los niveles y en todas las esferas de las relaciones sociales. La debilidad del Estado, por ejemplo, implica que la sociedad en cuestión puede ser presa de ataques externos. Esto privilegia los papeles del ejército y ello, a su vez, conduce a la consolidación de una clase gobernante predominantemente guerrera, una clase entrenada para combatir y cuyos miembros, debido a su socialización, obtienen de ello una satisfacción positiva.

CUADRO VIII.1. *Lazos segmentarios y funcionales y sus equivalentes estructurales*

	Lazos segmentarios	*Lazos funcionales*
1.	Comunidades localmente autosuficientes, sólo escasamente ligadas a un marco protonacional más amplio; pobreza relativa.	Comunidades integradas nacionalmente, ligadas unas a otras por largas cadenas de interdependencia; afluencia relativa.
2.	Presión intermitente «desde arriba» por parte de un Estado central débil; clase gobernante relativamente autónoma dividida entre los sectores guerrero y eclesiástico; equilibrio de poder fuertemente inclinado a favor de las figuras de autoridad / gobernantes tanto dentro como entre los grupos; escasa presión generada estructuralmente «desde abajo»; poder de los gobernantes debilitado simultáneamente, por ejemplo, por un aparato estatal rudimentario y por unos medios pobres de transporte y de comunicación.	Presión continua «desde arriba» por parte de un Estado central fuerte; clase gobernante relativamente dependiente en la que dominan los sectores laicos y civiles; tendencia a la igualdad de poder mediante la creación de controles multipolares dentro y entre los grupos; intensa presión generada estructuralmente «desde abajo»; poder de los gobernantes reforzado simultáneamente, por ejemplo, por un aparato estatal relativamente eficaz y por unos medios de transporte y comunicación relativamente eficientes.

3.	Estrecha identificación con grupos circunscritos dentro de límites reducidos, unidos principalmente por lazos de adscripción familiar o local.	Identificación con grupos unidos principalmente por lazos adquiridos de interdependencia funcional.
4.	Estrecho rango de ocupaciones; homogeneidad de la experiencia laboral tanto dentro como entre los grupos ocupacionales.	Amplio rango de ocupaciones; heterogeneidad de la experiencia laboral tanto dentro como entre los grupos ocupacionales.
5.	Bajo índice de movilidad social y geográfica; estrechos horizontes para las experiencias nuevas.	Alto índice de movilidad social y geográfica; amplios horizontes para las experiencias nuevas.
6.	Escasa presión social para actuar con autocontrol sobre la violencia física o para postergar la gratificación en sentido general; poca previsión o planeación a largo plazo.	Presión social grande para actuar con autocontrol sobre la violencia física y para postergar la gratificación en sentido general; mucha previsión y planeación a largo plazo.
7.	Bajo control emocional; búsqueda de emociones inmediatas; tendencia a los cambios de ánimo repentinos y violentos; alto umbral de rechazo en lo relativo a la violencia y el dolor; placer al infligir directamente daño a otros y verlos sufrir; violencia abiertamente expresada en la vida diaria; leve sentimiento de culpa tras cometer actos violentos.	Alto control emocional; búsqueda de emociones en formas más silenciosas; temperamento relativamente estable; bajo umbral de rechazo en lo relativo a la violencia y el dolor; placer vicario al observar casos de violencia «mimética», pero no de violencia «real»; violencia relegada «tras bambalinas»; intenso sentimiento de culpa tras cometer actos violentos; recurso racional a la violencia en situaciones en que no se advierte su presencia.
8.	Alto grado de segregación en los papeles conyugales; familias matriarcales; padre autoritario con escasa intervención en la familia; alto grado de separación entre las vidas de hombres y mujeres; gran número de hijos.	Bajo grado de segregación en los papeles conyugales; familias articuladas conjuntamente en torno a los dos progenitores, «simétricas» o «igualitarias»; padre con alta intervención en la familia; bajo grado de separación entre las vidas de hombres y mujeres; número reducido de hijos.
9.	Alto índice de violencia física en la interrelación de los sexos; dominio del varón.	Bajo índice de violencia física en la interrelación de los sexos; igualdad sexual.
10.	Control escaso e intermitente de los padres sobre los hijos; papel central de la violencia en las primeras etapas de socialización; violencia afectiva, espontánea, de los padres con los hijos.	Control íntimo y permanente de los padres sobre los hijos; socialización principalmente por medios no violentos, pero recurso planeado, limitado, a la violencia racional / instrumental.
11.	Tendencia estructuralmente generada a que se formen «bandas» en torno a los límites de la segmentación social y a que éstas luchen con otras bandas locales; papel destacado de la «masculinidad agresiva»; aptitud para luchar por la llave del poder y el estatus dentro de la banda y en la comunidad local.	Tendencia estructuralmente generada a entablar relaciones por elección y no simplemente sobre una base local; estilo masculino «civilizado», expresado, por ejemplo, en el deporte formal; mayores oportunidades de poder y estatus fuera de la comunidad local; estatus determinado por la ocupación, la educación, las aptitudes artísticas y deportivas.
12.	Formas populares tradicionales de deporte, básicamente una prolongación ritualizada de la lucha entre las bandas locales; nivel relativamente alto de violencia abierta.	Formas modernas de deporte, es decir, de luchas concebidas como juego, ritualizadas y basadas en una violencia controlada, pero fuerte presión social para utilizar la violencia en sus formas racionales / instrumentales.

En ese mismo sentido funcionan las relaciones internas de tal sociedad. La lucha, con o sin armas, es endémica, debido en gran parte a que los grupos «nosotros» están definidos con unos límites estrechos y, por tanto, incluso grupos ostensiblemente similares pertenecientes a la misma localidad son definidos como grupos de «extraños» o «extranjeros». Tan fuertes son los sentimientos de orgullo y de pertenencia al grupo generados en segmentos concretos de la familia y la comunidad local que el conflicto y la rivalidad son virtualmente inevitables cada vez que se ven dos o más miembros de ellos. Y sus normas de agresión, aunadas a la ausencia de presión social para actuar con autocontrol, hacen que el conflicto entre ellos desemboque en lucha con facilidad. Así es; luchar, tanto dentro como entre tales grupos, es necesario para conseguir y mantener una buena reputación acorde con sus normas de masculinidad agresiva. Los mejores luchadores suelen destacar como líderes, y todos los miembros de esos grupos han de pelear para sentir y para demostrar a otros que ellos son «hombres».

Las normas de lucha de los grupos unidos por lazos segmentarios son análogas a los sistemas de venganza, a las *vendettas* aún practicadas en numerosos países mediterráneos en el sentido de que el individuo que sea desafiado o se sienta menospreciado por uno o más miembros de otro grupo cree que es el honor de todo su grupo, no sólo el suyo personal, el que está en juego. Consiguientemente, tiende a vengarse no sólo de aquellos miembros que lo ofendieron sino de *cualquier* miembro perteneciente al mismo grupo. Además, en ambos lados se da la tendencia a que otros acudan a apoyar a los iniciadores del conflicto. De este modo, las luchas entre los individuos tienden a crecer hasta convertirse en una enconada enemistad entre los grupos, casi siempre muy prolongada en el tiempo, lo cual, en tales circunstancias sociales, indica claramente el enorme grado de identificación de los individuos con los grupos a que pertenecen.

La violencia endémica característica de este tipo de sociedades, aunada al hecho de que su estructura consolida el poder de una clase gobernante de guerreros y que resalta la agresividad y la fuerza masculinas, conduce al dominio generalizado de los hombres sobre las mujeres. A su vez, el predominio del macho lleva a un alto grado de separación en las vidas de los dos sexos y, con ella, a que se creen familias matriarcales. La ausencia relativa del padre con respecto a la familia, junto con el gran tamaño de ésta que es típico en tal tipo de sociedades, significa que los hijos no están sometidos a la supervisión estricta, continua o eficaz de los adultos. Esto produce a su vez dos consecuencias fundamentales. Primera: debido a la relevancia otorgada a la fuerza física en las relaciones entre los niños que no están sometidos a un control eficaz por parte de los adultos, aumenta la violencia característica de tales comunidades. En comunidades unidas por lazos segmentarios, la tendencia de los niños a recurrir a la violencia física como medio de socialización se ve reforzada asimismo por el

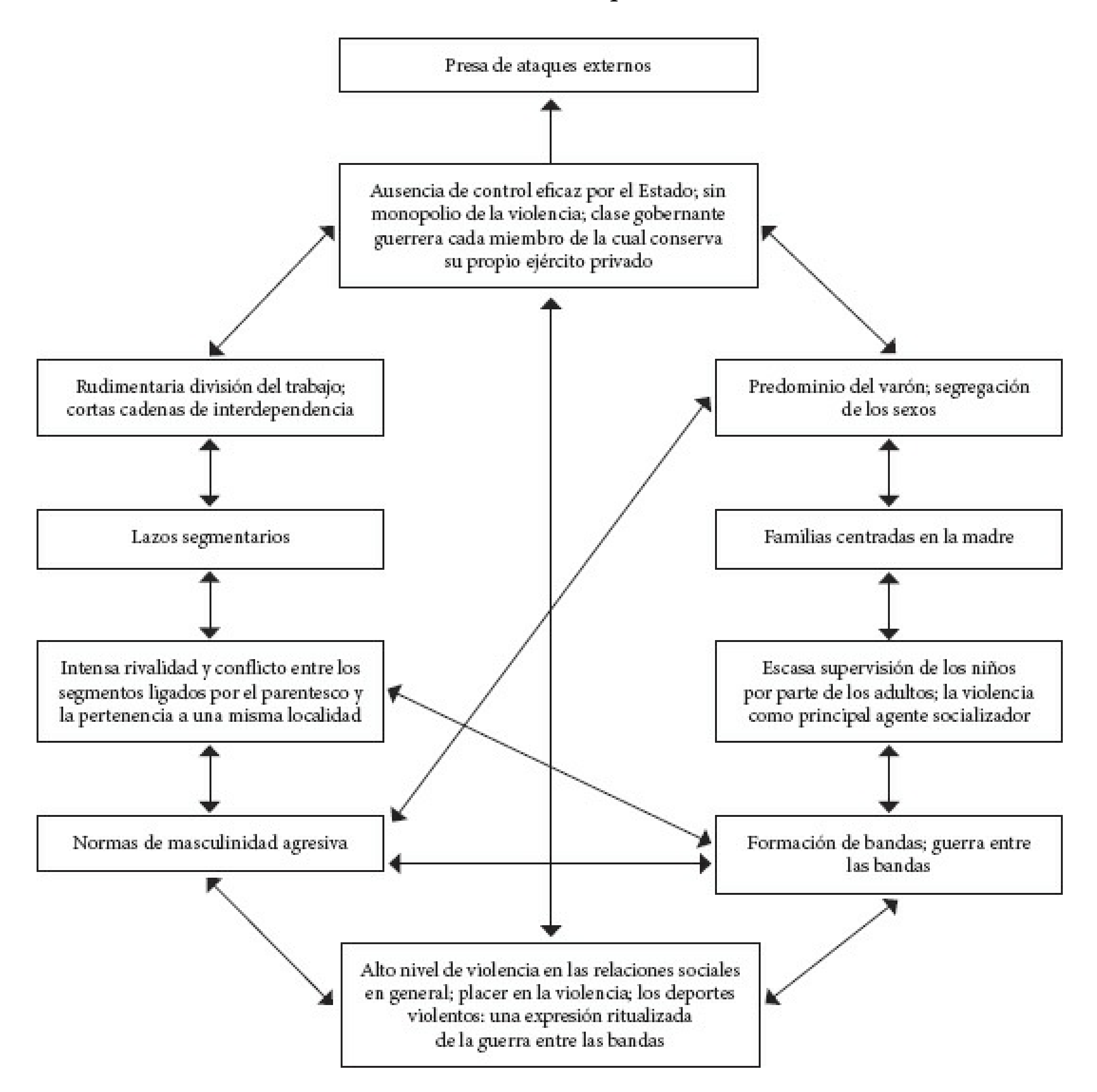
empleo que de ella hacen sus padres y por los modelos del papel de adultos que la sociedad en general les presenta. Segunda: la ausencia relativa de supervisión directa de los niños por los adultos es conducente a la formación de bandas que perduran hasta los inicios de la vida adulta y que, a causa de las alianzas de grupo tan rígidamente definidas características de los lazos segmentarios, entran sin cesar en conflicto con otras bandas locales. Los deportes de estas comunidades —los antecedentes populares del rugbi moderno, por ejemplo— son expresiones ritualizadas de la «guerra entre las bandas» típicas en tales condiciones, una puesta a prueba, institucionalizada, de las fuerzas relativas de determinadas comunidades que tiene su origen y que coexiste lado a lado con las luchas constantes y más serias entre grupos locales.

El ciclo de retroalimentación positiva por medio del cual se generan niveles altos de violencia en una sociedad caracterizada por lazos segmentarios se ilustra de forma esquemática en el diagrama VIII.1

LAZOS FUNCIONALES, PRESIONES CIVILIZADORAS Y SOCIOGÉNESIS DE LA VIOLENCIA RACIONAL

Las sociedades muy próximas al modelo de lazos funcionales son, en la mayoría de los aspectos, diametralmente opuestas a las sociedades en las que el modelo de lazos segmentarios es el dominante. Al igual que las últimas, aquéllas están sometidas a un ciclo de retroalimentación positiva pero, en este caso, el ciclo cumple, como contrapeso, una función civilizadora, pues sirve principalmente para limitar y contener el nivel de violencia en las relaciones sociales. Esto no significa necesariamente que reduzca el índice de violencia sino más bien que conduce al predominio de formas de violencia más silenciosas. Sin embargo, la estructura de tales sociedades genera simultáneamente una intensa presión competitiva y una tendencia a emplear medios racionales para la consecución de los objetivos propuestos. A su vez, esta combinación hace que se tienda a utilizar racional o instrumentalmente la violencia ilegítima y otras formas de violación de las reglas en determinados contextos sociales; por ejemplo en los deportes de combate altamente competitivos. Permítaseme abundar un poco en este punto.

DIAGRAMA VIII.1. *Dinámica social de generación de la violencia en condiciones en que predominan los lazos segmentarios. Las flechas señalan las principales direcciones de influencia en el ciclo de retroalimentación positiva*



Un rasgo estructural clave de las sociedades con lazos funcionales como tipo dominante es el hecho de que el Estado monopoliza el derecho a emplear la fuerza física. En la medida en que este monopolio sea estable y eficaz, se permite que aumente la división del trabajo —es decir, que se alarguen las cadenas de interdependencia— y ello, recíprocamente, incrementa el poder del Estado; por ejemplo porque cada vez se hace más necesario el control central a medida que la estructura social se vuelve más compleja. Tanto el monopolio de la violencia física por parte del Estado como el alargamiento de las cadenas de interdependencia producen, en contrapeso, un efecto civilizador. El primero produce ese efecto de manera directa, desde el momento en que el Estado puede

impedir explícitamente a los ciudadanos que porten armas de fuego y castigarlos por emplear la violencia de modo indebido, es decir, en situaciones en las que reclama el monopolio para sus propios agentes. El último consigue ese efecto indirectamente, dado que la división del trabajo genera lo que Elias denomina controles «recíprocos» o «multipolares». En otras palabras, los lazos de interdependencia permiten a las partes implicadas en la división del trabajo controlarse en cierta medida las unas a las otras, mutuamente. En este sentido, la división del trabajo produce un efecto igualador o «democratizador». Este efecto es civilizador al menos por dos razones: porque los controles recíprocos generados por la interdependencia llevan a una mayor restricción en las relaciones sociales; y porque todo sistema complejo de interdependencias se vería sujeto a una grave tensión si todos o aunque fuera algunos de sus miembros no ejercieran continuamente un alto grado de autocontrol. En este aspecto, el autocontrol es una precondición esencial para el mantenimiento y aumento de la diferenciación de funciones.

Esta clase de sociedad es altamente competitiva porque una elaborada división del trabajo genera asimismo una ideología en torno al éxito y una tendencia a asignar los papeles sobre la base de los éxitos logrados más que sobre la base de la adscripción. Esta intensificación de la competitividad conduce al aumento generalizado de la rivalidad y la agresividad en las relaciones sociales, pero en la medida en que el Estado reclama y ejerce el monopolio sobre el derecho a emplear la fuerza física ésta no puede tener salida en la conducta violenta abierta y directa. En la misma dirección funcionan las normas dominantes generadas en tal sociedad al decretar que la violencia es un error, de modo que cuando esas normas son interiorizadas en el curso de la socialización los hombres y mujeres terminan por tener un umbral de rechazo bajo en lo tocante a cometer o presenciar directamente actos violentos.

Ahora bien, mientras la tendencia dominante en una sociedad así va encaminada hacia un nivel de control de la violencia comparativamente alto y eficaz, la presión competitiva —aunada al hecho de que las largas cadenas de interdependencia y el correspondiente modelo de socialización inciden en las personas para que planifiquen sus acciones, aplacen la gratificación inmediata y utilicen medios racionales en el objetivo de sus metas— hace que haya una tendencia paralela hacia el empleo planificado o instrumental de la violencia en el común de los ciudadanos dentro de determinados contextos sociales, sobre todo en el crimen y la delincuencia, en los deportes y, en menor grado, en la socialización y educación de los niños. El empleo de la violencia instrumental en los deportes es el único que nos interesa aquí.

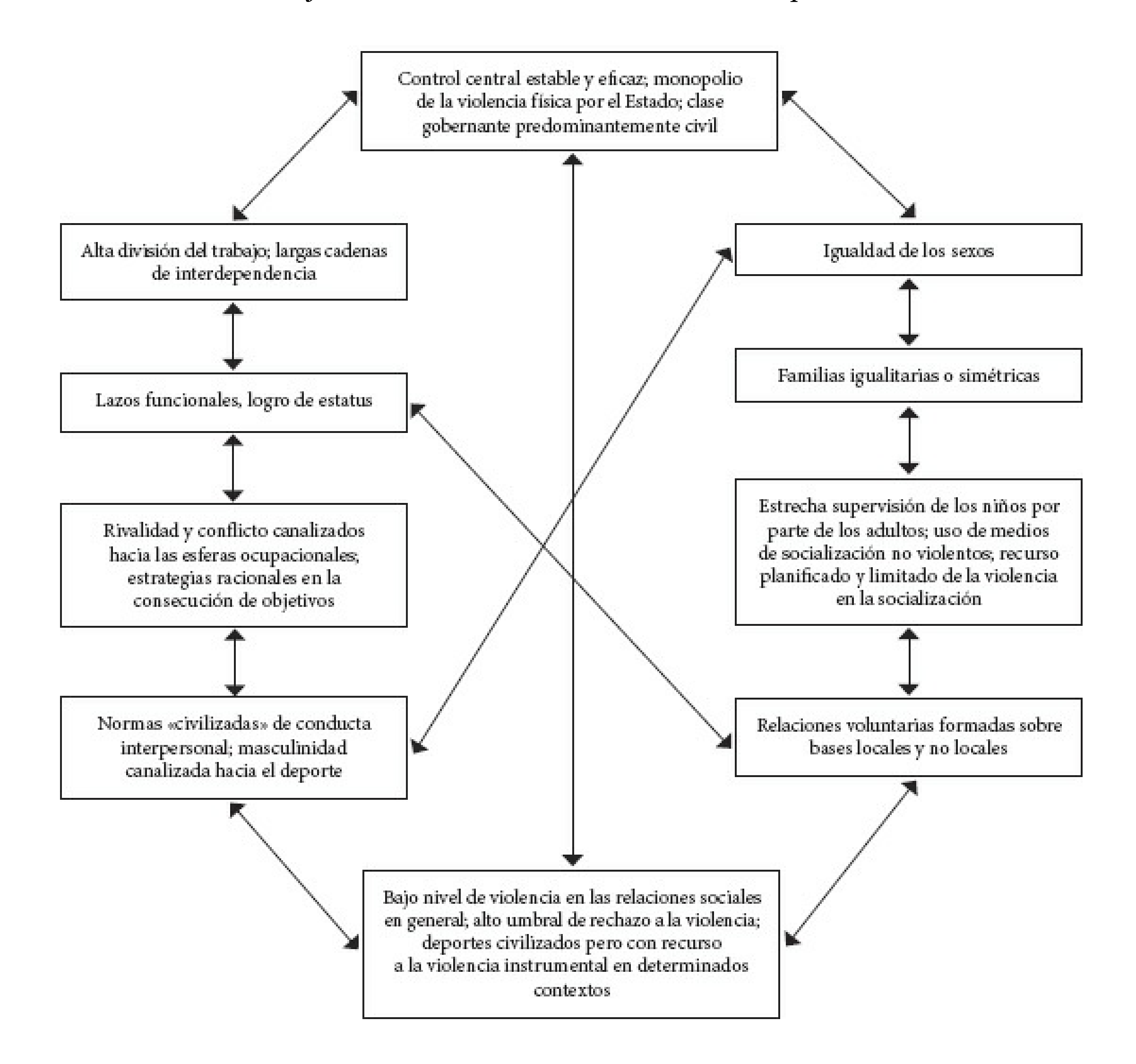
El primer punto por señalar en este campo es el hecho de que, en las sociedades con una elevada presencia de lazos funcionales, los deportes altamente combativos como el rugbi, el futbol y el boxeo forman un enclave social con formas de violencia concretas socialmente permitidas. Tales deportes

son luchas fingidas ritualizadas y civilizadas en las que el empleo de la fuerza física queda circunscrito por reglas y convenciones a más de ser controlado, de manera inmediata, por funcionarios como los árbitros y, en un nivel superior, por los comités y tribunales establecidos por los organismos de dirección pertinentes nacionales e internacionales. Sin embargo, a medida que aumenta la presión competitiva en estos deportes, sea porque quienes los practican compiten por recompensas extrínsecas como una remuneración económica o el honor de ganar un trofeo, sea porque los grupos locales o nacionales a quienes representan los presionen para ganar, la importancia de la victoria tenderá a crecer y, consiguientemente, también lo hará la tendencia de los jugadores a romper las reglas como una táctica deliberada. Como parte de esta táctica, tenderán a usar la violencia indebidamente en aquellas situaciones en que crean que es baja la posibilidad de que los descubran o tras calcular que el riesgo de ser castigados por las faltas cometidas no disminuirá de forma significativa las posibilidades de conseguir sus objetivos a largo plazo, sean personales o del equipo en general.

En el diagrama VIII.2 se ilustra de manera esquemática el ciclo de retroalimentación positiva por medio del cual en las sociedades caracterizadas por lazos funcionales se generan niveles bajos de violencia general junto con la tendencia de las personas a emplear la violencia racional o instrumental en situaciones concretas.

Es natural que la tendencia en el deporte moderno a utilizar la violencia de modo racional por un lado se contrarreste con los valores generales y con las normas específicas de cada deporte pero, por el otro, dado que también tiende a motivar actos de venganza, contribuye simultáneamente a incrementar el nivel general de la violencia deportiva. La gráfica se vuelve aún más compleja cuando se toma en cuenta el hecho de que este análisis se basa en un modelo que exagera el grado a que han llegado los lazos funcionales en la Gran Bretaña moderna. En concreto, el modelo de lazos segmentarios aún se aproxima bastante, por lo que parece, al que predomina en ciertos sectores de la clase trabajadora de Gran Bretaña. Es razonable suponer que ese tipo de lazos sean en parte responsables de las normas de masculinidad violenta o agresiva que pueden observarse, por ejemplo, en las luchas provocadas por los hinchas del futbol o *hooligans*.

Diagrama VIII.2. *Dinámica social de limitación de la violencia y recurso a la violencia instrumental en condiciones en que predominan los lazos funcionales. Las flechas señalan las principales direcciones de influencia en el ciclo de retroalimentación positiva*



Comúnmente se cree que el fenómeno de la violenta afición al futbol en Gran Bretaña se convirtió por primera vez en un «problema social» en la década de 1960. Las investigaciones realizadas muestran empero que no ha habido un solo periodo en la historia del juego sin que se presentaran desórdenes en escala importante. De hecho, su incidencia ha seguido una curva en «U», pues fue relativamente alta antes de la primera Guerra Mundial, descendió en el periodo de entreguerras y se mantuvo relativamente baja hasta el final del decenio de 1950. Luego, a lo largo de la década de 1960, aumentó de nuevo y fue ascendiendo con bastante rapidez desde mediados de la década hasta convertirse en un acompañante «normal» de los partidos profesionales. Pese a tales variaciones en su incidencia a lo largo del tiempo, una característica recurrente de la afición desmesurada al futbol es el empleo de la violencia física, que puede consistir en ataques a los jugadores y árbitros o en choques entre grupos rivales de aficionados. En la etapa actual son los choques entre grupos rivales de aficionados, y a menudo también contra los agentes de la policía que interviene, la principal modalidad de violencia en que incurren los hinchas futboleros. A veces esta violencia va acompañada del uso de armas, sea en el combate directo cuerpo a cuerpo o en el bombardeo con lanzamiento a distancia de objetos o armas arrojadizas. Marsh, Rosser y Harré apuntan que la violencia de los hinchas del futbol es una forma de «agresión ritualizada» y que, en general, no llega a ser grave salvo en la medida en que la intervención de la policía la distorsiona y le impide adoptar su forma «normal».[15] Evidentemente creen que la violencia ritualizada y la «seria» son mutuamente excluyentes, pues cuesta trabajo concebir como «agresión ritualizada» el lanzamiento de monedas, dardos, latas de cerveza y, como ha ocurrido en ciertos encuentros, bombas de gasolina. Decir esto no es negar los efectos que la intervención oficial puede tener sobre las formas de agresión adoptadas por los hinchas. El enjaulamiento y segregación de los aficionados rivales, por ejemplo, probablemente haya aumentado la incidencia de los bombardeos aéreos. Pero lo que aparentemente Marsh y sus colaboradores desean negar es el hecho de que tales grupos quieran de forma expresa causarse daños serios el uno al otro, como los que, por ejemplo, es lógico que se causen con monedas, dardos y bombas de gasolina.

Por otra parte, quizás el grupo de investigadores de Oxford quiera decir que, independientemente de sus intenciones violentas, los hinchas del futbol están restringidos por mecanismos instintivos como los que operan por ejemplo en los lobos, según ha descubierto el etólogo Lorenz. Sin embargo, pese a los esfuerzos de Marsh por alejarse de las especulaciones más burdas de la sociobiología,[16] es razonable concluir que el análisis de este equipo de Oxford identifica con exceso a los seres humanos que son el tema de su estudio con animales que ocupan un

lugar más bajo en la escala evolutiva. De ahí que subestime el grado en que la conducta humana está controlada por normas, es decir, socialmente y no instintivamente.

Quisiera formular la hipótesis de que la conducta violenta de los hinchas futboleros —contenga o no elementos rituales— está relacionada de manera central con normas de masculinidad que: *a)* resaltan hasta el extremo la rudeza y la habilidad para pelear; *b)* son, en ese aspecto, distintas en grado —pero no en clase— de las normas de masculinidad en la actualidad dominantes en la sociedad en general; y *c)* tienden, como consecuencia, a recibir la constante condena de los grupos socialmente dominantes. De hecho, tales normas recuerdan en muchos aspectos las normas de masculinidad que predominaban en la sociedad británica en una etapa anterior de su desarrollo, más concretamente, las normas de hombría que, si el análisis antes presentado es correcto, fueron generadas en la Edad Media y principios de la Edad Moderna por las modalidades de lazos segmentarios y por sus equivalentes en la estructura social más amplia.

Hay al menos cuatro aspectos de la actual afición violenta y desmesurada al futbol que hacen pensar en la posibilidad de que sus características medulares se originaran en los lazos segmentarios. Son:

1) El hecho de que a los grupos implicados les resulte tan interesante, y a veces incluso más, combatirse mutuamente como presenciar un partido de futbol. De hecho, basta oírlos para pensar que disfrutan positivamente con la lucha y que, para ellos, la habilidad de pelear constituye la principal fuente de prestigio tanto en el nivel individual como en el de grupo.

2) El hecho de que los grupos rivales estén constituidos principalmente por miembros del mismo estrato social, es decir, de los llamados sectores «rudos» de la clase obrera. Esto significa que, para entender el fenómeno, hay que explicar primero el hecho de que en su violencia hay un conflicto *intra*clase en contraposición con el conflicto *inter*clases. Este hecho puede explicarse mediante el sistema de lazos segmentarios, si bien es necesario asentar con claridad que decir esto no es negar ni que tales grupos participen en los conflictos entre las clases sociales —por ejemplo, se enfrentan regularmente con la policía, que es el representante de las clases dominantes—, ni que sean víctimas de la explotación de grupos socialmente más poderosos.

3) El hecho de que la lucha de tales grupos adopte la forma de una *vendetta*, en el sentido de que, con independencia de las acciones no encubiertas que realicen, atacan a cualquier individuo o grupo sólo por mostrar en público la insignia de pertenencia a un grupo rival. Las enemistades que a lo largo del tiempo se desarrollan entre grupos rivales de aficionados, y que perduran pese a los cambios de personas habidos dentro de esos

grupos, apuntan en la misma dirección, es decir, traslucen el enorme grado de identificación de los miembros por separado con los grupos a que pertenecen.

4) El notable grado de conformidad y uniformidad en la acción que se muestra en las canciones y los lemas de los violentos hinchas del futbol. Un tema recurrente en estas canciones y lemas es el reforzamiento de la imagen masculina del grupo a que se pertenece aunado a la denigración y los ataques a la falta de virilidad del grupo contrario. En caso de grupos más individualizados, resulta difícil creer que sus miembros desearan o pudieran emprender acciones tan complejas y uniformes y, consiguientemente, es razonable suponer que en la base de estos grupos se hallen los efectos homogeneizadores de los lazos segmentarios.

La investigación sociológica[17] propone que las comunidades «rudas» pertenecientes a la clase trabajadora se caracterizan por todos o casi todos los siguientes atributos sociales: *a)* pobreza más o menos extrema; *b)* empleo de sus miembros en trabajos no cualificados y/o ocasionales, junto con una elevada propensión al desempleo; *c)* niveles bajos de educación formal; *d)* bajo índice de movilidad geográfica, salvo algunos varones que viajan por razones de trabajo; por ejemplo en el ejército, o en trabajos no cualificados dentro del sector de la construcción; *e)* familias centradas en la madre y extensas redes de parentesco; *f)* alto grado de segregación en los papeles conyugales y separación de los sexos en general; *g)* dominio del varón aunado a la tendencia de los hombres a ser físicamente violentos con las mujeres; *h)* escasa supervisión de los adultos sobre los niños y recurso frecuente a la violencia en el proceso de socialización; *i)* capacidad relativamente baja de los miembros de estas comunidades para controlar las emociones y aplazar la gratificación; *j)* umbral comparativamente bajo de rechazo a la violencia física; *k)* formación de bandas callejeras encabezadas por los mejores luchadores y frecuencia de los enfrentamientos dentro y entre ellas; *l)* intenso sentimiento de pertenencia a «nosotros» como grupo definido dentro de unos límites reducidos, y correspondientes sentimientos fuertes de hostilidad al grupo de «ellos», también definido dentro de unos estrechos límites.

Los diferentes aspectos de tales figuraciones se refuerzan a menudo los unos a los otros. Es decir, al igual que sus equivalentes de los años anteriores a la Revolución industrial, las comunidades obreras constituyen un ciclo de retroalimentación positiva entre cuyas consecuencias principales se halla la masculinidad agresiva. Sin embargo, estas modernas formas de enlace segmentario no son idénticas a las preindustriales por hallarse en una sociedad que posee un Estado relativamente estable y eficaz y en la que existe una complicada red de interdependencias. El resultado es que hoy los grupos locales ligados por lazos segmentarios están sometidos a presiones y controles

«civilizadores» provenientes de dos fuentes principales: *1)* de las agencias del Estado en las esferas de la policía, la educación y el trabajo social, y *2)* de los grupos ligados por lazos funcionales que existen en la sociedad más amplia. En el último caso, la presión la imponen tales grupos en parte con sus acciones directas y en parte con la influencia que llegan a ejercer sobre los medios de comunicación de masas y las agencias oficiales.

En resumen: los grupos segmentarios en las sociedades modernas están sometidos a restricciones *desde afuera* pero no, ni muchísimo menos en el mismo grado, *desde adentro*. Internamente sus miembros continúan encerrados en figuraciones sociales que evocan en muchos aspectos las formas preindustriales de enlace segmentario y que, consiguientemente, generan sutiles formas de masculinidad agresiva. Los intensos sentimientos de pertenencia al grupo y de hostilidad hacia los demás grupos en los miembros de tales grupos ligados por lazos segmentarios significan que el enfrentamiento es prácticamente inevitable cuando sus miembros se ven frente a frente. Por otra parte, sus normas de masculinidad agresiva y su relativa incapacidad para autocontrolarse significan que el conflicto nacido entre ellos conduce fácilmente a la pelea directa. De hecho, tanto como ocurrió con sus equivalentes preindustriales, la lucha dentro y entre tales grupos es necesaria para el establecimiento y la conservación del prestigio conforme a sus normas de masculinidad agresiva. En consecuencia, los individuos, a nivel personal, obtienen placer realizando lo que para ellos es un papel socialmente necesario.

El futbol se ha convertido en el escenario donde tales normas cobran expresión debido en parte a que las normas de masculinidad son consustanciales a él. Es decir, también el futbol es básicamente una lucha fingida en la que la reputación de virilidad se refuerza o se pierde. Su carácter inherentemente opositor significa que se preste sin reparos a la identificación del grupo y al reforzamiento de la solidaridad entre los miembros del grupo en oposición a una serie de grupos externos fácilmente identificables: el equipo contrario y sus aficionados. En la medida en que algunos aficionados proceden de comunidades caracterizadas por variantes de solidaridad segmentaria, la afición violenta y desmesurada al futbol en forma de lucha entre bandas de hinchas rivales es un resultado altamente probable. De hecho, quizá sea correcto decir que la violenta afición al futbol es el equivalente contemporáneo de los antecedentes populares del futbol moderno, aunque sobrepuesto y entremezclado de modo complejo con el juego más diferenciado y «civilizado» de la Asociación de Futbol.

IX. La violencia de los espectadores en los partidos de futbol: hacia una explicación sociológica

ERIC DUNNING, PATRICK MURPHY Y JOHN WILLIAMS

INTRODUCCIÓN

El tema de este trabajo es la afición violenta y desmesurada al futbol.*[1] En relación con el tema, centraremos nuestra atención en la pauta de lucha entre grupos rivales regularmente asociada con el futbol, no sólo en este país sino también en muchos otros. De hecho, aunque casi nunca se habla de esto en la prensa, raro es el país en el que se jueguen partidos de futbol sin que estalle la violencia de las masas. No obstante, los aficionados ingleses son actualmente los más temidos en Europa y los únicos que por regla general causan problemas cuando viajan al extranjero en apoyo de sus clubes o de la selección nacional.[2]

La investigación en que se basa este trabajo fue financiada por el Social Science Research Council (ahora el ESRC) y el Football Trust. Antes de presentar algunos de los resultados que hemos obtenido, esbozaremos en líneas generales los principales parámetros de la afición violenta y desmesurada al futbol como fenómeno social.

LA AFICIÓN VIOLENTA Y DESMESURADA AL FUTBOL COMO FENÓMENO SOCIAL

En cuanto a forma de comportamiento, la turbulencia de los aficionados al futbol, que les ha ganado el membrete de *hooligans*, es compleja y variada. En el uso popular, por ejemplo, esta etiqueta abarca formas de maldecir y de comportarse que, en otros contextos, se disculparían como simples arrebatos debidos al alcohol o como «payasadas». De hecho, muchos de los seguidores que son detenidos en el contexto futbolístico no han pasado de esta mala conducta relativamente leve. En sus manifestaciones más serias, sin embargo, el término denota las invasiones al terreno de juego deliberadamente orquestadas con el fin de detener la marcha del partido y, quizá la más grave de todas, las zacapelas a gran escala entre grupos de aficionados rivales que a menudo terminan en violencia y destrucción. Esta última modalidad del fenómeno es la que nos interesa principalmente. Para ser más exactos, las pruebas existentes hacen

pensar que, si bien muchos aficionados se ven *arrastrados* a los incidentes violentos —es decir, no acudieron al estadio con intenciones de molestar—, los rufianes «a marchamartillo», los que constantemente incurren en acciones desmesuradamente violentas dentro del contexto del futbol, ven la lucha y la conducta agresiva como parte integral del hecho de «ir al partido». Estos hinchas son casi siempre lo suficientemente hábiles para no ser descubiertos y detenidos, razón por la cual no siempre aparecen en las estadísticas policiales. «Frank», chofer de camión, de 26 años de edad y autodeclarado «hincha fanático y violento del futbol», que fue entrevistado por Paul Harrison tras el partido entre los equipos Cardiff City y Manchester United en 1974, puede servir de ejemplo. Según informó Harrison, éstas fueron sus palabras:

> Yo voy a los partidos por una sola razón: el *aggro*.* Es una obsesión, no puedo dejarlo. Disfruto tanto cuando estoy en ello que casi me meo de gusto en los pantalones... Buscándolo, recorro todo el país... Todos los días, por la noche, damos vueltas por la ciudad buscando camorra. Antes de los partidos vamos como si nada, con pinta respetable... luego, cuando vemos a alguien con aspecto de enemigo, le preguntamos la hora; si responde con acento extranjero, le damos una paliza; y si lleva dinero encima, se lo quitamos además.[3]

Bien puede Frank haber exagerado la medida de su participación en el *aggro* y el punto hasta el cual disfruta con ello, pues en caso de que sus afirmaciones fuesen ciertas, otros aficionados, incluso la mayoría de los fanáticos violentos, lo tacharían de chiflado o de rematadamente loco.[4] A pesar de ello, el interés que muestra en la lucha y en la obtención de una emoción agradable en situaciones de pelea posee características comunes con el estilo de vida de los hinchas futboleros «a marchamartillo». La cuestión desde el punto de vista sociológico radica en explicar por qué. En concreto: ¿a qué se debe que los adolescentes y adultos jóvenes de determinados grupos dentro de los sectores socioeconómicamente más bajos de la clase obrera hayan llegado a experimentar tanto interés y placer en la lucha? ¿Por qué la conducta abiertamente agresiva constituye una parte tan importante de su forma de vida? ¿Por qué se ha convertido el futbol para ellos en un cauce atractivo y constante de expresión de ese afán combativo? Antes de dirigir nuestra atención a estas complicadas cuestiones, delinearemos las principales formas que adopta la confrontación entre los hinchas fanáticos del futbol.

FORMAS DE CONFRONTACIÓN ENTRE LOS AFICIONADOS VIOLENTOS Y FANÁTICOS AL FUTBOL

Los ataques de los rufianescos hinchas del futbol son de naturaleza variada y pueden ocurrir en diversos contextos además del estadio de futbol propiamente

dicho. Pueden, por ejemplo, adoptar la forma de un combate cuerpo a cuerpo sólo entre dos aficionados o dos grupos pequeños de aficionados rivales. Por otro lado, en ellos pueden tener cabida hasta varios centenares de hinchas de cada uno de los bandos. En la mayoría de los incidentes graves se utilizan armas —las navajas *Stanley*, ligeras y fáciles de disimular entre la ropa, son las preferidas por el momento—. También pueden adoptar estos ataques la forma de bombardeos utilizando como munición objetos arrojadizos que oscilan desde los más inocuos como cacahuates, mondaduras de naranjas, corazones de manzanas y vasos de papel, hasta otros más peligrosos e incluso potencialmente mortíferos como dardos, discos de metal, monedas (a veces con los cantos afilados), asientos rotos, ladrillos, lajas de cemento, cojinetes de balines, cohetes de fuegos artificiales, bombas de humo y, como en una o dos ocasiones ha ocurrido, bombas de gasolina.

El lanzamiento de objetos puede tener lugar dentro o fuera del campo; recientemente, en la ciudad de Leicester, unos 200 seguidores del equipo Arsenal invadieron el terreno de juego porque estaban siendo atacados con ladrillos y otros misiles por los hinchas del Leicester, que estaban *fuera* del estadio. Gracias a la medida oficial de separar a los aficionados rivales —medida adoptada en la década de 1960 para prevenir la violencia de parte del público, pero cuyo mejor logro parece haber sido el aumento de la solidaridad de los «extremos»* y el desplazamiento del fenómeno fuera del campo de juego—, los combates a gran escala en las gradas fueron relativamente raros durante la década de 1970 y principios de la de 1980. No obstante, en grupos pequeños, los aficionados todavía se las ingeniaron a menudo para infiltrarse en el territorio de sus rivales y hacer estallar peleas o crear disturbios de mayor intensidad. Tomar parte en una «invasión» victoriosa —«apoderarse del extremo de los otros»— redunda en gran fama y gloria dentro de los círculos de hinchas fanáticos del futbol. Hoy en día, sin embargo, lo más común es que los combates tengan lugar o en las gradas donde no hay segregación de los asientos por sectores, o antes del partido, por ejemplo en los bares del centro de las ciudades o cerca de ellos. También ocurren después del partido, mientras los agentes de policía tratan de mantener separados a los seguidores rivales y escoltar a los del equipo visitante hasta la estación de ferrocarril o de autobuses. Entonces es cuando tienen lugar los enfrentamientos más fuertes, que se inician a menudo con una «corrida», es decir, una carrera de hasta 200 o 300 jóvenes que se lanzan a la carga por la calle, buscando seguidores del equipo contrario o una brecha en las barreras de la policía que les permita entrar en contacto con ellos. Sin embargo, los que son hinchas «hasta la médula», aquellos que harán lo imposible por conseguir su deseo de trabar combate con los seguidores del equipo contrario, operan a menudo con independencia del grupo mayoritario y utilizan tácticas elaboradas en su intento de romper el cerco policial. Si lo consiguen, lo que generalmente sucede es una serie de refriegas repartidas por una zona relativamente grande, en

las que participan adultos jóvenes de ambos bandos, con profusión de puñetazos y patadas, que se persiguen unos a otros, haciendo eses con sus vehículos dentro y fuera del carril de circulación y que, ocasionalmente, atacan a los automóviles que transportan a los rivales. También pueden estallar enfrentamientos cuando grupos de aficionados rivales *en route* hacia los partidos coinciden casualmente, por ejemplo, en trenes, estaciones del metro o de servicio en las carreteras. Además, a veces ocurren peleas *dentro* de un mismo grupo de aficionados, caso en el que los participantes proceden, por ejemplo, de barrios o vecindades diferentes de una misma localidad.

En nuestra investigación nos hemos interesado especialmente por lo que los propios hinchas fanáticos del futbol y otros aficionados jóvenes denominan «grupos de choque», sobre todo los de *superhooligans* que en los últimos años han crecido en algunos de los clubes más grandes. Los miembros de tales grupos —como el autodenominado Inter City Firm, de West Ham; el Service Crew, de Leeds, y los equivalentes en clubes como el Newcastle United y el Chelsea— apoyan con frecuencia a organizaciones racistas y derechistas tales como el British Movement y el National Front. Asimismo, han desarrollado formas de organización muy elaboradas y se han hecho conocidos en todo el país. Uno de sus principales distintivos es el hecho de que no viajan a los partidos en autobuses oficiales ni especialmente fletados para ese fin, sino que en general utilizan los servicios regulares de trenes y autobuses o bien viajan en automóviles particulares o en furgonetas alquiladas. También descartan la forma de vestirse —las bufandas y las insignias (y los banderines del club)— que aún gran parte de la opinión pública asocia con quienes sienten una afición violenta y desmesurada por el futbol. Una de sus principales metas cuando asisten a los partidos es pelear contra los aficionados del equipo contrario y «apoderarse de su extremo». Cuando viajan, no llevan colores que los identifiquen con el fin de no darse a conocer demasiado pronto a los aficionados rivales y a la policía. Así quedó patente en el caso de «Frank», el entrevistado por Harrison, pero también queda claro en la relación de «Howie», joven de 20 años y un «caso difícil» de Leicester. «Howie» nos contó:

> Si logras confundir a los polis, tú ganas. Sólo tienes que pensar lo que van a pensar ellos. Y, bueno, la mitad de las veces uno sabe lo que ellos van a hacer, porque siempre siguen la misma ruta, semana tras semana. Si encuentras un modo de ganarles, ya te puedes echar a reír, pues se armará una buena bronca. Por eso nunca llevo bufanda cuando me introduzco en el bando enemigo. Antes la usaba pero [la policía], mierda, siempre llegaba y me agarraba. Me cogían por la bufanda y «¡toma, toma!» Pensé: «Ya basta de eso. Me la quitaré y así no podrán echarme mano».

Los «casos difíciles» como «Frank» y «Howie» dejaron hace tiempo de usar bufandas e insignias que los identificaran, pero merece la pena subrayar que muy pocos de los aficionados que hoy en día van al futbol en parte o

principalmente por «la acción», hacen alarde de tales señas de identidad. Tampoco son muchos los que siguen la moda de las cabezas rapadas que fue tan popular a fines de la década de 1960 y durante la de 1970. Ahora, en lugar de eso y aunque con variantes regionales y específicas de cada «extremo», tienden a vestirse según los dictados de la moda juvenil en vigor, debido en parte a que los «uniformes» de antes son considerados anacrónicos y también, como ya se ha dicho, para no darse a conocer demasiado pronto a los hinchas del equipo contrario y a la policía.

Esta descripción general de algunos de los principales parámetros de la afición violenta y desmesurada al futbol y de los cambios que ha experimentado en algunos aspectos coincide con el argumento central que presentábamos antes, el de que los jóvenes implicados en los incidentes más graves tienden a ver la lucha y la confrontación con los seguidores rivales como parte integral del hecho de asistir a un partido de futbol. En la misma dirección apuntan los cantos y lemas, que constituyen un clarísimo rasgo de la rivalidad entre los grupos de aficionados, especialmente dentro del estadio. Aunque algunos de los jóvenes más «duros» consideran las canciones y consignas como cosas propias de los «blandos» y tienden a no participar en ellas, durante el partido los grupos rivales dirigen su atención los unos a los otros tanto o a veces más que a la propia marcha del juego, cantando, gritando y gesticulando *en masse* y en lo que podríamos denominar una uniformidad espontáneamente orquestada para expresar su mutua oposición. Sus canciones y lemas tienen que ver en parte con el juego en concreto, pero también incluyen como tema recurrente diversas provocaciones a luchar, amenazas de violencia contra los seguidores del equipo contrario y baladronadas por victorias anteriores. Cada grupo de aficionados tiene su propio repertorio de canciones y consignas, pero muchas de ellas son variaciones locales en torno a un fondo común de temas. En relación con esto, es fundamental el hecho de que las letras de sus cantos van remachadas repetidamente con palabras como *odiar, morir, pelear, patear* y *rendirse*, todas la cuales transmiten imágenes de batalla y de conquista.[5] Aparte de la violencia, la des-masculinización simbólica de los aficionados rivales es otro tema recurrente en las gradas, como lo ilustra, por ejemplo, el hecho de que los llamen, a ellos y/o al equipo que apoyan, *señoritas* o *castrados*, acompañando sus palabras en el último caso con una representación gestual masiva del acto masturbador masculino. Y aún otro tema recurrente es la denigración de la comunidad a la que pertenecen los aficionados contrarios. Pongamos la vista ahora sobre el tema de la explicación de este fenómeno.

EXPLICACIONES OFICIALES DE LA AFICIÓN VIOLENTA Y DESMEDIDA AL FUTBOL

Dos son las principales explicaciones oficiales de este fenómeno que se han

propuesto y que parecen gozar de amplia aceptación: que es provocado por la bebida y/o por la violencia en el campo de juego. Pero ambas tienen serias limitaciones y, en la medida en que contienen elementos parcialmente válidos, hay que insertarlas en un marco explicativo más amplio. La bebida, por ejemplo, no puede decirse que sea una causa significativa o «profunda» de la violencia de los hinchas al futbol por la simple razón de que no todos los que beben, ni siquiera abundantemente y de forma constante, participan en estas acciones violentas. Y tampoco todos los hinchas desaforados y violentos beben, si bien es cierto que en las normas de masculinidad expresadas con su conducta un componente integral es el énfasis puesto no sólo en pelear, sino también en beber mucho. De hecho, tales hinchas tienden a ser relativamente agresivos aun cuando no beben. De modo similar, la violencia durante el partido no va invariablemente seguida de acciones propias de estos grupos. Y tampoco todos los incidentes provocados por los hinchas fanáticos van precedidos de la violencia en el campo de juego —que es obviamente lo que sucede, por ejemplo, cuando surgen enfrentamientos antes de los partidos—. Ahora bien, decir esto no es negar el hecho de que el alcohol y la violencia sobre la cancha sean a veces el origen de la serie de acontecimientos que tienen que ver de manera característica con las luchas entre los aficionados. Para averiguar cómo sucede esto hay que pensar en una *jerarquía* de causas y, en este sentido, puede decirse que, a nivel de superficie, la violencia en el campo y el alcohol participan de manera causal en la generación de la conducta agresiva de los aficionados al futbol. Se trata de un tema complicado y no contamos con el espacio suficiente para ocuparnos de él en detalle. Debe bastar con decir que el consumo de alcohol es una de todo un conjunto de condiciones que pueden facilitar la violencia de los hinchas, y que lo es por ser un agente que resta fuerza a las inhibiciones. En el caso de los aficionados violentos, contribuye a generar un sentimiento de camaradería en el grupo y los ayuda asimismo a combatir, por un lado, el miedo a resultar heridos en la lucha y, por el otro, el miedo a ser detenidos por la policía. La última probabilidad es auténtica ya que, si bien la violencia masiva en los partidos de futbol no constituye un delito *per se*, la conducta de los hinchas incumple a menudo unas leyes específicas y tiene lugar en sitios públicos en los que generalmente hay una abundante presencia de policías con el explícito fin de impedirla. De hecho, la escaramuza con las autoridades —las de diversos niveles dentro del mundo del futbol y no sólo la policía— puede ser una fuente importante de la emoción generada en los enfrentamientos entre los hinchas de dos equipos contrarios. La ocasión proporciona además a los implicados la posibilidad de poner en escena las hostilidades con la policía ratificadas en otro contexto no futbolístico y les brinda un escenario público en el cual expresar su desdén por los valores «respetables».[6]

De modo parecido, la violencia en el terreno de juego puede disparar la de los aficionados, pero igualmente puede hacerla toda una serie de contingencias tales

como una pesada e irracional acción de la policía, el deseo de vengarse por la derrota en la lucha durante un partido anterior, o el de un grupo de aficionados por derribar a otro del pedestal en el que los medios de comunicación lo han colocado. Nos referimos a la notoriedad que los medios dieron al Doc's Red Army, es decir, a los seguidores del Manchester United en la década de 1970 y a los hinchas del Chelsea y del Leeds United hoy. De hecho, los medios de comunicación han contribuido a crear una jerarquía de puestos entre los hinchas del futbol de todo el país y a fomentar la lucha por obtener posiciones entre los «extremos» de los diferentes clubes de aficionados. En otras palabras, hay actualmente dos divisiones de liga en lo que respecta a éstos: una es oficial, la otra no y ha sido creada, en parte, por los medios de comunicación de masas. La primera tiene que ver con los partidos ganados o perdidos y con los puntos obtenidos en el campeonato de liga. La segunda se ocupa de quién corrió, a dónde y desde dónde, y de quiénes están calificados actualmente por la oficialidad y por los medios como los hinchas más «destructivos» y «malos» de todo el país. En resumen, tratamos de decir que, aunque las explicaciones oficiales popularmente aceptadas, basadas en el consumo de alcohol y en la violencia sobre la cancha de juego aluden a factores no descartables en tanto que elementos determinantes de la conducta de los aficionados violentos, no consiguen penetrar en profundidad en la jerarquía de las causas, es decir, en las raíces causales del fenómeno. Para ser más exactos, no dicen nada sobre cómo se genera entre los aficionados el placer en la lucha y la insistencia en la habilidad para «cuidarse a sí mismos», sobre las normas y pautas que rigen su conducta ni sobre las razones por las que el futbol ha llegado a convertirse en uno de sus canales de expresión más constantes. Esto mismo podría ser cierto para la mayoría de las explicaciones académicas propuestas hasta el momento. A continuación nos ocuparemos de algunas de estas explicaciones académicas más notables a que nos hemos referido.

EXPLICACIONES ACADÉMICAS SOBRE LA VIOLENCIA EN EL FUTBOL

En su temprana investigación sobre el tema, Ian Taylor atribuyó la violencia en el futbol a los efectos que sobre los hinchas más fanáticos tuvo lo que él denominó el «aburguesamiento» y la «internacionalización» del juego.[7] A su juicio, los hinchas pertenecientes a la clase obrera creen que los clubes de liga eran antes, en cierto sentido, «democracias participativas» y, siempre según este autor, los *hooligans* de ahora constituyen una especie de «movimiento de resistencia» obrero que trata de restablecer el control ante los cambios impuestos por grupos de la clase media con el fin de salvaguardar los intereses de su clase.

El análisis de John Clarke es similar en algunos aspectos al primer trabajo de Taylor.[8] Atribuye el fenómeno del *hooliganism* a la conjunción durante la década

de 1960 entre lo que llama la «profesionalización» y «espectacularización» del juego y los cambios habidos en la situación social de los jóvenes pertenecientes a la clase obrera; más concretamente, los cambios que, según sus propias palabras, «se combinaron y quebraron algunos de los lazos de familia y vecindad que ligaban a los jóvenes con los ancianos en una relación especial característica de la vida de la clase trabajadora antes de la guerra».[9] En otras palabras, el fenómeno de la afición violenta y desmedida al futbol es, según Clark, una reacción de los jóvenes enajenados pertenecientes a comunidades obreras desintegradas contra la comercialización del futbol y la concepción en aumento del juego como espectáculo y como entretenimiento. A consecuencia de la desintegración de sus comunidades, plantea el autor, estos jóvenes asisten ahora a los partidos sin el control que sus parientes y vecinos de más edad ejercían antes sobre ellos.

Para terminar, Stuart Hall ha examinado el papel de la prensa al crear un «pánico moral» en torno a la violencia de los aficionados al futbol, y ha sugerido que dicho temor ha aumentado como «motivo de preocupación» correlativamente con el deterioro de la economía británica.[10] Esto ha llevado, según Hall, a tomar severas medidas contra el fenómeno de la violencia en el futbol dentro de lo que él y sus entonces compañeros de la Universidad de Birmingham describen como la actual estrategia de la clase gobernante para «mantener controlada la crisis» con patrullas de policías.[11]

Al leer los trabajos de Taylor, Clarke y Hall nos percatamos naturalmente de que en ellos se ocupan del fenómeno *general* de la violencia en el futbol por parte de los aficionados pero no se centran en las «proezas» de los «grupos de choque». Ésta es una de las razones por las que no deseamos negar totalmente la validez de sus explicaciones. Sin embargo, sus análisis nos parecen —de manera muy explícita en el caso de Hall— más adecuados como explicaciones del modo en que se ha generado y orquestado la angustia de la opinión pública por este fenómeno del futbol que como explicaciones del fenómeno en sí mismo. Esto que decimos se debe en parte a que los tres investigadores parecen creer en forma errónea que la violencia en el futbol como fenómeno social data exclusivamente de principios del decenio de 1960, y que desde el punto de vista de la teoría marxista, que los tres suscriben, constituye uno de los aspectos más desconcertantes de la violencia de los aficionados al futbol como fenómeno social: el hecho de que en ella tiene cabida un conflicto bien definido *entre grupos pertenecientes a la clase obrera* y el hecho de que los participantes más natos se enfrentan con las autoridades y con los miembros de las clases más establecidas en gran medida como parte del intento de *pelear entre ellos mismos*. Naturalmente, Hall, Taylor y Clarke podrían explicar este aspecto del fenómeno diciendo que tiene su origen en el «desplazamiento de la agresión», pero, que sepamos, con la única excepción de Taylor en su último trabajo, ninguno de ellos lo ha intentado.[12] Es por tanto razonable concluir acerca de sus explicaciones que, en el mejor de los casos, son incompletas y, en el peor, que sólo logran

arañar la superficie del problema.

Podría argüirse que una excepción en este aspecto es la que nos ofrecen Marsh, Rosser y Harré. En su libro *The Rules of Disorder* abordan explícitamente las luchas violentas de los aficionados en el contexto de los partidos de futbol planteando que la violencia que contienen es exagerada por los medios de comunicación y que, en realidad, no se trata más que de un «ritual agresivo» en el que la gente rara vez sale seriamente dañada.[13] La falta de espacio nos impide presentar aquí una crítica de todos los puntos de su teoría.[14] Baste decir que el trabajo de estos autores está considerablemente influido por la etnología, sobre todo por la obra de Desmond Morris, y que se basa en la idea implícita en esta ciencia según la cual el ritual y la violencia son mutuamente excluyentes como categorías del comportamiento. Por consiguiente, parecen incapaces de ver que los ritos pueden ser violentos hasta un grado serio. Al exponer esta crítica no negamos, naturalmente, la existencia de un componente ritual en el comportamiento de los aficionados al futbol, el cual se manifiesta, por ejemplo, en la actitud agresiva adoptada por los hinchas rivales y en la secuencia de canciones y contracanciones que tiene lugar en las gradas, pues en estos casos concretos la violencia es, como dicen Marsh *et al.*, «metonímica» y «simbólica». Lo que tratamos de decir, por el contrario, es que Marsh y sus colaboradores no valoran debidamente la tremenda carga de violencia implícita en algunas luchas entre hinchas rivales. Tampoco prestan, además, la debida atención a los combates que tienen lugar fuera y lejos de los estadios, ni a los bombardeos que ocurren en los partidos de futbol y que regularmente incluyen, como dijimos antes, el lanzamiento de objetos peligrosos. Cuesta trabajo creer que tales objetos sean arrojados simplemente como parte de una exhibición de fuerza de ataque, sin intenciones de causar daño y sin tener conciencia de que pueden causar un daño serio.

Como sugiere el título de su libro, Marsh y sus colaboradores consideran parte primordial de su objetivo demostrar que la violencia en el futbol, popularmente percibida y retratada por los medios de comunicación como una actividad «impensada» y «anárquica», está gobernada, de hecho, por una serie de reglas. Desde el punto de vista sociológico, poco hay de sorprendente en ello. Más al caso para nuestro objetivo presente, sin embargo, es el hecho de que su explicación de estas reglas queda en el nivel de superficie, es decir, estos autores no ahondaron en sus raíces sociales, en el modo en que tales reglas son generadas socialmente. Acordes con esto, Marsh *et al.* no hicieron ningún intento sistemático de examinar los orígenes y circunstancias sociales de los hinchas fanáticos del futbol que eran el tema de su estudio, contribuyendo así a dar la impresión de que, según ellos, tales reglas son creaciones voluntarias de individuos que flotan libremente sin ataduras sociales. De esto pasaremos a ocuparnos enseguida, pues intentaremos explicar cómo se generan socialmente las normas y los valores expresados en la violencia de los espectadores en los

partidos de futbol. Nos acercaremos a la obra de Gerald Suttles[15] en un esfuerzo por delinear una figuración social concreta, de la clase obrera baja, dentro de la cual se generan sin cesar «bandas» de adolescentes y adultos jóvenes entre las cuales son frecuentes las peleas y en las que se han desarrollado normas de masculinidad que resaltan la rudeza y la capacidad para pelear como atributos masculinos fundamentales. Luego, esbozaremos una explicación de por qué el futbol se ha convertido en escenario favorito para la expresión de este «agresivo estilo masculino» característico de los estratos más bajos de la clase obrera.

LA VIOLENCIA EN EL FUTBOL Y LA CLASE OBRERA BAJA: «SEGMENTACIÓN ORDENADA» Y FORMACIÓN DE ALIANZAS ENTRE LOS GRUPOS DE AFICIONADOS

La información sobre los orígenes sociales de los aficionados que pelean en los partidos de futbol es actualmente bastante escasa, pero los datos sobre quienes han sido acusados de delitos relacionados con el futbol coinciden con los que nosotros hemos obtenido de nuestra labor como observadores y apuntan a que el fenómeno se concentra casi exclusivamente en el ámbito de la clase obrera baja. El Informe Harrington, por ejemplo, concluía en 1968 que «las pruebas hasta el momento indican que... [los aficionados violentos y fanáticos del futbol] proceden principalmente de la clase trabajadora, con los problemas concretos característicos de las grandes ciudades y puertos industriales, donde se sabe de la existencia de subculturas violentas y delictivas».[16] Más de un decenio después, Trivizas llegó a una conclusión similar: la de que 80% de las personas procesadas por delitos relacionados con el futbol eran obreros manuales o desempleados.[17] Según el estudio de Harrison de 1974, los «gamberros redomados»* de la ciudad de Cardiff procedían de «Canton y de Grangetown, unas urbanizaciones formadas por hileras de casas idénticas y adosadas, con pocos espacios abiertos, y de Llanrumney, un fraccionamiento enorme, de viviendas nuevas y subsidiadas por las autoridades municipales, con un apabullante índice de vandalismo».[18] Por otra parte, aunque como señalábamos antes, Marsh y sus colaboradores no se ocuparon directamente del tema de la extracción de clase en el estudio que realizaron en Oxford; algunos de sus informantes hicieron comentarios valiosos. Uno de ellos, por ejemplo, dijo: «Si vives en Leys [barrio de casas construidas y subsidiadas por la junta local] tienes que pelear. De lo contrario, la gente te menosprecia o cree que eres marica o algo así».[19]

De hecho, más de la mitad del gran contingente de hinchas de Oxford que fueron detenidos durante los graves disturbios a raíz del partido de copa entre el equipo de la ciudad de Coventry y el Oxford United, en enero de 1981, procedían del barrio en cuestión.[20] Las pruebas obtenidas en Leicester corroboran este

cuadro general, ya que de un fraccionamiento como los referidos, de población perteneciente a la clase obrera, salió alrededor de la quinta parte de los aficionados de la ciudad detenidos en el estadio Filbert Street entre enero de 1976 y abril de 1980. Esto pone sobre el tapete la pregunta de ¿qué hay en la estructura de tales comunidades y en la posición que ocupan en la sociedad en general que genera y mantiene la pauta de masculinidad agresiva de la cual hacen gala algunos de sus miembros en el contexto futbolístico e igualmente en otros?

Como sugeríamos antes, una guía útil en este terreno la proporciona la obra de Gerald Suttles. Su investigación, realizada en Chicago, se concentró en comunidades con una estructura global en la que, según palabras del propio autor, «las unidades de edad, sexo, raza y territorio casan perfectamente unas con otras, como los bloques de cemento que se utilizan en la construcción, para crear una estructura mayor».[21] Suttles acuñó el término *segmentación ordenada* para englobar dos rasgos interconectados del patrón de vida en estas comunidades; en primer lugar, el hecho de que, mientras los segmentos que conforman las vecindades de gran tamaño son relativamente independientes entre sí, los miembros de estos segmentos, sin embargo, presentan regularmente la tendencia a combinarse en los casos de oposición y de conflicto, y lo hacen sin ninguna coordinación central; en segundo lugar, el hecho de que estas alineaciones de grupos tienden a aglomerarse según una secuencia definida.[22] Esta pauta es similar en ciertos aspectos a lo que sucede en los «sistemas de linaje segmentario» analizados por antropólogos tales como Evans-Pritchard.[23] Robins y Cohen afirman haber observado un modelo como éste en un barrio pobre de clase obrera del norte de Londres[24] y, lo que es más importante para nuestro objetivo, Harrison habla de lo que él llama «el síndrome del beduino» en el actual contexto del futbol,[25] es decir, de un patrón en el que se advierte la tendencia a construir alianzas *ad hoc* de acuerdo con los siguientes principios: el amigo de un amigo es un amigo; el enemigo de un enemigo es un amigo; el amigo de un enemigo es un enemigo; el enemigo de un amigo es un enemigo.[26]

Nuestras propias observaciones aportan algunas pruebas para afirmar la existencia de un patrón como el aludido tanto en los vecindarios de clase obrera como en el contexto del futbol. En Leicester, los conflictos intravecinales en los que se ven implicados grupos de muchachos adolescentes dan paso regularmente a la necesidad de defender el «buen nombre» de la vecindad en su conjunto contra «bandas» rivales que representan a los barrios vecinos. Sin embargo, los muchachos de estos vecindarios y de otros de Leicester y del área metropolitana se aglutinan codo a codo en las gradas del Filbert Street y fuera del estadio para expresar su solidaridad «de grupo» en contra de los aficionados visitantes. Si el reto es sentido en términos regionales, entonces una vez más los enemigos pueden unir sus fuerzas. Por ejemplo, los aficionados procedentes del

norte que visitan Londres se quejan a menudo de los choques con «grupos de ataque» combinados pertenecientes a diversos clubes metropolitanos. La estación de Euston solía ser escenario preferido para esta clase de confrontaciones. David Robins habla incluso de alianzas entre los aficionados de clubes de Londres más pequeños y vecinos unos de otros, como el QRP y el Chelsea, el Orient y el West Ham, con el fin de enfrentarse conjuntamente a los hinchas de sus clubes rivales metropolitanos y de mayor tamaño.[27] También los aficionados del sur y de la región central que visitan el norte, sobre todo las ciudades más grandes del norte, expresan este tipo de quejas por los ataques de que son objeto por parte de los grupos aliados norteños. Finalmente, en el nivel internacional, las rivalidades entre los distintos clubes y regiones tienden a subordinarse ante los intereses del prestigio nacional. En todos estos niveles, además, y en cada uno por separado, particularmente si los grupos opositores no están presentes en cantidades suficientes, o si el reto que plantean no es, o no se percibe como suficiente para unir a aficionados de otro modo rivales en una oposición común, pueden resurgir a veces rivalidades de más bajo nivel. Habiendo asentado cómo opera la estructura de «segmentación ordenada» en el contexto del futbol, pasaremos a explorarla con mayor detalle.

LA «SEGMENTACIÓN ORDENADA» Y LA FORMACIÓN DE LAS «BANDAS CALLEJERAS»

Según Suttles, el rasgo dominante de toda comunidad caracterizada por una «segmentación ordenada» son los grupos de personas del mismo nivel social, misma edad y mismo sexo integradas en «bandas callejeras».

Tales grupos, arguye este autor, parecen «desarrollarse con toda lógica a partir de la fuerte acentuación en las clasificaciones por grupos de edad, la separación entre los sexos, la unidad territorial y la solidaridad de raza».[28] No obstante, Suttles documenta los conflictos que regularmente se presentan entre «bandas» del mismo grupo étnico y reconoce en otro lugar que la diferenciación y la solidaridad étnicas son factores contingentes más que necesarios en la formación de tales bandas.[29] En otras palabras, la clasificación por grupos de edad, la separación entre los sexos y la identificación territorial parecen ser los determinantes estructurales sociales *internos* decisivos. Más concretamente, un alto grado de segregación entre los grupos por edades significa que, en tales comunidades, se envía a los niños, desde pequeños, a jugar a la calle sin supervisión alguna por parte de los adultos. Este modelo suele agravarse por diversas presiones domésticas. La separación en que se mantiene a los sexos hace que, al llegar la adolescencia, los padres tiendan a recluir a las jóvenes en sus casas, si bien algunas se agrupan por su cuenta en bandas bastante agresivas o simplemente pasan el tiempo «haraganeando» con los muchachos, en cuyas

bandas tienden a ocupar una posición secundaria. Como resultado de esta configuración social y aparte de la atención que regularmente obtienen de la policía y otras agencias, a los jóvenes adolescentes en esta clase de comunidades se les deja solos para valerse por sí mismos y tienden a integrarse en grupos que están determinados, por una parte, por lazos de amistad, de parentesco y de residencia próxima o común y, por la otra, por la amenaza real o como tal sentida que les plantea el desarrollo de bandas paralelas en comunidades adyacentes. Según Suttles, estas comunidades tienden a estar fragmentadas interiormente, pero alcanzan cierta cohesión ante las amenazas externas, sean reales o no. Una pelea entre bandas, de verdad o debida tan sólo a un rumor, produce la cohesión más fuerte, sostiene este autor, pues tales peleas pueden movilizar la alianza de todos los varones en una comunidad.[30] Pero profundicemos más que Suttles y veamos de qué manera la estructura de esta clase de comunidades lleva a la producción y reproducción dentro de ellas de la «masculinidad agresiva» como una de sus características dominantes.

SOCIOGÉNESIS DE LA «MASCULINIDAD AGRESIVA»

En la medida en que las estructuras de las comunidades de clase obrera baja correspondan a una «segmentación ordenada», estas comunidades tienden a generar unas normas que, en relación con las de grupos más altos en la jerarquía social, producen y/o toleran un alto nivel de agresividad abierta en las relaciones sociales. En esta dirección operan algunos aspectos de la estructura de tales comunidades. Por ejemplo, la comparativa libertad del control adulto que experimentan los niños y adolescentes de la clase obrera baja, el hecho de que gran parte de su primera etapa de socialización tenga lugar en la calle, en compañía principalmente de otros niños de su misma edad, significa que tienden a interactuar agresivamente entre ellos y a desarrollar jerarquías de dominio basadas más que nada en la edad, la fuerza física y el valor.[31] Este modelo se refuerza por el hecho de que, en relación con la tendencia de los adultos de los puestos más altos de la escala social, los padres pertenecientes a la clase obrera baja presionan menos a sus hijos para que practiquen un autocontrol estricto y continuo sobre su conducta agresiva. Cuanto más intentan estos padres reprimir a sus hijos en este aspecto, mayor es la tendencia en ellos de recurrir a los castigos físicos. Por si esto fuera poco, tales niños están más acostumbrados desde temprana edad a ver a sus padres y demás adultos, varones sobre todo, comportarse de modo agresivo y, con no poca frecuencia, violento. Por consiguiente, crecen con una actitud más positiva hacia la conducta agresiva que los otros niños de posición más alta que la suya en la escala social y tienden a inhibirse menos cuando se trata de presenciar o participar públicamente en actos

violentos.[32]

Decisiva también para la formación de esta pauta de conducta es la tendencia en estas comunidades hacia la segregación de los sexos y el dominio del varón. Esto significa, por una parte, que tales comunidades tienden a caracterizarse por un índice comparativamente alto de violencia masculina contra las mujeres y, por la otra, que los varones no están sometidos de forma constante a la presión «suavizadora» de las mujeres. De hecho, dado que las mujeres de tales comunidades llegan a la madurez siendo también ellas relativamente agresivas y valoran muchas de las características machistas de sus hombres, la propensión de éstos hacia la agresividad se ve reforzada. Y todavía más debido a las enemistades y *vendettas* que, con relativa frecuencia, estallan entre familias, vecindarios y, sobre todo, bandas callejeras. En resumen, las comunidades de los estratos más bajos de la clase obrera como las que describimos, especialmente los sectores a los que de la forma más literal se aplica el término *rudo*, se muestran caracterizadas por procesos de «retroalimentación» que fomentan el recurso a la conducta agresiva en numerosos campos de las relaciones sociales, especialmente por parte de los varones.

Uno de los efectos de tales procesos es el prestigio que obtienen los varones si demuestran habilidad para pelear. Correlativamente, existe en estos hombres la tendencia a gozar con las peleas. Para ellos y sus iguales, que tratan de emularlos, el hecho de pelear constituye una importante fuente de sentido, posición y agradable tensión emocional. La diferencia central en este aspecto entre tales sectores «rudos» de las comunidades pertenecientes a la clase obrera baja y sus «respetables» equivalentes de la clase obrera media y alta es claramente que, en las últimas, la violencia en las relaciones cara a cara tiende a condenarse por norma general, mientras que en la primera existe un mayor número de contextos y situaciones en los que la expresión abierta de la agresión y la violencia es tolerada o sancionada de manera positiva. Una diferencia más es que las clases «respetables» tienden a empujar a la violencia «tras bambalinas» y, cuando estalla ésta, tiende a adoptar, como contrapeso, una forma más obviamente «instrumental» y a suscitar sentimientos de culpa. En las comunidades más «rudas» de la clase obrera, por el contrario, la violencia suele manifestarse en mayor medida en público e ir cargada, en cambio, con cualidades «afectivas» o «expresivas» más pronunciadas, es decir, con cualidades más íntimamente asociadas al despertar de sentimientos agradables. Por añadidura, mientras a los miembros de las clases «respetables», a los hombres «respetables» sobre todo, se les permite —de hecho se espera de ellos— que se comporten agresivamente en determinados contextos calificados de «legítimos», como el deporte formal, los miembros de los sectores «rudos» de la clase obrera tienden a considerar el deporte formal como demasiado reglamentado y «domesticado»,[33] o bien, cuando participan en él, a causa de su visión demasiado física, a veces violenta, tienden a chocar con los jueces, oficiales y

jugadores del equipo contrario.[34] La identidad de los varones procedentes de los sectores «rudos» de la clase obrera baja tiende, así pues, a basarse en lo que, tomando en cuenta las normas dominantes hoy en Gran Bretaña, son formas abiertamente agresivas de la masculinidad machista. En el concepto que de ellos tienen sus familias, sus comunidades y, ya en la «acción del futbol», sus «compañeros», muchos de esta clase de hombres están asimismo investidos de agresividad y rudeza. Este patrón se produce y reproduce no sólo por elementos constitutivos *internos* de la «segmentación ordenada» sino también —y esto es igualmente decisivo— por algunas de las formas en que sus comunidades están encerradas en la sociedad más amplia. Por ejemplo: a los varones de la clase obrera baja se les niega casi invariablemente estatus, significado y gratificación en las esferas educativa y ocupacional, que constituyen las principales fuentes de identidad, sentido y estatus de que disponen los hombres situados por encima de aquéllos en la escala social. Esta negación es el resultado de diversos factores combinados. Por ejemplo, la mayoría de los muchachos de la clase obrera baja no tienen —o no valoran por regla general— las características ni los valores que contribuyen a alcanzar el éxito en los estudios y en el trabajo o que les haga esforzarse en estos terrenos. Al mismo tiempo, se les discrimina casi sistemáticamente en las escuelas y en los lugares de trabajo debido en parte a que se encuentran a sí mismos en lo más bajo de una estructura jerárquica que, como rasgo constitutivo, parece necesitar de una «subclase» relativamente constante y relativamente empobrecida.[35]

Dada la dificultad que para los hombres de los sectores «rudos» de la clase obrera baja entraña la búsqueda y consecución de sentido, posición social y gratificación así como la formación de una identidad satisfactoria en la educación y en el trabajo, se da en ellos una tendencia mayor a conseguir estos objetivos basándose en conductas que incluyen la intimidación física, las peleas, la ingestión de bebidas alcohólicas y las relaciones sexuales abusivas. De hecho, suelen tener muchas de las características atribuidas por Adorno y sus colaboradores a la «personalidad autoritaria».[36] Es posible, naturalmente, que estos «machos» de clase baja logren elevar de algún modo su autoestima si los demás, en su barrio y sobre todo en su grupo, reconocen públicamente su rudeza, su valentía en las riñas, su coraje, su lealtad al grupo, sus hazañas como bebedores y, en general, su capacidad para manejarse con lo que ellos y sus iguales consideran «sabiduría callejera». Al mismo tiempo, por estar en lo más bajo de la escala social global y por vivir su primera socialización según un modelo que —en relación con las pautas características de los grupos más «respetables»— conduce a un menor grado de interiorización de controles firmes sobre el empleo de la violencia, estos jóvenes suelen responder con más frecuencia en forma agresiva ante situaciones que ellos ven como amenazadoras para su autoestima. Las complejas exigencias del «saber estar en la calle» tienden a disminuir los contextos en que tales grupos consideran apropiado pelear. Sin

embargo, los hombres como los que describimos propenden a intimidar y a pelear con mayor frecuencia que los varones de otros grupos. Por una parte, tienden racionalmente a buscar las confrontaciones físicas porque éstas representan para ellos una fuente de identidad, posición, sentido y emoción agradable. Por la otra, tienden a responder agresivamente en situaciones amenazadoras porque no han aprendido a ejercer el grado de autocontrol que en este aspecto exigen las normas dominantes en la sociedad británica.

MASCULINIDAD VIOLENTA Y DESORDEN EN EL FUTBOL: UNOS EJEMPLOS HISTÓRICOS

Debido a que sus recursos económicos y de poder son relativamente escasos y a que tienden a sentir como potencialmente amenazadores y hostiles los territorios y las personas con los que no están familiarizados, la agresividad en la conducta que por regla general se origina en el seno de determinados sectores de las comunidades de clase obrera baja ha tendido a expresarse, mayoritariamente, dentro de estas mismas comunidades. Con todo, también se ha expresado de forma esporádica fuera de ellas, provocando entonces el «pánico moral» entre los grupos más establecidos. Las áreas de la vida social externas a las comunidades de clase obrera baja en las que tal agresividad ha hallado expresión han cambiado con la influencia de las diversas modas, pasando por ejemplo de los cines a las salas de baile y a los lugares de veraneo en las playas. Sin embargo, parece que un contexto relativamente estable para la expresión de esa conducta lo ha proporcionado siempre el futbol; es decir, desde que surgiera, en su forma moderna, a fines del siglo XIX, este juego se ha visto virtualmente acompañado por el desorden de los aficionados, las más de las veces con agresiones físicas y violentas. La incidencia de tales desórdenes parece haber variado con el tiempo, dependiendo, por ejemplo, de la cambiante atracción de este juego para los sectores «más rudos» de la clase obrera baja y de los cambios habidos en el porcentaje de comunidades dentro de la sociedad en general cuyas estructuras se acercan a la «segmentación ordenada». Este segundo punto podría expresarse de otro modo diciendo que, al parecer, los cambios en el índice de desórdenes por parte de los aficionados en el futbol y en relación con él han dependido en gran parte del grado en que la clase obrera ha sido «incorporada» a la corriente principal de la vida social inglesa y, por tanto, forzada a adoptar los valores y modos de conducta más «civilizados» —utilizando el término de Elias—, característicos de las clases sociales más «establecidas» y exigidos por ellas.[37] Esto suscita una serie de complejas cuestiones que no cabe esperar puedan ser tratadas en un trabajo de esta longitud. Lo que sí podemos hacer, no obstante, es citar varios ejemplos de desórdenes multitudinarios en el futbol acaecidos, según se ha informado, antes del periodo actual, y mostrar cómo, según nuestros

hallazgos, el problema de la violencia en el futbol por parte de los aficionados llegó a adquirir las proporciones de «crisis» que hoy se perciben en general como innegables.

La siguiente noticia sobre un choque entre los hinchas de dos equipos rivales en una estación de ferrocarril apareció en el *Liverpool Echo* en 1899:

> Una escena emocionante tuvo lugar en la estación de Middlewich el sábado por la noche, tras el partido entre los equipos de Nantwich y Crewe por la Final de Cheshire. Ambos grupos fueron juntándose en los andenes, uno frente al otro, esperando cada uno su tren. Primero empezaron por abuchearse mutuamente y vitorear cada uno a su equipo, pero luego un hombre desafió a un contrario a pelear contra él. Ambos saltaron a las vías y lucharon desesperadamente hasta que los empleados de la estación pudieron separarlos. Entonces muchos de los hombres de Nantwich atravesaron la vía y tomaron por asalto el andén ocupado por los hombres de Crewe. Los pasajeros, que nada tenían que ver con ninguno de los bandos, salían disparados a derecha e izquierda. Luego hicieron entrada los especiales y salieron custodiados por la policía, muchos de ellos con señales que los distinguirán por algún tiempo.[38]

Diez años después, en 1909, nos informa el *Glasgow Herald* que en la Final de la Copa Escocesa entre el Rangers y el Celtic, en el estadio Hampden Park,

> unos 6 000 espectadores arrancaron los postes de las porterías, las vallas y las taquillas, les prendieron fuego y bailaron alrededor de ellas en medio del campo. Apedrearon a los policías, los bomberos y los camilleros de las ambulancias, causaron daños a las bombas de incendios y cortaron a cuchilladas las mangueras. La policía, tras devolver las piedras a los alborotadores, logró despejar el terreno de juego a las siete de la tarde, con un costo de 54 agentes heridos y la destrucción de prácticamente todas las farolas del alumbrado público en torno a Hampden.[39]

Después, en 1920, según la noticia aparecida en el *Birmingham Daily Post* sobre la acción judicial emprendida por un espectador contra el equipo de Birmingham, ahora llamado Birmingham City F. C.:

> […] el demandante […] dijo que pagó un chelín por ver el partido. Ocurrió en Spion Kop […] Inmediatamente después del descanso, «por todos lados volaban botellas como si fuesen piedras de granizo». El testigo intentó escabullirse, pero recibió un golpe en la cabeza y le abrió tal herida que fueron necesarios siete puntos de sutura. Este hombre había presenciado antes otros disturbios en Spion Kop y en una ocasión, una semana aproximadamente antes de ser lesionado, vio a unos hombres que utilizaban botellas como si fuesen porras en lugar de emplear los puños. Las botellas utilizadas eran envases de cerveza oscura de poco más de medio litro.[40]

Y en 1934, un periodista del *Leicester Mercury*, relatando el regreso de los aficionados del Leicester City tras un partido en Birmingham, escribió:

> Como todo se había desarrollado con normalidad desde el momento de la partida en New Street, se temió que algo extraordinario hubiese ocurrido para que el tren se detuviera... a sólo unos 300 o 350 metros de su destino. Tras una exhaustiva búsqueda en todos los vagones, se descubrió que habían halado la palanca de emergencia [...] Se determinó que los elementos *hooligans* que a veces viajaban por tren habían causado no pocos daños a los vagones, casi nuevos algunos de ellos. Los cristales de las ventanas estaban rotos, los asientos rajados y arrancados, y las bandas de cuero de las ventanas, cortadas a cuchilladas.[41]

Estos cuantos ejemplos desmienten un poco la equivocada idea de que la violencia en el futbol por parte de los hinchas fanáticos es un fenómeno social enteramente nuevo. No sirven, empero, para dar una pista sobre los cambiantes índices de medición de este tipo de violencia a lo largo del tiempo. Nuestras averiguaciones, basadas en un análisis detallado de los informes sobre el futbol y en una dilatada búsqueda en los periódicos desde la década de 1880, hace pensar que, desde aquel periodo, el índice de denuncia de desórdenes por parte de los aficionados ha seguido una tendencia curvilínea. Para ser más exactos, este índice fue relativamente alto en los 35 años anteriores a la primera Guerra Mundial; descendió, sin llegar nunca ni remotamente al punto cero, en los años de entreguerras; se mantuvo bajo desde el fin de la segunda Guerra Mundial hasta el final de la década de 1950, y luego comenzó a elevarse, con relativa lentitud al principio pero de forma más pronunciada a partir de mediados del decenio de 1960, particularmente desde 1966, año en que se jugó en Inglaterra la Final de la Copa del Mundo. ¿Cómo se explica este patrón? He aquí, esbozada en líneas muy generales, la explicación en parte hipotética sobre la cual estamos trabajando.[42]

Antes de la primera Guerra Mundial, la sociedad británica se encontraba, según Elias, en una etapa de su «proceso de civilización» inferior de algún modo a la fase en que nos hallamos hoy en día. Una consecuencia de esto era que las relaciones sociales de entonces se caracterizaban generalmente por un nivel más alto de violencia abierta, y esto se reflejaba en el comportamiento de las masas asistentes a los partidos de futbol, cuya composición social, desde el momento mismo en que surgieron equipos profesionales que arrastraban a grandes cantidades de personas, ha sido predominantemente de miembros de la clase obrera. Con todo, si bien este proceso no comenzó en modo alguno justamente entonces, y a pesar de su falta de uniformidad, pues se ha caracterizado por la incidencia de enfrentamientos y también en cierto modo por tendencias contrarias, desde que finalizó la primera Guerra Mundial la clase obrera ha sido absorbida lentamente en la corriente principal de la sociedad y se le han otorgado más derechos de ciudadanía. A medida que ocurría este proceso fueron difundiéndose hacia abajo por la escala social las normas más «civilizadas», proceso que tuvo su reflejo en la conducta más ordenada de las masas en el futbol y que se afianzó, según parece razonable suponer, gracias a procesos

sociales tan importantes como el mayor índice de riqueza, el creciente poder de los sindicatos y la cada vez mayor igualdad de las mujeres con respecto a los hombres.[43] El aumento de la afluencia habría contribuido a la incorporación y logrado un efecto «civilizador» mitigando, por ejemplo, algunas de las formas más severas de presión doméstica y ofreciendo canales alternativos para el establecimiento de identidades satisfactorias. La fuerza cada vez mayor de los sindicatos habría logrado ese efecto ayudando a garantizar la mejora de los salarios y las condiciones de trabajo, además de que contribuyó a institucionalizar cada vez más los conflictos laborales de los trabajadores y por tanto, a largo plazo —aunque no como parte de ninguna simple corriente «progresista»—, a disminuir la violencia de tales conflictos. Para finalizar, la fuerza creciente de las mujeres habría resultado «civilizadora» en sus efectos al atraer a más hombres al núcleo familiar y al hogar, suavizando en consecuencia las tendencias machistas que habían prevalecido en épocas anteriores. Al mismo tiempo, se supone que aumentó la vigilancia de los padres sobre la primera etapa de socialización de sus hijos, apartándolos cada vez más del contexto de las calles y de la influencia única o preponderante de sus compañeros de la misma edad. En ese mismo sentido habrían operado el alargamiento del proceso educativo y la formación de diversas organizaciones para los jóvenes.

Con todo, a pesar de que este proceso de incorporación y de aumento de la «civilización» abarcó a sectores cada vez más amplios de la clase trabajadora, no afectó a todos ellos por igual. Para ser más exactos, los grupos menos afectados parecen haber sido los que permanecieron atrapados en la pobreza en el punto más bajo de la escala social. De hecho, lo que parece haber ocurrido es que, mientras los sectores «respetables» de la clase obrera han aumentado de tamaño, el abismo entre ellos y la menguante clase obrera baja, incluidos los sectores que se mantienen «rudos», se ha ensanchado. Aunque su número quizás haya comenzado a subir de nuevo con la presente recesión,[44] son estos grupos de clase obrera «ruda» los que tienden a comportarse de la forma que más se aproxima a las pautas generadas por lo que Suttles denomina «segmentación ordenada». Estos adolescentes y jóvenes se han visto atraídos cada vez más a asistir a los partidos de futbol desde la década de 1960 y son ellos quienes constituyen la mayoría dentro de los grupos centrales que participan en la violencia del futbol en sus formas más graves. Para ver cómo y por qué se han visto arrastrados hacia este juego es necesario examinar brevemente algunos aspectos del tratamiento que el deporte recibe en los medios de comunicación de masas.

EL FUTBOL Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS

En los años de entreguerras y, de hecho, sin interrupción hasta el decenio de

1960, los medios de comunicación masivos tendieron a elogiar a las masas asistentes a los partidos de futbol por su buena conducta. En concreto, cuando la prensa informaba de mala conducta por parte de los aficionados extranjeros o de los hinchas de las zonas no inglesas de las islas británicas, casi siempre se incluían en sus informes declaraciones del tipo «eso no podría ocurrir aquí». Consideremos, por ejemplo, el siguiente extracto de una noticia publicada en el *Leicester Mercury* en la que se relataban incidentes de desorden ocurridos durante un partido de futbol celebrado en Belfast en 1928:

> [...] el intermedio en una eliminatoria de Copa entre el Celtic y el Linfield acabó en algo muy diferente, cuando se lanzaron piedras a los músicos de la banda y hubo de intervenir la policía con sus cachiporras para aislar a los rivales más acalorados inmersos en la multitud [...]
>
> Durante las próximas semanas, en muchas ciudades de Inglaterra, los grandes temas relativos a la Copa y la Liga unirán a miles de personas en un solo pensamiento. [...] Y, afortunadamente, todas estas cosas se resolverán como es debido sin que un solo policía tenga que alzar su porra para mantener la paz.[45]

Aunque la conducta del público inglés asistente a los encuentros de futbol ha mejorado respecto a lo que era antes de la primera Guerra Mundial, las noticias como ésta nunca se hicieron eco de los conflictos que continuaron ocurriendo en Inglaterra en los estadios y en relación con el futbol durante los años de entreguerras. No obstante, con ser de hecho marginalmente inexactas en este sentido, al elogiar al aficionado inglés «típico» estas noticias parecen haber reforzado en las masas la tendencia a portarse bien y haber atraído a gente «respetable» a presenciar los partidos de futbol en grandes cantidades. En otras palabras, durante aquellos años el tratamiento del tema en los medios de comunicación y la conducta de las masas parecen haberse reforzado mutuamente el uno al otro para producir un «ciclo de retroalimentación» que condujo a un realce más o menos continuo de la «respetabilidad» de las masas.[46] A fines de la década de 1950, sin embargo, junto con el miedo a la figura del «gamberro» y la crisis moral más generalizada de aquellos años sobre los jóvenes de la clase trabajadora, los medios escogieron y amplificaron los incidentes violentos que siempre habían ocurrido de vez en cuando en los estadios de futbol masificados. Fueron no obstante los partidos preparatorios para la Copa del Mundo que se celebró en Inglaterra en 1966 los que parecen haber tenido una importancia decisiva en este aspecto. El acontecimiento implicaba que las masas inglesas estarían bajo la atenta mirada de los medios de comunicación *de todo el mundo* y, en ese contexto, los periódicos populares de Inglaterra comenzaron a centrar su atención en los hinchas violentos y fanáticos del futbol que podían poner en entredicho el prestigio internacional del país. Por ejemplo, en noviembre de 1965, cuando un hincha del Millwall arrojó al terreno de juego una granada «certera» durante el encuentro de su equipo con el de Brentford, rival

del de Londres, el *Sun* publicó la siguiente historia bajo el encabezado «El futbol se encamina hacia la guerra»:

> La asociación de Futbol ha actuado para erradicar esta creciente violencia del populacho a menos de 48 horas del día más negro en el futbol británico: el día de la granada, que demostró que los seguidores británicos pueden competir con los sudamericanos en todo lo que ellos puedan hacer.
>
> Faltan ahora menos de nueve meses para la Copa del Mundo. Ése es todo el tiempo que nos queda para tratar de restablecer el buen nombre deportivo que alguna vez tuvo este país. El futbol está enfermo por el momento. O mejor dicho, sus masas parecen haber contraído alguna enfermedad que les hace estallar en furia.[47]

También por las fechas en que se jugó la Copa del Mundo de 1966 comenzaron los diarios populares a enviar periodistas a los partidos de futbol para que informaran sobre la conducta de las masas y no sólo sobre el juego mismo.[48] No es de sorprender que estos periodistas vieran incidentes dado que, si bien por entonces iban probablemente en aumento, siempre habían ocurrido al menos con bastante frecuencia en y en torno a los estadios de futbol. Lo que es más, debido a que este tipo de noticias tendían a vender más periódicos en una industria cada vez más competitiva, y dado el aumento del terror moral y político por la violencia juvenil que se desató a mediados de la década de 1960, los diarios tendían a informar sobre tales incidentes de una manera sensacionalista. Así, a los estadios de futbol cada vez se les dio más publicidad como escenarios en los que no sólo tenían lugar los partidos sino también, regularmente, los enfrentamientos o el *aggro*. Esto atrajo a jóvenes de los sectores «rudos» de la clase obrera probablemente en mayor número que antes, reforzando el impulso ya existente entre la gente «respetable» a retirar su apoyo, sobre todo el del público de las gradas situadas detrás de las porterías, y contribuyendo con ello a la situación en que nos hallamos hoy: una situación en la que los incidentes violentos provocados por los hinchas o *hooligans* se presentan a mayor escala y como un acompañamiento de los partidos de futbol mucho más frecuente que antes, y en la que este problema inglés se ha exportado al extranjero hasta el punto de que los términos *aficionado inglés al futbol* y *hooligan* son considerados ampliamente en Europa como equivalentes. No puede decirse, naturalmente, que los medios de comunicación hayan *causado* este proceso, pero al exagerar en un principio lo que sólo eran generalmente incidentes menores y al «publicitar» de hecho los campos de futbol como lugares en los que regularmente ocurren disturbios y se pone en juego algo más que la simple reputación futbolística de los pueblos y ciudades, sí puede decirse, a modo de predicción autocumplida, que han desempeñado un papel importante en el desarrollo del fenómeno de la violencia en el futbol en su forma característica actual.

Los adolescentes y adultos jóvenes pertenecientes a la clase obrera «ruda»,

una vez atraídos al juego en grandes cantidades se quedaban en él, en parte porque el futbol es, de diversas maneras, un contexto altamente apropiado para las actividades que ellos encuentran satisfactorias, emocionantes y placenteras. En un partido de futbol, por ejemplo, pueden actuar en formas que son despreciadas por el estamento oficial y por gran parte de la sociedad «respetable», y hacerla en un contexto que ofrece relativa inmunidad contra la censura y la detención por la policía. Además, el juego puede generar niveles altos de excitación cuyo núcleo radica en una confrontación —«una batalla ficticia» con una pelota— entre los representantes masculinos de dos comunidades. Aunque formalmente controlado, violento pero en general de forma menos abierta y en cierto sentido más abstracta, el juego se parece en muchos aspectos a las confrontaciones que se dan entre los propios hinchas fanáticos. En otras palabras, es también una forma ritual de masculinidad. Además, en la medida en que el equipo visitante lleva consigo un gran número de seguidores, instantáneamente está garantizada la presencia de un grupo de oponentes y, en ese contexto, las rivalidades entre las bandas locales de gamberros pueden quedar sumergidas, al menos temporalmente, en los intereses de la solidaridad entre quienes son oriundos de una misma región.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión, deseamos subrayar que nuestra tesis no es que los jóvenes de la clase obrera baja sean los *únicos* hinchas fanáticos y violentos del futbol. Ni que todos los adolescentes y jóvenes pertenecientes a comunidades de clase obrera baja utilicen el futbol como ocasión para pelear. Algunos pelean en cualquier otro contexto y otros casi nunca pelean. Nuestro argumento es más bien que parecen ser los jóvenes y adolescentes de los sectores «rudos» de la clase obrera baja —no empleamos los conceptos *clase obrera ruda* y *clase obrera baja* como sinónimos en ninguna acepción simple— los transgresores principales y constantes en las acciones violentas más graves que tienen lugar en relación con el futbol. Tampoco pretendemos afirmar que los que hemos descrito como algunos de los atributos y valores típicos de los hinchas violentos y fanáticos del futbol sean exclusivos de estos grupos o generados exclusivamente por la «segmentación ordenada». Son manifiestas formas muy similares de masculinidad en el cuerpo de policía y en el ejército, por ejemplo, y quizá también en otros contextos ocupacionales.[49]

Para terminar, no es nuestra intención decir que porque se demuestre que el fenómeno hincha en los partidos de futbol está profundamente arraigado en la historia de Gran Bretaña no haya cambiado ni un ápice en sus formas, contenidos y consecuencias. Entre los factores que han contribuido a configurar el fenómeno de la violencia en el futbol desde fines de la década de 1950 se

hallan: los cambios estructurales ocurridos en los sectores «rudo» y «respetable» de la clase obrera y en las relaciones entre ellos; el aumento de un mercado del ocio específicamente juvenil; la posibilidad y el deseo cada vez mayores entre los jóvenes de viajar de forma regular para asistir a los partidos de futbol; los cambios en la estructura del juego mismo; los esfuerzos concretos de las autoridades futbolísticas para tratar de reprimir la violencia de este fenómeno y, sobre todo, la intervención del gobierno central en este proceso; los cambios habidos en los medios de comunicación de masas, en especial la llegada de la televisión y el nacimiento de la prensa «tabloide», con su especial manera de entender cuáles son las «noticias valiosas», un concepto basado en la competencia y orientado hacia lo comercial y, por último, el reciente derrumbe casi absoluto del mercado de trabajo para los jóvenes. En nuestra opinión, estos factores, todos ellos históricamente muy concretos, al menos en cierto sentido han contribuido de manera significativa a dar forma, contenido y difusión al fenómeno *hooligan* desde la década de 1950. En lo que diferimos de otros autores que se han ocupado del tema es en la cuestión de hasta qué punto se debe privilegiar alguno de estos factores o alguna combinación de ellos como causa central del nacimiento de la violencia en el futbol. Nuestra investigación nos lleva a creer que los valores subyacentes en la conducta de los hinchas violentos durante los partidos de futbol y en contextos relacionados con este juego son rasgos relativamente constantes, arraigados y duraderos de las comunidades pertenecientes a determinados sectores de la clase obrera. Si estamos en lo correcto, de ello se deduce que para entender adecuadamente este fenómeno es necesario no sólo un análisis de los desarrollos sociales (incluidos los económicos) habidos desde la segunda Guerra Mundial sino, lo que es más importante, un análisis *desarrollista* que explique, primero, la forma y el grado en que tales comunidades y los valores que preconizan se han producido y reproducido a lo largo de un periodo mucho más largo y, segundo, la forma y el grado variable en que el futbol ha constituido un escenario para la expresión de estos valores.

X. El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones

ERIC DUNNING

INTRODUCCIÓN

Pocos sociólogos negarían que los cambios que están ocurriendo en las relaciones entre los sexos son uno de los temas sociales más importantes de nuestro tiempo, si bien la mayor parte de ellos los consideraría probablemente de menor importancia que, por nombrar algunos otros problemas, la pobreza, la desnutrición, el desempleo y el conflicto racial.[1] No obstante, con la única excepción de la amenaza de guerra nuclear, que tiene implicaciones universales y que, con absoluta probabilidad, haría sentir sus consecuencias en todo el mundo, en un aspecto son las relaciones entre los sexos *más* fundamentales que estas otras cuestiones. Y ello es así porque, aun cuando son principalmente las mujeres de clase media de los países más industrializados las que han comenzado a tomar conciencia del dominio masculino o patriarcado como problema social, y han empezado a combatirlo, hay una dimensión sexo / género presente en todas las demás cuestiones sociales fundamentales, como en las de clase y raza. Sin embargo, pese a la universalidad e importancia social de la diferenciación de género, y pese a la naturaleza cada vez más problemática de las relaciones entre los sexos en las sociedades industrializadas —algo particularmente manifiesto en la ruptura y/o transformación que actualmente sufren las formas tradicionales del matrimonio y la familia—, no puede decirse aún que se haya teorizado adecuadamente sobre tales temas desde el punto de vista de la sociología.[2] Y tampoco, como parte del nexo global relevante en este contexto, se ha prestado mucha atención al deporte, tradicionalmente uno de los principales cotos masculinos y por ende de importancia potencial para el funcionamiento de las estructuras patriarcales. No es difícil hallar las razones posibles que expliquen este doble fracaso de la imaginación sociológica.

En los últimos años, a consecuencia principalmente del desafío feminista, se ha visto cada vez con más claridad que la sociología surgió como un campo atravesado por ideas patriarcales. Comte, por ejemplo, consideraba a las mujeres «intelectualmente inferiores» a los hombres y creía que la familia había de basarse en el dominio del marido.[3] Supuestos afines se hallan en la obra de

Durkheim[4] y continúan permeando contribuciones más recientes a este tema. La sociología del deporte es una de las áreas menos desarrolladas de la sociología[5] pero, tomando en cuenta el patriarcado implícito en la disciplina en general, no es de extrañar que hipótesis indicadoras de un dominio masculino incuestionado se hayan incluido generosamente en los trabajos realizados en este campo hasta ahora. Una consecuencia de este dominio es que la naturaleza patriarcal del deporte moderno y el papel que éste pueda representar en el mantenimiento de la hegemonía masculina sólo han sido cuestionados por un puñado de escritores feministas. No obstante, la mayoría de ellos ha tendido a centrarse en cuestiones como la discriminación contra las mujeres en el deporte[6] y, si bien sus trabajos han coadyuvado a crear las condiciones para una posible teorización, ninguno ha intentado aún una teorización sistemática de las formas de dominación existentes en y a través del deporte o de las transformaciones ocurridas en ese aspecto. Quiero, con este trabajo, *iniciar* la marcha en esa dirección.

Para ser más exacto, utilizando los datos de que dispongo con respecto a Gran Bretaña, voy a analizar el deporte como un coto reservado a los varones y el papel que desempeña, en relación con otras fuentes, en la producción y reproducción de la identidad masculina. Antes sin embargo de entrar en sus aspectos más concretos, daré a conocer algunas de las principales hipótesis sociológicas sobre las que se basan mis argumentos esenciales.

EL EQUILIBRIO DE PODER ENTRE LOS SEXOS: ALGUNAS HIPÓTESIS SOCIOLÓGICAS

El primer punto por señalar es que, al igual que ocurre con el resto de las interdependencias sociales, el mejor modo de conceptuar la interdependencia de hombres y mujeres, al menos en primera instancia, es partir del equilibrio o reparto del poder entre las partes implicadas. Éste constituye una «estructura profunda» dentro de la cual se generan y mantienen las ideologías y los valores que gobiernan las relaciones entre los sexos. Ahora bien, aunque tales ideologías y valores constituyen un ingrediente activo en el equilibrio de poder entre los sexos —en el sentido, por ejemplo, de que pueden impulsar a hombres y mujeres a luchar por lo que creen que son sus intereses—, sucede que las transformaciones en las relaciones entre los sexos y en las ideologías y los valores que las gobiernan dependen a menudo de otros cambios ocurridos con anterioridad en ese subyacente equilibrio de poder y que no son intencionados ni responden a ideologías y valores específicamente definidos. El segundo punto es que la balanza de poder entre los sexos tenderá a inclinarse a favor de los hombres en tanto la violencia y la lucha sean males endémicos de la vida social. Así sucede, naturalmente, en las sociedades guerreras, pero también esto tiende a ser válido para las sociedades industrializadas en las que el poder de la élite militar es alto en relación con el de la población civil y para los sectores de la

estructura social en que las condiciones sociales conducen a la producción y reproducción de bandas proclives a pelear. La balanza de poder entre los sexos se inclinará igualmente a favor de los hombres en la medida en que ellos tengan mayores oportunidades que las mujeres para emprender acciones unificadas y monopolicen el acceso y el control de las esferas institucionales determinantes en la vida, sobre todo las de la economía y el Estado. A mayor abundamiento, cuanto más extensas sean las formas de supremacía masculina en una sociedad, mayor será la tendencia a que prevalezca una estricta segregación entre los sexos. Conclusión de estas teorías es que las posibilidades de dominio de los hombres tenderán a reducirse y aumentarán consiguientemente las de las mujeres a medida que se vuelvan más pacíficas las relaciones dentro de la sociedad o de una parte de ella, cuando las posibilidades por parte de las mujeres de actuar unitariamente se aproximen o rebasen las de los hombres, y cuando empiece a derrumbarse la segregación de los sexos. Un corolario más es que los valores machistas tenderán a desempeñar un papel más importante en la identidad masculina bajo condiciones sociales en las que la lucha sea moneda corriente y la balanza de poder se incline en favor de los hombres. Consecuentemente, las tendencias machistas de éstos sufrirán lo que podríamos denominar un giro «civilizador» en la medida en que las relaciones sociales se pacifiquen, las oportunidades de poder para las mujeres aumenten y la segregación sexual disminuya.

En el fondo de estas ideas subyacen dos hechos innegables; el primero, aunque con algunas excepciones en ambos sexos: los hombres son en general más grandes y fuertes que las mujeres y, por ende, mejores que ellas para luchar; y el segundo: el embarazo y la crianza de los niños tienden a incapacitar a las mujeres, entre otras cosas, para todo lo relativo a la lucha. Naturalmente, la moderna tecnología armamentista puede llegar a equiparar y quizás eliminar por completo las ventajas innatas en los hombres para pelear. Del mismo modo, las técnicas actuales de control de la natalidad han reducido el número de embarazos y con ello el tiempo invertido por las mujeres en gestar y criar a sus hijos. En otras palabras, las posibilidades de dominación por parte de los hombres debidas a su fuerza y capacidad para luchar varían en sentido contrario al del desarrollo tecnológico —es decir, son mayores cuando el desarrollo tecnológico es débil y viceversa—. No obstante, parece razonable suponer que la influencia más importante de todas sea, probablemente, el nivel de formación del Estado, o para ser exactos, el grado en que el Estado es capaz de mantener el monopolio sobre el uso de la fuerza física.

Este modo de enfocar los problemas de la dominación e identidad masculinas deriva de la obra de Norbert Elias.[7] Se trata de una visión bastante diferente de la de los marxistas, que en gran parte atribuyen el complejo machista a las exigencias y restricciones que impone el trabajo manual.[8] Para precisar más: aunque puede que tales restricciones contribuyan a sustentar las formas más

extremas de la identidad machista, premiando por ejemplo la fuerza física, es difícil entender cómo *por sí solas* podrían haber generado una ética en que la rudeza y la habilidad para pelear son fundamentales y que celebra la lucha como una de las principales fuentes de sentido y gratificación en la vida. Efectivamente, es discutible que un enfoque como éste pueda ilustrar las ideas patriarcales implícitas en tantas teorías sociológicas como se han elaborado hasta el momento. Así sucede cuando se cree que la producción y reproducción de la vida material radican primordialmente en la economía y cuando la importancia de la familia y las relaciones entre los sexos se relegan, al menos de forma implícita, a un plano secundario.

Hemos llegado a un punto en el que es posible analizar algunas relaciones entre el deporte y la actitud patriarcal. Para ilustrar tales relaciones expondremos muy brevemente tres estudios de caso, que son: el desarrollo de los modernos «deportes de combate»; el nacimiento y posterior (relativa) declinación de la subcultura machista que estuvo tradicionalmente asociada con el rugbi; y el fenómeno de la violencia en el futbol por parte de los hinchas tal como existe actualmente en Gran Bretaña.

ALGUNOS ASPECTOS DEL DESARROLLO DE LOS MODERNOS «DEPORTES DE COMBATE»

Todos los deportes son inherentemente competitivos y tendentes, por tanto, a despertar la agresión. En determinadas condiciones, esta agresión puede desbordarse en formas francamente violentas que son contrarias a las reglas. En ciertos deportes sin embargo —como el rugbi, el futbol, el jóquey y el boxeo, por ejemplo—, la violencia entendida como un «combate en juego» o una «batalla fingida» entre dos personas o grupos constituye un ingrediente central y legal. En la sociedad contemporánea estas clases de deportes son enclaves en los que se permite la expresión socialmente aceptable, ritualizada y más o menos controlada de la violencia física. Sólo de los «deportes de combate» como éstos, más exactamente de los que implican un combate a modo de juego entre dos equipos, habré de ocuparme en el presente ensayo.

Las raíces de los modernos deportes de combate como el futbol, el rugbi y el jóquey pueden rastrearse de forma directa hasta una serie de juegos populares y variables de un lugar a otro durante la Edad Media y los principios de la Edad Moderna, juegos conocidos con nombres diversos como *futbol, hurling, knappan* y *camp ball*,[9] que se jugaban conforme a reglas no escritas en las calles de las ciudades y en el campo abierto. No había agentes «externos» de control como árbitros o jueces de línea, y a veces en ellos tomaban parte hasta 1 000 personas por cada bando. Pese a las diferencias entre aquellos juegos, una de las características principales de todos ellos en relación con los deportes modernos era su elevado nivel de violencia visible. Los jugadores expresaban sus

emociones con bastante libertad y sólo practicaban un autocontrol bastante relajado. De hecho, tales juegos eran una especie de lucha ritualizada en la que los grupos podían medir su fuerza contra la de los rivales de la localidad generando al mismo tiempo, de forma relativamente agradable, una emoción afín a la que se experimenta en una batalla. Este tipo de juegos, como es obvio, correspondía a la estructura de una sociedad donde el nivel de formación del Estado y, en un marco más general, el nivel de desarrollo de la sociedad eran relativamente bajos, donde la violencia se manifestaba como una característica de la vida cotidiana más regular y patente que hoy, y donde la balanza de poder entre los sexos se inclinaba mucho más del lado de los hombres. En resumen, estos juegos populares eran la expresión de una forma bastante pronunciada de patriarcado y, por consiguiente, expresaban los valores machistas casi sin cortapisas.

Los primeros avances significativos hacia la «modernización» de tales juegos tuvieron lugar en las escuelas privadas durante el siglo XIX.[10] Fue en ellas donde los jugadores comenzaron a estar sujetos a la restricción de normas escritas, muchas de las cuales tenían que ver expresamente con la eliminación o el control de las formas de violencia más extremas. En otras palabras, la incipiente modernización del futbol y juegos afines incluyó una serie de cambios que los hizo más «civilizados» de lo que habían sido sus antecedentes. El comparativo es importante: significa no que estos juegos se volvieran «civilizados» en un sentido absoluto sino sólo más civilizados, pues continuaron reflejando las ideas patriarcales características de toda sociedad que aún se encuentra en una etapa relativamente temprana de su nacimiento como nación-Estado urbana e industrial. Esto queda de manifiesto en el hecho de que se justificó ideológicamente la necesidad de tales juegos aduciendo que servían en parte como entrenamiento para la guerra, en parte para educar a quienes serían los líderes militares y administrativos del Imperio británico en expansión y, en parte, como medios para inculcar y expresar la «hombría».

Una buena idea de las normas de hombría presentes en los juegos que se practicaban en las escuelas particulares de aquel entonces la proporciona la crónica escrita por «Un Antiguo Jugador de Rugbi» —así firmaba la nota— en la revista de su colegio en 1860. En ella comparaba el juego de entonces con el rugbi de sus días escolares, tan sólo unos dos o tres años atrás. El Antiguo Jugador escribió:

> Tendrían que haber visto los *scrums** en el partido de sexto curso de hace dos años [...] A los tipos les importaba un bledo la pelota, salvo cuando les proporcionaba un pretexto aceptable para patear al contrario. ¡Recuerdo un *scrum*!... Ya llevábamos cinco minutos tirándonos puntapiés y como si nada; de hecho los muchachos apenas habían comenzado a entrar en calor cuando un espectador... nos informó que la pelota nos ofrecía nuestra oportunidad en lo alto de la isla... Y entonces, allí estaba Hookey Walker, el pateador más importante del grupo de sexto. ¡Caray! ¡Nada más ingresar

en la escuela… incapacitó a 10 compañeros para la temporada y envió a casa a otra media docena para lo que quedaba!… Sólo verlo salir de un *scrum* bastaba para que las señoras chillaran y se desmayaran ¡Válgame Dios, hombre! Ahora lo que más gusta es presenciar un *scrum* —para mayor vergüenza nuestra—. Y entonces no había nada de ese jugar esquivando bajo cuerda la pelota que se practica ahora; nada de pasarla de largo de uno a otro; todo el juego era viril y directo. ¡Si dejar ir el balón una vez que ya estabas en un *scrum* era considerado una transgresión de las reglas tan flagrante como recogerlo estando fuera de tu campo! Tampoco se veía entonces que ningún jugador escurriera el bulto tratando de zafarse de los *scrums* como se ve todo el tiempo hoy en día. Lo consideraban a uno indigno si no estaba cubierto de pies a cabeza con la madre tierra a los 10 minutos de comenzado el partido… Hoy en cambio, ¡maldita sea!, ni siquiera se nos da la oportunidad de presenciar una caída como es debido. Y no es de extrañar, viendo a esos jovencitos *dandies* caminar como si nada, atravesando el terreno de juego con afectación y como si sus delicados huesos fuesen a quebrarse al más mínimo contacto violento con la pelota. ¡Que los cuelguen!… Si dentro de poco los veremos jugar con sus zapatos de domingo y con guantes de color lila… Mi regla a seguir es: pégale fuerte al balón cuando lo veas cerca y, si no lo está, pues pégale al jugador que tengas al lado.[11]

Este relato nos da una buena idea de la norma de «hombría» que regía en el rugbi en aquella etapa. Asimismo, proporciona fundamento para concluir que el juego estaba cambiando en un sentido «civilizador». De ahí que el Antiguo Jugador de Rugbi recomendara el regreso a las glorias de sus días de colegio, cuando —afirmaba— dar puntapiés en las espinillas al contrario era considerado más importante. Al mismo tiempo, deploraba la introducción del «pase», ya que en su opinión estaba «afeminando» el juego. La norma anterior descrita por él recuerda el boxeo y la lucha libre de la antigua Grecia, que, como Elias ha mostrado, se basaban en una ética guerrera que decretaba una cobardía esquivar o retroceder ante los golpes del contrario.[12] Puesto que el Viejo Jugador consideraba «bajo» e «indigno de un hombre» fingir un ataque o pasar el balón a un compañero de equipo para evitar un puntapié, parece que al principio el rugbi se basaba en una ética similar. En esa etapa la pelota era relativamente poco importante para el juego. Los choques consistían en tirar patadas indiscriminadamente y, en los partidos, lo que los «hombres» tenían que hacer era resistir al contrario y enfrascarse en un lucha directa a puntapiés. De ahí se seguía que la fuerza y el valor como «pateador» fuesen los principales criterios para ganarse una reputación de «hombría» en el juego.

Igualmente, el relato del Antiguo Jugador de Rugbi proporciona una pista sobre el ideal de los hombres de clase media y clase media alta acerca de la identidad femenina en aquellos años. Así, mientras el ideal masculino es pintado como jactancioso y físicamente rudo, la mujer ideal —a los ojos de los hombres— es retratada como timorata, débil y dependiente. Esto se correspondía con la imagen de los papeles masculino y femenino encarnados en la familia patriarcal, que entonces estaba convirtiéndose en la norma entre las clases medias cada vez

más numerosas. Es posible suponer que, contrariamente a la visión feminista hoy tan difundida, si es que no dominante, quizás este tipo de familia haya representado, en un aspecto al menos, un giro hacia la igualdad de oportunidades de poder entre los sexos. La causa: porque amarró en la familia a más hombres y con más fuerza de los que había habido hasta entonces, sometiéndolos así a la posibilidad de una influencia y un control mayores y más constantes por parte de las mujeres. También posiblemente contribuyera a la igualdad de oportunidades de dominio entre los sexos la transformación «civilizadora» global de la que hemos dado cuenta aquí a través del deporte. Ésta habría tenido ese efecto al imponer en los hombres todo un conjunto de restricciones internas y externas[13] sobre la expresión de la agresividad, por ejemplo, mediante el código de «caballerosidad», restringiendo de este modo sus oportunidades de usar una de sus principales ventajas de dominio con respecto a las mujeres —su fuerza y superioridad física como luchadores—. Esto a su vez habría incrementado las oportunidades de las mujeres para actuar unitariamente *por sí solas*, por ejemplo organizando marchas y manifestaciones. Y este resultado lo habría obtenido al reducir la probabilidad de que tales manifestaciones de la naciente unidad y poder femeninos recibieran una respuesta violenta de los hombres, de sus maridos y padres en el contexto doméstico y de la policía y la opinión pública en general en el contexto de las manifestaciones callejeras. Para ser más precisos: si se hubiera podido esperar una respuesta no violenta de los hombres a tales acciones políticas de las mujeres, los temores de éstas se habrían reducido y aumentado paralelamente su confianza para continuar luchando por lo que ellas consideraban sus derechos. En resumen, parece razonable suponer que el cambio en el reparto de poder entre hombres y mujeres que se expresó públicamente por vez primera en el movimiento de las sufragistas pudo, al menos en parte, haber sido un componente esencial del desarrollo civilizador que acompañó el surgimiento de Gran Bretaña como nación-Estado urbano industrial.

De la discusión presentada hasta ahora se deduce que, pese a continuar revestido de valores patriarcales y afianzado por estructuras predominantemente patriarcales, el deporte moderno nació como parte de una transformación «civilizadora», uno de cuyos aspectos fue un giro, aunque leve, nivelador en la balanza de poder entre los sexos. Sin embargo, esto tuvo como consecuencia contribuir al desarrollo, en ciertas esferas, de expresiones simbólicas de machismo. Un ejemplo es el modelo de ruptura de tabúes socialmente permitido, el cual, en Gran Bretaña al menos, acabó asociado sobre todo, aunque no de manera exclusiva, con el juego del rugbi.[14] De algunos de los aspectos más destacados de este desarrollo paso a ocuparme en seguida.

Las tradiciones contenidas en la subcultura machista del rugbi cobran vida tras el partido en el bar del club o, cuando el equipo ha jugado en otras ciudades, en el autobús que lleva a los jugadores de vuelta a casa. Entre sus ingredientes centrales se cuenta el *striptease* masculino, una burla ritual de las mujeres que se desnudan. Tradicionalmente, la señal que marca el inicio de este ritual es una canción titulada «El guerrero Zulú». También las ceremonias iniciáticas son parte acostumbrada de la subcultura machista. Durante las ceremonias se desnuda al iniciado —recurriendo a menudo al empleo de la fuerza— y se profana su cuerpo, en particular sus genitales, quizá con cera para el calzado o con vaselina. La ingestión excesiva de cerveza, acompañada casi siempre de rituales y carreras que aumentan el consumo y la velocidad con que se emborrachan los participantes, también acabó firmemente arraigada en la tradición de los clubes de rugbi. Una vez ebrios, los jugadores entonan canciones obscenas y, si están presentes las esposas o novias de algunos de ellos, cantan «Buenas noches, señoras» como señal de que abandonen el recinto. A partir de ese momento, todo lo que suceda será exclusivamente para los hombres, y las mujeres que hayan optado por quedarse son vistas como unas degradadas.

Las canciones obscenas a que nos hemos referido tienen al menos dos temas recurrentes: por un parte, la burla de las mujeres y, por la otra, de los homosexuales. A primera vista puede parecer que no exista relación alguna entre ellos, pero es razonable suponer que ambos temas reflejen el poder cada vez mayor de las mujeres y la amenaza también creciente que ellas representan para la autoimagen tradicional de los hombres. El rugbi comenzó a convertirse en un juego de adultos a mediados del siglo XIX. Al principio era exclusivo de las clases media y media alta, un hecho que puede ser importante dado que la mayoría de las sufragistas pertenecían a esos mismos estratos sociales. En otras palabras, no es descabellado suponer que las mujeres de esos niveles de la sociedad estuvieran convirtiéndose entonces cada vez más en una amenaza para los hombres y que algunos de éstos respondieran a ese desafío convirtiendo el rugbi —que no era, naturalmente, el único enclave en que tal cosa ocurría— en un coto privado masculino en el cual poder reforzar su masculinidad amenazada y, al mismo tiempo, escarnecer, vilipendiar y cosificar a las mujeres, principal fuente de esa amenaza. Un breve análisis del contenido de un par de canciones típicas del rugbi ilustrará lo que acabamos de decir.

Un aspecto básico y recurrente en estas canciones es que denotan una actitud hostil, brutal pero al mismo tiempo temerosa de los hombres hacia las mujeres y el acto sexual. En la balada «Eskimo Nell», por ejemplo, ni siquiera el mujeriego «Dead Eye Dick» es capaz de satisfacer sexualmente a Nell.* Esta misión se deja en manos de su fiel sirviente «Mexican Pete», que realiza la tarea con su *six-shooter*.** En «El himno del ingeniero», el personaje central, un ingeniero cuya esposa «nunca estaba satisfecha», hubo de construir una máquina que cumpliera la parte erótica de su papel marital. La máquina logró lo que él no

había conseguido, pero en el proceso la esposa resultó brutalmente muerta. Pocas veces son retratados hombres o mujeres «normales» en estas canciones. Hacen falta poderes sobrehumanos o extrahumanos para que el «héroe» pueda satisfacer el voraz apetito sexual de la «heroína». Nada más revelador que esto de la función que tales canciones cumplen al expresar simbólicamente, pero quizá también reduciendo en cierto modo simbólicamente el miedo a las mujeres, para ellos tan poderosas y exigentes. Es probable que tales temores hayan aumentado proporcionalmente con respecto al poder de las mujeres.

El segundo tema recurrente en estas canciones obscenas es la burla de los hombres afeminados y homosexuales. El estribillo de una de ellas, tradicional en los círculos del rugbi, dice a la letra:

For we're all queers together,
Excuse us while we go upstairs.
Yes, we are all queers together,
That's why we go round in pairs.*

La función de este coro consiste, al parecer, en refutar la acusación antes de que ésta sea presentada, así como en subrayar y reforzar la masculinidad haciendo escarnio no sólo de las mujeres sino también de los homosexuales. En los últimos años, a medida que las mujeres han cobrado fuerza y poder para poner en jaque su real subordinación, si es que no su objetivación simbólica, con un leve pero incesante éxito, se han vuelto cada vez más normales unas pautas menos segregadas de relación entre los sexos. Ante tales circunstancias, los hombres que se aferraban al viejo estilo y continuaban disfrutando con su participación en grupos exclusivamente masculinos han de haber visto sombras de duda sobre su propia masculinidad. Algunos pueden incluso haber empezado a dudar de sí mismos. Y esta clase de dudas deben de haber sido doblemente amenazadoras en una situación social como la de los clubes de rugbi, donde el objetivo principal a perseguir era la expresión de la masculinidad y la perpetuación de las normas tradicionales en este aspecto.

Los clubes de rugbi de Gran Bretaña ya han dejado de ser los cotos privados netamente masculinos que eran antes. El debilitamiento de las estructuras e ideologías que otrora aglutinaron a los jugadores de rugbi de forma compacta en grupos exclusivamente masculinos ha sido un proceso complicado —si la hipótesis presentada aquí tiene alguna validez—, así como la emancipación de las mujeres desempeñó un papel importante en su desarrollo, pero de igual manera la continuación de este proceso ha contribuido significativamente al debilitamiento posterior experimentado por tales estructuras e ideologías. Se ha llegado a una etapa en que las mujeres son visitantes frecuentes y, lo que es más importante, son bien recibidas en los clubes de rugbi. En parte fueron contingencias de tipo económico, más concretamente los bailes que se

organizaron para recabar fondos, lo que dio inicio a este cambio. En cualquier caso, este hecho económico refleja cambios de mayor envergadura en la estructura social, sobre todo en la situación de las mujeres dentro de esa estructura.

Los bailes introdujeron a las mujeres en el coto masculino del rugbi con el beneplácito oficial. Esto no quiere decir que antes su presencia estuviera totalmente prohibida. Al contrario, siempre han sido bien aceptadas —para hacer el té, preparar y servir comidas, admirar y animar a sus hombres—, pero, tradicionalmente, sólo se toleraba su presencia si se contentaban con ocupar un lugar secundario. En cambio ahora, las mujeres más emancipadas que han comenzado a entrar en los clubes, ya sea para asistir a los bailes, ya simplemente para beber con sus hombres, están cada vez menos dispuestas a aceptar esto. Tienden a valorar la independencia, a desear la igualdad y a ejercer el poder que la conveniencia en su papel de compañeras para los hombres les da en relación con ellos. Muestran renuencia a aceptar conductas que consideran intencionadamente agresivas, o bien ellas mismas actúan obscenamente como señal de su emancipación.

Puesto que hablamos de una situación dentro de un enclave social en el que las mujeres son sólo acompañantes de los hombres y la actividad principal es masculina, el predominio de los varones continúa claramente establecido. Con todo, los cambios que acabamos de señalar indican el punto hasta el cual se ha empezado a poner en tela de juicio y, en menor grado, se ha debilitado, el dominio masculino dentro de la sociedad británica. Al mismo tiempo, muestran naturalmente cuánto camino queda aún a las mujeres por recorrer antes de llegar a la igualdad plena con los hombres. Pues una de las razones por las que, en este caso, tienen que seguir a los hombres es el hecho de que son pocas las actividades recreativas comparables que están al alcance de las mujeres. Mucho más que ellos, las mujeres siguen aún encerradas en papeles domésticos y familiares. La falta de instalaciones recreativas para ellas refleja este hecho. Como lo refleja igualmente el hecho de que aún es difícil que entren solas en los bares sin que ello conlleve una pérdida de categoría o sin atraer la atención no deseada de los hombres. Esto, a su vez, obedece en gran parte a siglos de dominación masculina y a una estructura social global que, en términos generales, continúa reflejando y reforzando esa dominación. Refleja asimismo la existencia de pautas de socialización que preparan a las mujeres principalmente para desenvolverse en la esfera del hogar y en ocupaciones secundarias, y que limitan sus horizontes no sólo en la esfera ocupacional sino también en la esfera del ocio.

Parece razonable suponer que los cambios descritos que han tenido lugar en los clubes de rugbi en Gran Bretaña son sintomáticos de los cambios sociales asociados de manera más general al desarrollo del deporte moderno. La longitud de este ensayo no permite una discusión exhaustiva de las raíces sociales de tales

cambios. Basta simplemente decir que éstos tuvieron que ver en parte con el nacimiento de Gran Bretaña como nación-Estado urbana e industrial y que este proceso incluyó, entre sus principales componentes interactivos, una nueva estructura social caracterizada por normas de conducta más «civilizadas» y por un mayor grado de igualdad entre los sexos. Hay, no obstante, una clara excepción en este planteamiento general: el fenómeno de la violencia desmesurada en el futbol por parte de los hinchas, pues parece contradecir la hipótesis de que los cambios «civilizadores» han sido parte integrante del proceso de desarrollo de Gran Bretaña como nación-Estado urbana e industrial. A continuación presentaré un breve análisis de este fenómeno del futbol antes de proponer algunas observaciones como conclusión.[15]

SOCIOGÉNESIS DE LA VIOLENCIA EN EL FUTBOL POR PARTE DE LOS AFICIONADOS

Las características de esta clase de violencia más visibles de modo inmediato son las peleas y el despliegue de agresiones entre grupos rivales de aficionados. Las peleas adquieren formas diferentes y pueden presentarse en otros contextos fuera del estadio propiamente dicho. Puede tratarse, por ejemplo, de un combate cuerpo a cuerpo entre dos seguidores de equipos contrarios o entre dos grupos pequeños de ellos. Independientemente del nivel de lucha, a veces se utilizan armas blancas en estas confrontaciones, pero no de forma invariable. También pueden consistir estos combates en el lanzamiento de objetos que van desde los aparentemente inofensivos como cacahuates y vasos de papel, hasta otros potencialmente más peligrosos como dardos, monedas, ladrillos, trozos de hormigón, cohetes pirotécnicos, bombas de humo y, tal como ocurrió en una o dos ocasiones, bombas de gasolina.

El lanzamiento de objetos se efectúa por regla general dentro del estadio, si bien no es desconocido fuera de él, sobre todo cuando una densa presencia policial impide a los grupos de aficionados rivales entrar en contacto directo. A consecuencia de la política oficial de separar a los hinchas contrarios —una medida adoptada a fines de la década de 1960 para contrarrestar la violencia en el futbol, pero uno de cuyos efectos principales ha sido desplazar el fenómeno y aumentar su incidencia fuera de los estadios—, hoy el combate cuerpo a cuerpo es relativamente raro en las gradas, si bien todavía algunos hinchas, en grupos pequeños y no llevando insignias ni prendas que los identifiquen, logran infiltrarse en el territorio de sus rivales con objeto de provocar las hostilidades. Haber participado con éxito en una «invasión» confiere gran prestigio dentro de los círculos de aficionados al futbol. Lo más común sin embargo hoy en día es que los enfrentamientos tengan lugar antes del partido, por ejemplo en los bares o en las zonas céntricas de la ciudad, o bien después de éste, cuando la policía intenta conducir a los hinchas del equipo visitante hacia la estación de autobús o

de ferrocarril. Entonces es cuando suelen ocurrir las confrontaciones a mayor escala. Éstas suelen iniciarse con una «corrida», es decir con unos 200 o 300 adolescentes y jóvenes que se adueñan de la calle buscando una brecha en las barreras de la policía que les permita entrar en contacto con el «enemigo». Cuando consiguen zafarse del control policial —esos que llamaríamos hinchas «empedernidos» utilizan complicadas estrategias con tal de lograr este objetivo —, lo que tiene lugar es, típicamente, una serie de escaramuzas sobre una extensión bastante grande de terreno y en cada una de las cuales participan hasta 20 o 30 jóvenes aproximadamente. También estallan peleas cuando los aficionados rivales coinciden por casualidad en algún sitio, como en los vagones del metro o en cafeterías de la carretera. Y además, tienen lugar a veces *dentro* de los propios grupos de aficionados, cuando se componen, por ejemplo, de participantes procedentes de barriadas o puntos distintos de una misma localidad. Tampoco son desconocidos los «grupos de choque». Por ejemplo, varios clubes de Londres se congregan a veces en Euston o en alguna otra terminal de ferrocarril de la capital para atacar conjuntamente a los seguidores de otros equipos que viajan a Londres procedentes del norte.

Durante el partido, los grupos rivales prestan tanta o más atención los unos a los otros como al juego en sí mismo, pues cantan, gritan consignas y gesticulan todo el tiempo para manifestar su oposición. Sus cantos y gritos expresan recurrentemente desafíos a pelear y amenazas de violencia. Cada grupo en particular tiende a tener su propio repertorio de canciones y consignas, pero muchas de ellas son variaciones locales sobre un fondo común de temas. En este aspecto, como Jacobson ha mostrado,[16] es esencial el hecho de que las letras de estos cantos van remachadas con palabras como «odiar», «morir», «pelear», «patear» y «rendirse», todas las cuales transmiten imágenes relacionadas con batalla y conquista. He aquí dos ejemplos, citados por Jacobson, del repertorio de los hinchas del Chelsea:

(Canción según la música de «Those were the days, my friend» [«Aquellos fueron los días, amigo mío», pero conocida en español como «Qué tiempos tan felices»].)

We are the Shed,[17] my friends,
We took the Stretford End.[18]
We'll sing and dance and do it all again.
We live the life we choose,
We fight and never lose.
For we are the Shed,
Oh Yes! We are the Shed.*

(Canción a ritmo de «I was born under a wandering star» [«Nací bajo una estrella

errante»].)

I was born under the Chelsea Shed.
Boots are made for kicking,
Guns are made to shoot.
Come up to the Chelsea Shed
And we'll all lay in the boot.**

Aparte de la violencia, la de-masculinización simbólica de los hinchas rivales es otro tema recurrente en este tipo de canciones, como cuando los llaman, a ellos y/o al equipo que apoyan, «señoritas» o «castrados», acompañando todos en masa sus palabras con el gesto representativo del acto masturbador masculino. Otro tema aún es la degradación de la comunidad a la que pertenecen los contrarios, por ejemplo en la siguiente canción, entonada al ritmo de «In my Liverpool home» [«En Liverpool, mi hogar»]:

In their Highbury slums,
They look in the dustbin for some thing to eat,
They find a dead cat and they think it's a treat,
In their Highbury slums.*

Como puede verse por lo descrito, al menos una parte significativa de los aficionados que se hacen merecedores del membrete de *hooligan* parecen estar tanto o más interesados en la lucha que en presenciar un partido de futbol. Para ellos, el juego consiste primordialmente en la expresión de su machismo, ya sea con los hechos derrotando a sus rivales y haciéndolos huir, ya simbólicamente vía las canciones y lemas que entonan.

De éste y del anterior capítulo se desprende claramente que un componente básico de la violencia en el contexto del futbol es la expresión de una determinada identidad masculina, de lo que podríamos denominar un «estilo masculino violento». Las pruebas de que disponemos actualmente inducen a pensar que la mayoría de los hinchas irrevocablemente violentos proceden de los estratos socioeconómicos más deprimidos de la clase obrera, y parece razonable suponer que este estilo masculino violento es el resultado de factores estructurales muy concretos de las comunidades de clase obrera baja. Para describir tales comunidades, Gerald Suttles ha acuñado el término *segmentación ordenada* y les ha atribuido como una de sus características dominantes la existencia de los «grupos de jóvenes de igual edad y sexo» o «bandas callejeras».[19] Tales grupos, según este autor, parecen «desarrollarse con toda lógica a partir de la enorme importancia que en esos sectores sociales se confiere a las diferencias de edad, la separación de los sexos, la unidad territorial y la solidaridad étnica». No obstante, señala que también se producen conflictos

intraétnicos en tales grupos y admite que la diferenciación y la solidaridad de raza son factores contingentes más que necesarios en su formación. Con otras palabras, la gradación por edad, la segregación de los sexos y la identificación territorial muestran a las claras ser los determinantes estructurales internos decisivos. En las comunidades en que éstos son los elementos centrales de la estructura social, a los jóvenes se les deja en gran medida solos y ellos tienden a agruparse en bandas, determinadas por una parte, por lazos de parentesco y proximidad física como vecinos de residencia y, por la otra, por la amenaza que para ellos representa el desarrollo de bandas paralelas en vecindades adyacentes. También tienden estas comunidades, a la fragmentación interna, salvo cuando, argumenta Suttles, surge un enfrentamiento real o a nivel de rumor entre las bandas, pues en ese caso éstas pueden hacerse con la unión y la alianza de todos los varones de la comunidad.

En un desarrollo posterior de su análisis, Suttles introdujo el concepto de *la vecindad defendida*, sugiriendo que es posible ver a los grupos callejeros de adolescentes formados en los barrios bajos como «bandas de vigilancia», las cuales no son sino el resultado de la «inadecuación de las instituciones formales que tienen, por orden de las autoridades, la responsabilidad de proteger las vidas y propiedades.[20] Ésta es una idea interesante, acorde en cierto modo con la teoría eliasiana del «proceso civilizador» y con su acento en el papel desempeñado por el control cada vez mayor del Estado en el nacimiento de normas sociales «más civilizadas». Es decir, siguiendo la teoría de Elias, incluso en las naciones-Estado urbanas e industrializadas son de esperarse niveles relativamente altos de violencia en el seno de comunidades en las que el Estado y sus agentes no se han mostrado capaces o dispuestos a ejercer un control eficaz. Permítaseme a continuación explorar cómo la estructura de tales comunidades conduce a la producción y reproducción de la «masculinidad violenta» como una de sus características dominantes.

En la medida en que sus estructuras internas se acercan a la «segmentación ordenada» y en la medida en que no están sujetas a un control eficaz por parte del Estado, las comunidades de los estratos más bajos de la clase obrera tienden a generar normas que, en relación con los demás grupos sociales, toleran un nivel alto de violencia en las relaciones sociales. En correspondencia con esto, tales comunidades presionan comparativamente poco a sus miembros para que autocontrolen sus inclinaciones violentas. En esta dirección operan diversos aspectos de su estructura. Así, la libertad comparativa que los niños y adolescentes de clase obrera baja gozan con respecto al control de los adultos implica que aquéllos tiendan a interactuar de modo relativamente violento y a desarrollar jerarquías de dominio en las cuales son factores determinantes la edad y la fuerza física. Esta pauta se refuerza gracias a las normas características de los adultos dominantes en ese tipo de comunidades. A reforzarla contribuyen igualmente la segregación sexual, el dominio del hombre sobre la mujer y la

consiguiente falta de presión femenina que podría «suavizar» un poco el estado de cosas. No podía ser de otro modo, pues, si para cuando alcanzan la edad madura las mujeres de estas comunidades son ya también relativamente violentas y esperan ser tratadas con violencia por sus maridos, las propensiones violentas de éstos no pueden sino acentuarse. Otra causa más que refuerza la violencia masculina son las frecuentes enemistades entre familias, vecinos y, sobre todo, entre las bandas callejeras. En resumen: este tipo de comunidades de los estratos bajos de la clase obrera se caracterizan por una especie de «ciclo de retroalimentación positiva» que tiende a fomentar el empleo de la violencia en prácticamente todas las relaciones sociales, sobre todo por parte de los hombres. Un efecto de este «ciclo» es que confiere prestigio a los varones que saben pelear. Y, correspondientemente, se da en ellos la tendencia a desarrollar el gusto por la lucha, a verla como una fuente básica que proporciona sentido y gratificación a sus vidas. La diferencia central en este aspecto entre las comunidades de clase obrera baja y las de sus equivalentes más «respetables» en las clases obrera media y alta resulta ser que, en las últimas, normalmente tiende a condenarse el uso de la violencia en las relaciones personales directas, mientras que en las primeras se disculpa y aun se premia por regla general. Otra diferencia es el hecho de que en las clases «respetables» se tiende a desplazar la violencia «tras bambalinas» y, cuando estalla de todos modos, tiende a adoptar una forma más «instrumental» y a suscitar sentimientos de culpa. Por el contrario, en las comunidades «rudas» de la clase obrera suele darse más rienda suelta a la violencia en público y ésta, como contrapeso, adopta una forma «expresiva» o «afectiva». Por esa razón tiende a asociarse, en mayor medida que la otra, con sentimientos agradables.

Es razonable suponer que el «estilo masculino violento» generado de este modo en los sectores «rudos» de la clase obrera sea el que se manifiesta principalmente en los combates que tienen lugar entre los aficionados en el contexto del futbol. Es decir, los testimonios actualmente existentes apuntan a que son los adolescentes y jóvenes pertenecientes a este sector de la clase obrera los que constituyen el núcleo principal de quienes constantemente incurren en las acciones más violentas que tienen lugar en el contexto del futbol. Por supuesto que no es el futbol el único cauce de expresión de este estilo. No obstante, en muchos aspectos resulta un escenario altamente apropiado, debido a que los partidos de futbol son en sí mismos batallas cuyo contenido principal es la expresión de la masculinidad, aunque sea de un modo socialmente aprobado y controlado. También el equipo de futbol proporciona a los adolescentes y adultos jóvenes de la clase obrera un símbolo con el que todos se identifican, hasta el punto de que llegan a considerar el estadio, más concretamente las gradas que siempre ocupan, como su «terreno» propio. Al mismo tiempo, el futbol lleva regularmente a su territorio a un «enemigo» fácilmente identificable: los seguidores del equipo contrario, que son vistos como «invasores». Para

terminar, la enorme asistencia de personas a los partidos ofrece el marco idóneo para participar en lo que oficialmente son actos «antisociales» con relativa impunidad y de modo más o menos anónimo, sin contar con que la nutrida presencia de policías añade la emoción que produce enfrentarse periódicamente con los agentes de la ley.

He llegado ahora a un punto en el que creo poder ofrecer algunas observaciones a modo de conclusión.

CONCLUSIÓN

En el presente ensayo he indicado la posibilidad de rastrear los orígenes de algunos «deportes de combate» modernos en una serie de juegos tradicionales populares cuya violencia trasluce su arraigo en una sociedad que era más violenta y por consiguiente más patriarcal que la nuestra. Remonté luego la incipiente modernización de estos deportes hasta las escuelas privadas, dando a entender que los cambios «civilizadores» ocurridos a este respecto eran sintomáticos de un conjunto más amplio de mutaciones que, entre otros efectos, aumentaron el poder de las mujeres en relación con el de los hombres. Algunos de éstos respondieron a la nueva situación de cambio en la balanza de poder haciendo de los clubes de rugbi —que no eran naturalmente los únicos enclaves creados para tal propósito— cotos exclusivamente masculinos en los que los varones podían simbólicamente escarnecer, cosificar y vilipendiar a las mujeres, las cuales, ahora más que nunca, representaban una amenaza para su posición y su autoimagen. La progresiva emancipación de las mujeres ha erosionado de manera importante este aspecto de la «subcultura» del rugbi. Por último, he examinado la contradicción que para mi tesis supone aparentemente el fenómeno de la violencia desaforada por parte de los aficionados al futbol, y he apuntado que una de sus características principales es el «estilo masculino violento» producido y reproducido estructuralmente en determinados sectores de la clase obrera baja. En sí misma, no constituye una contradicción a mi tesis pero sí revela tanto la irregularidad con que han ocurrido el proceso «civilizador» y el de formación del Estado como el hecho de que en la Gran Bretaña actual aún existen sectores de la estructura social que continúan generando una agresividad machista más o menos extrema.

Una diferencia capital entre el machismo expresado, por una parte, en la violencia del futbol y, de forma más general, en el estilo violento de los hombres «rudos» de la clase obrera y, por la otra, el que se muestra en el rugbi, consiste en el hecho de que los jugadores de este deporte tienden a canalizar su violencia y su rudeza física en el propio juego, socialmente aprobado, en tanto que para los obreros la violencia tiende a ser una parte más de sus vidas. Merece asimismo señalarse que, mientras los jugadores de rugbi —cuando la subcultura de su coto

masculino se hallaba en su punto más crítico— tendían a burlarse de las mujeres, a cosificarlas y escarnecerlas *simbólicamente* por medio de rituales y canciones, las mujeres no figuran en los cantos de los hinchas futboleros en absoluto. Tal vez esto sea una prueba de que en los sectores más bajos de la clase obrera ellas gozan de menos poder y, por tanto, representan una amenaza también menor para los hombres de esas comunidades.

Es probable que la deducción más importante derivada del presente análisis sea el hecho de que, en lo que respecta a la producción y reproducción de la identidad masculina, el deporte sólo tiene una importancia secundaria. Mucho más significativas en este aspecto son, al parecer, las características estructurales de la sociedad en general que afectan al reparto proporcional de poder entre los sexos y al grado de separación entre ellos existente en la necesaria interdependencia de hombres y mujeres. Todo lo que puede decirse del deporte a este respecto es que desempeña un papel secundario, de refuerzo. Pese a lo cual contribuye sin embargo decisivamente al sostenimiento de formas más moderadas y controladas de agresividad machista en una sociedad donde son escasas las ocupaciones laborales que, como en el ejército y la policía, ofrecen con frecuencia oportunidades para pelear y donde el desarrollo tecnológico se ha orientado por completo durante largo tiempo a reducir la necesidad de la fuerza física. Naturalmente que, en tanto la socialización de las mujeres las haga sentirse atraídas por los hombres machistas, los deportes, los deportes de combate sobre todo, contribuirán de forma relativamente importante a la perpetuación tanto del machismo como de la dependencia de las mujeres derivada de él. Probablemente sea ocioso especular acerca de si los deportes de combate continuarían existiendo en una sociedad más «civilizada» que la nuestra. Una cosa sin embargo es relativamente segura: que aun cuando el avance hacia la igualdad tienda a fomentar los conflictos a corto y medio plazos, dicha sociedad terminaría por fuerza siendo más igualitaria, con un grado de igualdad entre los sexos, las clases y las «razas» muy superior al logrado hasta el momento.

Índice analítico

aborígenes australianos: 294
Abrams, Philip: 37 n
administración familiar: 117
Adorno, Theodor: 44, 339
afición, ética del deporte de: 285-287, 290, 292
aficionismo: 43, 274, 288n
afinidad electiva: 284n
agresión / agresividad: 102 y ss.; metonímica: 331; ritualizada: 331; simbólica: 331
Albonico, Rolf: 144
alborotos: 103-104
alcohol: 179-180; y la violencia en el fútbol: 326-327
Angriffslust: 301
antinaturalismo: 46
Aquiles: 197, 206-207
aristocracia: 65, 70-71, 73, 80
Aristóteles: 82, 92n, 114, 127, 128-129
armonía: 262
Arraquion de Figalía: 194
arte griego: 200 y ss.
ascholia: 128
Atenas: 188, 206, 207, 209
autocontrol: 52, 53, 64, 88-89, 91, 92, 100, 111, 166 y ss., 172, 175-176, 221 y ss.
autopacificación de las clases altas: 104, 236 y ss.

baile, el: 115, 127
baloncesto: 220n
bandas callejeras: 332, 333, 334 y ss.
batalla, excitación, tensión de la: 96-97, 104-105; remedo de: 67, 93-94, 106-107, 222 y ss., 295
Bauman, Zygmunt: 37n
beber en compañía: 178 y ss.
bebida, y violencia en el fútbol. *véase* alcohol

Beckford, Peter: 226, 227-228, 233-234
beduino, síndrome del: 334
Bott, Elizabeth: 318
Bourdieu, Pierre: 39
boxeo: 61-62, 93n, 183; en la antigua Grecia: 196-199
Bridges, Katherine M. Banham 126n

caballeros: 65, 72, 255; código de los: 73, 74, 356
Caillois, Roger: 146n, 159
campesinado: 65, 71-72, 255-256
Candland, Douglas K.: 126n
Cannon, Walter B.: 125n
Carew, Richard: 254n, 255, 256-257
Carey, Niall: 126n
carrera armamentista: 99
carreras de caballos: 183, 184, 185
catarsis: 93, 128, 129, 222, 233
caza, primeras formas de: 223-224
caza de zorros: 65, 66, 67, 223 y ss.
ciudades-Estado: 190, 192, 197, 198, 200, 201, 209
civilizador, el proceso: 47, 52, 55-56, 62, 63, 75, 77-78, 85, 89-90, 113, 114, 158, 171, 190-192, 204, 205, 209, 227, 228, 284, 298, 301, 304, 305, 306, 340, 342-343; empuje: 75, 76, 78, 92, 94, 95, 226
civismo: 61
Claire, Alisdair: 145n
Clarke, John: 39n, 329, 330
clase obrera: 101 y ss.; «respetable»: 303 y ss., 317 y ss. 337 y ss., 348, 366; “ruda”: 101, 317 y ss., 344, 346 y ss., 366 y ss.
clases guerreras: 61, 77, 310
Cleomenes: 206
clubes: 80, 81
Cohen, Stanley: 39n, 329n, 346n
Cohen, Philip: 330n, 334
Coleman, James, S.: 39n
Coles, Robert: 40n
Comte, Auguste: 350
conciencia: 84, 89, 100, 207 y ss., 228 y ss.; formación de la: 205, 207 y ss., 227, 229 y ss., 239
conciertos: 87, 94, 95
Constantinides, P. C.: 126n
control de los impulsos: 88-89, 105-108
control social: 111, 119, 120, 148, 151, 166-169, 175, 238n
Cooper, Charles Henry: 248n
cooperación: 262-264, 270

Copa del Mundo: 42, 295, 342, 345,-346
corintios: 288
Corrigan, Phillip: 76n
Edad Media: 61; corte francesa, la (como agente civilizador): 77-78
cosificación de las mujeres: 358 y ss., 367, 368
críquet: 65, 80, 81, 82, 91, 108, 123, 151, 217n, 218, 220n, 239, 286, 289, 294
Cronin, James E.: 343n
Cruickshank, Charles Greig: 224n
Crutchfield, Will: 95n

Dahrendorf, Ralf: 262
Darlington, William Aubrey: 136n
Darwin, Charles: 47
descivilizadores, empujes: 89
descontrol de las emociones: 87, 94, 100
desmasculinización: 326
democratización funcional: 52, 284, 290
Demócrito: 209, 210, 211n
Denney, Reuel: 303
deporte: como búsqueda de éxitos: 86, 108, 275, 281, 290; como coto masculino: 349 y ss.
deportivización: 62, 76, 187 y ss., 212 y ss.; ética del: 232 y ss.; génesis del: 64, 65, 67, 104, 183 y ss., 214 y ss.; juegos deportivos: 213, 214, 215 y ss., 217n, 240 y ss.; recreativo: 97, 104, 108; sociogénesis del deporte: 91, 97, 183 y ss., 212 y ss.; sociología del deporte: 38, 39, 58, 59, 62
desarrollo social: 97, 98, 218 y ss.
descanso: 117
descubrimiento: 60, 62, 66
desrutinización: 150
determinismo: 45
dinámica de grupo: 124, 219 y ss., 258 y ss.
dinámica de los deportes modernos: 274; de los grupos deportivos: 258 y ss.
distanciamiento: 43, 66
diversiones medievales: 84
división del trabajo: 40, 51, 55
Dress, Ludwig: 195n
Ducrey, Pierre: 205n
Dumazedier, Joffre: 123n, 145n
Durkheim, Émile: 40, 216, 267n, 290, 294, 298, 306, 350

Earwaker, John Parsons: 244n
Edipo, complejo de: 203n; la leyenda de: 203n
educación física, profesores e investigadores de: 38
efervescencia colectiva: 40, 294

emociones: 41, 43, 95n, 129, 131 y ss., 171 y ss.; control emocional: 150, 152, 169, 171-172; estimulación de las: 137, 142, 169, 170, 171, 172
empirismo: 45
empirismo abstracto: 57
enclosures (vallados): 65n
enfoque desarrollista: 37, 43, 44, 49-50, 54, 56, 57, 62, 218-219
equilibrio: de poder entre los sexos: 352 y ss.; entre el placer y la restricción: 229
Erasmo de Rotterdam: 61
escuelas privadas: 265, 270, 286, 287; culto a los juegos en las: 286, 287
Esparta: 195, 206
Estado: control por el: 175-176, 365; formación del: 37, 47, 52, 61, 76, 80, 191 y ss., 284, 289, 290
estoicos: 130
estructura: 46-52, 216; de los acontecimientos recreativos: 124
ética guerrera: 195, 196-198, 352, 355
Eurípides: 132, 206
Evans-Pritchard, Edward Evan: 334
evolución: 107
excitación / emoción: 40, 55, 83, 85, 86, 111 y ss., 153 y ss., 232 y ss., 294, 327, 347, 354; agradable, síndrome de: 55, 92, 94, 96, 100, 103, 104 y ss., 111 y ss., 153 y ss.; controlada: 84, 86, 88, 92, 95, 100, 103; lúdica: 121-123, 132; tensión-emoción: 66, 94, 96, 135, 137, 142, 231 y ss.
Eysenck, Hans Jürgen: 297

Farrer, Oliver William: 249n
Ferguson, John D.: 41n
festivales dionisíacos: 114
Foulkes, Siegmund H.: 123n
figuracional, análisis, y síntesis: 49, 217 y ss.; dinámica: 142, 276
figuraciones: 49, 50, 52, 67-68, 90, 91, 99, 217 y ss., 259 y ss., 276 y ss.; de ida y vuelta o de doble vía: 54, 67; dinámica inmanente de las: 49, 52, 277 y ss.; establecidos-intrusos, figuraciones de: 101, 102, 104; propiedades emergentes de las: 47, 49
Filostrato: 196n, 197
Fitzstephen, William: 215n
Foerster, Hugo: 195n
Fox, Robin: 298
Fráncfort, Escuela de: 44
Frank, André Gunder: 51n
Fremdzwänge: 356n
Freud, Sigmund: 203n
Friedmann, Georges: 123n
fuera de juego, ley de: 220n, 266, 269
funcionalismo: 57
funciones del ocio, *véase* ocio, funciones del

futbol: americano (de los Estados Unidos): 82; *Association football (soccer)*: 42, 61, 66, 82, 96-97, 124, 137-143, 183, 258 y ss.; canciones de los hinchas: 363-364; prohibiciones del fútbol tradicional: 240 y ss.; representaciones del, en los medios de comunicación: 291 y ss.; popular: 64, 240 y ss., 301 y ss., 353, 354; violencia desenfrenada en el: 38-39, 56, 100 y ss., 314 y ss., 321 y ss., 329, 361 y ss.

Gans, Herbert J.: 338n
gemeinschaft: 178-181
género, diferenciación de: 349
génesis del deporte, *véase* deporte, génesis del:
genocidio: 205-207
gentry: 65, 71 y ss., 76, 78, 80, 196, 224, 230, 238, 255, 289
gesellschaft: 178
Giddens, Anthony: 39
gladiadores: 84, 108
Gleichmann, Peter: 37n
Godard, Jean-Luc: 121
Goldstein, Jeffrey H.: 297n
Goudsblom, Johan: 37n, 44n, 45, 297n
Grecia antigua: 55, 187, 188, 191
Green, Geoffrey: 215n, 233, 260
grupos pequeños, teoría de los: 259 y ss.

Hall, Stuart: 329, 330
Hargreavest, Jennifer: 350n
Harré, Rom: 299n, 316, 322, 330
Harrington, John A.: 332
Harrison, Paul: 322, 325, 332, 333n, 334
Hart, Dale P.: 297, 298n
Havelock, Eric A.: 211n
Herbert, Charles C.: 126n
Homans, George: 165n, 262, 263
Homero: 197, 206
homines aperti: 48, 170n
homo clausus: 170n
Hooker, Edna H.: 203n
Horkheimer, Max: 44
Huizinga, Johan: 279 y ss., 294, 295, 304
Hunt, Joseph McVicker: 126n
hurling en Cornualles: 251 y ss.
Hutchinson, John: 341n
Huxley, Julian: 107n

idealismo: 45
identidad masculina: 56, 349 y ss.
identificación colectiva: 293
incorporación: 340 y 343
industrialización: 187 y ss., 212 y ss., 280 y ss.
Ingham, Alan: 38n
Ingham, Roger: 38n, 349n
interdependencia funcional: 98

Jacobson, Simon: 326n, 363
Jeafferson, John Cody: 243n
Jones, John: 92n
juego: 118, 124 y ss.; contenido agonista del: 196; culto a los juegos: 286-287; «juego limpio»: 198, 213, 232; modelo de: 98, 156-157, 218; patrón de: 219, 259; proceso de: 97-98, 99, 218-219
Juegos Olímpicos: 42, 158, 185, 186, 194, 295; en la Antigüedad: 188, 194 y ss.

Kant, Immanuel: 115
Kenyon, Gerald S.: 38n
Kerr, David: 135n
Kitchin, Laurence: 42
knappan: 302
Kohl, J. G.: 184n
Korte, Hermann: 37n

lazos funcionales: 306-309
lazos segmentarios: 306-309
lazos sociales: 90, 278, 290, 297, 298, 306 y ss.
Le Bon, Gustave: 103
Leontiskos de Mesana: 194
leyes universales *(véase también* generalizaciones universales): 47, 50-51
liberalismo: 211n
Lockwood, David: 39, 40
Lord del Desgobierno: 212
Lorenz, Konrad: 317
Loy, John W.: 38
lucha libre: 133n, 183, 194, 199, 355
Lysons, Daniel: 243

madurez de un deporte o juego: 218-222
Mannheim, Karl: 44
Marples, Morris: 215n, 286
Marsh, Peter: 299, 297n, 316, 322n, 330, 331, 333

martes de carnaval: 246 y ss.
Marx, Carlos: 47
marxistas: 39, 49, 51, 353
masculinidad agresiva: 332, 333, 336 y ss., 357
matar: 66, 64, 224 y ss.
materialismo: 45
MCC (club de Londres): 81
McIntosh, Peter: 146n
McIntyre, Thomas J.: 297
Mennell, Stephen: 37n, 48
Methodenstreit: 44, 45
Mezoe, Franz: 195n
Mills, C. Wright: 57
Milón de Crotona: 202, 206
Milton, John: 31
mimesis: 86, 92n; batallas miméticas: 86, 96, 105, 107; clase (esfera) mimética: 114-115, 117, 118; excitación / emoción mimética: 86, 87, 92, 93, 133; tensiones miméticas: 86, 87, 102-122, 123, 131, 136
modelos ingleses de deporte: 64, 183-187, 212-214
monarquía: 72, 74, 79, 80
monopolio: de la fuerza: 51, 52, 84, 69; del cobro de impuestos: 51, 52, 54
Morris, Desmond: 331
Morrissey, Grace: 48
movimientos corporales: 127, 136, 152
Murphy, Patrick: 321n, 331n, 342n, 349n

Naismith, James: 220n
naturalismo: 45; dicotomía naturalismo / antinaturalismo: 45-46
nazis: 44, 204
necesidades biológicas: 117
Neumayer, Martin Henry: 133
Neumayer, Esther S.: 133
Nias, David K. B.: 297
normas: 154 y ss., 213, 215 y ss.; masculinas: 310 y ss., 349

ocio: actividades recreativas: 113, 117; acontecimientos que tienen lugar en los ratos de: 123-124; función del: 144 y ss., 167 y ss.; *gemeinschaften*: 177 y ss.; necesidades del: 124-125; satisfacciones del: 115; sociabilidad en el: 177 y ss.
Owen, George: 302, 303

pacificación: 52, 69, 71, 72, 77, 78, 83, 227 y ss., 235 y ss.
pankration: 194 y ss.

Parker, Howard: 318n, 338n
Parker, Stanley: 145n
parlamentarización *(véase también* régimen parlamentario): 69, 72 y ss., 76, 79, 83, 237 y ss.
Parsons, Talcott: 155n, 156
patriarcado: 57, 349-350, 352-353, 354, 356, 357
Patrick, George Thomas White: 134
Peinlichkeitsschwelle: 301, 337n
pensamiento dualista: 42, 43, 45
Pfister-Bins, Katarina: 144n
placer: 129-130, 134, 137, 140-143, 153, 161 y ss.; anticipado: 66, 234-235
Platón: 130
Plumb, John Harold: 75
poder: 49, 52
pop, conciertos de música: 132, 134-135, 136
Popper, Karl: 47
proceso social: 98, 99
proceso de autoperpetuación: 99
procesos ciegos: 52
procesos no planificados: 52, 79, 97
profesionalismo: 43, 108, 274 y ss.
Puechsler-Muskau, Prince: 184n

racionalismo: 45
razón: 89
reacción: de alarma: 126; de emergencia: 126;
generalizada a la excitación: 126
recreación racional: 40n
Redfield, Robert: 245n
«reducción del proceso»: 48
reduccionismo: 39
regímenes autocráticos: 80; multipartidarios: 61
reglas: 61, 65, 67, 69, 81, 96, 213 y ss., 230 y ss., 248 y ss.; de los deportes modernos: 50, 81, 96, 100, 190, 191, 194
relaciones internacionales: 42, 54
religión: 40, 151, 294-295
Reymert, Martin L.: 126n
Riesman, David: 303
Rigauer, Bero: 279
Riley, Henry Thomas: 241n
risa: 107
Robins, David: 334
Rojek, Christopher: 41n

Rosser, Elizabeth: 299n, 316, 322n, 330
rugbi *(rugger)*: 56, 61, 183n, 265, 274, 275, 287, 300 y ss., 353 y ss.; canciones: 357 y ss.; subcultura machista en el: 353 y ss.
Runciman, Walter Garrison: 165n
rutinas: 85, 96, 105
rutinización: 123, 150

san Agustín: 133, 134
Saul, Leon J.: 126n
Sayer, Derek: 76n
schole: 128
Scotson, John: 101
secularización: 294-295; en la antigua Grecia: 175n
Seglow, Ilse: 44n
segmentación ordenada: 332 y ss., 347, 364, 365
Selbstzwänge: 356n
shamateurismo: 43n
Sheard, Kenneth: 96n, 158n, 265n, 353n, 357n
Simmel, George: 57
Simon, Alexander: 126n
síndrome del intruso: 101 y ss.
sociabilidad: 117, 118, 172, 177 y ss.
sociedades tradicionales: 245 y ss.
Sócrates: 208, 210
sonreír: 107
Stephenson, William: 159
Stiven, Agnes Bain: 184n
Stone, Gregory P.: 39, 149n, 194n, 279n
Stow, John: 212n, 215n
Strauss, Ruth: 126n
super-ego: 89
Suttles, Gerald: 332 y ss., 335n, 336n, 344, 364, 365

Taylor, Ian: 39n, 329, 330
teatro: 85, 87, 92, 97, 132, 133, 135, 136 y ss.
Temporada Londinense: 80
tensión: 134 y ss., 145 y ss., 222 y s., 261 y ss.; controlada: 53, 261, 263; equilibrio de tensiones: 56, 124-125, 171 y ss., 219 y ss., 276, 277 y ss.; por sobreesfuerzo: 84, 87, 88, 92, 96, 106-108; tensión-excitación: 66, 94; tolerancia de la: 69
teorías: de la violencia en el fútbol: 326 y ss.; del deporte moderno: 279 y ss.
terratenientes: 65, 70-73, 78, 80, 235, 237, 238, 255
tiempo: 62-63

tiempo libre: 116-119, 144 y ss.; espectro del: 117 y ss.
tipología: de las acciones: 299; de la violencia: 299 y ss.
trabajo: 115 y ss.; dicotomía trabajo-ocio: 115, 144 y ss.; espectro del: 150n; ocupacional: 144, 149; privado: 117
tradiciones: 248 y ss.
tríada de controles básicos: 24
Trivizas, Eugene: 332

umbral de rechazo: 301, 304, 308, 319, 337n
unidades: de ataque y defensa: 51; de supervivencia: 51, 90

valores: 155 y ss.
vida familiar: 173-174, 180
violencia: 43, 44, 50, 55, 56, 104; afectiva: 56, 300 y ss., 305; ciclos de: 67, 75, 76, 78, 79, 86; control de la: 104, 190, 192 y ss., 200, 204-205; expresiva: 56, 300; instrumental: 56, 300 y ss., 305; racional: 56, 300 y ss., 305; umbral de: 69
voluntarismo: 45

Wahlverwandschaft: 284n
Waller, Willard: 39n
Wallerstein, Immanuel: 51n
Watson, Peter: 170n
Weber, Max: 38, 284n, 299
Weis, Kurt: 298
Williams, John: 321n, 331n, 342n, 349n, 361n Willis, Paul: 318n, 338n, 352n
Wilmott, Peter: 318n

Yiannakis, Andrew: 297
Young, Michael: 318n

Zustandsreduktion: 48

Prólogo a la tercera edición en español

El deporte, las figuras colectivas y el proceso de civilización. La reinvención de la conciencia de sí y el placer de la efusión controlada

* Profesor-investigador en el Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco. Miembro del posgrado en ciencias sociales. Profesor de teoría antropológica y de filosofía del lenguaje en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

[1] En efecto, el título con que el texto aparece publicado originalmente es *Quest for Excitement. Sport and Leisure in the Civilizing Process*. En la versión en español el fragmento inicial del título fue suprimido en favor del énfasis en el deporte y el ocio. El caso de la versión francesa es ilustrativo. También se suprimió la frase que da nombre al libro original para, junto con la descripción sintética del título orientada al deporte y a la civilización, subrayar uno de sus aspectos teóricos cruciales, su vínculo con la violencia: *Sport et civilisation: la violence maîtrisé* [Deporte y civilización. La violencia dominada].

[2] Este texto también tuvo una suerte extraña en su publicación en español. Apareció con un título que introduce equívocos ajenos a la nítida propuesta de Elias formulada como respuesta a una pregunta. En efecto, el texto apareció publicado por Gedisa como *Sociología fundamental*, mientras el título original presentaba una fórmula equívoca: introductoria, elemental, pero también inquisitiva, con la forma de una interrogante que, en el contexto académico contemporáneo, no puede eludir el sentido irónico, la apuesta y el desafío: *¿Qué es la sociología?*

[1] Norbert Elias, *The Civilizing Process*, Oxford, 1978; *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982. [Del primero hay edición en español: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, 3ª ed., FCE, 2009.]

[2] Para una caracterización general de este enfoque véase Norbert Elias, *What is Sociology?*, Londres, 1978 [ed. en español: *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 1982]; véase también Johan Goudsblom, *Sociology in the Balance*, Oxford, 1977, y Peter Gleichmann, Johan Goudsblom y Hermann Korte (comps.), *Human Figurations*, Ámsterdam, 1977.

[3] Salvo por una o dos notables excepciones. Por ejemplo, Philip Abrams dice de *El proceso de la civilización* que constituye «el intento reciente más importante por encuadrar lo social y lo individual dentro de un marco unificado de análisis sociológico». Véase su *Historical Sociology*, Shepton Mallet, 1982, p. 231. Véase asimismo Zygmunt Bauman, «The Phenomenon of Norbert Elias», *Sociology*, 13 (1) (enero de 1979), pp. 117-125. Para una reseña crítica del artículo de Bauman véase Eric Dunning y Stephen Mennell, «“Figurational Sociology”: Some Critical Comments on Zygmunt Bauman's «The Phenomenon of Norbert Elias”», *Sociology*, 14 (2) (julio de 1979), pp. 497-501.

[4] Véase por ejemplo John W. Loy y Gerald S. Kenyon, *Sport, Culture and Society*, MacMillan, Londres, 1969, p. 9.

[5] Como ejemplo de esta tendencia empírica bastará en el presente contexto con enumerar los títulos de los artículos publicados en *The International Review of Sport Sociology*, 1 (17), (1982). Son: «Factors Affecting Active Participation in Sport by the Working Class»; «The Social Role of Sports Events in Poland and Hungary»; «Sport and Youth Culture»; «The Development of Play and Motoric Behaviour of Children Depending on the Existing Socio-Spatial Conditions in their Environment»; «Sports Activity During the Life of Citizens»; «Sports Clubs and Parents as Socializing Agents in Sport»; «The Flemish Community and its Sports Journalism»; «Demystifying Sport Superstition».

[6] Investigadores como Alan Ingham y, aunque discrepo en muchos aspectos de su enfoque, John Loy y Gerald Kenyon, destacan entre estas notables excepciones.

* *Football hooliganism* en el original en inglés. [T.]

[7] Véase, por ejemplo, John Clarke, «Football and Working Class Fans: Tradition and Change», en Roger Ingham (comp.), *Football Hooliganism*, Londres, 1978; Ian Taylor, «“Football Mad”: A Speculative Sociology of Football Holiganism», en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971, y «Soccer Consciousness and Soccer Hooliganism», en Stanley Cohen (comp.), *Images of Deviance*, Harmondsworth, 1971.

[8] El olvido del deporte quizá sea más común entre los sociólogos de la educación en Gran Bretaña que entre los de los Estados Unidos, pues hay largos análisis del deporte en Willard Waller, *The Sociology of Teaching*, Nueva York, 1932, y James S. Coleman, *The Adolescent Society*, Nueva York, 1961.

[9] Pierre Bourdieu, «Sport and Social Class», *Social Science Information*, vol. 17, núm. 6, (1978).

[10] Véase, por ejemplo, «American Sports: Play and Display», en Dunning, *The Sociology of Sport*.

[11] David Lockwood, «Race, Conflict and Plural Society», en Sami Zubaida (comp.), *Race and Racialism*, Londres, 1970, pp. 57-72.

[12] En el siglo XIX, en Gran Bretaña al menos, los conflictos originados por los intentos de persuadir a la clase obrera para que abandonara deportes y entretenimientos considerados «bárbaros» y adoptara diversiones más «racionales», constituyeron un problema social de no poca magnitud.

[13] Véase Émile Durkheim, *The Elementary Forms of the Religious Life*, Londres, 1976.

[14] Uno de tales intentos, el de Robert Coles en su «Football as a Surrogate Religion», en Michael Hill (comp.), *A Sociological Yearbook of Religion in Britain*, núm. 3 (1975).

[15] Para un análisis del deporte y la división del trabajo, véase Bero Rigauer, *Sport and Work*, Nueva York, 1981.

[16] Para una discusión de este tema, véase Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *The British Journal of Sociology*, vol. 7, núm. 3 (septiembre de 1956), pp. 226-252. Véase también su *What is Sociology?*

[17] Algunas tentativas de romper este molde en ciertos aspectos pueden hallarse en Christopher Rojek, «Emancipation and Demoralisation: Contrasting Approaches in the Sociology of Leisure», *Leisure Studies*, vol. 2, núm. 1 (1983), pp. 83-96, y John D. Ferguson, «Emotions in Sport Sociology», *International Review of Sport Sociology*, 4 (16), (1981), pp. 15-25.

[18] Términos introducidos por Norbert Elias en *What is Sociology?*, pp. 122 y ss.

[19] También se ha señalado, muchas veces desde luego, que el deporte podría constituir un sucedáneo de la delincuencia.

* *Soccer* en el original en inglés. [T.]

[20] Laurence Kitchin, «The Contenders», *Listener* (27 de octubre de 1966).

* *Amateurism* en el original. Por tratarse (al igual que *amateur*) de un galicismo, hemos preferido emplear las voces españolas «aficionado» y «aficionismo», ya usadas como sustitutos adecuados. [T.]

[21] La idea de «el rodeo vía el distanciamiento» la propone Elias en «Problems of Involvement and Detachment».

* Nuestro autor falleció el 1º de agosto de 1990. [T.]

[22] Véase Johan Goudsblom, «Responses to Norbert Elias's Work in England, Germany, the Netherlands and France», en Gleichmann, Goudsblom y Korte, *Human Figurations*, pp. 37-97.

[23] Véase Ilse Seglow, «Work at a Research Programme», en Reichmann, Goudsblom y Korte, *Human Figurations*, pp. 16-21.

[24] Goudsblom, «Responses to Norbert Elias's Work...», *op. cit.*, p. 79.

[25] En una lista más completa de tales dualismos se incluirían: «participación activa» / «distanciamiento» (prejuicio en los valores contra libertad de valores o neutralidad ética); «subjetividad», / «objetividad»; «dominalismo» / «realismo»; «inducción» / «deducción»; «análisis» / «síntesis» (atomismo contra holismo); «absolución» /«relativismo»; «naturaleza» /«sociedad»; «individuo» /«sociedad»; «cambio» /«estructura» (dinámica contra estática); «armonía» /«conflicto»; «consenso» / «fuerza»; «orden» / «desorden» (estructura contra caos).

[26] Véase, por ejemplo, Norbert Elias, «The Sciences toward a Theory», en Richard Whitley (comp.), *Social Processes of Scientific: Development*, Londres, 1974, pp. 21-42.

[27] Para una discusión del *deporte* como término en su significado general y en el sentido en que se aplica a las actividades específicas de las sociedades modernas véase el ensayo de Norbert Elias, «La génesis del deporte como problema sociológico», capítulo III de este volumen.

[28] Karl R. Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, 1957.

[29] Elias en Whitley, *Social Processes of Scientific Development*, p. 23.

[30] *Ibid.*, p. 40.

[31] Elias, *What is Sociology?*, p. 112.

[32] *Idem.*

[33] *Ibid.*, pp. 13 y ss.

[34] *Ibid.*, p. 15.

[35] *Ibid.*, pp. 125 y 135.

[36] El término «dirigido al otro» *[other-directed]* se emplea aquí en un sentido general y no con el significado concreto que le atribuye David Riesman en *The Lonely Crowd*.

[37] Elias, *What is Sociology?*, pp. 74 y ss.

[38] *Ibid.*, pp. 74 y 93.

[39] Las excepciones en este sentido son la obra de Immanuel Wallerstein y la «teoría de la dependencia», de André Gunder Frank y otros. Pero sus trabajos aún son de tendencia economicista.

[40] Elias, *What is Sociology?*, pp. 138-139.

[41] El concepto *cadenas de interdependencia* se refiere a los lazos que existen entre los seres humanos ligados mediante un sistema de diferenciación funcional. Tales lazos pueden existir tanto entre las sociedades como dentro de ellas. Es un concepto similar a los de *división del trabajo* y *diferenciación de papeles*, utilizados con más frecuencia, pero éste carece de las connotaciones economicistas del primero y del hincapié formalista del segundo. También se utiliza con un sentido no armónico y sin connotación de igualdad, es decir, las interdependencias tienden a conllevar un elemento de conflicto y presentan variaciones a lo largo de un continuo «simetría-asimetría». Finalmente, el término *cadenas* alude al carácter *constrictivo* de los lazos sociales.

[42] Véase Elias, *What is Sociology?*, pp. 63-64 y 99-100 para un análisis del concepto de democratización funcional.

[43] Para un análisis de los procesos sociales «ciegos» o «no planificados» véase ante todo Elias, *El proceso de la civilización* (FCE, 2009) y *State Formation and Civilization*.

[44] Véase Elias, *What is Sociology?*, pp. 156-157, para una explicación de este concepto. Para permanecer estrictamente fiel a las formulaciones de Elias he debido en esta discusión apoyarme hasta cierto punto en el original alemán. Véase *Was ist Soziologie?*, Múnich, 1970, pp. 173-174.

[45] Elias, *What is Sociology?*, p. 157.

[46] *Was ist Soziologie?*, p. 173. La correspondiente discusión aparece en la p. 156 de la versión inglesa.

[47] Este concepto fue presentado por Elias en su *Engagement und Distanzierung*, Fráncfort, 1983, pp. 79 y ss. Con el título *Involvement and Detachment* apareció la traducción inglesa de esta obra en 1987.

[48] C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*, Harmondsworth, 1970, pp. 60 y ss. [Ed. en español: *La imaginación sociológica*, 3ª ed., FCE, México, 2003.]

Prólogo a la tercera edición en español

El deporte, las figuras colectivas y el proceso de civilización. La reinvención de la conciencia de sí y el placer de la efusión controlada

* Profesor-investigador en el Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco. Miembro del posgrado en ciencias sociales. Profesor de teoría antropológica y de filosofía del lenguaje en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

[1] En efecto, el título con que el texto aparece publicado originalmente es *Quest for Excitement. Sport and Leisure in the Civilizing Process*. En la versión en español el fragmento inicial del título fue suprimido en favor del énfasis en el deporte y el ocio. El caso de la versión francesa es ilustrativo. También se suprimió la frase que da nombre al libro original para, junto con la descripción sintética del título orientada al deporte y a la civilización, subrayar uno de sus aspectos teóricos cruciales, su vínculo con la violencia: *Sport et civilisation: la violence maîtrisé* [Deporte y civilización. La violencia dominada].

[2] Este texto también tuvo una suerte extraña en su publicación en español. Apareció con un título que introduce equívocos ajenos a la nítida propuesta de Elias formulada como respuesta a una pregunta. En efecto, el texto apareció publicado por Gedisa como *Sociología fundamental*, mientras el título original presentaba una fórmula equívoca: introductoria, elemental, pero también inquisitiva, con la forma de una interrogante que, en el contexto académico contemporáneo, no puede eludir el sentido irónico, la apuesta y el desafío: *¿Qué es la sociología?*

[1] Stephen Mennell y Eric Dunning me han ayudado a mejorar el manuscrito; Rudolf Knijff a sacarlo a la luz. A todos ellos les estoy muy agradecido.

[2] *The Civilizing Process*, Oxford, 1978. [Ed. en español: *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009.] Véase la nota 1 del Prefacio, p. 37.

[3] Norbert Elias, *Über die Zeit*, Fráncfort, 1984. [Ed. en español: *Sobre el tiempo*, 3ª ed., FCE, México, 2010.]

* *Enclosures* en el original en inglés. El autor se refiere a la práctica de cercar los terrenos para delimitarlos bien unos de otros. Una *Enclosure Act* era desde antiguo una ley del Parlamento por la cual se autorizaba la privatización de tierras comunales entre los distintos comuneros de una localidad que tenían derecho a utilizarla, a cada uno de los cuales se le adjudicaba una parte en propiedad absoluta. [T.]

[4] Sobre los problemas entre la falta de objetividad y el distanciamiento puede verse una discusión bastante más amplia en Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *The British Journal of Sociology*, vol. 7, núm. 3 (septiembre de 1956), pp. 226-252. Para una mayor profundización en el tema véase Norbert Elias, *Engagement und Distanzierung*, Fráncfort, 1983. [Ed. en español: *Compromiso y distanciamiento*, Península, Barcelona, 2002.]

[5] Si utilizamos indiscriminadamente el término *parlamento* para referirnos por igual a las instituciones representativas de la Edad Media y a las de la época moderna, y excluimos el término *asambleas estatales* o nacionales, podemos perder de vista con facilidad el cambio innovador que supuso el Parlamento en el siglo XVIII.

[6] John Harold Plumb, *England in the Eighteenth Century*, Harmondsworth, 1950.

[7] Lamento recurrir al empleo de neologismos, pero seguramente también el término *industrialización* provocó un estremecimiento general cuando acababa de nacer. ¿Qué mejor manera hay sino de ayudar a comprender que el surgimiento del gobierno parlamentario y del deporte en el siglo XVIII fue un proceso gradual?

[8] Phillip Corrigan y Derek Sayer, *The Great Arch, Blackwell*, Oxford / Nueva York, 1985, pp. 88 y ss.

[9] Norbert Elias, *The Court Society*, Oxford, 1983. [Ed., en español: *La sociedad cortesana*, 2ª ed., FCE, México, 2012].

[10] Véase Norbert Elias, *What is Sociology?*, Oxford, 1983. [Ed. en español: *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 1982.]

[11] La escenificación imaginaria del deporte como competencia que, en última instancia, es un juego y que como tal se relaciona con las competencias y luchas reales y sin embargo distintas de las de la vida de la gente, ha hecho pensar a veces que el deporte es una imitación de las batallas que se libran en la vida real. No deja de tener importancia que, al igual que en el terreno del arte, se presente en este contexto el problema de la imitación.

La dimensión más antigua y quizá más famosa de la naturaleza imitativa del arte humano es la que se halla en la *Poética* de Aristóteles. Hay dudas sobre la autenticidad del texto que ha llegado hasta

nosotros, el cual es, en cualquier caso, incompleto. Pero lo que tenemos basta para comprobar que fue Aristóteles el primero en estudiar lo que se imita, en una tragedia por ejemplo. «La tragedia es una imitación no de los seres humanos sino de la acción y de la vida, de la felicidad y de la desgracia» (John Jones, *On Aristotle and Greek Tragedy*, Londres, 1962, p. 30). Aunque el significado exacto de estas palabras no es del todo claro, parecen apuntar en una dirección que, a mi modo de ver, responde en parte al problema de la naturaleza mimética de las actividades recreativas humanas. En sus enseñanzas sobre algunas actividades recreativas de los atenienses, Aristóteles empleó y tal vez acuñó dos de los conceptos más útiles para la investigación en este difícil campo. Me refiero a los conceptos *mimesis* y *catarsis*. No es posible conocer con certeza su significado original, pero tal vez sí sugerir lo que pueden significar hoy. Entenderíamos con más claridad lo que *mimesis* significa si no lo redujéramos simplemente a utilizarlo como una acepción más culta de «imitación». Una *Madonna* de Rafael, un *Retrato* de Rembrandt o los *Girasoles* de Van Gogh no son sólo imitaciones del objeto real. Lo que puede decirse es que algunos elementos del objeto experimentado entran en la experiencia de la representación de ese objeto en un cuadro. Pero difícilmente puede llamarse a la experiencia del objeto pintado —aunque se parezca en algunos aspectos a la experiencia del objeto real— una imitación de la experiencia del objeto en la vida real. Al pintarlo, trasponemos el objeto a un marco diferente. La experiencia del objeto, y particularmente el complejo de sentimientos con ella asociados, es trasladada, si pasamos de la contemplación del objeto real a la del mismo objeto representado en un cuadro, a un engranaje diferente. Los aspectos emocionales de la experiencia, sobre todo, sufren entonces una transformación altamente característica, una *metabasis eis allo genos*. El término *mimesis* puede servir como símbolo conceptual de esa transformación. Utilizado en ese sentido, puede llenar un vacío.

Algo muy parecido sucede si comparamos una confrontación física real entre personas con una competencia deportiva. La naturaleza mimética de un enfrentamiento deportivo como una carrera de caballos, un combate de boxeo o un partido de futbol, se debe a que ciertos aspectos de la experiencia emocional asociada con una lucha física real entran en la experiencia emocional que brinda la lucha «imitada» de un deporte. Pero en la experiencia deportiva lo que sentimos durante una lucha física real es trasladado a un mecanismo de transmisión distinto. El deporte permite a la gente experimentar con plenitud la emoción de una lucha sin sus peligros y sus riesgos. El elemento miedo presente en la emoción, aunque no desaparece por completo, disminuye en gran medida, con lo cual se potencia enormemente el placer de la lucha. Por tanto, al hablar de los aspectos «miméticos» del deporte nos referimos al hecho de que éste imita selectivamente las luchas que tienen lugar en la vida real. El modo en que está diseñado o estructurado el juego deportivo y la habilidad de los deportistas permiten que aumente el goce de la batalla sin que nadie resulte lesionado o muerto.

De la misma manera, el concepto aristotélico de *catarsis* puede llenar un vacío en nuestro bagaje conceptual. Las competencias deportivas permiten que los seres humanos venzan a otros en un combate físico sin dañarlos físicamente. La resolución de la tensión y del esfuerzo de la batalla en la victoria puede producir un efecto vigorizante y purificador. La persona puede sentir con gozo y sin mala conciencia la confirmación de la propia valía, un acrecimiento justificado de su autoestima en la seguridad de que fue una lucha limpia. En ese sentido, el deporte proporciona amor a uno mismo sin remordimiento.

[12] Will Crutchfield, «Aplaudir o no aplaudir», *International Herald Tribune*, 1-2 de junio de 1985.

[13] Varios ejemplos demuestran que, en el transcurso de un empuje civilizador, los movimientos

tienden a ser eliminados, a veces refinados. En una primera etapa, los movimientos del habla tienden a asociarse más estrechamente con movimientos de las extremidades o de otras partes de la persona. En una etapa posterior del mismo proceso, casi siempre se desaprueban los gestos estrepitosos y efusivos. Se tiende a aislar los movimientos del habla. También en el desarrollo del deporte es posible hallar ejemplos de esta tendencia. En anteriores modalidades de lo que ahora llamamos «boxeo», en Francia y en Japón por ejemplo, se permitía utilizar tanto las piernas como los brazos. El boxeo inglés limitó el empleo de las piernas a la tarea de desplazar a la persona a un lado y otro del cuadrilátero. Por otra parte, las reglas del futbol inglés prohibieron (a todos los jugadores salvo los guardametas y en los «saques de banda») mover el balón con las manos y confinaron esa función a las piernas.

Los psicólogos a menudo investigan las emociones de los miembros adultos de su propia sociedad como si fuesen datos fisiológicos sobre los que no tienen efectos los contraimpulsos inherentes a su estructura que se manifiestan en la forma de controles sociales aprendidos. No obstante, en sus inicios las emociones humanas están estrechamente ligadas a los movimientos. Los bebés y los niños pequeños son una clara prueba de ello. Sólo de manera gradual se activa el potencial humano natural para la restricción, y sólo cuando los contraimpulsos aprendidos se interponen entre los impulsos emocionales y los órganos motores adquieren los primeros la naturaleza de las emociones que se observan en los miembros adultos de las sociedades, en las cuales un elevado nivel de restricción civilizadora constituye una parte fundamental de la conducta social de la mayoría de los adultos considerados «normales». Dudo que sea posible elaborar una teoría correcta de las emociones mientras los psicólogos actúen como si su disciplina fuese una ciencia natural. No se pueden explorar adecuadamente aspectos como éstos de los seres humanos sin una teoría del desarrollo social en general y de los procesos civilizadores en particular.

[14] Véase Eric Dunning y Kenneth Sheard, *Barbarians, Gentlemen and Players: A Sociological Study of the Development of Rugby Football*, Oxford, 1979.

[15] Un examen más detallado de los equilibrios estructurales en el diseño de un deporte como el futbol se halla en «Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al futbol», *infra*, pp. 258-273 de este volumen.

[16] Véase Norbert Elias, *What is Sociology?*, pp. 71 y ss.

[17] Norbert Elias y John Scotson, *The Established and the Outsiders*, Londres, 1965.

[18] Gustave Le Bon, *The Crowd*, Nueva York, 1960 (1ª ed., 1895).

[19] No se me olvida que hay excepciones, como el memorable ensayo de Julian Huxley, «The Uniqueness of Man».

I. La búsqueda de la emoción en el ocio

[1] Es ésta la versión revisada de una ponencia titulada «The Quest for Excitement in Unexciting Societies», que fue leída en el congreso anual (1967) de la British Sociological Association, en Londres, y publicada por vez primera en *Sport and Leisure*, núm. 2 (1969).

[2] Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009, y *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982.

[3] Éste es el borrador preliminar del cual, tras varios ensayos experimentales, surgió la tipología más precisa y completa del «espectro del tiempo libre». Véase el capítulo II de este volumen, p. 144.

[4] El término *juego* puede emplearse con multiplicidad de acepciones y el hecho de que su significado no cuente con límites rígidamente establecidos da pie a que surjan dificultades y malentendidos. Aunque hemos tratado de señalar claramente el sentido en que nosotros empleamos el término, nos pareció útil contar con uno más especializado que aplicar a la clase de actividades de tiempo libre a que nos referimos en este apartado 5. A lo largo del ensayo se irá esclareciendo por qué optamos por el término *mimético*.

[5] Para un tratamiento más amplio de este problema véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización, op. cit.*

* Literalmente «pintor de palabras». En francés en el original. [T.]

[6] Jean-Luc Godard, *Le Nouvel Observateur*, 1966. Véase también *Die Zeit*, 10 (marzo de 1967.)

[7] El concepto de *rutinización* empleado aquí difiere en ciertos aspectos esenciales del mismo concepto tal como lo emplearon Joffre Dumazedier en su *Toward a Society of Leisure* (Nueva York / Londres, 1967) y Georges Friedmann en *Industrial Society* (Glencoe, Illinois, 1955). Estos autores utilizan el término fundamentalmente para referirse al modo en que la mecanización y la racionalización conducen a la monotonía y la repetitividad en las tareas laborales, las cuales a su vez acaban por provocar sensación de aburrimiento en quienes las realizan. Aquí, en cambio, el término alude al control social y personal de los afectos, a la rutinización que entra en juego en todas las situaciones en que los individuos han de subordinar sus sentimientos e impulsos momentáneos a las demandas que, directa o indirectamente, les impone su posición social.

[8] Norbert Elias, «Sociology and Psychiatry», en Siegmund H. Foulkes (comp.), *Psychiatry in a Changing Society*, Londres, 1969. Véase también Norbert Elias, *What is Sociology?*, Londres, 1978.

[9] Walter B. Cannon, *The Wisdom of the Body* [La sabiduría del cuerpo], Londres, 1947. Véase también su *Bodily Changes in Pain, Hunger, Fear and Rage* [Cambios corporales en estado de dolor, hambre, miedo y rabia], Nueva York, 1929. Para más lecturas sobre el tema véanse Martin L. Reymert (comp.), *Feelings and Emotions: The Moosehart Symposium* [Sentimientos y emociones: el Simposio Moosehart], Nueva York, 1950; Alexander Simon, Charles C. Herbert y Ruth Strauss, *The Physiology of Emotions* [Fisiología de las emociones], Springfield, Illinois, 1961; Leon J. Saul, «Physiological Effects of Emotional Tension» [Los efectos fisiológicos de la tensión emocional], en Joseph McVicker Hunt (comp.), *Personality and the Behaviour Disorders* [La personalidad y los desórdenes de la conducta], Nueva York, vol. 1, 1954.

[10] Véase, por ejemplo, P. C. Constantinides y Niall Carey, «The Alarm Reaction», en Douglas K.

Candland (comp.), *Emotion: Bodily Change* [La emoción: cambio corporal], Nueva York, 1962.

[11] Véase, por ejemplo, Katherine M. Banham Bridges, *The Social and Emotional Development of the Pre-School Child* [El desarrollo social y emocional del niño antes de la edad escolar], Londres, 1931.

[12] Para sus opiniones sobre la música véase sobre todo su *Política*, VII y VIII. Con respecto a sus juicios sobre los afectos en general véase *Política*, I. La catarsis (purgación) psicológica (extática) y la catarsis somática se asemejan en unos aspectos y difieren en otros. Semejanzas: eliminar las sustancias nocivas ayuda a restaurar el equilibrio perdido. Diferencias: la catarsis extática sólo produce una cura temporal y siempre va acompañada de sensaciones agradables.

[13] La versión de la *Poética* que ha llegado hasta nosotros sólo es un fragmento de la obra original.

[14] John Milton, prefacio a «Samson Agonistes», *Obras completas*, vol. I, 2ª parte, Nueva York, 1931, p. 331.

[15] No es posible mostrar con detalle las condiciones bajo las cuales esto tiende a ocurrir, si bien podemos analizarlas a partir de tales premisas. Tal vez sea suficiente decir que uno de los factores de esta *metabasis eis allo genos*, para que se dé una transición así a otra clase, es la relativa ausencia de autonomía que tienen los acontecimientos miméticos en relación con los acontecimientos sociales en general.

[16] San Agustín, *Confesiones*, III, ii, 2:

«Rapienbant me spectacula theatrica plena imaginibus miserarium mearum et fomitibus ignis mei. Qui est, quod ibi homo uult dolere cum spectat luctuosa et tragica, quae tamen pati ipse nollet? Et tamen pati uult ex eis dolorem spectator et dolor ipse est uoluptus eius. Quid est nisi miserabilis minsania? Nam eo magis eis monetur quisque, quo minus a talibus affectibus sanus est, quaquam, cum ipse patitur, miseria, cum aliis compatitur, misericordia dici solet. Sed qualis tandem misericordia in rebus fictis et scenicis?»

La pregunta se aplica no sólo a las tragedias sino a un amplio campo de entretenimientos: a las luchas de gladiadores y osos salvajes en los circos de las ciudades romanas características del nivel de civilización de la sociedad de Roma; a los combates de boxeo, de lucha libre, a las carreras de autos, los saltos de esquí o los partidos de beisbol, así como a todas las representaciones teatrales propias del nivel de civilización de las sociedades avanzadas del siglo XX. Se aplica, en resumen, a las representaciones miméticas de todo tipo y a todas las emociones que tienen que ver con ellas.

[17] *Leisure and Recreation*, Nueva York, 1931, p. 249.

[18] «The Play of a Nation», *Scientific Monthly*, XIII, 1921, pp. 351-353.

[19] David Kerr, «The Beatles at Shea Stadium», *Twentieth Century*, otoño de 1966, p. 48.

* [Los sonidos preliminares / aglutinan a los sesenta / mil en un / cuerpo / que ulula / en el límite / de la conciencia / [...] / Los desafinados nervios aguardan / los acordes preparatorios / la inmersión es un clímax / inmediato y prolongado / [...] / Jóvenes báquicas caen a tierra, / frenético delirio, / o pierden el sentido, / brazos que se desploman. / Rostros arañados / con muecas de fe / aplastados contra una valla, / los dedos como garfios, resoplando, / se apoyan los arqueados cuerpos, / sus brazos, suplicantes, se estiran / para cruzar el vacío intermedio.]

[20] Reseña de William Aubrey Darlington sobre *La danza de la muerte* de Strindberg en el Old Vic, con Geraldine McEwan y sir Laurence Olivier, publicada en el *Daily Telegraph* el 23 de febrero de 1967.

[21] Véase el capítulo VI de este volumen, p. 258.

II. El ocio en el espectro del tiempo libre

[1] Un compendio de este trabajo fue publicado en Rolf Albonico y Katarina Pfister-Binz (comps.), *Sociology of Sport: Theoretical Foundations and Research Methods*, Basilea, 1972.

[2] Para un análisis de los pronombres personales como modelo figuracional véase Norbert Elias, *What is Sociology?*, Londres, 1978, pp. 122 y ss.

[3] Sirvan como ejemplos representativos las siguientes obras: Stanley Parker, *The Future of Work and Leisure*, Londres, 1971; Joffre Dumazedier, *Toward a Society of Leisure*, Nueva York, 1967, y *The Sociology of Leisure*, Ámsterdam, 1974, y Alasdair Clayre, *Work and Play*, Londres, 1974.

[4] Para la discusión de que los deportes son «irreales» véase, por ejemplo, Gregory P. Stone, «American Sports: Play and Dis-Play», *Chicago Review*, vol. 9, núm. 3 (otoño de 1955), pp. 83-100; reimpreso en Eric Larrabee y Rolf Meyersohn (comps.), *Mass Leisure*, Glencoe, Illinois, 1958, y en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971. Véase también Peter McIntosh, *Sport and Society*, Londres, 1963, pp. 119-120; y Roger Caillois, *Man, Play and Games*, Londres, 1962, pp. 5-6.

[5] Dumazedier y algunos otros han comenzado a establecer una distinción así, pero la tajante dicotomía «trabajo / ocio» y la tendencia a utilizar los términos *tiempo libre* y *ocio* indistintamente siguen siendo moneda de uso común en los escritos sobre la sociología del trabajo en los que se menciona el ocio.

[6] Sería posible diseñar una correspondiente tipología de actividades que no son de tiempo libre, basada en el mismo marco teórico de referencia y que indicara no sólo la disparidad sino también la continuidad entre el espectro del trabajo y el espectro del tiempo libre. En un extremo de la balanza se hallan los trabajos casi sin posibilidades intrínsecas y autónomas de resonancia emocional agradable, aunque la gente suele arreglárselas para obtener de las rutinas laborales más áridas, intrínsecamente desde el punto de vista emocional, diversas satisfacciones agradables, por ejemplo cotillear con los compañeros, molestar a los recién llegados, enorgullecerse de la habilidad con que uno realiza las rutinas, obtener triunfos competitivos o hacer huelgas. En el otro extremo de la balanza están los trabajos con posibilidades intrínsecas de transmitir una resonancia emocional, como ser profesor o investigador en una universidad, participar en la lucha parlamentaria como diputado, dirigir o tocar profesionalmente algún instrumento en una orquesta, ser deportista o actor profesional, escribir novelas, y otras formas de satisfacer profesionalmente las necesidades recreativas de otras personas.

[7] Esta tendencia es quizá la más común en la obra de Talcott Parsons.

[8] La calle Belvoir (pronunciado *Beaver)* es una calle famosa de Leicester.

[9] Véase Talcott Parsons, *The Structure of Social Action*, Nueva York, 1949, p. 75.

[10] Para un análisis del concepto de *figuraciones* véase Norbert Elias, *What is Sociology?*, pp. 13 y ss.

* Juego de pelota muy similar al baloncesto, pero menos difundido y, en la actualidad, jugado en Inglaterra casi exclusivamente por mujeres. [T.]

[11] Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, 2009; y Eric Dunning y Kenneth Sheard, *Barbarians, Gentlemen and Players: A Sociological Study of the Development of Rugby*

Football, Oxford, 1979.

[12] William Stephenson, *The Play Theory of Mass Comunication*, Chicago, Illinois, 1967, p. 46.

[13] Roger Caillois, *Man, Play and Games*, pp. 5-6.

[14] George Homans, por ejemplo, alegó en su discurso presidencial ante la American Sociological Association en 1966 que la sociología adolece de falta de autonomía como tema científico y que la psicología es la ciencia social básica. Algo parecido plantea Walter Garrison Runciman en su libro *Sociology in its Place*, Cambridge, 1970, p. 7.

[15] Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009.

[16] Para el análisis de algunos descubrimientos sobre casos de aislamiento extremo véase Peter Watson, *War on the Mind: The Military Uses and Abuses of Psychology*, Harmondsworth, 1978, capítulo 13.

[17] Véase la crítica del concepto del ser humano como *homo clausus* y su conceptualización como *homines aperti* en Elias, *What is Sociology?*, pp. 119 y ss.

[18] Véase el capítulo V de este volumen, p. 240.

III. La génesis del deporte como problema sociológico

[1] Este ensayo fue publicado con anterioridad en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971. El marco teórico en el que se encuadra se relaciona directamente y, de hecho, constituye una profundización en la teoría del proceso civilizador elaborada por Norbert Elias en *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009, y en *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982.

* Quizá sea conveniente recordar que en inglés *football* es la pelota de cuero (redonda en el caso del futbol *soccer*, o elíptica en el futbol rugbi) que da nombre al juego al aire libre en el que dos equipos tratan de introducirla (con el pie o con la mano) cada uno en la meta del equipo contrario, ambas situadas en los extremos del campo. Este juego tiene varias modalidades, de las cuales las dos más conocidas y reconocidas son, en Inglaterra, la Football Association o futbol *soccer*, y la Rugby Union o *rugger* en la forma coloquial. La primera modalidad es la que en castellano corresponde al futbol y la segunda al rugbi o futbol americano. [T.]

[2] No es posible aquí indagar con más detalles en el problema de por qué, en contraste con la difusión y adopción casi mundial de la modalidad *soccer* del futbol inglés, la modalidad *rugger* obtuvo una difusión y aceptación mucho más limitadas. Pero merece la pena decir que el análisis de este tipo de cuestiones puede resultar revelador y definitivo para asentar aspectos concretos de una teoría sociológica del deporte.

[3] Agnes Bain Stiven, *Englands Einfluss auf den deutschen Wortschatz*, Marburgo, 1936, p. 72.

[4] Príncipe Hermann von Pückler-Muskau, *Briefe eines Verstorbenen*, 9 de octubre de 1810.

[5] J. G. Kohl, citado en Friedrich Kluge, *Ethymologisches Wörterbuch*, 17ª ed., 1957, artículo sobre el deporte.

[6] *Larousse du XIXième Siècle*.

* *Turf*: carreras de caballos, hipódromo.

Steeplechase: carrera de obstáculos, carrera de vallas (a caballo); carrera a campo traviesa.

Match: partido, partida, torneo deportivo.

Sweepstake: carrera (especialmente de caballos) en que una sola persona puede ganar todas las apuestas o una parte de ellas.

[7] Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009, y *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982.

[8] Para una discusión de la lucha profesional moderna como farsa véase «American Sports: Play and Dis-Play» [Los deportes estadunidenses: juego y exhibición] y «Wrestling: The Great American Passion Play» [La lucha libre: el juego de la gran pasión norteamericana], de Gregory P. Stone, en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971.

[9] Hugo Foerster, *Die Sieger in den Olympischen Spielen*, Zwickau, 1891.

[10] Franz Mezoe, *Geschichte der Olympischen Spiele*, Munich, 1030, pp. 100-101; citado en Ludwig Dress, *Olympia; Gods, Artists and Athletes*, Londres, 1968, p. 83.

[11] Filostrato, *Peri Gymnastike (On Gymnastics* en la versión inglesa), primera mitad del siglo III d.C., capítulo 2.

[12] Filostrato refiere que se prohibieron las correas hechas con piel de cerdo por creer que causaban heridas demasiado graves. También estaba prohibido atacar con el dedo pulgar. Quizá sea conveniente mencionar estos detalles. No debe pensarse que las reglas habituales en los juegos de competencia de la Antigüedad no se preocupaban por los participantes. Lo que sucede es que estas reglas simplemente se transmitían por tradición oral y con ello aún quedaba un margen muy amplio para las lesiones graves.

[13] Véase Norbert Elias, «Studies in the Genesis of the Naval Profession», *British Journal of Sociology*, vol. 1, núm. 4 (diciembre de 1950).

[14] Filostrato, *On Gymnastics, op. cit*, capítulo 11.

[15] *Ibid.*, capítulo 43.

[16] Dress, *Olympia, op. cit.*, p. 82.

[17] *Idem.*

[18] *Ibid.*, p. 81.

[19] Para una explicación de este término y una discusión del problema de la «objetividad» en la sociología, véase Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology*, vol. 7 (septiembre de 1956). Véase asimismo Norbert Elias, *Involvement and Detachment*, Oxford, 1987.

[20] No es necesario analizar aquí las razones de la ola de secularización, visible entre otras cosas en el paso de las representaciones más solemnes, más aterradoras y quizá más expresivas de los dioses y héroes en el periodo arcaico —por ejemplo, la Medusa en el tímpano del templo de Artemisa en Corcira, siglo VI a.C.— al realismo idealizante del periodo clásico, donde dioses y héroes son representados como guerreros bien proporcionados, jóvenes o viejos, cuyos cuerpos hablan, aunque sus rostros resulten quizás un poco vacíos, incluso cuando, como en el caso del auriga de Delfos, se han conservado los ojos incrustados y parte de los colores.

[21] Hasta qué punto las características de una etapa anterior en el desarrollo de la organización del Estado, especialmente en la monopolización y el control de la violencia física, afectan todas las relaciones humanas se hace patente, entre otras cosas, en la frecuencia con que aparecen en las leyendas griegas los conflictos entre padre e hijo. En lo que respecta a la sociedad griega, Freud probablemente se equivocó en su interpretación de la leyenda de Edipo o, al menos, sólo vio un lado del cuadro, el de un solo individuo: el hijo. En el contexto de la sociedad griega, no se puede por menos que advertir la figuración social concreta reflejada en ésta como en otras leyendas griegas relacionadas con ella. No se puede evitar cuestionar la relación entre el hijo y el padre, el rey joven y el rey viejo, tanto desde el lado del padre como desde el lado del hijo. Desde el ángulo de este último, la leyenda bien puede estar, como dijo Freud, teñida con los celos por la posesión de la esposa por parte del padre —y, podríamos añadir, con el miedo a la fuerza y el vigor físico del padre—. Visto sin embargo desde el ángulo de éste, tal como se refleja en las leyendas griegas, el miedo y los celos que el viejo rey siente hacia el hijo desempeñan un papel igualmente importante en la relación entre ambos. Porque, inevitablemente, el padre envejecerá y se debilitará físicamente mientras que el hijo, débil cuando niño, se volverá más fuerte y vigoroso. Antiguamente, cuando el bienestar de toda una comunidad, de un clan o de una casa estaba ligado no sólo de hecho sino mágicamente —en la imaginación de los miembros de tales grupos— a la salud y el vigor del rey o el líder, el viejo a menudo era asesinado de forma ritual cuando se hacía más viejo, cuando su fuerza y su vigor lo abandonaban, y sustituido por uno de sus hijos, el rey joven. Numerosas leyendas muestran que el hijo, el futuro heredero, tenía que ser

escondido de la ira y la persecución del padre cuando aún era joven y que habitualmente era criado por extraños. Así, «sabemos» —según un estudio reciente (Edna H. Hooker, *The Goddess of the Golden Image, in Parthenos and Parthenon, Greece and Rome*, suplemento del volumen X, Oxford, 1963, p. 18)— «que en las comunidades agrícolas primitivas los descendientes del rey estaban en constante peligro, pues suponían una amenaza potencial para la tenencia del trono por parte del rey o, a veces, para una madrastra que lo ambicionaba para sus propios hijos. En los mitos y leyendas de Grecia, pocos príncipes fueron criados en sus casas. Algunos fueron enviados al centauro Quirón; pero la mayoría fueron abandonados, con pruebas de su origen, para ser criados por extraños».

El rey Layo abandonó a su hijo Edipo por miedo a que éste lo asesinara. Zeus fue amamantado por nodrizas y criado en secreto porque su padre, Cronos, creía que era una amenaza y trató de matarlo. El propio Zeus, como Yahvé, temió que el hombre aprendiera parte de sus conocimientos mágicos y castigó violentamente al más joven, Prometeo, por haberse atrevido a robar el fuego del cielo y darlo a los hombres.

Bien puede ser que la escalada de mutua rivalidad y celos como parte de la compleja relación entre padre e hijo, el peculiar proceso que vemos reflejado en las leyendas griegas y en muchas otras, ya no tenga —en una sociedad en que ni siquiera los parientes varones ponen en peligro mutuamente sus vidas, en que el Estado ha monopolizado el derecho de utilizar la violencia física— el papel que alguna vez tuvo en sociedades en que los padres podían asesinar o abandonar a sus hijos. Sería necesario investigar más las figuraciones de padres e hijos para descubrir hasta qué punto el sentimiento de rivalidad y celos del padre por parte del hijo, tal como Freud lo descubrió en sus pacientes, es al mismo tiempo una reacción del sentimiento de rivalidad y celos del hijo por parte del padre. Pero si analizamos las leyendas griegas, sobre todo la propia leyenda de Edipo, es muy difícil no ver claramente la doble vía, los sentimientos recíprocos de rivalidad que intervienen en la relación padre / hijo. El uso que se hace de esta leyenda como modelo teórico seguirá pareciendo incompleto mientras no se investigue a profundidad la dinámica de esta figuración, la reciprocidad de sentimientos entre un hijo que era débil y se hizo fuerte, y un padre que pierde su fuerza y se vuelve débil. En las sociedades en que la fuerza y el vigor físico desempeñaron un papel mucho mayor que hoy en las relaciones dentro y fuera de la familia, esta figuración debe de haber sido enormemente importante y no sólo de manera inconsciente. Vista en este contexto, la de Edipo se lee como una leyenda destinada a amenazar a los hijos con el castigo de los dioses si matan a sus padres. Sin embargo, lo que más destaca en la leyenda no es probablemente, en primer lugar, la muerte del rey mayor por o en favor del rey más joven, sino la ruptura del tabú del incesto, de la prohibición para todo hijo de tener relación sexual con su madre, que naturalmente es una prohibición social mucho más antigua que la de asesinar al padre. En este sentido, el mito de Edipo simboliza una etapa relativamente tardía en el desarrollo de una sociedad en la que, en una etapa anterior, ni matar al hijo ni matar al padre era un delito. Estas leyendas, por tanto, nos ayudan a entender un tipo de relación humana que existió en una etapa del desarrollo social en la cual la organización de lo que ahora denominamos «Estado» aún estaba en pañales y en que la fuerza física del individuo, su capacidad para garantizar su supervivencia por medio de su propio poder de lucha era un factor determinante en todas las clases de relaciones humanas, incluida la relación padre / hijo.

[22] Pierre Ducrey, *Le Traitement de Prisonniers de Guerre dans la Grèce antique*, École Française d' Athenes, Travaux et Memories, fascículo XVIII, París, 1968, pp. 196 y ss.

[23] Friedrich Schwenn, *Die Menschenopfer bei den Griechen und Römern*, Giessen, 1915.

[24] Cito estos fragmentos de la traducción al inglés que Eric A. Havelock ha publicado en su libro *The Liberal Temper in Greek Politics*, New Haven / Londres, 1964, pp. 127-128. Creo que su intento de transmitir a los lectores contemporáneos de habla inglesa el significado de estos fragmentos, siempre que tal cosa sea posible, lo consigue con bastante éxito. También muestra, más claramente quizá que muchos otros escritores, que el énfasis puesto por Platón y Aristóteles en la autoridad central del Estado como fuente primaria de problemas políticos se toma a menudo equivocadamente como una característica de los antiguos griegos en general, cuando de hecho este hincapié fue característico, si acaso, de una fase tardía y quizá sólo de la última en el desarrollo de las ciudades-Estado griegas independientes. No puedo, sin embargo, coincidir con el profesor Havelock en su interpretación de que las enseñanzas de filósofos como Demócrito eran «liberales». El liberalismo como filosofía política presupone una organización altamente desarrollada del Estado, aun cuando su objetivo sea impedir que los representantes del Estado intervengan demasiado en los asuntos de sus miembros individuales. La idea de que el individuo debe bastarse a sí mismo propugnada por Demócrito es, por el contrario, característica de una etapa de desarrollo en la que éste y su grupo familiar no pueden contar todavía con la protección de una organización del Estado razonablemente eficaz e impersonal. No es realmente una idea «liberal» la de que los hombres tienen el derecho y el deber de vengarse por su cuenta y matar a sus enemigos.

IV. Ensayo sobre el deporte y la violencia

[1] John Stow, *A Survey of London* (1956), publicado por vez primera en 1603 y reeditado en Oxford en 1908.

[2] *Ibid*., pp. 96 y ss.

[3] Norbert Elias, *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982, pp. 258 y ss. La «feudalización» es un ejemplo de empuje en sentido contrario.

* Paralelismo imposible en español mientras que en inglés es casi automático, ya que el sustantivo *industry* significa tanto fabricación de bienes a gran escala por medios mecánicos como laboriosidad, capacidad y amor al trabajo. [T.]

[4] Así, Geoffrey Green, en su *History of the Football Association* (Londres, 1953, p. 7), toma la referencia al «famoso juego de pelota» *(ludum pilae celebrem)* hecha por William Fitzstephen en su panegírico *Descriptio Nobilissimae Civitatis Londinae* (1175, citado en Stow, *A Survey of London*) como prueba de que los jóvenes de Londres jugaban al futbol en el siglo XII. Aunque más cauteloso, Morris Marples, en su *A History of Football* (Londres, 1954, pp. 19-21), concluye que «hay buenas razones para suponer que Fitzstephen está describiendo el futbol en verdad».

[5] Para una profundización en este punto véase Norbert Elias, *What is Sociology?*, Londres, 1978, pp. 75-76.

[6] No todos los juegos son *deportes* ni todos los deportes son *juegos*. El término *juegos deportivos* hace referencia a todos aquellos —futbol, rugbi, tenis, críquet, golf, etc.— a los que se aplican ambas palabras.

[7] Un ejemplo de juego que sí lo ha logrado es el baloncesto, inventado en su forma inicial por el doctor James Naismith de Springfield, Massachusetts.

[8] Lo que me propongo demostrar aquí en nada se ve aminorado por el hecho de que, en el críquet y en otros juegos parecidos, tanto los «bateadores» como los «boleadores» alternan la defensa con el ataque, dependiendo, por ejemplo, del curso del juego como competencia y de la etapa que haya alcanzado.

[9] Un ejemplo es el cambio introducido en el futbol en 1923 con la «ley de fuera de juego». Para un análisis de este cambio en las reglas, véase el capítulo VI del presente volumen, p. 258.

[10] A menudo no nos damos cuenta de la lentitud con que las instituciones sociales y la estructura de personalidad de los individuos han llegado a la etapa en que la norma, en todos los estratos sociales, dice que el adulto debe ser capaz de realizar una actividad especializada con concentración y sin dejarse distraer por otros fines quizá momentáneamente más atractivos. La concentración y la consiguiente autodisciplina exigidas por el ritual de la caza de zorros mientras se persigue la presa es un ejemplo de ello.

Recuerdo otro. Puede ayudar a comprender mejor el hecho de que concentrar toda la atención y la conducta en un solo objetivo durante horas, días, años sin fin —lo cual, no sin cierta lucha con uno mismo, es considerado hoy en muchos países como un logro normal de los individuos de todas las clases—, es el resultado de un lento desarrollo a lo largo del tiempo. Muy lejos de considerarse normal

en las etapas anteriores. Así, el código disciplinar aprobado por el conde de Leicester para uso de los soldados que servían a sus órdenes en los Países Bajos en 1585, ordenaba en su artículo 48 que éstos, marchando en columna por el campo, no debían gritar, y supuestamente molestar a toda la columna, si encontraban a su paso una liebre o cualquier otro animal (véase Charles Greig Cruikshank, *Elizabeth's Army*, Oxford, 1966, p. 161). El código en su totalidad resulta instructivo. Ayuda a recordar que muy pocas formas de conducta y de sentimientos que hoy parecen ser simplemente obvias por sí solas o racionales, pueden tomarse como algo que se da por hecho.

[11] Blaine, *Encyclopaedia of Rural Sports*, Londres, 1852, p. 89.

[12] Cita tomada de Peter Beckford, *Thoughts on Hare and Foxhunting* [Reflexiones sobre la caza de liebres y zorros], Londres, 1796, p. 197.

[13] *Ibid.*, p. 239.

[14] *Ibid.*, p. 166.

[15] *Ibid.*, p. 169.

[16] Norbert Elias, *The Civilizing Process*, Oxford, 1978, pp. 202 y ss. [Ed. en español: *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009.]

[17] Beckford, *Thoughts on Hare and Foxhunting, op. cit.*, pp. 199 y ss.

[18] *Ibid.*, p. 38.

[19] Stonehenge, *Manual of Sports*, Londres, 1856, p. 109.

[20] Beckford, *Thoughts on Hare and Foxhunting, op. cit.*, p. 173 (las cursivas son mías). Lo que Beckford decía, en otras palabras, era que si los perros están entrenados para matar y les gusta hacerlo, proporcionarán en el futuro buen deporte. Él deseaba resaltar, como hemos visto, que el placer de la emoción por la batalla y el placer del clímax son interdependientes.

[21] En *Thoughts on Hare and Foxhunting*, Beckford subrayó las ventajas de un deporte que, como la caza de zorros, se practicaba en un país sin guerras, con la siguiente cita de un poema: «Ningún cruel e indómito Senado amenaza aquí. Ni el hacha ni la horca se muestran a la vista. No hay envidia, desengaño ni desesperación».

[22] Véanse unas observaciones sobre la clase específica de control social que origina el desarrollo del autocontrol en Elias, *State Formation and Civilization*, pp. 229 y ss.

V. El futbol popular en Gran Bretaña durante la Edad Media y a principios de la Edad Moderna

[1] Numerosos historiadores del futbol sí otorgan a las primeras referencias al juego la misma confiabilidad. Nosotros opinamos que esta confianza no está plenamente justificada y Norbert Elias ofrece algunas razones de nuestro escepticismo en el capítulo IV de este volumen. El presente capítulo fue publicado previamente en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971.

[2] Henry Thomas Riley (comp.), *Munimenta Gildhallae Londoniensis*, Rolls. Ser. núm. 12, Londres, 1859-1862, vol. III, apéndice II, extractos del *Liber Memorandum*, pp. 439-441; texto en latín y anglo-francés, con traducción al inglés del segundo.

[3] Cal. de Close Rolls, ed. III (1910), pp. 181-182.

[4] John Cordy Jeafferson (comp.), *Middlesex Country Records*, Londres, 1886-1887, p. 97.

[5] Véase un relato contemporáneo publicado en Daniel Lysons, *Magna Britannia*, Londres, 1810, también citado en Thomas Firminger Thiselton Dyer, *British Popular Customs*, Londres, 1900, pp. 70-72.

[6] *«… a company of lewd and disordered persons usinge that unlawfulle exercise of playing with the ffotebale in ye streets»*, en John Parsons Earwaker (comp.), *The Court Leet Records of the Manor of Manchester*, Londres, 1887, p. 248.

[7] «El alcalde era entonces Andrew Aubrey, de la Pepperer's Company, un hombre muy acaudalado.» *The chronicles of London*, Collectanea Ademantea X, Edimburgo, 1885, desde la 44, Enrique III, hasta la 17, Eduardo III, p. 27.

[8] *Ibid.*, p. 27.

[9] Hay razones para creer con toda certeza que en la Inglaterra medieval existían formas relativamente no institucionalizadas de futbol junto a las más ritualizadas. En este contexto, lo que importa es darse cuenta del nivel relativamente alto de violencia en las formas ritualizadas.

[10] Véase, por ejemplo, Robert Redfield, quien ha escrito: «De este modo, podemos clasificar a la sociedad popular tradicional como pequeña, aislada, analfabeta y homogénea, con un fuerte sentimiento de solidaridad de grupo», en «The Folk Society», *American Journal of Sociology*, núm. 52, 1947, pp. 292-308.

[11] *Idem.*

[12] *Idem.*

[13] Charles Henry Cooper, *Annals of Cambridge*, Cambridge, 1843, p. 71.

[14] Oliver William Farrer, *The Marblers of Purbeck*, documentos leídos ante la Purbeck Society (1859-1860), pp. 192-197.

[15] Por ejemplo los decretos de Manchester promulgados en 1608 y 1609. Véase *supra* p. 244, nota 6.

[16] Richard Carew, *A Survey of Cornwall*, Londres, 1602, pp. 73-75.

VI. Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al futbol

[1] Este capítulo fue publicado por vez primera en el *British Journal of Sociology*, vol. XVII, núm. 4 (diciembre de 1966), y reimpreso en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971.

[2] Nos referimos a la teoría de grupos pequeños en el sentido en que el término es utilizado actualmente en sociología. No nos referimos a otras teorías de grupos pequeños como las que se ocupan de los problemas de terapia de grupos, aun cuando también en esos casos puede ser útil aplicar el enfoque figuracional.

[3] Geoffrey Green, *The History of the Football Association*, Londres, 1953.

[4] George C. Homans, *Social Behaviour: Its Elementary Forms*, Londres, 1961, p. 130.

[5] Ralf Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Londres, 1959, p. 164.

[6] Ya se hizo ampliamente en Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009, así como en *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982.

[7] Véase el capítulo V del presente volumen, p. 240.

[8] Para un análisis sociológico del desarrollo del futbol en las escuelas privadas véase Eric Dunning y Kenneth Sheard, *Barbarians, Gentlemen and Players*, Oxford, 1979.

[9] A fin de evitar malentendidos debo añadir que el término *realismo sociológico* tal como se emplea aquí no significa lo mismo que cuando se aplica a la teoría de Durkheim. Éste no pudo escapar de una posición en la que los fenómenos sociales aparecían como desligados de las personas e independientes de ellas. Él reificó a veces estas abstracciones. Nunca pasó de la etapa en que «sociedad» e «individuos» aparecen como entidades separadas, a las que intentó reunir al final mediante una hipótesis casi mística. Esta crítica es perfectamente compatible con el reconocimiento del calibre intelectual de su obra y de los avances científicos debidos a él.

[10] Hay una diferencia fundamental entre el equilibrio de tensiones de los músculos opuestos y el de los jugadores antagonistas durante un partido. En el caso de los músculos, un lado se relaja cuando el otro está tenso. En el caso de los jugadores, la especificidad del equilibrio de tensiones se debe al hecho de que los dos bandos están en tensión.

VII. La dinámica del deporte moderno: notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte

[1] Este ensayo fue publicado con anterioridad en *Sport-wissenschaft*, vol. 9, 1979, 4, con el título «La dinámica figuracional del deporte moderno: notas sobre la sociogénesis de la búsqueda de récords y la importancia social del deporte». Se basa en el análisis presentado en Eric Dunning y Kenneth Sheard, *Barbarians, Gentlemen and Players*, Oxford, 1979. No obstante, lo supera en diversos aspectos.

[2] Para una plena documentación y análisis de ese proceso véase Dunning y Sheard, *Barbarians..., op. cit.*

[3] *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009.

[4] *What is Sociology?*, Londres, 1978.

[5] Es decir, una evaluación que reflejaba los intereses y valores de grupos específicos dentro de la sociedad más amplia y que no fue elaborada de forma autónoma por nosotros especialmente para llevar a cabo nuestro análisis sociológico. Véase Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology*, vol. 7 (1956), pp. 226-252.

[6] Norbert Elias y Eric Dunning, «Dynamics of Sport Groups with Special Reference to Football», *British Journal of Sociology*, vol. 17 (1966), p. 79, y capítulo VI de este volumen, p. 258.

[7] Johan Huizinga, *Homo Ludens: A Study of Play Element in Culture*, Londres, 1949.

[8] Gregory P. Stone, «American Sports: Play and Dis-Play», en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971.

[9] Bero Rigauer, *Sport und Arbeit*, Fráncfort, 1969.

[10] *Homo Ludens*, pp. 223 y ss.

[11] De hecho, el término *democratización funcional* fue acuñado después por Elias para representar con más exactitud lo que antes había denominado simplemente «presión estructural cada vez mayor desde abajo».

[12] Tengo para mí que la formación del Estado, la democratización funcional y el proceso civilizador también pueden explicar esta tendencia más satisfactoriamente que la hipótesis que cualquier weberiano podría presentar en este contexto, como podría ser, por ejemplo, la de un *Wahlverwandtschaft* o «afinidad electiva» entre el protestantismo asceta y la participación deportiva seria y orientada al éxito, siguiendo la tónica de la relación que según Weber existió entre el protestantismo asceta y el «espíritu del capitalismo». *A priori* tal hipótesis parece razonable pero tropieza con el hecho de que, en Inglaterra al menos, fueron los protestantes quienes trataron de abolir todos los deportes y pasatiempos. Sea como fuere, la hipótesis de Elias es más abarcadora y podría, en potencia, explicar sociogenéticamente la ética protestante. Además, por disolver y trascender la dicotomía que existe, primero entre «lo material» y «lo ideal» y, segundo, entre «causas» y «efectos» —con su hincapié en los nexos o constelaciones de causas y efectos interactuando entre sí o, dicho con más exactitud, por ocuparse de la dinámica específicamente *social*, es decir, relacional, de las figuraciones sociales—, el método de Elias no conduce a las dificultades metodológicas insuperables que conlleva el enfoque de Weber.

[13] Anthony Trollope, *British Sports and Pastimes*, Londres, 1868, pp. 6-7.

[14] *Cf*. Morris Marples, *A History of Football*, Londres, 1954.

[15] He llamado «élite de las escuelas privadas» a la clase gobernante de Inglaterra de fines del siglo XIX para subrayar el papel de estas escuelas en la unificación de sus sectores burgueses predominantes, hacendados y establecidos.

[16] Los Corintios fue un equipo de aficionados que se formó a fines del siglo XIX, reclutando a sus miembros en escuelas privadas y en las universidades de Oxford y de Cambridge, que logró mantenerse durante un tiempo jugando contra equipos profesionales. Eran una excepción sintomática dentro de la tendencia general hacia la exclusividad por parte de la élite de las escuelas privadas en el sentido de que este equipo se formó deliberadamente para combatir el éxito creciente de los equipos profesionales y para celebrar y mantener el querido ideal de los aficionados. No obstante, al adoptar un patrón de reclutamiento que no era específico de ninguna localidad o institución en concreto incorporaron uno de los «ultrajes» defendidos por los proponentes del ideal de afición: ser destruido por el profesionalismo. Es decir, al igual que los equipos profesionales que eran reclutados sobre una base nacional, los Corintios se apartó de una pauta de representación deportiva en que equipos concretos de una localidad o institución, reclutados en comunidades de varias clases, eran tenidos como una característica esencial del «verdadero» deporte.

[17] Émile Durkheim, *The Division of Labour in Society*, Nueva York, 1964.

[18] *What is Sociology?*, pp. 63 y ss., 99 y ss.

[19] Véase el capítulo I de este volumen, p. 111.

[20] *The Elementary Forms of the Religious Life*, Londres, 1976.

VIII. Lazos sociales y violencia en el deporte

[1] Este ensayo fue publicado con anterioridad en Jeffrey H. Goldstein (comp.), *Sports Violence*, Nueva York, 1983, con el título de «Social Bonding and Violence in Sport: A Theoretical-Empirical Analysis». Agradezco a Johan Goudsblom sus útiles comentarios sobre una versión anterior.

[2] Hans Jürgen Eysenck y David K. B. Nias, *Sex, Violence and the Media*, Nueva York, 1978.

[3] Peter Marsh, *Aggro: The Illusion of Violence*, Londres, 1979.

[4] Andrew Yiannakis, Thomas J. McIntyre, Merril J. Melnik y Dale P. Hart (comps.), *Sport Sociology: Contemporary Themes*, Dubuque, Iowa, 1976.

[5] Kurt Weis, «Role Models and the Social Learning of Violent Behaviour Patterns», *Proceedings of the International Congress of Physical Activity Sciences*, Quebec, 1976, pp. 511-524.

[6] Para esta teoría véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009, y *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982.

[7] Lionel Tiger, *Men in Groups*, Londres, 1969; R. Fox, «The Inherent Rules of Fighting», en Peter Collett (comp.), *Social Rules and Social Behaviour*, Oxford, 1977.

[8] Peter Marsh, Elizabeth Rosser y Rom Harré, *The Rules of Disorder*, Londres, 1978.

[9] Robert Gardner y Karl G. Heider, *Gardens of War*, Harmondsworth, 1974.

[10] George Owen, *The Description of Pembrokeshire*, en H. Owed (comp.), Cymmrodorion Society Research Series, núm. 1, 1892, pp. 270-282. Este trabajo fue publicado por primera vez en 1603.

* «Llevan unos garrotes monstruosos, de un metro de longitud, todo lo grandes que cada uno sea capaz de empuñar.» [T.]

[11] *Idem.*

[12] Eric Dunning y Kenneth Sheard, *Barbarians, Gentlemen and Players*, Oxford, 1979.

[13] David Riesman y Reuel Denney, «Football in America: A Study in Culture Diffusion», en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971.

[14] Johan Huizinga, *The Waning of the Middle Ages*, Nueva York, 1924.

[15] Marsh *et al., The Rules of Disorder.*

[16] Marsh, *Aggro, op. cit.*

[17] Elizabeth Bott, *Family and Social Network*, Londres, 1957; Peter Wilmott y Michael Young, *Family and Kinship in East London*, Londres, 1957; Howard J. Parker, *View from the Boys*, Newton Abbott, 1974; Paul E. Willis, *Profane Culture*, Londres, 1978.

IX. La violencia de los espectadores en los partidos de futbol: hacia una explicación sociológica

* *Football hooliganism* en el original en inglés. [T.]

[1] Este ensayo se basa en la Conferencia Edwards Clover impartida por Eric Dunning en 1984 en el Royal Free Hospital de Londres. Esta serie de conferencias anuales está organizada por la clínica Portman. Nuestro agradecimiento a Ilya Neustadt y Tim Newburn por sus comentarios críticos a una versión anterior del trabajo.

[2] Véase John Williams, Eric Dunning y Patrick Murphy, *Hooligans Abroad: The Behaviour and Control of English Fans in Continental Europe*, Londres, 1984; también *The Roots of Football Hooliganism: An Historical and Sociological Study*, Londres, 1988.

* Argot característico sobre todo del lenguaje de las bandas juveniles. Derivado de *aggravation*, que significa conducta agresiva y lo que ésta implica: irritar, exasperar, provocar, vejar. [T.]

[3] Paul Harrison, «Soccer's Tribal Wars», *New Society*, vol. 29 (1974), p. 604.

[4] Véase el análisis en Peter Marsh, Elizabeth Rosser y Rom Harré, *The Rules of Disorder*, Londres, 1978, pp. 70-72.

* Los *football ends*, son las gradas situadas en los extremos del estadio detrás de las porterías. A fuerza de ocupar siempre las mismas en los campos de futbol de sus respectivos equipos, los grupos de hinchas han terminado por apropiarse de ellas y por ser identificados con los nombres de esos «extremos». [T.]

[5] Simon Jacobson, «Chelsea Rule-OK», *New Society*, vol. 31 (1975), pp. 780-783.

[6] Quizá sea conveniente señalar que el servicio durante los partidos de futbol ofrece a los policías tanto la oportunidad de ganar un dinero extra como la bien acogida liberación de las rutinas habituales. Además, en los partidos de futbol, no sólo a los hinchas fanáticos sino también a los policías se les brindan oportunidades para la «acción» en un contexto emocionante. Por si esto fuera poco, debido al oprobio que sobre la afición violenta y desatinada del futbol ha recaído, es un contexto en el que las estrategias empleadas por la policía apenas son criticadas por la opinión pública.

[7] Ian Taylor, «Football Mad: A Speculative Sociology of Football Hooliganism», en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971, pp. 352-357. Véase también su trabajo «Soccer Consciousness and Soccer Hooliganism», en Stanley Cohen (comp.), *Images of Deviance*, Harmondsworth, 1971, pp. 134-164.

[8] John Clarke, «Football and Working-Class Fans: Tradition and Change», en Roger Ingham (comp.), *Football Hooliganism: The Wider Context*, Londres, 1978, pp. 37-60.

[9] *Ibid*., p. 51.

[10] Stuart Hall, «The Treatment of "Football Hooliganism" in the Press», en Ingham (comp.), *Football Hooliganism*, pp. 15-36.

[11] Véase Stuart Hall *et al., Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*, Londres, 1978.

[12] Ian Taylor, «On the Sports Violence Question: Soccer Hooliganism Revisited», en Jennifer Hargreaves (comp.), *Sport, Culture and Ideology*, Londres, 1982, pp. 152-196; «Class, Violence and

Sport: The Case of Soccer Hooliganism in Britain», en Hart Cantelon y Richard S. Gruneau (comps.), *Sport, Culture and the Modern State*, Toronto, 1982, pp. 39-93. David Robins y Philip Cohen reconocen la dimensión del conflicto dentro de la misma clase que tiene el problema cuando escriben: «La tristeza y la futilidad de la lucha entre grupos rivales de jóvenes socialmente desposeídos es la mejor demostración del alcance de la victoria por parte de quienes realmente detentan el poder de clase sobre ellos». Véase su *Knuckle Sandwich: Growing Up in the Working Class City*, Harmondsworth, 1978, p. 51.

[13] Véase Marsh *et al., The Rules of Disorder*, pp. 115 y ss.

[14] Para una crítica más detallada de la obra de Marsh *et al.*, véase Eric Dunning, Patrick Murphy y John Williams, «Ordered Segmentation and the Sociogenesis of Football Hooligan Violence: A Critique of Marsh's "Ritualized Aggression" Hypothesis and the Outline of a Sociological Alternative», en Alan Tomlinson (comp.), *The Sociological Study of Sport: Configurational and Interpretative Studies*, Brighton, 1981, pp. 36-52; véase también Patrick Murphy y John Williams, «Football Hooliganism: An Illusion of Violence», inédito, University of Leicester, 1980.

[15] Véase Gerald Suttles, *The Social Order of the Slum: Ethnicity and Territory in the Inner City*, Chicago, 1968; y *The Social Construction of Communities*, Chicago, 1972.

[16] John A. Harrington, *Soccer Hooliganism*, Bristol, 1968, p. 25.

[17] Eugene Trivizas, «Offences and Offenders in Football Crowd Disorders», *British Journal of Criminology*, vol. 20, núm. 3 (1980), p. 282.

* *Committed rowdies* en el original en inglés. [T.]

[18] Harrison, «Soccer's Tribal Wars», p. 602.

[19] Marsh *et al., The Rules of Disorder*, p. 69.

[20] *Oxford Mail*, 9 de enero de 1981.

[21] Suttles, *The Social Order of the Slum*, p. 10.

[22] *Idem.*

[23] Edward Evan Evans-Pritchard, *The Nuer*, Oxford, 1940.

[24] Robins y Cohen, *Knuckle Sandwich*, pp. 73 y ss.

[25] Harrison, «Soccer's Tribal Wars».

[26] Robins y Cohen, *Knuckle Sandwich*, p. 77.

[27] David Robins, *We Hate Humans*, Harmondsworth, 1984, p. 86.

[28] Suttles, *The Social Order of the Slum, op. cit.*, p. 169.

[29] Véase, por ejemplo, *ibid.*, pp. 31-33. Véase, asimismo, Suttles, *The Social Construction of Communitives*, pp. 28-29.

[30] Suttles, *The Social Order of the Slum*, pp. 176, 181 y 194.

[31] El origen de esta pauta conductual probablemente dependa en gran medida del hecho de que, como todos los niños en general, los pertenecientes a la clase obrera baja no han tenido aún ocasión de interiorizar restricciones fuertes y estables sobre sus emociones y dependen, pues, en grado sumo, de controles externos. Si estas restricciones se limitan a contextos concretos como el hogar y no se aplican de manera continuada, poco se puede controlar la agresividad y violencia de las interacciones de los niños y, por tanto, el nacimiento de jerarquías de dominio. Esta tendencia se complica en la medida en que los adultos emplean formas violentas de castigo como medio de socialización y en la medida en que los niños ven con regularidad cómo los adultos se comportan agresivamente, dentro o fuera del hogar.

[32] Utilizando el término introducido por Norbert Elias, diríamos que tienen un *umbral de rechazo (Peinlichkeitsschwelle)* relativamente alto a presenciar y participar en acciones violentas. Véase *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009, y *State Formation and Civilization*, Oxford, Blackwell, 1982.

[33] Véase Paul Willis, *Profane Culture*, Londres, 1978, p. 29.

[34] Howard J. Parker, *View from the Boys: A Sociology of Downtown Adolescents*, Newton Abbot, 1974, p. 35.

[35] Véase, por ejemplo, Herbert J. Gans, «Urbanism and Suburbanism as Ways of Life», en Raymond E. Pahl (comp.), *Readings in Urban Sociology*, pp. 95-118.

[36] Lo cual puede explicar en parte el atractivo que el National Front y el British Movement tienen para numerosos miembros de estos grupos.

[37] Empleamos aquí el término *civilizado* en la acepción técnica, relativamente distanciada, propuesta por Norbert Elias. De ningún modo queremos sugerir con este término que los miembros de la clase trabajadora se volviesen «mejores» a consecuencia de su incorporación, ni que su intervención en este proceso favoreciera sus «intereses» en cuanto clase. Únicamente los términos *civilización* e *incorporación* nos parecen relativamente adecuados al objeto como medio de conceptuar un proceso social que, parece razonable suponer, ocurrió verdaderamente.

[38] *Liverpool Echo*, 1º de abril de 1899.

[39] *Glasgow Herald*, 19 de abril de 1909 (parafraseado en John Hutchinson, «Some Aspects of Football Crowds Before 1914», Actas de la Conferencia de la Society for the Study of Labour History, University of Sussex, 1975, ponencia núm. 13 (mimeografiada).

[40] *Birmingham Post*, 14 de octubre de 1920.

[41] *Leicester Mercury*, 19 de marzo de 1934.

[42] Para una explicación más detallada de nuestros datos sobre estas tendencias véase Eric Dunning, Patrick Murphy y John Williams, *Working-Class Social Bonding and the Sociogenesis of Football Hooliganism*, conclusión del Informe Grant ante la SSRC, 1982. Véase también nuestro libro *The Roots of Football Hooliganism*.

[43] Dado que son pocos los historiadores y aún menos los sociólogos que han estudiado los años de entreguerras, este análisis resulta por fuerza altamente especulativo. No obstante, tiene un cierto apoyo innegable en la obra pionera de James E. Cronin. Véase su *Labour and Society in Britain, 1918-1979*, Londres, 1984.

[44] No contamos aquí con el espacio necesario para pormenorizar lo que para nosotros son las complejas y mutuas relaciones entre pobreza, desempleo y «segmentación ordenada». Bastará con decir que, a nuestro modo de ver, parte de esa relación consiste en la probabilidad de que algunos jóvenes desempleados pertenecientes a familias obreras «respetables» encuentran atractivos algunos aspectos del estilo de vida de sus congéneres «rudos», incluida la participación en acciones violentas relacionadas con el futbol.

[45] *Leicester Mercury*, 10 de febrero de 1928.

[46] Se trata en cierto modo de una extrema simplificación ya que, como mostraremos en *The Roots of Football Hooliganism: An Historical and Sociological Study*, hubo a fines de la década de 1930 un ligero aumento de la preocupación en torno a la conducta de las masas asistentes a los partidos de futbol.

[47] *Sun*, 8 de noviembre de 1965.

[48] Stanley Cohen, «Campaigning against Vandalism», en Colin Ward (comp.), *Vandalism*, Londres, 1973, p. 232.

[49] Para información sobre las tendencias «machistas» de la Policía Metropolitana véase *Police and People in London*, Policy Studies Institute, Londres, 1983. El rasgo de tales ocupaciones que parece ser el responsable principal de la producción y reproducción de estas formas de identidad masculina es el hecho de que la capacidad para «manejarse» es un requisito laboral importante.

X. El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones

[1] Una versión anterior de este trabajo fue presentada en la Cuarta Conferencia Anual de la Sociedad Norteamericana para la Sociología del Deporte [North American Society for the Sociology of Sport] celebrada en St. Louis, Missouri, en octubre de 1983. Quiero expresar mi agradecimiento a mis colaboradores Clive Ashworth, Patrick Murphy, Tim Newburn, Ivan Waddington y John Williams, cuyos comentarios críticos me han resultado de enorme utilidad.

[2] Los escritores feministas han realizado naturalmente avances importantes en este sentido, pero debido a la fuerza de su compromiso ideológico gran parte de lo que han escrito *parece* cuando menos, incluso a muchos que simpatizan con su causa, falto de adecuación al objeto.

[3] Véase *The Positive Philosophy of Auguste Comte*, traducida y abreviada por Harriet Martineau, Londres, 1853, pp. 134 y ss. Para ser justos con el filósofo, aunque afirmaba que «constitucionalmente» las mujeres se encuentran «en un estado de infancia perpetua» y no son «aptas para la continuidad e intensidad indispensables en el trabajo mental, sea por la debilidad intrínseca de su inteligencia o por su sensibilidad moral y física más despierta», también las vio «espiritualmente» superiores a los hombres y por ende más importantes que ellos desde el punto de vista social.

[4] Véase, por ejemplo, la discusión contenida en *Suicide*, Londres, 1952, pp. 384-386.

[5] Para un análisis de esta cuestión véase Eric Dunning, «Notes on Some Recent Contributions to the Sociology of Sport», *Theory, Culture and Society*, vol. 2, núm. 1, 1983, pp. 135-142.

[6] Con la excepción de Boutilier y San Giovanni en *The Sporting Woman*, Champaign, Illinois, 1983; y de Jennifer Hargreaves, «Action Replay: Looking at Woman in Sport», en Joy Holland (comp.), *Feminist Action*, Londres, 1984, pp. 125-146.

[7] Véase, sobre todo, *What is Sociology?*, Londres, 1978; *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009; *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982, y *La sociedad cortesana*, 2ª ed., FCE, México, 2012.

[8] Véase, por ejemplo, el argumento presentado por Paul Willis en *Learning to Labour*, Londres, 1977.

[9] Este análisis se basa en el de Eric Dunning y Kenneth Sheard en *Barbarians, Gentlemen and Players*, Oxford, 1979.

[10] *Idem.*

* *Scrum*: en rugbi, la lucha entre los delanteros de ambos equipos cuando la pelota está sobre el terreno en medio de ellos. [T.]

[11] Anónimo, *The New Rugbeian*, vol. III, 1860; citado en C. R. Evers, *Rugby*, Londres, 1939, p. 52.

[12] Norbert Elias, «The Genesis of Sport as a Sociological Problem», en E. Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971. Véase también el capítulo III del presente volumen.

[13] Desde el punto de vista de Elias es erróneo, hablando en sentido estricto, establecer la dicotomía restricciones «internas» y «externas». Él utiliza los términos *Selbstzwänge* (autorrestricciones) y *Fremdzwänge* («otras» restricciones, literalmente «ajenas», «extrañas»), y centra sus análisis en el

cambiante equilibrio entre ellas a lo largo del tiempo.

[14] Véase Kenneth Sheard y Eric Dunning, «The Rugby Football Club as a Type of Male Preserve: Some Sociological Notes», en *International Review of Sport Sociology*, 5 (3), 1973, pp. 5-24.

* La connotación no puede ser más clara. Como dice el título de la canción, Nell es esquimal, o sea muy fría, mientras que «Dick», por una parte nombre de varón muy común en inglés (alteración popular de Rick, o sea de Richard), es por la otra un término vulgar para llamar al miembro masculino. La alusión aparece reforzada además por *dead-eye*, que es, en náutica, el bloque de madera con forma circular y tres agujeros por los que se introduce un cabo o cuerda, utilizado para tensar las jarcias de los buques. [T.]

** Pistola del seis en sentido figurado, y eufemismo burlón por *sex-shooter*, literalmente «disparador de sexo». [T.]

* [Pues todos somos maricones, / discúlpennos por retirarnos un rato arriba. / Sí, todos juntos maricones, / por eso andamos en parejas.]

[15] Nuestro análisis se basa en el presentado por Eric Dunning, Patrick Murphy y John Williams en «The Social Roots of Football Hooligan Violence», *Leisure Studies*, vol. 1, núm. 2, 1982, pp. 139-156. Véase también «If You Think You're Hard Enough», *New Society*, 27 de agosto de 1981, y *Hooligans Abroad: The Behaviour and Control of English Fans at Football Matches in Continental Europe*, Londres, 1984. Véase asimismo el capítulo IX de este volumen.

[16] Simon Jacobson, «Chelsea Rule-OK», *New Society*, 1975, vol. 31, pp. 780-783.

[17] El *Shed* es una franja de gradas cubiertas en Stamford Bridge, el estadio del Chelsea F. C.

[18] El *Stretford End* es el sector de gradas tras una de las porterías del Old Trafford, el campo de futbol del Manchester United. Los aficionados que ocuparon estos lugares *(Stretford-enders)* fueron famosos por sus hazañas de violencia a principios y mediados de la década de 1970.

* [Somos el Shed, amigos míos, / Nos adueñamos del Stretford End. / Cantaremos y bailaremos y lo haremos todo otra vez. / Vivimos la vida que escogemos. / Peleamos y nunca perdemos. / Porque somos el Shed, / ¡Oh, sí! Somos el Shed.]

** [Nací bajo el Chelsea Shed. / Las botas están hechas para patear, / las pistolas para disparar. / Subid al Chelsea Shed / y os daremos una buena ración de patadas.]

* [En el arrabal de Highbury / Buscan en el cubo de la basura algo que comer, / encuentran un gato muerto y para ellos es un festín, / en el arrabal de Highbury.]

[19] Gerald D. Suttles, *The Social Order of the Slum: Ethnicity and Territory in the Inner City*, Chicago, 1968.

[20] Gerald D. Suttles, *The Social Construction of Communities*, Chicago, 1972.

La sociología tradicional veía en el deporte una actividad trivial y recreativa orientada solamente al placer. Fueron Norbert Elias y Eric Dunning quienes se apartaron de los enfoques reduccionistas y lograron captar la importancia social del deporte y del ocio, así como las posibilidades que su estudio ofrecía para el análisis de las estructuras sociales.

Detrás de estos ensayos, publicados originalmente entre las décadas de los sesenta y los setenta —y reunidos en 1986—, se encuentra una misma pregunta: ¿qué clase de sociedad es esta en la que cada vez más gente utiliza su tiempo libre para observar competencias de habilidad y fuerza corporal? Para responderla los autores se basan en la "síntesis", enfoque propuesto por Elias para superar la oposición entre lo teórico y lo empírico. Así, toman una teoría sociológica central, la del proceso de la civilización, y la enlazan con diversas características del ocio y de las prácticas deportivas de todos los tiempos, desde las olimpiadas en la Grecia clásica hasta el futbol moderno. Aspectos como el tiempo libre, la búsqueda de emoción, la violencia, la creación de identidades colectivas y la dinámica de los equipos deportivos cobran especial importancia en los textos escritos conjuntamente por Elias y Dunning.

Esta tercera edición de *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* incluye un prólogo en el que Raymundo Mier analiza el contexto donde surgieron los ensayos y confirma la vigencia de la idea que permea toda la obra: el conocimiento sobre el deporte es también el conocimiento sobre la sociedad.

Índice

Prólogo a la tercera edición en español: El deporte, las figuras colectivas y el proceso de civilización. La reinvención de la conciencia de sí y el placer de la efusión controlada, por Raymundo Mier G. 8
Agradecimientos 32
Prefacio, por Eric Dunning 33
Introducción, por Norbert Elias 51
I. La búsqueda de la emoción en el ocio, por Norbert Elias y Eric Dunning 95
II. El ocio en el espectro del tiempo libre, por Norbert Elias y Eric Dunning 124
III. La génesis del deporte como problema sociológico, por Norbert Elias 159
IV. Ensayo sobre el deporte y la violencia, por Norbert Elias 183
V. El futbol popular en Gran Bretaña durante la Edad Media y a principios de la Edad Moderna, por Norbert Elias y Eric Dunning 208
VI. Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al futbol, por Norbert Elias y Eric Dunning 224
VII. La dinámica del deporte moderno: notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte, por Eric Dunning 238
VIII. Lazos sociales y violencia en el deporte, por Eric Dunning 258
IX. La violencia de los espectadores en los partidos de futbol: hacia una explicación sociológica, por Eric Dunning, Patrick Murphy y John Williams 280
X. El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones, por Eric Dunning 303
Índice analítico 320